

Una “república de las Ciencias Médicas” para el desierto argentino

El círculo médico Argentino y la inscripción de un programa experimental en las ciencias médicas de Buenos Aires [1875-1914]

Autor:

Souza, Pablo Andres

Tutor:

Hurtado, Diego

2014

Tesis presentada con el fin de cumplimentar con los requisitos finales para la obtención del título Doctor de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires en Historia

Posgrado

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
PROGRAMA DE DOCTORADO DE LA UBA
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

Una “República de las Ciencias Médicas”
para el desierto argentino

El Círculo Médico Argentino y la inscripción de un
programa experimental en las ciencias médicas de
Buenos Aires (1875 - 1914)

PRIMERA PARTE

Autor: Pablo Andrés Souza

Director: Diego Hurtado

Diciembre de 2012

ÍNDICE

Agradecimientos	5
Introducción. La “movilización de los puntos de mira” historiográficos	10
I. Presentación	10
II. Un “archivo de ideas” historiográficas	11
III. Problemas de investigación	14
IV. Período Trabajado	18
V. Material empírico	23
V.1. Archivos y fuentes	23
V.2. Cuestionarios de trabajo	25
VI. Material conceptual	32
VI.1. Áreas temáticas	33
VI.2. Conceptos relevantes y cuestionarios de trabajo	41
VI.3. Hipótesis	47
VII. Orden de los capítulos y formas expositivas	50
Capítulo 1	
Un contexto para el Círculo Médico Argentino	55
1.1 El contexto indispensable	55
1.2 Los Actores	59
1.2.1 “Los dioses del Olimpo de la calle El Comercio”: Los docentes de la escuela médica local.	59
1.2.2 Los estudiantes en la escuela médica de Buenos Aires: “Verdadera pasión por la Reforma Universitaria”	82

1.2.3	Los graduados en la escuela médica de Buenos Aires: Los “merodeadores de la política”	94
1.3	Las instituciones	97
1.3.1	La Universidad y la Escuela Médica	97
1.3.2	Forma y trama de la conflictividad en la escuela médica local	114
1.4	A modo de cierre	123
Capítulo 2		
El Círculo Médico Argentino: entre la sociabilidad estudiantil y la militancia científica		127
2.1	Los orígenes del Círculo Médico Argentino	133
2.2	Los motines estudiantiles entre 1871 y 1875	138
2.3	La creación de la Sociedad Estimulo Médico y del CMA (1873 – 1875)	143
2.4	La institucionalización del CMA como sociedad científica y gremial (1875 a 1895)	146
2.5	Crisis, división y reunificación (1895 a 1908)	164
2.6	La nueva sociedad estudiantil de cara al centenario (1908 a 1914)	173
2.7	A modo de Cierre	185
Capítulo 3		
Poder y sociabilidad en una sociedad científica periférica finisecular		188
3.1	La vida política y cultural de la sociedad	188
3.2	La vida política doméstica de la institución	193
3.2.1	“Señores”, “Doctores” y “Grupos de Amigos”	196
3.2.2	Comisiones directivas y conflictividad interna	208
3.2.3	La “Mansión” de la calle Corrientes al 2038 y la personaría jurídica	213
3.2.4	La creación de instituciones científicas y gremiales	219
3.2.5	La vida asociativa del Círculo: cenas, fiestas, deportes, obituarios	228
3.3	La sociedad y su relación con los poderes públicos con sede en la ciudad de Buenos Aires	239
3.3.1	La sociedad y sus relaciones con los poderes ejecutivos	242

3.3.2 El CMA y sus relaciones con los poderes legislativos	249
3.3.3 Clínica y programa experimental en el parlamento: médicos conservadores versus médicos socialistas	254
3.3.4 El ciclo institucional de la ley 6026	256
3.3.5 En busca de un hospital clínico central para Buenos Aires	260
3.3.6 Las críticas de Enrique Dickman a la ley 6026 Hacia un modelo clínico alternativo para la ciudad de Buenos Aires	265
3.4. A modo de cierre	272
Segunda parte	
El CMA y la promoción de un programa experimental en las ciencias médicas locales	275
Capítulo 4	
El CMA y la producción de un programa experimental en las ciencias médicas locales	278
4.1. La producción de tecnologías materiales	278
4.2. La cátedra libre	286
4.3. La práctica clínica	298
4.4. Los policlínicos gratuitos	304
4.5. El CMA y su compromiso con la lectura del “Libro Natural”	314
4.5.1. El CMA y la creación de los hospitales centrales de la ciudad de Buenos Aires	318
4.5.2. La clínica quirúrgica y la “lectura del libro palpitante”: Ignacio Pirovano y “la pléyade” de cirujanos locales	326
4.5.3. El cuadro clínico del Dr. Cobos	333
4.6. A modo de cierre	341
Capítulo 5	
“Un terror sagrado por todo lo que sea publicar”: El CMA y la circulación del programa experimental en las ciencias médicas locales finiseculares	344

5.1. La producción de tecnologías literarias y sociales	344
5.2. La columna vertebral de la institución: la biblioteca y la hemeroteca	349
5.3. El proceso de edición de los <i>Anales</i> y sus derivas bibliográficas	369
5.4. Las tecnologías sociales del CMA	399
5.4.1. Los torneos científicos	399
5.4.2. La “tribuna pública” del CMA: conferencias y asambleas científicas	415
5.5. A modo de cierre	427
Capítulo 6	
A modo de cierre: instituciones científicas y médicas en un momento de cristalización de una sociedad civil burguesa	431
Referencias Bibliográficas	439

AGRADECIMIENTOS

Desde el momento en que el presente trabajo comenzó a tomar pálida forma destinada a un proyecto de tesis de maestría –mediados de 2003– al momento en que tocó escribir los agradecimientos al formato de tesis de doctorado –enero de 2013– las instituciones, contextos, personas y experiencias que se fusionaron para dar vida al borrador final, han llegado a ser un número importante. En efecto, una década de trabajo directo (y también indirecto) relacionado a un tema de investigación inscrito en dos áreas historiográficas en desarrollo en Argentina –como son la historia social de la ciencia y la historia social de la medicina– dejaron una huella visible y nutrida.

Entre las instituciones que apoyaron este trabajo en forma temprana y decidida cuentan el Centro de Estudios de Historia de la Ciencia y la Técnica “José Babini” y la Escuela de Humanidades de la Universidad Nacional de San Martín. Sin la presencia conjunta de ambas instituciones los conceptos y miradas volcados en estas páginas hubieran sido poco menos que inexistentes. La biblioteca del Centro Babini fue el primer ámbito a explorar en pos de obtener alguna arcana información sobre los rudimentos básicos de la historia de la ciencia y la historia de la medicina tanto local, como internacional. Por su parte la Escuela de Humanidades de la UNSAM aportó fondos para la realización de la investigación entre los años 2008 a 2011. Los mismos fueron ejecutados primero bajo el formato de una beca de formación –extendida por el Centro Babini– desde mayo de 2008 a diciembre de 2010 y seguidamente, bajo el formato de un proyecto de investigación denominado “Medicalización de las instituciones de cura y confinamiento de la provincia de Buenos Aires (Siglo XIX)”, ejecutado entre los años 2009 y 2011. En forma paralela, la Escuela de Humanidades también aportó el espacio de una cátedra de historia de la ciencia –bajo la dirección de los profesores Diego Hurtado y Cristina Mantegari– en la cual ejercer actividad docente y ejercitar el estado del arte indispensable en ambas áreas disciplinares.

No menos presente ha sido el apoyo de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, así como también la Maestría de Política y Gestión de la Ciencia y la Tecnología de la Universidad de Buenos Aires. Ciertamente ambas instituciones fueron debidamente mencionadas en los agradecimientos al trabajo de tesis de maestría presentado a fines de 2005 en el

postgrado antes mencionado, así pues aquí se reiterará el agradecimiento ya realizado. Es importante señalar también que la confianza depositada por las autoridades académicas de este último ámbito se tradujo en la existencia de un seminario anual – vigente desde 2008– dedicado a la historia de las instituciones científicas argentinas de los siglos XIX y XX, espacio en que poco a poco se fueron desarrollando miradas historiográficas y cuadros de situación sobre el desarrollo de las instituciones científicas locales.

En cuanto a los espacios, cabe recordar que buena parte de los temas abordados en las páginas siguientes circularon bajo la forma de artículos en algunas revistas internacionales y locales, así como también bajo el formato de ponencias en varios congresos. Entre estos últimos acaso el primer espacio a rescatar sea el Taller de Estudios sobre Salud y Enfermedad, cuyo funcionamiento regular bianual desde el año 2004 ha jugado el crucial rol de norte intelectual para quienes se han sumado a la dura profesión de historiador de las ciencias médicas y de sus instituciones. Simétrica importancia ha jugado la mesa titulada “La historia social de la ciencia como marco de análisis de la producción científico tecnológica”, inscrita en el cronograma oficial de las Jornadas Interescuelas de Departamentos de Historia, a cuya sombra también han circulado las primeras ideas del presente trabajo. En cuanto a los espacios editoriales, es importante mencionar que algunas revistas internacionales han ido abriendo sus páginas a trabajos de historiadores latinoamericanos, proceso ya visible desde la reapertura democrática y acentuada en la última década. En tal contexto revistas como *Asclepio* (Madrid - España), *Historia, Ciencia, Saude-Manguinhos* (Río de Janeiro – Brasil) o *Iberoamericana. América Latina, España y Portugal. Ensayo sobre, letras, historia y sociedad* (Berlín - Alemania) han tenido la amabilidad de publicar en formato de artículo algunos avances de la investigación.

También entre los espacios merecen una mención indispensable los archivos por los que se ha recolectado el material empírico trabajado en calidad de fuente primaria. Ciertamente se volverá a mencionarlos en la introducción metodológica, en especial a la hora de hablar de los cuestionarios elaborados con el material empírico, así pues aquí se agradecerá al personal de la Academia de Medicina y al de la Biblioteca y Archivo de la Facultad de Ciencias Médicas de la UBA, así como también al personal del Archivo

General de la Nación, al personal de la Hemeroteca del Congreso de la Nación. En esta sección se agradecerá en particular al personal del Archivo de la Universidad de Buenos Aires –María Rosa y Silvia–, cuya cordialidad ha dado como resultado el hallazgo de material de gran valor para este trabajo. Su diaria actividad –silenciosa pero firme– ha rescatado del olvido (y de la descomposición) verdadero “oro en polvo” para una historia de la ciencia en la ciudad de Buenos Aires durante el siglo XIX y mucho más aún para una historia (empírica) de esa legendaria “institución del saber” de la ciudad, cual es la propia Universidad de Buenos Aires.

Más la mención a los espacios puede no ser justa con las personas que les dieron vida y los sostuvieron con su actividad. Y en tal sentido aquí es importante rescatar una serie de nombres cuya presencia ha beneficiado con creces la realización de la tesis. En primer lugar a quien ha oficiado de director del proyecto –el Dr. Diego Hurtado– y luego a quienes han sido pacientes lectores de cada tramo del mismo, el Dr. Diego Hurtado y la Dra. Ana Vara. Su paciencia y cordialidad han hecho posible este trabajo de muchas maneras: desde el préstamo de libros de sus frondosas bibliotecas personales, a favores personales que han resultado de ayuda inestimable en momentos cruciales. Ciertamente el Dr. Hurtado ha sido –y es aún– consultor cotidiano para un grupo no menor de jóvenes historiadores interesados por la historia social de la ciencia y la técnica en Argentina. Tal actividad de lectura y consejo son ejercidas por Diego con paciencia y un profundo sentido del respeto hacia los trabajos leídos. Es importante incluir en los agradecimientos al resto de los miembros del centro Babini, a la Mg. Cristina Mantegari, al Mg. Eduardo Mayo, al Dr. Héctor Palma y al Dr. José Gómez Di Vincenzo, a la Prof. Cecilia Gargano, al Lic. Agustín Piaz. También a mi querida amiga la Lic. María José Fernández y al Mg. Daniel Blinder con quien hemos cincelado una verdadera hermandad de (y en) la vida. Quisiera incluir en el grupo de personas que han colaborado en la realización del proceso de tesis al Dr. Alejandro Cataruzza, quien con su desinteresada colaboración como tutor de estudios doctorales posibilitó el acceso al doctorado de la FFyL-UBA.

Ciertamente también quisiera hacer extensivo el agradecimiento a quienes han realizado comentarios y aportes críticos a los distintos tramos del presente trabajo durante los últimos años. Así pues quisiera agradecer a la Dra. Susana Belmartino, al Dr. Adrián

Alfredo Carbonetti, al Dr. Ricardo González Leandri, a la Dra. María Silvia Di Liscia, a la Dra. María José Billorou, al Dr. Diego Armus, a la Dra. Marisa Miranda y al Dr. Álvaro Girón Sierra, al Dr. Rafael Huertas, a la Dra. Adriana Álvarez, a la Dra. Sandra Sauro, a la Dra. María Teresa Citeli, a la Dra. Mariana Versino, a la Dra. Alejandra Roca, a la Dra. Sara Rietti y al Dr. Carlos Abeledo.

Por su parte, entre los amigos y colegas de Tandil quisiera extender un especial agradecimiento a la Prof. María Miriam del Carmen Iglesias, verdadera guía intelectual y modelo de lucha. También a la Dra. Gisela Giamberardino, a la Lic. Paula Rodríguez Traiani, a la Lic. Paula García, a la Dra. María Elba Argeri, a la Mg. Cecilia Pérez, a la Lic. Gisela del Hoyo, a la Sra. Clara Colavitta, a la Prof. Valeria Pellegrino, a la Dra. Gisela Sedeillan, a la Dra. Andrea Oliva, a la Dra. Claudia Krmpotic, a la Mg. Liliana Madrid y al Mg. Manuel Mallardi, a la Mg. Elizabeth López Bidone.

Por una extraña inversión de los órdenes, los agradecimientos reservan para el último lugar a los afectos personales, aquellos sujetos que quizá más cerca han estado del estado de ánimo real del tesista. Entre ellos cuentan una importante cantidad de familiares y amigos, muchos de los cuales estuvieron mencionados en los agradecimientos de la tesis de maestría. Algunos siguen estando presentes, otros han partido; a los dos grupos por igual dedico un enorme y silencioso abrazo, pues todo lo que debía ser dicho, ya ha sido dicho personalmente. Entre los familiares quiero recordar a mis padres Sixto y María Ester, a mi hermano Walter, mi cuñada Jorgelina y mis sobrinos Guillermina y Julián, a mis tíos –el querido tío Héctor y la tía Beatriz– a mis primas Hilda y Marcela y a mis sobrinos porteños Camila, Santiago y Bautista. Entre los amigos, la Sra. Laura Rezuc, al Sr. Mario Ballesteros, al Sr. Germán Vulcano, al Sr. Patricio Kelly, al Prof. Pedro Ruiz, la Sra. Vanesa Giménez, la Lic. Karina March, la Prof. Karina Peralta, la Sra. Yanina Martínez, al Sr. Jorge Fazzio y al Sr. Juan Fabián. Con especial afecto quiero mencionar al Lic. César Corvalán y a la Lic. Virginia Kelly, sinónimos del poder de la escucha, la magia, el amor y de la apuesta por la vida. Por último, a Prometeo (por su coraje desinteresado en bien de la humanidad, incluso a riesgo de ser castigado por la eternidad) y a su fuego benefactor por la luz con que intenta guiarnos.

Nueva York, enero de 2013

IN MEMORIAM

BLANCA LILIANA ZEBERIO (ORIETA) 1958 – 2008

Amiga y jefa de cátedra; profunda conocedora de la
historiografía moderna, apasionada de la
investigación y los archivos: verdadera sacerdotisa
de las ciencias humanísticas.

INTRODUCCIÓN.

LA “MOVILIZACIÓN DE LOS PUNTOS DE MIRA”

HISTORIOGRÁFICOS

En términos de método, este ensayo confía en los estudios empíricos precisos, en los estudios de caso detallados, y en el “retorno de experiencia” que autorizan. Postula también que es preciso saber “alternar” los ángulos de mira, que una buena comprensión de las cosas pasa por la movilización de puntos de vista múltiples. Es preciso saber ser sociólogo un día, seguir la lógica de los actores al siguiente, buscar “los intereses bien concebidos” de unos y otros por la mañana, creer en la generosidad de los actos y las intenciones por la tarde y limitarse a un enfoque procedimental por la noche (cómo se acuerda entre sujetos, sobre los sujetos y sobre las cosas”, “cómo se hace el acuerdo social, cómo fracasa en deshacerse o se deshace”). Ser caleidoscópico no es necesariamente una debilidad: tanto en las ciencias “duras” como en las ciencias “humanas” a menudo es el fundamento de la riqueza. Construir universos de comprensión coherentes es sin duda esencial (¿acaso no es el objetivo de toda ciencia?)” (Pestre, 2005: 18 - 19)

I. PRESENTACIÓN

En las siguientes 400 páginas se buscará presentar y analizar con algún detalle las primeras cuatro décadas de una institución estudiantil, gremial y científica de activa participación en la promoción de una sensibilidad para la ciencia y la técnica, en el área de las ciencias biomédicas locales de fines de siglo XIX. La misma fue fundada en 1875 y su nombre oficial desde entonces fue *Círculo Médico Argentino (CMA)*, denominación que varió en 1907 –a consecuencia de una serie de transformaciones que se presentarán en el capítulo 2– por el más largo pero descriptivo nombre de *Centro de Estudiantes de la Facultad de Ciencias Médicas y *Círculo Médico Argentino**.

Las posibles maneras de justificar el intento de tal ejercicio de investigación son variadas, y acaso no se reduzcan solo a enumerar los rasgos principales de tal institución, de ofrecer –a modo de primera presentación en sociedad– los rasgos

principales de su ser social. Todo ello es legítimo y sin duda no deja de ser una vía necesaria e importante. Subrayar que la sociedad fue uno de los primeros centros de agremiación estudiantil en la pequeña escuela médica local y que, al mismo tiempo, fue una de las primeras sociedades científicas y médicas de la ciudad de Buenos Aires de la segunda mitad de siglo XIX, es hacer justicia a sus rasgos nodales, aquellos que sin duda hubieran intentado subrayar algunos de sus principales referentes. Más allá de esta salida auto referencial, se ha creído de utilidad presentar con algún detalle aquello que Dominique Pestre denominó –para su estudio de la ciencia occidental desde el Renacimiento hasta fines de siglo XX– una “necesaria movilización de puntos de mira” sobre el objeto de estudio, en este caso, un estudio de una institución científica local finisecular y, en estrecha relación, un tramo de la historia de las ciencias médicas locales (Pestre, 2005: 15).

En pocas palabras –y como eje axial de aquella movilización de métodos y fuentes– se buscará presentar tanto los materiales empíricos y conceptuales que permitieron arribar a estas interpretaciones, y en especial, que permitieron preguntar –al modo en que lo hacen los estudios cualitativos en las ciencias sociales– por la voz de los actores a la hora de justificar un proceso de cristalización de un programa experimental en las ciencias biomédicas de la época. Acaso tan importante como la visita a aquellos materiales es la presentación de los problemas de investigación abordados con ellos respecto de la institución trabajada; así pues, en los siguientes párrafos se focalizará la atención en tales puntos, que fueron centrales en el inicio de la investigación que concluye en el presente formato de tesis doctoral.

II. UN “ARCHIVO DE IDEAS” HISTORIOGRÁFICAS

En un párrafo de inusual contundencia historiográfica, Michel de Certeau describía en 1975 un escenario de trabajo de rasgos nítidos (y netos) pocas veces sincerado en los libros historiográficos iniciáticos clásicos a esa altura:

“Me parece que en Occidente, desde hace cuatro siglos, ‘hacer historia’ nos lleva siempre a la escritura. Poco a poco todos los mitos de antaño han sido reemplazados por una práctica significativa. En cuanto práctica (y no como

discurso, que es su resultado), es el símbolo de una sociedad capaz de controlar el espacio que ella misma se ha dado, de sustituir la oscuridad del cuerpo vivido con el enunciado de un ‘querer saber’ o de un ‘querer dominar’ el cuerpo, de transformar la tradición recibida en un texto producido; en resumen, de convertirse en página en blanco, que ella misma pueda llenar. Práctica ambiciosa, activa, incluso utópica, ligada al establecimiento continuo de campos ‘propios’, donde se inscribe una voluntad en términos de razón. Esta práctica tiene el valor de un modelo científico, no le interesa una ‘verdad’ oculta que sea preciso encontrarse, se constituye en un símbolo por la relación que existe entre un nuevo espacio entresacado del tiempo y un modus operandi que fabrica ‘guiones’ capaces de organizar prácticamente un discurso que sea hoy comprensible –a todo esto se lo llama ‘hacer historia’. Hasta ahora inseparable del destino de la escritura en el Occidente moderno y contemporáneo, la historiografía conserva, sin embargo, la particularidad de captar la creación escriturística en su relación con los elementos que recibe, de operar en el sitio donde lo dado debe ser transformado en construido; de construir representaciones con material del pasado, de situarse finalmente en la frontera del presente donde es necesario convertir simultáneamente la tradición de un pasado (excluirlo), y no perder nada de ella (explotarla con métodos nuevos)” (de Certeau, 1975: 20).

¿Cómo rendir homenaje a tal concepto de historiografía occidental, a tal idea de “hacer historia”? Luego, si tal consigna es ya de alguna complejidad para la historia –con H mayúscula según la feliz expresión de E. P. Thompson– propia de la historia social general, ¿cómo afrontar el problema historiográfico en un área de estudios que plantea complejidades adicionales (y no menores) tales como la historia social de la ciencia y la medicina, en un área y período como el que aquí se trabajará? (Thompson, 1978).

Acaso una –entre otras múltiples opciones– sea hacer el recuento de “los elementos que se reciben” a la hora de situarse en la nada cómoda “frontera del presente”, para intentar armar un guión, sobre el estudio de determinados materiales empíricos. Más la decisión

de hacer el inventario de los materiales y tradiciones heredadas, por muy sincera (y loable), no deja de plantear problemas; en principio los límites de tal ejercicio. En efecto, si escribir historia es un ejercicio siempre parcial y atravesado de contingencias, simétrica situación afecta al ejercicio de presentar los materiales que forman el punto de partida de la escritura en cuestión. Las fuentes y conceptos elegidos para trabajar acaso sean tan parciales y contingentes como las propias inferencias hilvanadas al calor de los cuestionarios hechos con (y por) aquellos materiales conceptuales y empíricos. En tal caso, baste con subrayar el hecho de que son elegidos. Y luego, tal elección más que un acto unívoco y acabado, fuera un complejo proceso al que se tratará de describir en las páginas siguientes, a modo de introducción.

Así pues, una de las maneras más claras de presentar el itinerario metodológico realizado con aquellos “elementos recibidos” ha sido utilizar el concepto de “archivo” o “archivo de ideas”, al modo en que lo presentó Wrigth Mills en su ya clásico *La Imaginación Sociológica* (Mills, 1959: 207). Acaso uno de los primeros motivos para su elección –al menos para lectores de historiografía y metodología de las ciencias sociales, de una universidad pública latinoamericana y de inicios de siglo XXI– es su profunda empatía con otros métodos y miradas metodológicas provenientes tanto de las ciencias sociales como de la historia social de la ciencia en especial. Y en estrecha relación, porque tal archivo de ideas es una manera de operar en el sitio donde “lo dado” debe ser transformado en “construido”. De hecho, para Mills el archivo de ideas es el espacio subjetivo y profesional donde “están juntas la experiencia personal y las actividades profesionales, los estudios en marcha, los estudios en proceso” (Mills, 1959: 207). En estrecha relación, un segundo motivo –no menor– para la utilización del archivo de ideas –también denominado artesanía intelectual– es el intento de evitar en una investigación, en el terreno historiográfico elegido, el problema señalado por el propio Mills para las ciencias sociales de su época (y contexto) a saber, el problema de la “gran teoría” y su opuesto, el del “empirismo abstracto”. Una investigación en historia de las instituciones científicas y médicas locales de segunda mitad de siglo XIX haría bien en evitar la saturación de marcos conceptuales o teóricos. Lo opuesto no es menos deseable; también haría bien en evitar el desarrollo de relatos sobre aspectos empíricos parciales de la vida de una institución, sin jerarquizar problemas de

investigación ni aplicar métodos, conceptos, procedimientos inferenciales, problemas y cuestionarios de análisis.

En el presente trabajo, esa manera de operar lo dado en construido, con los materiales profesionales que refractan los trabajos realizados y los trabajos por venir, tomó forma al calor de materiales empíricos y conceptuales que se detallarán a continuación. Así pues, en primer lugar se presentarán los problemas de investigación que han marcado el rumbo de los trabajos realizados sobre la pequeña institución analizada. Luego, se dedicará alguna atención a justificar el período trabajado en la historia de las instituciones científicas y médicas locales, y luego con el CMA en estrecha relación a aquel contexto. Seguidamente, se focalizará sobre el material empírico y los cuestionarios de trabajo con el cual se ordenó, clasificó y luego dialogó con las fuentes. Para ello se entenderá a tal diálogo con las fuentes como un proceso y no un acto, y al mismo tiempo como un proceso que gana en intensidad cualitativa cada vez que aquella clasificación produce crisis y complejización de las imágenes armadas al calor de las fuentes consultadas. A continuación se intentará atender con algún detalle sobre los conceptos historiográficos utilizados para dialogar con aquel material empírico, también sobre los cuestionarios con que se trabajaron los conceptos, no siempre amistosos o solidarios entre sí. Por último, se intentará justificar el modo o forma de exposición de las imágenes historiográficas producidas –el archivo de ideas– sobre la institución científica trabajada a lo largo de los siguientes cinco capítulos.

III. PROBLEMAS DE INVESTIGACIÓN

“Un problema no es una tarea a realizar que una persona se impone a sí misma o que le es impuesta por otras, como lo serían esos llamados ‘problemas’ aritméticos de la tarea escolar. Un problema representa la transformación parcial por la investigación de una situación problemática en una situación determinada. Es un dicho familiar y muy significativo que un problema bien planteado se halla medio resuelto. Encontrar qué problema y problemas son los que una situación problemática presenta a la investigación, significa hallarse ya

avanzado en la investigación. Desconocer el problema implicado hace que la investigación subsiguiente sea insignificante o marche desviada. Sin un problema, no hay más que palos de ciego. El modo en que se concibe el problema decide sobre la clase de sugerencias que se examinan y las que se rechazan; los datos que se seleccionan y los que se abandonan” (Dewey, 1950: 126).

La movilización de los puntos de vista metodológicos de una investigación histórica no se encuentra (o no se debería encontrar) exenta de ajustar cuentas con este paso –no menor– de la lógica de la investigación científica. Así pues, en el marco de los conceptos y materiales empíricos presentados en los siguientes apartados, se ha seguido con algún detalle el itinerario de varios problemas de investigación relacionados en forma estrecha entre sí. En términos lógicos tal relación se podría describir como orgánica, en tanto atribuye (o reconoce) a un problema el estatus de central o axial, problema que apunta a analizar lo que se ha denominado (en términos epistemológicos y metodológicos) como “matriz de anclaje” de una determinada investigación. Luego, sobre dicho problema se orientaron –cobraron forma– al menos otros tres problemas historiográficos, que buscan analizar temas –u otras tantas matrices de datos– subordinados al problema central (Samaja, 1996: 166-167).

Sobre este cuadro de situación lógico y metodológico, se señaló como: (1) El problema central de la investigación, la pregunta por la existencia de la sociedad científica referida con anterioridad, a saber, el CMA durante el período justificado en el apartado siguiente.

Dado que su existencia fue un dato parcialmente confirmado tanto en los “estudios en marcha”, como en el material conceptual e historiográfico utilizado para realizarlos, el problema de la existencia de la pequeña sociedad científica mutó ligeramente. En efecto, el problema de investigación central pasó a ser la pregunta por los actores, formas y tramas sociales que compusieron lo que –siguiendo a E. P. Thompsom– podría denominarse el “ser social” de un sujeto histórico, en este caso de la institución referida, ese particular tramo de vida social floreciente en “el patio” de la casa de los

hermanos Ramos Mejía, en la ciudad de Buenos Aires hacia mediados de la década de 1870, como se podrá apreciar con algún detalle en los capítulos 1, 2 y 3. En efecto, dado que la institución se presentó al mismo tiempo como una sociedad científica y gremial de importancia en la escuela médica y universidad finisecular, se creyó necesario señalar como situación problemática a indagar ambos aspectos de su vida.

Por su parte, los tres problemas relacionados en forma orgánica a la existencia del CMA, pueden ser considerados desprendimientos o especificaciones de aquel problema central; otras tantas preguntas tendientes a rescatar la mayor cantidad de información – ya sea tácita o explícita– sobre su faceta de institución promotora de un programa experimental para las ciencias médicas de la ciudad, durante el período trabajado (Hintikka, 1978: 215).

Relacionado en forma estrecha a la existencia del CMA, figuró con fuerza la pregunta por: (2) El papel que cumplió la institución estudiada –si es que cumplió alguno– en la cristalización de un programa experimental en las ciencias médicas de la ciudad durante los años estudiados.

En este punto –nuevamente– los “trabajos en marcha” arrojaron indicios claros de la presencia de prácticas científicas, al modo de lo que Steven Shapin y Simon Schaffer denominaron un “programa experimental” compuesto de tecnologías materiales, literarias y sociales. (Shapin y Schaffer, 2005 [1985]: 64). Por su parte –y en forma paralela–, además de los indicios que señalaban las actividades de la sociedad en materia experimental, también afloraron indicios de una fuerte presencia gremial en la escuela médica; de hecho ambas facetas eran distintas caras de un mismo círculo de sociabilidad, que rápidamente devino en centro de agremiación estudiantil, y que al correr de los años se volcó a la promoción de las ciencias experimentales y médicas en suelo local. Tal itinerario no fue distinto a otras instituciones científicas y médicas tanto locales como internacionales, y pudo ser mejor comprendido a la luz de un concepto propio de una mirada histórica (e historiográfica) materialista e histórica; más aún, el concepto se ajusta al estudio en clave histórica de los fenómenos de intelectualidad y es el de “partido de hombres de la cultura”, como se podrá apreciar en el apartado

dedicado a la presentación del material conceptual (y cuestionarios) trabajados a continuación, y luego en los capítulos 2 y 3 (Gramsci, 1978 (5): 327).

En estrecha relación se indagó por: (3) El tipo de prácticas científicas promocionadas en el programa experimental impulsado por la institución. En efecto, sabiendo que la sociedad hizo de la promoción de las ciencias experimentales en la escuela médica local una de sus razones de existencia, la pregunta subsiguiente fue: ¿qué tipo de prácticas científicas serían posible identificar con alguna especificidad? Como sucediera con la existencia de la institución, el problema se desplazó al tipo de prácticas de producción de conocimiento concretas que podían ser identificadas en el material empírico, pues la inscripción social de un programa experimental, o si se quiere de un sentido social para la ciencia y la técnica, era algo visible ya en Buenos Aires de la década de 1820 y, desde ya, no menos visible medio siglo después, en los años previos al ascenso de Nicolás Avellaneda a la primera magistratura del estado nacional (de Asúa, 2010: 13; Mantegari, 2005: 30). Así pues, las preocupaciones centrales a nivel del tercer problema de análisis, indagaron por las actividades emprendidas por la sociedad para promocionar un programa experimental o prácticas científicas concretas, que se presentarán con algún detalle en los capítulos 4 y 5.

Por último, se focalizó en (4): La pregunta indagatoria por el tipo de medicina que cristalizó en las actividades fomentadas por la sociedad. Si –al decir de Andrew Wear– la medicina occidental –y en especial europea– durante el siglo XIX sufrió poderosas transformaciones y éstas, a su vez, operaron como espejo (e interlocutor) de las florecientes instituciones científicas y médicas latinoamericanas, cabe preguntarse: ¿cuáles habían sido cultivadas y promocionadas (en prácticas y representaciones) por la sociedad científica estudiada?; ¿a favor de cuáles de las poderosas tradiciones médicas coexistentes durante la segunda mitad del siglo XIX se habían visto atraídos los socios del Círculo?; ¿a qué escuelas médicas habían tomado como referentes? Tales preguntas abrieron a su momento numerosos interrogantes, focalizados en las relaciones – ciertamente asimétricas– entre distintos espacios científicos, el de la ciudad de Buenos Aires y el de la ciencia y medicina europea de la “*Belle Époque*”, que se abrió a un tipo de institucionalización denominada como “ciencia imperialista”, y que al cierre del

período trabajado se inscribía en pleno proceso de surgimiento de miradas eugénicas y racistas, como es el caso de varias escuelas médicas alemanas admiradas desde el Río de la Plata. En pocas palabras, la ciencia que Dominique Pestre denominó como “ciencia para la guerra” (Pyenson, 1983: 8; 1995: 928; Weidling, 2000: 25; Pestre, 2005: 44).

IV. PERÍODO TRABAJADO

“El marco estructural del historiador incluye, entre otras cosas, la división en períodos históricos. Evidentemente, la periodización es obra de los historiadores, no de la historia. En el curso histórico de los acontecimientos no puede hallarse ínsita ninguna manera objetiva o natural de dividir. Ello no significa, a pesar de todo, que todas las formas de organizar los materiales históricos sean igualmente buenas. En la historiografía de la ciencia moderna, ha surgido una tradición de trabajar con períodos cronológicos que sigue el siglo correspondiente: la ciencia del XX, en el siglo XIX, en el XVIII, y en el XVII. La división es, obviamente, arbitraria en el sentido de que no refleja ninguna tendencia interna del desarrollo de la ciencia. Tal vez fuera razonable distinguir entre los siglos XIX y XX en la historia de la física, mientras que no es ese el caso en la historia de la biología, o de la geología” (Kragh, 1986: 105).

La importancia del ejercicio de periodización en historia de la ciencia y, en especial, en el estudio de instituciones científicas queda fuera de toda duda, aunque no librada de justificaciones. Y en tal sentido, el principal argumento –o arbitrariedad– que se esgrimirá es que es un paso lógico capital para el ordenamiento del material interviniente en el trabajo. Es central para el ejercicio de definición de problemas de investigación realizado con anterioridad; en caso de instituciones con algún grado de

antigüedad, permite trazar períodos y áreas de preocupación legítimas en torno a las fuentes existentes (Crosland, 1996: 12) Luego, permite elaborar los cuestionarios de trabajo, sean estos cuestionarios dirigidos al material empírico, o sean los cuestionarios dirigidos al material conceptual.

El eje temporal del trabajo se extiende entre los años 1875 a 1914. Tratándose de la vida de una institución científica como fue el CMA, la selección del período responde a dos tipos de motivos; primero, motivos relacionados a la vida de la institución y luego, motivos relacionados al contexto –o fuerzas sociales de su época, según la expresión de Loren Graham– en que dicha institución se inscribió, con el cual buscó entrar en diálogo, al cual trató de modificar con su aporte científico, siempre considerado por sus comisiones directivas como benéfico y esclarecido (Graham, 1988: 4). Ciertamente, en ese contexto tiene un lugar muy relevante aquella dimensión que podría denominarse *el contexto científico y médico de su época*, muchas veces sintetizado en forma rápida en representaciones como la –a esa altura– afamada “República de las Ciencias”, o también caracterizado como un conjunto de “escuelas” científicas y médicas nacionales de la época, o como los particulares “genios” (o caracteres) científicos nacionales, como se podrá apreciar en los capítulos 4 y 5.

Si focalizamos sobre la vida de la sociedad, los años señalados son sus primeros 40 años de vida y en ellos se pueden apreciar varios procesos relevantes al ser social de la institución. En efecto, durante estos años transcurre la vida profesional e institucional de al menos dos generaciones de estudiantes y graduados que imprimieron su estilo a esta institución, como se podrá apreciar en los capítulos 1, 2 y 3. Acaso se pueda citar como ejemplo el itinerario profesional de uno de sus creadores y primer presidente, el Dr. José María Ramos Mejía.

Hacia 1875 era un estudiante y había adquirido gran notoriedad en la escuela médica local por ser miembro de la Sociedad 13 de Diciembre y firmar escritos incendiarios contra la élite de la escuela médica de Buenos Aires como “El Licenciado Cabra” (Leandri, 1999: 120). Hacia la segunda fecha había sido el todopoderoso presidente del Consejo Nacional de Educación, creador del Departamento Nacional de Higiene, y una

figura reverencial en las letras médicas locales (Leandri, 1999: 120; Terán, 1998: 99). Estos matices o giros de su personalidad profesional aportan indicios sobre los criterios utilizados para elegir tales fechas. Hacia mediados de la década de 1870 los estudiantes de medicina eran los díscolos contestatarios, “verdaderos obsesionados con la reforma”, según la descriptiva expresión de las autoridades de la casa de estudio a inicios de siglo XX. Por su parte, hacia la segunda fecha, la misma sociedad se había transformado en una poderosa referente de las ciencias médicas locales y algunos de sus miembros (y ex miembros) se proyectaban en notorias carreras científicas y políticas, como se podrá apreciar en los capítulos 4 y 5.

Luego, aquellas fechas son los años en que se plantea en forma explícita un conflicto entre los dos grupos o perfiles de asociados que conviven dentro del Círculo, como se podrá apreciar en los primeros tres capítulos. En efecto, tanto los “señores” como los “doctores” quedan inscritos dentro de lo que Giovanni Levi y Jean-Claude Schmitt han definido como historia de la juventud (Levi y Schmitt, 1996: 14) dado que en esos términos se pensaron y actuaron tanto hacia sí mismos, como hacia otros grupos, en especial hacia el cuerpo docente titular de la escuela médica. Ahora bien, a pesar de reconocerse como parte de una misma “juventud”, ambos grupos poseen identidades propias tanto dentro de la escuela médica como dentro de la sociedad, y no extrañará encontrar diferencias, que fueron cobrando forma (y acrecentándose) durante estos años. Tales diferencias implicaron desde concepciones de la ciencia y la medicina divergentes, a ideas encontradas del rol de las organizaciones gremiales en el seno de la escuela y de la sociedad.

Si se focaliza sobre el contexto político, cultural, científico y médico en que dicha sociedad se inscribió, los motivos que afloran para la elección del período son variados y de importancia no menor.

Desde un punto de vista interesado por la historia social de la ciencia y la medicina local, aquellas fechas son los años centrales de un cuadro situacional específico dentro del pensamiento médico y científico, tanto occidental como rioplatense (Bynum y Porter, 1993: 4; Wear, 1996: 10; Olby, 1990: 19). En líneas generales, se podrán

apreciar la cristalización de distintas miradas médicas, relacionadas a dos conceptos de importancia central, tanto en la historia social de la medicina como en la historia social de la ciencia de las últimas décadas, a saber, el de medicina occidental y el de ciencia occidental (Kleinman, 1993: 16; Wear, 1996: 1; Olby, 1990: 19). Ciertamente ambos procesos se remontan –al menos– a mediados del siglo XIX, con especial énfasis a los años posteriores a la caída de Rosas; más en estas décadas dan cuenta de una mayor presencia en las agendas de las elites científicas y políticas locales. Así pues, en términos específicos, se podrán apreciar en los capítulos 4 y 5 que la generación médica de “El Licenciado Cabra” promocionó un tipo de medicina clínica orientada en forma estrecha a la medicina y la ciencia floreciente en Francia, Alemania, Gran Bretaña, Italia y España. Se podrá apreciar a aquellas generaciones de estudiantes consolidando un tipo de práctica científica cuyos rasgos se pueden remontar a la ciencia renacentista y occidental, tales como la promoción de tecnologías materiales, literarias y sociales; también se podrá apreciar la existencia de formas sociales y organizativas propias de un perfil de intelectual de netos rasgos burgueses. En efecto, el Círculo Burgués estudiado por Maurice Agulhon fue de activa presencia a la hora de apreciar la cristalización de una modalidad de cultura burguesa y en particular de una modalidad de promoción de la práctica científica, como había sucedido en diversas capitales occidentales, al menos desde el Renacimiento (Agulhon, 2009 [1977]: 133; Hall, 1950: 199; Crosland, 1996: 44).

Por su parte, los estudiantes y socios del CMA al momento del centenario han realizado otras mentalidades médicas, tales como la práctica de la fisiología y el trabajo de laboratorio, según parece evidenciarlo la frecuente presencia de artículos firmados por el joven socio, presidente y redactor de la sociedad, Bernardo Houssay (Buch, 2000; Hurtado y Fernández, 2013). También se han puesto de moda hacia esta fecha los escritos sobre psiquiatría de la mano de un ex socio y frecuente articulista como es José Ingenieros y, ciertamente, no son menos visibles los textos de otro socio con mucho potencial científico en el campo de la medicina social e higiénica como es el director de los *Anales* y secretario de la Comisión Directiva en 1910, el joven Salvador Mazza. Estos referentes de la medicina local fueron famosos en disciplinas distintas y sin embargo, poseen un sólido vínculo en cuanto a sus identidades científicas. Son herederos del “espíritu científico” pregonado por la generación de estudiantes a la que

perteneció Ramos Mejía, caracterizado por resaltar la importancia de la investigación científica como parte fundamental del compromiso estudiantil con la vida médica.

Un tercer motivo –relacionado en forma estrecha a los anteriores– está dado por el vínculo de aquel perfil de intelectual y de aquellas prácticas y tópicos científicos, con las fuerzas sociales de su época. Pregunta también relacionada a la historia social de la ciencia y de la medicina, y no menos relacionada a las fuentes de la época. En efecto, la ciencia y la medicina occidentales promocionadas por la sociedad tuvieron rasgos específicos de mediados del siglo XIX; se podrá apreciar la discusión de la ciencia nacional, y de las formas organizativas para su mejor promoción. De hecho también se podrá apreciar la presencia de un diagnóstico en cuanto a las dificultades propias de la cristalización de instituciones científicas del siglo XIX en suelo local, y también del registro de una diferencia con la ciencia que cristalizaba en otras tierras. Acaso todos estos rasgos sean los que Leoncio López-Ocón ha señalado como proceso de cristalización de un espacio público (o también de una sensibilidad social) para la ciencia y la técnica en América Latina (López-Ocón, 1998: 219; Mantegari, 2005: 50).

Un cuarto motivo de peso para focalizar el estudio en estas cuatro décadas es la notable ausencia –hasta hace poco tiempo– de trabajos que mostrasen el proceso de cristalización de instituciones científicas en términos comparados al proceso de mayor intensidad y escala que se desata con la creación de la Asociación Argentina para el Progreso de las Ciencias en la década de 1930 (AAPC) (Hurtado, 2010: 15). De hecho, durante este período se sale del mundo aún trazado por rasgos de la ciencia de los años virreinales y de la década revolucionaria –rasgos aún presentes a la caída de Rosas– para cerrar con el aún frágil mundo de las cuatro universidades nacionales y de los observatorios astronómicos de Córdoba y la Plata, estudiados por Marina Rieznik, años de institucionalización débil y de fuerte compromiso con la ciencia en términos principalmente retóricos y simbólicos, años previos al surgimiento de una comunidad científica local, dedicada a articular el –a esa altura– viejo ideal de una ciencia nacional (García, 2010: 22; Rieznik, 2011: 50; Hurtado, 2010: 24). En lo tocante a la profesión médica, es un período en el que la falta de estudios también se ha hecho sentir. En efecto, los estudios –ya clásicos– de Ricardo González Leandri y Susana Belmartino

abarcan los años inmediatos anteriores y posteriores a las décadas aquí trabajadas. El estudio del proceso de profesionalización de la medicina porteña realizado por el primer autor se extiende entre los años 1852 a 1886; por su parte, el estudio sobre las instituciones médicas locales realizado por Susana Belmartino, se extiende desde la década de 1920 a la de 1990 (Belmartino, 2005: 21; Belmartino, 2011: 16).

V. MATERIAL EMPÍRICO

Aquellos problemas llevaron a un conjunto de hipótesis y a la elaboración de cuestionarios de trabajo y luego objetos modelos sobre la institución y el período trabajados (Ladrier, 1990: 15). Otras tantas preocupaciones desplegadas sobre un conjunto de fuentes, o lo que en términos metodológicos ha sido denominado clásicamente como *matrices de datos*, mismas que se presentarán en el apartado siguiente (Samaja, 1996: 160). Aquí nos detendremos en el trabajo de fuentes, y en los cuestionarios de trabajos que las justifican.

V.1. Archivos y Fuentes

¿Qué fuentes se trabajaron para aquellos problemas relacionados con la vida del CMA? En principio es importante mencionar que al ser una sociedad científica local de fines de siglo XIX, buena parte del material usado ha sido relevado en archivos cercanos a la antigua “Escuela Médica” y actual Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad de Buenos Aires. Los archivos históricos clásicos –aquellos frecuentados por los interesados en otras disciplinas históricas–, tales como el AGN, tuvieron un papel algo acotado frente al uso más intenso de los archivos cercanos a la profesión médica de Buenos Aires. Incluso con estos matices, un listado de los sitios frecuentados en forma asidua incluye:

- Academia Nacional de Medicina
- Archivo y Biblioteca de la Facultad de Ciencias Médicas
- Archivo y Museo de la Facultad de Farmacia y Bioquímica
- Archivo Histórico de la Ciudad de Buenos Aires

-Archivo General de la Nación

-Archivo Histórico de la Universidad de Buenos Aires

Por su parte, el listado de fuentes consultadas en tales sitios –que se presentará a continuación– incluye un abanico de material escrutado con distintas intensidades y, en especial, con distintas preocupaciones relacionadas a los problemas de investigación señalados anteriormente.

A) Prensa médica, gremial y universitaria

Anales del Círculo Médico Argentino (ACMA)

Revista del CMA y Centro de Estudiantes de la Facultad de Medicina

Revista del Centro de Estudiantes de la Facultad de Medicina

Revista Médico Quirúrgica (RMQ)

Anales de la UBA

Revista de la UBA

Anales del Departamento Nacional de Higiene (ADNH)

Documentos del Protomedicato (DP; 1740 a 1810)

Documentos del Tribunal de Medicina (DTM; 1811 a 1852)

B) Prensa

Diario *La Prensa*

Diario *La Nación*

Diario *La Vanguardia*

Revista *Caras y Caretas*

C) Documentación oficial

Documentación oficial del Círculo Médico Argentino y Centro de Estudiantes de la Facultad de Medicina

Registro Oficial de la Provincia de Buenos Aires

Memorias del Ministerio del Interior

Actas de la Comisión Municipal de la Ciudad de Buenos Aires

Memorias de la Intendencia Municipal de Buenos Aires

Diario de Cesiones de la Cámara de Diputados de la Nación

Diario de Cesiones de la Cámara de Senadores de la Nación

Diario de Cesiones de la Cámara de Diputados de la Provincia de Buenos Aires

Diario de Cesiones de la Cámara de Senadores de la Provincia de Buenos Aires

Tales fuentes primarias no incluyen una importante serie de textos, libros, biografías y cuentos, historias oficiales de instituciones –por ejemplo, *La Historia de la Medicina en el Río de la Plata* de Eliseo Cantón– o de aspectos parciales de algunos grupos –el pabellón de estudiantes del Hospital de Clínicas–, muchos de los cuales bien podrían ser denominadas fuentes secundarias, y que serán citadas conforme sean invocadas a lo largo del trabajo.

V.2. Cuestionarios de trabajo

Dicho material fue la base desde donde lo “dado” fue transformado en “construido” –según la expresión de de Certeau–, vale decir que sobre aquellas fuentes cobró vida una masa de material empírico relacionado en términos generales a la vida de la sociedad y, luego, sobre sus aspectos científicos y gremiales señalados como problemas de investigación. Y tal trabajo de construcción fue más bien un proceso de trabajo que se realizó en un arco temporal que abarcó los últimos 10 años; ciertamente tal trabajo ha contemplado la aparición de varias ramificaciones temáticas, producto de la dinámica de los “trabajos en curso”, algunos de los cuales se citarán a lo largo de estas páginas.

Un primer hito en dicho trabajo fue el relevamiento de las fuentes necesarias para abordar el tema en forma de tesis de maestría, durante los años 2003 a 2005. Aquellas actividades concluyeron en una primera versión sobre las instituciones científicas y médicas de fines de siglo XIX en la ciudad de Buenos Aires, con especial énfasis en los años formativos del *Círculo Médico Argentino*, que concluían en su primera gran crisis visible, como fue la crisis de 1890, tal y como se podrá apreciar en el capítulo 2 (Souza, 2005: 120). En aquel trabajo se puso el énfasis en la relación que unió a la pequeña sociedad científica con algunas de las instituciones centrales del sistema de salud de la Municipalidad de Buenos Aires entre 1880 y 1890, en especial el antiguo Hospital General de Hombres, remodelado entre 1880 y 1883 e inaugurado con pompa y boato por el entonces ministro del Interior (y amigo del *Círculo*) Dr. Eduardo Wilde. (Souza, 2007: 141; Souza, 2008: 74; Souza y Hurtado, 2008: 235; Souza y Hurtado, 2010: 895). Un segundo momento de importancia en el proceso de relevamiento de fuentes, se dio entre los años 2008 a 2010, de cara a la elaboración del presente proyecto doctoral. En dichos años se consiguió una versión completa de una fuente crítica para el presente trabajo, como son las revistas que cubren la vida de la sociedad, tanto en sus años de unidad como en sus años de conflicto y distanciamiento.

Ahora bien, ¿cómo fueron trabajadas aquellas fuentes? El trabajo de fuentes se orientó sobre los problemas planteados con anterioridad. Así pues, ocupó un lugar no menor el intento por dar visibilidad a los actores, conflictos y espacios que conformaron la vida estable de la sociedad durante las cuatro décadas trabajadas; en estrecha relación también se buscó dar visibilidad al programa experimental promocionado por la sociedad para la escuela médica entre 1875 y 1914. Ambas actividades demandaron el trabajo sobre –al menos– cuatro tipos de fuentes mencionadas anteriormente.

En primer lugar se prestó especial atención a tres de las revistas mencionadas; ellas son los *Anales del *Círculo Médico Argentino**, la *Revista del Centro de Estudiantes de la Facultad de Ciencias Médicas*, y luego el periódico que resultó de la fusión de ambas revistas, a saber la *Revista del Centro de Estudiantes de la Facultad de Medicina y Anales del CMA*. De cara a los problemas de investigación definidos, se prestó especial atención a los apartados dedicados a las noticias institucionales incluidos en cada una de

estas revistas. Tales secciones fueron una fuente indispensable para dar cuenta de la existencia de ambas sociedades y de los grupos de socios que convivieron en ellas; de sus prácticas médicas y de sus prácticas de sociabilidad, así como también de sus prácticas científicas. En este último sentido, las páginas de la prensa médica señalada son fundamentales para focalizar sobre un aspecto de las prácticas científicas como son la puesta en marcha de lo que Steven Shapin y Simon Schaffer denominaron tecnologías materiales, literarias y sociales inherentes al programa experimental, como se podrá apreciar en los capítulos 4 y 5 (Shapin y Schaffer, 2005 [1985]: 64).

En segundo lugar, se trabajó con aquella documentación oficial producida en el seno de las comisiones directivas de la sociedad, referida anteriormente como “Documentación oficial del Círculo Médico Argentino y Centro de Estudiantes de la Facultad de Medicina”, existente –en cantidades variadas y sobre todo desiguales para los distintos años– en el archivo de la UBA. En su mayor parte, se trata de resoluciones de las comisiones directivas y memorándums elevados a las autoridades de la Facultad y Universidad; algunos confirman el recambio de autoridades, otros comunican pedidos –refractando distintos grados de conflictividad– que afectan a la vida cotidiana de los alumnos, desde reducción de aranceles, a revalidación de materias a cursos completos. Y dado que tales documentos se extienden en un arco temporal que va desde la década de 1880 hasta años que caen fuera del período trabajado, son una fuente indispensable para ilustrar la activa vida política y gremial de la institución, matizando una imagen de languidez o decaimiento atribuida a la sociedad.

En tercer lugar, se trabajó con revistas cercanas a espacios y actores con los que la sociedad trabó relación. Cuentan entre ellos la escuela médica –y posterior Facultad de Ciencias Médicas– la universidad y durante sus primeros años, la Sociedad Médica Bonaerense. Tales fuentes incluyen la *Revista Médico Quirúrgica*, los *Anales de la UBA* y la *Revista de la UBA*. Estas fuentes permitieron armar una suerte de “ventana histórica” sobre las relaciones inmediatas o fundamentales de la pequeña institución científica. Más aún, permitieron dar visibilidad a la faceta conflictiva de las relaciones que la sociedad sostuvo con la escuela médica y la universidad, vale decir que pudieron verse las consecuencias de erigirse en un poder paralelo a la escuela médica por

aquellos años. A modo de ejemplo se recordará la mención de los conflictos gremiales presentes en aquellas revistas.

Luego, no menos cierto es que tal escena se amplió con un cuarto tipo de fuentes, las citadas como información oficial de los poderes legislativos y ejecutivos de la provincia (y ciudad) durante los años trabajados. Dichas fuentes constituyen una “ventana histórica” de importancia central para apreciar las relaciones de la sociedad con un abanico de poderes públicos, que serán presentados con detalle en el capítulo 3. En efecto, la sociedad sostuvo prolíficas relaciones con el Poder Ejecutivo de la provincia de Buenos Aires y, luego de 1880, con el Poder Ejecutivo nacional; en forma paralela también sostuvo relaciones con la incipiente Comisión Municipal, devenida en los años 1880 en Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires. Por su parte los distintos poderes legislativos en consolidación durante los primeros años de vida de la institución, no quedaron fuera de su agenda de relaciones; acaso por ello puedan verse en los *Diarios de Sesiones de las Cámaras de Diputados y Senadores* un importante número de entradas que incluyen a la sociedad o, en su defecto, a grupos de médicos a ella asociados, que impulsan proyectos (o hablan en su nombre), como se podrá apreciar con detalle en el capítulo 3 en relación al conflicto entre el diputado socialista y ex miembro del Círculo Enrique Dickman y el ex diputado roquista y decano de la Facultad de Ciencias Médicas, Eliseo Cantón.

Se dijo anteriormente que se había “dialogado” con las fuentes, en especial con la prensa médica. Es importante detenerse en tal diálogo; y acaso la primer aclaración metodológica es que se utiliza el concepto de “diálogo” –y también su reverso, que es el de comprensión dialógica– en el sentido dado por Mijaíl Bajtín (Bajtín, 1929: 111; Bajtín, 2008 [1979]: 379). “Dialogar” o “comprender dialógicamente” implica llegar al menos al tercer paso del punteo metodológico elaborado por el autor soviético; “implica comprender significados” –propios a un grupo social estudiado– en “un contexto dado”, sea este “próximo o alejado” (Bajtín, 2008 [1979]: 379, 380). En el presente caso implica la aprehensión de la prensa médica estudiada, y luego su puesta en contexto histórico, confrontándola con otros datos empíricos provenientes de otras fuentes, para

calibrar su lugar, su inscripción en la vida de la escuela médica y, más en general, en la vida política y cultural de la ciudad finisecular.

Ahora bien, “comprender dialógicamente” una fuente como los *Anales del CMA* es una tarea metodológica no exenta de complejidad empírica. Dicha complejidad parte de la materialidad propia de tal fuente. Los *Anales* –su “página palpitante”, según las plumas referenciales de la sociedad– fue una revista que logró editar poco más de 30 números; luego la revista del centro de estudiantes de la Facultad de Ciencias Médicas editó bajo ese nombre casi 10 números, y desde 1908 la nueva sociedad reunificada editó una revista que fusionó los dos nombres, y que alcanzó al menos una treintena de números antes de su cierre en 1953. En los años incluidos en el período elegido son al menos 10 números que incluyen hasta los momentos previos al proceso de reforma universitaria de 1917. Tanto la primera como la tercera revista forman un cuerpo de unos 40 tomos; cada uno de ellos posee un mínimo de 700 páginas y un máximo –como los tomos correspondientes a 1912, 1913 y 1914– de poco más de 1350 páginas. Como se podrá apreciar con mayor detalle en el capítulo 5, cada uno de estos tomos anuales incluyeron un número –variable según los años– de revistas. Según los catálogos existentes en la Academia Nacional de Medicina, las colecciones completas –para consulta en instituciones públicas– de la revista se encuentran en el archivo de la Facultad de Ciencias Médicas de la UBA y en la propia Academia; una segunda copia completa de la revista se encuentra en la biblioteca de la carrera de medicina de la Universidad Nacional del Litoral, en la ciudad de Rosario. Estos aspectos prácticos de las revistas supervivientes en dichos archivos hacen del trabajo de archivo una tarea al menos compleja y tensa, a la luz de los problemas de investigación planteados.

En efecto, para poder apreciar la vida de la sociedad con algún detalle fue necesario relevar todas las revistas; luego para poder relevar fotográficamente todas las revistas fue necesaria una cantidad no menor de tiempo. Ello es así debido a los horarios propios de tales archivos, acostumbrados a consultas puntuales del material, y más en general a la consulta por parte de profesionales de la medicina, cuya curiosidad es *distinta* a la curiosidad de una figura perturbadora, como es el historiador social de las ciencias, y en especial de las ciencias médicas, siempre proclive a tomarse en serio su viejo mote de

“roedor de biblioteca” y con ello la puesta en acto de una curiosidad poco respetuosa de horarios, y de los límites espaciales (y humanos) propios de bibliotecas y hemerotecas. Curiosidad que, por el contrario, lo lleva a “roer” en lugares polvorientos e incómodos, siempre proclive a despertar la atención (cuando no la incomodidad) de los “guardapolvos blancos”. Curiosidad que hace apología de lo que Marc Bloch y Carlo Ginzburg han denominado “ejercicio de verosimilitud histórica”, como disposición mental o estrategia que hilvana con paciencia –y a veces sin ella– el intenso flujo de indicios que aflora en los catálogos, las colecciones de revistas, los textos sueltos existentes en anaqueles que, muchas veces, no han sido consultados en décadas. Algunos incluso en más de un siglo (Bloch, 1988: 175; Ginzburg, 2010: 68).

Relevadas las fuentes, el trabajo realizado con ellas siguió dos grandes direcciones. La primera podría ser descrita como un trabajo de búsqueda y aprehensión de indicios (o pistas) año por año para los años existentes. Bajo esta forma del trabajo empírico, la prioridad estuvo en explorar con detalle la vida cotidiana de la institución, sin otorgar a tal cotidianeidad una excesiva rigidez. En este punto la cantidad de información corrió el riesgo de transformarse en abrumadora; desde listados completos de socios activos, protectores y honorarios, a una prolija descripción de la composición de las comisiones directivas. Desde puntillosas descripciones sobre el funcionamiento económico de la sociedad, a vehementes presentaciones gremiales sobre los derechos estudiantiles supuestamente agredidos (o no respetados) por el cuerpo docente de la escuela. Con simétrica intensidad se pueden apreciar la búsqueda de contactos con los distintos poderes públicos –tanto ejecutivos como legislativos– así como la búsqueda de inscripción en redes de autoridad científica y médica, como se podrá apreciar en los capítulos 4 y 5. Acaso este tipo de exploración de las fuentes no estuvo ajeno a disparar el replanteo de antiguos problemas o directamente el planteo de problemas nuevos, como se podrá apreciar en el capítulo 4, a la hora de hablar sobre la puesta en marcha de las “cátedras libres” como parte de las experiencias estudiadas a la luz del concepto de tecnologías materiales. Similar comentario puede realizarse de otros aspectos bien llamativos de la institución, como puede ser su nutrido calendario de “sociabilidad científica”, una de cuyas muestras ha trascendido la vida de la sociedad, para adquirir el estatus de anecdotario científico estable de la ciudad durante el siglo XIX, como es el encuentro (y homenaje) entre Ladislao Holmberg y el ex presidente Domingo Faustino

Sarmiento con motivo de realizar el obituario local a Darwin, a poco de su fallecimiento. El listado de eventos y facetas beneficiados de una exploración minuciosa de cada fuente anual podrían extenderse al punto del engorro o la saturación; no es el caso y solo baste señalar que fue un tipo de mirada y de preguntas al material empírico.

La segunda dirección de análisis puede ser descrita como la aprehensión de indicios sobre el desarrollo (o también la cristalización) de los rasgos centrales de la vida de la sociedad durante las cuatro décadas elegidas para el trabajo. Tal cristalización no excluye –como se podrá apreciar en el capítulo 2 y 3– transformaciones y crisis internas. Antes bien, el intento por serializar en términos cronológicos las fuentes primarias buscó sacar tales crisis a la luz, correrlas del lugar solapado (cuando no directamente silenciado) otorgado por las comisiones directivas que las afrontaron, para restituirlas como parte nodal de la vida de la institución, como ocurrió con la crisis de 1890 o la de 1900, según se podrá apreciar en el capítulo 2.

Ciertamente, esta segunda dirección de análisis es algo bien distinto a la mera acumulación de años de fuentes. En efecto, tal serie documental fue recorrida en forma reiterada en ambos sentidos temporales, vale decir, desde las fechas más tempranas a las más tardías y viceversa. Y ello se hizo bajo la creencia que tal tipo de mirada puede aportar datos relevantes sobre las “lógicas estructurales” de la vida de una sociedad científica de fines de siglo XIX. En tal sentido cabrá mencionar un aspecto sobre el que se focalizará la atención en los capítulos 2 y 3, como fue la representatividad de la sociedad en relación al crecimiento exponencial del personal alumno de la escuela médica, y más en general de la matrícula de la universidad. Tal proceder epistemológico –es decir, elegir y utilizar los conceptos dando prioridad a los indicios que afloran en las fuentes– no será tildado ingenuamente de “empirismo”, sino de lo que E. P. Thompsom denominó el “necesario trato con lo empírico” (Thompsom, 1978: 78).

Ambas formas de trabajo sobre las fuentes se realizaron a través de un instrumento clásico en el “taller” de trabajo del historiador, como fue el *cuestionario*. Como es sabido Bloch definió al cuestionario como “la primera necesidad de toda investigación histórica bien llevada a cabo” (Bloch, 1996: 172). En la presente investigación, se

hablaré en plural de cuestionarios, pues se realizaron varios y con distintos objetivos de estudio. Aquí nos detendremos en los cuestionarios empíricos, vale decir, el sistema de preguntas (y repreguntas) dirigidas al grupo de fuentes señaladas, una de cuyas características centrales es echar mano a procedimientos narrativos –describir y reescribir– a diferencia de los cuestionarios conceptuales que se presentarán en el apartado siguiente más proclives a la elaboración de conceptos, a ejercicios de modelización, o elaboración de perfiles, en este caso de perfiles históricos sobre un grupo estudiantil y una sociedad científica.

Partidario del reconocimiento de los cuestionarios a la hora de dialogar con las fuentes, Bloch dejaba librado a la decisión del autor su transposición efectiva a un texto. Tal decisión se apoyaba en múltiples motivos, uno de los cuales era la experiencia de trabajo acreditada por el autor en materia de trabajo de archivo; a mayor experiencia, menor necesidad de escribir el cuestionario y viceversa (Bloch, 1998: 172). Aquí los cuestionarios fueron escritos (y reescritos) en varias ocasiones durante el proceso de trabajo con las fuentes, acaso como oportunidad de visitar indicios y enriquecer hechos descritos en otras ocasiones, en especial en los trabajos “en curso” que formaban el trasfondo metodológico del presente proyecto. Por ello y al correr de la investigación, los cuestionarios dieron paso a dos borradores que se corresponden a grandes rasgos con las dos versiones de la sociedad, que reconocieron como su nombre –o al menos como una parte importante del mismo– “Círculo Médico Argentino”. Ambos textos sumaron unas 500 páginas en total y conformaron un verdadero “objeto modelo” –en el sentido que Jean Ladrier le dio a esta expresión– sobre la vida de la sociedad científica (Ladrier, 1990: 15).

VI. MATERIAL CONCEPTUAL

Los materiales conceptuales utilizados en el presente trabajo son variados. En principio se hará foco en las áreas temáticas –o disciplinas– invocadas para realizar el estudio del CMA, seguidamente se hará referencia a las miradas –o teorías– historiográficas y, en estrecha relación, a las hipótesis puestas en juego a lo largo del trabajo. Por último, se focalizará sobre los cuestionarios de trabajo armados con las herramientas extraídas de

tales materiales conceptuales y utilizadas para dialogar con el material empírico de cara a responder los problemas señalados en el apartado II.

VI.1. Áreas temáticas

Las disciplinas historiográficas invocadas para el estudio del CMA poseen larga data, tanto en el mundo académico americano y europeo, así como una inscripción mucho más reciente en el medio historiográfico local. Aquellas disciplinas son la historia social de la ciencia y la historia social de la medicina; ciertamente ambas poseen existencia autónoma al menos desde fines de la década de 1970. No menos cierto es que sus disciplinas precursoras –la historia de la ciencia y la historia de la medicina sin el adjetivo que las califique de “social”– poseen agendas de trabajo autónomas desde inicios de siglo XX (Thackray, 1980: 8, 12; Brieger, 1980: 133; 1993: 30; Pestre y Kriege, 2005: xxv; Christie, 1996: 16).

Ello no implica que ambas disciplinas –aplicadas a una sociedad científica como el CMA– no generen puntos de diálogo con temas y problemas compartidos con otras áreas temáticas, como se tratará de señalar en el presente ítem. De hecho tales puntos de diálogo han sido numerosos e importantes; en especial con la historia política y cultural de la ciudad de Buenos Aires de segunda mitad de siglo XIX, y con el proceso de configuración de una sociedad civil y de una práctica asociativa, como se podrá apreciar con mayor detalle en el capítulo 1 (Sabato, 1998: 54; 1999: 168; 2012: 150; González Bernaldo, 2008: 274).

Siendo disciplinas autónomas, ambas tradiciones pueden ser leídas y aplicadas en forma conjunta al estudio del CMA, pues la sociedad se definió como una activa promotora en la cristalización de un programa experimental para las alicaídas ciencias médicas de la ciudad, según culturas experimentales y nociones de la utilidad social de las ciencias médicas, propias de mediados de siglo XIX, como se señalará con detalle en los capítulos 4 y 5. En pocas palabras, es la naturaleza propia del objeto de estudio el motivo principal que invita a una lectura (y utilización) paralela de conceptos provenientes de las agendas de ambas disciplinas (Pestre y Kriege, 2005: xxv; Christie,

1996: 19; Bynum y Porter, 1993: 20). En tal sentido no se deberá perder de vista que la sociedad estudiada no es solo un grupo de sociabilidad más en la cosmopolita y asociativa Buenos Aires del tercer cuarto del siglo XIX, sino uno muy especial, que dio pasos sustanciales para transformarse en una sociedad científica pionera en la inscripción de un programa experimental para las ciencias médicas locales. En efecto –y como se podrá apreciar en detalle en los capítulos 4 y 5–, la sociedad se percibió a sí misma como una institución que “predicaba en el desierto”, el árido desierto de las ciencias experimentales y médicas locales, desierto que no era tal –al igual que el otro, el mentado para describir la repolitización de la provincia y la futura nación– y que ya contaba con experiencias de institucionalización científica al menos desde inicios de siglo XIX (de Asúa, 2010: 20, 117; Mantegari, 2005: 45; López Ocón y Lafuente 1998: 15; Nicolau, 2005: 12). Como se podrá apreciar a continuación, este último tema es fuertemente apreciado en la moderna historia social de la ciencia, a saber, el de las prácticas científicas y, en especial, de un tipo de cristalización o institucionalización de las ciencias, como es la ciencia de corte nacional y burgués, respaldada en forma estrecha por imaginarios y discursos (auto)legitimadores de elite social y de experticia en materia de saberes científicos y médicos (Pestre y Kriege, 2005; Weindling, 1993: 24; Porter, 1996: 38; Kleinman; 1993: 17).

Ahora bien, ¿qué se ha entendido por historia social de la ciencia? John Krige y Dominique Pestre organizaron la estructura de su monumental *Companion to Science in the Twentieth Century* en torno a cuatro formas posibles de responder a la pregunta por el “ser” de la historia social de la ciencia en la actualidad (Kriege y Pestre, 2005: xxii). En tal sentido, en tanto entienden a la ciencia como una actividad compleja y no reducible a una sola actividad más fundamental que las otras, se adoptan formas de clasificación solidarias a tal complejidad. Entre ellas cuentan: (1) “La Ciencia y el Tejido Social”, en donde se puede apreciar a la ciencia como sistemas de conocimientos, discursos y saberes prácticos invocados desde distintos planos de la vida social –el mundo de la política, la administración, las empresas y las academias– por sus efectos de transformación del tejido social en coyunturas críticas (Kriege y Pestre, 2005: xxvi); seguidamente (2) “Dinámicas de Investigación”, en donde los autores ponen el acento en la ciencia entendida como desarrollo, evolución y reconfiguración de campos disciplinares; luego (3) “La Ciencia y sus Prácticas”, en donde la pauta articuladora es

lo que las distintas comunidades científicas *hacen* cuando dicen hacer ciencia, vale decir la ciencia tomada como actividad práctica sensible, mas allá de las representaciones teóricas y conceptuales puestas en juego (Kriege y Pestre, 2005: xxvii, xxxix); por último, (4) la ciencia entendida en sus “Contextos Nacionales y Regionales”, en donde el énfasis está puesto en las asimetrías nacionales y regionales en materia de producción científica; desde este punto de vista es de especial relevancia el problema de las relaciones entre centros y periferias científicas, como relación material e históricamente construida (Kriege y Pestre, 2005: xxxi).

No será difícil apreciar que tal clasificación posee estrecha solidaridad con el material empírico utilizado en este trabajo; de hecho tal afinidad permitió la elaboración de cuestionarios conceptuales e hipótesis de trabajo sobre los problemas señalados en el ítem II. En efecto, a lo largo de las siguientes páginas se podrá apreciar en una sociedad científica concreta cada uno de estos cuatro ítems, y no como relación abstracta o impuesta a dichas fuentes. Antes bien, se los podrá apreciar como temas relevantes para los propios miembros de la sociedad; temas que desvelaron sus días y noches científicas, temas que los unieron y enfrentaron entre sí, además de hacer otro tanto con sus contemporáneos de la escuela médica y de la sociedad civil en general. En otras palabras, temas que dejan entrever lo que en las modernas metodologías cualitativas se ha denominado “comprensión dialógica”, o más recientemente “voz de los actores” (Bajtín, 2008 [1979]: 379; Taylor y Bodgan, 1994: 20). Los preocupó la relación con el poder político local finisecular que podía facilitar o hundir la sociedad con solo quitar su amistad; los inquietó, al punto del conflicto explícito, las distintas disciplinas que componían la profesión médica y, por lo tanto, las que debían ser cultivadas por los socios. Asimismo, los inquietó el escaso y frágil contexto material en que se desarrollaban dichas prácticas científicas y médicas locales; por último aunque no menos importante, los desveló el problema sobre los orígenes de la ciencias médicas locales y de su relación con las poderosas escuelas médicas europeas a las que se deseaba alcanzar.

La disciplina denominada historia social de la medicina se ve implicada en el trabajo, ya que el CMA fue un círculo asociativo creado por (y para) estudiantes de la carrera de medicina de Buenos Aires. Además de sostener actividades gremiales y científicas

concretas, dichas acciones las anheló y luego trató de ponerlas en práctica en el campo de las ciencias médicas; su experiencia histórica como sociedad quedó inscrita en ese campo, como reconocieron varios actores de la época. Así pues cabe preguntar con mayor precisión: ¿de qué se habla cuando se habla de historia de la medicina y, luego, de historia social de la medicina?

En principio no se habla de un área temática unívoca, librada de tensiones. La noción de historia de la medicina implica al menos tres sentidos. El primero se relaciona a la historia de la medicina clásica de fines de siglo XIX y principios de siglo XX, historia escrita en lo inmediato del contexto, cuyo gran clásico para la ciudad de Buenos Aires es la obra ya citada de Eliseo Cantón, *Historia de la Medicina en el Río de la Plata* (Cantón, 1925). Tal perspectiva de la historia de la medicina está centrada en miradas “heroicas” y conmemorativas del desarrollo de la profesión, dado que está escrita por médicos con vocación de historiar su propia profesión. Dicha mirada comparte algunas experiencias con las historias profesionales escritas en otros contextos desde mediados de siglo XIX, según han señalado Charles Webster y Gert Brieger en sus trabajos sobre la historiografía de la medicina occidental contemporánea, en especial europea y anglosajona (Webster, 1984: 37; Brieger, 1980: 124-126; Brieger, 1993: 25). Ciertamente, en el caso de la historia de Eliseo Cantón la asisten algunos aspectos particulares de interés no menor; es una obra de cinco volúmenes, acorde a la prolífica pluma de don Eliseo Cantón. En ellos hay un buen espacio para la elegía a los médicos fundadores de la medicina local, junto a pasajes de inspiración historiográfica genuina. Su lectura acaso deja una visión de los estudios médicos –como su nombre lo indica– muy centrada en la escuela médica de Buenos Aires y, por el contrario, muy alejada de la escuela médica de Córdoba.

Por su parte, un segundo sentido de historia de la medicina viene de la mano de la disciplina que comienza a practicarse en el Instituto de Historia de la Medicina de la Universidad Johns Hopkins, bajo la tutela de un nombre –a esta altura– mítico, como es el suizo-americano Henry Sigerist (Brieger, 1980: 126; Brieger, 1993: 26; Webster, 1984: 40). Sigerist y los historiadores que él formó en dicho instituto entre 1932 y 1947 –nombres tales como Erwin Ackerknecht y Richard Shryock– fueron quienes comenzaron a trabajar en la línea de una historia social de la medicina (Brieger, 1980:

126; Brieger, 1993: 26). En marzo de 1940 –luego de sostener que “Sabemos mucho sobre la historia de los grandes descubrimientos médicos, pero muy poco sobre si se aplicaron o a quienes se aplicaron”–, Sigerist apuntalaba su conferencia sobre “historia social de la medicina” afirmando que: “La historia de la medicina, por lo tanto, no puede limitarse a la historia de la ciencia, las instituciones y los personajes de la medicina, sino que debe incluir la historia del paciente en la sociedad, la del médico, y la historia de las relaciones entre médico y paciente. La historia se convierte así en la historia social, y espero ser capaz de mostrar que este enfoque es prometedor y puede contribuir a una mejor comprensión de los problemas sociales de la medicina que nos enfrentamos hoy en día” (citado en Marí-Ibáñez, 1959: 25). Ciertamente fue –al decir de Gert Brieger– una noción de “lo social” aún circunscrita en forma contundente a la relación médico-paciente y aún fuertemente centrada en el espacio de la profesión médica. Sin embargo, no es menos cierta la contundencia del llamado a traspasar el umbral de una historia basada en biografías laudatorias (Brieger, 1980: 126; Brieger, 1993: 26; Webster, 1984: 40).

En estrecha relación a esta última mirada aparece un tercer sentido de la historia de la medicina, volcado en forma clara hacia una orientación no menos social que la señalada por Henry Sigerist durante la década de 1940. Más aún, esta vez el esfuerzo por desarrollar el contenido social de la historia de la medicina impulsó estudios y miradas críticas que trascendieron la relación médico-paciente y el ámbito de la profesión médica y sus políticas de salud. Tal movimiento intelectual afloró en la Europa de la guerra fría y posee –al menos– dos ejes referenciales. El primero de ellos –en términos cronológicos– gira en torno a la figura de Michel Foucault y sus estudios sobre la historia de la locura y la historia de la clínica (Foucault, 1963 [2011]; Foucault, 1964 [2010]). De estos trabajos salió una mirada sobre la historia de la medicina de fuerte impronta social, que subrayó la necesidad de sacarla de “la cronología de los descubrimientos” y “etnologizarla”, poniéndola en relación a la “sociología” y a la “historia económica” (Foucault, 1996: 13; Brieger, 1993: 27).¹ Por su parte, al otro lado

¹ El filósofo francés subrayó la necesidad de una nueva mirada historiográfica que permitiera devolver el carácter “social” a una ciencia como la medicina en los siguientes términos: “Ya es hora de que esta nueva conciencia de la medicina pase a ser objeto de análisis histórico. Durante demasiado tiempo la historia de la medicina ha sido una cronología de los descubrimientos: se contaba cómo la razón o la observación habían triunfado sobre los prejuicios, sorteando los obstáculos e iluminando las verdades ocultas. En realidad, si de verdad se quiere que la historia de las ciencias o de las ideas adquiera un mayor rigor y pueda articularse con otras disciplinas tales como la sociología o la historia económica, es preciso

del Canal de la Mancha, se desarrolló un espacio de reflexión tan preocupado por el cultivo de una historia social de la medicina como los mencionados con anterioridad. Centrado en torno al Wellcome Institute for de History of Medicine –fundado en 1966 y puesto bajo la dirección de Edwin Clarke– surgieron en Inglaterra nombres referenciales para el desarrollo de la moderna historia social de la medicina, tales como Roy Porter, Andrew Wear, Linsay Greshaw, Robert Bynum, Roger French, Johanna Geyer-Kordesh y Paul Weindling (Bynum y Porter, 1993 (1): xi). Muchos de estos autores serán citados en forma reiterada durante las siguientes páginas, así como también el monumental *Companion Encyclopedia of the History of Medicine*, obra colectiva editada por W. H. Bynum y Roy Porter en dos gruesos volúmenes, y que constituye una de las muestras más claras del estado del arte en materia de historia social de la medicina. Esta mirada sobre la historia social de la medicina se caracterizó por su diversificación temática, que trascendió con creces el acotado espacio de las profesiones médicas, para pasar a preocuparse por una infinidad de temas, períodos, regiones y problemas de estudio. En palabras de Andrew Wear a la introducción de *Medicine in Society*, “[...] la historia social de la medicina ha alcanzado la mayoría de edad. Ahora es posible ver en detalle la forma en que la medicina se ha desarrollado dentro de la sociedad. Mientras que antes la historia de los grandes doctores, los grandes descubrimientos y las grandes ideas era el alimento básico de la historia de la medicina, ahora esta nueva pero floreciente rama de la historia, nos da una idea de cómo la medicina ha afectado a la sociedad y cómo la sociedad ha dado forma a la medicina. En el proceso de definición de ‘medicina’, esta se ha ampliado y profundizado” (Wear, 1992: 1).

Justificadas las áreas temáticas referenciales sobre las que se orientarán las siguientes páginas cabe preguntar: ¿por qué hacer con el Círculo Médico Argentino un estudio de instituciones científica en clave de historia social de la ciencia y de historia social de la

sin duda alguna desplazar su territorio tradicional y sus métodos. Hay que intentar -sin que se pueda evidentemente lograrlo por completo- etnologizar la mirada que nosotros dirigimos sobre nuestros propios conocimientos: captar no sólo la forma mediante la cual se utiliza el saber científico, sino también el modo en el que son delimitados los ámbitos que este saber científico domina, así como el proceso de formación de sus objetos de conocimiento y el ritmo de creación de sus conceptos. Hay que restituir, en el interior de una formación social, el proceso mediante el cual se constituye un "saber", entendiendo éste como el espacio de las cosas a conocer, la suma de los conocimientos efectivos, los instrumentos materiales o teóricos que lo perpetúan. De este modo la historia de una ciencia ya no será la simple memoria de sus errores pasados, o de sus medias verdades, sino que será el análisis de sus condiciones de existencia, de sus leyes de funcionamiento y de sus reglas de transformación” (Foucault, 1996: 13).

medicina y no una prosopografía, un estudio de profesiones, o un estudio de género? En otras palabras, es importante justificar por qué *no* se eligieron otras opciones, frecuentes en el mercado bibliográfico actual.

Como ya se insinuó, el estudio de instituciones científicas es un ítem clásico en la grilla de temas de historia de la ciencia, con trabajos precursores como el estudio de Marta Ornstein (Ornstein, 1923). Más aún, como ha sostenido Roy Porter, desde mediados de la década de 1960 ha existido una verdadera explosión de estudios de distintas instituciones científicas, muchas de ellas con archivos centenarios. Tales instituciones han sido material ideal para la “industria del doctorado” (Porter: 1996, 36). En suelo local los trabajos sobre instituciones científicas (en especial las del siglo XIX) han tenido una trayectoria mucho menos febril; tal aletargamiento acaso no esté solamente provocado por el hecho evidente de no poseer instituciones del saber bi o tricentenarias, sino además por la difícil inscripción del área temática en la vida académica reciente (Mantegari, 2005: 50). Acaso el principal motivo para invocar con exclusividad un estudio del Círculo Médico Argentino desde el punto de vista de la historia de las instituciones científicas sea que en su dilatada vida actuó en forma decidida en el terreno de la producción de saberes científicos y médicos (Leandri, 1999: 180; Souza, 2008: 80). Y en estrecha relación, porque produjo en su seno una cosmovisión médica y científica concreta que otorgó legitimidad e identidad a dichas acciones, aspirando al reconocimiento local e internacional. En pocas palabras, porque fue una institución científica de gran importancia en la escuela médica local finisecular.

¿Por qué no se utiliza una técnica de trabajo como la prosopografía? La lista de motivos a citar es larga, por tanto se señalarán los dos más rescatados en el estado del arte en materia de historia de las instituciones científicas: (1) las sociedades científicas son objetos de estudio distintos de los agrupamientos de científicos abstraídos en el tiempo y el espacio al que interrogan, mayormente, los estudios prosopográficos (Crosland, 1995); (2) de especial importancia es que la mayor virtud del método prosopográfico, es acaso uno de los principales problemas para una historia de las instituciones. La lógica de reducción de la vida histórica de un actor social –pongamos por caso, los jóvenes estudiantes de la escuela médica finisecular– a una superficie de datos homogéneos puede derivar en una versión reificada y en exceso homogénea de la vida de una

institución. Curiosamente en el caso de una institución algo vanidosa de sí misma, como fue el antiguo CMA, acaso esto pueda beneficiar a la voluntad más explícita de la sociedad, esa imagen de sí mismos como sociedad fuertemente existista que tenían algunas comisiones directivas.

Luego, ¿por qué no es un estudio de profesiones? El trabajo realizado no es un trabajo focalizado en forma exclusiva sobre la profesión médica y, por ende, no se inscribe dentro de una tradición de estudios relacionada a las profesiones liberales (Freidson, 1986: 37; Leandri, 1999: 25; 2011: 130; Frederic, 2010: 15). Sin embargo, el análisis del Círculo Médico Argentino sale beneficiado del diálogo con estudios de profesiones porque la propia sociedad tuvo a la profesión médica como medio institucional y simbólico en el cual se inscribió, donde puso a prueba sus credenciales gremiales y científicas, donde se forjó una identidad al decir de sus plumas referenciales (Gelfand, 1993: 1120). Más aún, se podrá apreciar en el capítulo 2 y 3 que el Círculo Médico Argentino jugó un papel no menor –para la medicina de la ciudad de Buenos Aires– en lo que se ha denominado el “solapamiento” de temas e intereses entre las agendas del poder político y la agenda de la profesión médica (Gelfand, 1993: 1120). En efecto, sugirió temas para mejorar la salubridad de la ciudad, propuso la creación de instituciones que renovaran la medicina enseñada en la casa de estudios desde su reapertura en 1854, buscó inscribir al cuerpo médico local en las redes científicas, propias de la medicina occidental de segunda mitad de siglo XIX.

Por último, ¿por qué el análisis del Círculo no es un estudio de género? Frente a tal pregunta opera una lógica semejante al problema de los estudios de profesiones. El estudio del CMA no es un estudio de género; sin embargo, sale beneficiado del diálogo con trabajos que desarrollan una mirada de género, tanto en el mundo de las ciencias médicas, como en el ámbito de la historia de las ciencias. No es un trabajo de género en especial porque no ha sido el problema abordado en “los trabajos en curso”. Ello no implica que el análisis de género no tenga materia de trabajo con la sociedad y, más en general, que la historia de la medicina no ofrezca un prolífico campo de trabajo, por ser productora y reproductora –al igual que otras instancias de la vida social de la época– de estructuras patriarcales, en la forma de sus relaciones sociales y en la forma de sus

representaciones. Y es precisamente el concepto de patriarcado en el mundo del saber pos renacentista, rescatado por J. R. R. Christie y utilizado por Londa Schiebinger en su estudio sobre la inscripción social femenina en las instituciones científicas del siglo XVII al XIX, uno de los conceptos utilizado en reiteradas ocasiones en el presente trabajo (Christie, 1996: 101; Schiebinger, 2004: 30). En efecto, al correr de las páginas se podrá apreciar que el pequeño círculo asociativo se inscribió críticamente en un orden del saber patriarcal como era la escuela médica de segunda mitad de siglo XIX. Por su parte, al llegar a un lugar de visibilidad dentro del seno profesional, jugó las reglas del orden patriarcal a la hora de promover un programa experimental para las ciencias médicas locales. Las tecnologías materiales, literarias y sociales promovidas por la institución, como parte de su programa experimental, daban al “personal femenino” un lugar subordinado en la escuela médica, a diferencia de la tímida apertura que se estaba presenciando en algunas casas de estudios europeas (Sánchez Ron, 2007: 430). Ciertamente el campo de las relaciones médico-paciente desde una mirada de género ha sido uno de los campos más prolíficos en los últimos años, tanto en la historiografía internacional como en la local (Pita, 2008: 45).

VI.2. Conceptos relevantes y cuestionarios de trabajo

Señaladas las disciplinas invocadas y junto a ellas los temas abordados, toca presentar los conceptos más relevantes jugados a la hora de dialogar con el material empírico, de cara a los problemas señalados.

- 1) “Círculo burgués”.
- 2) “Partido de hombres de la cultura”.
- 3) “Gremio médico”.
- 4) “Sociedad (o institución) científica”.
- 5) “Grupo intelectual”.

En estrecha relación a estos conceptos que ayudaron a preguntar por sujetos concretos, algunos otros ayudaron a preguntar por las situaciones de conflictos en que aquellos actores mutaron, forjaron su experiencia social y dieron forma a las instituciones mencionadas. Entre ellos:

6) “Conflicto social”.

7) “Estudio de controversias”.

¿Por qué se los eligió? Se los eligió por motivos institucionales y temáticos. Fue de gran utilidad el concepto de partido de hombres de la cultura, concepto al que se fueron sumando –y no solapando o interfiriendo– otros que mostraban facetas de un objeto historiográfico complejo; entre ellos el de Círculo burgués, Gremio médico, o más cercano al campo de la historia social de la ciencia, el de Sociedad o Institución científica, como se podrá apreciar en el capítulo 2 y 3.

¿Por qué investigar un “círculo burgués” como espacio referencial en la producción de una institución científica y, luego, de un programa experimental? En principio porque es una manera clara de dar visibilidad al proceso de transformación de un grupo humano lábil (y escasamente institucionalizado) en una sociedad científica con un alto grado de institucionalización y con un papel relevante en la vida científica y médica finisecular. El concepto proveniente de la historia social clásica –y popularizado por Maurice Agulhon– se mostró como un concepto eficaz para comprender el paso de una experiencia como la existente en el patio de la casa de los hermanos Ramos Mejía, a la institución científica pujante que –entre otros papeles– acunaría los primeros pasos en la larga trayectoria científica del primer premio local de Nobel de fisiología y medicina y primer presidente del Conicet, a saber Bernardo Houssay (Buch, 2006: 30; Hurtado y Fernández, 2013: 60). En este punto no es ocioso rescatar el viejo texto de Rupert Hall, *The Scientific Revolution*, en especial el capítulo VII, titulado “The Organization of Scientific Inquiry”. Según Hall, la revolución científica es un proceso intelectual y organizativo; en donde este último aspecto implica la aparición de la forma sociológica e histórica de la “asamblea científica”, asamblea de caballeros notables, según las investigaciones de Steven Shapin y Simon Schaffer. Este es un aspecto estable no solo en la forma *Circle* de las sociedades y círculos estudiadas por Agulhon en Francia, sino también para sus instituciones científicas, como el caso de la afamada Académie Royale des Sciences de Paris, estudiada por Maurice Crosland. En pocas palabras, en una lista de puntos de contacto entre las experiencias europeas y la que se estudiará aquí, la forma de la asamblea asociativa cuenta como una de las primeras a rescatar.

Por su parte –y en estrecha relación al concepto de círculo o asamblea científica de caballeros– se hizo fuerte hincapié en un concepto salido del análisis gramsciano de los intelectuales como es el de “partido de hombres de la cultura”, y ello es así porque el mismo otorga notables ventajas a un tipo de análisis histórico y empírico, además de poseer una asombrosa similitud a los procesos empíricos estudiados por Maurice Agulhon a través del concepto de Círculo Burgués. Dentro de los “Cuadernos de la Cárcel” es mencionado en reiteradas ocasiones, en especial en el cuaderno 2 y en el cuaderno 5, y relacionado a la exploración de temas de historia y política. Como se recordará, el papel de los partidos políticos (y la prensa) en procesos históricos tales como la Revolución Francesa y la Reunificación Italiana fue uno de los ejes axiales sobre los que cobró vida la particular lectura del materialismo histórico hecha por Antonio Gramsci en sus años de confinamiento (Gramsci, 1975 (5): 315).

Por último –pero no menos importante–, cabe detenerse en el concepto de sociedad o institución científica. Y a riesgo de tautología cabe preguntar por los aportes de tal concepto en el análisis de una institución concreta, como si tal sociedad –según afirma el subtítulo del más reciente y polémico libro de Steven Shapin– “estuviera producida por personas con cuerpos, situadas en el tiempo, espacio, cultura y sociedad, y luchando por la credibilidad y la autoridad” (Shapin, 2010: 4). Aquí se rescatará uno de los tantos aportes que el concepto de institución científica puede arrojar; a saber, el enriquecimiento del panorama a la hora de la toma de decisiones, tanto en materia de políticas públicas como en la mucho más acotada área de las políticas públicas en materia de ciencia y tecnología. Acaso el desconocimiento de las trayectorias específicas de nuestras instituciones científicas ha sido uno de los problemas clave a la hora de entender el cuadro de situación de la ciencia local durante el siglo XX (Hurtado, 2010: 10).

Un intento de respuesta tiene –al menos– un aspecto empírico y uno conceptual o teórico. El estudio de las instituciones científicas es un campo temático con gran presencia en la historia de la ciencia, con clásicos como el libro de Marta Ornstein, sobre las primeras instituciones científicas europeas publicado en 1923, al libro de Robert Middleton, *The Experimenters*, focalizado sobre la Accademia del Cimento, fundada por Leopoldo y Ferdinando de Medici, luego nombrado Gran Duque de la

Toscana, trabajo publicado en 1971. De cara a las instituciones científicas de la ciudad de segunda mitad de siglo XIX, el estudio del CMA buscó inscribirse en el tipo de trabajos que apuntaron a ganar en visibilidad empírica tanto sobre prácticas de producción científica, como en la promoción de programas experimentales y modelos institucionales.

Por su parte, entre los modernos trabajos sobre instituciones científicas cuentan dos de notable relevancia a los fines analíticos del presente trabajo. Ellos son *Leviathan and the air-pump* de Steven Shapin y Simon Schaffer, así como también el de Maurice Crosland, *Science under control. The French Academy of Sciences 1795-1914*. Este último en especial arroja elementos históricos de gran utilidad ausentes en los trabajos clásicos sobre análisis de instituciones –como el de Douglass North y Mary Douglas²– al reconocer que las instituciones científicas poseen un número de roles o funciones diversas tales como: (1) alentar la producción de conocimiento; (2) proveer facilidades para que este proceso ocurra; (3) ser una receptora consecuente del conocimiento producido; y (4) aportar modelos sobre prácticas y lenguajes utilizados en dichas actividades. Además de tales ventajas, el autor gana en perspectiva de análisis al focalizar sobre una institución científica concreta: puede estudiar las capas y estratos sociales de las que parten sus miembros, sus convicciones religiosas y sus adscripciones políticas; sus rituales científicos y sus prácticas de producción de conocimiento; su proyección como modelo a seguir por el conjunto de los científicos franceses y luego a un creciente público internacional que anhelaba ser parte de la Académie Royale des Sciences de Paris. Al considerar la vida de la sociedad como algo más que la suma de las biografías de los distintos académicos que la integraron durante el siglo estudiado, Crosland pone el acento en la institución como actor colectivo real que coadyuvó a modelar dichas biografías (Porter, 1996: 36).

² La reflexión sobre el concepto de institución científica aquí presentado se realizó en estrecho diálogo con diversos autores y perspectivas teóricas que han aportado al debate sobre el concepto de institución, tales como son Mary Douglas, y Douglass North, verdaderos clásicos en tal materia. La elección de ambos autores responde a que sus concepciones de institución e institucionalización poseen sentidos encontrados, susceptibles de ser apreciados en el trabajo con el material empírico. Como se podrá apreciar los matices argumentados por los autores no inhiben la necesidad de apelar a otros autores, esta vez provenientes de la historia social de la ciencia, autores que han realizado estudios sobre instituciones concretas, complejizando a través del efecto de perspectiva que otorga el análisis histórico (Douglas, 1986; North, 1990).

Por su parte, el texto de Shapin y Schaffer, no solo aporta como perspectiva historiográfica el estudio de los lenguajes que los científicos consideran “nativos”, sino además una perspectiva metodológica de gran importancia como es el “estudio de controversias”. En efecto, el eje del libro gira en torno a los modos históricos en que se trabó una controversia especial, a saber, la existente entre Boyle –como representante del lenguaje y las tecnologías literarias practicadas por los caballeros de la Royal Society– y un representante del antiguo modo de practicar la filosofía natural, como es el autor del célebre *Leviathan*, Thomas Hobbes. El mapeo de los disensos entre ambos contendientes es el centro de una estrategia metodológica que, proyectada sobre diez años de debate, abre una ventana histórica de singular riqueza para reconstruir los orígenes de la filosofía natural y del lenguaje experimental, hoy respetado como canon científico sin mayores cuestionamientos.³ En pocas palabras, el estudio de controversia propuesto por los autores ayuda a desnaturalizar el proceso histórico por el cual se impuso un determinado tipo de saber, por lo demás, ejercicio bien distinto a deslegitimar tales saberes.

En Argentina se han publicado recientemente trabajos que retoman estos problemas, tales como el libro de Susana Belmartino *La atención médica Argentina en el siglo XX. Instituciones y procesos*; y el de Diego Hurtado *La ciencia argentina. Un proyecto inconcluso (1930-2000)* (Belmartino, 2005; Hurtado, 2010). Para el siglo XIX son obligadas las referencias al trabajo de Cristina Mantegari, *Germán Burmeister y la institucionalización de la ciencia en Argentina* (Mantegari, 2005). Dichos trabajos enriquecieron el panorama del análisis de instituciones a partir de rescatar la especificidad de las mismas. Por tal especificidad se entienden sus trayectorias

³ Como se sostendrá en reiteradas ocasiones a lo largo del capítulo 4 y 5, las herramientas presentadas por los autores muestran en forma rápida su utilidad en otras áreas y períodos de la historia social de la ciencia, fuera de la Inglaterra del siglo XVII y de los debates entre los viejos y nuevos filósofos naturales. De hecho son de gran utilidad para estudiar el proceso de inscripción de instituciones científicas y de cosmovisiones y lenguajes y teorías afines en contextos latinoamericanos. A modo de ejemplo se recordará que buena parte de las instituciones científicas locales –luego de la consolidación del estado nacional en 1880– fueron debatidas en las cámaras legislativas (tanto en las cámaras de diputados como en la de senadores) y que tales debates han generado encendidas peleas entre diputados que se reconocían a favor del “progreso y de la ciencia”, cuando no eran ellos mismos científicos en ejercicio de cátedras, como el caso de los “diputados médicos” que discuten la sanción de instituciones relacionadas a las escuelas médicas de Buenos Aires y Córdoba. En estos enfrentamientos dialógicos, se pueden apreciar distintos sentidos de la ideología del progreso y distintos sentidos de la práctica científica y, en especial, de su utilidad social. Se logra de esta manera ir más allá del anecdótico propio de las “escaramuzas” propias de las cámaras legislativas, para reconstruir trayectorias de sentidos, debates; en especial se logra desnaturalizar los resultados de las contiendas y volver a apreciar las posturas en danza.

particulares, los conflictos que han tenido que enfrentar y superar (o no) para poder consolidarse como instituciones legítimas en la sociedad civil local. Así, el estudio de instituciones científicas y médicas locales aporta un efecto de perspectiva nada desdeñable que permite distinguir las trayectorias de las instituciones locales de la de sus pares europeas, sin caer en el problema de cierta mirada eurocéntrica (Hurtado 2010: 10). Y ello es así debido a que las instituciones locales refractan el estado del arte y las prácticas científicas locales como dato material genuino y no como “desvío”, “malformación”, o “trasplante” mal realizado de prácticas y discursos “universales”.⁴

Cada uno de los primeros cinco conceptos presentados remite a opciones historiográficas e inclusive a campos historiográficos distintos; ciertamente el supuesto con el que aquí se los ha invocado no es excluyente, unívoco o militante de una sola tradición. Antes bien, sigue la convicción de que cada uno ilumina distintos aspectos de la “experiencia social” cristalizada en la vida de la sociedad. A su modo, cada uno es relevante para analizar el Círculo Médico Argentino, sus grupos fundamentales, sus acciones institucionales y su producción científica y médica. Cada uno cumple el papel que el filósofo Jean Ladrier atribuye a los conceptos científicos en un proceso de investigación; mas que “imágenes fotográficas” o estancas permiten mostrar imágenes similares al “líquido revelador” de una bola de cristal, vale decir, permiten mostrar –y por lo tanto comenzar a demostrar– la existencia de un grupo humano organizado en un complejo anudamiento de relaciones sociales, sus instituciones, prácticas y representaciones en el periodo y espacio señalado (Ladrier, 1978: 35).

⁴ Sobre la producción de conocimientos en clave local para la historia de la ciencia local, señala Hurtado que: “[...] mientras los países industrializados diseñaban los modos de organización y los espacios institucionales adecuados para sus sociedades, economías y sistemas políticos, en la construcción de los Estados-nación latinoamericanos, durante la segunda mitad del siglo diecinueve, los vínculos de dependencia con Europa jugaron un papel protagónico en la asimilación de la práctica científica, a través de la común aceptación del ‘carácter universal del conocimiento científico’. Este proceso decisivo de asimilación de la ciencia como práctica social se canalizó a través de una ideología universalista, que confundió la estabilidad de los productos finales de la actividad científica –teorías, leyes, conceptos, eficacia técnica– con el supuesto universalismo de la propia práctica de producción de conocimiento, que incluye intereses, hábitos, expectativas, necesidades, elecciones. Sin embargo, hoy resulta obvio que no es lo mismo hacer investigación y desarrollo en Rosario, Quito o Caracas que en California, Berlín o Tokio. Es decir, el conocimiento científico y tecnológico no nace universal. Nace local. La ciencia y la tecnología, como prácticas sociales, no se universalizaron (mundializaron) por el poder de la verdad científica. Tampoco fue este un proceso altruista y espontáneo. Entre los modos que mostraron mayor efectividad en la historia de los últimos tres siglos, podrían mencionarse la eficacia técnica derivada del modo de producción de conocimiento y sus usos económicos y militares y, en el orden simbólico, la construcción de una red de significados que vincularon progreso, racionalidad y naturaleza humana a la búsqueda de la verdad científica, red que acompañó el proceso de expansión colonial y las sucesivas y múltiples modalidades de imperialismo cultural y dependencia económica de las regiones periféricas” (Hurtado, 2010: 23).

Por su parte, los cinco conceptos poseen una virtud o fragilidad, según el modo historiográfico con que se lo juzgue; además de ser conceptos utilizados en el estado del arte actual, son conceptos propios de los actores. Los cinco conceptos aparecen utilizados por los miembros de la asociación y por sus contemporáneos de la escuela y del mundillo médico local. Si bien con distintas frecuencias y con matices en las formas de su invocación, todos son visibles en las fuentes. Los conceptos de “gremio médico” y “sociedad científica” acaso sean los de mayor presencia; luego, con resonancias propias de la cultura patricia rioplatense de segunda mitad de siglo XIX es frecuente apreciar el concepto de “intelectual” (o “intelectuales”) para referirse a quienes toman la palabra en las conferencias científicas ofrecidas en el seno de la sociedad, ya sea que el expositor fuese o no miembro del Círculo. De mayor interés aún es el uso del concepto de partido. El mismo aparece con poca frecuencia, pero cuando lo hace, es para denotar algo similar a la idea de “facción”, como se podrá apreciar en algunas de las citas del capítulo 2 y 3. Se teme –al decir de las declaraciones de las comisiones directivas– que la sociedad se fragmente en “partidos” que “por muy importantes que sean” corren el riesgo de fragmentar la unidad de la sociedad. Por su parte, en algunas ocasiones se utilizó el concepto de “partido” (o también algún sinónimo de resonancias bélicas como “ariete”) para referir a la sociedad organizada (y a su periódico) como espacio de lucha contra la Academia de Medicina. Como se podrá apreciar a lo largo de los capítulos 2, 3, 4 y 5, el concepto de “Círculo” –asociado a las características que le atribuye Maurice Agulhon– es de frecuencia casi cotidiana, tanto en las declaraciones oficiales de las comisiones directivas de la sociedad científica como en las referencias informales que sus socios realizaron a la misma (Agulhon, 2009 [1977]: 40).

VI.3 Hipótesis

En estrecha relación tanto al material empírico relevado como al calor de los conceptos señalados con anterioridad, cobraron forma un grupo de ideas axiales sobre la vida de la institución y sus actividades en materia experimental que jugaron el papel de hipótesis de trabajo durante el desarrollo de la investigación. Ciertamente, así como una parte del material empírico y luego de los conceptos tenían un antecedente en los “trabajos en

curso”, mismo rasgo puede señalarse de algunas de las hipótesis que se presentarán a continuación.

De cara al primer problema de investigación, tanto el material empírico y el concepto de “Círculo Burgués” permitieron apreciar –a modo de hipótesis– que la sociedad estuvo compuesta en sus primeros años por un grupo de sociabilidad de rasgos lábiles, donde jugaron un papel no menor algunos hijos de familias patricias de la ciudad, miembros de lo que la documentación señalaba como “personal alumno” de la Escuela Médica de la ciudad de Buenos Aires.

Luego, ambos órdenes de materiales de trabajo –el empírico y el teórico– también permitieron apreciar el papel de algunas divisiones dentro de aquel grupo lábil, tales como las divisiones entre los “señores” y los “doctores”, como se podrá apreciar en el capítulo 2 y 3. Seguidamente, cobró notable visibilidad el papel del conflicto social como momento de cristalización de aquellos grupos en una sociedad o institución como fue el “Círculo”. En especial durante sus primeras dos décadas de existencia los conflictos gremiales y políticos que el personal alumno de la escuela tuvo con el cuerpo docente de la misma jugaron un papel central en la consolidación de la sociedad. Acaso no sea casualidad que sus ex socios al momento de recordar al “viejo círculo” durante los años posteriores a la reforma de 1917, se refirieran a él como el “ariete” que una generación de estudiantes había usado para “embestir” contra sus docentes, como se podrá apreciar en el capítulo 2 y 3.

El papel que el conflicto social cobró al calor de los indicios provenientes de las fuentes y del material conceptual utilizado sugería de hecho hipótesis de fuertes resonancias gramscianas. Al menos dos de no menor importancia dentro de una historiografía solidaria con los principios de lo que Gramsci denominó una “filosofía de la praxis”. El primero es el ya presentado concepto de “partido de hombres de la cultura”; por su parte el segundo pone el acento en el conflicto existente entre distintos grupos intelectuales que se enfrentan en una determinada escena histórica. En tal sentido, eran de esperar manifestaciones históricas de conflictos entre grupos intelectuales de una determinada profesión, manifestación visible que afloró en representaciones propias, tanto del grupo de estudiantes como de la propia institución. En especial, la casi omnipresente idea del

“conflicto generacional” como causa relevante del progreso de las ciencias médicas, de amplia presencia en las primeras dos décadas de la vida de la sociedad y cuyo principal profeta será “El Licenciado Cabra”, es decir un joven estudiante de cuarto año llamado José María Ramos Mejía, quien en 1875 fuera su primer presidente y pluma referencial.

Más aún, ambos conceptos estaban –en la vida de esta institución– relacionados en forma estrecha. El “partido de hombres de la cultura” fue una suerte de respuesta institucional que un grupo de médicos y estudiantes autodefinidos como “jóvenes” encontraron al férreo control que poseía la elite de la profesión médica de la ciudad, al menos desde inicios de la década de 1860. Sin control formal sobre las instituciones de la profesión –como vino a confirmarlo la sanción de la ley Avellaneda en 1885–, tal grupo puso en marcha otra estrategia, como fue la de inscribirse con fuerza en el debate por la renovación de la medicina de la época. Y como se podrá apreciar en el capítulo 4 y 5, tal estrategia estuvo lejos de fracasar, de hecho permitió formar un grupo de socios que al correr de los años ocuparía los puestos referenciales de la carrera médica local. Luego –y en estrecha relación– la sociedad sería reconocida como el interlocutor gremial de tal grupo, tanto por las autoridades de la escuela médica como por los poderes públicos de la época, tal y como se podrá apreciar en el capítulo 3.

Frente al segundo problema de investigación señalado anteriormente, tanto el material empírico como el teórico permitieron inferir que la sociedad jugó un papel clave en la promoción de un programa experimental en las ciencias médicas de la ciudad. En efecto, la sociedad se percibió rápidamente como una institución científica importante, tanto dentro de la escuela médica local como dentro del incipiente proceso de cristalización de una sensibilidad social para la ciencia y la técnica. Las comisiones directivas describieron la institución –frente a las distintas camadas de asociados– como la encargada de defender el legado de las generaciones fundacionales de la ciencia local, tanto frente a la molición del cuerpo docente de su propia época como frente a quienes se aherrojaban el título de fundadores de la “ciencia nacional”, como se podrá apreciar en el capítulo 2 y 4.

Si el papel de la sociedad como promotora de un programa experimental quedaba en buena medida confirmado y, por lo tanto, su posición como partido de hombres de la

cultura en las ciencias médicas locales también quedaba delineada, luego comenzaba la ardua –y fascinante– tarea de explorar el reino de las prácticas científicas que compusieron aquel programa experimental durante los años estudiados. Y en este punto fueron indispensables los conceptos de “tecnologías materiales”, “literarias” y “sociales” puestos en juego por Steven Shapin y Simon Schaffer en su estudio sobre la controversia entre Boyle y Hobbes. Como se apreciará en los capítulos 4 y 5, tales conceptos no fueron trasplantados en forma directa, ejercicio acaso ingenuo y destinado a un fracaso preanunciado. Antes bien, se contempló en forma explícita el efecto que puede causar sobre la investigación el desplazamiento de aquellos conceptos a una región y tiempo distintos a los originales.

Por último y de cara al cuarto problema señalado, los indicios provenientes de las fuentes, y luego un amplio abanico de trabajos provenientes de la historia social de la medicina tanto internacional como local, permitieron inferir que la pequeña sociedad científica juega como apóstol local de un tipo de medicina identificada con lo que Arthur Kleinman denominó “medicina occidental” o “biomedicina” (Kleinman, 1996: 15-16). Luego, que esta práctica sería promocionada (podría decirse apropiada con intensidad) por la sociedad a través de otras tantas disciplinas médicas que la definían durante la segunda mitad de siglo XIX, disciplinas que estaban presentes en todas las “tecnologías” o prácticas señaladas anteriormente. De hecho, si la clínica, la cirugía, la fisiología, la higiene (entre otras) pueden ser consideradas como aquellas disciplinas, no se deberá perder de vista que las mismas eran puestas en circulación a través de las cátedras libres, del fomento de la clínica al pie de la cama, del trabajo en la sala hospitalaria, del trabajo en el laboratorio, o de la promoción de la escritura científica en revistas médicas, como parte del miedo por vencer el “terror sagrado por la escritura”, como se podrá apreciar en el capítulo 5.

VII. ORDEN DE LOS CAPÍTULOS Y FORMAS EXPOSITIVAS

Si a grandes rasgos aquellos fueron los pasos metodológicos que compusieron “la movilización de los puntos de mira historiográficos”, los mismos se realizaron sobre la base de una distinción clave en la moderna historiografía, a saber la distinción existente entre proceso de investigación y proceso de exposición. En tanto que investigar y relatar la investigación no son pasos idénticos ni necesariamente homologables, es importante

detenerse en la presentación de los resultados bajo un formato estimado como ideal, a partir de criterios que se presentarán a continuación.

Aquí se ha optado por un tipo de exposición narrativa focalizada en ilustrar los problemas de investigación, el material empírico y los conceptos elegidos. Tal estrategia llevó a concentrar los temas y problemas que rondan al Círculo Médico Argentino – como institución científica finisecular– en los capítulos 2, 3, 4 y 5. En tal sentido es importante subrayar en forma explícita que la exposición no ha seguido la cronología de la vida de la sociedad; antes bien la estrategia de exposición ha seguido la identificación de los problemas de investigación señalados. Ello no implica que tal mirada cronológica no jugara un papel central en el proceso de investigación, como de hecho se pudo apreciar en los cuestionarios empíricos volcados sobre las fuentes primarias; más tal criterio dejó el paso a un ordenamiento por problemas a la hora de pensar la exposición del trabajo. Así pues, la distribución de los capítulos quedó como se detalla a continuación.

Los capítulos 2 y 3 fueron destinados a mostrar el desarrollo de los dos primeros problemas de investigación. En ellos se mostrará el surgimiento de la sociedad científica y gremial –en el marco de los conflictos existentes en la escuela médica de la ciudad–, desde sus inicios como un pequeño grupo de sociabilidad hacia mediados de 1875, hasta su consolidación como sociedad referencial de las ciencias médicas locales en 1914, momento del fallecimiento de “El Licenciado Cabra”, según se pudo apreciar a la hora de hablar de la periodización. Es en el capítulo 2 donde se puede apreciar el desarrollo de la sociedad en términos de una cronología clásica, desde los años inmediatos precedentes a su fundación al momento del fallecimiento de José María Ramos Mejía, mismos años en que la institución logró una visibilidad no menor en la sociedad porteña y frente a los poderes públicos afincados en la ciudad, debido a su participación en varios debates dados en la Cámara de Diputados, del cual se rescatará el debate Cantón-Dickman entre 1915 y 1917. Por su parte, en el capítulo 3 se pondrá el acento en presentar con algún detalle prácticas y espacios de la vida del CMA, que estuvieron relacionadas en forma estrecha a la cristalización de un programa experimental, y que aquí se ha relacionado a una vocación y a estrategias de poder por parte de la sociedad,

vocación y estrategias apreciadas en varias instituciones científicas occidentales desde mediados del siglo XVII.

Luego los capítulos 4 y 5 se destinarán a presentar los problemas relacionados a la promoción de un programa experimental en las ciencias médicas de la ciudad, esto es, a las prácticas por las cuales predicaron en el “desierto” de las ciencias experimentales y médicas locales. En el capítulo 4 se presentarán las “tecnologías materiales” puestas en juego por la pequeña sociedad científica durante las cuatro décadas estudiadas, contando entre ellas la puesta en marcha de “cátedras libres” como parte de un intento por crear una escuela de estudios libres que buscó confrontar con el régimen de cátedras propio de la escuela médica oficial, intento que con el correr del tiempo derivó en lo que se denominó “el cuerpo docente sustituto” de dicha escuela médica. (Souza, 2008: 75; Souza y Hurtado, 2010: 900). También se puso el acento en la promoción de actividades clínicas, quirúrgicas e higiénicas, entre las que destacó la puesta en marcha de un policlínico sostenido por la institución, conocido como “Policlínico gratuito del CMA”. En estrecha relación, se focalizó también la promoción de actividades clínicas y quirúrgicas en el seno de algunos de los hospitales de la ciudad, en especial de los hospitales a cargo de la Comisión Municipal, básicamente destinados a la atención de la demanda masculina. Tales prácticas cumplieron el papel de “ampliar los sentidos” de observación de los socios, de cristalizar pasos en una cultura de la observación experimental en la institución. Teñidas de una atmósfera de conflicto –como la que invocaba el grupo de asociados– con las autoridades de la escuela y, en especial, con las propias prácticas y concepciones de la vida experimental que esta poseía, los policlínicos, la cátedra libre, y las prácticas quirúrgicas fueron parte del esfuerzo que la sociedad se auto impuso en pos de renovar o redefinir la “ciencia nacional” (Souza y Hurtado, 2010: 900).

Por su parte, en el capítulo 5 se presentaron las “tecnologías literarias” y “tecnologías sociales” puestas en juego por la sociedad junto a aquellas prácticas científicas. Ellas remiten a las prácticas de edición de una revista y armado de una hemeroteca especializada, así como también la promoción de torneos, concursos, conferencias y

asambleas científicas que fueron promocionados por las comisiones directivas, como parte del modelo de medicina experimental anhelado para sus asociados.

El primer grupo de actividades mostró a las comisiones directivas interesadas en establecer una nutrida biblioteca y hemeroteca que permitiera el manejo de un amplio espectro de temas relacionados en forma estrecha a las ciencias médicas y luego a las ciencias naturales de la época. Tales espacios mostraron un crecimiento notable, transformándose en espacio de prestigio y poder, pues fue durante mucho tiempo la principal biblioteca especializada en la ciudad. Las revistas científicas que armaron el corpus de la hemeroteca fueron intercambiadas durante buena parte del período por los *Anales del Círculo Médico Argentino*, revista gremial y científica editada por la sociedad desde 1877 y continuada por la nueva versión de la sociedad desde 1908. Dicha revista adquirió amplio reconocimiento en el medio científico local, y fue durante todo el período una de las revistas científicas nacidas en la ciudad que logró circular por los estrechos y exigentes canales literarios de la república de las ciencias, en especial en las escuelas médicas europeas y americanas. Por su parte, las tecnologías sociales fueron un dato no menos constante en las rendiciones de las comisiones directivas, y estuvo –al igual que la biblioteca y la revista– en estrecha relación con las prácticas experimentales estudiadas en el capítulo 4, relación obvia para los actores implicados en el estudio. Se focalizó sobre la realización de torneos científicos y la celebración de conferencias; ambas actividades promocionadas como parte de los modelos a seguir por los jóvenes consocios.

Resta detenerse en el capítulo 1, capítulo llamado a ser la puerta de entrada a la investigación. En pocas palabras, su función dentro de la tesis es responder a la demanda de un contexto para la historia de la institución contada en los cuatro capítulos siguientes. A lo largo del trabajo fue haciéndose patente la necesidad de mencionar o aclarar datos tanto sobre las instituciones con las que dialogó la sociedad, los actores que compusieron la escuela médica, así como también los tipos de conflictos existentes entre los personales tanto de la escuela como de la universidad. La constante referencia a estos temas hizo pensar en lo erróneo de encarar un relato poblado de notas aclaratorias –a modo de parches históricos– sobre ellos, para explorar en la investigación y luego escribir sobre tales actores, instituciones y formas de conflicto.

Algunos de estos temas ya se encontraban ampliamente trabajados en la obra de Ricardo González Leandri sobre la profesión médica, tales como el papel de la elite del cuerpo médico a la hora de cristalizar un sistema de reglas, jerarquías y símbolos para la profesión médica local. A su vez, la escuela médica y la universidad han gozado de una mayor fortuna en la historiografía reciente. Otros temas, como la existencia de la vida material de la escuela médica y de la práctica rentada de transmisión del conocimiento aparecían mucho más abandonados. Así pues, sobre este panorama se decidió escribir un primer capítulo en donde se presentara en forma concisa algunos rasgos axiales tanto de los actores sociales que dan vida a las instituciones como de las propias instituciones; por último, se decidió presentar algunos rasgos sobre las formas de los conflictos presentes entre aquellos actores e instituciones. Tal decisión se tomó pensando en que, a pesar del aumento en extensión del trabajo, se podía ganar en comprensión de lo que se ha denominado en forma clásica el “enraizamiento” de las prácticas de conocimiento experimental, en un contexto tan particular como son las ciencias médicas y experimentales de la ciudad de segunda mitad de siglo XIX (Durbin, 1980: XX; Leandri, 1999: 80).

CAPÍTULO 1

UN CONTEXTO PARA EL CÍRCULO MÉDICO ARGENTINO

1.1 . EL CONTEXTO INDISPENSABLE

En las siguientes páginas se hablará en forma extensa de un pequeño círculo de sociabilidad fundado en la ciudad de Buenos Aires a mediados de 1875 y autodenominado Círculo Médico Argentino. Con posterioridad a 1908 tal denominación varió ligeramente, haciéndose eco de algunas transformaciones que afectaron a la institución en cuestión; el nuevo nombre fue declarado como Centro de Estudiantes de la Facultad de Ciencias Médicas y Círculo Médico Argentino, y al parecer, es el que la acompañaría hasta su fecha de cierre, en tal caso hasta el último año del cual existen noticias, a saber 1953.

Los motivos por los cuales focalizar en la vida institucional de dicho círculo (o club) son variados. En principio, fue un espacio de activa agremiación juvenil durante buena parte de su existencia.

En efecto, como se podrá apreciar en los dos capítulos siguientes, fue uno de los primeros espacios comprometidos en forma explícita con la defensa de derechos estudiantiles en la escuela médica local. Desde sus primeros días y hasta una fecha tan tardía como es el año 1943, pueden apreciarse huellas de su intensa intervención gremial en la vida de la escuela médica y, más en general, de la universidad. En tal sentido, cabrá recordar que el CMA fue la cede fundacional (y operativa) de la Federación Universitaria de Buenos Aires, en especial durante sus primeros años, vale decir, aquellos caracterizados por su pertenencia a la hermandad estudiantil internacional, con sede en Italia denominada *Corda Frates*, años que van entre el festejo del centenario y la reforma de 1917, como se podrá apreciar en el capítulo 3.

También fue una sociedad que criticó con mordacidad e ironía el estado de las ciencias médicas y de las ciencias experimentales en el Río de la Plata. En tal sentido, acaso sea de mayor importancia el hecho de no quedarse en la crítica hacia lo que hicieron —o no

hicieron– sus contemporáneos de la escuela médica, en materia de salud para la ciudad. La sociedad fue una activa promotora de actividades médicas y experimentales en suelo local. En efecto, como se podrá apreciar con algún detalle en los capítulos 4 y 5, las comisiones directivas del círculo se preocuparon en cristalizar un “sentido social para la ciencia y la técnica”, proceso análogo al desatado en otras ex capitales virreinales durante su vida independiente durante el siglo XIX (López Ocón, 1998: 215).

Es –precisamente– esta posición de promotora de las ciencias médicas y experimentales de cara a distintos tipos de públicos de la ciudad, lo que ha dado pie para que –en anteriores trabajos– se la denominara con el gramsciano concepto de *partido de hombres de la cultura*, en este caso de la cultura científica y médica. En efecto, a los fines de un cuestionario analítico basado en una historia social de las instituciones científicas, el CMA ofrece una serie de rasgos clásicos en este tipo de instituciones. Dichos rasgos no son otros que los señalados en un abanico de trabajos clásicos en tal materia, entre los que contarán desde el libro –verdadero hito fundacional– de Marta Orstein a los trabajos más recientes –pero de igual relevancia– de Roger Hahn y Maurice Crosland sobre la Academia de Ciencias de París (Orstein, 1923; Hahn, 1971; Crosland, 1996).

Dichos rasgos no son otros que la promoción de diversas actividades experimentales; puesta en marcha de actividades editoriales sostenidas en tiempo, tales como edición de una revista científica; en el caso del CMA –y al igual que un grupo no menor de instituciones médicas europeas durante el siglo XIX– también predicaron el valor de un modelo de medicina relacionada en forma estrecha al programa experimental impulsado desde fines de siglo XVII (Graham, 1998: 20; Porter y Teich, 1992: 2). No es menos cierto que también se podrán apreciar actividades de popularización de la ciencia experimental, al modo como ocurriera en varias ciudades europeas, que van desde Florencia y Roma a Londres, en un período que abarcan desde el Renacimiento hasta mediados de siglo XIX.

Ahora bien –y como se podrá apreciar en el capítulo 4 y 5– dicho programa experimental hizo de la intervención profesional sobre los cuerpos de los habitantes de la ciudad, el puntal de sus actividades de la medicalización de la nascente trama social,

sea esta urbana o nacional. El cuidado del “paciente al pie de la cama”, la apertura de los “libros palpitantes”, son otras tantas expresiones de discusión recurrente en la vida de la sociedad científica y médica aquí estudiada. En términos de resonancia foucaultiana, aquellas actividades y culturas experimentales eran solidarias con tecnologías anatomopolíticas o, de control, gestión y medicalización de la vida ajena, sea esta individual o colectiva (Foucault, 1979: 217). Ciertamente, la existencia de tales representaciones es algo distinto a su adopción por los sectores subalternos de la ciudad, y bien cabe señalar tal distinción para explicitar las distancias y reservas que el estudio de una institución científica debe tener con otro tipo de estudios, acaso de distinto objetivo analítico como es la historia de los pacientes durante similar período (Porter, 1984: 176; Pita, 2006: 62).

Por ello, se ha creído importante ofrecer un contexto mínimo que permita comprender con algún detalle la vida de tan particular del círculo de sociabilidad. A tal fin se dedicarán las páginas restantes del presente capítulo, centradas en actores e instituciones de la escuela médica local de segunda mitad de siglo XIX, consideradas relevantes.

Entre los grupos sociales se focalizará sobre los distintos tipos de “personales” o grupos sociales que componen la vida social de la escuela médica local, estudiantes y docentes en forma central. Grupos visibles en distintos tipos de documentación, que van desde los comunicados oficiales vertidos por la escuela médica y la universidad, a las noticias más ocasionales, como la publicación de los resultados de exámenes en la prensa médica de la época. Por su parte entre las instituciones y espacios relevantes en esta historia, se mencionará, la escuela médica y la universidad, como el ámbito institucional en que floreció el grupo de sociabilidad y, luego, cristalizó la institución.

Aquel contexto es central al intento de estudiar la vida de tal sociedad. Ni exógeno, ni extraño, ni ocultado, mucho menos invisible. El contexto ofrecido por aquellos actores e instituciones es el medio material e ideológico contra el cual dijeron actuar las comisiones directivas de la sociedad, al cual dijeron querer transformar con su “aporte benéfico”. Es –al mismo tiempo– el medio material e ideológico que ofreció serios escollos a aquellas “benéficas” actividades proclamadas por la institución, y frente al cual sus esfuerzos “languidecieron” y durante algunos años perdieron sentido. En pocas

palabras, el CMA no es algo que pueda desprenderse de la historia de la ciudad de Buenos Aires ni de la escuela médica local de segunda mitad de siglo XIX, como en rigor de verdad no lo es ningún proceso de historia social de la ciencia, de su contexto social e histórico inmediato.

Esta idea tan cara –y obvia– a una mirada histórica y social de los procesos sociales, debe ser explicitada, pues bien puede disparar el recelo y la crítica de algunos tipos de lecturas del pasado de las profesiones –aun en danza en nuestra época– tales como las miradas “heroicas”, u otras no menos presentes –al decir de Helge Kragh– como las miradas en exceso factual sobre el pasado de las distintas prácticas del saber, profesiones e instituciones científicas (Kragh, 1997: 64) Tales miradas matizan algo que aquí se busca subrayar, como es el carácter histórico y contextual de ese tramo particular de vida social que se propone estudiar la moderna historia social de la ciencia, con especial énfasis –como ya se afirmó– de algunas subregiones y ciudades occidentales, desde mediados del siglo XVII a la fecha (Porter y Teich, 1992: 5; López-Ocón, 1998: 207)

Como se podrá apreciar a continuación, el grupo intelectual que da vida al fenómeno de sociabilidad estudiantil y a la puesta en marcha del programa experimental en las ciencias médicas finiseculares locales –estudiado en los capítulos 4 y 5– es un exponente típico de los procesos históricos y políticos de la sociedad civil porteña postrosista, tanto por sus prácticas gremiales y políticas dentro de la escuela médica local, como por sus banderas experimentales de cara a la sociedad civil de su época. (Sabato, 1998: 54; 1999: 168; 2003: 19; González Bernaldo, 2008: 274 - 275) En el capítulo siguiente se verá en detalle, como el CMA fue presentado por la prensa como un *club*, donde se reunían un grupo de “elementos sanos” –metáfora cara a los anhelos de sus socios– que seguían el paso de otros nobles clubes –La Sociedad Rural, la Sociedad Científica Argentina y la Academia de Lenguas– en mostrar el “genio local” en materia de una sensibilidad rioplatense para la ciencia y la tecnología. No menos cierto era el hecho, de que la lectura sobre el “*naufragio*” local en tal materia, era leída en términos comparados con lo que había sucedido en el “viejo mundo”. En pocas palabras, se miraban las experiencias de las sociedades científicas y médicas locales, a la luz de sus pares europeas y latinoamericanas, en el marco de una fuerte explosión

local de vida asociativa. (Sabato, 1998: 54; 1999: 168; González Bernaldo, 2008: 274) Más aún en no pocas ocasiones sostuvieron para sí –y también para otras sociedades científicas y médicas– el papel de predicadoras en el “desierto”, metáfora de resonancias halperinianas que implicaba posicionarse en un lugar de profesionalidad en materia de ciencias experimentales, en momentos en que la fragilidad institucional era la tónica dominante de la escena científica de la ciudad. Predicar en el desierto de las ciencias experimentales locales implicaba también –como se podrá apreciar en el capítulo siguiente– discutir por el mítico papel de fundador de las ciencias médicas y experimentales locales, o al menos asegurarse un lugar en su proceso de cristalización, en un momento en que la discusión de las “ciencias nacionales” afloraba como preocupación en las ex capitales virreinales (López Ocón y Lafuente, 1998: 14; Porter y Teich, 1995: 10).

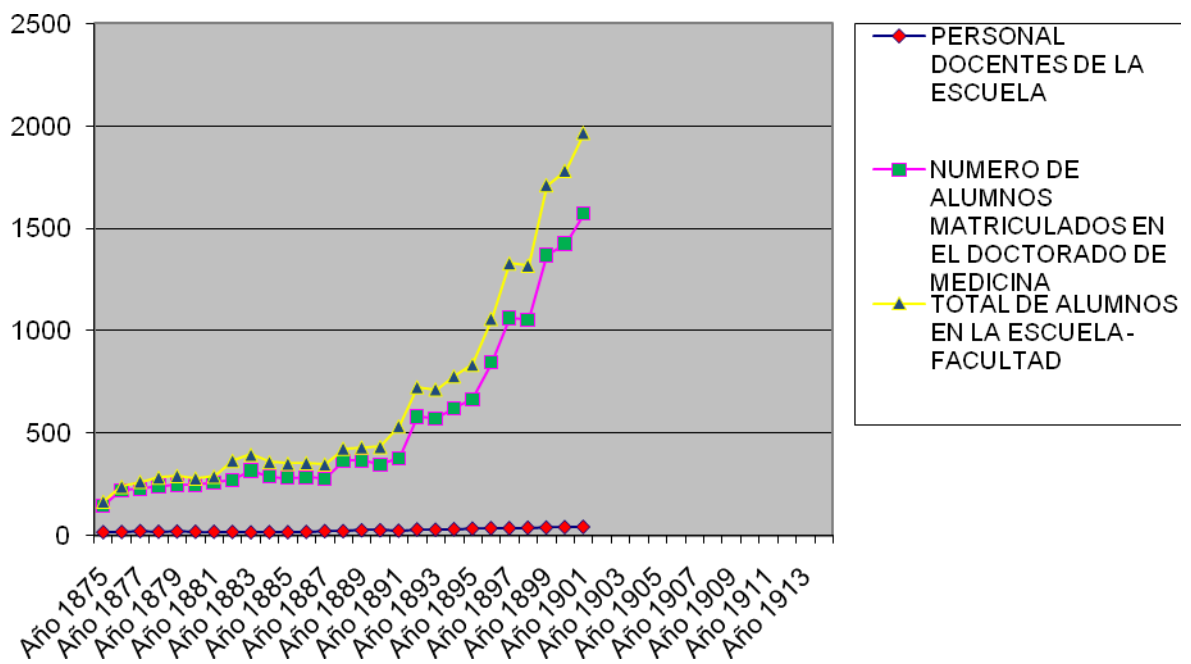
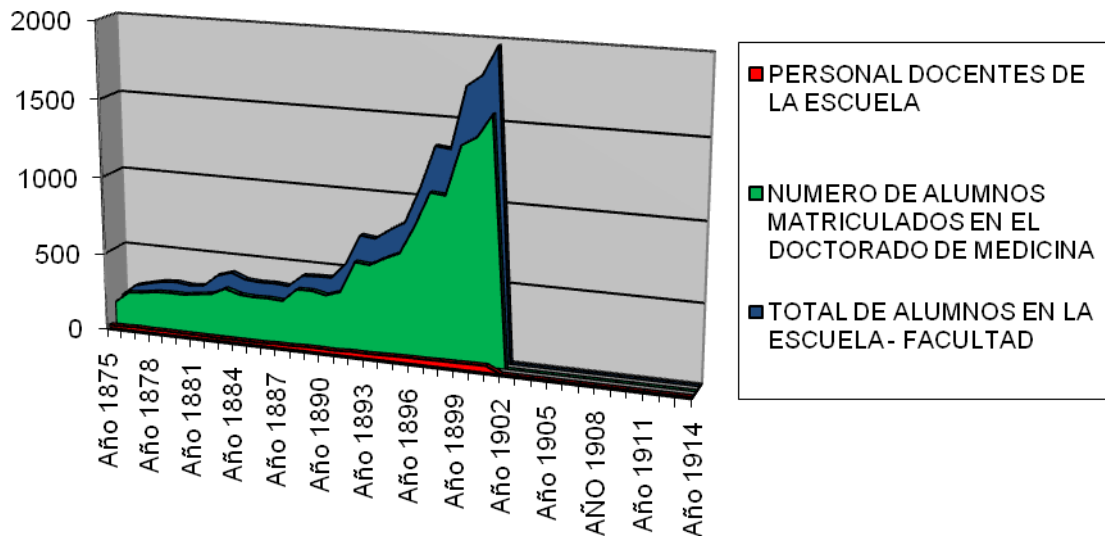
1.2. LOS ACTORES

1.2.1 “Los dioses del Olimpo de la calle El Comercio”: Los docentes de la escuela médica local

Actor central en esta historia –por su papel en la cristalización política e institucional de una profesión médica en la Buenos Aires post rosista– es lo que Ricardo Leandri ha denominado la “elite de la profesión” y, más específicamente, los docentes de la escuela médica local. ¿Quiénes eran tales médicos y miembros del cuerpo docente de la escuela médica local? ¿Quién era ese “otro” frente al cual se constituirá como sujeto e institución la sociedad a estudiar?

GRÁFICO 1 - PERSONALES DE LA ESCUELA MÉDICA DE BUENOS AIRES (1875 - 1902).⁵

⁵ Fuente: elaboración propia en base a Basavilvaso (1902: 4-5).



El gráfico 1 permite apreciar, por un lado, un perfil estadístico de lo que las fuentes denominan “personal docente” como grupo en la escuela y en la vida universitaria. Y acaso uno de los primeros datos llamativos, es la importante diferencia que existen en las cifras netas comparadas con el “personal alumno”, en especial en sus tendencias de crecimiento para los años en que se disponen de cifras fehacientes. La cantidad de docentes reconocidos dictando “aulas” alcanza poco más que duplicarse entre 1875 y 1901, pasando de 18 profesores en la primera fecha a 43 en la segunda; por su parte, para las mismas fechas el personal alumno se decuplicó, pasando de 145 alumnos matriculados en el doctorado de medicina en 1875 a 1571 en 1901. La asimetría de ambas tendencias es importante y visible. En pocas palabras, dicho gráfico permite apreciar al cuerpo docente como un grupo reducido y con un crecimiento modesto durante las cuatro décadas estudiadas. Ciertamente ello se debe al mecanismo de incorporación selectiva de miembros en su seno, señalado por Leandri, como parte de los férreos intentos de defensa que dicho cuerpo realizó de su identidad y de su estatus profesional (Leandri, 2000: 147).

Los docentes de la escuela de medicina es el actor que Leandri ha denominado – tomando nombres presentes en las fuentes– la “Corporación Médica” o también la “Academia de Medicina”. Ambos nombres son compatibles durante las primeras décadas del período trabajado, en tanto que para ser miembro de la última se debía pertenecer al cuerpo docente de la facultad. (Leandri, 2000: 139) Como hemos señalado en anteriores trabajos, aquel autor ha dedicado un estudio pormenorizado a la formación histórica de la profesión médica de Buenos Aires entre la caída de Rosas y mediados de la década de 1880, estudio obligado para quienes analicen problemas relacionados a historia social de la medicina en el Río de la Plata (Souza, 2008: 141). En tal sentido, aquí se apuntarán temas de alguna importancia relacionados a tal actor, en especial rasgos que forman parte de contexto en que floreció el CMA, con especial énfasis en los años 1890 a 1915. Acaso no se deberá olvidar que el cuerpo docente jugó un papel ambiguo para las distintas comisiones directivas que gobernaron el “Círculo”; papel que incluía al menos dos tonalidades políticas. En efecto, durante los primeros 20 años de vida de la sociedad el cuerpo docente fue su gran enemigo, postura ya visible en los

sobrenombres que los redactores de los *Anales* le dedicaban en sus notas: “*dioses del Olimpo de la calle el comercio*”; “*generaciones ingratas*”, etc., apodos que retomaban las críticas hechas por los editores del periódico *13 de Diciembre*, como se podrá apreciar más adelante (Leandri, 2000: 119). La segunda de las tonalidades fue la del diálogo y la crítica –esta vez algo más acotada– por la demora en la apertura de cursos libres, que permitiera la incorporación de docentes jóvenes, provenientes en su mayoría de las filas del Círculo. Esta postura implica que los egresados –aun jóvenes en relación a los miembros del cuerpo médico– del CMA se han proyectado en la carrera de la docencia y que aspiran a ingresar al cuerpo docente de la escuela; tal posición comenzará a ser visible en la tercera década de vida de la sociedad y acaso, estará detrás de la crisis y el distanciamiento que ha inicios de siglo provocarán los miembros estudiantes de la misma.

Nuevamente se señalará que estos datos no son ociosos a los fines analíticos del presente trabajo. Este grupo de docentes era quien se hacía cargo del movimiento de aulas, vale decir del dictado de clases en las materias correspondientes a las carreras mencionadas con anterioridad, a saber, Medicina, Obstetricia, Farmacia y Odontología hacia fines de 1890. En forma paralela a su actividad pedagógica fueron construyendo un espacio de poder dentro de la Escuela y la Universidad. Al mismo tiempo fueron consolidando relaciones con actores claves en la historia política de la época, como es el caso del Poder Ejecutivo nacional e incluso armaron redes de “diputados médicos” en espacios como la Cámara de Diputados y la Cámara de Senadores de la Nación. Estos espacios y alianzas les abrieron la posibilidad de consolidar su poder en actividades claves de la vida de la escuela, entre otras, el control sobre las finanzas de la escuela, luego el control sobre la vida jurídica de la misma y por último, pero no menos importante el control sobre los contenidos propios de las carreras dictadas.

Desde el punto de vista del manejo de recursos materiales, concretamente de las finanzas de la escuela, es importante recordar que la universidad –y, por lo tanto, los distintos cuerpos docentes– tenía una vida material fuertemente mercantilizada, al menos desde su re apertura a mediados de 1852. Es este aspecto, un rasgo de gran interés en las formas históricas de cristalización de una sensibilidad social para la

ciencia y la técnica en la ciudad de Buenos Aires. Además de la reinterpretación de tradiciones, o de la presencia de una actividad de prensa médica y científica sostenida en el tiempo, o de los llamados a concursos y torneos científicos se puede apreciar la presencia de formas mercantilizadas de la vida institucional (López-Ocón, 1998: 215, 220). Y si bien dichas prácticas tienen numerosas excepciones que reflejan un prolijo sistema de influencias, no es menos cierto que tales prácticas aparecen reconocidas en fuentes oficiales, como parte de las rendiciones que dichas instituciones elevaron al ministerio del Interior, Justicia y Culto. Siguiendo una práctica de suyo normal en otras universidades e instituciones científicas de la época, la presencia de la mercantilización de la actividad escolar y profesional será una presencia difícil de ignorar durante las cuatro décadas a estudiar.

La universidad y la escuela médica en particular, era un espacio reservado a estudiantes con algún poder adquisitivo sea este más o menos real. Contra una imagen algo romántica –y no exenta de rasgos mitológicos– que tiende a ver la universidad y la escuela médica solo interesadas por la promoción de la ciencia y desinteresada por su vida económica y material, es importante recordar la existencia de una concepción y una práctica rentada del conocimiento. Como se ha señalado anteriormente, existían en la escuela desde la época de Rosas la institución del cobro de “emolumentos”, figura que abarcaba el cobro de varios tipos de derechos, entre otros el de matrículas, derechos de exámenes, derechos de exámenes libres, extensión de certificados, son algunas de las instancias de pago contempladas para los alumnos que ingresaban en la facultad de medicina, en los reglamentos de 1874, 1885 y 1895 por nombrar solo los del siglo XIX. Según los doctores Piñeiro y Bideua en su *Historia de la Facultad de Medicina de la UBA*:

“Los gastos de la Universidad habían sido siempre sufragados por el Tesoro de la Provincia, con excepción de aquella parte de la época de Rosas en que el establecimiento fue liberado a su propia suerte. Quiere decir, pues, que la casa no gozó de otras rentas que las del presupuesto y los escasos derechos que cobraba por la expedición de diplomas. No había razón para que la enseñanza continuara siendo gratuita. La imposición de derechos de matrículas, exámenes y certificados era un medio indicado que, sin producir

erogación gravosa a los estudiantes, podía desde luego establecerse. Tal fue el procedimiento establecido para allegar fondos, que se aplicarían a la instalación de una biblioteca, a la retribución de los profesores por su tareas extraordinarias y a mejorar el local. Como la idea había madurado, puesto que no era del todo nueva, como las necesidades crecían y eran cada vez más imperiosas, la creación del impuesto vuelve a promoverse con éxito en 1863. En esta ocasión el impuesto se pide no solamente para cooperar a los objetos insinuados, sino también al adelanto y mejora de los gabinetes a la obtención de instrumentos de geodesia y astronomía, colecciones de objetos de historia natural, modelos de yeso y de pintura, etc. El producido de los derechos universitarios fue aplicado a algunos de los fines, lo más atendibles ciertamente, de su creación. La biblioteca, fundada con tanto empeño y llevada a una altura tan respetable por Gutiérrez, encontró en esos derechos un poderoso auxiliar. Otros objetos de menor importancia, como sueldos que no figuran en el presupuesto, limpieza y reparaciones de la casa, retratos al óleo de antiguos profesores de la Universidad, premios a los alumnos” (Piñeiro y Bideau, 1884: 186 - 187)

Por su parte en la *RMQ* –editada por la Sociedad Médica Bonaerense– de 1879 sale una nota por demás interesante para un análisis de la práctica mercantilizada del saber en la segunda mitad del siglo XIX. El interés gravita en su grado de explicitación respecto de un anudamiento de sentidos sobre los emolumentos, su utilidad para trazar jerarquías epistémicas entre el “personal docente” y el “personal alumno” y, por último pero no menos importante, su presencia potencial como excitante de formación de conflicto y luego, de “partido”. No menos importante será en los capítulos 4 y 5 a la hora de analizar los intentos por cristalizar –tanto en términos prácticos como ideológicos– un programa experimental para las ciencias médicas de la ciudad de Buenos Aires.

“Gratuidad de la enseñanza- En el mensaje presentado últimamente por el Poder Ejecutivo de la Provincia a la Honorable Legislatura, se encuentra un párrafo que ha despertado vivamente nuestra tención: “Pienso que se hará bien en restringir la gratuidad de la enseñanza en todos los grados a las escuelas primarias, alejando así de las carreras liberales llenas ya, a una

multitud de personas que se hacen médicos sin clientela, abogados sin causa y hombres políticos siempre en disponibilidad”. Perfectamente de acuerdo con estas palabras del Dr. Tejedor debemos añadir en su apoyo algunas otras breves consideraciones. Pocas son las naciones en que se dispensa la enseñanza superior con tanta generosidad como entre nosotros. Desde el joven de posición más humilde, hasta el más acaudalado, todos gozan de las facilidades con que en Buenos Aires pueden adquirir una profesión liberal. Pero el grave mal indicado por el Dr. Tejedor no depende únicamente en la gratuidad de la enseñanza, sino muy principalmente en la poca severidad de que hacen gala en los exámenes las respectivas facultades. Según nuestros cálculos debieran ser rechazados en las pruebas anuales el 30 % de los alumnos presentados y esta proporción se eleva a 50 % tratándose de médicos, parteras extranjeras, que revalidan sus títulos en la Facultad de Ciencias Médicas. El mal que se señala debe hacer adoptar medidas eficaces que lo combatan. Es sensible decirlo, pero se oye con frecuencia en las reuniones de estudiantes hacer esta declaración a la que no parece dársele la importancia que en realidad tiene: “Estaré satisfecho con tal que obtenga un número de puntos que me permita pasar” La relajación en la disciplina de la enseñanza ha llegado a tal punto que hoy existen alumnos que llegan al 3º y 4º año de medicina sin haberse acercado a la cabecera de un enfermo en el Hospital. No es raro tampoco encontrar estudiantes que comienzan a estudiar recién dos o tres meses antes del examen. Esto que referimos lo hemos palpado y está en la conciencia de todos los que han frecuentado nuestras diversas Facultades. Ha llegado, pues, el momento de poner término a semejante abusos que llegarán a hacer de este país la tierra de los abogados, médicos, ingenieros, etc.” (Coni, 1879: 42-43).

No llama tanto la atención las palabras de Tejedor en la Legislatura de la Provincia de Buenos Aires, criticando una noción de la educación primaria que luego terminaría desacreditada, tras la ley 1420 y los esfuerzos por cristalizar un sistema educativo local, basado en la lengua castellana. Tampoco es llamativo el hecho de proponer una situación de “cierre profesional” a través de la suspensión de la gratuidad de los estudios universitarios. De hecho se podrá apreciar en el capítulo siguiente –y con mayor grado

de detalle— la relación compleja y ambivalente que los distintos poderes políticos tuvieron con el cuerpo docente de la escuela y, en especial, a la hora de hablar de su financiamiento. De mucho mayor interés son las apreciaciones de los editores de la revista —el Dr. Emilio Coni y el Dr. Pedro Rooverts— reconociendo la facilidad con que se podía obtener en Buenos Aires, algo que a su juicio debía ser mucho más restringido: una profesión liberal como era la medicina. Escaso respeto por la profesión, facilidades monetarias para cursar los estudios y ausencia de contacto con actividad experimental — los estudiantes que no han atendido enfermos al pie de la cama en la sala hospitalaria— eran tres pilares sólidos para invocar un mayor porcentaje de desaprobados en los exámenes de diciembre, exámenes que eran parte del costo monetario de los estudios. En pocas palabras y a los fines analíticos aquí seguidos, es importante señalar que ve con legitimidad el cobro como mecanismo de restricción y seriedad epistémica, de cuya legitimidad no parecieran quedar dudas.

Es importante subrayar tales apreciaciones, pues en comentarios como los realizados en la *RMQ* se han basado interpretaciones optimistas en exceso, respecto del ingreso de estudiantes a la universidad. La propia *RMQ* es un espacio por demás propicio para seguir el tema de la mercantilización de la vida de la escuela y, en especial, de las consecuencias que generaba en su relación con el poder político. Las notas de opinión sobre la necesidad de mejorar las condiciones materiales de la docencia universitaria como vía para radicar un cuerpo docente dedicado a tiempo completo, suelen ser matizadas con noticias sobre la opulencia con que podían vivir otros docentes de escuelas médicas, en otras regiones de la “república de las ciencias”, como por ejemplo Alemania. Durante el año 1874, Pedro Rooverts editó una serie de cartas enviadas por el médico Chileno Francisco Puelma Tupper, amigo de Rooverts y corresponsal de la *RMQ*. De ellas, interesó la detallada descripción de la opulencia de las universidades alemanas y en especial, las comodidades con que vivía y trabajaba un docente alemán. La necesidad de cobrar el estudio universitario en forma privada no solo era un hecho material concreto en las universidades alemanas que se sometían al mandato del *Dios Dinero*. A ojos de los editores locales, la necesidad de cobrar los estudios universitarios también formaba parte de una cultura burguesa y liberal, acorde a las prácticas y culturas existentes en la Buenos Aires de la segunda mitad del siglo XIX. Por su parte tales tópicos son de interés, pues serán consignas que rescatarán varias plumas

referenciales de CMA durante los años 1880 a 1900, tópicos presente desde sus primeros años como la Sociedad 13 de Diciembre. Era –en pocas palabras– un estilo internacional, una forma histórica –sin duda con sus matices locales– de cristalización de una sensibilidad local para la ciencia y la tecnología (Lafuente y López-Ocón; 1998: 215)

Decía Puelma Tupper en su texto:

“Quiero darles un ejemplo que yo mismo he palpado. La pequeña ciudad de Marburgo es una de esas ciudades docentes y cuya vida depende inmediatamente de su universidad; en ésta, entre otros profesores notables, se encuentra el profesor Lieberkhün, de anatomía. En el semestre pasado, la universidad de Bon, por muerte de su profesor de ese ramo, le hizo propuestas a Lieberkhün, que con su nombre suministra una buena cantidad de entradas a la universidad y a la ciudad misma: Lieberkhün rechazó las propuestas de Bon. Penetradas estas pequeñas poblaciones y aún las de gran consideración de una de las principales causas de su existencia, bienestar y nombradía (vanitas) tienen muy especial empeño en el fomento de la Universidad y para ello destinan una parte de sus fondos, construyendo hospitales que entregan a esta corporación, laboratorios, y aún cuarteles que den al estudiante la posibilidad de estudiar y servir al mismo tiempo en el ejercito como todo el mundo debe hacerlo acá (en la realidad, no en el papel) y si mueven todos los resortes posibles para atraer el mayor número de aquellos. La rivalidad, que a primera vista se descubre entre las diversas universidades, es la que forma la vida y salud de los estudiantes y del profesor, a quién, por supuesto, no le es indiferente recibir mañana o pasado un llamado de otra universidad, con proposiciones siempre mas y mas favorables. Este es el secreto de la ciencia en Alemania y en los países que han adoptado este sistema; sistema eminentemente práctico, basado en la irresistible omnipotencia de esa serpiente de mil cabezas que todo lo vigila, impulsa y gobierna, basada en el inmenso poder del Dios Dinero” (Puelma Tupper, 1874: 15).

¿Qué interesaba a los médicos porteños de la extensa serie de notas enviadas por Puelma Tupper a la sociedad médica de su país? Ciertamente una cantidad de datos puntuales de la vida de la universidad alemana; acaso uno no menor sea la relación social sobre la que arma su vida cotidiana dicha institución, a saber, un modelo patriarcal y mercantil de la transmisión del saber científico y médico, ilustrada en la particular figura (y decisiones) del “Dr. Lieberkhün”. En estrecha relación no menos presente está la idea de la competencia –mercantil e intelectual– como garantía del desarrollo de un saber genuino en materia profesional y experimental. En forma independiente del juego de representaciones propias al cuerpo docente de la escuela, cierto es que estos rasgos patriarcales y mercantiles serán visibles aún con nitidez en los momentos previos al proceso popularmente conocido como reforma universitaria. A modo de ejemplo podría focalizarse en el cobro de emolumentos; dicha práctica decreció solo en términos muy relativos dentro de la vida de la escuela a inicios de siglo.

En 1910 hay un reclamo para su anulación, mas esta no logra ser implementada. Solo se concede a cada decano el permiso de eximir 20 alumnos por año, reconociendo explícitamente algo que era una práctica frecuente tanto en la pequeña universidad local, como en las grandes universidades europeas, vale decir la posibilidad de suspensión de pago o de pago posterior de las matriculas, en caso de mostrar aptitud para la vida científica. Incluso frente a este panorama algo más optimista, la presencia del cobro de derechos es un dato innegable. Con el cambio de siglo aparece la presencia del poder político en el presupuesto de la Universidad y Escuela Médica y, por otro lado, el desarrollo de una práctica mercantil como queda registrado en la compra de distintos planes y bonos del banco central, operaciones que eran una manera de conservar y aumentar el tesoro de la casa de estudios. Incluso frente a este panorama algo más optimista, la presencia de derechos y matriculas sigue siendo la parte más alta del dinero que ingresa al tesoro de ambas instituciones. En 1901 el ingreso de dinero a tesorería de la universidad es de 1.375.075; de él poco más de 530.000 pesos es subsidio del Poder Ejecutivo; los ingresos por “Derechos Generales de las Facultades” es de poco mas de 595.000 pesos. De esta cifra –reconocida en rendiciones oficiales– algo más del 55 % proviene de los derechos cobrados en Facultad de Medicina, que aporta unos 331.000 pesos. Luego sigue la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales con algo

más del 33 %, sustanciado en algo más de 197.000 pesos, y luego la Facultad de Ingeniería con un 11 % sustanciado en poco más de 66.000 pesos (Basavilbaso, 1901: 15).

Estos emolumentos reconocidos en términos formales en varios reglamentos de la escuela y la universidad tenían un correlato informal. En efecto, junto a los cobros oficiales existieron una gama de “emolumentos” menos visibles por no quedar asentados en registro alguno, emolumentos que solo salen a la luz en el marco de momentos de fuerte conflictividad entre claustros, en coyunturas específicas. En este segundo grupo se deberá incluir los cobros por material bibliográfico compilado por los docentes o también, el cobro por actividades de laboratorio, varias veces pretextadas por los estudiantes hacia principios de siglo. Como parte de los conflictos, y al mismo tiempo de la mercantilización de la vida universitaria, en estrecha relación al valor de los emolumentos, como parte de la vida universitaria, se pueden apreciar la elaboración de un reclamo y una propuesta, por parte de la institución, en nombre del espíritu de igualdad estudiantil. En 1910 el centro de estudiantes hará un reclamo al director de la morgue para evitar el comercio injusto con restos cadavéricos que mercantilizaba el acceso a los mismos y, por ende, esbozaba jerarquías entre quienes podían y no podían acceder a ellos: “Los alumnos de los tres primeros años, sobre todo, tropiezan con serias dificultades para llevar a cabo eficientemente sus ejercicios, en razón de su frecuente simultaneidad. Por estas consideraciones me permito solicitar del señor decano una reforma del horario actual de trabajos prácticos a fin de que en el próximo año escolar se subsanen dichos inconvenientes” (Taborda, 1910a: 116).⁶

Es importante señalar desde un inicio que esta mercantilización de la práctica del saber generará formas de conflictos y reclamos específicas, como se podrá apreciar a fines del presente capítulo y también en el capítulo 3, cuando se focalice sobre la vida política de la institución científica analizada. Al mismo tiempo es importante señalar que en forma

⁶ La cita es de mayor extensión, dado que en dicho año el reclamo por los emolumentos paralelos que encarecían los cursos, ocupó varias notas de las CD del centro de estudiantes: “Al señor Director del Instituto de anatomía y Medicina Operatoria, Dr. Joaquín López Figueroa. No ha mucho tiempo se presentó a usted una delegación de este centro, solicitando su mediación para evitar el comercio que se realiza en los distintos anfiteatros, con la venta de piezas anatómicas. Como tal estado de cosas persiste y, aun mas, tiende a acrecentarse, dada la proximidad de los exámenes, y como, por otra parte, esto perjudica enormemente a los estudiantes pobres que no pueden proveerse de material de trabajo en esa forma, solicitamos nuevamente de usted su intervención en este asunto, etc.” (Taborda, 1910: 117).

paralela a los derechos o emolumentos presentes y reconocidos oficialmente, la pequeña sociedad científica aquí estudiada reclamará a la escuela médica en reiteradas ocasiones por el encarecimiento de la vida estudiantil, en especial en las épocas de exámenes, dado que esta fecha se prestaba a la circulación de emolumentos menos oficiales pero tan presentes como los derechos de matrículas, cual eran la compra y venta de órganos, partes de esqueletos y restos cadavéricos varios.

Desde el punto de vista jurídico y político, esta “corporación social” que era el grupo docente de la facultad de medicina consolidó sus espacios desde la reapertura de la escuela ocurrida en 1852. Sus buenas relaciones con el poder político solo se vieron opacadas en ocasiones puntuales, como por ejemplo con los conflictos de 1871 – 73 que dio pie al florecimiento de una crítica sobre su papel en dicha escuela. Incluso aun con las críticas tenaces que recibió la generación médica postrosista, logró consolidar espacios y tramas de poder. Ellas incluyeron una importante capacidad de fijar reglamentos internos y de disponer de una parte de los nombramientos del cuerpo docente y la academia; dichos espacios le permitieron constituirse como actor relevante frente a los grupos que le disputaron el acceso a los espacios en la Universidad. En tal sentido, un debate importante para apreciar la cristalización de una relación entre el poder político y esta corporación universitaria fue la ley 1.597, más conocida por el nombre de su promotor en el congreso, el ex presidente Nicolás Avellaneda (Bustamante, 1985: 53).

La “ley Avellaneda” constituye un problema de investigación por sí misma, que no se pretenderá abordar en este espacio. Solo se señalará que ella permite aproximarse a las concepciones de educación superior existentes en el seno de la oligarquía hacia 1880. En los debates que dieron vida a dicha ley, quedaron bien retratados los rasgos patriarcales, mercantiles y liberales inherentes a la práctica de la docencia universitaria de la época (Bustamante, 1985: 32).

Fue sancionada a partir de la federalización de la UBA y su debate parlamentario se desarrolló entre 1883 y 1885. Por ella se buscaba la normalización de la vida universitaria a partir de una ley homogénea para la Universidad de Córdoba y la de

Buenos Aires. Su objetivo central era el de ofrecer un marco institucional que permitiera compatibilizar las estructuras de ambas instituciones. En líneas generales, hay dos grandes imágenes de la universidad. De un lado, la universidad autónoma e independiente de todo poder y en especial del poder político, cuyo defensor es el ex presidente Avellaneda. Y de otro lado, la universidad vinculada al poder político como garantía contra las corporaciones que la dirigen, cuyo defensor fue el entonces Ministro de Instrucción Pública y Culto Eduardo Wilde, catedrático titular de Medicina Legal y Toxicología en la Facultad de Medicina desde 1874, fuerte opositor político del cuerpo docente de la escuela médica, entre los años 1871 a 1880 (Leandri, 2000: 124; Souza, 2008: 85). Ambos proyectos poseen múltiples diferencias y, al mismo tiempo, ambos proyectos poseen una coincidencia que los muestra como visiones oligárquicas de la universidad. Buena parte de este debate, volverá a cobrar vida en las Cámaras de Diputados y Senadores, a mediados de la década de 1890, con la fundación de la Universidad de la Plata.

Según el consejo de Nicolás Avellaneda –ex presidente y ahora rector de la UBA– la generalidad es el modo propicio en que la autoridad del Estado debe hacerse presente en el reglamento, dado que esta opción deja un margen de albedrío a las corporaciones interesadas en el funcionamiento de la casa de estudios (Bustamante, 1985: 58) ¿Qué modalidad sería la más apropiada para cubrir los cargos? La respuesta a esta pregunta dividió las aguas entre los representantes del Poder Ejecutivo y por su parte, las voces que provenían de la corporación universitaria que trataron de avanzar con escaso éxito en la autonomía universitaria respecto del poder político. En efecto, la designación de los profesores titulares implicó una pulseada de poder y al mismo tiempo distintas concepciones de las maneras de alcanzar un proyecto de universidad dentro de la concepción oligárquica de educación superior. Wilde sostuvo con firmeza las prerrogativas del Poder Ejecutivo a la hora de decidir sobre los cargos titulares de las facultades, a partir de una terna elevada por la propia Facultad. Más en general Wilde otorgó al Poder Ejecutivo la capacidad de controlar a las facultades en sus “ambiciones legítimas pero también exageradas” de “imponer contribuciones excesivas sobre determinada parte de la población” (Bustamante, 1985: 130).⁷ Por su parte Nicolás

⁷ Las palabras del Ministro Wilde –y docente de la escuela enfrentado a la “corporación medica”– son por demás claras respecto de la naturaleza de las Facultades: “Se sabe bien a que tienden estas corporaciones,

Avellaneda sostuvo la realización de concursos como estrategia para conservar el poder de decisión sobre los cargos en las facultades, y preservar así un margen mayor de autonomía del poder político. En términos más generales, esto implicaba un margen amplio de autoridad sobre la vida política y jurídica de las facultades. Será la primera de estas dos modalidades la que triunfe y se plasme en el cuerpo de la ley y en términos prácticos la que rijan la vida de la universidad al menos en los años aquí trabajados. El ministro Wilde –ferviente defensor de los intereses del Poder Ejecutivo– afirmará en sus reiteradas intervenciones que tal situación es “practicada en la mayor parte de países civilizados” y que –punto no menor– permitía combatir la manifiesta irresponsabilidad de las “corporaciones” en los concursos (Bustamante, 1985: 131). El ex presidente Avellaneda no será tan optimista con las responsabilidades atribuidas al Poder Ejecutivo; reiterará en forma no menos enfática que la irresponsabilidad de las corporaciones científica partía de sus relaciones amistosas con el poder político y que, precisamente, los concursos sin intervención del Poder Ejecutivo eran una herramienta a favor de los cuerpos docentes (Bustamante, 1985: 87 - 88).

¿Qué transformaciones acarrearán la ley luego de su sanción en 1885? Como ya se adelantó la ley legitimará la existencia de una relación entre el Poder Ejecutivo y las corporaciones universitarias, delimitando ámbitos de poder inherentes a cada sector en el marco de una relación asimétrica a favor del primero. Por una parte, el poder ejecutivo se reservaba capacidades importantes sobre la vida universitaria como puede apreciarse en el cuerpo de la ley, tales como nombrar docentes titulares de las casas de estudio. Estas prerrogativas serán disputadas por el Poder Ejecutivo y por el Legislativo, con mayor suerte de parte del primero. Por otra parte, este marco general era cuidadoso de no afectar algunos intereses importantes de la corporación docente. En efecto, se buscaba poner un reparo a la arbitrariedad de las corporaciones, pero al mismo tiempo

como también los individuos: a extenderse, a elevarse, a disponer de mayor influencia, para hacer más eficaces sus resoluciones. Si no se estableciese algún control sobre esta autorización que se acuerda a las Facultades universitarias, para imponer ciertos derechos, habría mucho peligro de que estos derechos fueran excesivos, como ha manifestado el señor diputado que me precede en la palabra, y entonces el congreso, del cual dependerían, en cierto modo, las Universidades, no tendría con ellas ni la vinculación que establece este artículo, por medio del Poder Ejecutivo. Así, encuentro muy justo que esta vinculación existe y que el Ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública (se sabe que al decir Ministro se dice Presidente de la República, Poder Ejecutivo) vigile en cierta manera y contenga en ciertos límites a las Facultades, controlándolas en sus ambiciones legítimas, pero quizá también exageradas, por las cuales sean tal vez llevadas a establecer contribuciones excesivas sobre determinada parte de la población” (Bustamante, 1985: 130).

se contemplaba la posibilidad de que manejara una cuota de poder importante al interior de la casa de estudios. Esto remite al costado específicamente político de la vida cotidiana de la escuela. En efecto, la segunda faceta del problema de la autoridad jurídica se plantea de cara al claustro alumno y a los graduados, y tal afirmación adquiere sentido frente al progresivo aumento de la matrícula señalado anteriormente (Bustamante, 1985: 45).

De cara a la relación entre los dos “personales” dentro de la escuela, la ley Avellaneda permitió consolidar dominio y autoridad sobre espacios científicos –en especial sobre cátedras– criticado con dureza en reiteradas ocasiones durante las cuatro décadas aquí trabajadas, en especial, en los motines estudiantiles. En efecto, como se podrá apreciar a lo largo del presente trabajo, la idea de una autoridad cuasi absoluta sobre los espacios institucionales por parte del “personal docente”, será percibido por los miembros del CMA como el punto de legitimidad de una suerte de “anti-elite” científica y médica, es decir una elite que se habría apropiado de espacios, sin hacer florecer las actividades experimentales y sin honrar a las generaciones precedentes; tópico liminal destacado por varios presidentes de la sociedad, entre otros, su primer presidente, “El Licenciado Cabra”. De hecho, la defensa de los estudios libres –como se podrá apreciar en el capítulo 4– es una forma de crítica que buscará legitimar los intentos por configurar una nueva elite del saber dentro del campo de las ciencias médicas porteñas finiseculares.

Por su parte, dentro del cuerpo médico local, quien señaló la ley Avellaneda como marco en que cristalizó un estilo de autoridad científica para el cuerpo médico local, fue el rector de la UBA en 1908 –el Dr. Ufemio Uballes– quien luego de tomar su cargo declaraba su descontento con los motines estudiantiles de 1904 y 1906. Como se podrá apreciar a la hora de presentar a los alumnos de la escuela, no titubeó en significarlos como “verdaderos obsesionados con la reforma universitaria”. Según su parecer, uno de los resultados visibles de tal motín había sido que:

“Los poderes públicos tomaron injerencia en el asunto, y aparecieron en el congreso varios proyectos en que se afirmaba la necesidad de dar nuevas bases a la organización de la universidad. La ley de 1885, a cuyo amparo se

ha formado y engrandecido esta institución, fue puesta en tela de juicio; y, precipitándose los sucesos, estuvo a punto de ser substituida por una nueva ley de circunstancias cuya virtud era muy difícil de prever. En esta energía, el P. E., intervino muy oportunamente con el Decreto de 13 de Agosto, disponiendo que el Consejo Superior proyectara nuevos Estatutos dentro de la ley vigente, resolución que fue cumplida por este cuerpo con la solicitud que el caso requería. Aprobado el proyecto de estatutos, las facultades procedieron, en consecuencias e inmediatez, al cambio de gobierno substituyendo las Academias vitalicias por los Consejos Directivos, de renovación periódica, cuya constitución fue comunicada a V. E. y la Facultad de Ciencias Médicas, que era la única perturbada a la sazón en su marcha, restableció su funcionamiento regular” (Uballes: 1908; 328).

Quedaba más que claro que la ley Avellaneda había sido el marco en que cristalizaron los cuerpos docentes en forma vitalicia y, que tanto las nuevas generaciones de médicos graduados y estudiantes, que no formaban parte de esa elite –lo que Leandri denominó “los otros médicos”– cuestionaban ese carácter vitalicio. De hecho el gran logro del “personal estudiantil” y de sus organizaciones gremiales, así como también de médicos y docentes enfrentados a las academias vitalicias, fue el resquebrajar el poder unívoco de las corporaciones florecientes al amparo de la ley Avellaneda, introduciendo la posibilidad de cogobierno de las facultades a través de la figura de los Consejos Directivos, mencionados por Uballes. Como se podrá apreciar en el capítulo 2 y 3 el CMA estuvo lejos de ser un actor ajeno tanto a las revueltas estudiantiles como a los cambios en la figura de gobierno de la facultad de medicina.

En el contexto patriarcal y mercantil señalado anteriormente floreció un modelo de estudiante anhelado similar al descrito por Puelma Tupper; también un modelo de disciplina universitaria para aquellos –como los fundadores del CMA– que se atrevieran a quebrarlo. En efecto, tal modelo de relación al interior de la escuela seguía –con fuertes matices locales– los modelos existentes en algunas universidades alemanas. El médico chileno puso su atención en un tema por demás sensible al cuerpo docente de la ciudad de Buenos Aires, como era lo que en términos políticos podría denominarse la

relación de mando y obediencia dentro de la vida médica, o lo que el mismo autor de las notas denominó la carta de ciudadanía universitaria:

“Ahora diré dos palabras sobre las obligaciones y derechos del estudiante alemán. El estudiante se matricula en esta o aquella facultad y en la universidad más de su agrado; para ello debe pagar ciertos derechos variables y no excesivos, que lo autorizan ser lo que aquí se llama ciudadano universitario; recibe una tarjeta con su nombre, lugar de su nacimiento y habitación actual, que le sirve para probar su identidad personal, siempre que tenga que hacer con la justicia ordinaria, recayendo en tal caso no bajo la jurisdicción de esta, sino de la misma universidad o consejo de profesores de la Facultad a que pertenece. Esté fuero de los estudiantes no se extiende más allá de los delitos leves o comunes de policía, sin embargo en muchas universidades, éstas se hacen tan solidarias de la conducta del estudiante que pagan sus deudas siempre que no sean excesivas, y todas las penas que se resuelven en prisión, por ejemplo, las hacen efectivas las universidades en las prisiones o edificios que poseen al efecto. En qué casos el estudiante es expulsado de la universidad; que motivos o delitos pueden impedirle de visitar sus cursos durante un cierto tiempo, que asociaciones le son prohibidas como estudiante (políticas, etc., etc.) son todos casos de importancia secundaria y en los que no me detengo por creerlos de poca aplicación entre nosotros con distintos hábitos y diversas leyes” (Puelma Tupper, 1875: 388).

En sintonía con estas afirmaciones sobre la vida universitaria alemana, existieron en la escuela médica local opiniones sobre el tipo de acciones que este modelo habilitaba a realizar, y especialmente, sobre las que *no* permitía realizar. Tal tipo de autoridad buscó monopolizar el poder de policía dentro del espacio universitario como alternativa al poder de policía mayor propio de las leyes civiles de la época. Ciertamente, era un modelo de aristas múltiples y contradictorias: por una parte, ponía a los alumnos a resguardo de las leyes civiles y permitía que una importante gama de delitos considerados “menores” fueran afrontados a través de actividades realizadas para la

universidad pero, por otra parte, dejaba a los alumnos en una posición muy frágil frente al cuerpo docente, ya que éste tenía injerencia sobre el tipo de actividades políticas e institucionales que los alumnos podían realizar dentro de la escuela médica. Algunas de estas ideas se encontraban presentes en el cuerpo docente local, sin duda con matices propios; tales ideas quedan ilustradas en los comentarios realizados a los antiguos reglamentos disciplinarios de la universidad vigente desde 1822 realizados en los *Anales de la UBA*. Tal reglamento contemplaba la posibilidad de detención por la policía de aquellos estudiantes que no asistieron a las clases o que desobedecieran a sus maestros; medio siglo después los comentaristas de este orden jurídico señalaron la excesiva dureza de las medidas afirmando que:

“Las medidas disciplinarias son útiles, pero es necesario que, por sus cualidades y la manera de hacerlas efectivas, respondan a sus fines. No se encontraban en estas condiciones la del decreto del 22. Tratar de impedir que los estudiantes contrajeran malos hábitos y se entregasen a la vagancia, encomendando a la Policía la tarea de perseguirlos y conducirlos a una cárcel pública era, sin duda, contraproducente Por otra parte, las medidas disciplinares deben ser esencialmente universitarias y su ejecución encargada a sus autoridades” (Piñeiro y Bideau, 1884: 189).

En otras palabras, se anhelaba que el estudiante local tuviera una entrega completa al aprendizaje, y al mismo tiempo, respetara la autoridad del cuerpo docente dentro de la casa de estudios. El hecho de que los estudiantes locales no gozaran de derechos políticos o de privilegios especiales, es una situación que debe ser sostenida como una “conquista” por parte del cuerpo docente, y tras este objetivo no se ahorraron reformas institucionales, reglamentos, medidas de disciplinamiento, etc. El objetivo final era evitar el fantasma de la entidad colectiva llamada "estudiante universitario". Con motivos de justificar la separación de ámbitos entre el colegio nacional y las cátedras universitarias se afirma que:

“La separación tenía así mismo, en el sentir del Dr. Gutiérrez, un alcance social: impedir la formación entre nosotros "de esa entidad colectiva y aparte, que se llama el estudiante de la Universidad y se considera con

ciertas atribuciones y prerrogativas que la ley no le acuerda. En Francia, por la excesiva libertad de que gozan los estudiantes, relegados a ciertos barrios de la ciudad; en Inglaterra, constituidos en una especie de aristocracia y sometidos a severa vigilancia oficial sobre su vida y costumbres, no presentan, por cierto, modelos dignos de ser imitados. El estudiante en Bs. As., ciudad nueva y activa, emancipada del viejo régimen desde principios del siglo innovador en que vivimos, debe ser única, y realmente lo que es, y nada más, una persona joven que depende de su familia o de sus tutores, que en horas determinadas asiste a clase a oír lección de sus maestros, sin que, por el vestido o los hábitos, establezca una diferencia social con el resto de la juventud de la población” (Piñeiro y Bideau, 1884: 189).

Buena parte de esta imagen puede ser apreciada en otros textos, también adjuntados a los *Anales de la UBA* y posterior *Revista de la UBA*. En los números posteriores a 1900 pueden apreciarse los discursos hechos por los académicos a los alumnos egresantes, constituyendo estos una “ventana histórica” para apreciar las representaciones de los estudiantes anhelados por el cuerpo médico, en este caso de los ex alumnos y flamantes doctores. El estudiante sublime y celoso de sus tareas, así como ajeno a las actividades de clubes y sociedades tan prolíficas en la Buenos Aires de la segunda mitad del siglo XIX, no fue precisamente un dato real como se podrá apreciar a lo largo de las siguientes páginas (Sabato, 1998: 54; 1999: 168; González Bernaldo, 2008: 274).

Último punto sobre el que se afianzó la autoridad del cuerpo médico por estos años: la autoridad sobre el “estado del arte” vale decir sobre los saberes científicos y médicos. Tampoco es este un dato ocioso de señalar desde el punto de vista de una historia social de la medicina. Acaso este sea el terreno en que más se vio cuestionada su autoridad, no solo durante los años 1870 sino que fue una crítica que atravesó el período como se podrá apreciar en el capítulo 2 y 3, donde se focalizará en las estrategias que se dio la Sociedad para cuestionar la autoridad científica del cuerpo médico y de la Academia. Precisamente porque se dedicarán dos capítulos a “escuchar” la voz de uno de los actores del conflicto, es tanto más importante señalar que la Academia tuvo su propia voz. En efecto, a pesar de ser cuestionada con dureza no es menos cierto que eran sus

miembros quienes terminaban elaborando los programas adoptados como las cátedras oficiales, así como los que decidían que materias se abrían y quienes integraban las ternas sobre las que decía el Poder Ejecutivo.

En rigor de verdad, no es difícil comprobar la existencia en la Academia de Medicina de un complejo programa de estudios para la universidad y, por otro lado, de una no menos compleja cosmovisión médica para la sociedad, independientemente de que ambos planes –o ideologías médicas si se prefiere–⁸ no fueron impuestos sin mayores conflictos y resistencias; más aún –y como se podrá apreciar en los capítulos 4 y 5– no siempre fueron impuestos (Leandri, 2000: 15).

Tales facetas del cuerpo docente, bien pueden ser re apreciadas en varias descripciones, por ejemplo las realizadas en los obituarios de algunos de sus miembros. El obituario es un tipo de texto por demás especial, para focalizar la atención sobre la cristalización de un honor social específico, una cultura o experiencia social de grupo, como la de ser miembro de la elite docente de la universidad de Buenos Aires, durante la segunda mitad del siglo XIX. Acaso se podrá decir de los obituarios que pecan de necesaria parcialidad sobre el “héroe” de su relato, más no es menos cierto que muchas veces son ricas en material empírico y más aún son fuentes de indicios que permiten valorar matices y tensiones, contradicciones e incluso omisiones de las propias biografías narradas.

En tal sentido, son de especial interés los obituarios de un grupo familiar de intensa presencia en las cátedras de la pequeña escuela rioplatense, como fueron los Montes de Oca (Leandri, 1999: 7). Los Montes de Oca constituyen una muestra local de un fenómeno reiterado en varias escuelas médicas e instituciones científicas, como es la construcción de redes familiares basadas en la adopción de la misma profesión por

⁸ A pesar del descrédito –no siempre fundamentado– que flota sobre el concepto de ideología en las ciencias sociales y humanísticas, en especial con posterioridad a la caída de los “socialismos reales”, trabajos recientes –provenientes de la historiografía médica española moderna– han rescatado las más que prolíficas relaciones analíticas entre la historia de la ciencia y la medicina con dicho concepto. (Bernabeu-Mestre, 2010: 18). Ciertamente no son los únicos; desde una historia de las ciencias médicas de impronta más filosófica (o conceptual) es necesario rescatar el trabajo clásico de George Canguilhem sobre las ideologías científicas y médicas de siglo XIX. (Canguilhem, 2005: 43).

algunos de sus miembros y, luego, la herencia de puestos y cargos en las instituciones referidas (Crosland: 1992; 179). A la muerte del patriarca médico del grupo familiar – Don Juan José– se editaron en la *RMQ* distintos obituarios que subrayan su papel de “apóstol y mártir” de la medicina local, de “obrero infatigable del progreso de las instituciones médicas” es decir, de maestro que tuvo que poner orden donde había “desquicio”, siendo respetado como “Padre Honorable”, “Ciudadano Probo”, al punto de haber hecho “Milicia de su vida sobre la tierra, y como días de jornalero sus días”; en pocas palabras fue rodeado de un aura de santidad profesional (Di Liscia, 2002: 280). Decía el escritor:

“No es el padre honorable de familia que sentimos, –acompañamos a sus deudos en su justo dolor. No es tampoco al ciudadano probo y laborioso que satisfizo sus deberes para con la patria; a estos, la patria misma pagará la deuda. No es al médico tampoco, cuando la humanidad se penetre y comprenda el sacrificio y abnegación que de su parte pone el discípulo de Hipócrates, cada honorable médico que muera, habiendo cumplido con su misión, tendrá sobre su tumba la ofrenda y el tributo con que premia a los que sirven y hacen bien, en cada médico verá la humanidad un sacerdote, un apóstol, un mártir. Es del maestro que sentimos la ausencia; es su muerte la que deploramos” (Anónimo, 1876: 434-435).

El Dr. Juan José Montes de Oca era de esos "jóvenes médicos" porteños que había llegado a su profesión, a su servicio cuasi sacerdotal en la medicina local, a inicios de la década de 1820, cuando los estudios conservaban una fuerte impronta de los cursos, estilos y reglamentos de la escuela fundada en 1801. Siendo aún alumno accedió a la cátedra que solo dejaría perseguido por la “tiranía” de Rosas, para luego volver a retomarla a su caída:

“Desde los primeros años de sus estudios médicos, el Dr. Montes de Oca dio pruebas incontestables de su bien dotada inteligencia, y estudiante todavía de cuarto año en 1826 fue encargado de la Cátedra de Anatomía que desempeñó a satisfacción de los demás profesores de aquella época; honor

que solo él ha merecido hasta ahora, debido exclusivamente a su contracción y trabajo. Poco después fue graduado de doctor y vistió para ese acto un traje especial exigido entonces, el cual era bordado de oro por manos que le eran queridas; él ha conservado 49 años ese traje que vistió en un día de júbilo y de esperanza, en que empezaba su carrera, y al fin de ella y de su existencia baja según su deseo con él al sepulcro, donde sufrirá las diversas transformaciones a que está sometida la materia a la par de esos órganos que encerraban una alma generosa e inteligente” (Albarellos, 1876: 440).

En este contexto, la “luz del sol de Caseros y del 11 de Setiembre” marcó su vida. Según el cronista le tocó organizar el “desorden” y el caos que eran los estudios médicos locales, luego de la “larga y tenebrosa noche” del rosismo. Para otros comentaristas de su obituario: “La escuela de medicina de Buenos Aires debe grandes servicios al Dr. Montes de Oca. Catedrático desde los primeros días de su carrera médica, fue destituido de su puesto por el tirano. A la caída de la tiranía, la Escuela de Medicina se hallaba desquiciada, como todos los establecimientos de educación. El Dr. Montes de Oca le consagró sus afanes, y no fueron inútiles, pues bien pronto se regularizaron y extendieron los estudios médicos, siendo entre ellos notables los que correspondían a la asignatura que se confió al Dr. Montes de Oca. Catedrático de Clínica Quirúrgica y 1er vicepresidente de la Facultad de Medicina creada en octubre de 1852, desempeñó este puesto hasta 1862 en que fue electo presidente, en el cual, sin abandonar su Cátedra, veló por el engrandecimiento de la Facultad, siendo indudablemente el más laborioso de todos sus miembros. El Dr. Montes de Oca ha guiado la mano armada por primera vez de la cuchilla salvadora, a García Wich, Larrosa, Gallardo, Leyba, Mallo, García Fernández, Gutiérrez, Segura, Wilde, Pinto, Pirovano, Gil y tantos otros jóvenes compañeros de estos que son y han sido honra de nuestra escuela médica, y todos han tenido siempre palabras de gratitud para su maestro” (Anónimo, 1876: 437).

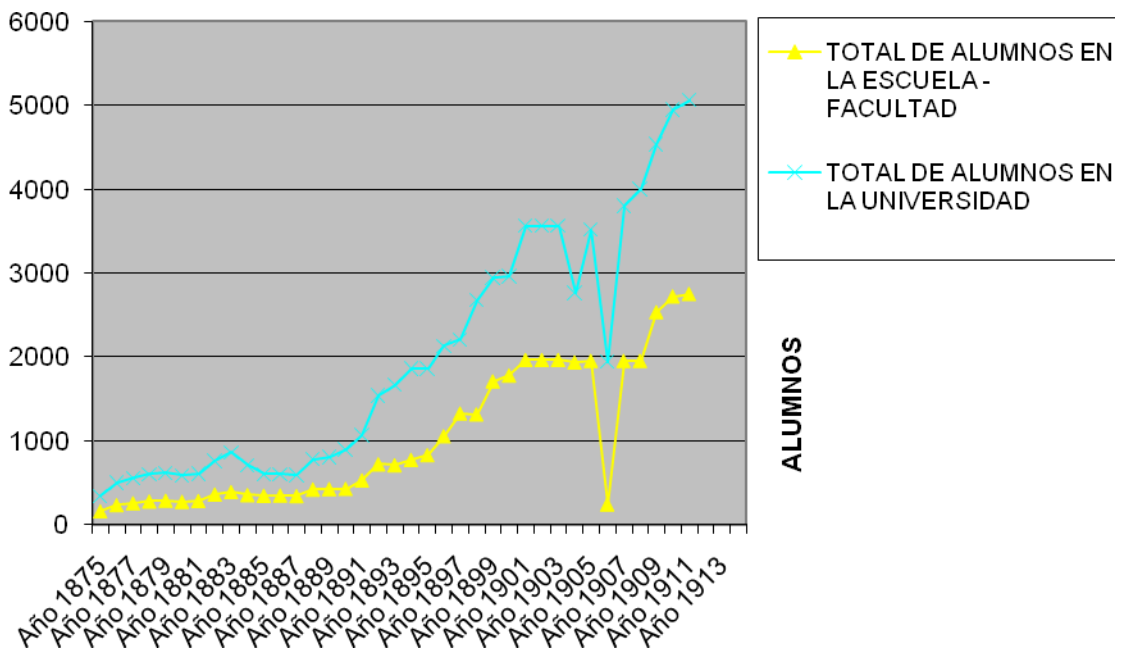
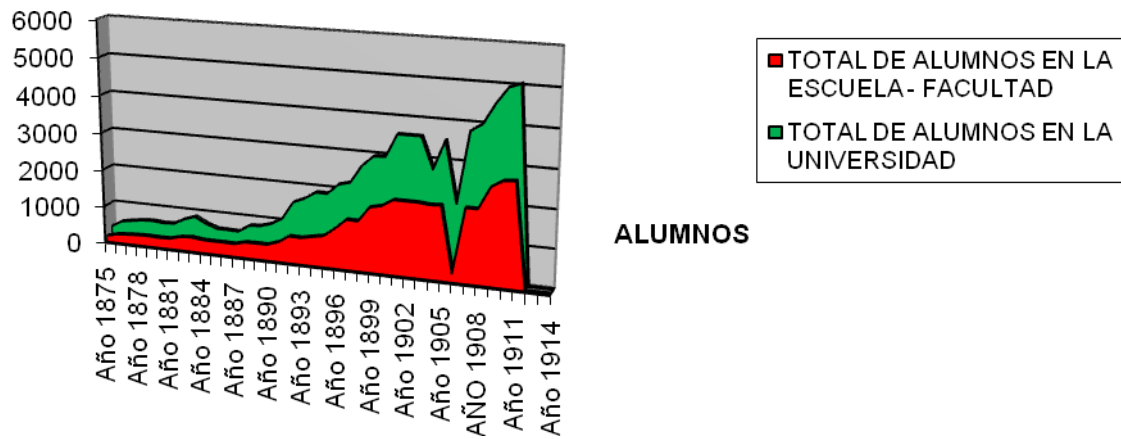
Acaso sea al filo de esa “cuchilla” que enseñó a armar don Juan José, por donde comenzó a construirse una de las diferencias fundamentales con la generación de

médicos que el armó. Muchos de sus alumnos de inicios de 1870 –como, por ejemplo, “El Licenciado Cabra”– son los que fundaron –y vivieron– los primeros lustros del CMA. Estos últimos también fueron quienes formaron su mano como cirujanos – quienes aprendieron a leer el libro palpitante– bajo la dirección de Ignacio Pirovano, joven médico y cirujano aún convocado en reiteradas ocasiones por don Juan José, por ejemplo para servir en la barraca médica de las porteñas tropas afectadas a la guerra del Paraguay (De Marco, 2009: 197; Souza, 2010: 5). Pirovano será titulado por tales alumnos “Cirujano Maestro” de la ciudad de Bs. As. Hasta su fallecimiento en 1895 pregonó la cirugía listeriana –o “cirugía acuática” según la feliz expresión de Daniel Cranwell– y fue uno de los cirujanos de la escuela quien mas batalló –junto a una importante cantidad de miembros del CMA– por la renovación de aquellas “cuchillas” que en manos de Don Juan José remitían a un estado de los estudios anatómicos y quirúrgicos en la ciudad todavía influenciado por la universidades y cátedras hispanas como la de la Universidad de San Marcos de Lima o también la escuela Médica de Cádiz. No menos cierto es que también remitía a un estilo de cirugía conocido como “cirugía amputatoria” fuertemente criticado por varios miembros de las primeras comisiones directivas del CMA (Cranwell, 1933: 33; Souza y Hurtado, 2010).

Estos datos subrayados en la biografía de un personaje luego tan criticado por los estudiantes –como el clan médico Montes de Oca– serán retomados por los propios estudiantes, a la hora de cristalizar una identidad política y estudiantil. Como se podrá apreciar en el capítulo siguiente, pocos meses antes del fallecimiento de don Juan José Montes de Oca, un grupo de estudiantes de medicina fundaron el CMA, y fueron los encargados de llevar adelante un poderoso movimiento de cuestionamiento y reinterpretación de las tradiciones médicas locales. Fueron convencidos adherentes a la causa de la “Luz de Caseros” al igual que lo había sido don Juan José Montes de Oca y sus compañeros de docencia. Sin embargo cuestionaron en profundidad el perfil de medicina por ellos inculcado; con especial énfasis señalaron la ausencia de un compromiso mayor por parte del cuerpo docente a la hora de inscribir en la ciudad un programa experimental, acorde a lo que ocurría desde hacía al menos siete décadas en otras regiones de la república de las ciencias, por caso las escuelas médicas europeas.

1.2.2. Los estudiantes en la escuela médica de Buenos Aires: “Verdadera pasión por la Reforma Universitaria”

GRÁFICO II - ALUMNOS DE LA UNIVESIDAD Y ESCUELA MÉDICA (1875 - 1911).⁹



⁹ Fuente: elaboración propia en base a (Basavilvaso, 1902: 4-5).

En su autobiografía el médico socialista Enrique Dickman describió a los estudiantes universitarios –y en especial a los de la escuela médica local– de la siguiente manera:

“Mis estudios de medicina los hice regularmente, año por año en los siete años reglamentarios. Por la seriedad y la importancia de los mismos no he querido ganar tiempo, como lo hice con los estudios del Colegio Nacional, que los realicé en dos años, los que normalmente se hacen en seis. El doctor Juan B. Justo, quien era ya mi amigo, compañero y maestro –verdadero maestro intelectual– me dijo que si yo quería tener alguna influencia socialista entre los estudiantes, y también entre los profesores, debería empezar por ser buen alumno. Obedecí la consigna y en los exámenes de las cinco materias del primer año de medicina obtuve la más alta calificación de diez puntos en cada materia. Fui desde el primer año, el primer alumno de mi curso. Y lo fui hasta el último año. ¡Así mantuve una supremacía intelectual sobre el estudiantado turbulento y alegre de aquel tiempo: ¡Y de todos los tiempos! También tuve, a pesar de mi socialismo militante, una consideración respetuosa del profesorado” (Dickman, 1938: 58).

Dickman no es el único ex estudiante en subrayar el carácter “turbulento” de los alumnos durante sus años de asistencia a “aulas”. También será descrito como “nervioso”, “alegre” e impregnado de “vigor juvenil”, tópicos que además de estar asociados a una identidad masculina casi en exclusividad, también buscaron subrayar su capacidad de movimiento y acción frente a un grupo social –el personal docente y sus instituciones– representado buena parte de las veces por los sinónimos opuestos, vale decir, por la inacción y la languidez. Por su parte, como se pudo apreciar al hablar del cuerpo docente, la actitud de rebeldía y la capacidad de amotinamiento estudiantil, era reconocida por aquellos con frecuencia, incluso para desdeñarla o tratar de controlarla. De hecho, como se podrá ver poco más adelante, los estudiantes fueron tildados –en algunas revistas de la UBA– como aquellos que poseían una “verdadera obsesión por la Reforma Universitaria”. En efecto, Ufemio Uballes señaló en 1908 en su informe al Ministro de Educación, Justicia y Culto:

“El movimiento de los estudiantes y aún de algunos empleados de la Facultad de Ciencias Médicas tomó después otras proyecciones alentado por la acción de la prensa diaria y de las discusiones públicas no siempre bien inspiradas que complicaron el asunto y caldearon la opinión. En un momento dado, lo que en su principio fue un caso de indisciplina convirtiéndose en una revolución, en la que había diversas fuerzas morales comprometidas y otras tantas aspiraciones que no supieron o no pudieron encauzarse en un rumbo definido pero que amenazaron desquiciarlo todo, llegando a ser una verdadera obsesión la llamada **Reforma Universitaria**. Desde el proyecto demoleedor para hacer tabla rasa y comenzar nuevamente por el principio, como si nada significara la tradición y la experiencia, hasta las proposiciones más modestas de tocar tal o cual artículo de la ley universitaria, sindicado como una traba para el buen desarrollo de los estudios superiores, todo fue pasado en revista por los agitadores de la reforma, sin que se pudiera encontrar, entre tan diversas opiniones, un pensamiento que imparcialmente juzgado, revelara un progreso efectivo para la enseñanza superior” (Uballes; 1908: 329; negrita en el original).¹⁰

En este tipo de párrafos elevados al ministro no solo hay el detalle de un suceso administrativo cotidiano, redactado por el nuevo rector de la universidad. También hay un reconocimiento explícito de rasgos de estructura en materia de historia de las ciencias médicas locales, como es el armado de una experiencia social estudiantil y, luego, el conflicto con “las experiencias” propias del cuerpo docente, defendidas y rescatadas en el informe de Ufemio Uballes y asociadas a la vigencia de la ley Avellaneda. Quedaba claro que los “agitadores de la reforma” –los estudiantes– habían cuestionado las experiencias y “tradiciones existentes”, y que habían provocado la revisión de la ley Avellaneda, así como también quedaba claro que un activo socio

¹⁰ Las referencias al carácter “turbulento” y “alegre” de los estudiantes son usadas casi siempre como sinónimo de su juventud. Dicha alegría posee matices, se encontrará un sentido de la alegría estudiantil propia de los alumnos y, luego, un concepto algo más universal, que a diferencia del primero es compartido por el resto de la población. Bajo el primer sentido, encontraremos a los estudiantes practicando bromas claramente liminales, bromas formativas del espíritu estudiantil y médico compartidas, solo por estudiantes y, a veces ni siquiera todos, tales como arrojar bombas de agua en las guardias de los hospitales u otras de mayor conflictividad, tales como arrojar partes de cuerpos. En el segundo sentido de la alegría de “estudiantina” pueden encontrarse la participación en las comparsas de carnaval (Burucua, 1989: 230).

fundador de los primeros años de vida del CMA llegaba al rectorado de la casa de estudios. El ahora adulto y preclaro don Eufemio Uballes, había pertenecido a la institución que agitó –en forma decidida y vehemente como se podrá apreciar en los capítulos 2 y 3– las banderas de la “reforma universitaria” y de los “estudios libres”.

Ahora bien, las experiencias sociales han sido descritas como el resultado de un conflicto entre “ser social” y “conciencia social” (Thompson, 1978: 34). En tal sentido, cabe preguntarse ¿Quiénes eran esos estudiantes de medicina que dieron forma a dicha experiencia estudiantil durante las cuatro décadas aquí trabajadas? ¿Qué huellas quedan de su “ser social”? No es ocioso arrancar con estas preguntas.

Tal actor no es un dato homogéneo o susceptible de una definición unívoca y acabada. Y ello es así porque se pueden apreciar durante estos años realidades altamente dinámicas tanto en términos cuantitativos, como en términos cualitativos. En efecto, relatos e imágenes de la vida en la escuela y la universidad permiten registrar la puesta en práctica de un conjunto no menor de rituales, tópicos e imaginarios que muestran a los estudiantes como un actor atravesado de conflictos e identidades contrapuestas (Burucúa, 1989: 140; Cranwell, 1945: 97). Así pues sin desconocer la imposibilidad de contestarla en términos absolutos, se intentará identificar aspectos –a nuestro juicio significativos– de la composición social de dicho grupo, de su trama. Es importante centrar la atención en los estudiantes para lograr una mejor aproximación al estudio del CMA como organización *concreta* y *particular* de la que se hablará en el capítulo siguiente. Esta consideración busca evitar dos posibles problemas metodológicos. Primero, se sostendrá que no comprender el papel de importancia que poseen los estudiantes y sus conflictos como contexto necesario y al mismo tiempo autónomo de la experiencia institucional del CMA, puede inducir a resaltar en forma unilateral los atributos singulares e individuales de su experiencia. De esta manera, se corre el riesgo de perder el vínculo orgánico que tal institución poseía con su época, caracterizada por un importante cuestionamiento de los alumnos a la estructura de la Facultad. Así mismo puede inducir una estrategia empirista de aproximación a la institución estudiada sin jerarquizar problemas y preguntas. En segundo lugar, la presentación de algunas características genéricas del claustro alumno como contexto del surgimiento del CMA,

busca salvar a todos los actores pero en especial a los estudiantes, de una imagen conformada en su presente inmediato. Nos referimos a la propia idea del claustro alumno como actor de segundo orden en la vida universitaria, en especial, en el proceso de renovación del estado de la medicina de su época. Como se podrá apreciar a continuación, dicha imagen ha trascendido sin mayores cuestionamientos en algunas historias de la universidad así como de la facultad escritas en el propio período, como la ya mencionada *Historia de la UBA* escrita por Piñeiro y Bideau, así como la *Historia de la Medicina en el Río de la Plata* de Eliseo Cantón (Piñeiro y Bideau, 1884; Cantón, 1925).

En términos cuantitativos, el alumnado que "asiste a aulas" es un grupo que crece en forma geométrica entre 1875 y 1914, como permite apreciar el gráfico 2. Como ha sostenido Leandri, pueden apreciarse indicios de crecimiento en la matrícula de alumnos hacia fines de la década de 1860 y principios de la siguiente; tendencia acentuada durante el resto del período aquí trabajado (Leandri, 2000: 114). Por ello se podrá afirmar que los estudiantes del doctorado –matriculados en la carrera de medicina– conformaron un grupo no menor dentro del claustro estudiantil de la universidad y, luego fueron el grupo mayoritario de la escuela médica durante todo el periodo señalado. Ciertamente estos mismos datos permiten re apreciar el problema de la conflictividad estudiantil desde otro ángulo. El crecimiento exponencial de la matrícula –sin ser una causa unívoca– se transforma en un dato relevante para explicar la conflictividad entre claustros tanto en la escuela médica como en la universidad. También permite comprender –bajo similares resguardos epistemológicos– el papel de los estudiantes de medicina en la institucionalización de un “gremio estudiantil” y, por ende, de un sujeto político en la escuela, además de su trayectoria científica, abordada en los capítulos 3 y 4. Tales datos –que bien podrían ser inferencias solo basadas en una aplicación (rígida o unilateral) de conceptos y miradas– son al mismo tiempo conceptos presentes en boca de las autoridades de la universidad. Nuevamente es Ufemio Uballes quien hace una descarnada descripción de las crisis de las “universidades modernas”, que afecta también a la de Buenos Aires; a ello se suma su constante estado de desfinanciamiento y, como corolario, su escasez de espacios para contener a los alumnos. En tales contextos, es esperable que surja el espíritu de sedición y el cuestionamiento hacia el claustro docente (Uballes, 1908: 329). A tales aspectos no

tardaran en sumarse otros como se podrá ver más adelante.

Como se puede apreciar en el gráfico 2 en 1875 las listas de alumnos que rinden el “examen anual” –vale decir, el examen obligatorio de diciembre para todos los alumnos matriculados– arrojan la cifra de 145 estudiantes en la carrera de medicina y 165 en toda la escuela. Este último número contempla no solo los 145 estudiantes mencionados, sino también a los estudiantes de Farmacia, a las alumnas de la carrera de Obstetricia y, a partir de la década de 1880 a los estudiantes de Odontología (Uballes, 1908: 274; Uballes, 1910: 205). Por su parte, si se focaliza la atención en 1882 –primer año para el que poseemos datos oficiales sobre la cantidad total de alumnos de la escuela y la universidad– se podrá apreciar que el total de alumnos de la Facultad es de 365 alumnos, de ellos 260 son alumnos matriculados al doctorado de medicina; por su parte el total de la matrícula universitaria es de 761 alumnos. Si se realiza el mismo ejercicio para el último año con datos completos sobre la matrícula universitaria –1902– puede apreciarse que hay cambios no menores en los datos netos y en las proporciones establecidas entre los mismos. El número de alumnos matriculados en la universidad es de 3562; el número de alumnos y alumnas de la facultad de medicina es de 1964 (el 55 % del total) y los alumnos del doctorado en medicina es de 1571 (vale decir, poco más del 44 % del total) (Uballes, 1904: 4). Bajo similar división, el año centenario muestra una cantidad de alumnos inscritos en el doctorado de medicina de 2248 y, al mismo tiempo, un total de alumnos de la Facultad de 3720 (Uballes, 1910: 206).

Estos datos no son ociosos para una historia social de los distintos sectores que componen la profesión médica; tampoco lo son para una historia social de las representaciones y cosmovisiones existentes en el medio profesional por estos años. El crecimiento de la matrícula y el estado latente de indisciplina que esto puede acarrear se transformó en uno de los argumentos centrales con que las autoridades de la escuela médica reclamaron al Poder Ejecutivo nacional (y municipal) distintos tipos de ayuda, desde aumento de presupuestos a construcción o sesión de nuevos espacios con el fin de dictar cátedras. Por su parte, las malas condiciones –edilicias, pedagógicas y científicas– en que se desenvolvía la actividad cotidiana de la escuela, fue uno de los principales tópicos de agremiación y movilización política agitados por el CMA, al menos durante sus años con mayor representatividad en el “personal alumno”, según la expresión

utilizada en las fuentes. Al mismo tiempo estos datos arrojan otros indicios de importancia no menor; aquel porcentaje de alumnos que aportaba la Facultad de Medicina durante la primer década del siglo XX –fluctuante entre el 40 y el 50 % de la matrícula– se traducía en similar presencia de la facultad en el tesoro de la universidad. En pocas palabras, como se podrá apreciar más adelante, los estudiantes de la escuela médica fueron el principal ingreso de la propia escuela y de la universidad durante el periodo estudiado.

Aquellos datos permiten inscribir –en términos sociológicos e históricos– a este grupo entre los sectores más opulentos de la ciudad, aunque es conocida –ya desde fines de siglo XIX– la apertura a estudiantes provenientes a sectores medios. Ambos grupos cuentan entre los que están en condiciones de sostener una educación universitaria, actividad fuertemente mercantilizada, como se verá más adelante. Hay relatos biográficos que permiten reconstruir trayectorias de estudiantes provenientes de sectores medios, como es el caso de Enrique Dickman. En tal relato se puede apreciar un dato de estructura de gran interés: una posible distinción estaría dada por los estudiantes que tienen que trabajar para solventar sus estudios y aquellos que por distintas razones no tienen que hacerlo. Ciertamente no es un criterio sujeto a matices y excepciones, tales como los estudiantes de familias patricias que trabajan o estudiantes de sectores medios y bajos que son becados y no tienen que trabajar fuera del mundo de sus estudios. Aún así, el trabajo para el sostén cotidiano no deja de ser un criterio de interés en clave de una mirada histórica sobre la vida de los estudiantes de la época.

Varias imágenes sobre la vida de los estudiantes de medicina por aquellos años ilustran tanto su inscripción en la vida de la ciudad, como las diferencias al interior del grupo en especial sus diferencias de fortuna, culturas profesionales e ideologías políticas. No menos evidentes en tales imágenes son sus prácticas de sociabilidad y la cristalización de una experiencia social en conflicto –de distinto grado y magnitud– con las autoridades de la casa de estudios, y más en general, con las instituciones que los formaban, tales como hospitales, la universidad, las bibliotecas, los laboratorios, los cementerios, los anfiteatros. También los retratan en espacios públicos como cafés, plazas, el delta en los meses de verano, y también en cementerios. Tales facetas son bien nítidas en dos relatos: la historia titulada *Ralph Herne*, escrita por W. H. Hudson en

1888, y la novela escrita por el socio del CMA, el Dr. Manuel Podestá diez años después. Ciertamente no son los únicos –la cantidad de relatos sobre el grupo es importante– si acaso de los textos más explícitos con su vida social y científica. El primero se focaliza en la vida de estudiantes recién graduados y jóvenes médicos en busca de su inscripción profesional. El segundo se focaliza en la vida de “estudiantina” propia de los primeros años de la carrera, retratando el interior de la escuela y en especial algunos espacios como aulas, pasillos y patios de la escuela, así como también bibliotecas y anfiteatros.

W. H. Hudson retrató rasgos axiales de la escena de los “jóvenes médicos” de la escuela tanto estudiantes como graduados a inicios de 1870. El “héroe” de su relato es el joven médico migrado desde Londres Ralph Herne; su llegada a Buenos Aires tiene mucho de aventura profesional y búsqueda denodada de una posición acomodada. Su único capital era intelectual, a saber, su título de médico extranjero. (Hudson, 2006 [1888]: 21). Dicho título no será aceptado por las autoridades del cuerpo médico local, retratando una escena tensa y al mismo tiempo clásica en las fuentes como fue el examen riguroso por las revalidas profesionales. (Hudson, 2006 [1888]: 44). Luego, se inicia un camino de penumbras y de sombras para el joven Ralph, que luego de vagar descorazonado por la ciudad, se reivindica como profesional de la medicina en los aciagos días de febrero y marzo de 1871, en pleno estallido de la mortal fiebre amarilla. Esa es su revancha contra las “maliciosas” autoridades médicas locales, muchas de las cuales han huido de la ciudad y han dejado a la población sin ayuda médica y sanitaria convincente. (Hudson, 2006 [1888]: 71).

En dicho relato, pueden encontrarse –a modo de rasgo contextual– algunas de las divisorias de estatus presentes tanto en los estudiantes como en los médicos recién graduados, mencionados también en otras fuentes. Por ejemplo el contraste entre los médicos mas opulentos y los menos afortunados como el protagonista del cuento; los primeros usaban galeras y, en general ropas consideradas onerosas, así como también tenían una vida con sociabilidad propia de familias patricias, tales como veranear en las casas quintas del Delta, donde no se excluía la práctica de remo. (Hudson, 2006 [1888]: 29).

Por su parte, el Doctor Manuel Podestá –estudiante de la escuela médica local durante los años 1870– escribió en 1898 una novela cuyos primeros capítulos presenta la vida cotidiana del estudiante universitario; su título –por demás sugerente– es *Irresponsables* y en ella presenta aspectos tanto de la actividad formativa como de la sociabilidad estudiantil. En el primer capítulo –titulado “Saque usted otra bolilla”– se presenta la puerta de la universidad como un “hormiguero” donde se registraba un “entrar y salir incesante de alumnos” (Podestá, 1898: 77). En ella “se inventaban travesuras de todo género, y por último, se buscaba siempre una víctima en el transeúnte distraído que acertaba a caer en desgracia ante la mirada fiscalizadora de los que hacían guardia de la puerta para molestar al prójimo” (Podestá, 1898: 78). A fines de demarcar una identidad estudiantil, quizá sean de mayor interés los resultados de las “travesuras”. Afirma Podestá que “Si la víctima se resignaba a los motes impertinentes, a las zancadillas o los proyectiles que se le arrojaban con honda de goma, santo y bueno, todo concluía bien; cuando mucho algunos aplausos y una silbatina; pero, si el elegido era altanero y quería vengar el ultraje, la rechifla tomaba proporciones muy serias, y el desgraciado que osaba indignarse se veía envuelto en el enjambre de muchachos que se lo repartían como cosa propia para hacerle arrepentirse de su cólera temeraria” (Podestá, 1898: 78).

Por fuera de las imágenes literarias, varias afirmaciones de ex alumnos –que hicieron sus estudios en los años trabajados– señalaron un panorama similar. En las décadas trabajadas proliferaron relatos biográficos donde se muestran a los estudiantes sosteniendo una identidad bajo prácticas a veces algo más amistosas, como la puesta en marcha de comparsas estudiantiles para los festejos de carnaval. Otras veces bajo idéntico signo de bromas jocosas y pesadas, descargadas sobre los miembros de la población. En tal sentido, se deberán traer a colación los recuerdos de los ex practicantes del antiguo Hospital de Clínicas. En efecto, durante la primera década del pasado siglo XX los estudiantes avanzados de la escuela que oficiaban de practicantes internos del Hospital de Clínicas, aun seguían a pie juntillas la práctica de arrojar proyectiles –bombas de agua– a los “*distraídos transeúntes*” que frecuentaban las inmediaciones del hospital, a veces con “animo curioso” hacia su vida interna:

“Otro uso que se daba a esta práctica tenía por finalidad ahuyentar a algunos visitantes que nos resultaban pesados por su conducta, la mayor parte de las

veces abusiva, y esto ocurría sobre todo cuando estas personas venían al pabellón con trajes claros, a veces blancos, como sucedía en el verano. Algunos respondían a las bromas en forma muy risueña, otros planeaban de inmediato la venganza, un tercer grupo protestaba enérgicamente y unos pocos entendían el valor indirecto de una agresión directa y modificaban su conducta y la frecuencia de sus visitas” (Podestá, 1898: 78).

Ciertamente este tipo de “*prácticas*” causó conflictos no menores, como el ocurrido en 1913; en dicho año la Sociedad de Beneficencia cuestionó con dureza el servicio de practicantes internos en sus hospitales, debido a “bromas” que implicaban proyectiles ya no de agua sino compuestos de restos de cadáveres arrojados entre los estudiantes y denunciados por los transeúntes (Rojas, 1913: 35).

Gregorio Aráoz Alfaro describió con ironía las distancias sociales entre estudiantes opulentos –los estudiantes de abogacía– y los estudiantes de “modestos recursos” como eran los estudiantes de medicina (Aráoz Alfaro, 1925: 60). Estos últimos serán señalados en el capítulo 2, como socios “morosos” –por las tesorerías de la sociedad– o en términos más generales (y amistosos) los compañeros “en desgracia” que la sociedad debía cobijar. Decía Aráoz Alfaro en 1925:

“El prestigio de tales profesores y el de la enseñanza que allí se dictaba y que siendo enteramente teórica podía ser dada muy bien en dicha Escuela, explican que la mayor parte de los jóvenes inteligentes y que creían tener un poco de la pasta de los políticos y futuros hombres de Estado, acudieron a inscribirse en esa Facultad. Por otra parte, los estudiantes de derecho, generalmente pertenecientes a familias adineradas, con bastante más tiempo libre que los de medicina e ingeniería y comúnmente con más dinero en el bolsillo, eran los grandes conquistadores en los principales sitios de cita para gente elegante, y en particular en la calle Florida, que recorrían diariamente antes de entrar y a la salida de las clases” (Aráoz Alfaro, 1925: 60).

Por su parte un número importante de relatos biográficos hablan de una práctica dual en

materia de empleo temprano con el fin de lograr un sostén económico. Algunos alumnos –como el joven Ignacio Pirovano hacia fines de la década de 1860– realizaron estudios de farmacia para poder emplearse en farmacias y boticas a veces particulares – como el Cónдор de Oro– o en las modestas farmacias de los hospitales de la ciudad. Otras veces se los presenta tomando parte en actividades formativas, como por ejemplo pertenecer al cuerpo médico designado para alguna emergencia sanitaria, o también destinado a algún conflicto armado. En estrecha relación, al momento de la graduación se recorta con nitidez, en quienes deseaban ejercer su profesión, el “establecimiento de consultorio” como permite ilustrarlo los relatos de Enrique Dickman. Tal acto implicaba el intento por comenzar el ejercicio lucrativo de la profesión, como lo estipulaban un número importante de reglamentos desde fines de la década de 1850. Ciertamente esta opción no excluía aspiraciones a obtener un empleo en la vida política, antes bien estaban relacionados en forma estrecha. Medicina y actividad pública –y actividad institucional en particular– fueron sentidos imbricados al menos desde los modelos e imágenes profesionales florecientes desde el siglo XVI y XVII, como lo ha señalado una larga tradición en este tipo de estudios (Gelfand, 1993: 1135; Fox, 1993: 1207).

En términos jurídicos y políticos estamos ante un grupo que al inicio del período estudiado está excluido formalmente de las decisiones que atañen a la vida de la escuela. Por ello desarrollará estrategias en otros ámbitos de la vida política local, como se podrá apreciar en el capítulo 3, y con otras estrategias –como se apreciará en el capítulo 2 y 3– para lograr concretar un espacio de agremiación en la escuela. Como resultado del uso de aquellos ámbitos y estrategias, se apreciará que hacia finales del período trabajado –años previos a la reforma universitaria de 1917– logró institucionalizar una práctica de cogobierno o gobierno dialogado entre personales de la escuela, en especial luego de las movilizaciones de 1904 y 1906, señaladas anteriormente como “revolucionarias” por el rector de la universidad desde 1906, don Ufemio Uballes (Uballes, 1908: 328). De hecho tal contexto forma un conjunto de indicios históricos que no puede ser desdeñado a la hora de pensar la institución bajo la hipótesis de haber ocupado un lugar relevante en las ciencias médicas locales y ganarse el mote de partido de “hombres de la cultura” señalado en la introducción. Así pues, aquí solo se mencionará el papel esperado para los estudiantes en la vida de la escuela hacia mediados de la década de 1870, momento de inicio de un crecimiento de la

matricula de alumnos y al mismo tiempo, de exclusión de la vida política formal de la escuela y la universidad.

La “juventud estudiosa” de la escuela dio muestra de desarrollar una intensa vida cultural y asociativa. Esta vida no estuvo dissociada de la cultura del “club” existente en la ciudad pero al mismo tiempo es algo más que ella, como permiten apreciarlo las memorias de ex alumnos de la escuela. En efecto, puede distinguirse con nitidez a un actor –el estudiante universitario– produciendo representaciones complejas en el marco de sus relaciones con otros actores propios de la escuela y la universidad, como es el caso del claustro docente. En tanto que estos grupos tan desparejos como el personal alumno y el personal docente estaban lastrados por intereses materiales y simbólicos potencialmente contrapuestos, las representaciones estudiantiles permitieron dar vida a una identidad común, a través de la cual se asumió tanto la posición propia como las ajenas en dichos espacios. Tales representaciones y experiencias son complejas porque sin ser un dato acabado pueden encontrarse algunos tópicos comunes, durante las cuatro décadas implicadas en el trabajo; al mismo tiempo son complejas porque sin ser pura transformación y dinámica, se pueden apreciar en los ejemplos muestras de la profunda maleabilidad que dichas representaciones tenían.

Dato no menor a rescatar “puertas adentro” de la escuela es la condición de género que esta juventud estudiosa poseyó tanto en sus prácticas como en sus representaciones. Se ven escritos en forma plena en el orden patriarcal, son sus sucesores y por ello críticos mordaces del orden al que aspiran a suceder o heredar, como se podrá apreciar en los capítulos 2 y 3.

En efecto, el imaginario estudiantil floreciente durante este período estuvo atravesado de imágenes masculinas, a pesar de existir ingreso femenino a los estudios de medicina desde fines de 1880, además de una carrera –la carrera de parto y obstetricia– reservada desde sus inicios al “personal femenino”. Se recordará que el problema de un estudio de género dentro de la escuela médica y, en especial, en la división social del trabajo en materia de saberes es un problema pendiente, que no ha gozado de la atención brindada a otros temas. En tal sentido, es de utilidad el concepto de patriarcado en historia de la ciencia presentado por J. J. Christie, quien señaló al mundo de la ciencia de los siglos

XVII al XIX como “una relación social que tendió a excluir a las mujeres”. La autora dejaba en claro con aquella afirmación (y luego con los trabajos en historiografía de la ciencia feminista) que puede apreciarse una lenta apertura del mundo de las ciencias a la presencia de mujeres en las profesiones del saber desde los años de la revolución científica y, en especial, durante el siglo XIX (Christie, 1996: 101; Kordesch, 1993: 900; Sanchez Ron, 1998: 261).¹¹ La escuela médica de Buenos Aires no fue una excepción.

Un elemento de importancia en la escena estudiantil –tanto en los trabajos literarios como en relatos biográficos– es la presencia del personal docente como actor contrapuesto al personal alumno, en la vida cotidiana de la escuela. Abundan imágenes al respecto en las fuentes. De hecho en términos científicos y médicos sucede algo similar al problema político señalado con anterioridad; buena parte de los capítulos III y IV se focalizará sobre el CMA como sociedad científica, además de su faceta gremial. Pues acaso este sea uno de los datos de mayor relevancia, desde un cuestionario empírico y teórico interesado por la historia de la ciencia. En especial su “auto-identificación” como sociedad de las ciencias médicas especializada, título al que se agrego luego de su llegada a la casa de corrientes al 2038, el de “decana en la materia”, el de espacio “referencial” y de “autoridad científica”. Por ello es importante subrayar la existencia de una práctica u estrategia informal de negociación del “estado del arte”, por fuera de las decisiones oficiales del cuerpo docente de la escuela médica o lo que es sinónimo “la academia”.

1.2.3. Los graduados en la escuela médica de Buenos Aires: Los “merodeadores de la política”

Los graduados son un grupo inevitablemente más complejo de estudiar que los anteriores en especial por la ausencia de fuentes; entre las que cuentan escritos sueltos sobre cuestiones universitarias y médicas, como algunos textos del fundador del CMA y docente de la escuela al cambio de siglo, como fue Gregorio Aráoz Alfaro, entre los que se destacarán sus textos sobre “El CMA y los estudiantes”; también aparecerán las listas de datos invocadas en los actores anteriores (Aráoz Alfaro, 1925: 4). En efecto, una

¹¹ Mención aparte –como problema historiográfico y como área de estudios– merece el papel de las mujeres en la práctica de la ciencia y la medicina en el mundo antiguo y altomedieval (Lindberg, 1998: 24; Geyer-Kordesch, 1993: 888; Schiebinger, 2004: 20).

parte de dichas rendiciones comienzan a ser las listas de egresados de las distintas facultades en donde a primera vista la cantidad de graduados ya es visible e importante. Ello daba elementos a las afirmaciones despectivas hacia el grupo, realizadas en distintos momentos del período aquí trabajado. El joven Samuel de Madrid –en una afirmación que sin duda lo incluía, al menos por el hecho de ser ya “Dr.”– los mencionaría como “*Merodeadores de la Política*”; como ya se ha podido apreciar Carlos Tejedor ponía reparos sobre la utilidad social de abogados sin pleitos y “médicos sin consultorio” (De Madrid, 1900: 214).

La figura del graduado de la escuela médica está en estrecha relación al personal alumno durante las dos primeras décadas estudiadas, para luego aparecer como una figura con intereses y experiencias propias y nítidas. El divorcio entre sus intereses y los del personal alumno se tornaban nítidos; se retiraban de la vida de estudiantina, “abrían consultorios”, y dentro de la escuela médica, eran quienes aspiraban a ocupar puestos de catedráticos –sea en la planta docente oficial o como docente sustituto– y a percibir dinero pagado por los estudiantes. Había un claro cambio de posiciones a nivel de la materialidad de las relaciones sociales; en efecto, en el marco de una relación patriarcal y mercantilizada del saber, se dejaba de pagar por el saber para pasar (al menos en términos potenciales) a cobrar por el saber a prestar. Quien dejó explicitado este cambio fue el Dr. Gregorio Aráoz Alfaro en 1899, en una de sus tantas defensas de lo que en el capítulo 4, se analizará como las “cátedras libres”; viejo proyecto de la Asociación Médica Bonaerense y desde mediados de 1870 sostenido con fervor por las distintas plumas referenciales del Círculo. Sobre la obligatoriedad de la duración de los cursos dictados por los docentes sustitutos, señaló lo siguiente:

“Otra observación. Exigir cursos de seis meses y sesenta clases lo menos a suplentes y libres, es demasiado pedir a quien no percibe emolumento alguno, y que tendrá que descuidar mucho sus tareas profesionales sin obtener, durante muchos años al menos, beneficio pecuniario de sus alumnos (Entendemos que quien pueda hacerse pagar tendrá el derecho de hacerlo, como es natural)” (Aráoz Alfaro, 1899: 300).

Los graduados serán un grupo en crecimiento tanto en el Círculo como en la Universidad. En comparación los estudiantes y al cuerpo docente oficial es un “personal” de reconocimiento oficial más tardía aunque sin duda, con presencia nítida durante los años 1890 en adelante, como se podrá apreciar en el capítulo siguiente. Con la llegada del nuevo siglo, se los verá en una prolífica gama de cargos que van desde los puestos en salas del Hospital de Clínicas, a las diversas formas de ayudantía en los cuatro laboratorios de la universidad. Por su parte, en el CMA se verá en el capítulo 4 el papel central de los primeros graduados de la sociedad en armar y dirigir las actividades centrales de lo que se podría denominar su versión del programa experimental. Los graduados serán un grupo referencial en la vida de la sociedad desde 1890 hasta 1907, fecha en que termina su vida política dentro de la sociedad, como se podrá apreciar en el capítulo siguiente

En términos culturales se puede apreciar la graduación como un verdadero rito liminal, reconocido en algunas fuentes. Se dejaba de pertenecer a la experiencia estudiantil, para pasar a ser un grupo distinto dentro de la vida médica. Es el joven que establece consultorio, señalado por Dickman en su autobiografía. También es “la juventud” sedienta de saber que pregonará, acaso una de las figuras más significativas de los primeros años del CMA como fue el Dr. Wernicke, vehemente orador, prolífico escritor, y desde ya un gran médico y científico de reconocida trayectoria en la cristalización de un programa experimental de la sociedad y la escuela como se podrá apreciar en los siguientes capítulos. La graduación (y finalización de los estudios médicos) abría una serie de opciones y estrategias de juego del capital simbólico que implicaba el título de médico y doctor. En forma similar a otros contextos, tal paso quedó grabado como un momento liminal dentro del seno profesional local, como puede apreciarse en varios relatos biográficos. Tal abanico implicó opciones que fueron desde la apertura de consultorio y el comienzo del ejercicio profesional, al ejercicio en instituciones de salud ligadas a algunos de los poderes políticos en danza, presentados en el capítulo II.

Dentro de la vida institucional la graduación no era menos liminal, como podrá apreciarse en los conflictos institucionales que se estudiarán en el capítulo 2 y 3. Entre distintas opciones como eran la salida laboral inmediata –la apertura de consultorio– y la inscripción en la vida universitaria a través de los cursos libres.

Una de las posibles actividades que se abrían –acaso la más inmediata– era trabajar en la escuela luego devenida Facultad. Luego de 1884, la docencia complementaria funcionaria como un mecanismo de “incorporación por goteo” al personal docente de la escuela. Su presencia en relatos estadísticos y al mismo tiempo en relatos de carácter cualitativo es cada vez más visible. Acaso el caso de Roberto Wernicke, sea uno de los relatos clásicos a invocar en este punto, pues su imagen de hombre dedicado full time a la docencia y la investigación desde muy temprano en la Facultad, puede ser ilustrada desde múltiples lados.

Otra actividad era la vida política y, más en general la vida pública. Como ha sido señalado en reiteradas ocasiones las profesiones universitarias han sido un semillero para la vida pública. Así pues no deberá extrañar encontrar una importante cantidad de relatos que asocian la vida política y la juventud del médico graduado que se acerca a ella; tales relatos pueden ser tanto externos como domésticos a la vida médica. Entre los primeros el relato de Hudson sobre el joven médico Ralph Herne, abunda en descripciones sobre la angustia que le causa al héroe el cierre de posibilidades acarreado por su fracaso en la obtención del examen de revalidación. Entre los segundos, sin duda pueden invocarse los ya citados obituarios; don Manuel Augusto Montes de Oca es señalado como un *joven* hombre público, en los años previos a la tiranía y en especial, en los años *posteriores*. En el obituario dedicado a Rudolph Virchow se menciona su faceta pública, casi como un modelo predicado en forma explícita.

1.3. LAS INSTITUCIONES

1.3.1. La Universidad y la Escuela Médica

¿Por qué estudiar la universidad y la escuela como contexto inmediato del CMA y su grupo de asociados? Y en estrecha relación, ¿por qué analizarlas en forma paralela? Un mismo motivo permite responder a ambas consignas y es que precisamente así lo rescató –en forma explícita– las distintas comisiones directivas del Círculo, como se podrá apreciar en las restantes páginas.

Sus asociados se percibieron a sí mismos como un grupo que contaba entre sus variados motivos fundacionales, la misión de “proteger” a los estudiantes de la escuela médica y, en estrecha relación, de renovar la vida científica y política de la *escuela* y de la *universidad*. De hecho las críticas a ambos espacios –aunque con mayor intensidad al primero– son parte central de la vida gremial y científica de la Sociedad. Pero más allá de esta expresión de una voluntad colectiva plasmada en una institución, se puede apreciar un dato estadístico: los asociados del CMA estuvieron incluidos tanto en las listas de exámenes anuales publicadas en la *RMQ* a inicios de la década de 1870; también lo estuvieron en las estadísticas de alumnos confeccionadas por rectorado a inicios de siglo XX. Más aún, en estas últimas se puede apreciar –luego de un esbozo de trabajo indicial– que no pocos asociados presentes en aquellas listas de exámenes, en calidad de alumnos, lo están ahora incluidos como docentes de la escuela médica. En tal sentido se recordará que un miembro de la sociedad fue el rector de la casa de estudios con posterioridad a los motines de 1904 y 1906; la llegada del Dr. Ufemio Uballes a la figura de Rector no es un dato que debe pasar desapercibido para los problemas de investigación e hipótesis planteadas en la introducción (Uballes, 1908: 324).

Por su parte se subrayará que el vínculo entre ambas instituciones es analítico e histórico, y que no quita ni cancela la posibilidad de estudiarlas como instituciones separadas, como de hecho se ha realizado en una serie de trabajos a esta altura clásicos, en materia de historia de la profesión médico e historia de la Universidad de Buenos Aires. Esa relación analítica focalizada sobre el nexo entre experiencias grupales, procedimientos y prácticas empíricas e instituciones, se las ha denominado como la preocupación clásica por las raíces sociales del conocimiento (Durbin, 1978: xxii-xxiv).

En términos metodológicos el estudio paralelo de ambos espacios permite subrayar el hecho –hartamente obvio, pero siempre necesario de mencionar– de la inscripción social e institucional de los procesos de producción de saberes especializados. Como han señalado una importante lista de autores de los más variados ámbitos intelectuales, universidades, escuelas, museos, jardines botánicos, por último pero no menos importantes, las sociedades expertas, han sido el grupo de instituciones que han articulado a “poderosas fuerzas sociales” existentes en una época determinada con grupos y redes de intelectuales no menos específicos y circunscritos en tiempo y espacio

(Graham, 1998: 30). No menos obvio es el hecho de que tal articulación permite esquivar el fantasma del idealismo y el voluntarismo en materia de historia de la ciencia. En pocas palabras se puede apreciar la actividad de los científicos –o nuevos filósofos de la naturaleza, o más cercano a nuestro caso, los “apóstoles de la medicina”– en pos de la inscripción o cristalización de un programa experimental. (Durbin, 1978: xxii-xxiv).

Si se focaliza la atención sobre la UBA es importante señalar que estas páginas no son una historia de la Universidad de Buenos Aires, tarea abordada con resultados dispares en una importante cantidad de trabajos, que van desde los primeros intentos sistemáticos de narrarla a manos del siempre prolífico Eliseo Cantón, a los más modernos que la incluyen en una Historia de las Universidades Argentinas como es el caso de la reciente obra de Pablo Buchbinder (Cantón, 1925; Halperin Dongui, 1962; Buchbinder, 2005; Leandri, 2000; Di Liscia 2002). Las pocas referencias aquí dedicadas al papel de la universidad y de la escuela médica como escenario inmediato de la vida institucional del CMA, busca puntualizar aspectos no siempre presentes en forma explícita en los trabajos señalados. A los fines analíticos seguidos en este trabajo, la consideración de la universidad y la escuela es importante, pues con el correr de los años las CD del Círculo Médico aprendieron a incluir a las autoridades de la universidad en los conflictos que tuvieron con el cuerpo docente de la escuela. Si durante sus dos primeras décadas fue el Poder Ejecutivo –o alguno de sus representantes– quien mediaba en los conflictos trabados entre ambos personales, con el cambio de siglo y la reunificación de la sociedad en 1908, podrá apreciarse con nitidez la presencia de la universidad como espacio de resolución de aquellos intereses contrapuestos. A modo de ejemplo se recordará que la creación de los Consejos Consultivos con la llegada de Ufemio Uballes al rectorado, y luego, la constante presencia del CMA como institución mediadora por los intereses gremiales del personal alumno fueron un dato constante al menos en el período aquí trabajado. En efecto, se podrán apreciar en el archivo de la UBA, las notificaciones y petitorios elevados por aquellas CD al Rector y las autoridades del Consejo Consultivo, apelando medidas tomadas por los académicos y por la universidad. En pocas palabras, con el correr de los primeros años del siglo XX, las autoridades universitarias adquirieron presencia y visibilidad en la relación entre el personal alumno y la escuela médica.

La universidad de Buenos Aires de mediados de 1870 fue una institución en transformación; la afectaban procesos históricos afines a varias instituciones científicas de mediados de siglo XIX tanto locales como internacionales, en especial un lento pero no menos contundente cambio de su perfil jurídico y político. Fundada el 12 de agosto de 1821 durante el gobierno de Martín Rodríguez, la institución fue pensada –según reza el acta fundacional firmada por el gobernador– como resarcimiento a la deuda que la metrópoli poseía con el virreinato del Río de la Plata en especial con la ciudad, luego de la primera propuesta de creación de una casa de estudios en 1778, primer año del virreinato de Juan José Vértiz (Cantón, 1921: 6; Nicolau, 2005: 53; Halperin, 1962: 16). Por su parte los estudios médicos –al menos los que la Facultad de Medicina de segunda mitad de siglo XIX reconoce como su origen– preceden en dos décadas a la fundación de la universidad. Los primeros cursos médicos dictados bajo la autoridad del protomedicato de la ciudad datan de inicios de 1801 (Cantón, 1925: 39) Con la crisis del protomedicato durante los años de la revolución y la creación del tribunal de medicina (que en los hechos asimiló las funciones del protomedicato virreinal) los estudios médicos se dispersan en el marco de una coyuntura marcada por la guerra. Luego de la caída del poder central a inicios de 1820, los estudios médicos reaparecen adjuntados a la vida de la casa de estudios recientemente fundada. Más aún aparecen como una pieza clave de la Universidad, tal dato es visible en el hecho de ocupar la mayor cantidad de vacantes docentes del total de cátedras que el exiguo presupuesto de la provincia podía sostener (Cantón, 1925: 2; Nicolau, 2005: 56).

A riesgo de simplificación cabe preguntar ¿Qué aspectos de la universidad y la escuela médica de la década de 1820 están presentes en la refundación de ambas instituciones en 1852? Varios: en principio –y como ya se señaló a la hora de hablar del cuerpo docente– quedaban en pie algunos reglamentos y prácticas pedagógicas, y más en general un tipo de relación política (y jurídica) que otorgaba legitimidad y validez a tales reglamentos y prácticas. A modo de ejemplo –que se retomará en el capítulo 3– cabe citar el problema de la provisión de catedráticos en caso de vacancias o ausencias de cátedra. Es bien claro que la decisión de la provisión de las distintas cátedras de la casa de estudio recaía en la figura del gobernador de la provincia, como permite acreditarlo la presencia de un número no menor de decretos sancionados a tales fines

entre 1824 y 1829, y firmados por gobernadores de perfiles políticos tan disímiles como Las Heras, Dorrego, Viamonte y Rosas (Las Heras, 1824: 169; Dorrego, 1827: 67; Viamonte, 1829: 24; Rosas, 1829: 14). En tal sentido pareciera poder identificarse una larga línea de continuidad entre la universidad y escuela médica de la época de Martín Rodríguez y, por su parte, las mismas instituciones durante los primeros años del período trabajado, a saber, durante el inicio de la presidencia de Nicolás Avellaneda, instituciones cuyos catedráticos seguían siendo nombrados por el gobernador de la provincia y, luego de su federalización en 1880, por el presidente del Poder Ejecutivo nacional.

Ahora bien tal presencia del poder político en la casa de estudios y en la escuela médica, poseía otras facetas de rasgos nítidos y visibles tanto en los años 1820 como en los años 1870, a saber el débil apoyo que el poder político otorgaba a las instituciones científicas, como se podrá apreciar con detalle en los restantes capítulos del trabajo. La presencia del gobernador a la hora de decidir sobre los puestos catedráticos, no se tradujo en un apoyo constante —en especial económico y material— al desarrollo de tales instituciones y más en general, de las instituciones del saber. Ciertamente la movilización de un erario público destinado a una situación de guerra cuasi constante entre 1810 y 1852, jugó un papel central en el débil apoyo económico y material destinado al desarrollo de tales instituciones. (Halperin, 2005: 194; Garavaglia, 2007: 347). La retórica del desarrollo de las ciencias que poseían las elites políticas, no estuvo siempre acompañada por una práctica consecuente con tales fines (Souza y Hurtado, 2010).

En estrecha relación al nombramiento de catedráticos puede verse una práctica de enseñanza, como fueron los exámenes de las materias dictadas en la casa de estudios a fines del año lectivo. Hacia la primera fecha —por caso el año julio de 1828— se reglamenta por decreto del gobernador (propuesto y abalado por el rector) las formas que debería seguir la práctica del examen en la vida universitaria. En él se establecerá la realización de los exámenes anuales durante los primeros días de diciembre; para ello se debería presentar un certificado del secretario de la casa de estudios, “de conformidad con la asistencia rendida por los bedeles” de los cursos (Dorrego, 1828: 75). Un dato de gran importancia es que la práctica del examen era pública, vale decir incluía a todos los

miembros (acreditados) del curso examinado. Rector y vicerrector tenían autoridad para presidir el proceso de examen y en caso de superposición de cursos, bien podían presidir exámenes (Dorrego, 1828: 75).

Algunos de estos elementos tienen una llamativa pervivencia en los primeros años del período trabajado; más aún a veces se los puede ver documentados en noticias del último lustro del siglo XIX. A tal fin es de gran utilidad la nota publicada por la revista *Caras y Caretas* de fines de diciembre de 1898. En dicha nota se puede apreciar que la práctica del examen a fin de año es pauta ahora adoptada por varias instituciones, tales como las respectivas Escuelas Normales de Maestras y Maestros, en el Colegio Nacional y en las escuelas primarias de la ciudad, en las Facultades de Ingeniería, Derecho y Medicina, y Ciencias Sociales, también es la época de los exámenes en las clases impartidas a los “penados” de la Penitenciaría. No solo hay homología en las fechas; también hay semejanza en algunas de las prácticas concretas del examen, tales como su práctica colectiva, visible ya no solo en el relato que el cronista de la revista hace de tales escenas, sino también en las fotos que de las mismas aporta. Cada uno de los espacios de examen mencionados, presenta una ceremonia del examen pública, bajo la presidencia de un tribunal –femenino o masculino según el ámbito– y luego con un alumno como contraparte del acto, alumno que estaba acompañado del resto del curso como público del examen. No menos visibles son las figuras de los bedeles o también secretarios que rondaban las aulas o las entradas de las instituciones visitadas por el cronista. Por otra parte y como se podrá apreciar en los capítulos 2 y 3 las quejas contra los bedeles (y sus listas de asistencia) serán un reclamo de importancia no menor en los “motines” o “revueltas” estudiantiles. Sin miedo a exagerar –y de cara a los problemas e hipótesis señalados en la introducción– podrá señalarse tales prácticas como aquello que Gramsci denominó “excitante de formación de partido”, vale decir situaciones históricas de conflicto y posible motivo de agremiación (Gramsci, 1978 (2): 28). No será casualidad que la revuelta de estudiantes de 1871 que dio origen a la Sociedad 13 de Diciembre haya ocurrido en dicho mes, y luego de una situación por demás tensa en una mesa de examen de la facultad de derecho, como se relatará en el capítulo siguiente.

Luego –y de importancia no menor– es el hecho de rescatar el cobro de emolumentos. En efecto, si bien las primeras noticias explícitas de tal cobro son de 1838 ya se pudo

apreciar como su continuidad fue señalada como una necesidad para el desenvolvimiento de la institución hacia mediados de la década de 1880. Luego de un primer intento de solventar los gastos de la universidad y la escuela por parte del Poder Ejecutivo de la provincia de Buenos Aires, el “tesoro” de ambas instituciones incorporó el cobro de emolumentos como algo cotidiano, sin dejar de reconocer una exigua participación del poder político (Alsina, 1852: 26-27).

Si se deja de lado el terreno de las prácticas, y se focaliza en el terreno de las biografías de no menor importancia es el hecho de que algunos nombres perviven entre la primera escena y la segunda, al menos en el caso de la escuela médica. El joven galeno Juan Antonio Fernández obtuvo su grado en 1821 casi al instante de la creación de la escuela médica, mismo galeno que vemos retomar su actividad en la cátedra con la caída de Rosas; según se señaló a la hora de hablar del cuerpo docente similar experiencia atravesó Juan José Montes de Oca, quien trabajaba en la cátedra de anatomía hacia 1826 –siendo aún estudiante– y luego, aparece como uno de los puntales sobre los que se reorganizó la escuela médica a la caída de “la tiranía” (Alsina, 1852: 27).

Sin embargo una institución científica (como más en general un grupo intelectual) no son –en términos históricos– pura pervivencia, antes bien son elementos históricos atravesados por cambios y conflictos. Así pues, si aquellos son algunos puntos de continuidad, no menos cierto es que a mediados de la década de 1870 ya son visibles algunas transformaciones de importancia, que darán por resultado la universidad y escuela de principios de siglo XX. En efecto, el proceso de cristalización de un sentido público para la ciencia y la técnica en la ciudad de Buenos Aires –visibles en el surgimiento de bibliotecas, museos de ciencias naturales, revistas científicas, entre otros– también afectó a la pequeña universidad local. (López-Ocón, 1998: 220; Mantegari, 2005: 40). Así pues durante las cuatro décadas aquí estudiadas la universidad es una institución que crece en complejidad en varios aspectos de su vida institucional, en especial luego de su federalización en 1880 como se podrá apreciar en el capítulo 3.

En principio se puede apreciar el crecimiento del personal alumno señalado con anterioridad; en estrecha relación se puede apreciar una lenta reorganización de las

carreras, cuyas materias y plantas docentes ganarán en complejidad hacia fines de siglo, como lo reconoce Ufemio Uballes en sus informes. En los organigramas publicados desde 1900, a las tres facultades clásicas –Ciencias Jurídicas y Sociales, Medicina y, Ciencias Exactas, Físicas y Naturales– que oficiaron de ejes axiales de su vida, se suma desde 1896 la Facultad de Filosofía y Letras. Según los datos publicados por rectorado en 1904 la Universidad había producido un cambio importante tanto en la composición de sus personales, como en las rentas generales que manejaba su tesorería.

Como se pudo apreciar en el Gráfico 2, los docentes de la escuela de medicina son en 1882 poco más del 39 % del total del personal docente y veinte años después, son poco más del 37 % del personal docente de la universidad, que contaba para la misma fecha con 116 docentes. En pocas palabras, el crecimiento del claustro docente de la universidad contó como uno de sus protagonistas principales a los docentes del cuerpo médico. Mientras que a inicios de la década de 1880 su número era ligeramente inferior al de docentes afincados en la Facultad de Ciencias Exactas Físicas y Naturales, con los años 1890 se dio un incremento que lo pondría en una posición algo mas acomodada. Luego de estas dos facultades con números similares en sus personales docentes, se ubican las facultades de Ciencias Jurídicas y Sociales que con el cambio de siglo apenas supera la veintena de profesores, y también la Facultad de Filosofía y Letras cuyos datos recién aparecen luego de 1897, con un plantel docente de 12 personas para la misma fecha. (Basavilbaso, 1902: 328; Uballes, 1908: 324). Tal complejización se hace visible –en primer lugar– en su composición interna, con mayor especificidad en el número de sus catedráticos. Tal crecimiento es un dato relevante rescatado por el rector Uballes, como parte del motivo de crecimiento de la tesorería y de las diferencias en la distribución del dinero. El desdoblamiento de cátedras, la creación de especialidades, la fundación de nuevos estudios, y todo ello, al compás del crecimiento de la matrícula, era un dato visible y explícito a la hora de comparar datos inherentes a su vida, entre 1882 y 1901:

“De 1882 a 1901, las Facultades han duplicado el número de sus profesores; diez tenía en aquel año la de Derecho y en el último año 22; 19 tenía la de Ciencias Médicas, y en 1901, 42; y la de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, 10 y 39 respectivamente, habiéndose aumentado a 46 en el

presente año. El aumento en la Facultad de Derecho responde, más que a la enseñanza de nuevas materias, a la división de las que existían en 1882, división exigida por el mejor método para la enseñanza y por el mayor número de alumnos que cursan sus aulas: 215 en 1882; 1211 en 1901” (Uballes, 1908: 328).

Similar panorama se planteaba en la Facultad de Ciencias Médicas, donde según los datos manejados por el Rector:

“En la facultad de Ciencias Médicas el considerable aumento de profesores, responde a la creación de cátedras de especialidades, a la ampliación de la enseñanza en la escuela de Farmacia, a la formación de cursos para el estudio de la Odontología y a la división de las cátedras de clínica médica, quirúrgica y obstétrica, atendidas antes por tres profesores y hoy por diez. Esto último exigido por el considerable aumento de alumnos, pues mientras en 1882 era de 365, en 1901 ha sido de 1964” (Basavilbaso, 1902: 18).

En estrecha relación al crecimiento de la matrícula y en menor medida de la planta docente, afloró un dato capital sobre la vida de la UBA en estos años, como es el manejo de las finanzas de la Universidad por parte del Consejo Superior.

El aumento del dinero de las matriculas y los aportes provenientes del tesoro nacional, dan visibilidad a la “serpiente de mil cabezas” –invocada por Puelma Tupper– dentro de la vida de la universidad, dando creciente visibilidad al movimiento de tesorería de la casa de estudios en sus balances. En tal sentido, el movimiento de tesorería en los años que van desde 1899 a 1904 es de gran interés, porque aparece en forma explícita la necesidad que tiene el Consejo Superior de controlar las finanzas de la escuela a través de su inversión en el mercado de valores y, en estrecha relación, de aumentar las rentas universitarias. Ambas actividades eran la herramienta que poseía dicho Consejo para cubrir sus gastos anuales ante la reducción del presupuesto votado por el Honorable Congreso de la Nación, como se podrá apreciar también en el capítulo 3. Así lo sostenía el rector de la institución en su informe al Ministro de Educación, Justicia y Culto en 1900:

“El presupuesto del año anterior, era de 913.620 pesos, y el votado por el Consejo Superior para el presente año, es de 879.500, lo que representa una disminución de 34.120 pesos moneda nacional. La diferencia entre el importe de subvención y el monto de los gastos será cubierta fácilmente con las rentas universitarias, porque éstas, con el aumento de 50 por ciento en el arancel, han de producir aproximadamente la cantidad de 300.000 pesos. La medida, adoptada por el Honorable Congreso, de encomendar al Consejo Superior la fijación de los gastos universitarios, es de trascendental importancia para la Universidad, porque establece su autonomía administrativa, que le permite dar a sus recursos y rentas el destino más apropiado, consultando los verdaderos intereses de la institución. El consejo superior, formado por representantes de todas las facultades, es el que se halla en mejores condiciones para apreciar las necesidades de la enseñanza universitaria y atenderlas preferentemente; este ha sido su propósito y su empeño al votar en el presente año el presupuesto, y si, a pesar de esto, su monto ha disminuido, no es porque se haya dejado de atender a aquellas necesidades, sino porque se han suprimido algunos gastos, que si bien no podían considerarse como superfluos, no eran urgentemente reclamados” (Basavilbaso, 1902: 18).

Como se podrá apreciar en el capítulo 3, la Universidad y la Escuela fueron señaladas como “cuestión de estado” o más precisamente de poderes constituidos en la ciudad, mayormente representados en el Poder Ejecutivo bonaerense hasta 1880 (Leandri, 2002: 18). Ciertamente el apoyo estatal no era algo altruista ni ajeno a intereses políticos y culturales, no menos cierto es que el apoyo estatal era una opción solitaria en el conjunto de las fuerzas sociales existentes en la ciudad. Quien expresó esto con gran claridad fue el Catedrático, Diputado y Decano de la Facultad de Medicina, Dr. Don Eliseo Cantón, quien con la vehemencia que lo caracterizó afirmó que:

“Bajo este punto de vista, ningún progreso hemos realizado; Buenos Aires es la misma de la época colonial. Los enriquecidos son muchos más, y la mano muerta preocupa a los estadistas por su crecimiento importante. A

ninguno de nuestros multimillonarios le pasó por la mente la idea altruista de fundar una Universidad, de crear alguna institución científica, escuelas, bibliotecas o colegios, que no pertenezcan a corporaciones religiosas. El alto ejemplo de los potentados norteamericanos no ha tenido imitadores en la Argentina, donde aún continuamos siendo muy españoles en tal orden de ideas. Por fortuna, a la falta absoluta de toda iniciativa y ayuda individual, en pro del adelanto científico y de la instrucción pública en general, ha reemplazado la acción creadora de los gobiernos liberales y progresistas que han tenido el país hasta la fecha, y que han labrado su grandeza científica, moral y material. Ojalá los estadistas del presente y porvenir se inspiren, para bien de la República, en el noble ejemplo que legaron Rivadavia, Urquiza, Mitre, Sarmiento, Avellaneda, Roca y Pellegrini, al fomentar el desenvolvimiento de las escuelas, colegios, liceos especiales, y Universidades, hasta durante las épocas más críticas por que atravesó el país” (Cantón, 1925: 63).

Si se focaliza la atención sobre la escuela médica, se podrá apreciar que a inicios de 1870 ambas instituciones se encontraban separadas en términos jurídicos y prácticos, y tal situación era reconocida desde la reapertura de los estudios médicos (Leandri, 2000: 190).

Según afirma el decreto 2105 publicado en el Registro Oficial de la Provincia de Buenos Aires, las “exigencias del momento” imponían al nuevo gobierno provincial la necesidad de decretar la apertura de aulas de la escuela médica sin tener un reglamento que ampare su funcionamiento general, así como también el marco de sus relaciones con la universidad: “Por ahora, y mientras que la Escuela de Medicina no reciba la organización definitiva de Facultad, que le ha de caber cuando el Gobierno expida su decreto orgánico de la Universidad, queda completamente separada de esta; y será regida por una Comisión compuesta de los Catedráticos D. Juan Antonio Fernández, D. Juan José Montes de Oca y D. Teodoro Álvarez, quienes se entenderán al efecto directamente con el Ministerio de Instrucción Pública” (López, 1852: 103; Guerra, 1970: 442). Los nombres invocados en el decreto provincial serían con el correr de los años los pilares de la corporación médica, tan criticada por el CMA. Como ya se afirmó

al hablar de la ley Avellaneda, la escuela médica adquirió el estatus de Facultad y se incorporó nuevamente a la vida de la universidad con la reforma reglamentaria de 1874.

En términos materiales la fragilidad de los pequeños espacios e instituciones científicas que componen la Escuela es una escena reiterada descrita en varias ocasiones. En 1875 una editorial publicada por la *RMQ*, daba cuenta de algunas reformas hechas en la escuela médica, al paso que se señala el estado de fragilidad estructural de la escuela médica local:

“Mejoras en la facultad de ciencias médicas: realizadas las modificaciones en la distribución de la enseñanza médica resta a los Sres. Académicos terminar su tarea, dotando al país con un edificio adecuado a su objeto. Cuando se construyó el local de la Facultad, ciertamente no se tuvo en vista que su recinto debía ser frecuentado por más de doscientos alumnos, número que con el andar del tiempo ha de duplicarse y alcanzar proporciones considerables. La falta casi completa de aulas de suficiente capacidad, ha podido apreciarse y está en el conocimiento de todos los catedráticos y alumnos. Actualmente existen cuatro que poseen, términos medio cada uno, 45 matriculados. El lector podrá cerciorarse de la exactitud de esta cifra, por la nómina que publicamos en este mismo número de la ‘Revista’ No existiendo tan solo dos salones capaces de alojarlos, el salón de grados y el destinado al museo anatómico, el resultado resalta claramente: el profesor y sus discípulos tienen que adaptar sus conveniencias a las horas en que dichos salones pueden ocuparse. Como se ve, esto es muy perjudicial, y tan pronto como sea posible debe tratarse de remediarlo. Debiera existir un número apropiado de salas a fin de no observar lo que algunas veces ha sucedido, que el profesor haya suspendido su conferencia por falta de local” (Rooverts, 1875: 59).

Durante los años 1870 y 1880 –y en estrecha relación al creciente aumento del personal alumno– son reiteradas las quejas sobre la mayor parte de las instalaciones de la escuela. Fue este uno de los principales motivos de conflictos en la misma.

En efecto, tras cada “motín” estudiantil afloran un número importante de dichas críticas, las cátedras, salas hospitalarias y anfiteatro anatómico son presentados como lugares “lúgubres” y desordenados, en especial, con importante carencia de recursos materiales. En abril de 1877 este reconocimiento llegaba al extranjero; la revista, *El Anfiteatro Anatómico Español* publicó un artículo que impactó en el cuerpo médico de Buenos Aires, al punto que parte de su texto fue reproducido por Pedro Rooverts en la *RMQ*. El autor describía el estado de los estudios médicos en “las Republicas del Plata”. En Montevideo, sostenía, no existía una “facultad de Medicina oficial, ni ninguna escuela de carácter provincial, municipal, ni particular”. En Buenos Aires, existía una facultad “pobrementemente montada”. También afirmaba que “en su interior, se observa en las aulas, en los gabinetes, en los anfiteatros, en las salas de disección, y en una palabra, en todo, una falta de simetría, una escasez de objetos, una verdadera pobreza que hiela el corazón del que fríamente le observa”. Y concluía: “difícil es con estas bases que lleguen a tener una Facultad de Medicina que se encuentre a la altura de los adelantos modernos” (Rooverts, 1875: 60).

A los fines analíticos seguidos en este trabajo es importante señalar que el concepto de “escuela médica” de Buenos Aires no solo implica una institución concreta con grupos sociales que la integran, prácticas profesionales y enraizamiento de experiencias sociales concretas, sino también representaciones presentes en dichas culturas intelectuales. Al igual que en otras experiencias de mediados de siglo XIX, tal concepto posee un “solapamiento” de identidades entre escuela, grupos de investigación, y estructuras institucionales (Holmes, 1988: 179-180). Escuela médica posee, primero, connotaciones materiales. Se entiende por escuela médica al conjunto de grupos que integraban los estudios médicos de la ciudad, mayormente el “personal alumno” y el “personal docente”. En términos cuantitativos el personal docente de la escuela hacia 1875 son unas 20 personas y el personal alumno de la carrera de medicina son 145 y el total de alumnos de la escuela es de 165. En 1901 la asimetría entre ambos personales adquiere una dimensión exponencial; los alumnos del doctorado superan los 1400 y el total de alumnos de la escuela es de más de 1750; por su parte, el cuerpo docente está compuesto por 40 personas (Basavilbaso, 1902: 6-7).

Estos grupos dieron vida a distintas profesiones que se reconocieron como parte de un mismo espacio, pero que reservaron el concepto de “Escuela Médica” para los estudios en medicina con especificidad. En efecto, la historia de estas profesiones atraviesa el siglo XIX; hay dos profesiones estables en la vida de la escuela, los estudios médicos y los farmacéuticos, ciertamente con importantes cambios en su contenido. Otras profesiones solo tienen eco durante la primera mitad del siglo como los estudios en Flebotomía. Al igual que en otras escuelas médicas americanas y europeas, con la segunda mitad del siglo se afincaron los estudios de parto y obstetricia –carrera cursada solo por mujeres– y luego, con los años 1890, la profesión de odontología. En las listas de inscripción a la Facultad de 1904 figuran 268 inscritos a los distintos cursos de Farmacia, 56 a los cursos de odontología y 57 a la carrera de obstetricia.

En segundo lugar el concepto de “escuela médica” también poseía un sentido cultural. Ambos personales se identificaban con la experiencia del protomedicato fundado en agosto de 1780 y habilitado como espacio de enseñanza de estudios médicos desde julio de 1801. Dato llamativo es que tal herencia fue un sentido en disputa por distintas sociedades pertenecientes a la escuela durante el período tratado. La Asociación Médica Bonaerense, la Academia de Medicina, el Círculo Médico Argentino cuentan entre las que batallaban hacia los años 1870 y 1880 para sostener el “buen nombre” de aquellos “padres fundadores”, frente al maltrato al que era sometido por los docentes de la escuela. Solo hacia fines de la década de 1880 el concepto de escuela comienza a ser sustituido por el de Facultad de Medicina de Buenos Aires, como consecuencia de la reforma del plan de estudios de 1874 (Leandri, 1999: 139; Souza, 2007: 142).

Precisamente es durante estos años que aparece en danza un tercer sentido del concepto, el de escuela como “escuela médica nacional”. El mismo remite al grupo de saberes médicos, instituciones y grupos de investigación afincados en suelo local. Mas esta irrupción aparece señalada como necesidad, como anhelo o estado potencial a desarrollar. Es este un sentido similar al que utilizan los “médicos corresponsales” de los dos periódicos locales –la *Revista Médico Quirúrgica* y los *Anales del Círculo Médico Argentino*– para designar a las trayectorias de los países visitados, por ejemplo, escuela médica francesa, o escuela médica alemana, o británica. (Holmes, 1988: 179-180). La escuela médica nacional era sinónimo del ingreso de las ciencias

médicas argentinas a la “república de las ciencias” y ciertamente tal paso era percibido como la prédica en el desierto de las ciencias locales existentes en el Río de la Plata de la época.

Entre aquellos condicionamientos en la creación de cosmovisiones científicas, se deberá subrayar, en primer lugar, las condiciones institucionales de la escuela médica de Buenos Aires, sobre las que volveremos en lo que sigue; en segundo lugar, la preexistencia del medio ideológico profesional con el que entran en contacto nuestros médicos. Esta preexistencia de un escenario médico europeo no debe invitar a concebirlo como algo simple u homogéneo. La escena médica internacional delineada por los visitantes es de gran complejidad; se distinguen en ella perfiles nacionales, tales como la “escuela inglesa”, “la escuela francesa” o “la escuela alemana”. A su vez, estos perfiles nacionales dan paso a tradiciones médicas y universitarias locales muy marcadas.¹²

Si se focaliza la atención en el tipo de enseñanza médica podrá apreciarse que el tipo de carrera que se dictaba a inicios de la década de 1870 seguía un modelo clásico, presente en las escuelas médicas francesas, italianas, alemanas y españolas durante los siglos XVII y XVIII. De hecho tenía todavía puntos de contacto con el tipo de estudios médicos plasmado en los reglamentos de 1818 y 1819, momento en que el protomedicato de la ciudad de Buenos Aires tenía injerencia formal sobre el dictado de los cursos. (Belloni, 1970: 106; Coury, 1970: 131; Simmer, 1970: 173; Guerra, 1970: 442). Los estudios médicos tenían una duración formal de seis años, contando con unas ocho a diez materias en su mayor parte de carácter anual. Ellas eran anatomía y fisiología, patología médica y nosografía quirúrgica, patología y nosografía médica, cátedra de terapéutica, materia médica y arte de recetar, clínica quirúrgica, clínica médica, cátedra de química y botánica.¹³ Hacia mediados de 1860, se suman a este

¹² Por ejemplo, desde el Río de la Plata se puede referir como “escuela médica británica” al conjunto de las escuelas y hospitales de Gran Bretaña, Escocia e Irlanda; denominación que sin duda cambiará y ganará en especificidad regional ante la presencia del médico viajero en suelo británico. Una situación similar sucede con la “escuela médica alemana”, dado que esta cuenta para estos años con cerca de 30 universidades, con amplias diferencias regionales e institucionales. A su vez, cada una de estas tradiciones regionales aparece teñida por la presencia de una serie de ejes temáticos y de caudillos científicos.

¹³ La mención a estas cátedras se encuentra en varios documentos. Acaso uno de los más interesantes por su carácter oficial, es el anteriormente mencionado decreto 2105 de la provincia de Buenos Aires, donde

tronco temático materias tales como higiene y clínica de partos. Por su parte, el tipo de carrera que se cursaba en los años previos a la “Gran Guerra” ha variado en su composición. No solo han aumentado en forma exponencial los alumnos matriculados en el doctorado, y en un porcentaje mucho más reducido los miembros del cuerpo docente. Han aumentado el número de cátedras del doctorado e inclusive se ha transformado la oferta de carreras existentes. No es menos cierto que junto a estos cambios, ha mudado también las líneas médicas cultivadas, así como los países referenciales en materia de estudios médicos.

Si aquellos son aspectos que hacen a la vida material de la escuela, no menos visible es la presencia de aspectos claramente sociales, como la presencia de Círculos y Familias con marcada influencia dentro de aquel ámbito. Al igual que otras instituciones científicas de la época, la Universidad y la Escuela no eran ámbitos ajenos a la presencia de grupos familiares de peso, así como también a la influencia de círculos y sociedades gremiales y expertas, como se podrá apreciar en los restantes capítulos. Al respecto, es de utilidad la noticia publicada en el diario *La Prensa* de 1873:

“La Facultad de Medicina y su sostenedor claudican”: La Facultad habló; pero en obsequio de la verdad diremos que ignoramos si ella dio la personaría bastante al que sale a romper lanzas en su defensa. Algo difícil nos es creer que dicha corporación, concedora como ninguno de las reglas del *savoir vivre*, se haya aventurado en una polémica que por las calidades del contrario a las verdades que dice, no espera a la Facultad la mejor parte en la contienda. Además, y esto se podría explicar por alguno de los acuerdos de **familia y círculo**, tan comunes en aquella corporación, esto no anduvo muy bien aconsejada que digamos en la elección de campeón. La razón de esto es muy sencilla; ella sabe muy bien y el Dr. Albarelos no ignora tampoco, cuan insostenible será la situación, en el desempeño, de un rol de barba, en un drama serio, a aquel cuya especialidad es el vaudeville juguetón, ligero, insinuante, incisivo, en que se hacen caricaturas, y no se juntan caracteres, que divierte sin ilustrar que hace reír sin enseñar nada, de forma viciosa en sus detalles, pero peregrina en su conjunto; allí donde uno

se habilitan las cátedras mencionadas como las primeras a funcionar para dar vida a la escuela médica (Lopez, 1852: 101).

ve con rasgos maliciosos, y preñados de intención caricaturados ciertos tipos-en que luciera el Dr. Albarellos, atreviéndonos a asegurar que, si para instruirse en él le fue menester pagar alguna mensualidad a algún estudiante Borrascas, allá por los jardines de Mabile, esta fue la plata que mejor y con más provecho gastó, aquel también el tiempo que mejor empleó” (*La Prensa*, 1873; negrita en el original).

Esta noticia es de interés a los fines analíticos del presente trabajo, pues deja entrever una serie de indicios de estructura histórica sobre la casa de estudios y las relaciones sociales en ellas cultivadas. En efecto, si esta última ofició de contexto inmediato en que floreció el CMA, el diario *La Prensa* la presenta como un espacio sensible a los acuerdos de círculos y familia, situación por demás frecuente en buena parte de las instituciones científicas de siglo XVIII y XIX. Seguidamente, la presenta como un espacio atravesado de conflictos entre miembros de su cuerpo docente y, al mismo tiempo, entre miembros de sus distintos personales. La pequeña escuela médica local postrosista, no por pequeña era menos ajena intensos conflictos entre sus miembros, en especial entre 1871 y 1875 como se podrá apreciar en el ítem siguiente. (Leandri, 1999: 113).

Y debido a tal presencia de grupos familiares, de círculos gremiales, así como también de espacios profesionales –la profesión médica– y experiencias grupales –las experiencias de los claustros– es que la universidad y la escuela de medicina fueron en las cuatro décadas aquí estudiadas instituciones que pusieron en marcha –y al mismo tiempo el ámbito en que se cobraron vida– fuertes conflictos entre representaciones –si se quiere, ideologías– sobre su propio papel en la vida colectiva finisecular. No solo fueron espacios (e instituciones) con “conciencia de sí” mismas, también fueron espacios con conciencia de los conflictos que los atravesaban.

Los cronistas que relatan la vida de estas instituciones les suelen atribuir propiedades vitales. Todo el entramado de instituciones que componen la escuela y posterior Facultad, es mencionado como una semilla que se planta a la fundación de los estudios protomédicos durante los últimos años del virreinato; que crece y toma forma durante la década revolucionaria. Luego sufre “escollos” en ese crecimiento; uno de los

primeros y más explícitos –a los ojos de los médicos porteños de segunda mitad de siglo XIX– fue la “tiranía”, vale decir los años del segundo gobierno de Rosas. Un clásico en esta forma de presentación de la vida universitaria es Eliseo Cantón, quien en su prolífica obra presentó la escuela y la universidad, sometidas al compás de un verdadero espíritu vitalista. En efecto, habla de la escuela médica de 1821 y de la re inaugurada en 1852 como “simiente” y “semilla” florecen y llegan a su esplendor como partes de los movimientos de su “naturaleza”; naturaleza a su vez condicionada por el hecho de haber sido puesta en marcha por una “pléyade” de héroes científicos y médicos, que se pusieron en sintonía, con una época a su juicio heroica, como era la Buenos Aires de la feliz experiencia Rivadaviana (Cantón, 1925: 244).

En estrecha relación a la figura evolutiva del crecimiento de las instituciones, se encuentra otra como es la de la “pléyade”. La “pléyade” es una representación imaginaria del lugar de honor ocupado tanto por individuos como por grupos amplios en el seno profesional de aquella historia profesional. Suerte de corte diacrónico del proceso evolutivo que es la escuela, la pléyade es el afloramiento de una suerte de “presente histórico” integrado por distintos miembros de la profesión, que la honraron, la “extendieron”, la defendieron, o la cuestionaron y por ello, se ganaron el lugar de honor. Con alguna frecuencia, la pléyade suele ser denominada “parnaso” de algún área científica, en especial si se trata de comentarios sobre grupos médicos y científicos europeos. Se podrán apreciar pléyades internacionales y locales, así como también pléyades por áreas de división de trabajos profesional, acaso una de las más presentes en los relatos de algunos miembros del CMA será la “pléyade de cirujanos”, en la cual, el ya mencionado Pirovano tendrá un papel central (Cranwell, 1930: 30).

1.3.2. Forma y trama de la conflictividad en la escuela médica local

Los actores e instituciones presentados con anterioridad, fueron el contexto o estructura histórica –en el sentido de relaciones sociales cristalizadas– en que florecieron una serie de conflictos. El tipo de conflicto es interno al medio profesional; por ello se parece más a lo que Antonio Gramsci ha denominado conflicto entre grupos intelectuales, y al mismo tiempo susceptible de ser abordado a través de la herramienta metodológica que Shapin y Schaffer han denominado “estudio de controversia” (Gramsci, 1978 (3): 353;

Shapin y Schaffer, 2005 [1985]: 44). En tal sentido será importante subrayar que los conflictos internos al medio profesional (o conflictos entre grupos intelectuales) son relevantes para analizar los problemas señalados en la introducción, y acaso algo más importantes que el tipo de conflicto –o “batalla política”, según la feliz expresión de Susana Belmartino– entre el grupo profesional y el resto del tejido social de su época, contando entre ellos al anudamiento de instituciones heredadas, actores, grupos de poder, y grupos sociales mayores en la ciudad finisecular (Belmartino, 2011: 5). Se insistirá que tales preguntas de trabajo no son ajenas a supuestos historiográficos y metodológicos, entre ellos el papel del conflicto social a la hora de analizar un período histórico y una dimensión de la vida social.

El conflicto entre grupos de intereses contrapuestos en la escuela médica local fue una presencia asumida incluso en forma consciente por los personales o claustros médicos enfrentados. También fue una suerte de fantasma subyacente, por ejemplo en los textos de época, en especial en la mayor parte de las historias y biografías legadas del período. No menos importante será el papel del conflicto social, en esa particular formación de experiencia social, que será la inscripción de un programa experimental en suelo local, como se podrá apreciar en los capítulos siguientes.

Una declaración por demás interesante para ver las formas y tramas del conflicto, es la declaración del (re) elegido rector de la casa de estudios, Don Ufemio Uballes. En ella se puede apreciar la estrecha relación que unía al conflicto entre ambos personales y la fragilidad de la tesorería de la universidad. En 1910 y a cuatro años de un conflicto que implicó la suspensión de cursos y la caída de la matrícula visible en los gráficos presentados anteriormente, Don Ufemio sostenía que:

“En las cinco facultades de la Universidad, todas las disciplinas se han cumplido con perfecta sujeción a sus planes de estudio y ningún hecho anormal digno de mención ha perturbado la marcha regular de los diversos institutos, de tal modo que me es altamente satisfactorio consignar que han desaparecido las disidencias o resistencias que dentro del número grupo de estudiantes universitarios se dejaron sentir en años precedentes. La armonía entre las corporaciones dirigentes y los estudiantes ha permitido, a

favor de los mayores recursos con que ha contado en este último año la Universidad, dar mayor desarrollo a algunas de sus enseñanzas y marcar en todas y cada una de las facultades, un nuevo paso en la vía del progreso universitario” (Uballes, 1910: 208).

El gráfico 2 permite focalizar sobre el problema de la conflictividad en el seno de la escuela médica de Buenos Aires en forma explícita. Como se indicó anteriormente el crecimiento desigual de los claustros en la escuela médica fue un “excitante de formación de partido” (Gramsci, 1978: 28) En efecto –sin descontar otros posibles factores sociales e históricos–, puede apreciarse la fuerte desproporción en el crecimiento de estos grupos. Hacia 1875 el “cuerpo” docente de la escuela está conformado por un puñado de personas que apenas llega a los 20 miembros; por su parte el grupo de alumnos del doctorado de medicina es de 145 y el total de alumnos de la escuela es de 165. Las distancias se acentúan hacia fines de la década de 1880 y principios de la siguiente, donde el crecimiento de la matrícula adquiere rasgos exponenciales. En esta última fecha los alumnos del doctorado son 345, y los de la escuela son algo más de 430; por su parte el cuerpo docente está integrado por 27 personas. Con el cambio de siglo la asimetría señalada sigue en crecimiento; los alumnos del doctorado superan los 1400 y el total de alumnos de la escuela es de más de 1750; mientras tanto el cuerpo docente está compuesto por 40 personas. Este crecimiento asimétrico refractado en aquel “cuadro estadístico” aflorará en reiteradas ocasiones y de múltiples maneras a lo largo del período trabajado.

En efecto, Leandri ha afirmado que entre las causas de conflictos de la profesión médica porteña se debe tener en cuenta no solo la férrea defensa que el cuerpo docente hizo de su posición de autoridad, sino también el aumento de la matrícula estudiantil (Leandri, 1999: 115). El aumento de la matrícula acompañó a la mayor parte de las críticas jugadas contra el cuerpo docente durante el periodo, al punto de ser criticada en forma explícita la permisividad de los exámenes o la falta de rigor y de control en el acceso a la escuela. Junto a ello, también aflorarán los comentarios por las malas condiciones edilicias, tales como aulas precarias donde no entran la totalidad de los cursos, o la existencia de un anfiteatro ruinoso y sin una conveniente provisión de cadáveres, o la ausencia de una biblioteca que posea el mínimo de material indispensable para el

dictado de los cursos, o por último, las malas condiciones de las salas hospitalarias donde se debían realizar las prácticas clínicas, tanto peor aún para las personas que oficiaban de “libro palpitante” o pacientes a manos de los futuros galenos porteños. Ciertamente, no eran las únicas críticas.

Junto a las malas condiciones edilicias, aparecen señaladas con contundencia las malas condiciones pedagógicas reinantes en los docentes a cargo de algunas de las materias. Mientras en las universidades francesas, alemanas e inglesas –centros de peregrinaje científico obligado para los socios del CMA– los cursos contaban con docentes dedicados casi en forma exclusiva a su actividad universitaria y a su especialidad temática, con aulas integradas por pocos alumnos, en el Río de la Plata parecía operarse cierta inversión de tal situación idílica. En Buenos Aires, había docentes escasamente remunerados, más interesados en la formación de una “clientela privada” que en la actividad docente, con escasa vocación de desarrollar actividades científicas.

En este contexto se puede afirmar que existió en este espacio varios tipos de conflicto entre los distintos actores que daban vida a la escuela; ciertamente estos conflictos incluyen aquellos episodios de protesta formal y explícita –de dimensiones variables– llamadas a veces “motines” o “revueltas” estudiantiles. Más aún –como se podrá apreciar en los capítulos 4 y 5– las actividades tendientes a cristalizar un programa experimental en las ciencias médicas locales, tuvieron una estrecha relación con estos motines y revueltas: se vieron fundados en él, se reconocieron allí como punto de origen y como su consecuencia. Ahora bien también quedan inscritos en aquella definición los conflictos en estado larvado entre los mismos grupos, vale decir aquellas situaciones propias de la vida cotidiana de la escuela en que quedaban enfrentados los intereses materiales y políticos de los grandes claustros y grupos.

Los “motines estudiantiles” entendidos como momentos en que se tornan explícitas aquellas tensiones, no están menos presentes durante el casi medio siglo que abarca el período aquí trabajado. Algunas veces no son mencionados en las fuentes oficiales –los *Anales* y la *Revista de la UBA*– y su existencia queda ilustrada a partir de la mención en otras fuentes como sucede con los conflictos de los años 1886 y 1892. Algunos suceden

en años de intensa actividad política general, como por ejemplo los existentes en 1874, 1880 y en 1890; otros se circunscriben a la dinámica política de la escuela médica, como es el caso de los conflictos existentes en 1872-73, en 1886, 1892, 1903, 1904, 1906, 1910 antes del conflicto de mayores dimensiones de 1917. En estos años florecen "revueltas" o "motines" atribuidos por el cuerpo docente a la insubordinación estudiantil; por su parte las fuentes que reflejan la opinión del sector estudiantil los atribuyen al exceso de autoritarismo del cuerpo docente. Un estudio pormenorizado de estos conflictos excede el interés de este trabajo y desde ya, la mención de algunos rasgos comunes no omite la existencia de diferencias cualitativas entre ellos. Estos conflictos nos interesan porque formaron parte del contexto frente el cual cobró vida la propuesta de un círculo de agremiación estudiantil entre 1873 y 1875. Con posterioridad a estas fechas, el interés radica en que esos mismos conflictos son los que pusieron a prueba la solidez del proyecto institucional, así como la capacidad de cohesión de los grupos fundamentales que fueron cobrando vida en su seno (Souza, 2007: 142; Souza, 2008: 75).

La primer parte de la siguiente nota es contundente a la hora de presentar la trama de conflictos en que cobró vida la sociedad científica aquí estudiada. Ello es así porque su autor –Pedro Roovers– es una voz importante dentro de la Sociedad Médica Bonaerense, más precisamente uno de los editores en jefe de la *RMQ*. Pero además porque pone el acento del problema institucional en algo de neto corte social (y al mismo tiempo extra institucional) como es el “espíritu de asociación” o, con mayor precisión, la ausencia de espíritu de asociación en la escuela médica local. La nota se llama “Sobre la Sociedad Médica Bonaerense y sobre el espíritu de asociación entre los médicos de la capital”:

“He aquí un tema que ofrece ancho campo de consideración a nuestro estudio. La Sociedad o Asociación Médica Bonaerense cuenta ya largos años de existencia, siempre con un número muy reducido de socios. Tiene sus reuniones semanales, con largas interrupciones, en el local del Consejo de Higiene. Tiene una Comisión Directiva compuesta de 4 miembros; un reglamento sancionado a impreso que ya no rige y otros en proyecto. Para

ser miembro de esta Sociedad, solo se exige a los médicos recibidos en el país, la formalidad de ser presentados por tres socios; se hace con este requisito la votación secreta y los médicos son siempre recibidos. Son otras las formalidades que hay que llenar en otras asociaciones por el estilo para ingresar en ellas. Las sociedades médicas de otros países exigen a los señores que desean formar parte de ellas, la presentación de un trabajo escrito que verse sobre algún tema de las ciencias médicas: la presentación de una disertación, de una tesis o de una memoria. El trabajo es juzgado y según el mérito que se le considere, el solicitante es o no admitido; en el primer caso, si se trata de un punto en controversia, se le cita el día en que deba presentarse a defender su trabajo. Estas sesiones son públicas, despiertan interés y estímulo éntrelos médicos concurrentes y la ciencia, siempre gana en estas luchas pacificas de la inteligencia. En la Asociación Médica Bonaerense no existen esos requisitos, que algunos llaman exigencias o trabas, y sin embargo, con una cuota mensual sumamente exigua y un ingreso cuyo monto queda a voluntad del ingresante, muy pocos se hacen socios y de estos, ni la mitad concurren a las sesiones, semanales de la Sociedad. Siempre hemos creído que las franquicias y facilidad de entrada en las Asociaciones de este género, son su muerte. Pero es necesario buscar en otra causa y no solo en esta, esa falta de espíritu de cuerpo, que deploramos en nuestros colegas. En primer lugar, ¿la AMB, responde tal cual está constituida, al fin que se propone, esto es, a estrechar los vínculos de unión entre los médicos que la forman? Hablando con imparcialidad creemos debemos contestar que no. La Sociedad carece de un local adecuado y propio. Está de prestado en un sitio reducido donde no puede disponer de lo más indispensable para su sostenimiento, como es el salón espacioso que pueda contener a todos los socios los días de asamblea, donde puedan reunirse los días hábiles de la semana y si se quiere los días de fiesta a la noche los socios que deseen parar un rato de conversaciones entre colegas y amigos, para leer los periódicos médicos que la sociedad reciba y que aún no tiene, y para ojear los volúmenes de una biblioteca que siempre ha estado en embrión. ¿No sería este un medio conducente para llegar al fin que la sociedad se propone? Pero no es solamente bajo este punto de vista

que deseamos encarar esta cuestión importante para nosotros los médicos, porque una asociación científica no solo es un cuerpo fundado para estrechar los vínculos sociales entre los miembros de un gremio cualquiera; sino también un centro de acción intelectual, donde debe velarse por el interés de la ciencia que se profesa. Está muy bien y es muy loable que la Asociación Médica se empeñe en conservar unidos a sus miembros proporcionándoles un local de tertulia, donde a veces se ha ido a hablar de política o de cualquier cosa; pero es necesario si desea prosperar y conservar en su seno médicos prácticos capaces y jóvenes serios y estudiosos, que les proporcione material de estudio que les despierte, que les proporcione material de estudios que les despierte la emulación fundando premios y laureando los trabajos que se presenten sobre temas propuestos por ella y que al juicio imparcial de jueces competentes que no faltarían en el seno de la Sociedad, mereciesen esa distinción. Si del interés de unión y de sociedad, y del interés científico, nos remontamos a otro, que no está reñido con la buena armonía ni con la ciencia, a saber el interés pecuniario, llegaríamos a convencernos que aún bajo este punto de vista que para muchos generosos es secundario, la Sociedad Médica sería útil. En su seno podrían formarse jóvenes que labrarían su posición. Tenemos la íntima convicción que muchas asociaciones científicas mueren por la falta de ese estímulo poderoso que nuestro siglo positivo llama el aliciente del dinero. No se nos condene antes de escucharnos. Son las asociaciones médicas inglesas las que han sabido dar estabilidad y una importancia de utilidad práctica a sus cuerpos colegiados. ¿Por qué? Porque han comprendido que el interés científico, debe traer aparejados el interés profesional; antes que los hombres de ciencia para adquirir gloria, nos hemos hecho médicos, para labrarnos una posición y adquirir con nuestra carrera y nuestro trabajo los medios de subsistencia que nos aseguren un porvenir descansado” (Rooverts, 1874: 55-56).

La extensión de la cita es obligada para apreciar algo de suyo central a los fines argumentales del presente trabajo, de cara a los problemas de investigación e hipótesis planteadas. Tal es el hecho de apreciar el potencial del conflicto –y en especial del

conflicto entre distintos grupos intelectuales— como escena inmediata frente a la cual cobra vida y forma una sociedad o institución algo más estable, como será el CMA a partir de 1875. Varios temas de importancia capital en la escuela médica local durante los años 1870 a 1890 aparecen mencionados en forma explícita. Acaso no sea uno de menor importancia el hecho de aparecer en la pluma de Pedro Rooverts el problema que generaba la escasa vocación por las actividades científicas y el escaso uso de ese “poderoso aliciente” que era el dinero, en especial para cristalizar una sensibilidad social para la ciencia y la técnica en la rivera sur del Río de la Plata. De hecho relaciona tal problema a la falta de “centro de acción intelectual” que “defienda los derechos de la ciencias médicas”. En estrecha relación un mecanismo de formación —no menos ausente— que el autor de la nota pone en detrimento de “los jóvenes” a los que les desea una buena formación, si la sociedad narrada en su texto funcionara como los clubes o sociedades “médicas inglesas”. En pocas palabras, quedaba muy claro —en las afirmaciones de Rooverts— que no le desagradaba la existencia de un “local de tertulia” en la AMB, sino que tal Asociación no había dado pasos para adjuntar a tal espacio los elementos profesionales destinados a consolidar una sociedad científica.

Las palabras de Rooverts también son por demás interesante si se las toma en su referencia geográfica; no es casualidad que las referencias se orienten a las sociedades caballerescas —como lo fue a mediados del siglo XVII la Royal Society— o aquello que Maurice Agulhon denominó —para la Francia revolucionaria y post revolucionaria— círculos burgueses. Asociatividad caballeresca y actividad experimental —en especial en el seno de la profesión médica— serán elementos centrales a la hora de explicar el proceso de cristalización de actividades experimentales, que serán invocadas con el nombre de tecnologías materiales, literarias y sociales, en los capítulos 4 y 5. Por último pero no menos importante, la cita de Rooverts es de pertinencia histórica para referenciar los conflictos entre actores. Rooverts está remitiendo dichas líneas a los miembros del cuerpo médico que luego de 1875, sería el principal objetivo de crítica de los estudiantes aglutinados en la sociedad. De alguna manera dichas líneas tienen algo de profético o premonitorio; está apreciando las bondades de un tipo de herramienta de sociabilidad que había comenzado a tener presencia en la escuela desde inicios de 1871, y que tenía una presencia calificada de “bulliciosa” y “nerviosa” en la ciudad desde 1852 (Sabato, 1998: 54; 1999: 168; González Bernaldo, 2008: 274).

Última forma de conflicto a invocar en estas páginas, es el motín o la revuelta explícita. Acaso sea una de las formas más difíciles de seguir desde fuentes oficiales pues tienden a ser reticentes a describir –por pudor institucional– este tipo de conflictos. Más tal opacidad no implica su inexistencia. Luego con el inicio de siglo y con la aparición de centro de estudiantes –como ha señalado Susana García– se podrán apreciar algunas descripciones sobre las revueltas estudiantiles, tal y como aparece en los primeros años de la *Revista del Centro de Estudiantes de la Facultad de Medicina*. En 1875 hay un motín en el centro de la ciudad que derivó en revuelta popular, con el Asalto al Colegio de San Carlos y quema de la iglesia de San Ignacio. Tales acontecimientos han sido descritos por Hilda Sabato y son los sucesos del 28 de febrero de 1875, presentados en la prensa local a inicios de marzo (Sabato, 1998: 234). El motivo para focalizar en tal movilización es que entre sus múltiples voces, actores y objetivos, gravita con alguna fuerza el Club Universitario; más aún, en dicho Club aparece al menos una figura relacionada en forma estrecha a la primera década de la vida del Círculo Médico, como sería el futuro Dr. –pero a esa fecha aún estudiante– Telémaco Susini. En efecto, el futuro creador del Museo de Anatomía Patológica y director de la Asistencia Pública de la ciudad en 1886, era uno de los jóvenes anticlericales que –según la prensa de la época– lideró el motín en las puertas del Colegio.

Más allá de la figura específica del futuro prestigioso Dr. Susini, la difusa figura del Club Universitario –cercano a la figura del presidente Nicolás Avellaneda– apareció relacionada a la convocatoria de un mitin contra las medidas que implicaban la puesta en funcionamiento de dos colegios bajo la tutela de los Jesuitas.

Los sucesos presentados en la editorial, muestran el siguiente concatenamiento. El diario la Razón se declara opositor a los Jesuitas y a la figura del Arzobispo Aneiros y a pesar de tal o posición condena los hechos sucedidos el día 28 de febrero. ¿Cuáles hechos? Una multitud de 2000 a 3000 jóvenes convocados por la asociación Club Universitario marchan al colegio y templo de los jesuitas. Punto de capital importancia es el enfrentamiento entre “la mejor policía del mundo” –que dice estar en solidaridad con las consignas de la multitud– y los distintos grupos que componían la marcha, con el resultado de varias muertes (dos) y heridos (al menos cinco) entre los jóvenes. Por

demás interesante es la aparición de la comparación del grupo de estudiantes universitarios con: (A) Los revolucionarios de Septiembre (Mitre); y (B) Los peores elementos de la Comuna de París (*La Prensa*, 1875).

1.4. A MODO DE CIERRE

En las páginas precedentes se buscó presentar un contexto histórico indispensable para abordar una institución como el Círculo Médico Argentino, tarea a abordar en los 4 capítulos restantes.

Dicho contexto se ha trazado a partir de dos tipos de datos y cuestionarios historiográficos. De un lado cuestionarios empíricos y de otro lado, cuestionarios conceptuales; en ambas situaciones ha habido decisiones y objetivos profesionales a seguir. Desde un punto de vista metodológico se ha tratado de evitar por partes iguales lo que Wrigth Mills denominó el problema del “*empirismo abstracto*” así como también el de la “*gran teoría*”, vale decir, lograr en la medida de lo posible en una investigación un equilibrio entre preguntas de ambos órdenes, sin transformar el trabajo en una *aplicación* de una teoría al material empírico, o por el contrario el relato deshilvanado de *hechos* puntuales, según rezaban las miradas historiográficas más clásicas (Germani, 1961: 18) Y al calor de estas preocupaciones es que han sido elegidas las herramientas de trabajo, provenientes tanto de la historia social clásica, como de la historia social de la ciencia no menos clásica. Las mismas, han sido elegidas y utilizadas – operacionalizadas– a fin de resaltar la *utilidad* entre ambos órdenes de trabajo, el conceptual y el empírico. Los conceptos utilizados en estas páginas, tales como *grupos sociales, instituciones y formas de conflictos sociales*, no son antojadizos, ni parte de una moda intelectual, antes bien se los eligió porque permiten tanto jerarquizar problemas de investigación, como al mismo tiempo hacer preguntas al material empírico.

Por su parte, desde el punto de vista del material empírico, se ha tratado de no contar historias y problemas ya abordados, en especial en materia de historia de las universidades o en el estudio de la profesión médica (Cantón, 1925; Halperin Dongui, 1962; Buchbinder, 2005; Leandri, 1999; Di Liscia 2002). En tal sentido se han privilegiado preguntas sobre el abanico de fuentes trabajadas que permiten resaltar con

nitidez varios elementos empíricos. Primero, se han podido apreciar grupos sociales. En efecto, se focalizó sobre tres grupos dentro de la escuela médica de Buenos Aires entre 1870 y 1915, el cuerpo docente, los alumnos y los graduados relacionados a la institución, en calidad de docentes sustitutos desde 1886. Tales grupos pueden ser recortados prestando atención a aspectos de sus prácticas y representaciones dentro de espacios bien concretos, como son la profesión y escuela médica y luego la universidad. Dichos aspectos han sido su vida jurídica, su vida material y en la medida de lo posible por las fuentes, su universo de representaciones políticas, científicas y médicas; estas últimas serán el eje de atención en los capítulos 4 y 5.

Así pues –y en segundo lugar– se ha detenido la atención en los *espacios e instituciones* que aquellos grupos crearon, en forma central en la escuela y universidad de la época. Es bien claro que estas instituciones fueron creadas por la actividad de aquellos grupos y que, al mismo tiempo, tales instituciones afectaron a los propios grupos que las crearon con el correr de las décadas. El crecimiento de la Universidad y de la Facultad de Medicina y, en especial, el crecimiento desigual de los “personales” que integraban este último espacio fueron un poderoso motivo de conflictos, como se podrá apreciar también en los capítulos 2 y 3, a la hora de focalizar sobre las relaciones de poder en el CMA. Precisamente, para poder apreciar con algún detalle los aspectos de esta institución como grupo de sociabilidad con fuerte presencia de defensa de derechos gremiales de estudiantes y graduados, es importante haber visitado el papel del cuerpo docente en la escuela médica desde la re apertura de la escuela a mediados de 1852.

Por último y en estrecha relación, se focalizó la atención sobre los tipos de *conflictos* presentes en esta escena tanto entre los personales que integraron la escuela en estos años, como en sus instituciones. De hecho en los dos capítulos siguientes se apreciará cierta correlación entre los conflictos dentro del grupo de sociabilidad que era el CMA y, por su parte, los conflictos existentes en la escuela médica. No se ha pretendido rescatar todos los conflictos, tarea que depende de otro tipo de estudio; si se han subrayado los conflictos pertinentes, mínimos para comprender la vida de la sociedad. Como ha señalado la cita de Pedro Roovers, un tipo de conflicto está presente con claridad a la hora de dar vida a un contexto para la sociedad: “ausencia de orgullo” y “espíritu de sociedad”, además de la ausencia de espacios físicos, así como de un interés

manifiesto en los alumnos, por el doble motivo de ser pocos alumnos aún en la escuela y de poseer representaciones grupales altamente excluyentes, como atribuye en forma extensa el redactor de la Asociación Médica Bonaerense.

Estos actores, instituciones y tipos de conflictos, han permitido comprender el surgimiento de una institución científica, o mejor aún, el paso de un círculo (o club) de sociabilidad formado por un grupo de estudiantes de medicina que se auto percibía como integrado por “notables de la ciudad”, a una institución científica madura que se siguió percibiendo en el mismo lugar de notabilidad científica, por décadas. Estos grupos son lo que se denominarán “actores” en la escena a contar en los capítulos siguientes.

Al mismo tiempo, los actores, las instituciones y sus conflictos, son el material historiográfico indispensable para abordar un punto no menor de la vida de la sociedad, como es su decidida vocación por realizar actividades que contribuyan a cristalizar un sentido social para la ciencia y la técnica en suelo local, según la feliz expresión de Leoncio López-Ocón (López-Ocón, 1998: 220). Como se podrá apreciar en detalle en los capítulos 2 y 3, tal cristalización de una sensibilidad en materia de ciencia y técnica en los antiguos territorios virreinales no se desentendió de procesos, actores y estrategias, presentes en Europa desde los tiempos de la revolución científica, sin que por ello se deba hablar necesariamente de una revolución semejante en el nuevo continente. (Porter y Teich, 1992: 4).

Ciertamente, ocupará un lugar preponderante la figura del grupo de sociabilidad, club, o círculo de notables de la ciencia, en este caso de la medicina. Y dicha figura permitirá apreciar un parecido no menor a los grupos de sociabilidad de notables, tal y como los describió Maurice Agulhon en *El Círculo Burgués*, o como los describió Maurice Crosland a la hora de estudiar la sociabilidad que rodea a la Academia de Ciencias de París, o por último, al círculo de notables que según la autorizada voz de Rupert Hall conformaba la vida estable de las primeras décadas de la Royal Society (Agulhon, 2009 [1977]: 133; Hall, 1950: 199; Crosland, 1996: 44). Al igual que sucediera en otras latitudes, la sociedad civil burguesa que cobró vida en la Buenos Aires de mediados del XIX, apreció el florecimiento de grupos de vecinos notables –no menos comprometidos

con el orden burgués– aglutinados en torno a la producción y defensa de saberes científicos defendidos como expertos, profesionales, racionales, y notablemente superiores –al decir de sus propias representaciones– en materia de ciencias médicas.

CAPÍTULO 2

EL CÍRCULO MÉDICO ARGENTINO: ENTRE LA SOCIABILIDAD ESTUDIANTIL Y LA MILITANCIA CIENTÍFICA

“Los intelectuales de clase media, que en Inglaterra se combinaron para formar sus propios clubes en los que se reunieron de igual a igual, eran tanto en Francia, como en Italia, más dependiente de los buenos oficios del patrón. Así, a principios del siglo XVII, uno de los grupos más notables de París para la literatura y el aprendizaje se reunía regularmente en la residencia del historiador de Thou. Su patronato, que incluyó el uso de su valiosa biblioteca, fue continuado por sus familiares, los hermanos Dupuy hasta aproximadamente 1662. Reuniones menos exaltadas se hicieron en la Oficina d'Adresse gestionada por el periodista de Renaudot. En éstas, como en el gabinete de las Dupuys, las noticias literarias y políticas eran más esperadas que la discusión de temas científicos. El círculo de Mersenne, sin embargo, limitó su atención casi exclusivamente a los asuntos científicos y matemáticos: fue él, por ejemplo, quien anunció los descubrimientos de Galileo a sus alumnos, quien hizo moneda corriente el sistema cartesiano, y dio publicidad al problema de Pascal con la cicloide” (Hall, 1954: 195).

Una evolución progresiva de la sociabilidad consistirá, entonces en la aparición de asociaciones voluntarias (el partido, el club, por oposición a la familia, el taller, el estado) cada vez más numerosas y diversificadas, y, por otro lado, en el paso del estadio informal (jóvenes futbolistas en un terreno baldío) al estadio *formal* (club deportivo) Si admitimos que la sociabilidad así definida es una de las modalidades de la historia de la civilización en la llamada época “contemporánea” (desde fines del siglo XVIII hasta nuestros días) y que, además, su relativa rapidez e influencia y sus diferencias de aspecto son un elemento de comparación y de

estudio para las costumbres y la psicología diferencial de las diversas entidades territoriales, podemos preguntarnos por qué no se la estudia un poco más (Agulhon, 2009 [1977]: 39).

Si los temas tratados en el capítulo 1 pueden ser considerados los elementos de estructura –en el sentido de “grupos de relaciones sociales históricamente cristalizadas”– de la escuela médica y la universidad, interesan a fines de dar vida al contexto en que se inscribe la institución a estudiar (Gramsci; 1974 (4): 220 - 221). Así pues, en el presente capítulo estudiaremos el surgimiento y posterior consolidación del Círculo Médico Argentino (CMA) en sus aspectos materiales, vale decir que se focalizará principalmente en el tipo de relaciones sociales y prácticas de sociabilidad trabadas entre un grupo no menor de estudiantes y graduados de la escuela médica local (Souza, 2007: 142; 2008: 74).

Como se ha señalado en la introducción, entre los problemas de investigación circunscritos a la institución han basculado con fuerza aquellos que permitieran reconstruir aspectos de su “ser social”. Así pues con especial énfasis se buscará analizar las prácticas asociativas de la institución considerando: (1) El ejercicio de una intensa vida gremial y política –sea ésta política doméstica o externa a la institución– en especial, el tipo de acciones políticas destinadas a defender intereses gremiales afines a los grupos mencionados, así como también aquellas otras actividades tendientes a cristalizar una identidad de la sociedad, frente al resto de los actores que daban vida a la escuela médica y universidad local. Tales temas (y estrategias) se abordarán en el presente capítulo y en el siguiente. En estrecha relación, se prestará especial atención a (2) la puesta en práctica de un complejo programa experimental, al modo en que a esa altura lo habían realizado varias instituciones europeas, americanas y también porteñas, desde fines de siglos XVII a mediados de siglo XIX. Tal puesta en práctica de un programa experimental es lo que hace a la sociedad un “dato llamativo” para la historia social de las ciencias médicas locales (Souza, 2008: 74). Este último tema ocupará los dos últimos capítulos de la presente tesis.

Si la historia social de la ciencia y la historia social de la medicina son el marco analítico referencial, entonces el primer problema es la delimitación del estudio (Kragh, 1996: 40). En efecto, ¿cómo abordar –en los apretados tiempos y espacios académicos– el estudio pormenorizado de una sociedad de vida compleja, rica en matices que pueden ser indicios valiosos para la comprensión de la vida de las ciencias médicas locales? Como fuera señalado en la introducción, se privilegió el estudio de sus primeras cuatro décadas, que van desde su fundación en junio de 1875 hasta fines de 1914, año del fallecimiento de uno de sus creadores y primer presidente, el doctor José María Ramos Mejía.

Durante esos años florecieron al menos dos generaciones de estudiantes y graduados que imprimieron su estilo a esta institución, quedando ambos grupos inscritos dentro de lo que Levi y Jean- Schmitt han definido como *historia de la juventud* (Levi y Schmitt, 1996: 20). En esos términos se pensaron y actuaron tanto hacia sí mismos, como hacia otros grupos, en especial hacia el cuerpo docente. Durante estas décadas el grupo de jóvenes asociados logró edificar un centro gremial, experimental y médico en el centro físico (y cultural) de la pujante y cosmopolita urbe porteña. Hacia inicios del presente período se presentaron como los jóvenes que venían a predicar en “el desierto” de las ciencias médicas y experimentales locales; por su parte hacia fines del período estudiado, algunos de los ya ancianos galenos –que había participado desde sus primeros años– señalaron a la sociedad como el “ariete” con el que una generación de estudiantes “embistió” contra la casa de estudio y en especial la academia de medicina.

Luego –y desde el punto de las representaciones científicas– aquellas fechas delimitaron la consolidación y crisis de un cuadro situacional específico dentro del pensamiento médico local y, al mismo tiempo, la presencia de tópicos o imaginarios científicos no menos importantes en aquel contexto. Como se podrá apreciar en los capítulos 4 y 5, la generación médica de “El Licenciado Cabra” promocionó la medicina clínica francesa y alemana, así como la recreación de la *medicina nacional* o el aprendizaje de la *lectura del libro palpitante*. Por su parte, los estudiantes y socios del CMA al momento del centenario han realzado otras mentalidades médicas, tales como la práctica de la fisiología y el trabajo de laboratorio, según parece evidenciarlo la frecuente presencia de

artículos firmados por el joven socio, presidente y redactor de la sociedad, Bernardo Houssay (Souza y Hurtado, 2010: 900; Buschini, 2009: 235). También se han puesto de moda hacia esta fecha los escritos sobre psiquiatría a partir de las frecuentes colaboraciones de un ex socio y articulista llamado José Ingenieros y, ciertamente, no son menos visibles los textos de otro socio con mucho potencial científico en el campo de la medicina social e higiénica como es el director de los *Anales* de la SCA y secretario de la Comisión Directiva en 1910, el joven Salvador Mazza. Estos referentes de la medicina local fueron famosos en disciplinas distintas y, sin embargo, poseen un sólido vínculo en cuanto a sus identidades científicas. Son herederos de la cultura experimental pregonada por la generación de estudiantes a la que perteneció Ramos Mejía, caracterizado por resaltar la importancia de la investigación científica como parte fundamental del compromiso estudiantil con la vida médica.

Ahora bien ¿por qué rescatar el papel de los jóvenes de la escuela definidos con anterioridad en el estudio del CMA en estas cuatro décadas? Se trata de evitar aquí el problema señalado por Mario Biagioli en el análisis de las instituciones científicas, esto es, escapar al “fetichismo de la institución” (Biagioli, 2008 [1993]: 28). En nuestro caso se trata de matizar la imagen de coherencia y cohesión institucional dada por la propia sociedad y defendida orgullosamente por sus miembros. En términos algo más técnicos, también para darle un contexto social e histórico a una actividad proclive a ser desgajada de las relaciones sociales de su época. (Kragh, 1998: 124).

En efecto, el estudio del CMA invita a plantear el problema por el papel de los alumnos y graduados en el proceso de renovación de la medicina porteña, frente a una representación aceptada que les da un lugar de orden secundario dentro de la vida de la Facultad. Dicha imagen surge al calor de los mismos conflictos que se han señalado en el capítulo anterior y confunde el lugar subalterno que los alumnos ocuparon dentro de la universidad con el aporte que hicieron a la renovación de la medicina y de la ciencia de su época. En pocas palabras ocupar las bancas en las aulas universitarias porteñas de segunda mitad de siglo XIX en calidad de alumno, no implica ser un sujeto subordinado y de escasa presencia en el papel de demiurgo de las ciencias médicas y experimentales locales.

Así pues no deberá extrañar que de las filas de este actor se alimentara el movimiento de crítica y renovación científica existente en la Facultad de Medicina después de la epidemia de 1871. Sumados a otros actores de relevancia en la esfera pública, como por ejemplo la prensa, grupos médicos disidentes dentro de la Facultad, así como el poder político de la provincia y el Poder Ejecutivo, dan forma a la crisis por la cual se erosiona el poder de la elite médica. En pocas palabras, su contribución específica a dicha crisis es la crítica de la autoridad profesional desde el interior de la profesión, al punto de quebrar la práctica de gobierno de la universidad, al mismo tiempo que el marco jurídico que le daba su legitimidad, a saber la ya mencionada ley Avellaneda (Leandri, 1999: 185; Souza, 2008: 74).

De esta manera, se intenta conjurar problemas clásicos, tanto en la historia social de la ciencia como en la historia social de la medicina, como son el idealismo y el internalismo (Kragh, 1998: 36; Shapin, 2000: 27; Biagoli, 2008: 26-27). Esta vía nos llevará a subrayar el carácter de *Círculo* o *Club* de agremiación que posee esta experiencia; como ha señalado Maurice Agulhon la primera acepción remite a la experiencia francesa y la segunda a la experiencia inglesa, tomada por aquellos como su lugar original (Agulhon, 2009 [1977]: 75). Quizá no sea casualidad que los miembros del CMA se identificaran con la Royal Society –fundada en Londres en 1660–, en tanto esta última era un espacio de sociabilidad de varones, miembros de la elite y, por lo tanto, ciudadanos de pleno derecho de la “República de las Letras”. Como se podrá apreciar en el capítulo 4 y 5, buena parte de los socios del CMA conocieron de primera mano hospitales e instituciones de Inglaterra, Francia y Alemania. Ciertamente, no les era ajena la existencia de un “Círculo Médico de París”, como no les fueron ajenas otras instituciones de la medicina francesa, como sus hospitales, sus asilos, sus planes de estudio, sus anfiteatros o sus laboratorios.

A través de aquella experiencia asociativa y gremial, los socios de la institución promovieron la crítica de las concepciones y prácticas médicas dominantes hasta ese momento en el seno profesional porteño, si bien cabe aclarar que las transformaciones en este plano adquieren una dinámica propia que excede cronológicamente los límites de esta tesis. En efecto, como afirmaron los redactores –y los comunicados de las comisiones directivas– en más de una ocasión se percibieron a sí mismos como una de

las pocas organizaciones que predicaba en el desierto de las ciencias médicas y experimentales locales, tratando de inscribir a la Escuela Médica (y Universidad) de Buenos Aires en el ya nutrido grupo de científicos experimentales que en distintas capitales occidentales, daba vida a la “republica de las ciencias”.

Sobre estas consideraciones, el presente capítulo focalizará su atención en el perfil de los dos grupos de socios mencionados, en especial considerando sus relaciones de conflicto y de consenso, a partir de las cuales cobró vida la sociedad. Tal tipo de relaciones permiten apreciar modalidades distintas del sujeto que representaba la Sociedad, vale decir, la *juventud estudiosa*. Se pondrá el acento en los intereses materiales y políticos que los unieron durante los primeros veinticinco años de su vida, para luego distanciarlos, al punto de formalizar su pertenencia a instituciones distintas, para luego volver a reunirse en una nueva sociedad en 1908. Se prestará especial atención a una situación que los unió mas allá de sus intereses explícitamente contrapuestos durante su primera etapa. Tal situación es lo que se ha visto en el capítulo anterior como el conflicto con el cuerpo docente –o lo que es lo mismo, con la Academia de Medicina– de la escuela médica local. En efecto, el conflicto con “los dioses del Olimpo de la calle El Comercio” jugó el papel de aglutinante de ambos grupos durante las primeras décadas de vida de la sociedad. Luego, se podrá apreciar que el crecimiento asimétrico de ambos grupos, tanto en la escuela como en la Sociedad, así como las disputas por el control formal de la institución, abrió un espacio de conflicto mayor al existente con la Academia de Medicina desde la década de 1870; tal situación originó el proceso de escisión referida anteriormente.

Respecto de las *relaciones de consenso*, se estudiará en el siguiente capítulo un tramo de la intensa vida asociativa llevada adelante, con especial hincapié en los ritos y fiestas de sociabilidad (masculina) que cobraron visibilidad durante estas cuatro décadas. Entre esas últimas, cabe destacar las fiestas anheladas, tales como las fiestas científicas, los distintos tipos de ágapes conmemorativos, y la práctica de deportes. Por su parte, un punto por demás interesante a explorar son las fiestas solemnes –y no tan deseadas como las anteriores– como las ceremonias científicas conmemorativas o también los obituarios de socios activos y corresponsales. Estos últimos poseen un valor especial, de corte metodológico, en tanto permiten confrontar las imágenes idealizadas de la

profesión, frecuentes tanto en los propios actores como, en mayor medida, en sus inmediatos sucesores.

2.1. LOS ORÍGENES DEL CMA

¿Por qué estudiar una sociedad científica de estas características? Varios motivos permiten fundamentar tal opción. Primero, porque el CMA tiene algunas características peculiares para ese ortodoxo mundo que es la “República de las Ciencias” finisecular. Está integrado por estudiantes y jóvenes en un mundo fuertemente impregnado por imágenes de autoridad y por el culto a las tradiciones científicas. Ello implicó el aprendizaje –ciertamente no ajeno a conflictos intensos– acerca de cómo posicionarse en aquella república como un ciudadano de pleno derecho *a pesar* de su juventud, al menos en sus primeros quince años de vida.

Segundo motivo de consideración analítica es la influencia que ejerció su presencia, influencia que se puede apreciar en términos directos y en términos indirectos. Se sostendrá que dicha influencia es el motivo que permite hablar de la sociedad como un “partido de hombres de la cultura” (Gramsci, 1874 (5): 327). Más aún en el contexto del asociacionismo científico floreciente en las ciencias médicas latinoamericanas de segunda mitad de siglo XIX, la sociedad aparece como partido de una cultura muy especial, como era la cultura médica y experimental (Leandri, 1998: 188; Fúnez Monzote; 2004: 44).

En términos directos, señalamos en el apartado anterior que el CMA es la organización que cuestiona la autoridad de la elite médica, en un contexto caracterizado por la sumatoria de críticas provenientes desde la esfera pública. A partir de esta crítica interna, en el CMA se abre un espacio de construcción de poder político como institución científica de referencia. Como se podrá apreciar en los capítulos 4 y 5, buena parte de esa actividad de socavamiento de la autoridad científica consolidada en la Academia, supuso la implementación de espacios donde se pudiera dar forma –discutir y remodelar– una “experiencia social” en materia de las distintas actividades que componían el “estado del arte” a fines del siglo XIX (Souza, 2008: 74).

Para ello se montaron –ciertamente con éxito dispar, cuando no sin éxito– algunas experiencias, o lo que se denominará en el capítulo 4 *tecnologías materiales* –otra noción de lo que en el lenguaje de la historia social clásica se ha denominado *prácticas*– instancia cada vez más apreciada por la historia social de la ciencia y la historia social de la medicina en la actualidad (Kriege y Pestre, 2005: 10). Entre estas prácticas, figuran experiencias clínicas, tareas de laboratorio, tareas en el anfiteatro anatómico, tareas de biblioteca y hemeroteca, y por último pero no menos importante, tareas “escriturales” vale decir, fomento de la escritura en géneros científicos y médicos específicos, al punto de armar cuerpos de redacción, tribunales de evaluación, etc. En pocas palabras buena parte de su caracterización como Círculo, es su intensa actividad de proselitismo científico y médico en el grupo de sus asociados, como en la sociedad civil de su época, propaganda científica que acaso fue escuchada con reparos, incluso por sus propios miembros, mas no por ello *inexistente* o de escaso *valor analítico*.

Acaso por ello es que, en términos indirectos, sus huellas son de largo alcance en la escuela local. La historia de las ciencias médicas porteñas durante la primera mitad del siglo XX ofrece algunos hechos de importancia que refractan la existencia del CMA. Entre otros, la obtención del primer premio Nobel en Fisiología y Medicina por parte de Bernardo Houssay, en 1947, mencionado anteriormente (Buch, 2006: 185; Hurtado, 2010: 57). Otro hecho de importancia es la Reforma Universitaria de 1918 ¿Cómo no ver en la acción de los estudiantes de medicina las influencias y el estilo político del CMA renovado por los socios del centro de estudiantes a partir de 1900? ¿Cómo no recordar que la declaración fundacional de la Federación Universitaria Argentina se firmó en el –a esa altura– “viejo” edificio de la calle Corrientes al 2038, donde funcionó durante algunos años la sede de la Federación Universitaria de Buenos Aires? En pocas palabras, desde el punto de vista de la historia de la ciencia y, en particular, de la historia de la medicina Argentina, el CMA es una institución relevante hacia fines del siglo XIX y principios de siglo XX. Ciertamente no son estos los únicos motivos analíticos, acaso sí los más relevantes que afloran desde el cúmulo de material empírico existente para los primeros años de vida de la sociedad.

Así pues justificada su importancia analítica, corresponde justificar una estrategia de exposición de los rasgos sobresalientes de dicha sociedad, es decir, de aquellos que la

caracterizan como un centro gremial y científico de importancia para las ciencias de la vida locales finiseculares. En tal sentido, aquí se ha adoptado como recurso la fragmentación de su vida social en cinco grandes períodos cronológicos que ocuparán las páginas del presente capítulo. Tal estrategia adopta en lo fundamental los argumentos presentados por Maurice Crosland en la exposición de su trabajo sobre la Academia de Ciencias de Francia entre 1795 y 1914 (Crosland, 1992: xiv). En dicho trabajo, el autor manifiesta estar interesados por períodos puntuales de una institución tricentenaria, como es la actual Academia de Ciencias de París durante aquellos años. Y siendo dicho período un plazo de tiempo lo suficientemente largo como para albergar distintos agrupamientos de científicos y, al mismo tiempo, distintos criterios de la ciencia francesa, Crosland utilizó un tipo expositivo basado en el comentario y análisis de hechos y fuentes relevantes a la vida de la institución en períodos de dos décadas que recorren cronológicamente la extensión del siglo XIX. Entre las ventajas que ofrece tal modo de presentación, figura la de no dar por sentada una falsa imagen de homogeneidad de la institución y la de poder apreciar con nitidez sus transformaciones internas. Mismas ventajas que se buscan obtener en el presente trabajo con la adopción de los cinco períodos o tramos de la vida del CMA adoptados como criterio de exposición (Crosland, 1992: 75).

Cada uno de ellos permite apreciar con alguna nitidez la inscripción de la sociedad en la ciudad de su época y su desarrollo como institución de promoción de las ciencias médicas. A lo largo de los 40 años que cubren estos cinco períodos, se podrá apreciar la formación de una sociedad dedicada a la discusión y promoción de actividades gremiales relacionadas a las ciencias de la vida, donde dicha sociedad albergó a distintos grupos y a sus relaciones, las cuales aparecen atravesadas por distintos tipos de conflictos –como los que se han presentado con anterioridad–, que los enfrentaban entre sí y que, al mismo tiempo, los enfrentaban a un escenario como el de la escuela médica, la universidad y la sociedad civil porteña de la “*Belle Époque*” finisecular y oligárquica.

¿Por qué elegir una estrategia de exposición que transita el delgado (y polémico) límite de lo “coyuntural” y lo “estructural”, en materia de escalas históricas? Ello es así porque permite mostrar aspectos estructurales en un período y una sociedad, en un área de estudios donde no abundan dichas referencias sino hasta hace muy poco tiempo.

Organizar el relato prestando atención tanto a los aspectos estructurales como a los “mil hilos de la historia”, permite dar visibilidad o ilustrar fenómenos sociales e históricos relevantes para una historia social de la ciencia y una historia social de la medicina local. Por su parte, no es de menor importancia para exponer en términos empíricos el proceso que López-Ocón han denominado “cristalización de un sentido público para la ciencia y la técnica en las ex capitales virreinales”, como Buenos Aires (López-Ocón, 1998: 220).

Ahora bien cabe preguntarse, entonces, ¿cuál era el “ser social” de la sociedad en cuestión? Como se ha dicho ya, es esta una sociedad gremial y científica compuesta por un grupo de asociados pertenecientes al claustro alumno de la escuela médica de Buenos Aires. Tal grupo se reconoció –en reiteradas ocasiones– como jóvenes estudiantes o graduados, donde este último paso en su carrera marcaba un punto de inflexión. En tal sentido la coexistencia no fue ajena a conflictos y, ciertamente, la intensidad de dichos conflictos marcó la vida de la sociedad. En efecto, como se podrá apreciar en detalle más adelante la vida política e institucional de la sociedad se consolida durante sus primeros 25 años, momento en que estudiantes y graduados mantuvieron a pesar de tensiones puntuales algunos intereses comunes. Luego vino un periodo de cuestionamientos y secesión entre 1900 y 1907 en donde ambos grupos formalizan sus conflictos de intereses en el distanciamiento y la creación de una nueva institución como es el Centro de Estudiantes de la Facultad de Medicina (CEFM). Dicha institución retomó las antiguas banderas estudiantiles de 1875 y se definió a sí misma como un centro de agremiación estudiantil en exclusividad. Seguidamente en 1908 se produce la fusión de ambas sociedades dando paso a una nueva etapa en la vida del antiguo círculo y del recientemente fundado centro de estudiantes; esta segunda etapa muestra un perfil algo distinto, con un claro acento en los intereses gremiales de los estudiantes, aunque sin duda todavía con fuertes puntos de contacto con las experiencias originales, en especial en su compromiso con la práctica y promoción de las ciencias médicas. Es esta segunda versión del CMA la que se dispone hacia 1917 a participar de los acontecimientos popularmente conocidos como la *Reforma Universitaria*, momento en que finaliza nuestro ejercicio de análisis.

Ciertamente –se pensará– es un ser social exiguo, un perfil trazado a partir de ciertos criterios con los cuales se han armado los distintos cuestionarios empíricos. En tal sentido, se señalará que se ha prestado atención a cinco aspectos visibles en las casi cinco décadas de documentación, por lo demás aspectos presentes en estudios de otras tantas instituciones científicas locales y extranjeras. (Crosland, 1996: 91; Agulhon, 2009 [1977]: 95). Ellos son: (1) una estimación de su representatividad como agrupación de sociabilidad distinguida respecto del número de estudiantes total de la escuela; (2) una estimación –en la medida de lo que hacen posible las fuentes– de la distribución de los grupos fundantes en la sociedad vale decir, los estudiantes y graduados; (3) ¿qué tipo de actividades gremiales emprenden las comisiones directivas? Junto a estos aspectos sociales e institucionales, se ha prestado especial atención a: (4) la vida material y económica de la sociedad, pues en forma similar a lo afirmado a la hora de hablar de la universidad y la escuela médica, se sostendrá que es parcial aquel intento de estudiar las prácticas científicas sin conocer su relación con las distintas formas de avituallamiento de dicha práctica.

Por lo demás, lejos de ser una insidiosa hipótesis materialista, ya se ha podido apreciar con anterioridad que son las voces de los actores que afloran en el material empírico las que indican esa dirección de análisis: la práctica de la ciencia durante la segunda mitad del siglo XIX, pide a gritos una relación con la *serpiente de mil cabezas*, o *el poderoso influjo del dios dinero*, señalado por Wernicke y Puelma Tupper, en el capítulo anterior. Ciertamente la cantidad y extensión de citas al respecto podría extenderse al punto del engorro y la obviedad.

Para su estudio como sociedad científica que promocionó las ciencias médicas en la Buenos Aires finisecular, se ha seguido la pista de un aspecto adicional: (5) sus actividades y emprendimientos científicos y médicos. Como se ha señalado con anterioridad se dedicará a este último espectro de actividades los capítulos 4 y 5, por la centralidad que ocupan dichas actividades para entender al círculo de sociabilidad como espacio en que cristaliza una sociedad científica madura, pionera en la inscripción de un programa experimental en las ciencias médicas (Crosland, 1996: 50).

2.2. LOS MOTINES ESTUDIANTILES ENTRE 1871 y 1875

¿Qué es el CMA? ¿Qué es un círculo burgués tal y como lo presenta Maurice Agulhon a la hora de estudiar esta experiencia en la posrevolucionaria Francia, de primera mitad de siglo XIX?

Desde ya tales pregunta se hacen lejos de buscar entelequias fijas a la hora de analizar el material empírico, y cerca de querer apreciar experiencias sociales e institucionales en contexto histórico, consideradas de alguna utilidad, para la historia de las instituciones científicas rioplatenses durante el siglo XIX. Luego, es importante señalar que la figura del círculo burgués, no es invocada sin objetivos historiográficos; entre ellos dos de importancia central son que el estudio de instituciones científicas se ha beneficiado de tal utilidad en el estudio de instituciones concretas para la Europa de los siglos XVII al XX, como la ya mencionada Academia de Ciencias de París (Agulhon, 2009 [1977]: 113; Schiebinger, 2004: 54). El segundo es que tal figura en estrecha relación a lo que Shapin y Schaffer han denominado “estudio de controversia” utilizado como herramienta para estudiar la presente institución, permiten dar vida a lo que Antonio Gramsci presentara como conflictos entre grupos intelectuales (Shapin y Schaffer, 2005 [1985]: 44). Acaso la fusión de ambas herramientas, es lo que permite ver una institución como la que aquí se trabaja como un *partido*, de *hombres de la cultura*, y de una forma muy particular y cada vez mas justipreciada como es la cultura científica y médica, de vocación empírica y experimental. La inscripción de lo que en el capítulo 4 y 5 se denominará un programa experimental para las ciencias médicas, no es algo ajeno a conflictos entre los distintos grupos que integraron una sociedad médica, así como la historia de las instituciones científicas no es ajena a una historia de los grupos intelectuales de una sociedad, en este caso, las profesiones liberales de la ciudad de Buenos Aires de la época (Leandri, 1998: 189).

Una respuesta sintetizada a aquella pregunta, es que la sociedad estudiada en las páginas siguientes, incluye al menos dos tipos de relaciones sociales y de conflictos. De una parte, las relaciones de igualdad y camaradería implicadas en la membrecía a un círculo burgués, como también se puede apreciar en otras instituciones científicas, sobre las que –en forma nada casual– gustaba proyectarse el CMA. Buena parte de este discurso igualitarista y combativo –de fuertes intereses gremiales– se ve fortificado durante sus

primeros años en estrecha relación al conflicto con el cuerpo docente, presentado en el capítulo anterior. De otra parte, se puede apreciar aspectos de conflicto y jerarquía entre el propio grupo de asociados, que presencian su ampliación con la conformación de grupos con intereses contrapuestos al interior de la sociedad. Cobran vida diferencias dentro de él, que finalmente se proyectan en situaciones de conflicto y ruptura de la institución.

¿En qué momentos aquellos elementos propios de la escuela médica se anudan de modo tal que dan vida al “círculo burgués”, vale decir al incipiente grupo de sociabilidad que luego devendría en la sociedad científica de inicios de siglo XX?

Dichos elementos toman forma en coyunturas específicas, como es el caso de los conflictos señalados con anterioridad, en especial el que se extiende desde diciembre de 1871 con la creación de la Sociedad 13 de Diciembre a junio de 1875 con la creación del CMA, tomando el nombre del ya afamado Círculo Médico de París. Como se ha podido apreciar en reiteradas ocasiones, no es este el único homenaje que el lenguaje médico local rinde a la “escuela médica” referencial de primera mitad de siglo XIX, como era la escuela médica parisina (Gelfand, 1993: 1116; Weiner, 2002: 137; Ackerknecht, 1966: 31). Como se ha señalado anteriormente, entre los elementos de estructura cuenta como trasfondo social y político el proceso de configuración de la esfera pública porteña; entre cuyas características figura la presencia de un clima de asociacionismo (Sabato, 1998: 56; Sabato, 1999: 169; González Bernaldo, 2008: 332), clima del cual tanto la universidad como la escuela médica –por ese entonces funcionando como instituciones separadas– no se vio excluido.

Se ha dicho que el CMA es un círculo de sociabilidad burguesa, relacionado a un proceso asociativo mayor, presente en la ciudad al menos desde la caída de Rosas y reforzada siete meses más tarde, con la revolución de septiembre de 1852. Mas esta historia de agremiación estudiantil atravesada de aspectos sociales propios a la ciudad, posee un origen específico, afincado en cierto contexto, lugar y tiempo.

Una versión del mismo es la que ofrece José María Cantilo en su libro *Una historia más*, retomada en el libro de las memorias familiares de “El Licenciado Cabra” (Ramos Mejía, 1988: 168). En ella afloran un número importante de los elementos que darán

vida a la Sociedad en los siguientes cuarenta años, sin que ello implique pensarlos en un despliegue teleológico o lineal de los mismos. Primero, la sociabilidad masculina como trama social dominante; segundo, el tópico de la juventud como identidad cultural y política, como principio de agremiación y de defensa mutua; seguidamente, una sutil –pero nítida– distinción entre los “más jóvenes” del círculo y los más adultos del mismo. En tercer lugar, la preocupación por las actividades científicas y médicas. En efecto, es en el patio de la “casa patriarcal” de los Ramos Mejía, donde aquel autor inscribe las primeras reuniones –a las que ya denomina como círculo– del puñado de estudiantes que luego darían vida a la “Sociedad Estímulo Médico” y poco tiempo después al CMA (Ramos Mejía, 1988: 168). Entre el patio de esa casa y el cuarto de Pancho –José Francisco Ramos Mejía hermano mayor de la familia– y José María transcurrió las alborotadas reuniones que dieron origen al “club” o “círculo” en el que ya se criticaba el estado de la universidad y de los estudios que en ella se dictaban. Según Cantilo, a todos los unía la pasión por la historia Argentina, el odio por “el tirano Rosas” y su convencida adscripción a las filas unitarias. El odio por la “tiranía” y las ofensas a Rosas eran proferidos entre “la humareda de los cigarros”, la exhibición de “algunas divisas de la mazorca”, las blasfemias proferidas a un cuadro de Rosas, las guerras de almohadas en el patio y las reprimendas –poco oídas– emitidas por la madre de los hermanos Ramos Mejía, doña “Frasquita” (Ramos Mejía, 1988: 171). En pocas palabras: cigarros, discusiones de historia y política, intercambios y polémicas científicas, sostenidos por un grupo de varones de familias patricias de la ciudad; casi todos los elementos que según Maurice Agulhon conforman un *círculo burgués*. (Agulhon, Agulhon, 2009 [1977]: 100-101). Y también algunos elementos –acaso incipientes– de los que Lafuente y López-Ocón, señalaron como parte de una sensibilidad social para la ciencia y la técnica en las ex capitales virreinales. En efecto, es difícil de ignorar que ya desde el patio de los Ramos Mejía, había una decidida vocación por reinterpretar tanto la historia de la ciencia local, como la historia de las ciencias médicas locales, vocación que –como se podrá apreciar en detalle en los capítulos 4 y 5– cristalizó en un complejo programa institucional. (López-Ocón, 1998: 225).

Pero –se podría pensar– un círculo burgués doméstico, afincado en el patio de una casa patriarcal, aun no es una sociedad con personería jurídica que pueda defender intereses

gremiales y que pueda promocionar actividades científicas y médicas. Entre el primer momento y el segundo existe una distancia no menor que comienza a recorrerse entre fines de 1871 y junio de 1875. Un dato relevante a esta escena –así como luego lo será en la vida cotidiana del CMA– es el conflicto existente en la pequeña universidad de la ciudad, y en la escuela médica de Buenos Aires que aun se encuentra separada de aquella en términos administrativos. Hacia diciembre del primer año aun existía un ánimo contrariado contra el cuerpo médico por su confuso papel en la epidemia que durante los primeros seis meses del mismo asoló la ciudad, causando más de 10.000 muertos (Leandri, 1999: 130). Varias referencias remontan a esos meses no solo el clima de malestar con la escuela médica, sino algo más elaborado aun como es un diagnóstico, un análisis poco halagüeño de ambas instituciones. En tal caso, se recordará que existe una nítida actividad de politización de los estudiantes universitarios, desde inicios de 1874, en los meses previos al mítico 29 de Junio, día de la asamblea estudiantil que fundó el CMA.

Los sucesos de diciembre de 1871, coadyuvaron a precipitar la creación de la Sociedad 13 de Diciembre y su periódico. Tales sucesos han sido narrados en reiteradas ocasiones, siendo uno de los relatos más claros el presentado por Ricardo Leandri en su libro *Curar, Persuadir, Gobernar*; en él se señala con detalle el papel que tales acontecimientos jugaron en la escuela médica local, en especial en el proceso de institucionalización de la profesión médica. A los fines de rescatar el origen del CMA y del círculo de sociabilidad sobre el que cobro vida, vale la pena rescatar algunos datos de esta escena.

En la mesa de examen de diciembre de 1871 se desató un conflicto que culminó en una serie de actividades estudiantiles, calificadas por las autoridades de la universidad como un “motín”. El suicidio de un alumno –Roberto Sánchez– el día 12 de diciembre, dio pie a un airado reclamo por parte de los estudiantes al rector –José María Gutiérrez– a quien se reclamó la renuncia de dos profesores implicados en los exámenes en cuestión. Al retorno del cementerio –en la tarde del 13 de diciembre– unos doscientos alumnos tomaron la universidad ante la negativa de Gutiérrez de acceder al pedido de los alumnos. El pedido de renuncia de los docentes y la reunión de la sociedad, con la edición de uno o dos números del periódico mencionado. En ambos espacios gravitan

con fuerza los hermanos Ramos Mejía; Francisco José realiza pedidos de reforma de los estudios universitarios, agitando una consigna llamada a tener resonancia durante las tres décadas siguientes, como es la que reza por los estudios libres. Por su parte, José María adoptó el seudónimo de “El Licenciado Cabra” y comentó en tono irónico y mordaz el perfil de algunos docentes, tales como José María Gutiérrez –rector de la universidad– y del Dr. Larsen, profesor de latín en la misma. Por ello se ganó la suspensión de su matrícula por tiempo indefinido, suspensión concretada en cerca de un año que no afectó la finalización de sus estudios, en 1878. Es en estos años cuando se forman las imágenes más mordaces e irónicas del claustro docente y cuando se le realizan las críticas más punzantes (Leandri, 1999: 118).

“El Licenciado Cabra” da otra versión de un personaje relevante de los estudios superiores de la Buenos Aires de 1870: el Dr. Larsen. Acaso uno de los aspectos de mayor interés en tal relato es que aparece una línea argumental, en sintonía con otros procesos de cristalización de una sensibilidad social para las ciencias, como es “el ajuste de cuentas con el pasado” o con los actores que lo representan desde el punto de vista de un actor como los estudiantes.

El docente de latín del Colegio Real y de la escuela médica presentado en términos respetuosos y nostálgicos por Cané en *Juvenilla* y por Pirovano en sus memorias, es criticado en forma descarnada y ácida por el joven estudiante de medicina y, futuro primer presidente del CMA. Se dibujan los trazos de una controversia, con fuerte atmósfera generacional. Dice el aún *señor* Ramos Mejía:

“El doctor Larsen es un aspirante a filólogo. Ha estudiado casi todos los idiomas conocidos: el latín, el griego, el hebreo, el francés, el inglés, el alemán, el italiano, el portugués, el celta, el sanscrito y según su propia confesión se devana los sesos día y noche estudiando el chino en las cajas de té. El Dr. Larsen conoce la historia del mundo entero desde la creación hasta la aparición de El 13 de diciembre. Dotado de una memoria prodigiosa pero de un aparato digestivo intelectual de muy poca fuerza, recuerda las fechas de los acontecimientos más notables con una precisión admirable: el año, el mes, el día, la hora y si es posible el estado de la atmósfera, tal es la

fuerza del poder de su retentiva. Discute con la mas pasmosa facilidad y sin haber salido más allá de Morón todas las maravillas que tiene el Universo, antiguas y modernas. Las canteras de Pentélico lo mismo que la Acrópolis y el arco Corintio de Atenas, el teatro de Herodes lo mismo que el templo de Olimpo, de Júpiter, de Teseo con todas sus columnas; la Catedral de Estrasburgo con una relación sucinta del mecanismo de su reloj; la catarata del Niágara con una lista de los viajeros que le han visitado, su nacionalidad, su edad, y hasta creo que su profesión, el Vesubio, el Etna; y en fin todo lo que la Naturaleza y la inteligencia del hombre han hecho de admirable en la tierra, sin descuidar el más mínimo detalle. El Dr. Larsen sabe filología, entiende a su modo algo de leyes, no desconoce la teología, comprende a la botánica y la química, tiene nociones de arquitectura, puede hablar de astronomía, y aunque no es un Valpeau ni un Broussais se ha recibido de médico y cura y mata como todo Galeno. El doctor Larsen no es ni puede ser un hombre erudito por la organización de su cabeza, por su carácter y por todo lo que lo rodea, que no le permite dígerrir s asimilar lo que estudia día y noche sin descansar un momento. Va atesorado a más bien dicho almacenando conocimientos sin orden, sin método, porque ha creído que la erudición consiste en saber de todo un poco sin darse cuenta de lo que aprende” (Ramos Mejía, 1988: 179).

La Sociedad 13 de Diciembre aparecía como el puntal de problemas o conflictos del cuerpo docente de la escuela y ya se denunciaba la escasa fortuna que habían tenido sus intentos por institucionalizar una práctica experimental similar a la de “allende los mares”.

2.3. LA CREACIÓN DE LA “SOCIEDAD ESTIMULO MÉDICO” Y DEL CMA (1873-1875)

Mientras tanto, en 1872 tal suspensión aparece como uno de los motivos –entre otros– de creación de la Sociedad Estímulo Médico, proyecto institucional de rasgos más amplios que el club en la casa de los Ramos Mejía y que la Sociedad 13 de Diciembre. La nueva sociedad es una institución propia de la escuela médica y no de la universidad,

si bien quienes conformaron la Comisión Directiva de aquella sociedad pasaron a formar parte de los socios protectores tanto de la nueva sociedad como de la que le sucedería en junio de 1875. Ciertamente la Sociedad Estímulo Médico tampoco había llegado para quedarse.

En junio de 1875 se habló de su disolución como paso previo a la creación del CMA, así como de la herencia que había dejado a la nueva institución. Los motivos de su desaparición y de la creación de la nueva sociedad no quedan explicitados en la documentación producida por la nueva sociedad aunque, el crecimiento del fenómeno de agremiación así como la reforma universitaria de 1874 quizá no hayan sido fenómenos ajenos. A los fines analíticos planteados al inicio de estas páginas, es importante rescatar que ambas sociedades dejan entrever prácticas de institucionalización del grupo de estudiantes de la escuela tras la figura del “círculo” bien nítidas (Agulhon, 2009 [1977]: 75; López-Ocón, 1998; Fúnez Monzote, 2005: 100, Fernández Prieto, 2008: 50).

En efecto, entre la sociedad estímulo médico y los primeros años del CMA, aparecen una serie de temas que hacen a la cristalización de una vida cotidiana en un círculo. Entre ellos, dos temas no menores son la obtención de una personería jurídica y, en segundo lugar, la obtención de un espacio físico para la sociedad. Nombre jurídico y lugar de existencia sostenido en tiempo y espacio fueron dos de los problemas que las distintas comisiones directivas tuvieron que abordar –junto a otros– durante los primeros años de vida de la sociedad. Un tercer problema asociado en forma estrecha a los anteriores fue la obtención de un fondo que permitiera afrontar el alquiler de un espacio, así como la gestión de los proyectos que llevarían el sello de la sociedad. En tal sentido no deberá sorprender que en ambas sociedades aparezca con nitidez el cobro de cuotas, a diferencia de la imagen que describe el “club” en la casa de los Ramos Mejía, espacio en donde no son nombradas.

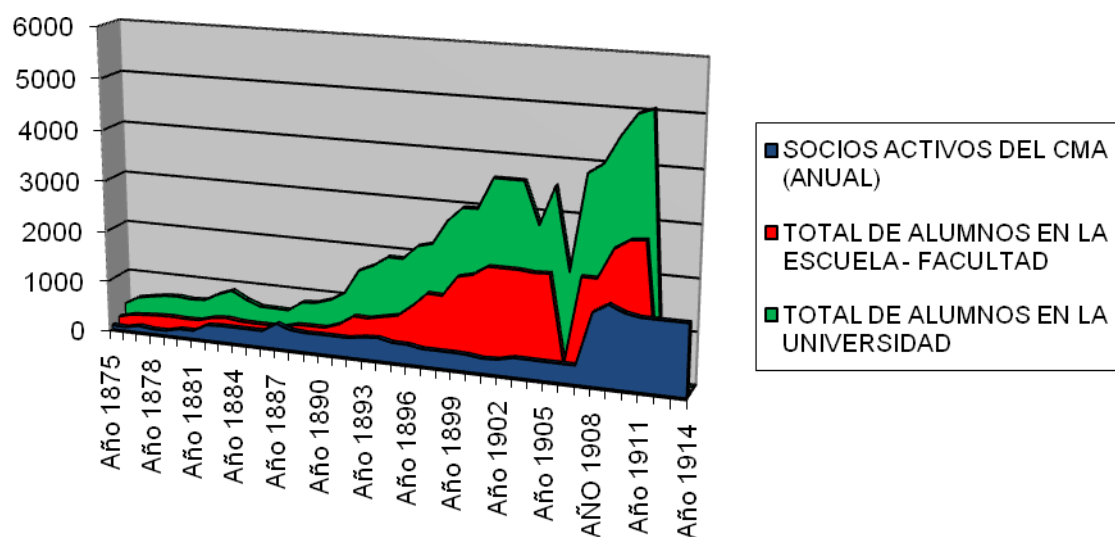
La presencia de cuotas sugiere –al menos– dos aspectos a destacar. Primero aparecen relacionada a una práctica específica del círculo burgués, como es la presentación de los futuros socios “en sociedad” y seguidamente, la aceptación (o no) por parte de la Comisión Directiva como mecanismo estable de ingreso. En estrecha relación, las

mensualidades aparecen como una parte no menor del financiamiento interno de la sociedad y, por lo tanto, de su independencia para poner proyectos en marcha. El poder de financiamiento de dicho tesoro fue creciendo con el paso de los años; de un pequeño fondo que permitió sostener algunos gastos de imprenta y papeles entre 1873 y 1875; paso a transformarse en el tesoro que permitió sostener el alquiler de una casa, la impresión de una revista, la compra de algún material de trabajo –siempre denunciado como exiguo pero siempre presente en las rendiciones–, tal como libros, revistas, instrumentos quirúrgicos, instrumental médico en general, etc., al menos entre 1875 y 1895.

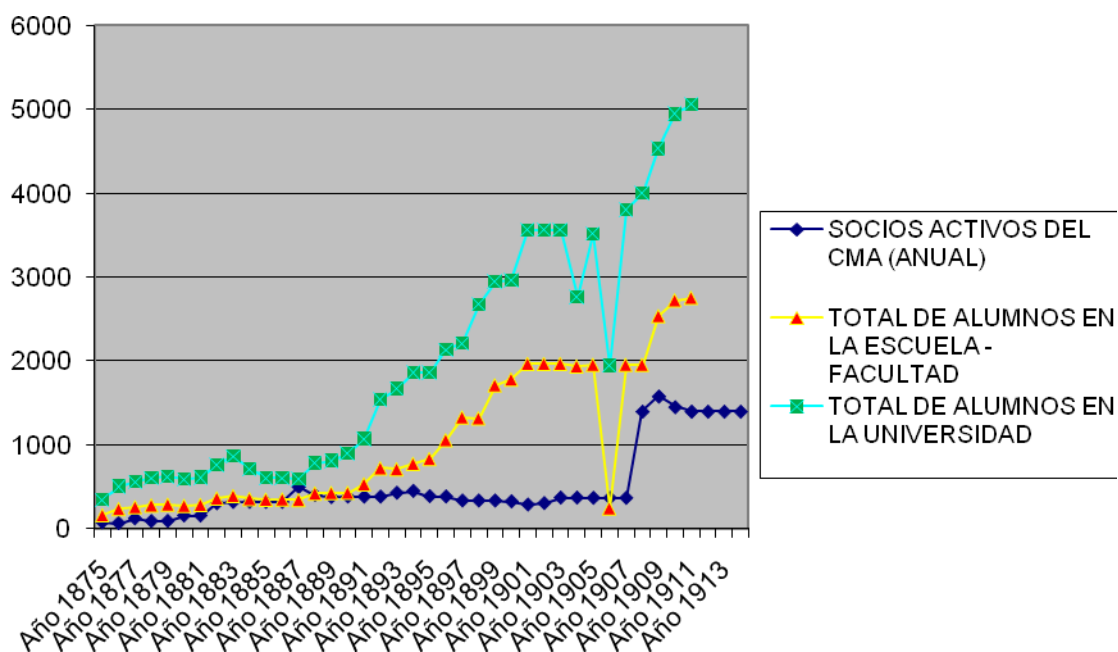
Su “herencia” no fue un dato de menor importancia, como se podrá apreciar en el capítulo 4 y 5. La Sociedad Estímulo Médico dejaba aspectos materiales relacionados en forma estrecha a las formas sociales en que se desarrollaría el Círculo Médico Argentino. En efecto, sentó un precedente para convocar a un espacio de sociabilidad masculina entre los estudiantes de la escuela; al mismo tiempo se constituyó en un elemento de su programa la promoción de las ciencias médicas y el armado de una incipiente biblioteca de la sociedad, en la que proliferaron libros y revistas donados tantos por miembros como por favorecedores de la misma. Se reiterará que tal fenómeno no hacía otra cosa que poner a la ciudad de Buenos Aires en diálogo con procesos análogos a otras ciudades europeas y latinoamericanas, tal y como es el asociacionismo científico y médico. En algunas ciudades europeas –Florencia, Roma, Madrid, París, Londres– el asociacionismo científico se remontaba a las primeras sociedades científicas (la mítica Academia del Cimento Florentina y la Royal Society en Londres) en donde convivían representaciones igualitaristas –como la capacidad de atestiguar fenómenos experimentales fundada en ideal caballeresco– con representaciones jerárquicas tales como el poder de los príncipes o mecenas poderosos que –en algunos casos– financiaban la vida material de tales espacios experimentales. Por su parte, en algunas ciudades latinoamericanas –en especial las ex capitales virreinales– florecieron durante el siglo XIX sociedades gremiales y científicas, e inclusive algunas que buscaron sostener (y cohesionar) intereses estudiantiles (Restrepo Forero, 1998: 50; Fúnez Monzote, 2005: 76; Fernández Prieto, 2008: 50). Ciertamente muchas de ellas, devendrían a inicios del siglo XX en ámbitos donde florecen los modernos centros estudiantiles (García, 2010: 30).

2.4. LA INSTITUCIONALIZACIÓN DEL CMA COMO SOCIEDAD CIENTÍFICA Y GREMIAL (1875-1895)

GRÁFICO 3
ALUMNOS Y SOCIOS DEL CMA EN LA ESCUELA MÉDICA DE BUENOS AIRES (1875 - 1914).¹⁴



¹⁴Fuente: elaboración propia en base a los *Anales de la UBA* (Basavilvaso, 1902: 4-5) y a cifras oficiales de los *Anales del CMA* durante las cuatro décadas y medias consultadas.



Así pues, en las siguientes páginas se presentarán aquellos aspectos considerados relevantes a una experiencia asociativa, protagonizada por un actor complejo, con distintos sentidos de su condición de “juventud estudianta” de la escuela médica local. Como se ha señalado en el capítulo anterior, el año 1875 ofrece un ejemplo de gran interés en relación a la politización de los estudiantes universitarios de la ciudad. La experiencia del “Club Universitario” que reclama ante el rumor sobre el control de los jesuitas sobre el colegio real y sobre la universidad, desató una movilización, con enfrentamientos en las puertas de la Iglesia, que culminó con su quema a manos de la “muchedumbre enardecida”. No es extraño que a mediados de ese mismo año se funde un centro gremial y científico, relacionado en forma estrecha a la defensa de sus intereses materiales y políticos.

Dos relatos pueden presentarse para ilustrar el momento de su creación. El primero de ellos es el relato que “El Licenciado Cabra” realizó al final de su mandato en 1877 como presentación a la asamblea anual de renovación de Comisión Directiva. Como se ha señalado en anteriores trabajos, el relato del joven estudiante José María Ramos Mejía presentó una serie de elementos en estrecha relación a la figura de un grupo de sociabilidad –o círculo burgués– con una clara orientación a la defensa de los intereses de los estudiantes de la escuela (Souza, 2006: 108). Afirmaba Ramos Mejía el 29 de junio de 1877: “El treinta de Junio de 1875, un número considerable de estudiantes, en

su mayor parte de cursos menores, reunidos en uno de los salones de la Escuela de Medicina dieron forma a un noble pensamiento fundando esta Sociedad” (Ramos Mejía, 1880: 1; Souza, 2006: 119). “Estudiantes” jóvenes –varones– dando forma a un “noble pensamiento”, aparecen como elementos relacionados en forma estrecha a los de la escena del patio familiar y, luego, de las Sociedades 13 de Diciembre y Estímulo Médico. Por su parte, ocupar “los salones de la Escuela de Medicina” aparece como una acción no solo relacionada a los conflictos e instituciones previas; se transformaba en una práctica (y una representación) de significación y re-significación dentro de la vida de las ciencias médicas locales. En efecto, la institución y el actor que decía representar, se hacían cargo de un proceso de época, que afectaba a algunas de las ciudades latinoamericanas, con desarrollo intelectual desde los años virreinales, cual era la creación de una sensibilidad local para la ciencia y la técnica (López-Ocón, 1998: 220; Restrepo Forero, 1998: 48; Fúnez Monzote, 2005: 110; Fernández Prieto, 2008: 50). Las siguientes líneas del incendiario discurso de Ramos Mejía ajustaban cuentas con el pasado de las ciencias médicas locales en un tono de fuerte irreverencia similar al utilizado para describir al Dr. Larsen, tratando a sus maestros de “generaciones ingratas” que no habían estado a la altura de la ciencia de los años de la “feliz experiencia” rivadaviana, pertenecientes a la Sociedad Literaria creada en 1823:

“La rama que hoy enriquece Kekulé, Wurtz, Pasteur y otros con su descubrimiento, también tuvo sus obreros y la palabra simpática de Mossotti y de Manuel Moreno autor de un excelente discurso sobre la historia y el desarrollo de la Química, recuerda a las **generaciones ingratas** que le sucedieron, que aquellos hombres dotados del temple excepcional que nosotros vamos perdiendo por evoluciones naturales y debido a que les es ineludible, sabían luchar por el engrandecimiento de la patria, en el campo de la batalla como en el campo de las ciencia” (Ramos Mejía, 1880: 5).

“El Licenciado Cabra” no solo buscaba ajustar cuentas con las generaciones ingratas; también buscaba señalar con similar claridad el problema del origen de la Ciencia Argentina acorde a su particular concepción de la nación por esos años. En un momento caracterizado por una prolífica actividad de fundación de instituciones

científicas, muchas de ellas realizadas por científicos formados en otras tierras (como el prolífico naturalista Germán Burmeister) Ramos Mejía apuntaba a sus compañeros la ascendencia local de las ciencias de la época. “El Dr. Burmeister y sus sabios compañeros de labor en la Academia de Ciencias de Córdoba, no son como él parece pretenderlo, los fundadores de la Ciencia Argentina. Sus primeros albores datan del principio de este siglo” (Ramos Mejía, 1880: 7). Volveremos en detalle sobre las implicancias de este “imaginario de fundación” de las ciencias médicas locales, en los capítulos 4 y 5.

El segundo relato sobre los orígenes de la sociedad aparece en la edición del diario *La Prensa* del 4 de noviembre de 1875 (*La Prensa*, 1875). La noticia presentaba al público porteño el incipiente Círculo Médico, buscando marcarlo con un sello de distinción propio a la sociabilidad de “jóvenes notables”. Como se podrá apreciar, el cronista se detuvo en casi todos los elementos que según Agulhon componen un círculo burgués, con orientación hacia la defensa de los intereses gremiales y hacia la promoción de un programa experimental:

“Círculo Médico Argentino. El año que corre no dejará gratos recuerdos a la Historia patria. Por todas partes en que la acción oficial interviene se nota la huella funesta del desorden y de la ruina. Parece que nada debiera salvarse para pasar incólume al bello porvenir que algún día conquistará la República. Hay en el período de decadencia actual, puntos de contacto con lo que pasó en el continente viejo, cuando las obras de la inteligencia y de la inspiración del hombre, rechazadas por el mundo, buscaron un asilo en el egoísmo y monopolio de los conventos. Hoy los unos todo devuelve, pero la acción privada reconstruye y guarda en el seno fecundante de la patria, las semillas de progresos futuros. Sin el egoísmo de los viejos monjes, varias sociedades marchan entre nosotros, atesorando riquezas cuyo valor será altamente apreciable en los años venideros. Ayer era la Sociedad Rural la que en medio de la época ardiente de las dudas y de las alarmas realizaba una exposición valiosísima. La seguía la “Sociedad Científica” no menos importante y fecunda. Tocó su turno en la obra y labor de la regeneración a la Academia de lengua cuya existencia modesta pero eficaz, es de poco

conocida. Hoy inaugura su período el CMA. Estas sociedades se componen de elementos sanos, alentados por el impulso que imprimen al espíritu vigoroso del patriota y del erudito, las nobles aspiraciones. La acción privada, que se ejercita en este vasto campo de acción del pensamiento y de la propaganda, está llamada a salvar bienes preciosos del naufragio general en que se agita con desesperación el país. El CM, organizado sobre bases serias ha abierto sus tareas. Sus propósitos merecen aplausos sinceros. Leed sus bases: '1) Se establece una asociación que llevará por nombre "Círculo Médico Argentino", y cuyos fines son los siguientes: El estudio de la flora Médica Argentina, de las enfermedades propias de sus climas de las sustancias medicinales de su suelo y del adelanto de las ciencias naturales en la República sin excluir otro género de estudios médicos. 2) La asociación ayudará con sus recursos propios, los gastos de viajes, libros, matriculas, etc. de estudiantes, evidencia que sea la falta de sus recursos pecuniarios. La asociación se constituye en protección del estudiante enfermo, siempre que sus condiciones lo requieran, nombrando comisiones que se encarguen de esta misión y llegando en caso que la necesidad lo exija hasta constituirse en enfermeros. Cuando se suscite alguna cuestión entre uno o más socios y la Facultad de Cs. Médicas, la asociación está en el deber de percibirlos, tomando como suya la causa, siempre que a su juicio sea justa. La sociedad tendrá un órgano propio que llevará su nombre y aparecerá cuando lo juzgue conveniente. 3) La asociación instituirá concursos nacionales en los que se asignarán premios a los mejores trabajos presentados. 4) Establecerá una biblioteca popular médica compuesta de las mejores obras que puedan adquirirse, por donaciones, cambios y suscripciones, procurando especialmente la adquisición de las de medicina escritas en América y que se refieren a estudios hechos en la República. La biblioteca adquirirá multiplicados todos los textos de la escuela médica'. Hacemos votos fervientes por el mejor éxito de los trabajos de la nueva institución. Ella como las demás de su género con que el país cuenta ya han producido frutos saludables" (*La Prensa*, 1875).

La historia del CMA durante estos años se abre y cierra con el planteo de un grupo de preocupaciones centrales en su vida como sociedad científica y, luego, con la búsqueda de soluciones más o menos estables a dichos interrogantes. Entre las preocupaciones se pueden identificar, primero la obtención de su personería jurídica reconocida en 1882 por el PEN y, segundo, la materialización de un procedimiento de admisión de socios, relacionado en forma estrecha a la cristalización de un tesoro o fondo de dinero propio, de importancia capital en la cristalización de una “vida cotidiana” en el seno de la institución. En estrecha relación, una tercera preocupación de las comisiones directivas de la sociedad es la obtención de un espacio físico fuera del espacio de la universidad y la escuela médica, donde aquella vida cotidiana pudiera tener lugar. Una cuarta empresa relevante fue su inscripción en las redes científicas y médicas tanto locales como internacionales, existentes en su época. Por último, una quinta preocupación –no menor como se ha podido apreciar con anterioridad– fue su intensa actividad gremial y asociativa entre el personal alumno y graduado de la escuela médica local. Durante este período se tratan de dar respuestas a dichos interrogantes y, acaso por ello, se lo caracteriza como momento de consolidación de la sociedad. Por ello mismo, también puede ser visto como el momento en que aparecen en su seno las tensiones futuras, aquellas que terminarán mostrando a la institución en estado de crisis hacia fines de siglo.

En los imaginarios de la sociedad será recordado como uno de sus períodos de “esplendor”, años en los que un grupo de “alegres y comprometidos estudiantes” sentaron las bases de la vida de la institución. Momento inicial que adquirió ciertos rasgos “míticos”, en él transcurren las presidencias “heroicas” y el ingreso de una cantidad importante de socios. Asimismo estas dos décadas también fueron el momento donde florecieron los proyectos centrales del CMA. Como se ha sostenido en anteriores trabajos, aquellos proyectos que permiten describir a la sociedad como “partido de las ciencias” –vale decir que la muestran como una activa promotora de las “ciencias de la vida”– fueron puestos en marcha durante estos años (Souza, 2006: 122; 2007: 143; 2008: 81). Cuentan entre ellos la publicación desde 1875 de una revista científica llamada *Anales del Círculo Médico Argentino*. Luego, la fundación en 1877 de una “Escuela de Estudios Libres” que permitiría a los socios formarse por fuera de las cosmovisiones oficiales impartidas en la escuela desde su reapertura en 1852. Por

último la creación en 1880 de los consultorios médicos conocido como “Policlínicos Gratuitos del CMA”, proyecto que subsistió hasta 1892. En los capítulos siguientes nos focalizaremos sobre estas tres actividades, entendiéndolas desde el concepto de “tecnologías materiales” y “tecnologías editoriales” movilizadas por la Sociedad, como parte de una estrategia de posicionamiento como ciudadana de pleno derecho en la “república de las ciencias”. El significado político y científico de dichas actividades en el seno de la sociedad fue importante y, por lo tanto, su éxito o fracaso se transforman en indicios de gran importancia a seguir en la vida de la sociedad.

En especial, esta nota es importante en contraste a la nota publicada por *El Anfiteatro Anatómico* en 1877:

“LA MEDICINA Y LOS MÉDICOS EN BUENOS AIRES: Los estados de la América meridional, países de libertad y exuberante actividad política, se hacen desde algunos años, por los esfuerzos de la generación actual, el foco de un poderoso movimiento científico. Aplaudiendo esta laboriosa actividad, no hacemos sino estrechar los lazos de tradicional amistad entre estos países y el nuestro. Muchos de sus médicos han sido nuestros camaradas en las Facultades francesas; muchos hablan nuestra lengua, y la mayor parte, sino todos, tienen para la Francia sentimiento de verdadera simpatía. Tal es el motivo porque debemos interesarnos en este movimiento científico y en seguir sus episodios con atención. Hacer conocer los resultados obtenidos por estos artistas del progreso y la civilización del otro lado de los mares, es pues hacerles justicia. En Buenos Aires este movimiento ha tomado una real intensidad perteneciendo todo el honor a la República Argentina y toda la gloria a sus promotores: los médicos y las Sociedades médicas de esa ciudad. Hoy, el número de los estudiantes de medicina se eleva a 350, gracias a los recursos de la enseñanza, a los estímulos morales y materiales y, en fin, a la libre pero todopoderosa actividad de la iniciativa privada del cuerpo médico. Los estudiantes y médicos argentinos tienen a su disposición medios de instruirse y perfeccionarse que son dignos de atención. Al lado de la instrucción médica clásica, libremente dispensado por la Universidad, se encuentran, en efecto, institutos especiales, bien dirigidos, suficientemente

números y en donde a ejemplo de los de Estados Unidos, tienen fácil acceso. Así es, que en este centro científico, existen establecimientos bien reglamentados y hábilmente dirigidos, en donde se encuentran todos los recursos modernos de la hidroterapia, la aeroterapia, la electroterapia y de la cinésiterapia, ramas especiales de la medicina a las cuales se han consagrado. El mismo masaje practicado con éxito y enseñado según los procedimientos y con los perfeccionamientos de Zunder (de Stockholm). El Círculo Médico Argentino es una institución cuya organización merecería ser conocida mejor por los médicos Europeos. Este sabio cuerpo se compone a la vez de prácticos y estudiantes de medicina. Originariamente, es decir, en su fundación, que data ahora de siete años, sus miembros eran exclusivamente estudiantes. Desde entonces el número de los primitivos fundadores, después del fin de sus estudios, continuaron frecuentándola activamente de suerte que actualmente, al lado de jóvenes estudiantes inscritos en la víspera, esta sociedad tienen en su seno médicos estimados y que han llegado ya a la notoriedad científica. Ha tomado muy rápida extensión; tanto por el número de sus miembros y su influencia personal como por la actividad de la junta directiva. Por una parte, establece poderosos lazos de fraternidad entre los médicos, alumnos de medicina y el cuerpo docente de la Facultad; por otra, crea instituciones de un magnífico porvenir, entre las cuales una biblioteca ya rica, un museo de anatomía cuyas colecciones aumentan cada día, gracias al estímulo dado a los médicos y estudiantes, y consultorios de medicina interna, y de cirugías, enfermedades venéreas y cutáneas, de afecciones de la laringe, enfermedades nerviosas, enfermedades de mujeres y de que patología infantil. Esto no es todo: no hace mucho fundaba un servicio de nodrizas y un instituto vaccinal. En razón de estos servicios prestados a la ciencia y a la humanidad, el Gobierno Argentino le acuerda su apoyo moral y legal. Le ha concedido la personalidad civil, de modo que puede adquirir y litigar. Ella es, pues, con justo título, considerada bajo todos estos puntos de vista como la primera de las instituciones científicas y médicas del país. Un periódico estimado, los Anales de Círculo Médico Argentino, es su órgano oficial y ocupa un puesto honorable en la literatura médica americana. Además de la enseñanza por escrito, los miembros de esta sociedad tienen

entre ellos la enseñanza oral. Así es que, de tiempo en tiempo en los salones de la Sociedad se celebran conferencias reuniendo a todos sus miembros, constituyendo un poderoso medio de enseñanza mutua, y teniendo lugar en cierta medida cursos de perfeccionamiento destinados especialmente a los prácticos como en algunas universidades de Alemania y los Estados Unidos de la América del Norte. Otra prueba de la vitalidad de estas instituciones es la simpatía que ellas inspiran al cuerpo médico argentino en los países del nuevo continente. Encuentro las pruebas en las correspondencias de un médico de Buenos Aires, Don Ernesto Lozano, dirigidas al periódico la Crónica Médica de Lima. Hacer tales obras es bueno; inspirar la emulación y provocar su contagio es mejor. Es bastante decir que la misma vieja Europa podría aprender algo de la joven América y que las instituciones del cuerpo médico argentino merecen, por tales resultados y tales efectos nuestra admiración y simpatía” (Aravena, 1884: 697).

Desde el punto de vista cuantitativo, es importante considerar el movimiento de asociados de la institución, junto al de alumnos, tanto de la escuela médica como de la universidad. En tal ejercicio aflora un dato por demás interesante de apreciar, como es la representatividad de la sociedad en la escuela médica.

Durante los veinte años que separan el mítico junio de 1875 –en que unas “decenas de estudiantes” se reunieron en los salones de la escuela para dar vida a la sociedad– y su homólogo de 1895, se pueden distinguir dos movimientos tendenciales bastante nítidos, como puede apreciarse en el gráfico 3. El primer movimiento describe un alza en la representatividad de la sociedad en el claustro alumno de la escuela, cuyos límites estarían hacia 1887, en que se registran unos quinientos socios. Ello es así porque la cantidad de socios anuales ingresantes a la sociedad es similar a la cantidad de alumnos matriculados en la escuela. Por su parte, el segundo movimiento puede ser presentado como una suerte de estancamiento en su crecimiento y el inicio de una caída en la representatividad de la sociedad en el claustro estudiantil. En efecto, queda claro que desde inicios de la década de 1890 el número de socios y el número de alumnos siguen caminos distintos. A los fines analíticos propuestos en este trabajo, es importante subrayar que la sociedad tuvo en estos años una representación importante en la escuela,

y que su cantidad de socios anual acompañó el crecimiento de la cantidad de alumnos de la escuela y la universidad hasta 1894, momento en que comienza a percibirse un claro distanciamiento en el movimiento de ambas cantidades. Por su parte, es llamativo apreciar que en 1887 la cantidad de asociados supera el número de alumnos matriculados en la escuela –con un total de 347 inscritos–, superando el 50% del número de alumnos de la universidad, que fue de 594. Tal efecto se logra por la fuerte presencia de graduados en las filas de la sociedad, mas no deja de ser llamativo que la institución aglutinara un número mayor de socios, que cantidad de alumnos activos existentes en la escuela.

Así pues, el número de asociados no es fijo, contempla fluctuaciones anuales, al menos hasta 1890. Todos los años dejaron un plus de asociados respecto del año inmediato anterior, que se hacía visible hacia marzo o abril de cada año, compensando el retiro de alumnos que implicaba el cierre del ciclo lectivo anual y el movimiento de alumnos que este supone en las distintas carreras de la escuela, en especial en el doctorado de medicina. Una parte de los alumnos –por lo general de los últimos años de la carrera– egresa de la escuela y, al mismo tiempo, deja de pertenecer a la sociedad. A modo de ejemplo se recordará que en el octavo año de la sociedad –bajo la presidencia del *Señor* Samuel Gaché– se afirma que:

“Del registro general de socios resulta que el Círculo Médico Argentino cuenta con 334 miembros, así distribuidos: Activos 305, Protectores 2, Honorarios 6, Corresponsales 21. Debo hacer notar que de los 305 socios activos, han ingresado 49 después del 29 de Junio del año anterior. Después de escrita esta memoria el número de socios activos ha llegado a 316” (Gaché, 1884: 598).

Este dato permite apreciar que la sociedad no fue una “entelequia” sociológica e histórica fija, sino más bien un actor fluctuante sobre algunas trayectorias o tendencias estables, tendencias que no solo se ven refractadas en las listas de socios –siempre susceptibles de ser sospechadas de parcialidad–, sino también en las declaraciones anuales generadas en los recambios administrativos, tanto por los presidentes salientes como por los entrantes. Ciertamente, no es el único motivo del sangrado de socios; hay

muchos retiros voluntarios como retiros gestados desde las comisiones directivas por falta de pago de cuotas.¹⁵

Si se focaliza en los *grupos* que se conformaron en este trasfondo de socios, estamos ante las dos décadas en que alumnos y graduados coexistieron en el marco de la misma sociedad, incluso con tensiones que llegaron a hacerse explícitas, y que implicaron – como en 1890– fuertes conflictos entre ambos grupos, al punto de hacerse explícitos en el seno de la Comisión Directiva. Como se ha dicho en otros trabajos, ambos grupos dieron vida a la sociedad durante estas dos décadas asumiendo la conciencia del fenómeno de unidad –todos eran el CMA– y al mismo tiempo, de las diferencias existentes de hecho entre ambos grupos u órdenes dentro de la sociedad (Souza, 2006: 122; 2007: 143; 2008: 81). Acaso uno de los primeros datos llamativos que se pueden apreciar es que se asumen nombres diferentes para alumnos y graduados, los “Señores” y los “Doctores” respectivamente. Bajo estos nombres aparecen agrupados los socios, tanto en las menciones de los cargos directivos, como en los años en que se publican las listas de socios, mayormente en los primeros y los últimos del período aquí trabajado.¹⁶ Ciertamente no son los únicos indicios que dan vida a este dato; hay cobro de cuotas diferenciales estipuladas por reglamento, en donde la diferencia no es menor. Durante muchos años estuvo vigente el monto de 10 pesos para médicos y 3 para socios alumnos en concepto de inscripción, y luego el cobro de 3 pesos y 2 pesos en concepto de cuota mensual, respectivamente (Variedades, 1890: 411). Esto habilitaba la existencia de derechos comunes –como la recepción de un número de la revista a partir de 1877– y al mismo tiempo de derechos diferenciales, como el uso de la biblioteca u otras instalaciones, como el salón de armas y deportes a inicios de siglo.

¹⁵La suspensión de asociados por falta de pago de matrícula es un tema de alguna frecuencia en las noticias institucionales. El Dr. Aberastuy –presidente saliente en 1899– puso el acento en la necesidad de una propaganda eficaz para compensar la caída en el número de asociados sufrida durante su último año de mandato: “Llamo la atención de la asamblea sobre un hecho de importancia para la vida financiera de la sociedad: 54 socios han sido declarados cesantes, como lo establece el reglamento, por falta de pago de sus cuotas, y el número de los socios ingresados no alcanza a compensar el de los salientes. Corresponde a todos y a cada uno de nosotros el remediar ese mal, por medio de una propaganda eficaz que traiga al Círculo elementos nuevos, o a los antiguos consocios retirados, y esa propaganda creo que debe ser apoyada con la realización de más frecuentes reuniones científicas, y en consecuencia, con un trabajo más vivaz y sostenido, que es lo único que puede vigorizar y hacer más expansiva la existencia de sociedades como la nuestra” (Aberastuy, 1899: 422).

¹⁶ Sobre la distinción de categorías de socios, en listas de socios se pueden apreciar las publicaciones de las listas de socios en los tres primeros números del periódico de la sociedad (CMA, 1877: 521; CMA; 1880: 293). Por su parte, sobre la distinción en el nombramiento de cargos en la comisión directiva, la misma puede apreciarse en las presentaciones de las conformaciones de las nuevas comisiones directivas hasta 1907.

En estrecha relación a la existencia de estos grupos se puede apreciar una intensa actividad gremial. En efecto, si se ha afirmado que estos fueron años en que la sociedad poseyó un alto grado de representatividad en la escuela, acaso ello sea así por su presencia gremial en dicho espacio. Así, se pueden distinguir dos grandes orientaciones de tal actividad gremial afines a los grupos presentados con anterioridad. De un lado, tenemos aquellas actividades cercanas a los intereses de los *Doctores* y, del otro lado, las actividades cercanas a los intereses de los *Señores*. Ambos grupos de actividades estuvieron en tensión en reiteradas ocasiones, en especial hacia el lustro final de este subperíodo dentro de la vida de la sociedad. Acaso fue en este momento donde los intereses de los socios graduados estuvieron más representados en las actividades de la Comisión Directiva y, por ello, la sociedad perdiera espacios de representatividad dentro del claustro estudiantil, como ha podido apreciarse en el gráfico 3. Ahora bien, durante la década de 1880 los intereses estudiantiles aparecen con gran nitidez como una de las áreas prioritarias de la Comisión Directiva. Esta gestionó desde reclamos explícitos a la escuela médica por conflictos reglamentarios que afectaban a sus socios, hasta actividades internas sugeridas como beneficios a los *Señores*, entre las que contaban los cursos dictados por sus socios avanzados en carácter de “Escuela de estudios libres”.

En estrecha relación al problema de los grupos que dieron vida a la sociedad, aparece el del desarrollo de una forma de admisión de los socios a la sociedad. En efecto, en tanto que dejó de ser un círculo de amigos más o menos ampliado, con inestabilidad en su residencia –como el club en el patio señalado por “El Licenciado Cabra”– y pasó a ser un grupo cercano o superior a la centena de personas –número que implica la participación de alumnos de varios cursos de la escuela médica– con una residencia alquilada, vale decir un lugar estable, el CMA comenzó a reclamar el estatus de *Sociedad*. Junto a este desarrollo vino la aparición de un mecanismo característico de las sociedades –al decir de Agulhon– como es el ciclo de presentación, admisión y baja de los socios (Agulhon, 2009 [1977]: 99; Crosland, 1992: 72). El ingreso al CMA no fue libre; había que ser presentado por un socio y la admisión debía ser tratada por la Comisión Directiva. No son pocos los casos de pedidos de admisión rechazados, así como tampoco son menores las quejas hechas por las Comisión Directiva sobre el

trabajo que insumía discutir caso por caso la admisión de los socios. Hacia fines de este período suele mencionarse en sus informes el hecho de dar prioridad a las opiniones de negativas de los estudiantes y médicos que ya son socios, respecto de aquellos que quieren ingresar a la sociedad. Por su parte, en cuanto a las bajas, también eran discutidas por la Comisión Directiva cuando se trataba de alguna causa gravosa para la sociedad. Para estos años comienza a ser visible una suerte de baja automática con el fin del año lectivo, práctica que a poco será mencionada por los presidentes en las rendiciones anuales. En pocas palabras, el ciclo de presentación y admisión por la Comisión Directiva, incluso siendo una tarea fatigosa, era una práctica respetada por la sociedad.

El cobro de cuota se afirma como la principal forma de contribución al tesoro de la sociedad, en medio de un abanico de modalidades de financiamiento. Tal abanico incluyó subvenciones de los distintos poderes políticos, algunas con mayor continuidad que otras, como la recibida del Poder Ejecutivo entre 1878 y 1895 (Anónimo, 1882: 447). Algunas de estas subvenciones suelen ser de un monto considerable de dinero, como es el caso de la recibida en 1884 y 1887 por parte del Poder Ejecutivo provincial y el nacional respectivamente para la compra del terreno en donde se edificará la futura casa del CMA (actual Centro Cultural Rojas) en Corrientes 2038 (Gaché, 1895: 241). Mas este punto es de especial interés para estudiar las relaciones de poder de la sociedad, y por ello se volverá a él en el capítulo siguiente. Por el momento se recordará que el respaldo del poder político es intermitente, sea este el poder político municipal, el Poder Ejecutivo de la provincia de Buenos Aires o el Poder Ejecutivo nacional. En términos discursivos, cada uno de estos actores apoyó la empresa de la medicina científica, mas en términos prácticos no son pocas las ocasiones que retiran fondos comprometidos a la sociedad, siguiendo la doctrina emitida en 1880 y 1885 por el ministro Eduardo Wilde en sus exposiciones de la futura “Ley Avellaneda”, como se apreció en el capítulo anterior. Ciertamente, cada uno de estos episodios generó pedidos de reconsideración, inclusive, críticas por parte de las comisiones directivas, que hacia fines de este período no dudaban en hablar del escaso apoyo oficial a la ciencia local, en contraposición al intenso apoyo oficial que recibía la empresa de las ciencias médicas en “la Europa” de su época (Gaché, 1895: 241).

Frente a este panorama, el cobro de cuotas se convirtió en la parte más relevante y estable del tesoro de la sociedad; y con ello, la tesorería una de las comisiones fundamentales de todas las gestiones.¹⁷ Como en muchas otras sociedades, la tesorería es la que llevó el cobro de las cuotas y luego un prolijo recuento de los gastos realizados, tanto como actividades fijas y ordinarias a la vida de la sociedad, como en calidad de gastos extraordinarios. Los fondos de tesorería son reñidos entre las comisiones directivas y las presidencias, y no faltó ocasión en que el mal uso de los mismos dio lugar a la deposición de una Comisión Directiva completa, como ocurrió con la segunda presidencia de Ramos Mejía en 1890 (Anónimo, 1890: 219). De esta fecha datan las cláusulas en que las partidas de dinero utilizadas son votadas semestralmente, luego de una discusión previa en Comisión Directiva. Un indicio del funcionamiento de la tesorería es el porcentaje otorgado al cobrador de cuotas en concepto de sueldo. Este último se transformó en parte del elenco estable de la sociedad, junto con el portero y el bibliotecario y otros “personales administrativos”.¹⁸ La figura del cobrador fue clave para mantener actualizadas las membrecías de la sociedad, sus cuotas y, por lo tanto, su tesoro interno. A tal personaje se le estipuló en pago el 10 % del dinero recaudado, monto y porcentaje mencionado casi todos los años, que permite seguir con alguna constancia el monto de dinero recaudado anualmente en calidad de cuotas; ciertamente tal monto de dinero comparado con las entradas por donaciones y subvenciones permite afirmar el peso interno que tuvo el pago de cuotas en la vida de la sociedad. Como afirmaron algunos presidentes en sus presentaciones anuales, la sociedad quedaba “librada a sus propios medios”; tal situación no escapaba a la Comisión Directiva y, acaso por ello, anhelaran con tanta firmeza ser reconocidos como ciudadanos de pleno derecho por los representantes locales de la “república de las

¹⁷ Desde la primera rendición de cuentas disponible –correspondiente al año 1875/1876 y publicada en 1880– aparece una forma combinada de sustento material de la institución: 1) Las donaciones provenientes de los distintos poderes políticos, mencionadas con anterioridad y 2) El cobro de derechos de membrecía bajo la forma de **A**) Inscripciones y **B**) cuotas mensuales. Para esta fecha las proporciones de estas dos fuentes de dinero son bastantes parejas, con una pequeña diferencia a favor de la entrada por cuotas e inscripciones por sobre el dinero provenientes de donaciones. En efecto, en 1876 la tesorería arroja el siguiente saldo “Por 78 cuotas de ingreso por valor de 50 pesos cada una se acredita la entrada de 3.900 pesos; por una cantidad de 456 cuotas mensuales de 25 pesos se acredita la entrada de 11.400 pesos. Por donaciones de los médicos de las parroquias Norte y Sud 5.575 y 3.230, respectivamente” (Carlos Castro y Sundbland, 1880 [1876]: 22).

¹⁸ Acaso una de las primeras menciones al cobrador aparece en las rendiciones del período 1883/1884. En ella aparece mencionada la “*comisión de cobrador*” que era el sujeto encargado de cobrar las cuotas a los socios, además de actualizar sus direcciones mal ubicadas en los registros, y quizá apuntar posibles bajas de socios. La comisión del cobrador es del 10%; nuevamente este dato es importante dado que a fin del año la comisión total pagada es 8.853 pesos, dando una pista del dinero real producido en concepto de cobro de cuotas: 88.530 pesos (Gaché, 1884: 613).

ciencias” y superar así la percepción de ser una de las pocas instituciones de las ciencias médicas que sostenían la promoción de la institucionalización de las ciencias sin un apoyo oficial continuado.

Entre los usos fijos de tales fondos se encuentran los gastos en un grupo mínimo de personal, entre quienes se destaca el administrador, un bibliotecario y el cobrador mencionado anteriormente, entre otros (Gaché, 1884: 613). Como podrá apreciarse en el capítulo 3, con la llegada de los “policlínicos” gratuitos de la sociedad, se sumarán gastos extras percibidos como gravosos para la sociedad que, por ello, serán dados de baja, como gastos en algunos ayudantes y en recetas farmacéuticas, abonadas desde el tesoro de la sociedad. En segundo lugar, se encuentran entre los gastos fijos más grandes el alquiler del local de la sociedad y la impresión de la revista.

Por su parte, entre los usos extraordinarios de los fondos de tesorería cuentan desde gastos de impresión de ediciones publicadas, a financiamiento parcial de expediciones científicas, entre las que cabe mencionar una a Ladislao Holmberg y otra a Francisco P. Moreno. Cuenta también la cada vez más frecuente compra de insumos, entre los que se destacan libros, revistas, e instrumental médico variado, tal como elementos de cirugía, botica y farmacéutica, de parto y obstetricia, etc. Pero acaso el proyecto “extraordinario” que acaparó más la atención de las comisiones directivas fuera el de la compra de una casa para la sociedad (Gaché, 1895: 241).

El CMA tuvo un destino clásico en la historia de sociedades científicas y círculos burgueses europeos, así como de clubes políticos y gremiales locales. Tal destino implicó el establecimiento de un centro de actividades en una casa alquilada, de cuyos gastos se encargó la Comisión Directiva (Agulhon, 2009 [1977]: 99; Crosland, 1992: 82; Fúnez Monzote, 2005: 63). Y por su parte, aquel concepto de actividades contempló un número crecido de prácticas; entre las que interesan a los fines analíticos aquí seguidos se pueden mencionar primero las relacionadas con su cultura científica y médica, a explorar en los capítulos 4 y 5. Entre las que cuentan como propias al campo de la vida asociativa, se pueden mencionar las fiestas y agasajos, celebraciones científicas, reuniones de discusión política y gremial y, por último pero no menos importante, la lectura en la sala de la sociedad; ellas también serán presentadas en los

capítulos siguientes (Aguilhon, 2009 [1977]: 135; Crosland, 1992: 91; Fúnez Monzote, 2005: 70). Aquí se hará hincapié en el aspecto material del centro de reunión institucional, bajo el supuesto –empírico y teórico– que tal aspecto formó parte de sus preocupaciones, incluso de aquellas preocupaciones luego vivenciadas por las distintas comisiones directivas como logros que la inscribieron en el terreno local de la “república de las ciencias”. En efecto, dado que este subperíodo de la sociedad finaliza con fuertes e importantes manifestaciones a favor de la conquista que implicó la adquisición de su casa propia, quizá sea importante considerar su itinerario como algo asumido como relevante por la propia sociedad (Gaché, 1895: 241).

El CMA tuvo –al menos– tres sedes previas antes de la casa de Corrientes al 2038. Una de ellas estuvo ubicada en la actual Av. Rivadavia al 300. El lugar es llamativo por la posición céntrica en el tejido urbano finisecular; quedaba a unos cuatrocientos metros – Plaza de Mayo mediante– de la antigua sede de la universidad, ubicada en las actuales calles Alsina y Perú. Esta zona lindaba con la manzana de “las luces” y era un espacio salpicado de casas de café, al menos desde la década de 1850, como ha señalado Pilar González Bernaldo (González Bernaldo, 2008: 86). Un ámbito ideal para una institución científica interesada en fomentar la expansión de la “república de las ciencias” y en reclutar asociados para su causa gremial. En efecto, tal centralidad no es solo física, sino que tiene desplazamientos explícitos en las representaciones políticas y científicas anheladas por los socios para su sociedad. Buscaron ocupar ese lugar, y varias voces referenciales de la sociedad así lo señalaron en reiteradas ocasiones. Centralidad política en la profesión, relevancia del estatus profesional frente a la sociedad y centralidad física en el tejido urbano parecían anudar sus sentidos; en tal caso seguían tradiciones arraigadas en distintas escuelas médicas, así como en distintas sociedades científicas desde el siglo XVII.

La idea de la casa propia aflora hacia 1883 (Gaché, 1895: 241). Dos años más tarde se creó una “comisión de edificación” permanente en el seno de la Comisión Directiva. Tal comisión existió hasta 1895 y se constituyó en un verdadero poder paralelo, tanto por el monto de dinero como por la agenda de actividades que manejó. En sus inicios estuvo compuesta por algunos nombres referenciales de la sociedad por esos años, Gregorio Aráoz Alfaro, Félix Amoretti, Telémaco Susini, José Penna, Baldomero Sommer y

Samuel Gaché. Este último fue quien hizo una breve historia del papel de dicha comisión durante el acto de inauguración del edificio, mencionándola como una empresa lanzada por una “reunión de jóvenes socios”, sello simbólico que tiñó buena parte de las actividades de la sociedad, al menos durante la década de 1880. La comisión apeló a tres vías de financiamiento que fueron dispares en sus aportes; entre ellas la realización de rifas, el levantamiento de suscripciones populares y otras tantas formas de colectas, tanto entre socios, como entre “círculos de notables” afines a la sociedad. También la concurrencia frente a poderes públicos, destacándose el Poder Ejecutivo nacional y el Poder Ejecutivo de la provincia de Buenos Aires (Gaché, 1895: 241). Como sostenía Gaché en 1885: “Cada vez se aproxima más el día en que el CMA será el poseedor de un local propio y conveniente a sus fines, y él será más cercano aún, si el Gobierno le presta su concurso, y los socios, hoy bastante numerosos, se animan del mismo entusiasmo de que se encuentran poseídos los miembros de la Comisión, y le prestan su cooperación decidida” (Gaché, 1885: 416).

Es de gran importancia el peso que adquiere la comisión de construcción del local del CMA dentro de la rendición y quizá en la vida política de la asociación. Hay una memoria muy detallada de Samuel Gaché donde se cuenta el itinerario de la misma, los valores pedidos las estrategias, etc. Es un documento interesante para comprender aspectos de la dinámica interna del CMA en estos años, y también para analizar en perspectiva histórica las relaciones entre una asociación de práctica científica y los poderes públicos locales (Gaché, 1895: 408). En ella se cuenta el itinerario del proyecto, que empieza –no podía ser de otro modo tratándose del CMA– con una “reunión de jóvenes”, entre los que estaba el propio Gaché, que se coloca en el lugar del propietario de la idea y en el sostenedor de la misma en las primeras reuniones y comisiones armadas para estudiar tal fin.

Durante estos años el CMA es una sociedad científica preocupada no solo por la expansión de “la ciencia” en términos abstractos, sino con especial énfasis por las ciencias de la vida, como se podrá apreciar en los capítulos 3 y 4.

Como se podrá apreciar en los capítulos 4 y 5 los aspectos hasta aquí señalados dieron vida a una imagen de sí mismos atravesada por gestos de fuerte vanidad científica. En

ellas se rememoraba el aporte de la sociedad a las ciencias médicas locales o su valor material. No deberá asombrar encontrar en algunos de los informes administrativos cálculos estimados sobre el valor material de la sociedad, acaso como intento de fundamentar aquel “valor científico”, algo más etéreo y esquivo a clasificaciones. Ciertamente, con respecto a este último punto, las comisiones directivas coincidían en el gesto de vanidad científica desplegado sobre el valor material. En efecto, fue percibido por sus dirigentes como una de las sociedades científicas referenciales en el pequeño territorio local de la “república de las ciencias”, con la creciente inscripción de los países latinoamericanos en ella. En tal sentido, es por demás interesante la evaluación de los bienes estimados que representa el CMA en 1896; según su tesorero, el CMA vale 97.295 pesos moneda nacional, de los cuales la mayor parte lo representan el terreno y el edificio (del que aún restan pagar 14 cuotas), con un valor estimado de 51.500 pesos. Su biblioteca era valuada en 26.400 pesos y los tomos de los *Anales* guardados en ella se estimaban en un valor de 12.400 pesos (Aráoz Alfaro, 1896: 356).

Un texto de 1892 permite apreciar la lectura institucional realizada sobre la propia experiencia de la sociedad. De mayor interés aún es que tal lectura es puesta en un contexto histórico, dando cuenta de una imagen fuertemente histórica y evolutiva de la vida de la sociedad. En la apertura del tomo realizada por el editor en jefe (Samuel Gaché) ya se presenta el CMA como una institución en “meseta”, que ha atravesado etapas, cosa que otras sociedades no han logrado atravesar. Desde una situación –a esta altura– de respeto hacia la Asociación Médica Bonaerense y a la *RMQ*, la “conciencia” del CMA se permite comparar la trayectoria. Luego se presentan como resultado de las mismas casi todas las banderas que se presentan en otros momentos, como el sostenimiento de la publicación, los policlínicos, la relación con las otras instituciones, etc.” (Gaché, 1892: 3). Es por demás interesante que este “amesetamiento” de la institución se realice aún en el mismo marco ideológico y cosmovisional de los primeros días. En pocas palabras, la institución se muestra como la más grande impulsora de la ciencia experimental en el terreno local, al paso que se pone en perspectiva con el programa científico de Rivadavia y de la “Feliz Experiencia” porteña de mediados de la década de 1820. Esto permite ilustrar, en este caso, algo señalado para las tradiciones en general por otros autores (por caso Weber y Hobsbawnd) pero también por historiadores de la ciencia, como es la posibilidad de recrearse y

transformarse dentro de los “marcos tradicionales” (López-Ocón, 1998: 230). Decía Samuel Gaché en 1892:

“Ha pasado ya felizmente para el CMA el período embrionario, y sus frutos tienen todos los caracteres de la vida robusta encaminada a la prosecución de levantados fines. Son diez y siete años de labor apenas interrumpida por transiciones ligeras que han consolidado su existencia y asegurado su marcha. En todo ese tiempo él ha visto que otras corporaciones desaparecían para dar paso a nuevas aspiraciones y tendencias; ha luchado con vigor para conservar intacta su bandera, que es de progreso; ha difundido las conquistas de la medicina; ha estimulado el estudio con recompensas en recursos publicados, y ha propendido a incorporar a nuestros hábitos saludables y benéficas iniciativas tratando de que el espíritu moderno se infiltre en el mayor número para que la reforma que hoy se hace en las ideas produzca todos sus resultados. Él tiene una misión generosa y lo incita a la lucha la emulación del bien público; y he ahí a nuestra asociación y a sus anales fundando algo que será grande más tarde: el espíritu científico en la República Argentina. Y ese espíritu que se crea en la actualidad debe completarse forzosamente y llegará a inundar con su acción trascendente todo el escenario intelectual de nuestro pueblo nacionalizando las aptitudes desarrolladas en los centros de la metrópoli. No otros eran los ideales de Rivadavia al fundar la Universidad; los de López al organizar la Escuela de Medicina y los de Sarmiento al crear la Academia de Ciencias. Hemos necesitado medio siglo para realizar los progresos que estos tres nombres representan; son tres etapas que el pensamiento argentino ha recorrido a impulsos de exigencias sociales y científicas” (Gaché, 1892: 4).

2.5. CRISIS, DIVISIÓN Y REUNIFICACIÓN (1895-1908)

Mas aquel cálculo del valor de la sociedad –reiterado en varias rendiciones anuales– estuvo lejos de ser inopinado; mal esconde algunas voces en disidencia que proliferaron dentro de la sociedad durante aquellos mismos años. En términos más específicos son los años que van entre las presidencias del ya Dr. Gregorio Aráoz Alfaro –1893 a 1895– y la presidencia del Dr. José Badía, que transcurre entre 1904 y 1906. Y dicho período

aparece caracterizado por una imagen tensa de la vida de la sociedad. De un lado hay aspectos estables en la vida del antiguo Círculo, tales como el ingreso de asociados y, por ende, su proyección en la tesorería de la institución: ambas se mantienen acorde a las dos centenas y medias o tres de miembros que poseyó formalmente. Sin embargo, son los años –en especial los últimos dos– en que florece entre el gran número de estudiantes de la facultad “verdadera pasión por la reforma universitaria”; y paradójicamente ello no sucedió de la mano del “antiguo” círculo. Antes bien, sucedió de la mano de quienes venían a criticarlo.

En efecto, es una de sus figuras axiales hacia los años 1890 –Gregorio Aráoz Alfaro– quien señala con crudeza la distancia que existe entre el valor atribuido al CMA por las comisiones directivas y, por su parte, la adhesión decreciente que la sociedad posee entre el cada vez más numeroso grupo de estudiantes de la facultad de medicina. En efecto, Aráoz Alfaro afirmaba en un tono fatigado que: “Esta biblioteca solo despierta interés en unos cuantos; que estos salones están vacíos; que de las 137 revistas en todas las lenguas que aquí se reciben, muy pocas ven separadas sus páginas por la mano del lector” Y luego concluía que “de cuatrocientos socios del CMA, apenas una decena ha tomado parte en las asambleas científicas, y jamás ha habido cuarenta asistentes” (Aráoz Alfaro, 1897: 345).

Alfaro se animaba a señalar lo que otros presidentes habían sondeado, para luego solapar con los datos del crecimiento institucional: la otrora poderosa sociedad se encontraba frente a una crisis. Durante estos años hay un vacío de estudiantes en términos prácticos y gremiales. Ciertamente, tal vacío no es absoluto; la sociedad está compuesta por más de una centena de estudiantes y en casi todos los años su presencia es cuantitativamente menor a la de médicos graduados. Más ello ocurre –como permite ver el gráfico 3– en un contexto en que la matrícula del doctorado crece en términos geométricos. En pocas palabras, entre 1890 y 1907 el ingreso “a aulas” se quintuplica y el ingreso de estudiantes a la sociedad es un número casi estanco, en poco más de 14 o 15 decenas de estudiantes.

Tampoco es un dato menor apreciar la composición de las comisiones directivas. Si las primeras comisiones directivas posteriores a 1890 estuvieron compuestas por una

mayoría de estudiantes, con posterioridad a 1895 la presencia de doctores suele ser ligeramente mayor que la de estudiantes. Algunos años –por ejemplo 1900, año de la fundación del Centro de Estudiantes de la Facultad de Ciencias Médicas– la proporción refleja un desequilibrio importante: según el organigrama de la sociedad, la Comisión Directiva está compuesta por 11 doctores y 1 estudiante. Acaso por ello, se podrá apreciar que los cargos directivos de la sociedad –editor en jefe del periódico, presidente y tesoreros, directores de salas, de laboratorios y de cátedras libres– tienden a estar, en mayor medida, en manos de graduados. Como se podrá apreciar en el capítulo 4, la presencia más explícita y constante como eje discursivo de la ausencia de permiso para dictar cátedras libres es otro dato no menor –esta vez desde el punto de vista de las representaciones– sobre el carácter gremial de la sociedad. Los intereses de los graduados se hacen explícitos al paso que se pone en cuestión –a veces de manera también explícita– el papel de los estudiantes y sus intereses políticos en la misma. De hecho –como se podrá apreciar en el capítulo 4 y 5– es el momento en que la comisión directiva decide cuestionar las asambleas científicas por el escaso respeto que los socios estudiantes tenían de ellas, sea por restarles importancia en algunos casos, como por cuestionar en forma explícita a los doctores que exponían sus observaciones. Ambos motivos eran sostenidos por redactores que se identificaban con ellos, y que ponían una distancia no menor con la representación de los intereses estudiantiles (Repetto, 1900: 256-257).

Si las dos primeras décadas de vida de la sociedad pueden ser sintetizadas bajo el signo del crecimiento y la expansión, los trece años que conforman el siguiente período –que va desde mediados de 1895 a mediados de 1908– pueden ser sintetizados bajo el signo opuesto, vale decir bajo crisis y fragmentación que poco a poco se abren ante su fachada de estabilidad. Crisis, pues en el último lustro antes de fin de siglo las comisiones directivas mencionan en forma explícita el escaso crecimiento que tiene la sociedad, como se ha podido apreciar, por otro lado, en el gráfico 3. Se recordará que desde inicios de la década de 1890 la matrícula de la escuela muestra un crecimiento exponencial que no es seguido por la cantidad de miembros de la Sociedad. Esta última ha quedado integrada por un número de socios más o menos estables, que oscila entre 290 y 350 según el año (Repetto, 1900: 256).

El fantasma de la fragmentación cobró vida en agosto de 1900. Una parte importante de los alumnos de la Facultad crearon el Centro de Estudiantes de Medicina (CEM) y junto a él una revista estudiantil denominada *Revista del CEM (RCEM, 1901a: 3)*. Dicho espacio –sostenían los editores de la nueva publicación– venía a levantar banderas que el antiguo CMA había dejado caer, dado que había dejado de ser una asociación estudiantil. Estas banderas no eran otras que las de la “protección mutua” y la “unión” entre los estudiantes (*RCEM, 1901a: 3*). En efecto, se decía que:

“La Historia se repite a despecho del tiempo y de los hombres’. Esto que es innegable para la humanidad, no lo es menos en un sentido más restringido, así ello tomamos para nuestro caso. En junio de 1875, llenando necesidades muy sentidas, se fundó un centro de protección mutua y unión entre los Estudiantes de Medicina de Buenos Aires. Este centro, en cuyo programa ocupaba el primer sitio la defensa de sus miembros contra las imposiciones de la Facultad, cumplió de la manera más satisfactoria, sus propósitos, en los primeros tiempos. Desgraciadamente desapareció en su carácter de asociación estudiantil y aquí empleamos los términos de la Sociedad Médica Argentina en el primer número de su revista –cuando muchos de sus miembros al recibir el título universitario, fueron profesores de la escuela que en un principio combatieron. Hoy la historia se repite, un cuarto de siglo después, vuelve a constituirse una institución análoga que llena necesidades semejantes a las que se sentían entonces; que tiene más o menos el mismo objeto y que persigue el mismo fin” (*RCEM, 1900a: 3*).

Así, desde 1900 a 1907 existieron al menos dos instituciones que decían representar a los estudiantes de la escuela médica y, más interesante aún a los fines analíticos aquí seguidos, que afirmaban poseer estrecha afinidad con la experiencia original del CMA.

Ellas son el propio CMA que funcionará hasta 1907 y, por su parte, el Centro de Estudiantes de Medicina según se afirmó en su periódico publicado desde el año siguiente (*RCEM, 1901a: 3*). El estatuto del CEM fue fechado el 20 de agosto de 1900 y fue publicado en la revista del centro en 1901. Este último grupo reconoció –en tono crítico– su afinidad con el antiguo centro y, en especial, con las banderas de los intereses gremiales de los estudiantes en forma exclusiva. En efecto, tanto en sus

noticias institucionales como en su propaganda, o también en sus actividades de esparcimiento, el CEM dejó en claro que su interés estaba puesto en la defensa de los estudiantes, actividad a su juicio abandonada por el antiguo círculo. En estrecha relación, se deberá recordar que esta apertura en la Facultad de Medicina tampoco es un hecho aislado; como ha señalado Susana García al hablar de la Universidad Nacional de La Plata durante los primeros años del siglo, corrían tiempos de creación de centros de estudiantes, en distintas facultades tanto de La Plata como de la ciudad de Buenos Aires (García, 2011: 50).

A la hora de plantear los problemas de investigación se subrayó que el estudio del CEM no es la opción central definida como tema relevante. Sin embargo, es por demás relevante rescatar algunos rasgos de tal experiencia para poder apreciar la crisis del CMA.

Y en tal sentido se recordará que mientras el CMA se estableció en un número de socios que fluctuaba entre las tres centenas y las tres centenas y medias, el CEFM pasó a aglutinar un número de estudiantes cada vez mayor, que rondaba en los poco más de 700 socios (*RCEM*, 1901b: 19). Precisamente, fue tal poder de convocatoria y agremiación –traducido en cuotas mensuales– lo que le permitió al nuevo centro estudiantil enfrentar (y luego responder) a problemas capitales en la asociatividad científica local, ya señalados en el capítulo 1 y 2, problemas también enfrentados por el “viejo” CMA durante sus primeros años de vida, tal como “alquilar un modesto local” donde pudiera funcionar con independencia política de la Facultad de Medicina, del propio CMA y de la Universidad. Según las declaraciones de la primera comisión directiva dicha sede operativa funcionó en la calle Viamonte 2342 (*RCEM*, 1901b: 19).¹⁹

El nuevo centro no posee ningún empacho en sostener actividades análogas a las que componen la sociabilidad estudiantil del CMA desde 1875. Más aún no tiene problema en reconocer en forma explícita su deuda con el aprendizaje en materia de vida asociativa con el CMA, así como tampoco tiene problema en recibir su revista y, luego,

¹⁹ Para fines de setiembre de 1902 una breve nota editorial, señala que la secretaría del “Centro” se ha trasladado a la calle Córdoba 1861, a dos cuadras del antiguo Hospital de Clínicas –ubicado en la actual Plaza Houssay– y a cuatro cuadras de la sede del CMA, ubicada en la calle Corrientes al 2038 (*RCEM*, 1902: 397).

en recomendar clases con docentes sustitutos agremiados al Círculo. Las diferencias entre ambas instituciones comienzan a ser visibles a la hora de focalizar sobre sus actividades gremiales. En efecto, los números que dura la tirada de la revista del centro de estudiantes, previa a la unificación de 1907 se puede apreciar un florecimiento contundente y explícito de las consignas gremiales estudiantiles. Acaso por tal florecimiento no sea casualidad los motines y revueltas –según el pintoresco lenguaje del rector de la UBA entre 1906 y 1912 el Dr. Ufemio Uballes– que se desencadenan en 1906 (García; 2010: 45).

La larga lista de reivindicaciones puestas en juego desde el CEM incluyó, al menos, las siguientes 6:

- 1) Reclamos por mejores espacios de aprendizaje.
- 2) Reclamos por abaratamiento de costos de cursada.
- 3) Como se señaló en el capítulo 1, reclamos por proliferación de emolumentos difusos.
- 4) Como ya sostenían los alumnos durante la década de 1880, críticas al sistema de listas de asistencia.
- 5) Reclamo por modificaciones en las formas de exámenes.
- 6) Críticas a los programas y contenidos de cátedras vigentes.

Por su parte, si se focaliza sobre la sociabilidad de la nueva institución, se podrá apreciar que algunas actividades y perfiles son de gran similitud a la sociabilidad puesta en marcha en el antiguo Círculo, por ejemplo los ágapes de festejos que se estudiarán con algún detalle en el capítulo siguiente. Más aún, algunos gustos en dichos ágapes – tal como los brindis con champán– parecían no haber cambiado, y formaban parte de la nueva cultura –cultura de sociabilidad festiva– de la nueva sociedad (RCEM, 1902: 40).

Y ciertamente es este fenómeno de sociabilidad estudiantil el que añoraba Gregorio Aráoz Alfaro (y Samuel Gaché) en sus palabras a la Comisión Directiva del “antiguo” CMA, abriendo un espacio de diálogo para la fusión (o reunificación) de ambos espacios. En efecto, Aráoz Alfaro señaló en tal ocasión lo que había sido –a su juicio– el elemento central de la sociedad, tal como la “masa estudiantil” que era su “fuerza”. Las metáforas “vitalistas” –presentadas en el capítulo 1– retornan por aquellos años al

discurso de algunos de los dirigentes del Círculo; en efecto, la sociedad necesita cobrar “vida”, tomar “nueva fuerza”. Aráoz Alfaro confirmó el clima tenso, abogando por la pronta reunificación:

“Yo he saludado con júbilo ese movimiento, no solo porque aproximaba de nuevo a la asociación la masa estudiantil que fuera su origen y otrora su fuerza, sino también, señores, y sobre todo, porque vendrá probablemente a fusionar en un solo cuerpo dos porciones complementarias: el viejo centro de estudios y de labor con la nueva asociación de defensa mutua y de mutuo auxilio, con la institución benéfica organizada para favorecer al estudiante pobre, al más simpático de los estudiantes, al que siente frío y a veces hambre, al que prefiere las contingencias de una larga lucha coronada por un triunfo intelectual a la comodidad del presente, a la blanda cama del hogar y al pan fresco y bien oliente de la lejana familia” (Aráoz Alfaro, 1901: 282).

Más aún, en las palabras de Aráoz Alfaro afloró una metáfora soterrada hacía mucho tiempo en las declaraciones oficiales, cual era la de comparar el medio intelectual y científico local con una “tierra nueva y casi virgen todavía”. Metáfora pletórica de significados políticos y, sobre todo, muy cercana a la metáfora del “desierto” utilizada por los primeros grupos de socios. Y desde ya metáfora que invitaba a los grupos en conflicto a unirse en una misma sociedad, para hacer más efectiva la conquista –para la República de las Ciencias– de esas regiones del saber percibidas como “vacías”, “desérticas” y “vírgenes”:

“Yo he saludado con júbilo ese movimiento, no solo porque aproximaba de nuevo a la asociación la masa estudiantil que fuera su origen y otrora su fuerza, sino también, señores, y sobre todo, porque vendrá probablemente a fusionar en un solo cuerpo dos porciones complementarias: el viejo centro de estudios y de labor con la nueva asociación de defensa mutua y de mutuo auxilio, con la institución benéfica organizada para favorecer al estudiante pobre, al más simpático de los estudiantes, al que siente frío y a veces hambre, al que prefiere las contingencias de una larga lucha coronada por un triunfo intelectual a la comodidad del presente, a la blanda cama del hogar y

al pan fresco y bien oliente de la lejana familia. Yo no le temo, señores, que los estudiantes quieran demoler la obra de tantos años de labor, no temo que quieran convertir esta grande y noble institución en centro de pasiones exclusivistas o estrechas. Yo he sido también cuando alumno miembro dirigente de este Círculo Médico, y no he tenido entonces, como no tienen seguramente ahora los jóvenes socios, otro anhelo que el del bien común, otro objeto que el progreso material y moral de la asociación y de sus miembros, otra ambición que la de vincular un modesto nombre a la grande obra de la fecundación científica, si se me permite la expresión, de esta tierra nueva y casi virgen todavía en el cultivo intelectual. Unámonos, señores, unámonos viejos y jóvenes, médicos y alumnos en esta tarea superior. Unámonos, que la obra es muy grande, corta la vida y escasas las fuerzas de los trabajadores, diré plagiando el viejo aforismo hipocrático. Estrechemos filas y juntos trepemos esta áspera y larga vía donde las espinas abundan y cuya cima está lejos, muy lejos aún de nuestra vista” (Aráoz Alfaro, 1901: 282).

Si el primer período fue recordado por su *esplendor*, este segundo tramo de la vida de la sociedad fue recordado –con algo más de modestia– como años de cristalización de una posición en la “república de las ciencias”. Los intentos por inscribirse en tal campo fueron explícitos, al tiempo que se asumía la tensión y hasta la fragmentación de la vida de la sociedad. Y cuando la fragmentación se volvió el tema dominante de dicha vida, los “viejos” de la sociedad y de la escuela de medicina –tales como Gregorio Aráoz Alfaro y Samuel Gaché– plantearon a los “nuevos” en dicha escuela –y creadores del CEFM– que se debían unir y que el aporte de aquellos años de estancamiento había sido la posición de la sociedad en el contexto científico local y latinoamericano.

Como ya se adelantó el movimiento de asociados durante estos 13 años presenta fuertes diferencias con respecto a las primeras dos décadas. Se puede apreciar un movimiento ligeramente descendente durante los primeros siete años del sub período, para luego registrar una leve recuperación en la cifra total de asociados. En 1895 el número de socios activos declarados es 395, cifra que se reduce paulatinamente hasta llegar a 290 socios en 1901. Tal número comienza a crecer nuevamente en 1902 alcanzando la cifra de 373 socios activos en 1907, momento en que se plantea la fusión de ambas

sociedades. El dato más significativo proviene de la comparación con la cantidad de alumnos ingresante a la Facultad de Medicina, en especial con los ingresantes al doctorado. A diferencia del período anterior, no hay una relación positiva entre ambas cifras; el número de socios posee una “vida” independiente de la cantidad de alumnos, que durante estos años adquiere un verdadero crecimiento exponencial. En efecto, en 1895 la cifra es de 883 alumnos entre todas las carreras; por su parte en 1908 la cantidad de alumnos es de 1953.

Si se focaliza la atención sobre la actividad gremial durante el período, se podrá apreciar con claridad un desdoblamiento de los intereses defendidos por la antigua sociedad, así como también de los grupos que los defienden. El nuevo grupo de sociabilidad estudiantil –el Centro de Estudiantes de la Escuela Médica de Buenos Aires– se hizo cargo en forma explícita de los intereses gremiales y políticos dentro de la escuela; y acaso por ello se puede apreciar una escalada en los conflictos estudiantiles durante los lustros venideros, denunciados en forma explícita en distintos ámbitos, reconocidos por las autoridades de la facultad y la universidad, como en la cita del rector Uballes presentada en el capítulo 1. El rector consideraba a los alumnos como “verdaderos obsesionados con la reforma”, y según su apreciación habían transcurrido varios años desde sus peores momentos (Uballes, 1907: 327). En pocas palabras hay rastros empíricos evidentes de un clima de intensificación de conflictos, tales como los que son denunciados en forma directa en la *Revista del Centro de Estudiantes* desde 1901. Mas, si los intereses gremiales de los “señores” eran el eje del nuevo grupo de sociabilidad, no es menos cierto que los intereses de los estudiantes avanzados y graduados también estaban presentes.

Por su parte, en Corrientes 2038 la imagen era de estabilidad y al mismo tiempo de vacío institucional. En el conflicto por los tópicos fundacionales de la sociedad quedaron del lado de Corrientes 2038 el de la contribución a las ciencias médicas y experimentales de la ciudad y a esta altura de la vida política de la república. Si los años del primer lustro han sido señalados como años de cuestionamiento al régimen oligárquico, años de cristalización de nuevas fuerzas políticas y de “cerramiento” del régimen, cierta tonalidad de estos acontecimientos refractan en la vida política de la institución.

2.6. LA NUEVA SOCIEDAD ESTUDIANTIL DE CARA AL CENTENARIO (1908-1914)

La fusión de ambas sociedades es un tema discutido antes de 1908, cuando no mencionado en forma explícita, como lo hace Aráoz Alfaro en las citas precedentes. Los miembros del antiguo CMA –en su mayor parte los doctores que dirigían las Comisiones Directivas– eran sin dudas los más urgidos por dicha fusión. Varios indicios dejan entrever este dato, mas acaso uno de los más relevantes sea el clima de vacío institucional frente al importante crecimiento de la matrícula de la Facultad de Medicina, como se ha podido apreciar en el capítulo 1.

Un relato de ese proceso es visible en las primeras rendiciones institucionales de la sociedad unificada, publicadas en la nueva revista que comenzó a salir en 1909. La fusión definitiva del CEM y del CMA parece haber llegado entre 1908 y 1909; tal unidad estuvo lejos de ser un proceso simple y no fue benigna con el grupo que conducía la vieja institución, a saber, los jóvenes doctores. De hecho el grupo que tomó la conducción de la nueva sociedad se reconoce heredero y asume el compromiso moral adquirido con las banderas experimentales del antiguo Círculo Médico Argentino (Taborda, 1910c: 412). Pero dicho grupo se reconoce algo más y algo distinto a la vieja sociedad; tal dato se puede comprobar –por ejemplo– en el cambio de calendarios. Atrás quedaba el clásico festejo de renovación del “29 de Junio”; la asamblea anual acontecida en dicha fecha durante los primeros 32 años de vida del Círculo es cambiada, según da testimonio la rendición que se presenta –por partida doble a páginas 412-434– en 1910. En pocas palabras, se funda una nueva cronología de la sociedad y, con ella, el CEFM y CMA estaría siendo fundado en agosto de 1901, vale decir en el año XXVI del antiguo CMA (Taborda, 1910c: 412).

El proceso de fusión de ambas sociedades se parece mucho a un acuerdo entre grupos en conflicto, de ese tipo de acuerdos tan presentes en la ciudad de Buenos Aires entre distintas facciones políticas con intereses opuestos, acaso como los pactos firmados entre *crudos* y *cocidos* por el control de parroquias electorales de la ciudad durante la década de 1860, señalados por Hilda Sabato (Sabato, 1998: 54). Se firman actas que

explicitan el acuerdo entre grupos distintos; se transmiten patrimonios institucionales, como por ejemplo la preciada casa de Corrientes al 2038 con todas sus pertenencias. Este traspaso avaló la transmisión del patrimonio intelectual y científico. En efecto, pasan al dominio de la nueva formación de la sociedad la antigua revista y su fichero de notas y temas; también lo que fuera un espaciopreciado por la sociedad a saber la biblioteca y hemeroteca. En efecto, rezaba el documento firmado por Taborga que:

“Esta Asociación está constituida por la fusión del ‘CMA’ y del ‘CEFM’. Que la fusión de ambas instituciones tuvo lugar de acuerdo con las actas y documentos que adjunto (Nos. 2, 3, 4, 5, 6, 7). Que, como consecuencia del nuevo estado de cosas, se dictaron los Estatutos que en folleto acompaño. Que el CMA fue reconocido como personaría jurídica, por decreto del PEN de fecha de veinte de Abril de 1882. De la existencia de ese decreto, certifica el Escribano que autorizó la escritura de propiedad que acompaño (N. 9) y hay constancia, como es lógico, en el Registro Nacional. Que operada la fusión, según antes expresada, y constituida la nueva entidad con la denominación enunciada, ocurrió ante esa Inspección, cumpliendo el mandato de que instruye el acta que presento en copia (N. 10) solicitando el Poder Ejecutivo de la Nación el reconocimiento de la Asociación ‘CMA y CEFM’ en el carácter de la persona jurídica. La institución que presido reúne las condiciones que el Código Civil exige para que pueda otorgarse la personaría que solicito: su principal objeto es el bien común, lo que resulta claramente de las bases consignadas en los estatutos; posee un patrimonio que le pertenece y que está representado por el inmueble a que se refiere el título acompañado, por una valiosa biblioteca y por las instalaciones existentes en el local social (Calle Corrientes N. 2038) todo ello sin contar con el fondo constituido por el modo y en la forma establecida por los Estatutos en su art. 61. La asociación, por otra parte, tiene capacidad, por los mismos Estatutos, para adquirir bienes y, por último, se desprende de todo lo expuesto, que no subsiste de asignaciones del Estado” (Taborda, 1910b: 278).

La firma de un pacto entre ambas sociedades –el CEM y el CMA– y la transmisión de

un patrimonio material, institucional y simbólico de no menor importancia, vino acompañado de un aumento en la matrícula de asociados como se subrayó en reiteradas ocasiones por esos años (Taborda, 1910c: 414).²⁰ Frente a tal panorama cabe preguntar ¿Cómo cristalizó el grupo social que armó la nueva versión de la sociedad? ¿Cuál es el perfil estudiantil presente en la nueva sociedad? Y en estrecha relación, ¿qué tipo de representatividad política y gremial invocaba sobre sus compañeros de la escuela médica? Por su parte no son de menor importancia otras preguntas, tales como ¿Qué posturas adoptaron frente a la promoción de las actividades experimentales en general, y en las ciencias médicas en particular? Seguidamente ¿Qué espacios y estrategias buscaron poner en marcha para favorecer tal promoción? Como ya se ha señalado en la introducción temática y metodológica estas últimas preguntas serán abordadas con detalle en los capítulos 4 y 5.

Es central señalar que la sociedad pasó a ser sinónimo de *vida estudiantil*. Tal dato contrasta a otras experiencias de asociatividad científica latinoamericana, en la que los intereses gremiales de los estudiantes de medicina y farmacia se vieron limitados (Fúnez Monzote, 2008: 75). Si se analiza la nueva institución en términos de cambios y continuidades frente a su pasado inmediato, se puede apreciar que las prácticas asumidas como propias son semejantes a las de la vieja institución, más son prácticas sostenidas casi en exclusividad por el personal alumno. La sociedad pasó a ser sinónimo de intereses gremiales estudiantiles en donde la presencia de doctores era bienvenida y estaba asegurada, pero con una restricción reglamentaria explícita a su participación en la vida política de la sociedad. En tal sentido, no es un ejercicio menor comparar el estatuto publicado en este año con el publicado en 1901 por el CEM. En dicha comparación se puede apreciar que la Asociación de 1910 es la fusión de las dos

²⁰ En efecto, entre los datos de mayor interés señalados por Taborda en 1910 está el aumento de socios, que cuadruplica a las cantidades existentes en los últimos años de la vieja institución. Además, también es importante la mención a las “susceptibilidades” previas y ahora quebradas con la incorporación de los estudiantes de farmacia y odontología: “Un índice muy elocuente de la evolución moral de nuestro gremio es, a no dudarlo, el progresivo incremento de la fraternidad estudiantil. El aumento considerable de socios, que de 1217 cifra dejada por mi digno e inolvidable antecesor, ha ascendido a 1736 (socios activos 1581, socios graduados 107; socios protectores 48) traduce en su simplicidad numérica un doble fenómeno: de una parte la acción provechosa de las autoridades de la asociación, y de otro el creciente espíritu de solidaridad entre los estudiantes de Medicina, Farmacia y Odontología. De las dos últimas Escuelas nombradas, los socios nuevos ingresan entre día a día en laudable proporción, borrándose así paulatinamente las suspicacias que antes existían, y no siendo ya infundado pronosticar la agremiación definitiva de los Estudiantes de la Facultad de Ciencias Médicas” (Taborda, 1910c: 414).

instituciones, reconocidas bajo una misma normativa reglamentaria. Tal dato queda evidenciado en el ítem sobre los socios y los requisitos que estos deben cumplir. En 1900 existen dos tipos de socios, los estudiantes y los protectores; en 1910 se les suman a aquellos los provenientes del antiguo CMA, vale decir los graduados y los corresponsales. Acaso el mayor dato para afirmar que la asociación de 1910 es de neto perfil estudiantil es el art. 6 “h”, donde se menciona –como parte de los derechos y obligaciones de los graduados– la imposibilidad de participar en los puestos directivos, ni tener voz en las asambleas (Daroque, 1910: 70). Este dato es importante para comprender la refundación de la institución, dado que aparece la Asociación volcada hacia el socio estudiante, hacia el antiguo “Sr.” En donde antaño no había tal prohibición, el grupo de socios graduados imponía sus intereses en las Comisiones Directivas. En tal sentido se legitimó la representación por delegación desde los cursos de la escuela hacia la Asociación. En el reglamento de 1900 hay 14 delegados provenientes de la escuela médica, en el de 1910 hay 18, en donde los cuatro nuevos son tres por la carrera de Farmacia y el restante por la de Odontología. Ellos representan la “voz de los estudiantes” dentro de la Comisión Directiva. Políticamente, son el eje del poder, dado que el resto de las categorías de socios no tienen injerencia formal dentro de la sociedad, aunque sí derechos de membrecía (Daroque, 1910: 68).

Respecto de las formas de reclutamiento e ingreso a la sociedad de los estudiantes menores de la escuela son similares a las ya existentes desde inicios de siglo en el CEM y en el CMA. En especial son bien visibles dos aspectos del proceso de afiliación similares al antiguo reglamento del CMA, como son –en orden de aparición– la presentación de los individuos a la Comisión Directiva por socios activos y, luego, el cobro de cuotas de inscripción y cuota de membrecía. Ciertamente eran requisitos similares a los exigidos a los socios graduados, mas con una diferencia importante en la cantidad de dinero abonadas (Daroque, 1910: 68). Solo que a diferencia del antiguo reglamento, la diferencia en los montos no daba curso a derechos especiales, como se podrá apreciar a continuación. Por su parte así como se reconoce en forma explícita las formas de incorporación, también se señalan las formas de despido o “cesantía” de los mismos. De hecho se menciona una cláusula de gran interés, como es la de hacer “incurrir en actos que comprometan la unión de los asociados”, o la de comprometer el buen nombre de la Asociación. En pie de igualdad a las razones precedentes, figuró la

ausencia de pago de tres mensualidades (Daroque, 1910: 69).

De importancia no menor es el carácter masculino de los asociados a ambas instituciones. Ambas se reconocen como una sociedad, y ambas poseen un parentesco profundo con el “círculo burgués” descrito por Agulhon (2009 [1977]: 51). En este contexto hay varios indicios a señalar en la documentación sobre la presencia masculina casi exclusiva en la sociedad. La ausencia femenina en los puestos oficiales y, en general, la ausencia de representación explícita en la carrera de Parto y Obstetricia –casi exclusivamente de personal femenino– podrían ser dos datos empíricos bastante directos para estos años. Un dato no tan directo, más no menos neto en relación al carácter masculino del perfil estudiantil sostenido por la sociedad, es el Himno Estudiantil publicado en la nueva revista en 1912. Como parte de sus actividades gremiales con otros centros y organizaciones estudiantiles internacionales, el nuevo CMA organiza un concurso para seleccionar un himno de los estudiantes, cuya presencia oficial debería engalanar los actos oficiales en las reuniones estudiantiles americanas. Tal consigna se eleva en el II Congreso de Estudiantes realizado en 1910 en Buenos Aires. En 1911 el centro universitario de Lima, haciéndose eco del mandato, sancionaría un himno llamado Himno de los Estudiantes Americanos:

“Juventud, juventud, torbellino
Soplo eterno de eterna ilusión,
Fulge el sol en el largo camino
Que ha nacido la nueva canción!

Sobre el viejo pasado soñamos,
En sus ruinas hagamos jardín,
Y marchando al futuro cantemos
Que a lo lejos resuena un clarín.

La mirada embriagada en los cielos
Y aromados por una mujer,
Fecundemos los vagos anhelos
Y seamos mejores que ayer.

Consagremos orgullo en la herida
Y sintamos la fe del dolor,
Y triunfemos del mal de la vida
Con un frágil ensueño de amor.

Que las dulces amadas suspiren
De pasión al mirarnos pasar,
Que los viejos maestros admiren,
Al tropel que los va a superar.

Juventud, juventud, torbellino
Soplo eterno de eterna ilusión,
Fulge el sol en el largo camino
Que ha nacido la nueva canción!”

(RCMAyCE, 1912: 284)

El dato indirecto invocado está en la quinta estrofa. Si en el resto del himno estudiantil se asume al estudiante de medicina como el “superador” de un modelo pedagógico patriarcal, en ella se acepta como representación oficial de la vida universitaria el hecho de que los estudiantes son masculinos, cuyos objetivos simbólicos son triunfar en el mundo del saber profesional, al par que ser admirados por las dulces amadas, que los miran al pasar. Imagen relacionada a muchas otras tantas, presentes en las fuentes trabajadas para las cuatro décadas; en conjunto, se puede apreciar en ellas lo que Agulhon señaló como una división de espacios dentro de la vida de los círculos burgueses. Un espacio corresponde a las actividades centrales de las reuniones y es un espacio masculino; la presencia femenina se encuentra –cuando se encuentra– en condición de público de la asamblea o de la asamblea científica (Agulhon, 2009 [1977]: 101). En pocas palabras, el grupo de estudiantes aglutinados en la nueva versión de la sociedad sigue aún sosteniendo prácticas (e ideologías) del saber fuertemente patriarcal.

Sobre estas profundas continuidades con los “alegres jóvenes” que en 1875 cantaban loas a los “obreros de la ciencia de fervor calvinista” también hay fuertes diferencias.

Entre otras no menores, las pautas de sociabilidad de la asociación, en especial el festejo de banquetes, la práctica de deportes, el sostenimiento de un fondo de reserva para pago de emolumentos.

En pocas palabras, grupo social similar, aunque más volcado hacia el perfil estudiantil, generación de estudiantes nueva, prácticas de sociabilidad endógenas a la sociedad algo similares a las existentes y, al mismo tiempo, algo distintas. Este *ser social* ocupa espacios existentes y los trastoca con su presencia. *Ocupa* la casa de la calle Corrientes 2038, su biblioteca y salones de cesiones, su revista, sus concepciones sobre la medicina y la práctica científica, como parecen revelarlo las noticias institucionales publicadas prolíficamente en la nueva revista. *Trastoca* cada uno de estos aspectos en un proceso de transformación que cree controlar y que acaso lo excede, pero que genera un efecto de desplazamiento importante respecto de la vieja institución. La revista tendrá un nombre algo distinto, los cuerpos de redactores y articulistas serán en su mayoría estudiantes; los nombres de estos últimos son casi todos nuevos. Quienes fueran antaño las plumas plétóricas de frenesí académico –tales como Wernicke, Aráoz Alfaro, Ingenieros– están ahora ocupando el puesto de “tíos” mayores de la “familia médica”; son ahora nombres “referenciales” de la medicina local a los que se mira con una dudosa distancia; son socios que tienen que reconocer la diferencia generacional para pedir auditorio, como sucede en los escritos de Aráoz Alfaro. Según el presidente saliente, Héctor Taborda, en 1911, “el nuevo estado de cosas producido por la fusión, imponía una seria responsabilidad”. Y agregaba: “Habíamos recibido la gloriosa tradición de la mas afamada asociación médica del país, dispuestos a reanimar en lo posible un viejo organismo, devolviendo a su recinto el calor juvenil y la rumorosa jovialidad que, sin duda, esparcieran en él sus fundadores” (Taborda, 1910c: 412).

Como parte de las actividades políticas y gremiales de la nueva sociedad se encuentran tanto sus conflictos y reclamos frente a la universidad y la facultad como sus relaciones con otros centros e instituciones estudiantiles, tanto locales como internacionales. Por su parte, entre las actividades gremiales internacionales cuentan la adhesión a *Corda Frates* y la activa promoción de los congresos estudiantiles internacionales (D’Alessandro, 1912: 1165).

Es comprensible, entonces, que en sus propias representaciones apareciera como una sociedad vigorosa y en esplendor; las rendiciones institucionales la muestran en un clima de consolidación. En tal sentido, la sociedad explicita orgullosamente los actores con los que confronta y los tipos –modos y formas– de conflictos sostenidos con ellos. Una de las notas por demás interesantes de la rendición es la exposición que realiza el presidente entrante en 1912 –el señor Nerio Rojas– sobre lo que a su juicio es la “Función de nuestro Centro”:

“Yo he asistido a la evolución de este Centro desde hace siete años, y hoy que vengo a dirigirlo, después de una serie de talentosos presidentes, lo encuentro superior a todas las esperanzas. Estos centros estudiantiles cumplen silenciosamente una noble función social. Si hace algún tiempo en su iniciación fueron recibidos con la indiferencia fácil de los superficiales o con la sonrisa irónica de los espíritus mercantiles, actualmente en pleno apogeo de seriedad se han impuesto a la mirada de los intelectuales y han despertado la atención de los poderes públicos. Y es que no se trata de un juego de juventud, sino de una colectividad consciente de su deber y su derecho, que ha comprendido que organizada representa una fuerza social, cuyo fomento es obra de patriotismo. Circunscripta esta idea a nuestra institución se hace más evidente todavía. Nuestro centro realiza una función docente: no de instrucción, pero sí de educación complementaria de la enseñanza oficial. En efecto, con el mal sistema pedagógico y de profesorado de nuestra Facultad, aprendemos en ella a ser profesionales de la medicina, pero no médicos, porque allí no se aprende a ser hombres, con los atributos de carácter, de vocación y de independencia de criterio. Esa obra de integración la realizan en cambio los centros de estudiantes. Entiendo, y os lo he dicho antes de ahora, que estos centros son corporaciones donde en reciprocidad de entusiasmo cada uno debe ensayar la propia capacidad. De ahí que sean instituciones docentes, dentro de su misión aparentemente falaz. Y aún me atrevo a decir más, sin temor de caer en exageraciones. La ciencia médica argentina es tan incipiente todavía que resulta infantil hablar de una escuela argentina. Ella se ha de formar; y es necesario porque el espíritu de escuela si es peligroso cuando llega a la

intransigencia, en cambio es favorable porque fomenta el estudio como consecuencia de la emulación. Pero para eso es indispensable una solidaridad que aquí falta por completo, porque muchos profesionales parecen no haber comprendido que por encima de sus intereses personales pasajeros están los definitivos intereses de la ciencia. Por eso aquí existe la competencia profesional, que es de comerciantes, y no la emulación científica que es de intelectuales. Tal fuerza de solidaridad no se ha de formar por ahora en la facultad, donde falta para ello el ambiente necesario, ya que priman en los estudiantes y los maestros intereses de orden absolutamente distintos y donde entre estos y aquellos falta por lo general el contacto necesario para despertar y dirigir una vocación. Ese espíritu se está formando en cambio en instituciones como la nuestra, que son escuelas de solidaridad, puesto que cada uno sin aspirar a beneficios personales, lleva a la colectividad su esfuerzo desinteresado” (Rojas, 1913: 408).

Pero tales movimientos no solo se pueden apreciar como declaraciones en documentación oficial interna, destinada al siempre “alegre” y “bullicioso” público de sus asambleas, compuestas en sus mayorías por estudiantes. También parece desprenderse de aquella otra documentación destinada a las autoridades de la casa de estudios. Algunas peticiones de las asambleas y Comisiones Directivas del CMA han quedado guardadas en el archivo de la UBA y sus comunicados están en estrecha sintonía con muchas tendencias institucionales y estatutarias, políticas y culturales. Fichados con un número interno y bajo papel membretado –aquel que aparece tempranamente señalado en las rendiciones de tesorería–, las notas circuladas a las autoridades de la facultad o de la universidad retoman escenas clásicas en la vida del CMA, como por ejemplo su actividad gremial; pero al mismo tiempo un lenguaje y, con algo más de precisión, una manera de ubicarse políticamente en una escena que sabía en re discusión:

“Buenos Aires, Marzo 25 de 1913. Al señor Rector de la UBA, Doctor Eufemio Uballes. El CMA y CEFM se dirigen a ese Consejo Superior Universitario, en representación de sus dos mil (2000) asociados, solicitando la derogación de la ordenanza sancionada por el Consejo Directivo de la Facultad de Ciencias Médicas, con fecha 18 de Abril de 1912, en virtud de

la cual no podía ser inscrito en un curso todo estudiante que tenga más de una materia previa del año anterior. Entendemos que un equivocado criterio pedagógico ha inspirado tal resolución, aunque en su único considerando se refieran razones de correlación de estudios universitarios. La ley respectiva y los estatutos de la Universidad Nacional de Buenos Aires destacan categóricamente el reconocimiento de alumnos libres. Sin embargo, la ordenanza en cuestión suprime de hecho la existencia de tales estudiantes, aunque su letra no lo declarase. Ahora bien, los estatutos universitarios al reconocerlos han tenido en cuenta razones fundamentales de libertad de enseñanza, que pueden olvidarse menos que nunca ahora cuando el movimiento pedagógico tiende a afianzarlos. Tanto es así, que en Alemania, buen ejemplo en cuestiones de esta índole, la libertad en los estudios está aceptada, sin que se haya fundado jamás en quiméricas desorganizaciones de la enseñanza. Hay alumnos que por cualquier circunstancia especial se ven imposibilitados a dar todas las materias anualmente, a más de haber otros que no lo hacen ex profeso para dedicarse con especialidad a la que van a rendir examen. Por otra parte, en virtud de esta ordenanza, quedan suprimidos los alumnos que desean adelantar un año, porque se sienten con la capacidad y el tiempo requeridos para ello. Y no se diga que tanto estos últimos como los primeros son los malos estudiantes; porque posiblemente es todo lo contrario, y esa interpretación es solo la persistencia anacrónica del criterio estrecho de los viejos maestros. Como se ve dicha ordenanza es contraria al a letra y al espíritu de los estatutos universitarios, y no está fundada en ninguna razón pedagógica atendible. Por estas razones esperamos que ese Consejo Superior Universitario resuelva favorablemente nuestro pedido de derogación. Saluda al Señor Rector muy respetuosamente. Nerio Rojas Presidente” (Nerio Rojas, 1913: 3; subrayado en el original).

Este conflicto es relatado en la rendición anual de cierre de período de Nerio Rojas, quien la presenta en el marco de otras actividades de espíritu gremial contundente, tales como el pedido de derogación de la asistencia obligatoria, la exoneración de los estudiantes que tuvieran tres ceros en una misma materia, el establecimiento de la segunda mesa de examen, revisitando de esta manera una tradición en materia de

prácticas de examen. Implementadas por buena parte de las instituciones educativas porteñas: el único examen anual, dado al finalizar el año.

“Pero de todas las ordenanzas ninguna tan interesante como la que suprimía la existencia de alumnos libres. Esta Comisión Directiva creyó conveniente para pedir su derogación esperar que se renovara el consejo. Nuestra solicitud fue por eso presentada recién en Agosto, y pasó a estudio de la comisión de enseñanza. Luego vino el período de vacaciones y de pronto el Consejo resolvió ratificar su resolución de poner en vigencia la ordenanza este corriente año. Sin embargo nuestra solicitud seguía en la comisión de enseñanza. En vista de ello el 24 de Febrero se resolvió apelar al Consejo Superior y se presentó la nota que pudo recién ser considerada en Abril, fecha en la cual se reabrían las sesiones. Posteriormente a nuestra resolución de apelar a un grupo de estudiantes, aisladamente, elevó una extensa solicitud al Consejo de la Facultad y su comisión de enseñanza, con nuestra nota anterior, nuestra apelación de esos días y la nueva resolvió estudiar detenidamente nuestra petición y considerar lo injusto de la ordenanza. Los doctores Centeno, Susini y Lacovara, presentaron entonces al consejo un proyecto de reglamentación de alumnos libres que fue aprobado y que vosotros conocéis” (Rojas, 1913: 529).

Ambas declaraciones de Nerio Rojas son de gran interés. En efecto, tanto en las palabras destinadas a los socios como en las dirigidas –en calidad de representante gremial de los alumnos– a las autoridades de la casa de estudios, quedaba bien claro el posicionamiento político explícito (y contundente) que realizaba la sociedad. Más aún tal posicionamiento político lo hizo en nombre de una tradición pre existente, que cuestionaba al menos desde 1875 el criterio jurídico y científico en que la casa de estudio basaba sus decisiones (unilaterales) hacia los alumnos. En tal sentido acaso uno de los detalles de mayor relevancia es la clasificación tan explícita de ese “otro” que la sociedad ha armado desde sus primeros días y, más aún, desde los más cercanos días de la segunda versión. En tal sentido, “persistencia anacrónica del criterio estrecho de los viejos maestros” era una frase bien explícita dirigida a la imaginaria asamblea de dos mil socios –número subrayado en la fuente original– en cuya representación hablaron

frente al rector, Dr. Ufemio Uballes. Es que –a ojos de las miembros de las comisiones directivas de la sociedad– uno de sus papeles relevantes había sido (y seguía siendo) predicar frente a la “apatía” científica del cuerpo docente; y para ello, nada mejor que la presión política sobre un grupo y una institución –la academia de medicina y la universidad– que había aprendido de las dificultades causadas por la ausencia de diálogo frente a los motines estudiantiles, como el de 1906. Aún así lo reconocía Gregorio Aráoz Alfaro en agosto de 1925, durante la conmemoración de los 25 años de la fundación del Centro de Estudiantes de la Facultad de Medicina, y a 50 años del mítico 29 de junio de 1875:

“Y bien, jóvenes amigos, habéis sido, más que generosos, justos, acordándoos del viejo CMA, no solo porque heredasteis su patrimonio y su nombre, sino también porque fue fundado por nobles espíritus juveniles, impacientes y progresistas, que lo crearon a la vez como un centro de estudio y como un ariete para mover a los espíritus reacios que abundan entre los dirigentes de la Facultad, para agitar la corriente –casi siempre estancada e inmóvil– de la vida universitaria de entonces. Dejarme mencionar especialmente entre esos fundadores juveniles, henchidos de aspiraciones de progreso, a José María Ramos Mejía, uno de los principales promotores del Círculo, espíritu ático y brillante que más tarde había de enriquecer las letras argentinas y dejar huella profunda en la Asistencia Pública, el Departamento Nacional de Higiene, el Consejo Nacional de Educación; y entre los presidentes, vicepresidentes y directores de los Anales que ya no existen, a Bartolomé Novaro, claro talento, profesor entusiasta, operador elegante; a Samuel Gaché, erudito, laborioso, escritor fecundo, a Andrés Llobet, cirujano y valiente y hábil, a José Penna, una de nuestras más grandes figuras médicas por la dedicación constante al estudio y al bien público, por su probidad y conciencia en la cátedra, en la vida profesional y en la tarea del funcionario, por su vasta obra de higienista práctico y de epidemiólogo eminente” (Aráoz Alfaro, 1925: 226).

El tercer lustro del siglo XX fue un momento de esplendor de la nueva sociedad; es –al mismo tiempo– el momento en que se ha puesto cierre al análisis de la misma. Como se

ha señalado a inicio de estas páginas, el motivo central es porque corren los años previos a un proceso de mayor dimensión a la existencia del CMA, como es la Reforma Universitaria de 1918. Cualquier intento de explorar la relación entre ambos temas solo corre el riesgo de ampliar aún más la extensión del trabajo. Son los años en que soplan clamores de reforma de las universidades e institutos de investigación en suelo local; son también los años en que figuras notables de la segunda versión del CMA afloran en la nueva “pléyade” de médicos egresados de la escuela. Como se podrá apreciar en los capítulos 4 y 5, nombres como Salvador Mazza y Bernardo Houssay han dejado de ser alumnos y se proyectan en la carrera del científico experimental. También son los años en que cobra un nuevo impulso la revista de la sociedad; en los grupos que dirigieron la segunda versión del Círculo hubo clara conciencia sobre la necesidad de retomar el nombre de los “antiguos” *Anales* para la nueva revista gremial y científica. Aquella aportaba una cuota de legitimidad científica difícil de soslayar, además de una larga tradición de defensa gremial no menos difícil de omitir para las “nuevas generaciones”. Si el CMA había sido un “ariete” para remover los “espíritus reacios” de la casa de estudios, la revista había sido la “hoja” en la que “palpitaba” la vida de la sociedad y desde la cual se proyectaron sus actividades en la comunidad local. También son los años donde las caras visibles de la primera generación de la sociedad llegan al nuevo círculo a participar como médicos y científicos veteranos en las nuevas asambleas científicas, como podremos apreciar en las conferencias dictadas por el ya anciano Ladislao Holmberg en 1913, socio desde los primeros años de la experiencia institucional aquí estudiada. Acaso no sea un dato menor para invocar a la hora del cierre del presente capítulo, el hecho de que fuera la editorial del CMA quien –con posterioridad a 1922– compilara y editara buena parte de los discursos, proclamas y propuestas jugadas por los “agitadores de la reforma” en los prolíficos días de junio de 1918.

2.7. A MODO DE CIERRE

En las páginas precedentes se ha hecho el intento de ver una sociedad en movimiento, con distintos perfiles de asociados, formas de conflictos, y formas institucionales en el doble movimiento de afianzamiento y expansión, vale decir, se ha seguido el paso de una institución “no fetichizada” en los términos que diera a la expresión Mario Biagioli en su *Galileo Cortesano* (Biagioli, 2008 [1993]: 28) Institución acaso no homogénea, o

no solo homogénea sino también, y al mismo tiempo, entrópica, expansiva y en constante tensión con sí misma y con otras instituciones de la universidad y la escuela médica y posterior facultad de medicina de la UBA.

Tal institución estuvo integrada por estudiantes y graduados de la escuela médica, tanto durante sus años formativos, los que van de 1871 a 1875, como también durante sus años de madurez y esplendor, es decir, los que van desde su fundación oficial en junio de 1875 al momento en que se estrena su sede central en Corrientes 2038, a mediados de 1895. Los estudiantes abandonan lentamente la vieja institución para dar vida a principios de siglo XX a un nuevo grupo de sociabilidad y a una nueva institución que reconoció su deuda explícita con las banderas del antiguo CMA, por ese entonces relacionado en forma estrecha a los intereses de los graduados y sus intentos por inscribirse en el cuerpo docente oficial y sustituto de la escuela. En pocas palabras, son los intereses gremiales de los estudiantes los que predominan en la conducción política y en las acciones gremiales de la nueva sociedad, reunificada entre 1908 y 1909. Como se señaló al inicio de estas páginas, es esa fuerte presencia estudiantil el principal motivo para estudiarla como una institución científica, que emprendió acciones para inscribirse en un mundo fuertemente ortodoxo, como era la república de las ciencias médicas finiseculares (Fúnez Monzote, 2005: 75). Son jóvenes y a veces reconocidos como estudiantes pre-graduados los que emprenden una activa promoción de un programa experimental para la sociedad, como se podrá apreciar en los capítulos siguientes.

Hay una complejidad creciente de las formas institucionales, si bien con problemas frecuentes en las instituciones científicas locales, problemas que exceden las fuerzas sociales e históricas analizadas en el período. Visto en perspectiva, las transformaciones que afectan a la sociedad están en estrecha relación a procesos ocurridos en otras tierras; en especial en las antiguas ex capitales virreinales hispánicas (López-Ocón, 1998: 218; Restrepo Forero, 1998: 50; Fúnez Monzote, 2005: 70; Fernández Prieto, 2008: 33). En efecto, la puesta en tela de juicio de tradiciones científicas y médicas heredadas y su posterior reafirmación a partir de un proceso de cuestionamiento político e institucional de los grupos ya existentes es una lucha por sostener las banderas de la tradición. En este caso, son grupos con aspiraciones de convertirse en elites profesionales quienes

discuten y luchan por la tradición científica y médica. Hay una importante homología entre el “alegre grupo” de estudiantes que infligía blasfemias y mandobles al retrato del restaurador, en el patio de los Ramos Mejía y, por su parte, los no menos alegres estudiantes que cuestionaron al CMA en 1900. Los primeros se posicionaron como los defensores de una medicina nacional en nacimiento; los segundos, cuestionaron en forma explícita a los antiguos estudiantes, no tanto para “renovar” como para “recrear” los intereses de la antigua sociedad.

CAPÍTULO 3

PODER Y SOCIABILIDAD EN UNA SOCIEDAD CIENTÍFICA PERIFÉRICA FINISECULAR

3.1. LA VIDA POLÍTICA Y CULTURAL DE LA SOCIEDAD

En las páginas precedentes se han podido apreciar con alguna nitidez las distintas etapas de un círculo de sociabilidad estudiantil, de fuerte perfil gremial y científico desde el momento de su fundación en la Facultad de Medicina de la UBA desde 1875 a 1914. Por su parte, en el capítulo 1 se focalizó sobre el contexto inmediato, en que floreció dicha experiencia de agremiación, con especial atención en los grupos sociales, instituciones y tipos de conflictos. Desde el inicio de la investigación se ha insistido en que tal contexto –o estructura de relaciones sociales cristalizadas– permite al historiador de las instituciones científicas de siglo XIX inscribir la producción y promoción de un programa experimental para las ciencias médicas locales de la época.

Por su parte, en el presente capítulo se focalizará sobre dos aspectos no menos relevantes de dicha institución, como son sus estrategias de poder y sus estrategias de producción de cultura (Agulhon, 2008: 70). ¿Cómo y por qué estudiar tanto las relaciones de poder, como las prácticas de sociabilidad de una sociedad científica como el CMA? Se sostendrá que ambos interrogantes poseen aristas empíricas y teóricas que conviene señalar.

Desde el punto de vista de las relaciones de poder es hartamente evidente que dicha sociedad fue desde sus orígenes un espacio de clara vocación por el poder en el sentido weberiano del término (Weber, 1916: 43). A poco transitar por las fuentes, se puede apreciar con nitidez su preocupación tanto por el poder interno en la sociedad como por sus espacios de poder en la escuela y la universidad, así como también en la sociedad civil porteña finisecular. De hecho, la sociedad no fue un mero “*Circle*”, lugar solo dedicado al esparcimiento y la lectura, ámbito claramente masculino de consumo de tabaco, ágapes, bailes, práctica de “sports”. Junto a estas actividades –y acaso mediada por ellas– floreció una vocación de poder que en términos formales fue puesta al

servicio del adelanto de las ciencias médicas y de la ciencia nacional en general. Misma vocación de poder que en términos informales permitió articular y contener los conflictos internos y sostener una agenda de relaciones con el poder político.

Tal vocación de poder no es un dato anecdótico (o conspirativo) tendiente a subrayar una voluntad de poder y dominio, de amor por un elitismo vacío. Tal vocación de poder está puesta al servicio de un objetivo formal, cual es la promoción y práctica de un programa experimental para las ciencias médicas locales, como se podrá apreciar en los dos capítulos siguientes. Y es parte de lo que Daniel Fox denominó la “producción de negociaciones continuas entre estados y profesiones médicas”, al menos en lo que se conoce como “medicina occidental” desde el siglo XVII a nuestros días. (Fox, 1994: 1204; Kleinman, 1994: 16; Wear, 2000: 2; Brieger, 1980: 134). Más aún, se podrán apreciar distintos sentidos de la práctica política; una práctica interna, relacionada a los intereses gremiales inmediatos de los “Señores” y de los “Doctores”. Por su parte, se puede apreciar una faceta externa de la vida política de la sociedad, de cara a los poderes políticos tanto ejecutivos como legislativos. Tal agenda política se encuentra en estrecha relación con la decisión de trabajar en la cristalización de un sentido social para la ciencia y la técnica, en la ciudad de la época.

Una rápida numeración de sus actividades permite dar sustento a esta apreciación. Como se pudo apreciar en el capítulo anterior, nació a la vida institucional en medio de un conflicto denominado por las autoridades de la escuela como “motín estudiantil”; en dichos sucesos, y por al menos un lustro, la generación de “El Licenciado Cabra” llamó a sus docentes “los dioses del Olimpo de la calle El Comercio” o “generaciones ingratas” frente a la trayectoria de la medicina local, y les deseó que “Átropos” no tardara en ajustarles cuentas a los hilos de su existencia. En los años siguientes participó activamente –cuando de hecho no fue el organizador principal– en los conflictos gremiales desatados en la escuela médica. Como se podrá apreciar a continuación, desde inicios de siglo XX trabó sólidas relaciones con instituciones estudiantiles universitarias sudamericanas y europeas; acaso no debería pasar desapercibido el hecho de que las actas de fundación de la Federación Universitaria Argentina –actor central en la reforma de 1918– son firmadas en la “casa” del CMA ubicada en la calle Corrientes al 2038. Y

–como se señaló en el capítulo 1– la máxima autoridad de la UBA entre 1906 y 1914 era un hombre cercano a la vida política doméstica de la sociedad.

Ciertamente, tal presencia institucional en la escena estudiantil y política local no debe sugerir una falsa imagen de unidad; en efecto, las tensiones por motivos de poder atravesaron la vida cotidiana de la sociedad. A modo de ejemplo se recordarán las tensiones entre las asambleas ordinarias de la sociedad y su CD; las campañas electorales entre “grupos de amigos” distintos dentro de la sociedad; entre las situaciones más abruptas cabrá mencionar un “golpe de estado” interno dado en 1890, así como también un movimiento de separación de los grupos fundamentales de la sociedad en 1900. Y acaso de no menor importancia en este terreno es que hacia el fin de sus días, el siempre presente Gregorio Aráoz Alfaro, denominó al CMA el “ariete” con el que una pléyade de jóvenes estudiantes envistió a una generación médica e intelectual, y luego contra un modelo de institución como era la UBA de fines de siglo XIX y principios del XX.

En cuanto a los aspectos teóricos, es importante señalar que el problema de las relaciones entre las tramas de poder, por un lado, y ciencia y medicina, por otro, no es tema exclusivo del caso aquí presentado. De hecho, tiene una trayectoria (y una historia) al menos dentro de la historia de la medicina del siglo XX. Acaso el primer nombre –y acepción– de tal trayectoria a los ojos de una mirada sociológica e historiográfica de orientación francesa sea Michel Foucault y su concepto del poder como generador de genealogías de saber (Foucault, 1979: 220). En forma más específica su hipótesis de un poder profesional médico y psiquiátrico cada vez más comprometido –con la ascendente burguesía europea de los siglos XVII al XIX y, por su parte, con los distintos estados y maquinarias estatales–, con la producción de saberes “anatomopolíticos” –con foco en el cuerpo de los individuos– y los saberes “biopolíticos” –con eje en los cuerpos en sociedad o sujeto colectivo–, respectivamente (Foucault, 2010: 220). Ciertamente no es la única acepción que surge al pensar en los términos ciencia y poder, así como tampoco quedó librada de comentarios y matices. Algunos de ellos provinieron de la historia social de la medicina, y se focalizaron en el problema del simplismo y la excesiva generalización implicados en algunos de los conceptos favoritos de la constelación foucaultiana (Porter, 2002: 96; Finzsch, 1998: 13). En efecto, las relaciones entre

ciencia y poder –en especial entre los poderes políticos y los poderes médicos y psiquiátricos– muestran una complejidad que no se ajusta al caso francés, estudiado por Foucault.

En el campo de la historia social de la ciencia –a esta altura– clásica, las relaciones entre ciencia y poder no han sido menos exploradas. El estudio que Steven Shapin dedicó al debate entre Boyle y Hobbes sobre la bomba de vacío, mostró los profundos vínculos existentes entre la creación de un lenguaje experimental y de una sociedad destinada a defenderlo –la Royal Society– con la corona británica (Hall, 1954: 195; Shapin, 1996: 126; Shapin y Shafter, 2005 [1985]: 64). Por su parte, el impactante trabajo de Mario Biagioli dedicado a estudiar la vida cortesana de Galileo Galilei es otra muestra contundente de las profundas relaciones existentes entre la nueva filosofía experimental del siglo XVII y la vida de las cortes florentinas y romana (Biagioli, 2008 [1993]: 201; Schibinger, 2004: 50). La lógica de la vida cortesana no solo impregna la vida social del matemático de los Medici, también le impone los temas y la intensidad de los debates. Por su parte, en lengua castellana, los trabajos de López-Ocón y Lafuente han mostrado los profundos vínculos entre la vida cortesana madrileña desde Carlos V en adelante y la lenta pero firme expansión de la ciencia en España y América bajo su dominio (López-Ocón, 2003: 24).

Si se focaliza en las instituciones científicas y médicas de la ciudad y el país, la mirada política e institucional en clave histórica ha sido trabajada para las instituciones científicas y médicas por autores como Diego Hurtado, Susana Belmartino, Cristina Mantegari, Susana García y Marina Riesznik, entre otros. (Hurtado, 2010: 23; Belmartino, 2005: 15; Belmartino; 2011: 17; Mantegari; 2005: 45; García, 2010: 22; Riesznik, 2011). Para la profesión médica local durante el siglo XX la dimensión política en su vida cotidiana, ha sido rescatada en los diversos trabajos de Susana Belmartino. A modo de ejemplo, se recordará que en el último de ellos –dedicado a un estudio comparado de las instituciones y profesiones médicas argentinas y norteamericanas– utiliza en forma explícita el concepto de *batalla política* para hablar de las particulares coyunturas políticas en que ambas profesiones debieron enfrentar a otros actores en pos de la negociación del sentido de la atención médica para la población (Belmartino, 2005: 15; Belmartino, 2011: 17).

Estos trabajos muestran, desde el terreno de la historia social de la ciencia, algo negado por la filosofía de la ciencia, en especial por la epistemología anglosajona de cuño popperiano, epistemología criticada con firmeza en su suelo de origen, pero aún adoptada como canon científico en nuestro medio, tanto en programas de cátedras como en reglamentos de evaluación. Aquellos trabajos evidencian que la producción científica nunca ha sido un discurso aséptico o neutro; no transcurre en una “torre de cristal lógica”, según la expresión de Dominique Pestre (Pestre, 2003: 62; Pestre, 2005: 61). La vida de los científicos –y de sus sociedades gremiales– enfocada en clave histórica permite mostrar sus vínculos de clase y género, sus relaciones con poderes bien terrenales, como el poder político o el poder económico, la ideología o la cultura de una época determinada. Más aun, el ejercicio de adoptar la figura de una institución es parte de un intento por conquistar una posición de autoridad legítima frente a la sociedad civil de su época, en una rama del saber determinada como son las actividades científicas. Así como otras instituciones científicas hicieron uso de su “identidad institucional” para definir sentidos de científicidad (tanto de prácticas como de discursos) en contextos críticos se podrá apreciar un movimiento similar en el CMA, movimiento que buscó poner en juego esa identidad institucional en pos de otorgar sentido a las prácticas y tecnologías de la ciencia que se incubaron en la sociedad (Crosland, 1992: 11).

Por su parte, si nos focalizamos en la vida asociativa y cultural de la pequeña institución científica, encontramos simétrico orden de argumentos para su justificación, vale decir, tanto teóricos y conceptuales como empíricos. Entre los primeros, uno de importancia central es que varios trabajos sostienen la importancia del ocio como instancia axial en la vida de las sociedades gremiales o clubes. Al mismo tiempo –y en estrecha relación– la vida asociativa es medio de cristalización de aquello que en los capítulos 4 y 5 se estudiará como programa experimental promocionado por la sociedad para las ciencias médicas de la ciudad. La primer acepción es presentada por Maurice Agulhon en el trabajo titulado *El Círculo Burgués*; la segunda es presentada por Maurice Crosland en su trabajo sobre la Academia de Ciencias de Francia, entre 1794 y 1914 (Crosland, 1992: 44-45). Incluso una sociedad científica de la formalidad de esta academia poseía un número de “fuerzas sociales” que la atravesaban y al mismo tiempo que la dinamizaban mas allá de sus aspectos formales, tales como la vida de salón. Estos

últimos podían mostrar al mismo tiempo una activa vida científica, además de sus actividades de esparcimiento, por ejemplo, hacia 1800, las fiestas dadas en la casa de Madame Lavoisier (Crosland, 1992: 179; Schiebinger, 2005: 53). Simétrica situación puede apreciarse en la sociedad científica aquí estudiada. Ella hará de la vida asociativa tanto un medio de cristalización de una comunidad de asociados, como herramienta de diálogo con los poderes políticos presentados en el siguiente apartado.

En términos empíricos, ya se ha visto material sobre la importancia que el “*espíritu de cuerpo*” o “*sociedad*” poseía para la cristalización de la vida institucional, a juicio de algunas de las plumas de la prensa médica de la década de 1870. Por ejemplo se ha visto que Pedro Rooverts señalaba su ausencia en la vida de algunas instituciones locales, además de su apremiante fragilidad material (Rooverts, 1874: 55). Luego, se pudo apreciar que, en los momentos iniciales de la sociedad, el ocio y la crítica científica estaban relacionados en forma estrecha, ya desde el patio de los Ramos Mejía. Más en el apartado 3.2.2 se podrán apreciar algunas de las actividades que hicieron a la promoción de una cultura asociativa de la institución, durante las cuatro décadas estudiadas. Muchas de ellas –por caso las fiestas científicas– claves para mostrar los esfuerzos de la institución para cristalizar un programa experimental.

3.2. LA VIDA POLÍTICA DOMÉSTICA DE LA INSTITUCIÓN

Si aquellas son las justificaciones teóricas y empíricas, ¿qué preguntas por el poder en la vida de la sociedad ayudaron a entrevistar el material empírico? Acaso una de las primeras fue identificar las comisiones directivas como un actor relevante en la articulación del poder en el seno de la vida doméstica de la sociedad. Más aún, las preguntas analíticas apuntaron a identificarlo como el actor que fomentó los tópicos de la experiencia asociativa y científica en clave juvenil y patricia en la Buenos Aires de mediados de la década de 1870, identificando a dicho grupo y experiencia con otros fenómenos de asociacionismo juvenil y científico latinoamericanos, en especial en el ámbito de las ciencias médicas y farmacéuticas (López-Ocón, 1998: 217; Leandri, 1998: 190; Restrepo Forero, 1998: 50; Fúnez Monzote, 2005: 100).

La vida política de la sociedad implica al menos dos facetas claras; de un lado la vida política de la comunidad de asociados, muy cercana a la vida de los círculos de sociabilidad descritos por Agulhon para la Francia de fines de siglo XVIII y primera mitad del siglo XIX, y estudiados en la ciudad de Buenos Aires como parte del florecimiento de una sociedad civil a la caída de Rosas por Hilda Sabato y Pilar González Bernaldo, entre otras (Sabato, 1998: 54; 1999: 168; 2003: 19; González Bernaldo, 2008: 274-275). Reglas políticas también similares a las presentes en instituciones científicas contemporáneas –no menos relacionadas a las reglas de los círculos de notables y de sociabilidad– según señalaron R. Hall y M. Crosland, para al Royal Society y la Academia de Ciencias de París respectivamente (Hall, 1950: 199; Crosland, 1996: 44). En tal sentido, se podrán apreciar en las fuentes noticias casi siempre clasificadas de “institucionales”, en las que se puede apreciar la conformación de distintas comisiones directivas, que deciden sobre los más diversos aspectos políticos de la sociedad.

Por su parte, una inquietud asociada en forma estrecha a la identificación de las comisiones directivas, fue establecer la presencia tanto de los *señores* como de los *doctores* en ellas, más allá de la formalidad jurídica plasmada en los reglamentos, en donde todos los socios tienen derechos similares. Luego –y en la medida en que las fuentes disponibles lo permiten–, se ha intentado mostrar los conflictos de intereses que distancian y unen las opiniones de ambos grupos, al punto de dar cuenta de los movimientos de fusión y fragmentación de la sociedad, presentados en el capítulo anterior.

A los fines aquí estudiados, cabe señalar que es esta experiencia grupal la que establece la lectura de la vida política de la sociedad. Ciertamente aquí se ha entendido por *vida política* no solo las prácticas y reglas de sucesión de la dirección de la institución, sino también y más en general, otras tantas facetas de su vida, a priori no relacionadas a la situaciones de conservación y transmisión del mando, pero acaso no menos políticas, vale decir no menos relacionadas a situaciones de poder. En líneas generales, las comisiones directivas definen aquello que es políticamente endógeno a la comunidad de socios, de aquello que por otro lado, es exógeno a la vida de la institución. Y lo hacen a

través de una importante cantidad de actividades y preocupaciones cotidianas, que ayudan a trazar los siempre provisionales límites entre aquellas dos caras de las relaciones de poder y producción de cosmovisiones dentro de la sociedad.

Entre las actividades más importantes que se han identificado se encuentran:

1) El establecimiento de relaciones (y reglamentos) de convivencia entre los miembros del círculo; en estrecha relación se establecieron pautas de justicia interna, sobre las que se conformó la vida cotidiana de la misma.

2) El funcionamiento de la vida material y jurídica de la sociedad, en donde dicha vida implica un gran abanico de temas, que van desde el cumplimiento con las obligaciones económicas de los socios, a la discusión y promoción de actividades que permitieran un alojamiento considerado digno a la misión fantaseada para una sociedad como el círculo. En dicha vida –y en estrecha relación a los temas mencionados– también quedó incluida la búsqueda y traspaso de una personaría jurídica, como ya se adelantó en el capítulo anterior.

3) La institución promocionó un grupo de actividades festivas y asociativas, que implicó tanto a sus miembros como al medio en que ellos se inscribían, vale decir las ciencias médicas y las ciencias de la ciudad en general. Dichas actividades giran tanto en torno a la celebración de la sociedad en la joven “vida científica local”, como en la cristalización de valores morales, imaginarios profesionales, y modelos de prácticas médicas anhelados para los miembros de la sociedad.

4) De no menor interés es el hecho de que las comisiones directivas son las encargadas de sostener una verdadera proliferación de actividades relacionadas a la vida experimental anhelada por la sociedad para las ciencias médicas de la ciudad y, luego, del país. Dado que el interés por el programa experimental de la sociedad, será el tema de los capítulos 4 y 5, aquí se prestará atención a un aspecto de su vida política, como es su actividad de creación de otras instituciones gremiales y científicas.

5) Las estrategias de las comisiones directivas para fomentar y cristalizar una relación con los distintos poderes públicos con los cuales les tocó convivir y dialogar, a los fines de obtener apoyo y legitimidad, en el intento por promocionar una cultura científica local. Tales estrategias ya forman parte de las relaciones “exteriores” o “públicas” de la sociedad, según los conceptos con que suelen ser presentadas en las páginas del periódico. La sociedad fue consciente de sus relaciones públicas con los distintos poderes políticos, con los cuales buscó acercarse en busca de entablar un diálogo, desde ya no siempre correspondido. Y la revista de la sociedad es prolífica en noticias sobre tales relaciones, en especial sobre los distintos proyectos de los que trató de dialogar, sus luces y sus sombras. Ya se pudo ver a la hora de hablar de la vida material de la escuela y de sus instituciones científicas –en el capítulo 1– que la relación con los poderes políticos era, al menos tensa, frágil y en constante re discusión. Tal perspectiva será retomada en las siguientes páginas, recordando que el diálogo entre poderes políticos e instituciones científicas y médicas, forma parte de las vidas cotidianas de estas últimas en la medicina occidental, como intento o estrategia para promocionar una cosmovisión médica, al menos desde el siglo XVII (Fox, 1994: 1224)

Se recordará aquí que tal división es analítica y que se corresponde con las principales preocupaciones registradas en la sección de noticias institucionales publicadas en su periódico. Noticias celebradas como eventos o hitos importantes por parte de las comisiones directivas frente al fluctuante grupo de asociados.

3.2.1. “Señores”, “Doctores” y “grupos de amigos”

El itinerario de poco más de cinco años que va desde el patio de los Ramos Mejía al 29 de junio de 1875, fue testigo de los sucesivos intentos por cristalizar una *Comisión Directiva* sostenida en el tiempo que permitiera dar visibilidad social a una sociedad gremial y estudiantil.

El cierre de la “Sociedad Estímulo Médico” y la inmediata cesión de su pequeño patrimonio al recientemente fundado “Círculo Médico Argentino” representan el momento en que cobra visibilidad un grupo estable de socios, conformando las comisiones directivas de la nueva sociedad. Tal paso apareció como un momento fundacional a las sucesivas generaciones de estudiantes afiliados a la sociedad, pues es

el momento en que se establece un grupo dentro de la institución, capaz de manipular la memoria colectiva del grupo de estudiantes de la escuela de su época, con alguna capacidad de moldear lenguajes e imaginarios, prácticas y ritos, en pocas palabras de establecer analogías, de señalar lo “igual” y lo “distinto” (Douglas, 1986: 75; Fernández Prieto, 2008: 16).

¿Cómo se conformaron las primeras comisiones directivas? ¿Qué papel ocuparon los *Señores* y los *Doctores* en ellas? Y en especial, ¿cómo se relacionan los intereses de ambos en las distintas etapas de la vida de la institución?

Tales preguntas son centrales para comprender varios aspectos de la vida de la sociedad; ciertamente no las únicas. Aquí se las utilizó pues se las consideró importantes para comprender a la sociedad como “actor de su época”, vale decir, un grupo asociativo con vocación científica, en una sociedad civil floreciente en materia cívica, gremial y asociativa. Luego, tales preguntas permiten comprender un rasgo central de la vida de la sociedad, en especial en su relación con el cuerpo médico de la escuela, señalado por los observadores tempranos de la vida de la sociedad, como el Dr. Eloy en su nota de 1884, citada en el capítulo 2. Dicho rasgo no es otro que la complejización del grupo de asociados y, en estrecha relación, la nítida cristalización de dos grupos con intereses no siempre afines, como son los “Señores” y los “Doctores”. Por su parte, ambos grupos son de gran interés, pues llegaron con el tiempo a explicitar intereses contrapuestos, que devinieron en la fragmentación de la sociedad y la creación del centro de estudiantes de la Facultad de Ciencias Médicas en 1900, para luego volver a fusionarse en la segunda versión de la sociedad en 1908.

Desde ya, la relación entre las Comisiones Directivas –al mismo tiempo un actor y una institución política– con los “Señores” y los “Doctores” –ambos grupos humanos y experiencias sociales en contexto– no es azarosa y marca el compás de la vida de la institución, como se pudo apreciar en el capítulo precedente a la hora de hablar de los períodos de la vida del Círculo.

A los fines del presente trabajo, ambos grupos toman posiciones activas dentro de las Comisiones Directivas, al punto de fundar nuevas sociedades cuando no logran expresar

sus intereses en aquellas. Luego, es en las propias comisiones directivas en donde afloran ambas identidades: las rendiciones anuales junto con las publicaciones de los organigramas de la sociedad, es uno de los puntos en donde las asimetrías de ambos grupos queda documentada. En efecto, el organigrama de cargos de la sociedad se compuso durante su primera versión en un número estable de 19 cargos. Como se señaló en el capítulo anterior, ellos dejan entrever los cambios en la cantidad de representantes con el correr de los años. En tal sentido, el siguiente itinerario de cargos y grupos es de gran interés:

COMPOSICIÓN DE LAS COMISIONES DIRECTIVAS²¹

AÑO	“DOCTORES”	“SEÑORES”
1875	1	16
1876	1	16
1877	S/D	S/D
1878	S/D	S/D
1879	6	13
1880	6	13
1881	S/D	S/D
1882	S/D	S/D
1883	7	12
1884	7	12
1885	10	9
1886	10	9
1887	10	9
1888	10	9
1889	1	16*
1890	5	14
1891	9	10
1892	9	10
1893	9	10
1894	8	11
1895	S/D	S/D
1896	12	7
1897	12	7
1898	12	7
1899	11	1
1900	S/D	S/D
1901	S/D	S/D
1902	4	S/D
1903	4	S/D
1904	6	2
1905	6	2

*Segunda presidencia de Ramos Mejía, 29/06/1889 a 23/05/1890. Depuesta por mandato de Asamblea Extraordinaria, en la última fecha.

²¹ Fuente: elaboración propia en base a información oficial publicada por los Anales del CMA durante las cuatro décadas y medias consultadas.

Las formaciones de comisiones directivas estuvieron asociadas a la renovación de los ciclos presidenciales, producidos cada dos años.²² En forma paralela a su renovación total existen múltiples renovaciones parciales de carácter anual, por lo general producidas al primer año de un determinado mandato. Tal práctica se remonta a los días de la primera presidencia de “El Licenciado Cabra” en 1875 y fue una pauta sostenida con la aparición de la nueva versión de la sociedad en 1908. Como se señaló en el capítulo anterior, las comisiones directivas se renovaban en las elecciones del mes de junio (el día 29) y en la segunda versión de la sociedad, en el mes de agosto (el día 14). Tales comisiones directivas son una suerte de “experiencia en la experiencia” de la institución, otra particular forma de saberes y culturas grupales, dirigiendo la vida política de la sociedad; ciertamente estas fechas se volvieron centrales en los imaginarios de ambas versiones de la institución. Ella y los “valientes jóvenes” de la escuela, que con “viril” responsabilidad buscaron crear un centro de poder que reequilibrara a su favor las relaciones dentro de la escuela médica, fueron verdaderos tópicos celebrados durante los primeros 25 años de la sociedad.

Las comisiones directivas establecían la distribución de las sub comisiones o reparticiones en que se dividía la comisión directiva. Fecha de poder por excelencia, en tanto se recorta en ella un doble sentido del mismo; no solo ascienden las comisiones directivas y se glorifica la sociedad, al mismo tiempo se opacan sus fisuras internas. Ahora bien, ¿qué fisuras?, ¿qué sujetos?

La formación de las comisiones directivas se iniciaba con la presentación de “grupos de amigos” o “bandos” a las elecciones. Tales grupos de amigos, estuvieron conformados en los primeros años del círculo en su mayoría por estudiantes, y con el correr del tiempo fueron ganando espacios los más antiguos entre dichos estudiantes, los ya graduados y ahora “Doctores”. Acaso ello permita comprender en parte la variación de las composiciones de la comisión antes referida. Y si bien han quedado pocos datos de

²² Es arto frecuente encontrar noticias que invocan a las comisiones directivas en su papel de actor que fomenta el equilibrio o la estabilización de la vida de la sociedad, en especial en sus primeros años. Así lo expresó el licenciado cabra: “Cúpome la honra de ser electo presidente en esa época difícil para toda Asociación en que todo había que hacerlo salvando escollos casi insuperables y luchando con inconvenientes que a no haber sido allanados hubieran dado en tierra con vuestra obra. Pero gracias a los laudables esfuerzos de los señores que componen vuestra Comisión Directiva, la Sociedad se presenta hoy definitivamente instalada, floreciente, y marchando con paso firme a la gran obra de reconstrucción de las ciencias médicas argentinas, uno de sus más ardientes propósitos, aunque para ello sean débiles por ahora nuestros brazos y nuestros esfuerzos” (Ramos Mejía, 1875: 5).

tales episodios, al menos tres testimonios provenientes de dos socios claves en la vida de la institución dan cuenta de este momento y de la situación de rivalidad, siempre presentada como caballeresca y cercana a los tópicos de la amistad propia de los círculos de sociabilidad. El primero de ellos es el siempre presente Dr. Roberto Wernicke; el segundo el presidente entrante en 1912 el *Señor* Nerio Rojas. Acaso el dato de interés en el relato de ambos autores es que, siendo representantes de épocas diferentes en la vida de la sociedad, dejan delineados aspectos susceptibles de tipificación y de ser apreciados como prácticas de alguna estabilidad en la vida de la institución.

Como ya se ha podido apreciar con anterioridad, el Dr. Roberto Wernicke fue una de las plumas más combativas de la sociedad entre fines de la década de 1870 y mediados de la década siguiente; luego se alejó de los espacios políticos de la sociedad para ocupar la figura de articulista de la revista, junto a una importante cantidad de cargos académicos en la escuela y universidad. Su vida se focalizó en la docencia, la investigación y atención médica. Para los actos de inauguración de la casa del CMA el viejo socio recuerda, al correr de su discurso, aquel anudamiento de escenarios y el conflicto preelectoral propio del año 1883. El relato de Wernicke presenta una elección en la que él participó (y no ganó). Por su parte, el presidente electo fue Samuel Gaché, “amigo” y “rival”, del egresado del anfiteatro de Bonn, y futuro director del laboratorio de Fisiología de la (Sociedad Rural), quien al momento de la inauguración de la nueva casa del CMA afirmó que:

“Motivos ajenos a mi voluntad me impidieron honrarme tomando la palabra en la gran fiesta que hace pocos días aquí celebramos. Digo intencionalmente celebramos, porque aún me considero perteneciente al CMA –cierto es que solo como socio protector figuro, porque así lo requirieron las circunstancias– entre las filas de cuyos socios he militado y luchado en la medida de mis escasas fuerzas. Muchas veces en conversación familiar entre amigos, emitimos el deseo de ver a esta Sociedad en su casa propia, y todos creímos que solo así se garantiza su existencia. **No fue por el grupo de amigos al que me había yo adherido que se realizó el deseo de ver cumplido nuestro propósito: cúpole el honor de llevar a cabo las**

primeras diligencias serias en el sentido de adquirir mansión propia para el Círculo Médico Argentino, a mi afortunado rival en la más reñida de las elecciones que tuvo este Círculo Médico: me refiero a mi amigo y colega el doctor Samuel Gaché. He aducido estos recuerdos para hacer comprender cuanto me debía halagar el recibir una invitación para tomar parte como orador en la primera asamblea que en esta casa se celebró” (Wernicke, 1895: 223; las negritas son nuestras).

El relato de Wernicke se concentra en la existencia de “grupos de amigos” enfrentados, a los cuales los socios se “adherían” en “elecciones reñidas”, todo ello recordado por el orador al grupo de jóvenes socios que asistió a una fiesta científica relacionada a la apertura del edificio de la sociedad. La escena es por demás elocuente, más aún teniendo en cuenta que la “militancia” señalada por Wernicke fue a tiempo completo y sin fisuras, más allá de los matices que el propio Roberto Wernicke –acaso por modestia– señala en el comentario citado. Como ya se adelantó, antes de la más reñida de las elecciones el “joven” Wernicke ocupó (con la solidez intelectual que lo caracterizaba) todos los puestos que la pequeña sociedad científica poseía. Como se podrá apreciar en los dos capítulos siguientes, fue la figura invocada como director de la mayor parte de las actividades científicas y experimentales: fue director de los *Anales* y de la Biblioteca, fue director de los policlínicos durante los nueve años que duró la experiencia, fue uno de los primeros “docentes sustitutos” que publicó sus cursos de patología general en la revista, también fue uno de los primeros en dictar conferencias sobre técnicas quirúrgicas y “listerianismo”.

Escenario similar fue presentado por el presidente entrante en 1912 –el señor Nerio Rojas– quien describió en forma explícita un proceso electoral algo similar, bajo la forma de un conflicto regulado entre personalidades eminentes de la sociedad. Nuevamente el concepto axial es el de “buenos amigos” de la sociedad, que comparten su vocación por el programa experimental, y que son impulsados por la dinámica facciosa de la institución a la situación de conflicto preelectoral. Y si bien la Facultad de Medicina posee un número de alumnos cinco veces mayor al de 1883 y, por otro lado, los reglamentos de la sociedad dejan entrever una forma de reclutamiento de los representantes algo distintos, acaso de mayor interés es que el episodio aún está en

sintonía con la dinámica presentada en las afirmaciones de Wernicke –de 1895– sobre las elecciones de 1883:

“El colegio electoral reunido hace pocos días ha elegido sin un voto en contra de mi persona para la presidencia del “Círculo Médico Argentino y Centro de estudiantes de Medicina” por el período de 1912 y 1913. Yo no podría explicarme tal designación que viene a enorgullecer mi modestia, si no viera en ella vuestra generosa amistad premiando, no mi escasa inteligencia, sino todo el entusiasmo, la voluntad, la buena fe que siempre puse al servicio de esta institución. Yo aquilato en vuestra expectativa la responsabilidad de mi cargo; pero me comprometo a hacer cuanto esté en mi capacidad realizar, y aún más amplia sería mi promesa si yo tuviera en talento lo que me sobre en cariño por nuestro centro. He seguido con marcado interés las alternativas que han prolongado la elección, y todo era agradable, hasta la circunstancia de tener como adversario accidental a un amigo, cuya seriedad y carácter eran por si solos una garantía. Sinceramente me satisfacía esa lucha, no tanto porque estuviera mi nombre de por medio, sino tanto porque ella era la demostración de que en estos palpita el sentido de solidaridad, que es la fuerza de todas las instituciones y el medio de cumplir los mejores ideales” (Rojas, 1912: 406).

El propio Nerio Rojas subrayará la tensa y delicada situación existente entre los “bandos” que se presentaron a las elecciones para renovar la Comisión Directiva, al concluir su primer año de mandato. Acaso de gran interés es el hecho de apreciar un intento de impugnación del resultado electoral, llamando –o al menos intentando hacerlo– a una Asamblea Extraordinaria de socios que pidieran –como su mandato central– la impugnación de la elección. A los fines aquí estudiados, aparece una vez más la correlación de grupos de amigos o bandos, presionando por hacerse un lugar en la comisión directiva, en donde el carácter amistoso del conflicto –esta vez– brilla por su ausencia:

“Previamente quiero ocuparme, por una exigencia de mi sinceridad, del pasionamiento con que se han efectuado las elecciones de la nueva

comisión. **Yo he asistido con toda imparcialidad a esa lucha, y os debo confesar, amistosamente, que no se pueden aplaudir los extremos a que se ha llegado. Ambos bandos parecían divididos por enemistades muy hondas, tanta era la obcecación de algunos.** La comisión directiva no necesita ser defendida ahora, pues ha procedido con toda lealtad en las cuestiones llevadas a su resolución. No hizo lugar al pedido de anulación de elecciones, porque la solicitud en este sentido no estaba fundada en nada concreto y los cargos hechos no eran exactos, cosa que se comprobó debidamente por informes de secretaria, análisis de las actas, sin una sola protesta. Tampoco se hizo a lugar al pedido de asamblea extraordinaria por tener la solicitud firmas falsas y de estudiantes no socios, no alcanzando las auténticas al número exigido por el reglamento. Y la prueba de que la C. D. procedió con legalidad es que esas resoluciones se tomaron previa consulta al Asesor Legal, doctor Gómez. **Yo no quiero ocuparme de otros detalles de esa lucha por ser de menor cuantía y consecutivos al apasionamiento exagerado de los bandos**” (Rojas, 1913: 523; las negritas son nuestras).

La presencia de los “bandos de amigos” dentro del cuerpo de asociados fue una realidad tangible, en especial a la hora de afrontar las sucesiones anuales. Una vez conformadas las Comisiones Directivas se repartían los cargos entre los miembros del grupo de amigos triunfante. En tal sentido, cabrá recordar que existía un grupo de comisiones que poseían mayor importancia a ojos de los presidentes, al momento de elaborar las rendiciones anuales. Ellas son la Secretaría General, la Tesorería, la Biblioteca y la Comisión de Redacción de los *Anales*. La primera es el espacio en donde se suelen ver las actividades formales de la sociedad, al menos en aquellos años donde queda referencia a su actividad. En ellas se puede ver desde las notas enviadas a otras sociedades a las notas circuladas a la escuela médica pidiendo por los derechos de los estudiantes. Desde muy temprano la Secretaría General fue el espacio en donde quedaron plasmadas las reuniones ordinarias de las comisiones directivas y los temas discutidos y, por lo tanto, su rendición se transforma en una suerte de “estado de ánimo” institucional.

En los años en que reinó la fuerte conflictividad y la ausencia de actividades, las

secretarías generales presentan rendiciones escuetas y lacónicas (ACMA, 1905: 365). En los años en que la vida de la institución se encuentra floreciente, las rendiciones de la Secretaría General cuentan un número de actividades imponente, incluso con un mapeo de las relaciones de conflicto y de consenso que ha trabado la sociedad en el mapa institucional de la educación superior porteña. Como ejemplo de esta sensibilidad se deberán apreciar las rendiciones de la sociedad reunificada en 1908. Por ejemplo, en 1911 el secretario General iniciaba la rendición de su repartición con un tipo de razonamiento estandarizado, tendiente a mostrar el volumen de actividad emprendido por la sociedad:

“El número de socios es actualmente de 1626, que se descomponen en la siguiente forma: socios activos 1454, socios graduados 126, socios protectores 45. Las sesiones celebradas durante el último semestre suman 16, de las cuales 8 fueron extraordinarias y 8 ordinarias. El término medio del quórum fue de 16 miembros por sesión. Agregadas estas sesiones a las 21 del primer semestre, constituyen un total de 36 sesiones en el período de 1910 – 1911. El movimiento de notas y circulares, durante el período ha sido el siguiente: primer semestre notas 238, circulares 9087; segundo semestre notas 154 circulares 6846” (Spinetto, 1911: 433).

Acaso en dicho volumen de actividades se pueda apreciar –mejor que en ningún otro aspecto o faceta de la institución– sus rasgos como “partido de hombres de la cultura” científica y médica de su época, otro nombre de aquello que Pedro Roovers había denominado en 1874 como “espíritu de cuerpo”, ausente según su parecer en la Sociedad Médica Bonaerense. Ya desde los primeros años de vida las noticias institucionales muestran un cuerpo de comisiones directivas implementando formas y reglamentos de trabajos en dichas comisiones. De hecho la dimensión que adquiere la conflictividad externa de la sociedad –y, por ende, la repercusión de dicha conflictividad en aras de los intereses endógenos de la sociedad estudiantil– es tan importante que se lo afirma explícitamente, se lo prepara en carpetas para su mejor administración, y se lo enuncia en las páginas de la revista.

Como dejaron entrever las palabras de Nerio Rojas de 1913, la vida cotidiana de las

comisiones directivas de la sociedad, mostraban espacios en donde sus labores eran cuestionadas. Contaron entre ellos las Asambleas *ordinarias* y las extraordinarias o *Asambleas Generales*. Las Asambleas Generales eran aquellas que estaban abiertas a la participación de todos los socios de la sociedad, y por tanto eran convocadas en menor medida a las Asambleas ordinarias, otro nombre para las reuniones semanales de la institución. A los fines aquí presentados, cabe señalarlas como espacios que han dejado huellas de conflictos no menores en la vida de la sociedad, como por ejemplo la sesión borrascosa a la que refirió Bartolomé Novaro en 1882. Las asambleas generales eran el espacio donde podían florecer “los partidos” que afectaban a la unidad de la sociedad. Decía Novaro:

“La comisión Directiva consagró su actividad incansable, a mantener en su alto nivel la organización de la sociedad, estrechando la cordialidad de los vínculos entre los asociados, y puedo asegurar que sus esfuerzos han sido coronados por el mejor éxito. La armonía y el orden han imperado en todos nuestros actos sociales, y no está en contradicción con lo que estoy diciendo lo que ha pasado en una de nuestras últimas sesiones, que ha sido verdaderamente borrascosa. Si ha habido momentos en que el tumulto ha podido ahogar la voz apasionada de algunos oradores, recordemos con orgullo que la sesión terminó al fin de una manera digna de aquella asamblea imponente. Permitidme, sin embargo, que haga votos más fervientes para que en lo sucesivo, la serenidad y la calma no abandonen, ni por un instante, a los miembros de esta asociación en el ejercicio de sus derechos, y que se desvanezcan para siempre las nubes que pudieran aparecer en nuestro horizonte. Que esta agrupación selecta, que lleva alta la bandera de la más bella y humanitaria de las ciencias, no se fragmente jamás en partidos, que por naturales que parezcan y por compactos que lleguen a ser, nunca podrán valer tanto como la asociación reunida, indivisa” (Novaro, 1882: 447).

Acaso en las palabras de Bartolomé Novaro se hicieran eco de la aparición de intereses contrapuestos, que con el correr de los años aflorarían en la pérdida de las banderas del “espíritu estudiantil”, señalado en las primeras declaraciones del Centro de Estudiantes

de la Facultad de Medicina fundado en 1900, como se señaló en el capítulo 2.

El espíritu de partido amenazaba a la totalidad de la sociedad, solo que en 1882 y bajo la presidencia de Samuel Gaché había podido contenerse a las facciones contrapuestas. Pero no siempre sería este el resultado de las borrascosas “Asambleas Generales”. De hecho la próxima asamblea general de gran interés, es aquella que depone a la comisión directiva encabezada por José María Ramos Mejía en su segundo mandato, iniciado a mediados de 1889 y cuya duración es de poco más de diez meses.²³ No es un dato que pase inadvertido por la vida de la sociedad, el hecho de que una *Asamblea General* de estudiantes deponga a uno de los héroes de junio de 1975, como era el ex “Licenciado Cabra” en su segundo mandato. No era paradójico el hecho de que invocara el mismo título que la asamblea que disolvió la antigua Sociedad Estímulo Médico y fundó el Círculo Médico Argentino (ACMA, 1890: 217).

Clima similar al de las “sesiones borrascosas” de la década de 1880, son presentadas con mayor frecuencia en la documentación de la nueva versión de la sociedad. En la rendición de Spinetto es el reconocimiento de desavenencias internas dentro de la Comisión Directiva, que según afirma el presidente fueron respondidas dentro de la propia Comisión, con el resultado de que quizá causaran la partida adelantada del presidente vigente hasta el momento, el estudiante Guillermo Valdez:

“En la memoria leída por mi antecesor, don Guillermo Valdés, ya se comunicó lo actuado en los principios; es de lamentar grandemente que

²³ Este año el estudio de la composición de la Comisión Directiva es interesante porque hay una especie de pequeño “golpe de estado” hecho contra la administración liderada por José María Ramos Mejía, que es la administración que sucede a la de Gandolfo, en el período 29/06/1889 a 23/05/1890. Al respecto un dato por demás interesante es que se habla de una “deposición” de la Comisión Directiva presidida por Ramos Mejía por: 1) Violación del reglamento; 2) Abandono de sus deberes; 3) Falta de iniciativa, etc. La deposición está planteada, promovida y aceptada por la Asamblea General de Socios que nombra en forma inmediata un presidente y un secretario de transición –Juan B. Justo y Armando Claros– quienes son los encargados de convocar a una nueva Asamblea cinco días más tarde –vale decir, el 28 de mayo de 1890– cuyo objetivo central sería “reconsiderar” la deposición. Sin embargo la reunión del 28 no reconsidera nada; se rechazó la moción de reconsideración por 108 votos contra 6. Acto seguido se elige una nueva Comisión Directiva, que es la segunda de las listas presentadas con anterioridad. Luego de la “deposición” aparecen mencionadas reformas en el reglamento que pueden dar una pista de los motivos por los cuales la asamblea “derrocó” a la segunda gestión del *licenciado cabra*. Una de ellas es el artículo 26 del reglamento general donde se afirma que la Comisión Directiva no podrá autorizar gastos fuera del presupuesto anual, al menos sin realizar una consulta. Tal medida es un elemento de claro sentido político, le están condicionando el poder (y la capacidad de decisión) a la comisión directiva y a quien la dirige, vale decir el presidente (Variedades, 1890: 411).

desavenencias surgidas en el seno de la Comisión Directiva anterior hayan sido obstáculos para proseguir trabajos tan bien iniciados, pues cabe a mi franqueza decir que no ha escatimado dicha Comisión ni labor ni sacrificios para el Centro. Esas desavenencias, que han desaparecido del campo del recuerdo, debido a la buena voluntad de todos, en lo cual reconozco el deseo del bien del Centro, pues han hecho que se allanaran obstáculos que en espíritus más egoístas hubieran podido traer perjuicios considerables a la Asociación, no solo las traigo aquí a la memoria como causal inmediata del porque no se haya llenado toda la obra que al comenzar el período se delinearía. Y si esa armonía es un bien, reclamo en parte para mi haber contribuido con mi buena voluntad al allanamiento de asperezas y creo haberme colocado en un justo medio al tratar de suavizar, ecuánime y exacto, esas asperezas que malos entendidos, agrandados por entusiasmos momentáneos, hayan podido suscitar. De aquello nada queda, todos los elementos sanos y conscientes contribuyen al bien del Centro, y bajo una égida de paz y de concordia, los adelantos que ha demarcar el nuevo período sean el exponente real de la desaparición de las desavenencias y de la reanudación de amistades que nunca debieron desaparecer” (Spinetto, 1912: 431).

Durante los años de la segunda versión de la sociedad, la explicitación de la vida política con base en la defensa de los intereses estudiantiles, llega al texto en la revista de la sociedad. Corrían los años que Susana García ha denominado como años de fundación de “centros de estudiantes” moda señalada en forma explícita también por los actores, como se podrá apreciar poco más adelante (García, 2010: 30). En el caso de la Comisión Directiva del Círculo se pueden apreciar un mapeo de los conflictos internos y externos a la vida de la sociedad; más aún en dicho mapeo – y acaso como reparo a reclamos elevados desde Asambleas Generales susceptibles de convulsionarse se publican las propuestas elevadas y atendidas por las autoridades de la casa de estudios, o también por las autoridades civiles en general. En tal mapeo –como el que realizó Alfredo Spinetto en 1912– incluso hay espacio para un “cálculo de fuerzas” de la sociedad en su escena política y cultural inmediata.

En este contexto no deberá extrañar encontrar discusiones sobre herramientas gremiales en forma explícita. En efecto, en 1910 aparece en la revista –a páginas 625/642– una nota titulada “La huelga para resolver conflictos estudiantiles” escrita por Luís Méndez Calzada y presentada en el “II Congreso de estudiantes Latinoamericanos” (Calzada, 1910: 625). La síntesis del texto se condensa en la siguiente frase: “Un cuerpo de profesores mal elegidos genera la indisciplina, el desprecio y el desamor a los estudios” (Calzada, 1910: 628). Se termina rechazando la realización de huelgas en el espacio universitario (y no así en la vida cotidiana de la sociedad capitalista) para suplantarlas por la organización de los estudiantes en espacios como la federación universitaria y los congresos estudiantiles. Entre los datos de mayor interés está sin duda el reconocimiento explícito de la necesidad de la participación estudiantil en la elección de las autoridades universitarias. Ciertamente, no es menos importante el reconocimiento de la conflictividad inter claustro en las Facultades de la UBA, al menos como tópicos, como parte de las representaciones propias de dichas facultades (Calzada, 1910: 629).

3.2.2 Comisiones directivas y conflictividad interna



Foto de la comisión directiva del CMA y Centro de Estudiantes, durante el período 1911-1912.

La queja por el “espíritu de partido” que afectaba a la “unidad de la sociedad” –según la expresión de Bartolomé Novaro citada con anterioridad– no era la única forma de conflicto que se manifestaba en el seno de la sociedad y que corrían el riesgo de cuestionar su existencia. Otros tipos de conflictos propios a la vida asociativa atravesaron la institución, acaso conflictos no relacionados en forma estrecha con la sucesión de las comisiones directivas o con un cuestionamiento a las mismas, y sí relacionados a la vida cotidiana de la sociedad. Conflictos que, en última instancia, presentaban una situación diferente a la “ausencia de espíritu” de asociación señalada con énfasis por Pedro Rooverts en su texto de 1974, citado en el capítulo 1.

En efecto, se ha podido apreciar en el capítulo 1, que la vida de los “alegres” y “turbulentos” estudiantes de medicina de la ciudad, no era ajena a la explosión de la vida asociativa existente en ella, ni al tipo de conflictos que dicha vida implicaba. Fueron señalados como “miembros de motines” estudiantiles; retratados haciendo bromas pesadas y de mal gusto, dirigidas tanto entre compañeros como al resto de la población, en sus espacios de trabajos como practicantes internos de los hospitales. Con no menor precisión fueron descritos como mayormente interesados por la vida de placeres y comodidades que proporcionaba la proliferación de teatros, cafés, plazas y otros lugares de esparcimientos, más que en el estudio metódico de los currículos de sus materias (Burucúa, 1989: 120). De hecho, buena parte de lo que aquí se ha denominado la faceta gremial de la sociedad, no era otra cosa que el intento por promocionar una cultura estudiantil similar a la tan temida cultura de los estudiantes europeos, que se “creían con derechos especiales” según la frase de resonancias proféticas usadas por Piñero y Bideau en su texto de 1884. Actor tan propenso a conflictos no iba a abandonar su experiencia, a la hora de organizarse en una sociedad gremial y científica como el CMA.

En tal sentido los datos empíricos durante las cuatro décadas posteriores a junio de 1875 son fluctuantes, mas se pueden apreciar diversas formas de conflictos tanto entre los socios, como entre los socios y la institución. Así pues, una de las actividades centrales en la vida de las distintas comisiones directivas es el sostenimiento de una cultura de la

vida estudiantil y en general de una militancia científica juvenil, espíritu de solidaridad o espíritu de cuerpo invocados por Roovers en sus referencias de 1874.

El respeto por dicha cultura implicaba la necesidad de dirimir en aquellos conflictos que quebraran la paz y el clima de camaradería entre los asociados. Desde este último punto de vista, dos tipos de conflictos aparecen mencionados con reiteración en las páginas; el primero es el llamado al cumplimiento de las obligaciones económicas de los asociados, pilar de no menor importancia sobre el que se sostuvo la vida económica –proyectos científicos incluidos– de la institución durante muchos años. El segundo tipo, son los conflictos personales entre asociados.

Las obligaciones económicas para con la sociedad, son un tipo de conflicto presente desde muy temprano. Y si bien hay numerosas declaraciones al respecto en varias declaraciones de Comisiones Directivas, es Alfredo Spinetto en 1913, quien hace una de las llamadas de atención más nítidas al respecto (Spinetto, 1913: 428). Spinetto mencionó –al correr de su declaración– la “*escasez de compromiso*” de algunos socios que han tomado préstamos del fondo de reserva del centro y que parecen reticentes a devolverlos. Ciertamente, esta noticia está vinculada a aquella otra en que se denuncia el cambio de domicilio de muchos socios y, por lo tanto, a la dificultad de efectivizar el cobro de préstamos o cuotas atrasadas: “Deudores varios-La deudas de socios por préstamos al 1 de mayo de 1910 eran de 263 pesos. Concedióse en el año préstamos por valor de 455, lo que viene a sumar 718. Solo se percibió a cuenta 100 pesos o sea el 7 ½ de lo prestado. Queda, pues, a cobrar 618. Debo manifestar que salvo muy raras excepciones, la mayoría de los socios no se preocupan de cumplir la amortización que prometen y que a pesar de repetidas notas de la Tesorería no se ha conseguido regularizar la percepción de los préstamos, y algunos socios no han amortizado ni una sola mensualidad. Si no se quiere que los préstamos vayan a aumentar directamente la cuenta de ganancias y pérdidas, se impone hacer efectivo la cobranza en las personas que han salido garantes” (Spinetto, 1912: 436).

Un segundo tipo de conflictos de fuerte presencia, son los conflictos personales entre socios, o conflictos de alguna dimensión contra la propia sociedad ciertamente estos últimos adquieren connotación de situación política, o de conflicto interno. Los

conflictos personales entre los socios incluyen numerosos motivos y situaciones, muchas de las cuales no son retratadas por las comisiones directivas. Ciertamente, no son el tipo de situaciones del que gustara dejar registro. A pesar de ello accede a mediar en dichas situaciones, invocando los principios de asociatividad y caballerosidad, sobre los que se basaba la existencia de la sociedad. En 1911, Alfredo Spinetto da cuenta de un ejemplo de este tipo de conflicto, en donde la CD interviene a favor de un socio que – según su declaración– mató involuntariamente a otro socio. La intervención de la sociedad es escuchada por el presidente de la nación y por la familia de la víctima, quienes acceden a pedir por la situación del socio victimario:

“Las notas enviadas por el Centro pidiendo modificaciones al alcance de una determinación constituyen cabeza de expedientes sobre las cuales se discuten las resoluciones. Las autoridades del Centro son invitadas en su carácter oficial a los actos públicos Universitarios y el Sr. decano ha evidenciado la existencia de un único centro representante de la entidad estudiantil, tanto en la sesión del consejo de 7 setiembre p. p. al tratarse el equívoco asunto de la Morgue como en las palabras dirigidas a los estudiantes con ese mismo motivo. Y a propósito de este hecho, el Centro ha intervenido oportunamente como correspondía haciendo primar un criterio justo, en ese asunto agitado por juicios interesadamente exagerados o ridículos. Cábeme dejar constancia del resultado feliz de una gestión realizada por este Centro en cumplimiento de una de las más hermosas y nobles misiones, la interacción ante el primer Magistrado de la Nación a favor de un asociado víctima de la fatalidad que armara su mano para ultimar involuntariamente a un colega privando a una familia de una bella esperanza. A instancias del Centro el Exmo. Sr. Presidente de la República concedió el indulto, añadiendo el Señor Secretario al comunicar la grata nueva que el primer Magistrado había tenido muy en cuenta el pedido de los estudiantes para tal resolución. Y permítaseme solicitar a esta asamblea que al par que agradezca con un voto de aplauso la feliz resolución gubernativa, envíe las más sincera nota de felicitaciones por la nobilísima actitud de la familia del caído. A. Larguía, adhiriéndose con una sentida nota al nuestro

pedido, abundando en consideraciones tendentes a favorecer la gestión”
(Spinetto, 1912: 375).

En la misma línea de lo señalado para los conflictos internos de 1913, se puede apreciar en la rendición de este año el reconocimiento de formas endógenas del conflicto social, que al mismo tiempo dan vida a la sociedad y la ponen en estado de tensión. Según las declaraciones del presidente saliente, se han encontrado mecanismos para dirimir tales conflictos:

“La armonía se ha mantenido siempre, las divergencias de criterio se han salvado con altura, y la unión que yo preconizara en la lectura de mi programa y que repitiera pocas noches ha, en la fiesta de gratos recuerdos despidiendo a los egresados de este año, ha de ser la norma invariable del principio indiscutible de nuestra fuerza. Y así unidos podremos llenar la misión que nos corresponde como intelectuales, ante el avance por un lado de los más, en los cuales no halla por cierto el criterio luminoso de los preparados, colocados estos frente a los menos que llevan consigo el peso inmenso de una herencia mórbida sintetizada en prácticas ancestrales que no reposan por cierto sobre las bases de una sana moralidad” (Rojas, 1912: 370).

En efecto, en 1913 se puede apreciar un proceso de disciplinamiento entre el grupo de estudiantes que asisten a una Asamblea Extraordinaria. Tal asamblea es de interés pues en ella, se desarrolla un juicio –seguido de expulsión– a un compañero señalado como “plagiario”; el desafortunado estudiante, estaba acusado por un joven llamado a tener un protagonismo central en la ciencia argentina durante el siglo XX, a saber, Bernardo Houssay:

“El señor presidente hace saber a la Asamblea que la C. D. ha aplicado en el curso del año el art. II, inciso b) de nuestros Reglamento, exonerando a un socio activo, cuyo nombre pide no recordar a la asamblea; se trata de un plagiario y espera que la conducta de la CD sea confirmada en todas sus partes; todas las pruebas que condenan a dicho socio se hallan en el

Centro a disposición de los socios interesados en el asunto. El señor Molina pide benevolencia a la asamblea por ser la primera vez, dice, que tal cosa se registra en los anales del Centro, explicando además gramaticalmente que no debe ponerse ‘exoneración’, sino ‘quedar cesante’; pide la palabra el señor Loudet sosteniendo íntegramente la conducta de la CD e indicando a la asamblea así lo haga; el señor Houssay toma la palabra y compara, para hacer resaltar la culpabilidad del socio, su actitud con los actos que tienen en sus manos los tribunales comunes” (Spinetto, 1910: 150).

Los ejemplos se podrían multiplicar subrayando así la constancia de este tipo de noticias, en especial en las páginas de la segunda versión de la revista. Los ejemplos mencionados bastan para ilustrar algo señalado ya en el capítulo introductorio, a saber el nítido papel de varias formas de conflictos entre distintos grupos sociales al interior de la institución científica estudiada. Y, por ende, permiten resaltar el papel de dicha institución como espacio social que permitió contener aquellos conflictos, al tiempo que ofreció prácticas, lenguajes y representaciones al servicio de los intereses gremiales y científicos del personal alumno de la escuela médica.

3.2.3 La “mansión” de la calle Corrientes al 2038 y la personaría jurídica

Si la formación de comisiones directivas –a partir de los distintos grupos de amigos presentados a elecciones– fue uno de los procesos centrales en la cristalización de la vida de la sociedad, simétrica importancia adquirió el sostenimiento de su vida material y la consolidación de una personaría jurídica. Ya se ha podido apreciar el papel relevante de ambas facetas en las distintas etapas de la sociedad aquí estudiadas; en tal sentido cabrá recordar que dentro del organigrama de reparticiones de la comisión directiva a disposición del presidente, la tesorería era una de las reparticiones claves de cada gestión, de cuyo buen funcionamiento dependía la vida del círculo.

En tal sentido –y como ya se adelantara en el capítulo anterior– es por demás interesante el seguimiento de una subcomisión (o de su historia) dentro de la sociedad, cual es la subcomisión de edificación, cuyo funcionamiento se extiende por 12 años desde 1883 a

1895, momento en que se inaugura la casa de la calle Corrientes al 2038, actual sede del Centro Cultural Rojas (Gache, 1895: 240). Dicha comisión no solo es importante porque refracta el compromiso de las comisiones directivas en conseguir un espacio físico propio para el Círculo, sino también por el peso simbólico que ocupa dentro de la vida de la sociedad, transformándose en una suerte de poder paralelo a las comisiones directivas oficiales y manejando un tesoro a veces mayor a las partidas de dinero declaradas por las tesorerías.



Portada de los *Anales del CMA* (31/03/1895) en la que se publican los planos de la “Mansión” de la sociedad terminada pocos días antes.

Hay una memoria muy detallada de Samuel Gache donde se cuenta el itinerario de la misma, los valores pedidos las estrategias, etc. Es un documento interesante para ver dentro del CMA y para ver en perspectiva histórica las relaciones entre una asociación de practica científica y los poderes públicos locales (Gache, 1895: 242).

En ella se cuenta, el itinerario del proyecto, que empieza –no podía ser de otro modo tratándose del CMA– con una “reunión de jóvenes” entre los que estaba el propio Gache, que se coloca en el lugar del propietario de la idea y en el sostenedor de la misma en las primeras reuniones y comisiones armadas para estudiar tal fin. La comisión está integrada por los “Sres.” Gache y Amoretti, y por los *Doctores* Domínguez, Susini, Penna, Sommers. Un dato interesante es que esta comisión se subdivide en cuatro para tratar distintos aspectos de la realización del proyecto. Algunos miembros parecen declinar y hacia inicios de 1886 la comisión general aumentan el número en cuatro socios más, todos ellos médicos (Gache, 1895: 241).

La comisión buscó financiar el proyecto mediante múltiples vías: (1) la realización de una rifa; (2) suscripciones populares y otras tantas formas de colectas entre notables y socios; (3) la concurrencia frente a poderes públicos. Entre estos se destacan el PEN y el PE de la provincia de Buenos Aires, a los cuales se suman al correr de los años Entre Ríos, Tucumán, Córdoba y Santa Fe (Gache, 1895: 240). De ellos responde positivamente el poder político bonaerense y el entrerriano que logran mover partidas de 4000 pesos el primero y de 2000 el segundo. Los otros afirman no tener fondos, y el poder político nacional otorga y levanta la famosa partida de 10.000 que luego se engrosa a 30.000 pesos. Entre las segundas, vale decir entre las distintas formas de colectas populares, está la mención al “beneficio” dado en el Jardín Florida, en pocas palabras alguna suerte de fiesta en la que se terminó recaudando algo más de 130 pesos moneda nacional. También se mencionó –fiel a un estilo de sociabilidad patricia adoptado por la institución– la realización de una “función teatral” a cargo de un empresario cercano a la Sociedad (Gaché, 1895: 242).

Según el relato de Gaché el dinero del terreno estuvo reunido en 1889, mas el proyecto avanzó con dificultad pues la crisis económica que sobrevino en 1890 dificultó la tarea de reunir el dinero para la construcción del edificio. Tal paso llega recién en 1894 y de la mano de un contrato beneficioso para la sociedad hecho entre su presidente –El ya Dr. Amoretti– y el empresario Cayetano Della Paolera quien financia la obra. Los *Anales* publican la noticia de la finalización de la casa un año después, y casi en forma inmediata el traslado de su oficina al nuevo recinto. (Gaché, 1895: 243).

La casa del círculo, retorna a las preocupaciones de las comisiones directivas, con la segunda versión de la sociedad. En efecto, desde 1910 se pueden apreciar menciones a la posibilidad de realizar modificaciones a la propiedad heredada. Acaso de no menor importancia sea el hecho de que tales modificaciones –independientemente de su envergadura– aparezcan mencionadas en forma explícita como “adelanto material” de la sociedad y, que junto a tal adelanto, se mencione el arqueo de la tesorería con cuotas siempre en alza durante esos años. Según Héctor Taborda las modificaciones realizadas sobre el edificio venían a reparar su carácter “vetusto” y los cambios de iluminación dieron “nuevo relieve” a las “reuniones y conferencias nocturnas” (Taborda, 1910c: 413). Más aún, el dinero necesario para afrontar las modificaciones se consiguió con una “proyección cinematográfica”, hecha con el proyector que poseía la sociedad desde pocos años antes:

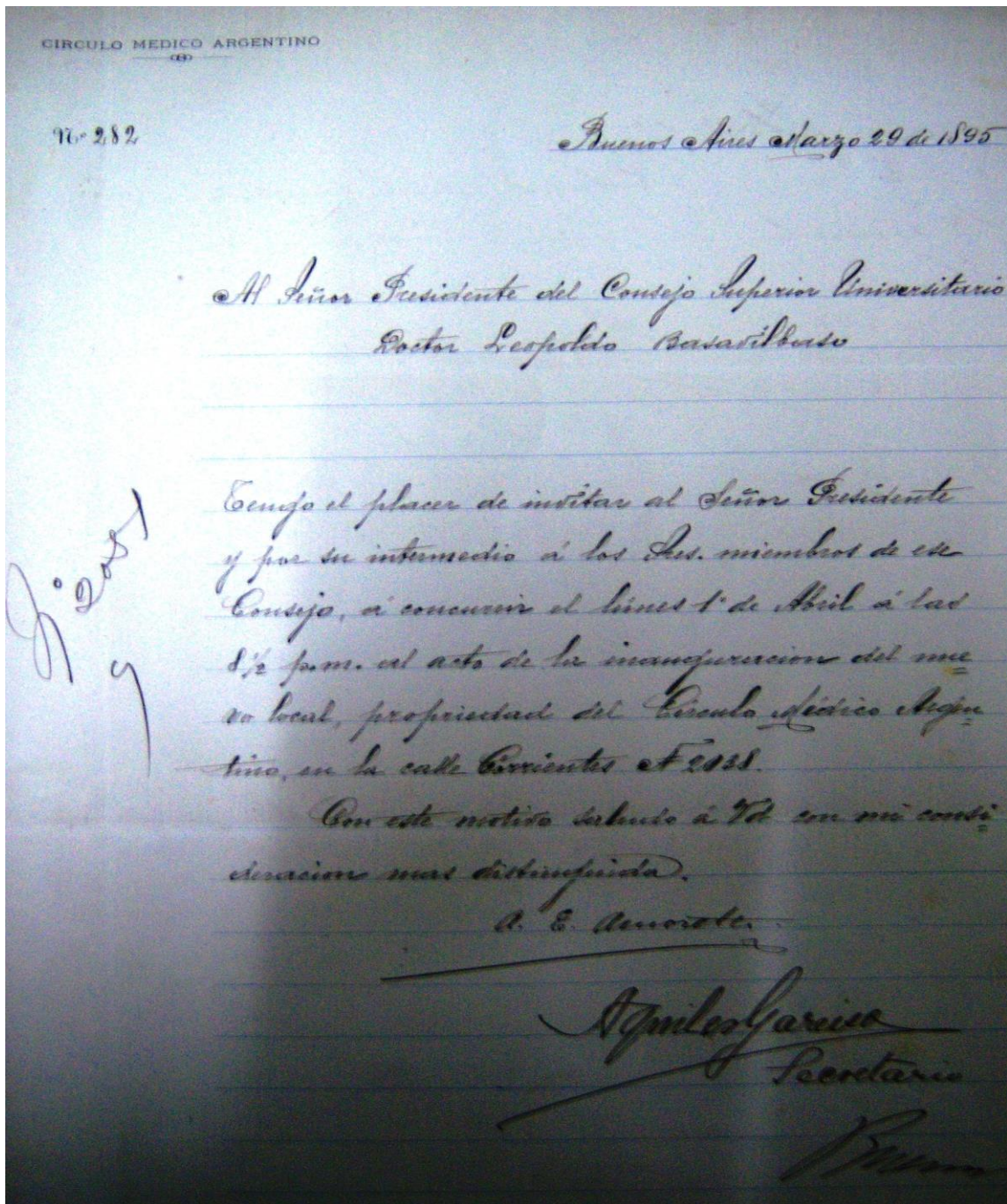
“El nuevo local propiedad de la asociación, ha sufrido transformaciones que le han quitado su aspecto vetusto. Se pintaron su frente, vestíbulo, patios y piezas, no habiéndose podido hacer lo mismo con la gran sala de la biblioteca, en razón del considerable gasto que ello ocasionaría y la necesidad más apremiante de efectuar otras erogaciones. El extenso patio ha sido ornamentado con una colección de palmeras, donadas a solicitud, por el señor Director del Jardín Botánico, don E. Thays, con el visto bueno de la Intendencia Municipal. **El alumbrado a gas ha sido enteramente sustituido por un adecuado sistema de profusa iluminación eléctrica, que entona y alegra más la amplitud de la casa, y ha dado más relieve a las reuniones y conferencias nocturnas realizadas en el transcurso de este período. El gasto que dicha instalación ocasionó, fue cubierto por el producido de una función cinematográfica, a cuyo éxito contribuyeron centenares de socios, acto aquel que sirvió de poderoso estímulo para ulteriores actividades.** A continuación de la sala de la biblioteca, se han establecido tres nuevas dependencias. La pieza que servía de archivo al CMA ha sido totalmente transformada, y hoy contiene la valiosa sección de Revistas de la biblioteca. En su pared Sud se abrió una puerta que da acceso al local de la Revista de la asociación, donde cómodamente se han instalado

su archivo y su casillero de numerosos canje. En la pieza siguiente se han reunido todas las preparaciones y objetos del Museo, que antes hallándose dispersos de la biblioteca y sala de sesiones. Paso por alto otros detalles, como la adquisición de muebles, adornos diversos, etc., que han dado más confort y elegancia al local, **umentando su dignidad**” (Taborda, 1910c: 413; las negritas son nuestras).

Es claro en estas referencias la sutil identificación entre mutación del espacio material de la sociedad, y el poblamiento (o re poblamiento) del mismo, con el florecimiento de vida asociativa en su seno (Taborda, 1910c: 413). También cabrá recordar que tal florecimiento no es un dato rutinario en la vida de la asociatividad científica y médica. No en vano la herencia del edificio aparece como uno de los puntos de continuidad –y responsabilidad– de las nuevas generaciones de estudiantes, que en 1907 se hicieron cargo de la conducción de la sociedad, como quedaba retratado en las afirmaciones realizadas por el anciano “apóstol de la medicina” de la institución, el Dr. Gregorio Aráoz Alfaro (Aráoz Alfaro, 1925: 25).

Por su parte –y como se pudo apreciar en el capítulo anterior– la personaría jurídica de la sociedad fue obtenida en los años iniciales de la primera institución y luego, transmitida como patrimonio jurídico a la segunda versión del Círculo en 1908 (Spinetto, 1910: 220). Ciertamente, se la puede incluir como parte de la dimensión interna del poder de la sociedad, junto con el modelo institucional elegido para gobernarla, así como también las prácticas electorales, sus cronogramas y ritos de sucesión. En efecto, durante estos años la documentación deja entrever un esfuerzo importante por sostener el entramado institucional que, por otro lado, es denunciado como una falsa imagen de coherencia por la nueva institución fundada por los estudiantes avanzados de la escuela. Ahora bien, en un giro no carente de paradojas el modelo institucional criticado en el *antiguo* CMA por la nueva sociedad estudiantil, es el mismo modelo que pasó a adoptar dicha sociedad como modo estable de vida política interna, con algunos cambios menores que les permitió asegurar la conducción política de la sociedad a los estudiantes. Dicho modelo fue prolijamente ratificado con la unificación de ambas sociedades en 1908, y luego publicado como parte de los

reglamentos de la vida estudiantil en reiteradas ocasiones desde 1910 en adelante (Spinetto, 1910: 220).



Invitación extendida por el presidente del Círculo –Alejandro Amoretti– al rector de la UBA con motivo de la inauguración de la nueva sede.

En pocas palabras, para el CMA la importancia de adoptar la forma de una institución científica madura –que incluyó reglamentos de convivencia, de sucesión del mando institucional y de ordenamiento de la camaradería y la sociabilidad entre socios– quedó

evidenciada en la importancia que le dieron a la obtención de su personería jurídica, como se pudo apreciar en el capítulo anterior. Ser reconocidos jurídicamente les permitió tomar distancia de sus “enemigos” internos dentro de la escuela médica y la universidad; también los habilitó a implementar sus propias redes de protección con otras instituciones científicas locales e internacionales. Ciertamente también los facultó a reclamar ayuda de varios poderes políticos locales. En términos científicos y médicos la personería jurídica y la casa propia también los autorizó –como se podrá apreciar en el capítulo 4 y 5– a constituirse como una voz referencial en dicho ámbito; gracias a tal legitimidad pudieron armar proyectos tales como las cátedras libres, el policlínico gratuito, o también las diversas actividades festivas tendientes a recaudar dinero para la siempre ajustada tesorería del Círculo.

3.2.4 La creación de instituciones científicas y gremiales

Acaso uno de los rasgos que permite comprender a esta sociedad científica como una institución referencial dentro del pequeño mundo de las ciencias biomédicas locales son, precisamente, sus actividades de promoción de un programa experimental. Y dado que el estudio de tales actividades será el eje de los capítulos 4 y 5, aquí se ha optado por señalar una serie de aspectos relevantes a tal promoción.

Entre estas actividades una de importancia no menor, es la creación de distintas instituciones que permitieron promocionar las actividades gremiales, médicas y experimentales anheladas por la sociedad (Brieger, 1980: 136; Fox, 1993: 1206). Dichas instituciones podrían ser invocadas como tempranos ejemplos de creación o incubación de instituciones, aunque tal definición no dejaría de ser anacrónica y algo problemática. En tal caso es claro que, en un contexto asociativo floreciente, la creación de instituciones fue una herramienta que le permitió al Círculo formar y socializar a sucesivas generaciones (o pléyades) de estudiantes y jóvenes médicos.

Durante las cuatro décadas aquí estudiadas, el Círculo Médico realizó un esfuerzo importante por crear instituciones que permitieran proyectar y fomentar prácticas experimentales y gremiales, vale decir que permitieran desplegar su espíritu asociativo. Ciertamente el éxito de tales instituciones es dispar; con seguridad, estas instituciones tampoco estuvieron libres de críticas y quizá también “*helaron la sangre*” de sus

contemporáneos, mas la serie ya es indicativa de una voluntad algo más activa al respecto, voluntad que aquí se analiza bajo la sospecha de estar frente a un efecto de opacidad.

Como parte de la política doméstica inherente a la institución, se ha considerado su capacidad de gestión en materia de actividades científicas y médicas, a través de la creación de instituciones volcadas a tareas específicas dentro de las ciencias médicas finiseculares. Ciertamente tal capacidad en una sociedad científica porteña de fines de siglo XIX se recortó a la luz de preocupaciones teóricas actuales, dado que la misma es considerada como relevante en el desarrollo de la tecnociencia durante la segunda mitad del siglo XX, época de apogeo de la llamada “*big science*” (Pestre, 2005: 61; Sanchez Ron, 2007: 709). Más dicha elección cobra mayor sentido en tanto se puede apreciar que la creación de instituciones era una preocupación cotidiana de las distintas comisiones directivas de la sociedad.

Se recordará también que la falta de actividad gremial y científica, así como también el carácter lábil y frágil de sus instituciones fue el argumento central esgrimido contra el cuerpo docente. Tal falencia quedaba nítidamente iluminada en la comparación con las poderosas escuelas médicas europeas y (algunas americanas) visitadas por los socios corresponsales, como se podrá apreciar en el capítulo 4. Tempranamente las plumas más radicalizadas del CMA, señalaron el contrasentido existente en las miradas indulgentes que tenía la Academia de Medicina local de sí misma, en comparación con las “*30 universidades alemanas*”, con su compleja red de instituciones de investigación tales como sociedades científicas, sociedades mixtas –vale decir gremiales y científicas– laboratorios, salas hospitalarias, museos y anfiteatros, morgues, periódicos que se contaban por decenas en todo el país (Wernicke, 1881: 438).

Una lista de tales instituciones –por lo demás siempre provisoria y susceptible de re discusión al calor de nuevas fuentes– incluye un número no menor de proyectos e instituciones experimentales y gremiales fomentadas desde las comisiones directivas del Círculo. Algunas son hoy conocidas, otras duermen en los archivos a la espera de un estudio sistemático de las instituciones médicas y el estudio de la inscripción de un programa experimental en la medicina local de fines de siglo XIX, por lo demás en

sintonía con aquello que se ha denominado medicina (y ciencia) occidental (Brieger, 1980: 136; Fox 1993: 1206; Kleinman, 1993: 16). Entre otras:

-La Asistencia Pública de la ciudad de Buenos Aires: fundada por la Comisión Municipal de la ciudad de Buenos Aires en 1882, fue promocionada en forma activa por la sociedad, siendo descrita como una Superintendencia de Hospitales. Su primer presidente fue el ex presidente del CMA, el Dr. José María Ramos Mejía (Gaché, 1883: 319). Con su fundación se buscaba copiar el “espíritu centralista” de la medicina francesa y, en especial, de lo que se ha denominado su programa clínico y médico; acaso por ello se anhelaba poner bajo la órbita de la Asistencia el control de los servicios de salud de la ciudad (Gaché, 1883: 320).

-El instituto “Pasteur”: fue propuesto para su inicio hacia 1893 y cuyas funciones eran análogas a las del posterior Instituto Bacteriológico Nacional, piedra angular sobre la que descansará el histórico instituto Malbran (y el actual Anlis-Malbran) Con fecha de mayo de 1886 aparece la primer noticia del instituto Pasteur, que consiste específicamente en “hacer trabajos” a partir de una comisión de “notables” para fundar el instituto. Los trabajos referidos remiten a búsqueda de fondos y avales jurídicos y culturales para hacer visible el nombre de la institución (Pirovano, 1887: 321). Dichos primeros pasos del Instituto Pasteur Argentino fueron impulsados por Ignacio Pirovano, por esos años uno de los principales referentes de la medicina experimental; más interesante aún es que propone la reunión en el CMA y que para ello entra en diálogo con la Asamblea y en especial con la figura de Samuel Gaché.²⁴ Un dato importante en

²⁴ Entre los “notables” a los que se convocó cuentan 1) Miembros del poder político, dado que aparecen citados mecenas que ya han apostado al CMA como el (a esa altura) ex-presidente Julio A. Roca, el Dr. Eduardo Wilde, el Dr. Guillermo Rawson, Bartolomé Mitre, Domingo F. Sarmiento, el Dr. Vicente F. López, el Dr. Bernardo de Irigoyen, Don Torcuato de Alvear, el Dr. Amancio Alcorta, el Dr. Aristóbulo del Valle, el Dr. Germán Burmeister, el Dr. Carlos Berg. Luego 2) Aparece un nutrido grupo del mundo de la medicina que completan la Comisión Directiva del proyecto, integrada por 71 personas y presidida por el propio Pirovano. De los 71, 16 son estudiantes o al menos llamados “Sres.” y los otros 55 anteponen el título de Dr. Entre estos últimos aparecen con mucha presencia algunos de la primera generación de CMA, como Novaro, Ramos Mejía, Castro y Sundblad: “El día 14 de Mayo del corriente año se celebró en el CMA una reunión provocada por los Dres. Pirovano, Herrera Vegas, Crespo, A y D Piñero, Mitre, Udaondo, Tessi, Latorre y Gache, a fin de que, de acuerdo con la idea emitida por el Dr. Pirovano, se tratara de establecer en la Republica Argentina dicho Instituto. A esta reunión asistió lo más notable que encierra nuestro cuerpo médico, y considerable número de estudiantes de medicina. Puesto en conocimiento de la Asamblea, por el señor Amoretti, que la presidía, el objeto de la convocatoria, se determinó a moción del Dr. Piñero (A. F.) nombrar una comisión de cinco de los presentes a fin de que proyectara la lista de los miembros de la comisión definitiva que debería organizar los trabajos” (ACMA, 1886: 321).

esta escena es –nada menos– que la aceptación por parte del mismo Luís Pasteur de la membrecía del CMA y de los honores enviados por la comisión antes mencionada. En efecto, con fecha 31 de mayo llega una escueta nota firmada por el propio Luis Pasteur: “Señor presidente: me apresuro a acusaros recibo de la carta de 31 de Mayo por la que he sabido que el CMA me ha nombrado su Miembros Honorario. Esta alta distinción hecho a mis estudios me toca profundamente, no menos que los sentimientos que habéis querido expresarme en esta ocasión. Os Ruego, señor Presidente, se is interpreta de mi gratitud acerca de todos los miembros de ese Círculo, y recibid, señor, la seguridad de mi alta consideración. L. Pasteur” (*ACMA*, 1886: 510).

-La Sociedad Médica de Protección Mutua: fue un intento por armar una sociedad gremial basada en la defensa de los intereses de los médicos recién graduados de la ciudad, hacia mediados de la década de 1890. En sus primeras reuniones se convocaron a ex “Sres.” (y ahora doctores) asociados al Círculo, así como también fueron propuestas las recientemente inauguradas instalaciones de la sociedad como espacio de reunión de aquellos médicos. Según la nota cursada por Gandolfo –ex presidente del CMA– al presidente en curso, la sociedad se proponía como “un centro de auxilios para impedir que sufran miserias las viudas e hijos de aquellos de sus miembros fallecidos sin haber alcanzado los medios de vida independiente” (*ACMA*, 1895: 251).

-La Federación Universitaria de la Ciudad de Buenos Aires: fundada en septiembre de 1908 aglutinó a los cuatro centros de estudiantes de la UBA que, según las páginas de la revista, funcionaban en la ciudad hacia el centenario.

"FEDERACIÓN UNIVERSITARIA"

ADHERIDA A LA F. I. DE E. "ORDA FRATRES"

Corrientes 2038. — U. T. 1707 (Libertad)

BUENOS AIRES

"Centro Estudiantes de Filosofía y Letras"

Viamonte 430

**"Círculo Médico Argentino y
Centro Estudiantes de Medicina"**

Corrientes 2038. — U. T. 1707 (Libertad)

"Centro Estudiantes de Derecho"

Moreno 483. — U. T. 5739 (Avenida)

"Centro Estudiantes de Ingeniería"

Perú 222

"Centro Estudiantes de Agronomía y Veterinaria"

(Villa Ortúzar) — Capital Federal

Contratapa del reglamento de la Federación Universitaria de Buenos Aires fundada en 1908. Sus oficinas centrales funcionaron durante sus primeros años en la "Mansión" del CMA ubicada en la calle Corrientes al 2038.

La nueva versión de la sociedad declaraba estar en relaciones fraternas con dicha federación, al punto de ofrecer la casa del CMA como sede de la misma, al par que es frecuente ver las actas de sus primeras sesiones y circulares publicadas en la revista del CEFM y CMA. El presidente de la sociedad en el año centenario —Héctor Taborda— sostuvo que:

“Firmes y cordiales han sido los vínculos de la asociación con la F. U. en la cual están congregados cuatro centros universitarios, desde su fundación en Setiembre 11 de 1908. Y no podrán ser nunca de otra manera esas relaciones, mientras las C.C.D.D. de nuestra asociación se hallan inspiradas por amplio y alto ideal de fraternidad estudiantil. Esta generación contrajo el magno compromiso de echar las bases de una futura unificación moral de todos los universitarios argentino, y es deber grande, ineludible, proseguir el acrecentamiento indefinido de esa misión con el esfuerzo de las pléyades juveniles que anualmente ingresan a nuestras filas. Pláceme declarar que nuestra asociación ha cumplido entusiasta y fielmente sus obligaciones reglamentarias con la F. U., y no hallando otra fórmula más elocuente que concretara su predisposición favorable hacia ella, resolvió por el voto unánime de la C.D. ofrecer su local para sede de la F. U. hasta que se construya la Casa de los Estudiantes” (Taborda, 1910c: 425).

Más aún –y acaso fundado en el hecho de ofrecer un espacio físico– el CMA aportó en ese año una parte del buró político de la federación, incluyendo entre tales nombres a un muy joven Bernardo Houssay como tesorero de la Federación “Aparte del presidente, que junto con sus colegas de los demás centros confederados integró activamente la Junta Directiva, representaron a la Asociación en la Comisión Universitaria el vicepresidente, Sr. José B. Tamborini; el Sr. Bernardo Houssay, que fue elegido Tesorero de la Federación Universitaria; el secretario, Sr. Carlos A. Castaño cuya renuncia motivó en su reemplazo la designación del Sr. Guillermo Valdes (hijo), y el Sr. Benjamín Bonifacio” (Taborda, 1910c: 425).

-La Federación Internacional de Estudiantes Universitarios, “Corda Fratres”: A nivel internacional el CMA formó parte durante los años inmediatos posteriores al centenario de una hermandad de estudiantes universitarios denominada “Corda Frates”. La membrecía a dicha hermandad llegó de la mano de la pertenencia a la Federación Universitaria señalada anteriormente. Dicha Federación fue reconocida por el Congreso de estudiantes universitarios realizado en Roma en 1909, Congreso al que asistió una delegación de la F.U. porteña. Por ello mismo, fue nombrada como asociación latinoamericana encargada de representar a los países latinoamericanos en el Comité Central de la *Corda Frates* (1910) Y nuevamente tal delegación tendría asiento legal en

la casa de la calle Corrientes al 2038. Así lo señalaba el mensaje publicado en la revista del Círculo:

“La delegación sud-americana va cumpliendo el mandato que le fue conferido. En efecto, por intermedio de la delegación argentina, ha hecho aprobar a unanimidad de votos en el III Congreso de Estudiantes Americanos de Lima, en el que estuvieron representados todos los países del continente, la siguiente proposición: **La “liga de los estudiantes Americanos” se adhiere a la “Corda Fratres” Federación Internacional de Estudiantes**” Al año de su adhesión a la C. F. la federación universitaria de Buenos Aires, ha conseguido por medio de la “Liga” la adhesión de todas las Universidades del continente a la misma. El domicilio internacional de la Delegación Sud-Americana Corda Frates, por resolución de la F. U. de Buenos Aires, quedó constituido definitivamente en el local de la Federación misma, calle Corrientes 2038, donde deberá dirigirse la correspondencia oficial. Dirección Telegráfica: Fide” (RCMA, 1912: 1164; negritas en el original).

Se subrayará nuevamente que la lista de instituciones presentadas es selectiva y susceptible de ampliarse. En tal sentido no es otra cosa que tratar de ilustrar –en instituciones concretas– una política por parte de las comisiones directivas; política que –vista en la perspectiva cronológica de la sociedad– es, al menos, tensa. Y tal tensión viene de la mano de la participación estudiantil y del florecimiento (o languidez) del movimiento asociativo, en especial el circunscrito al ámbito de las ciencias médicas porteñas y latinoamericanas (Fúnez Monzote, 2005: 90; Restrepo Forero, 1998: 50; Leandri, 1998: 190).

Durante el período de crisis de la sociedad –los años que van desde 1895 a 1907– la generación de actividades e instituciones parece languidecer por falta de participación de asociados, incluso aunque algunas de ellas consigan logros no menores, como la inscripción de la revista en circuitos bibliográficos internacionales. Como se ha sugerido en la hora de hablar de las Comisiones Directivas y sus conflictos, las rendiciones son exiguas y casi no nombran actividades. Aún más. Como lo señaló

Gregorio Aráoz Alfaro en 1899, las consultas a la biblioteca eran pocas, al igual que la cantidad de socios que asistían a las conferencias. Tal entusiasmo contrariado también se pudo apreciar en la languidez de algunas empresas e instituciones promocionadas por el Círculo. Las comisiones directivas entendieron que sus actividades tenían límites difíciles de afrontar, en especial, aquellos derivados de la escasa participación del erario público o del “aporte filantrópico”, como sucedía en Alemania, EEUU e Inglaterra. En reiteradas ocasiones se señaló la escasa participación y el escaso aliento oficial. Ciertamente tales argumentos no reflejaban una verdad absoluta, afín a la voz de los críticos. Como se ha señalado el proceso de institucionalización de la ciencia fue frágil pero existió; tal comentario era realizado frente al apoyo que obtenían los cuerpos médicos así como las ciencias naturales en general en los países mencionados.

El matiz en su recorrido del camino de la institucionalización de las ciencias médicas locales, no estaba solo. Hacia fin de 1887 despedía a la *RMQ*, como una decana de las ciencias médicas locales luego de haberla criticado en reiteradas ocasiones durante sus primeros cinco años de existencia. En especial, señaló que la *RMQ* había sido pionera en batallar en el desierto de las ciencias experimentales locales. Así pues del compromiso exitista de los años iniciales –que les llevó a pedirle a Átropos que ajustara el hilo de la existencia de las generaciones mayores en el mundo médico local– a la tenue asunción de los límites del voluntarismo, hacia mediados de la década de 1890. En pocas palabras, el “credo” de Pürkyne en el campo científico y médico,²⁵ así como el ideal de la militancia estudiantil promocionado con fervor por las CD de los primeros años, colisionaron al correr de los años con al hermetismo propio del medio ideológico e institucional.

Ahora bien el otro matiz de la tensión que atravesó la sociedad, se puede apreciar en los años en que el movimiento asociativo es importante. En efecto, los años de languidez institucional y de escasa participación de los estudiantes en la vida de la sociedad, no

²⁵ El “credo de Pürkyne” remite al modelo de práctica experimental en espacios concretos –el laboratorio de la escuela médica– por un grupo de estudiantes (también jóvenes médicos) desarrollado por Jan Evangelista Pürkyne, profesor de Fisiología de Breslau: el estilo fomentado por Pürkyne remitía al ideal de educación como autoeducación, o de formación a través de actividades y problemas de investigación concretos, desarrollados y reconocidos por los estudiantes de su curso. Según Coleman el mismo se caracterizaba por implicar un cuestionamiento a las formas de trabajo basadas en la autoridad expositiva y libresca, y por haberse inscrito en los laboratorios, profesiones médicas y universidades creadas al amparo de las políticas públicas que siguieron a la reforma humboldtiana, en especial en las universidades prusianas de nuevo cuño, como la Escuela de Fisiología de Breslau (Coleman, 1978: 21).

deben opacar la existencia de una prolífica y febril actividad asociativa durante una parte no menor de su vida, en especial durante su “primer” y “tercer” período de existencia, señalados en el capítulo anterior. Y en tal sentido la presencia de actividades gremiales, científicas, de sociabilidad, e institucionales, es imponente.

Y a modo de ejemplo se recordarán las palabras de Samuel Gaché –presidente saliente del Círculo– el 29 de junio de 1885. El Dr. Gaché se hacía cargo –con muy poca modestia de su parte– de proyectar la sociedad al rango de “núcleo poderoso de la medicina del Río de la Plata” y como una de las más importantes en “América del Sud”. Su discurso de 20 páginas leído a la Asamblea General de la Sociedad abundó en datos que le permitían abalar tal afirmación:

“Puedo en verdad decirlo: El CMA es en la actualidad el núcleo más poderoso y de más fecundo desarrollo con que la medicina cuenta en el Río de la Plata. Pruébanlo sus esfuerzos por crear la medicina nacional, acordando recompensas y estimulando al ejemplo; pruébalos las distinciones que ha recibido de los poderes públicos del país, y de las Academias científicas de Europa, una de las cuales, La Societè d’Hyggène de Paris, le ha acordado el título de Miembro Honorario; pruébalos sus rápidos progresos que le han permitido erigir sus consultorios en Escuela practica de Medicina, y pruébalos, en fin, más que mi palabra, la conciencia que sus asociados tienen acerca de su valer, y de los destinos que debe cumplir en la evolución de la ciencia y su desarrollo en América. Un día como hoy surgía de un grupo de jóvenes entusiastas el pensamiento que acaso ellos mismos consideraban como una utopía, pero que mediante el esfuerzo común y bien intencionado ha podido convertirse en la realidad que hoy contemplamos. El 29 de junio de 1875 marca una época feliz en la historia de la Medicina argentina, porque trayéndonos el recuerdo de otras asociaciones que sucumbieron en sus primeros años, nos evoca la augusta visión del porvenir asegurado por las labores del presente y el espíritu que nos une en la obra de su estabilidad. Si en 10 años ha obtenido tan singulares conquistas, cuantas no será las que agregue más adelante al amparo de las primeras y al calor de la edad madura! Dejádme, entre tanto, tener la vanidad de saludar en el

CMA anticipándome al porvenir, al más célebre instituto científico de la América del Sud” (Gaché, 1884: 332).

No es el único relato “exitista” a invocar, de hecho en los períodos señalados hay una cantidad no menor de reconocimientos a la pujanza y laboriosidad de la sociedad y en especial de las Comisiones Directivas.

3.2.5 La vida asociativa del Círculo: cenas, fiestas, deportes, obituarios

¿Por qué estudiar la actividad de esparcimiento de una sociedad científica? Y luego ¿Qué relación tienen dichas actividades asociativas con la promoción de un programa experimental? Para responder estas preguntas en la vida del CMA, es necesario apreciar una serie de trabajos realizados en las últimas tres décadas, en especial, sobre la relación entre cultura asociativa y cultura experimental.

Primero, porque dicha sociabilidad forma parte de su *espíritu de cuerpo*, vale decir de la vida interna de la sociedad, que permite apreciar su mayor o menor acercamiento el personal alumno de la escuela.

Acaso por ello también permite comprender el fenómeno de “partidificación” de la vida estudiantil que terminó generando. En efecto, se podrán apreciar intensidades distintas de esta sociabilidad según la cantidad de socios que esta posea, en relación a la cantidad de alumnos matriculados. Durante sus primeros 20 años se puede apreciar una mayor intensidad de dicha vida asociativa, que parece languidecer durante los siguientes 15 años, según afirmaron los mordaces comentarios del CEFCM. Dicha vida asociativa cobró un nuevo impulso hacia el centenario, época en la que se puede apreciar una mayor participación estudiantil en la sociedad, así como una renovación de algunas de las prácticas asociativas.

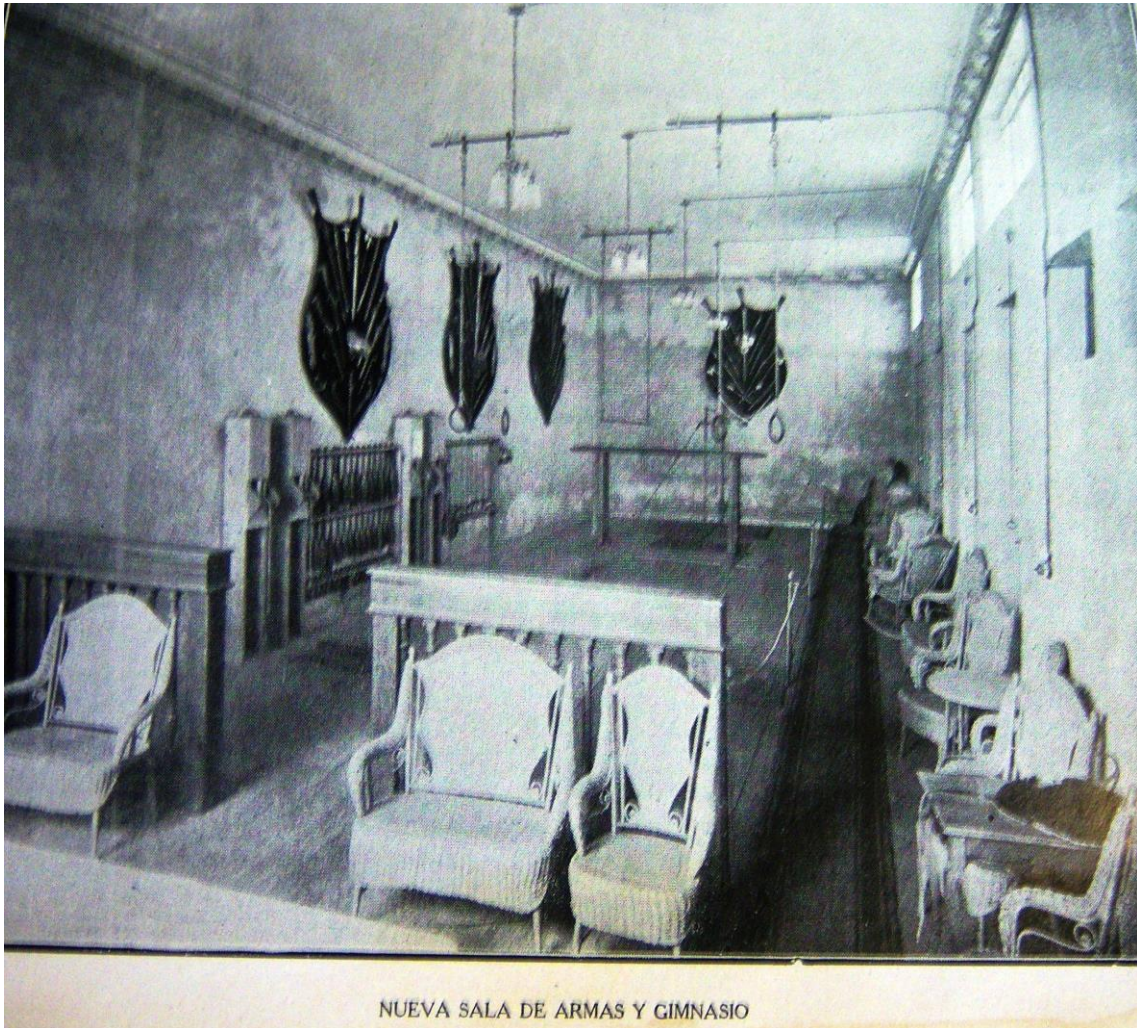


Foto de la sala de armas y gimnasio del CMA y Centro de Estudiantes de la Facultad de Medicina tomada a mediados de 1912.

Segundo, su estudio es importante porque dichas prácticas de sociabilidad muestran al grupo en su costado de *elite social*, paso previo e indispensable para poder apreciarlo en su activa promoción y declamación de sí mismo como *elite del conocimiento* (Shapin 1994: 42; Shapin, 2000: 170; Shapin y Schaffer, 2005 [1985]: 449). En pocas palabras, si se podrá apreciar –en los capítulos 4 y 5– a la sociedad como promotora de actividades experimentales, relacionadas a la cristalización en suelo local de un programa experimental, en ello jugará un papel importante el haberse proclamado una elite social. Muchos de sus consocios fueron ungidos como eminentes científicos, al mismo tiempo que en eminentes patricios de la ciudad.

Tercero, es importante estudiar dicha sociabilidad porque además de mostrar la vida interna de la sociabilidad y el aporte a la figura de “*elite del conocimiento*”, también fue instancia de sociabilidad política. Como se podrá apreciar a continuación las cenas y fiestas del CMA –al igual que las dadas en otros clubes de la ciudad– fueron ámbito (y herramienta) de construcción política, tanto en el sentido de política endógena a la escuela y la facultad, como de vida política local de la ciudad. En efecto, si se ha señalado durante las últimas décadas de historiografía política que la ciudad gozó de una vida política compleja luego de 1852, no deberá asombrar ver refractados en las instituciones universitarias algunas de estas prácticas.

Por último un cuarto motivo no menor es el que se ha sugerido al inicio del presente capítulo, vale decir, el hecho empírico de ser un tema explícito de reflexión y promoción de las comisiones directivas del círculo. En efecto, ellas hicieron del festejo un medio para intentar cristalizar una identidad y una cultura estudiantil, basada durante la mayor parte del período en tópicos masculinos y caballerescos. La actividad de sociabilidad permite otorgar lugares e identidades al grupo de asociados, estableciendo roles, valores y misiones dentro de la vida estudiantil y científica. No menos cierto es que permite cimentar diferencias y en especial superar el “egoísmo” propio de los estudiantes que creían haber cumplido sus obligaciones con el pago de su cuota mensual. Se omitía de esta manera el compromiso con los valores cívicos y asociativos, rescatados en reiteradas ocasiones en las rendiciones anuales. Así pues no deberá extrañar que la promoción de una intensa vida asociativa fuera una herramienta explícita utilizada por las distintas comisiones directivas para fomentar el “espíritu estudiantil”. Acaso quien con mayor claridad retrató esta estrategia fue Alfredo Spinetto en 1911:

“En este sentido se ha tratado de llevar a la práctica todo género de actos que puedan unir a los estudiantes de los diversos cursos. Desde las conferencias hasta las reuniones semanales, excursiones y fiestas en el propio local, todo se ha tocado para reunir en un día no lejano esas diversas entidades que llamamos alumnos de la Facultad de Medicina, que no tienen de familia más que el nombre, que al pronunciarlo hoy hace sonreír dudando, aún a los más optimistas. Y bien, como consecuencia de estas ideas, y destinadas ellas a servir de apoyo, debe levantarse gallardo y

potente al fanal irradiante que constituye la solidaridad Universitaria”
(Spinetto, 1911: 428).

Un año después volvía sobre la misma idea: “Tiene pues que atraerse al estudiante a un ambiente grato, cuando terminadas las no siempre entretenidas conferencias, y fatigado su cerebro en las prolongadas sístoles en que lanza al espíritu los conocimientos cosechados, encuentre esparcimiento y reposo; y el estudiante se dirija halagado hacia el Centro donde en alegre camaradería se comenten los incidentes estudiantiles desarrollando al mismo tiempo las energías física al par que se ilustre su espíritu” (Spinetto, 1912: 371). Quedaba bastante claro que el modelo de estudiante anhelado para los consocios afectados a la vida de la sociedad hacia el año centenario, integraba en forma estrecha cultura científica y médica, con vida asociativa y esparcimiento.

Asumida en términos empíricos y teóricos la importancia de una vida asociativa para una sociedad científica como el CMA, cabe preguntarse con mayor especificidad ¿Qué se entiende por vida asociativa? En otras palabras ¿Qué actividades quedan incluidas en esta definición? El abanico de actividades emprendidas por las Comisiones Directivas es amplio, y entre ellas cuentan desde diversos tipos de celebraciones a actividades deportivas. Esta vida asociativa no fue algo estable y homogéneo; del consumo de tabaco y el diálogo en el patio de los Ramos Mejía hacia 1871, a las fiestas científicas en el Teatro Onrubia durante los años 1890, se puede apreciar un crecimiento de las personas implicadas en los actos, con una ceremonia científica, banda de música, baile y brindis. Por su parte, los salones de la sociedad comenzaron a ser utilizados con mayor frecuencia para conferencias y, con la llegada del nuevo siglo, fueron utilizados para proyecciones fílmicas, reuniones científicas y salones de deportes.

Si focalizamos en las celebraciones podrán apreciarse tanto fiestas en homenaje a la sociedad o a algún grupo de miembros de la sociedad, como fiestas en honor a algún socio especial o también, algún científico o intelectual respetado en el seno de la institución. Entre las primeras bien pueden mencionarse las fiestas científicas –sobre las que se hablará en el capítulo 5– y las diversas fiestas y bailes conmemorativos.

Durante la segunda versión de la sociedad, una fiesta clásica que tenía sus líneas de mención en las rendiciones, es la fiesta de despedida a los socios que terminaban las cursadas de sus materias y que, por lo tanto, perdían el status de estudiantes. Alfredo Spinetto las anunciaba en los siguientes términos: “Y para completar el cuadro de fiestas voy a citar el banquete dado en honor de los egresados, práctica reimplantada por moción mía y de grandes consecuencias porque viene a estrechar los lazos al final de la carrera con los médicos, nuevos socios graduados de la institución” (Spinetto, 1911: 373). Pocas líneas más abajo, señalaba otra fiesta, llamativa por su notable concurrencia. La misma había sido convocada como festejos del onceavo aniversario de cesión del centro de estudiantes del antiguo círculo: “En otro orden de ideas se ha llevado a la práctica festivales siendo de grata recordación el efectuado el 14 de agosto, XI aniversario de la fundación del Centro al cual concurren cerca de 1800 estudiantes número nunca superado en su local” (Spinetto, 1911: 373).

Otro ángulo desde donde analizar la escena de la fiesta despedida a los consocios, la presenta Héctor Taborda, presidente egresante en el año centenario, por graduarse en las míticas mesas de examen del mes de diciembre (Taborda, 1910d: 776). Es una despedida organizada por varios de los médicos que estuvieron en la reunificación de ambas sociedades; también están algunos nombres referenciales de los últimos años de la antigua sociedad, como es el caso de colérico autor de varios reclamos por la “enseñanza libre”, el Dr. Samuel de Madrid. Acaso el dato de interés es la forma del evento: es una cena de despedida en donde se congregan estudiantes y algunos médicos prestigiosos y cercanos a la sociedad en calidad de socios protectores (Taborda, 1910d: 776).

Pero en términos de ver práctica de ritos, se puede apreciar la investidura de Héctor Taborda como profesional de la medicina, en un lugar por demás interesante como es el médico y científico que se preocupa por la *Extensión* (Taborda, 1910d: 776). En efecto, aparece la extensión como tópico en la vida científica, Taborda sería un apóstol de la medicina con conciencia de su papel intelectual. En donde tal conciencia implica aceptar el diálogo “entre clases” al modo en que se está realizando en EEUU, según las palabras del Dr. de Madrid. En efecto, dice Taborda –antes de brindar por su graduación– frente a su grupo de compañeros que conforman lo que él denomina su “voluntad colectiva”.

“La vida universitaria no debe terminar, pues, en la posesión del título. Si somos capaces –es decir, de voluntad– y queremos aprovechar nuestra capacidad, podemos prolongarla, con la sana alegría de quien sacará agua de una fuente y la volcase en canales que se dicotomizan y polifurcan alejándose, llevando el precioso líquido a lejanas tierras para humedecer la semilla promisorio, y a ignorados labios que la reclaman para apagar su sed” (Taborda, 1910d: 776). Y termina cerrando con una fórmula –el brindis entre los presentes– que invocaba al espíritu de camaradería estudiantil:

“Amigos y compañeros: gracias mil por esta demostración. Levanto mi copa por vuestra dicha y por la prosperidad del Centro de Estudiantes de Medicina y de la Federación Universitaria. Señores profesores y diplomados: A vosotros un saludo de gratitud y respeto, no sólo porque vuestra presencia abriga esta fiesta, sino también porque en nuestro ambiente universitario, todavía frío, os presentáis, señores profesores, como heraldos de la hermandad entre docentes y estudiantes” (Taborda, 1910d: 778).

Según transcurrieron las décadas e ingresaron las nuevas camadas de alumnos a la escuela y con ello, de socios a la institución, aparecieron prácticas nuevas al calor de las modas europeas y americanas, como sucederá con la práctica de deportes en especial de deportes propios de culturas de elite, como la esgrima, el gimnasio, la natación o el ajedrez. Con el correr de las décadas, haría su aparición el fútbol y pasaría a ocupar un lugar central entre las actividades deportivas promocionadas tanto por la sociedad, como por la Federación Universitaria (FUBA, 1920: 2). Por lo pronto es Spinetto quien anuncia hacia 1912 la creación de una sala de actividades físicas:

“Es digno de mencionarse por el momento de compañerismo que implica, el acto inaugural de la sala de entretenimientos, gimnasia y sala de armas, a él concurrieron numerosos estudiantes presenciando un variado programa gimnástico y humorístico, todo a cargo de socios del Centro. El gimnasio viene a consultar una necesidad bien sentida, lo prueban la cantidad de alumnos que concurren a las clases de esgrima, y hacen uso de los aparatos y útiles. Una amplia dependencia de ropería y baños completa

la instalación. Para la sala de entretenimientos se ha comprado un esplendido piano, adquiriéndose además juegos de Ajedrez y Damas. Me es grato dejar constancia que todos los aparatos de gimnasia han sido donados por los Sres. Piccardo y Cía., como las panoplias lo han sido por el Club de Gimnasia y Esgrima” (Spinetto, 1912: 372).

Dato de no menor interés para ubicar la inscripción social a la que aspiraba la sociedad, es que desarrolló un espacio para deportes caballerescos y de elite. En efecto, al menos en sus años iniciales cobra una relevancia no menor las clases de esgrima; la tesorería paga un profesor de esgrima que dicta clases en las instalaciones de la sociedad:

“El centro tiene, desde hace un año, un profesor de esgrima a disposición de los señores asociados, y como algunos lo ignoran, se avisa a los que deseen inscribirse que, a fines del presente mes, reanudará sus sesiones. Sería este, sin duda, el momento más propicios para levantar nuestro adormecido espíritu sportivo, dadas las comodidades que para este deporte dispone el Centro y, por otra parte, la exigua contribución que ello demanda. Es de esperar que en esta oportunidad haya más adeptos que durante el año anterior” (RCMA, 1913: 175).

Pero acaso un tipo de fiesta celebrado por la institución son conmemoraciones a socios destacados en la vida de la institución. En tal sentido, durante las cuatro décadas de documentación estudiadas hay varias fiestas que pueden ser invocadas –en un ejercicio de tipificación– para su análisis. Acaso una de las más bellas descripciones de tales fiestas, sea la conmemoración a un socio protector de la primera hora de la sociedad: el Dr. Guillermo Rawson.

Dicha fiesta fue convocada para el 12 de mayo de 1890, de hecho mencionada como “acto”, “homenaje”, compuesto por una “Asamblea” de personas cercanas a la sociedad. Materialmente se trata de una escenificación en un teatro, con orquesta, implementación de placa, presentación en sociedad de un busto y arreglos florales. Como pieza oratoria central del acto dos discursos, uno dado por el presidente entrante del CMA Samuel Gaché, el otro por el Dr. Wenceslao Escalante.

Todo el episodio de la asamblea es de gran interés, por varios motivos a los fines de la investigación sobre el CMA. Primero porque se pueden ver algunas prácticas materiales dirigidas al “apóstol de la medicina” muerto, al socio honorario que acompañó a la sociedad en sus primeros pasos, como su corresponsal y referente científico. También, se pueden ver las formas cívicas que atravesaban estos actos y como dichas formas cívicas eran el ámbito de fusión de dos mundos en principio distintos, como es el mundo médico y la vida política de la ciudad. Seguidamente, porque se pueden apreciar –cierto es que en forma muy solapada– distintos perfiles del “apóstol de la medicina”. Pero si hay algo de valor empírico, es la estrecha relación que establecen los oradores, entre el hombre cívico y político y la cristalización de un programa experimental, tema sobre el que se volverá en los capítulos 4 y 5.

Se hace la elegía de Rawson como *hombre público* recordando su agenda política; esta última es vastísima y siempre del lado del liberalismo, el orden, el progreso y la civilidad. Sigue los pasos de muchos “jóvenes liberales” (y médicos) se opone al rosismo, ocupa varias bancas por San Juan y por la provincia de Buenos Aires, es interventor en varias provincias del “atormentado interior” del gobierno de Mitre, también será su ministro del interior. Litiga con Sarmiento en la cámara de diputados, trata de llegar a una fórmula de acuerdo entre crudos y cocidos, es persona convocada desde el ministerio en los primeros años de la guerra con el Paraguay y en tiempos de paz es un activo promotor de la extensión de vías férreas como mecanismo unificador del mosaico geográfico y poblacional de la época. En estrecha relación a su cara pública, se presenta los rasgos centrales de su cara científica y médica (Escalante, 1890: 174).

Más aún, su biografía intelectual y científica aparece como contexto y matriz desde la cual se genera el hombre público. Según el primero de los discursos leídos, sus “combates por el cultivo de la ciencia” se inician en estrecha relación con sus combates políticos por la libertad, acrecentadas ambas acciones con la intensificación del rosismo que hecha a los jesuitas encargados del colegio donde se forma Rawson. Se recibe como médico bajo las enseñanzas dictadas por el cuestionado cuerpo docente de la escuela médica local, muchos de cuyos miembros no verán el inicio de la década de 1840 en

Buenos Aires, sino en Montevideo (Escalante, 1890: 180). Hacia 1870 –y en paralelo a sus actividades en la constituyente de la provincia de Buenos Aires– llega a la escuela de medicina como catedrático de higiene y, prontamente se lo muestra adhiriendo a la causa del higienismo como una de las principales identidades científicas y metodológicas en la medicina internacional; busca fundar un cuerpo de higienistas locales, pero las condiciones materiales de la escuela no daban para ello, lo cual no impide a don Guillermo tener la higiene como norte de su acción apostólica y médica (Escalante, 1890: 190).

El acto se inicia como un acto partidario de recuerdo a una figura querida para la institución y para los miembros por esta representados. Se contrata un teatro –el Onrubia– y se monta el homenaje al que asiste un público selecto de “*damas y caballeros*” hay banda de música contratada y la banda de los bomberos, fuegos de artificio, y como acto central dos discursos separados por un acto intermedio de refrigerio. Finalizado el homenaje hay un labrado de acta por el cual conocemos –por el momento– grosso modo el desarrollo del acto:

“En Buenos Aires, a 12 de mayo de mil ochocientos noventa, siendo las nueve p.m., reunidos en el proscenio del Teatro Onrubia, los que suscriben, por invitación del CMA, ante una asamblea numerosa y escogida, con el propósito de honrar dignamente la memoria del eminente Doctor Guillermo Rawson bajo la presidencia del Dr. Marcial Quiroga, Vice Presidente de la Asociación, y actuando como secretarios los Doctores José G. Rivas y Francisco C. Barraza, se declaró abierto el acto. El presidente invito a la asamblea a ponerse de pie para saludar el nombre del Dr. Guillermo Rawson, y en seguida en un breve discurso explicó el motivo por el cual le correspondía el honor de presidir tan distinguida reunión, y pronunció algunas palabras recordando las virtudes de ese ilustre patricio. Acto continuo cedió la palabra al doctor Samuel Gaché, quien pronunció un sentido y hermoso discurso en nombre del CMA haciendo resaltar los meritos del Dr. Rawson como hombre de ciencia y estadista. El Presidente invito al público a pasar a cuarto intermedio. Reabierto el acto, el presidente dio la palabra al Doctor Wenceslao Escalante, quien hizo la oración fúnebre

leyendo una notable pieza oratoria en la que puso de relieve la alta personalidad y servicio prestados a la patria por el Dr. Rawson, y exhortó a los argentinos a inspirarse en su ejemplo. Terminada el discurso del Dr. Escalante, se levantó la sesión y se labró la presente acta, siendo las doce p.m.” (Escalante, 1890: 193).

La memoria publicada en los *Anales* presenta una breve descripción de estas actividades desde el interior de la escena:

“El CMA celebró el 12 de mayo en el teatro Onrubia la ceremonia dedicada a la memoria de su socio honorario Doctor Guillermo Rawson. Los miembros del CMA, los representantes de las corporaciones científicas, y los altos funcionarios públicos ocupaban el proscenio que estaba elegantemente decorado con trofeos de banderas y guirnaldas de flores. El busto del eminente patricio e ilustre médico, se ostentaba en el medio de la escena, cedido por su autor el escultor Romairone. Un retrato del mismo pendía de un muro. Concurrencia numerosa y distinguida llenaba las localidades. La orquesta de Furlotti compuesta de reputados músicos, cumplió su cometido como ella sabe hacerlo, y ejecutó piezas apropiadas al acto. La banda del cuerpo de Bomberos, situada en el amplio vestíbulo del teatro, hizo oír escogidos trozos antes de empezar la ceremonia en el interior. El CMA hace constar con placer la generosidad con que los Sres. Emilio Onrubia propietario del Teatro, y López Gomara, empresario, han cedido aquel para la fiesta que la Asociación celebró allí” (ACMA, 1890: 159).

Las asambleas de homenaje fúnebre a los ex socios importantes, es un tipo de celebración entre un abanico que también incluye a los obituarios, cuya utilidad metodológica ya se ha mencionado en el capítulo 1 al hablar del cuerpo docente. El obituario al socio difunto es un punto de gran interés para apreciar la vida asociativa de la institución, y su relación con la promoción de una cultura experimental. Acaso de no menor importancia es que la presencia del obituario no es un dato a desechar a la hora de apreciar el crecimiento de una institución. En efecto, durante los primeros años de

vida de la institución las menciones a los socios fallecidos son ocasionales y cargadas de una emotividad que acentúa la sorpresa por la muerte del joven antes de graduarse: la promesa médica que se trunca, también la desaparición de alguien relevante a los planes de su familia y su sociedad. Luego, hacia mediados de la década d 1890 los obituarios comienzan a tener alguna frecuencia y algunos modelos, según el perfil del socio. La mención en la revista, la publicación de alguna foto del consocio fallecido, el resumen de sus rasgos como compañero de la institución, y de no menor importancia, su ubicación en algún lugar de la empresa científica y médica local. En forma paralela, es frecuente su mención en las reuniones de comisión directiva. Por ejemplo, en 1910 aparece la mención a los socios fallecidos y el registro de una práctica (ya clásica y con mención desde 1895) como es ponerse de pie en homenaje a los difuntos: “En el decurso del año hemos tenido que lamentar la desaparición de seis condiscípulos, a cuyas exequias concurrió la asociación: fueron ellos los Sres. Eduardo Casariego, Joaquín Cascallar Sarmiento, Miguel Difrieri, salvador Sánchez Luchter, Antonio Figari y Alfredo Larguía. **En homenaje a su memoria pido a esta Asamblea que se ponga de pie**” (Taborda, 1910c: 426; resaltado intencional).

El tamaño de los obituarios y los tópicos subrayados por los redactores es muy elocuente. Un obituario de un socio normal, se centra en unas pocas líneas donde ese destaca algunas de las virtudes profesionales o de sus recorridos institucionales. En los obituarios más complejos –por la relevancia de su figura para la sociedad y la medicina local– las reglas de trato hacia el héroe del relato dejan entrever otras situaciones. Algunos de los obituarios de los socios muy queridos o significativos para la sociedad, son obituarios apadrinados por varias instituciones, como es el caso del obituario de Herrera Vegas, miembro de la academia de medicina, y al mismo tiempo socio protector del CMA desde sus primeros años (Wernicke; 1910; 1014). Ciertamente esta consumación en la vida de un apóstol de la medicina no era in abstracto: sino que está en estrecha relación a otras representaciones, cual las señaladas en el capítulo 1. El médico homenajeado se transformó en galeno en un contexto histórico preciso, y es al mismo tiempo en pléyade médica, ubicada en tiempo y espacio. En pléyade: es médico vinculado a un grupo de pares, con una formación determinada, defendiendo las banderas de un tipo de actividad experimental. En el caso de Herrera Vegas, es el del higienismo finisecular. Es al mismo tiempo médico en un contexto: Rafael Herrera

vegas es recordado por estar en los días álgidos de uno de los hechos luctuosos más traumáticos de la ciudad y para la profesión médica como es la fiebre amarilla de 1871, presentada por Leandri. No estaba entre aquellos otros médicos que huyeron de la ciudad, motejados por y en varios relatos, como por ejemplo el relato de William Hudson, *Ralph Herne*. Estaba junto con otros contemporáneos –incluidos en su pléyade– tratando de palear los estragos de la fiebre.

3.3. LA SOCIEDAD Y SU RELACIÓN CON LOS PODERES PÚBLICOS CON ASIENTO EN LA CIUDAD DE BUENOS AIRES

Se sostuvo al inicio de estas páginas que la estrategia analítica elegida distinguía dos sentidos del concepto de poder manejado por la sociedad susceptibles de ser estudiados. El segundo de los sentidos mencionados, remite al amplio abanico de relaciones que el Círculo estableció con otros actores de la ciudad de Buenos Aires. El estudio del mismo es fundamental –según se ha sostenido en la introducción– en el intento por evidenciar la pertinencia de denominar al CMA como *partido de hombres de la ciencia* y, a parte de su historia, como un proceso histórico de consolidación institucional, dentro del campo de las ciencias médicas y experimentales de la ciudad de Buenos Aires. Pero tal pertinencia no solo es teórica, sino y al mismo tiempo empírica. De hecho a la hora de hablar sobre las “relaciones externas” del Círculo, las noticias se focalizan en sus relaciones –conflictivas– con la academia de medicina y con la universidad. También quedan incluidas bajo este concepto sus relaciones con el poder público o mejor dicho con las distintas caras del poder público, vínculos que no pierden el tono cordial incluso en momentos de tensiones y que son presentados en términos explícitos como símbolo del prestigio y de la relevancia alcanzada por la sociedad.

Tales poderes públicos son –en orden cronológico– el Poder Ejecutivo de la provincia de Buenos Aires, luego el Poder Ejecutivo Nacional y la Comisión Municipal de la ciudad de Buenos Aires. Como se podrá apreciar, la tensión entre la provincia y el Poder Ejecutivo nacional tuvo consecuencias en los primeros años de la sociedad, para pasar luego a ser capitalizada en importantes beneficios durante los años 1880 y 1890 como es la creación de un edificio propio, acaso uno de los tempranos iconos de instituciones científica médicas privadas en la ciudad. Por esos años comienzan a

hacerse visibles relaciones con otros poderes políticos, esta vez con el Poder Legislativo como es el caso de la cámara de diputados y la de senadores. En efecto, es muy frecuente ver en los diarios de sesiones de ambas cámaras pedidos de apoyo económico, o de apoyo a eventos realizados por la sociedad (Souza y Hurtado, 2008: 234, Souza y Hurtado, 2012: 5).

Los debates generados en el tratamiento de estos pedidos son una fuente de gran valor para estudiar las relaciones con los poderes políticos y, en especial, las percepciones de estos últimos respecto del papel de la sociedad y de las ciencias médicas en general. Con mayor precisión el valor de estas situaciones institucionales radica en que tales pedidos elevados por la sociedad, son discutidos en el marco de agrupamientos de diputados con intereses variados respecto de las virtudes del programa experimental de la sociedad. Distintas posiciones de diputados, favorables algunas veces –las menos– e indiferentes o comprometidos solo en aspectos formales en la mayoría de las ocasiones. A los fines del presente trabajo, será de interés rescatar que, al correr de las décadas, circularon en la cámara de diputados nombres tales como los “diputados médicos”, muchos de ellos relacionados a la vida de la sociedad (Souza y Hurtado 2008: 234).

En otras palabras, estudiar las relaciones políticas de la sociedad con los distintos poderes establecidos es parte del ejercicio de verla como un partido de las ciencias médicas. De hecho tales relaciones fueron fluidas y ha dejado una prolífica red de fuentes e indicios documentales, diseminados por distintos archivos.

Este tipo de mirada permite apreciar la afirmación de una versión porteña y finisecular de las “esferas de lógicas paralelas” (Pestre, 2003: 62). Según el concepto propuesto por Dominique Pestre, se busca aprehender el juego de reconocimiento y percepción mutua entre elites científicas y elites políticas. Ambas perciben sus actividades como autónomas y necesarias a su vida social (Pestre, 2003: 63). En forma paralela, los grupos científicos han tendido justificar su actividad práctica bajo los valores del ethos mertoniano, en especial bajo las consignas de la objetividad y neutralidad. Al cruce de ambas imágenes se puede apreciar una situación histórica algo paradójica, señalada por una importante cantidad de estudios históricos, sociológicos y filosóficos durante el pasado siglo XX. Los grupos o elites científicas actúan sobre la vida social de su época.

Solo que en el Río de la Plata y a fines del siglo XIX, tal escena aparecerá con algunos rasgos diferenciales a sus análogas norteamericanas y alemana. Entre aquellos rasgos diferenciales se podrá apreciar una actitud algo dual por parte del poder político oligárquico; se sostendrá la necesidad de la ciencia como vía civilizatoria para luego adoptar una actitud de financiamiento reticente a intermitente, actitud que contribuyó a reproducir la institucionalización frágil de la actividad científica, señalada para principios de siglo XIX por Asúa y para mediados del mismo por Cristina Mantegari (de Asúa, 2010: 215; Mantegari, 2005: 75).

Para estudiar este aspecto de las relaciones de poder de la sociedad, se ha realizado al conjunto del material empírico dos grandes preguntas, a la luz de los autores y conceptos señalados. Primero, ¿quiénes fueron los interlocutores con que dialogó la sociedad? Seguidamente y en estrecha relación, ¿qué tipo de diálogo político puede identificarse?

Tales preguntas permitieron apreciar la existencia de relaciones de conflicto y consenso, tanto con poderes públicos como con actores y sociedades privadas, siendo estas últimas a su vez, locales como extranjera. Este último grupo de relaciones será estudiado con detalle en el capítulo siguiente, como parte de la red editorial que armó la sociedad a partir del canje de su periódico. En efecto, las relaciones con las distintas “corporaciones” científicas son básicamente relaciones editoriales, de intercambio de prensa científica como parte de un juego de reconocimiento mutuo. Aquí se señalará que un punto de capital importancia en ambos tipos de relaciones es la búsqueda de apoyo material, que permitiera la ampliación del centro de agremiación y, junto a ello, la posibilidad de emprender distintas actividades y empresas científicas (Souza, 2007: 143; Souza, 2008: 75).

Ciertamente tales preguntas pueden ser tildadas de ingenuas al no distinguir, por ejemplo, entre relaciones de poderes formales e informales y en consecuencia presentar una versión algo “fetichizada” de la vida de la sociedad (Biagioli, 2008 [1993]: 24). En tal sentido, se afirmará que el valor analítico de estudiar las relaciones reconocidas explícitamente por los actores –en el presente caso, las comisiones directivas– es el de poder identificar aquellos otros actores que, a su propio juicio, eran necesarios para

poder cristalizar la existencia de la sociedad, en especial en los años conflictivos del período tomado. Tal elección es llamativa a la luz del dato material señalado en el capítulo anterior: ya las primeras comisiones directivas de la sociedad fueron conscientes de su independencia económica y, como consecuencia, de su independencia frente a otros actores. Ciertamente también fueron conscientes de las limitaciones que esta implicaba para emprender actividades de mayor escala como se podrá apreciar con los “Policlínicos Gratuitos” o con la “Escuela de Estudios Libres” (Souza, 2007: 142; 2008: 76).

A su vez, el tipo de relaciones que una sociedad científica como el CMA puede sostener con el poder político, no es unívoca. Y ello es así, porque ese “poder político” a fines del XIX son varias instituciones, no siempre con intereses coincidentes respecto de la promoción de actividades de ciencia y tecnología (Garavaglia, 2007: 343). Entre ellos cabe mencionar: (1) la Comisión Municipal de la ciudad de Buenos Aires; (2) el Poder Ejecutivo de la provincia de Buenos Aires; y (3) el Poder Ejecutivo de la nación, luego de su consolidación en 1880. Estas tres caras del poder público son las que con mayor frecuencia aparecen en la agenda de la sociedad durante sus primeros 20 años de vida. Ciertamente no son los únicos; también cabe señalar la intendencia de la ciudad de la Plata y la gobernación de la provincia de Entre Ríos. Por su parte, entre los poderes legislativos el CMA poseyó no menos fluidas relaciones con diversos agrupamientos de diputados, muchos de los cuales eran médicos. Como se ha señalado en anteriores trabajos los “diputados médicos” son un punto importante en la construcción de redes de poder para toda la profesión médica porteña, vale decir tanto para la Academia de Medicina y el cuerpo médico oficial, como para aquellos grupos que cuestionaron dicho cuerpo (Souza, 2008: 74). En pocas palabras se podrá apreciar al menos en una ocasión debates parlamentarios con participación de diputados médicos salidos de las filas de la sociedad, que apelan a la autoridad científica de la propia sociedad. Tal debate llegará entre 1915 y 1917, en donde el “triumvirato médico socialista” –Juan B. Justo, Nicolás Repetto y Enrique Dickman– integrado por antiguos socios del CMA, cuestionan una de las máximas figuras de la escuela médica y antiguo hombre fuerte del roquismo, El decano y catedrático Eliseo Cantón (Souza, 2008: 234).

3.3.1 La sociedad y los poderes ejecutivos radicados en la ciudad

Con los tres poderes ejecutivos mencionados, el CMA estableció relaciones fluidas y asimétricas, en tanto que se reconocía la subsunción jurídica del círculo a los poderes mencionados. Ahora bien tal asimetría presentó variaciones no menores, que vale la pena considerar.

Estos tres poderes políticos –gobernación, ciudad y nación– tenían hacia los años en que se crea el Círculo una existencia material de pocos años. El más antiguo y estable de los tres era el poder político de la provincia que hunde sus raíces en la antigua sala de representantes de la provincia creada en 1820, luego de la caída del poder central revolucionario. Fue ésta sala de representantes la que acompañó el proyecto de creación de la universidad y la inclusión en ella de los restos del instituto médico militar fundado en 1817, y del protomedicato fundado en 1798. Por su parte el Poder Ejecutivo nacional y la Comisión Municipal son actores políticos propios de la segunda mitad de siglo XIX, surgidos de la coyuntura que se abre a la caída de Juan Manuel de Rosas en febrero de 1852. Mucho se ha escrito sobre el Poder Ejecutivo –y el proceso de construcción del estado nacional– y poco sobre el origen de la Comisión Municipal (Leandri, 1999: 74; Garavaglia, 2007: 164). En tal caso, el ordenamiento cronológico nos recuerda que si se ha de buscar un “pasado significativo” en la relación entre instituciones del saber y poderes políticos locales durante el siglo XIX, debemos remontarnos, al menos, a los años en que el poder político provincial fundó la universidad. Ciertamente tal fecha no es indiscutible. El propio acta de fundación de la universidad firmada por Martín Rodríguez en 1822, sugiere que tal creación es una reparación a la demorada fundación de la universidad que el poder virreinal ordenaba para la antigua capital virreinal y la entonces capital de la naciente provincia, en el real bando de 1787 (Cantón, 1925: 222; Nicolau, 2005: 53).

Y si bien ambas mitades del siglo son mundos distintos, tanto en los aspectos materiales como culturales de la vida social local, en lo tocante a la preocupación aquí señalada pueden encontrarse algunas semejanzas nítidas. Acaso una de las más interesantes es la presencia de los distintos poderes políticos locales en el nombramiento de catedráticos y en la reglamentación de las instituciones de saber existentes en el Río de la Plata. En efecto, la creación de los estudios médicos locales en 1801 vino acompañada de una actitud que iba a perdurar en tal materia. El poder virreinal nombró –por Real Orden

emitida en marzo del mismo año— la primera distribución de las cátedras y rentas existentes para dichos estudios; también se dictaron los reglamentos que rigieron su fragmentado funcionamiento hasta mediados de la década siguiente (Cantón, 1925: 230; Cantón, 1921: 21; Nicolau, 2005: 53). Tal relación fue un precedente de la modalidad de vinculación que seguirán —invocando otros argumentos legitimadores— los distintos poderes políticos con las instituciones del saber durante el resto del siglo. Una ligera recapitulación permite ilustrar tal afirmación.

Los estudios médicos dictados por el protomedicato sobrevivieron a la caída del virreinato del Río de la Plata. Es el poder central revolucionario surgido en 1810 quien pasó a regir los destinos de tal institución. Mismo poder que mandó fundar el instituto médico militar, debido a la necesidad de dar solución a la falta de médicos en las milicias que actuaban en los distintos frentes. En los hechos este instituto fue una reorganización del protomedicato a partir de reasignar los miembros ya existentes y los escasos médicos graduados en la ciudad. Seguidamente, con la caída del Directorio y la creación de la junta de representantes de la provincia en 1820, se fundó la universidad y los estudios médicos pasan a su órbita (Levene, 1943: 288). Tal cambio no trajo consigo la ausencia del poder político en los nombramientos de catedráticos; entre 1822 y 1829 los gobernadores nombraron los catedráticos de la escuela y algunos otros puestos, como el médico de policía de la ciudad (ROPBA, 1824: 169).

Luego, con el segundo gobierno de Rosas, las relaciones entre el poder provincial y la escuela médica se tensan durante más de 17 años. Tal tensión implicó el exilio de buena parte de los catedráticos existentes y la acentuación de la presencia del poder político local en estos ámbitos (Nicolau, 2005: 132). Tal presencia no será renegada por los grupos que tomaron el control de la provincia a la caída de Rosas. En efecto, así parece atestiguarlo el ciclo de decretos sancionados entre marzo de 1852 y junio de 1853, que restablecen el funcionamiento de la escuela médica y de la universidad y, en especial, aquellos decretos donde se nombran los catedráticos y los reglamentos para ambas instituciones (Obligado, 1852: 111 - 135). Como se ha sostenido en anteriores trabajos, el primer cuestionamiento explícito a estos reglamentos vendrá de la mano de las movilizaciones estudiantiles de principios de la década de 1870, movilizaciones en las que el CMA reconoce su punto de origen. Más, el nuevo reglamento —sancionado en

1874– que vino a suplantar a los estatutos cuestionados por la generación de “El Licenciado Cabra”, no modificó la relación entre el poder político y las instituciones de saber (Acosta, 1874: 4; Leandri 1999: 124)

Este tipo de relación ha incluido la asimetría no solo desde el punto de vista de la relación política de “mando y obediencia” –quien toma que decisiones y en nombre de qué fundamento– entre el poder político y las instituciones de saber. En estrecha relación a tal aspecto, aparece la condición material que fundamenta y otorga sentido a tal relación jerárquica.

Todos los poderes mencionados con anterioridad, utilizaron el apoyo (o restricción) económica a las instituciones del saber. El virrey, el poder revolucionario y los gobernadores de la provincia desde Martín Rodríguez a Balcarce fomentaron el pago de los catedráticos y el apoyo con algunas partidas a la universidad y a la escuela de estudios médicos. Rosas utilizó el costado coercitivo y profano del poder económico; quitó tales partidas económicas además de declarar cesantes a varios miembros de la universidad y de la escuela (Garrigon, 1836: 36 – 37; Nicolau, 2005: 132). Los gobernadores que le sucedieron –y antes lo derrocaron acusándolo de tirano– se permitieron volver a la antigua tradición del apoyo económico, reconociendo los gastos de ambos espacios; también se permitieron sostener algunas de las instituciones a las que apeló don Juan Manuel, tales como los emolumentos. Con ello también se permitieron volver a la práctica tradicional del nombramiento de los catedráticos por el poder político (ROPBA, 1852: 26, 318).

Así pues el tipo de vínculo que buscaron establecer las comisiones directivas del CMA con los poderes ejecutivos provincial y nacional ya tenía un dilatado contexto que le precedía. Precisamente, de cara a tal panorama, la estrategia del CMA adquirió algunos rasgos llamativos en pos del sostenimiento de su actividad gremial y científica, tal como sostener un espacio de poder endógeno a través del cobro de cuotas y del armado de una tesorería interna, como se ha podido apreciar en el capítulo anterior. La obtención de la personería jurídica y la inscripción en las redes de sociabilidad política de la época, pusieron a mano la tradición de invocar la protección y el reparto de aquellos poderes políticos, mas la sociedad pudo sostener la práctica de algunas “tecnologías sociales” y

“literarias”, aún en contexto de apoyos restringidos o ausentes. Aquel tesoro interno fue vivido como un límite por las CD y a veces fue criticado, sin embargo también constituyó un refugio para los miembros de la sociedad. Ahora bien, asimetría no significa inmovilidad o “ausencia de iniciativa” por parte de la institución científica estudiada. En efecto, el CMA desde su posición asimétrica supo sacar réditos políticos de los distintos conflictos que sostuvieron entre sí los poderes públicos mencionados anteriormente. Aquel contexto (o estructura) cobra mayor sentido, en tanto podemos apreciar las estrategias que la sociedad puso en juego para poder presentarse como un actor de pleno derecho en el mismo, para poder lograr su preciada inscripción en la república de las ciencias médicas.

Como se recordará el Poder Ejecutivo nacional y el Poder Ejecutivo de la provincia de Buenos Aires sostuvieron relaciones conflictivas durante una parte importante de la segunda mitad del siglo XIX, en especial durante los años que van de 1862 a 1880. Con la batalla de Pavón (1862) y con el ascenso de Mitre a la presidencia de la Confederación Argentina, las relaciones entre la provincia de Buenos Aires y el Poder Ejecutivo nacional adquirieron rasgos conflictivos, al menos hasta 1880 (Lettieri, 2005: 296; Sabato, 2008: 14). Varios fueron los motivos de tales conflictos. Algunos de ellos estructurales, como el propio proceso de consolidación de ambos estados y luego el hecho de compartir el espacio de residencia física en la ciudad. Otros motivos son coyunturales. Entre estos estaba la cuestión de las sucesiones presidenciales, y luego la cuestión de la cesión de la ciudad de Buenos Aires como Capital Federal del incipiente estado nacional (Bonaudo, 1999: 21; Lettieri, 2005: 298; Sabato, 2008: 121; Sabato, 2012: 286). Anudadas a ellas y ciertamente en un orden de importancia menor para ambos poderes, también estaban la titularidad sobre las instituciones de enseñanza, entre ellas la universidad, la escuela médica y sus reparticiones dependientes, tales como hospitales y la academia de medicina. Como es de público conocimiento, la derrota de la provincia de Buenos Aires en los hechos de armas de 1880 –desencadenados por la cuestión de la sucesión presidencial de Nicolás Avellaneda– implicó la cesión de la ciudad y de aquellas instituciones del saber a la órbita del Poder Ejecutivo nacional (Wernicke, 1880: 204).

Frente a este panorama político, los distintos grupos que conformaban la profesión (y la escuela) buscaron sostener vínculos con ambos poderes, y el CMA no fue una excepción. En efecto, la Sociedad entabló relaciones formales con los distintos poderes públicos mencionados. Acaso su rasgo distintivo se puede apreciar en las decisiones tomadas en tal materia; el círculo privilegió como interlocutor a distintos poderes, según la coyuntura política. En efecto, durante sus primeros cinco años de vida de la sociedad –1875 a 1880– las comisiones directivas buscaron consolidar relaciones directas con el Poder Ejecutivo nacional, frente al cual buscaron aparecer como la institución que garantizaba la renovación de las denostadas ciencias médicas locales. Ciertamente no ignoraban la autoridad del ejecutivo provincial, a cuya repartición estaba sujeta la completa vida universitaria. Aquella decisión fue tomada –precisamente– bajo la convicción de que el ejecutivo provincial poseía sólidas relaciones con los garantes del orden médico vigente, vale decir, tanto con los miembros de la academia de medicina, como con el cuerpo docente de la escuela. A juicio de algunas voces referenciales del círculo, tal percepción quedó evidenciada durante la reforma del plan de estudios de 1874, reforma fuertemente criticada por el círculo, como se ha podido apreciar en el capítulo 1. En esta misma línea tampoco había pasado desapercibida la retirada de la primera subvención que se extendiera a la sociedad, tema que causó protestas en las páginas del periódico de la sociedad en 1878.

Con el cambio de coyuntura política en 1880 las relaciones con ambos poderes se reequilibraron, así como también se reequilibraron las relaciones de poder internas en la escuela médica (Leandri, 1999: 124). En efecto, con la cesión de la universidad al Poder Ejecutivo nacional, la tensión existente con el ejecutivo provincial se diluyó y se abrió un nuevo panorama en la agenda de relaciones de la sociedad.

Luego de 1880 ambos poderes ejecutivos ofrecerán en forma paralela su “padrinazgo” al círculo, y tal reconocimiento pondrá a la sociedad en un pie de igualdad frente al cuerpo docente y a la academia de medicina. Ciertamente tal “igualdad” es informal; al Círculo Médico Argentino no se le reconoció nunca el permiso formal de opinar sobre los destinos de la escuela médica, al menos hasta los conflictos desatados en el año 1906, a partir de los cuales cobra visibilidad el cogobierno en el consejo consultivo de la Facultad.

Ahora bien, tal derecho si se le reconoció en términos informales como lo demuestran numerosos acontecimientos en la vida de la Sociedad. Entre ellos cabe, primero, destacar su participación (no penalizada o castigada) en el desarrollo de conflictos estudiantiles desatados en el seno de la escuela durante los años 1880, en especial en los conflictos de marzo/abril de 1886; y segundo, como la incorporación de miembros de la sociedad en espacios de prácticas, como eran los hospitales de la ciudad, en especial en el Hospital de Clínicas fundado en 1883 (Souza, 2007: 153; 2008: 82). También cuenta, como tercer punto, el apoyo otorgado por el Poder Ejecutivo a diversas actividades científicas, tales como la jornada en honor a Darwin realizadas en 1884, entre cuyos participantes figuró el ex presidente Domingo Faustino Sarmiento. Se incluyen entre estas actividades las que se presentarán en el capítulo siguiente, tales como la Escuela de Estudios Libres y los Policlínicos Gratuitos del CMA, ambas de gran importancia a la hora de cimentar la autoridad científica de la sociedad en su medio científico y político durante sus primeros 15 años de vida. Por último, como cuarto punto no menos importante, hay que mencionar el apoyo dado por el Poder Ejecutivo provincial y nacional en el proceso de construcción de su propio edificio. Acaso este último punto incluya en buena medida a los anteriores, y por ello sea uno de los más indicados para ilustrar el tipo de relaciones asimétricas que el CMA sostuvo con los poderes ejecutivos durante buena parte del período aquí estudiado.

En efecto, entre 1880 y 1895 y siempre en el marco de relaciones asimétricas, el CMA obtendrá el apoyo –nominal y material– a varios proyectos emprendidos, entre los que se destaca el proyecto de la mansión para la sociedad, como se pudo apreciar en las páginas precedentes.

Existe mención explícita del conflicto regular por la subvención otorgada por el Poder Ejecutivo, que es denunciada nuevamente como retirada en parte al menos desde principios de 1886. El CMA se volcó sobre recursos internos. Las actividades de vinculación con los poderes políticos presentan siempre resultados más que parciales, como lo permite evidenciar el itinerario de la comisión de construcción:

“Como habéis observado nuestras exigencias netamente específicas en el presupuesto se han cumplido perfectamente a pesar de haberse reducido los ingresos, pues creo que no ignoraréis que desde el 1 de Enero del corriente año, el Congreso nos ha vuelto a disminuir la subvención que nos acuerda. Sin embargo, siempre con el fin de aumentar nuestros fondos, nos dirigimos en fecha 9 de Diciembre próximo pasado solicitando del Concejo Deliberante de esta Capital una subvención, fundándola en las razones que nos asisten para ello, pero a pesar de los trabajos efectuados para obtener un despacho favorable, hasta ahora no se ha expedido” (ACMA, 1886: 349).

3.3.2 El CMA y sus relaciones con los poderes legislativos

Las relaciones políticas que trabó el Círculo con los poderes legislativos son algo más fluidas que con los poderes ejecutivos. Básicamente se focalizan en la presencia de socios o también ex socios intercediendo por intereses de la institución en la cámara de diputados y senadores de la nación, así como también otras cámaras, por caso las de la provincia de Buenos Aires. En tales espacios se discutió sobre proyectos presentados por la sociedad y, otras veces, se la invocó como concejera en algún litigio. En alguna ocasión se decidió sobre el otorgamiento de ayudas o subvenciones económicas para el Círculo, ciertamente las mismas no comprometen el sostenimiento de la sociedad, sostenimiento basado en las cuotas internas cobradas a los agremiados.

No es difícil apreciar que la focalización sobre este tipo de relaciones en los espacios señalados, es de gran interés para el estudio de una institución científica y médica finisecular. Para estudiar las relaciones entre “esferas de lógicas” paralelas son de gran importancia algunos conceptos de orígenes disímiles, pero de efecto analíticos importantes (Pestre, 2005: 67). El primero es el concepto de *fórmula operativa* propuesto por Botana a la hora de estudiar la configuración del estado nacional entre 1852 y 1930.²⁶ Junto a él es importante invocar un concepto (proveniente de estudios de

²⁶ Según Botana, su concepto de *fórmula operativa* es praxis de poder cristalizada en un marco para la "producción de actos de gobierno", que combinó de un lado, el anhelo por fortalecer a las autoridades nacionales asentadas en la ciudad capital y de otro lado, el intento por rescatar a las elites provinciales en un rol subordinado. Se entablan relaciones asimétricas y marcadas por la conflictividad intra elite entre el poder central y los poderes provinciales, que aseguraron la rotación de sus miembros desde los espacios locales hacia los espacios nacionales. Para ello el poder ejecutivo posee el manejo del presupuesto y por

casos históricos) tal como “negociaciones continuas entre los estados y las profesiones médicas” en el mundo (y la medicina) occidental, desde el Renacimiento al presente (Fox, 1993: 1204).²⁷ Ambos conceptos permiten hacer foco sobre un grupo de médicos bien nítido, cual es el caso de los socios del CMA, poniendo en práctica antiguas estrategias de negociación profesional, con los poderes políticos de su época. Más aún permiten apreciar como algunos de esos médicos y socios se proyectan en una carrera política, y se convierten en nexos que permiten circular saberes, problemas y lecturas profesionales en espacios de decisión, tales como los espacios afectados al proceso de formación del Estado Argentino descrito por Natalio Botana (Botana, 1977: 14).

Por su parte un tercer concepto ya enunciado en la introducción, proviene de la historia social de la ciencia –a esta altura ya clásica– y es el de “estudio de controversia”, entendido como estudio de confrontaciones o disputas entre grupos intelectuales o profesiones relacionadas al saber (Shapin y Schaffter, 2005 [1985]: 34). Para estudiar este aspecto de las relaciones entre esferas o elites de lógicas paralelas ha sido (y es) de importancia la realización de “estudios de controversias”. Aquí se prestará especial a la controversia entre el diputado socialista y ex hombre fuerte del Dr. Enrique Dickman y, por su parte, el ex presidente de la Cámara de Diputados, decano y catedrático de la Facultad de Medicina, Dr. Eliseo Cantón. Y ello es así, porque tal tipo de estudio permite apreciar varias dimensiones de la “vida social médica”. En especial: (1) temas relacionados a conflictos de “cosmovisiones profesionales” expresados en el debate; y (2) temas relacionados a los aspectos biográficos de ambos contendientes. O mejor aún, a ese aspecto en que una biografía personal se fusiona con lo que Max Weber denominó el “honor social de casta”, vale decir, las representaciones profesionales sostenidas por los contendientes.

ende el poder de distribuir recursos y espacios institucionales, así como también posee la intervención federal. A través de esta su combinación buscó materializar las bases del tejido institucional del régimen oligárquico (Botana, 1977: 36).

²⁷ Según Daniel Fox tales negociaciones no funcionan como un modelo rígido en exceso, antes bien contempla torsiones y desplazamientos según los contextos en los que se lo tenga en cuenta como guía. Entre tales matices se debería tener en cuenta: (1) la cultura política del país en que se producen las negociaciones; (2) los objetivos explícitos e implícitos del Estado en cuestión, en su negociación de intereses con las instituciones de la medicina. Así mismo, se deben contemplar: (3) los objetivos explícitos e implícitos de las instituciones médicas que llegan a la arena de debate estudiada; y por último (4) la percepción que poseen los actores encargados de llevar adelante tales negociaciones respecto de su lugar, poder y autoridad en el proceso en curso. (Fox, 1993: 1204).

En medio de este complejo cuadro de situación, la renovación del perfil médico propuesta por el CMA desde 1875 ofrece dos ventajas de consideración al régimen oligárquico. La primera de ellas, hay que buscarla en el aporte material que la institución realiza a la consolidación de una elite gobernante. En efecto, como tendremos oportunidad de apreciar en el capítulo siguiente el modelo médico clínico – marcado por el particular gusto hacia la ciencia médica alemana en lo que respecta a modelos institucionales– no está disociado de una carrera política, sino más bien la supone como una etapa al menos probable en la vida del profesional (Leandri, 2011: 128). Nada más armónico con las necesidades de la oligarquía presentadas en los párrafos precedentes. En tal sentido, algunos indicios permiten afirmar que la medicina como profesión liberal de importancia entre los sectores oligárquicos porteños desde la segunda mitad del siglo XIX, cumple un papel análogo al de los abogados aunque sin duda en proporciones menores (Leandri, 2011: 127). Podremos apreciar en las décadas siguiente, un flujo constante de miembros desde la profesión hacia el campo político, tanto dentro del Poder Ejecutivo como miembros subalternos del mismo, o dentro del Poder Legislativo en las distintas instancias que lo componen. El rasgo de especificidad en el marco de un contexto político, cuyo problema cardinal es la consolidación de una elite gobernante a escala nacional (Botana, 1977: 30), está dado por la combinación de renovación generacional implicada en el CMA y la consolidación del modelo médico clínico (Botana, 1977: 33; Leandri, 1999: 124; Souza, 2008: 75; Leandri, 2011: 127).

Algunos debates concretos dados en las cámaras pueden ilustrar estas relaciones. En tal sentido es útil focalizar en un cruce de argumentos dado en la Cámara de Diputados de la provincia de Buenos Aires en 1884, con motivo del pedido de dinero para la compra del terreno del futuro edificio. Alguien muy cercano a la sociedad –el Dr. Manuel Podestá– afirmará que el estado debería ayudar con sus recursos a las sociedades científicas prestigiosas, como el caso del Círculo. Casi lo contrario opinará el diputado Oteiza, quien se opondrá a la cesión de la partida de dinero pedida. En dicho cruce se puede ver tempranamente las distintas concepciones en el seno de la conciencia liberal sobre la ciencia y la tecnología finisecular, representaciones que aflorarán en una multiplicidad de espacios e instituciones científicas al correr de los años. Por otra parte, se puede apreciar que Podestá enarboló casi todos los tópicos clásicos desde la fundación del CMA:

“Significa precisamente que necesita la protección del gobierno, porque ha llegado el caso de que el CMA tenga un local propio para desempeñar con más amplitud el rol que le corresponde. En los estrechos límites materiales en que se encuentra, no puede ampliar su biblioteca, sus consultorios gratuitos, sus laboratorios y todos los trabajos que están comprendidos en su vasto programa de estudios, y recurre al Gobierno de la Provincia de Buenos Aires porque sabe que este nunca se ha mostrado indiferente cuando se ha tratado de proteger la ciencia y de propender al adelanto y progreso del país. Que el CMA tenga su asiento en la Capital de la República, no es una razón para que le neguemos nuestro apoyo; y hoy debemos hacerlo, porque esta Asociación en su origen fue puramente provincial, y además por esta otra razón: el CMA concurren hoy alumnos no solo de la Provincia de Buenos Aires sino de las demás, y todos los Gobiernos de las otras provincias, están dispuestos a prestarle su apoyo y protección más decidida –naturalmente– cada uno en la esfera de sus recursos. Cuatro mil pesos nacionales para la Provincia de Buenos Aires, no son una gran suma cuando se va a contribuir con ellos a la realización de una obra tan fundamental para nosotros, porque no me atreveré a repetir hasta que punto influirá el CMA en nuestra vida científica y hasta donde le corresponde la iniciativa de tantos problemas que tienen que resolverse. Los hechos hablan a favor de mis palabras. Es preciso comprender que en materia de ciencias, como he dicho antes, estamos aún en embrión; esto en tesis general; en particular, muchos problemas científicos debieran ser para nosotros materias resueltas como los son ya en otros países civilizados y cultos como el nuestro” (Podestá, 1884: 885).

Y luego de una larga arenga Podestá termina afirmando una de las grandes hipótesis barajadas en anteriores trabajos, como es la diferencia de “estilos” que separaba al CMA de otras instituciones –por caso la AMB– en especial a la hora de apreciar el espíritu de asociatividad:

“¿Por qué ha sucumbido la AMB y tantas otras asociaciones científicas o literarias? Han sucumbido fatalmente, porque no tuvieron un plan

determinado ni un fin perseverante, y la AMB, compuesta de los Médicos más distinguidos de nuestro país, con recursos propios, con capital en el Banco, con todos aquellos medios de que puede disponer una sociedad de esta clase, desgraciadamente no ha podido marchar. Faltaba allí la iniciativa y el alma que le diera vida. No me atrevo a decir que ha sucumbido porque faltara la juventud, porque había demasiado talento e inteligencia ente los que la componían para hacerla prosperar, pero faltaba en ella lo que predomina en el CMA: la convicción, y el propósito firme de aprender y de emanciparse de la imposición y de la rutina” (Podestá, 1884: 887).

La existencia de los “diputados médicos” en este marco es de gran interés, porque este actor algo difuso cumple un papel fundamental. Son intermediarios entre el mundo de las ciencias médicas y esa porción de la “vida social” local que es la elite gobernante. De cara al ámbito legislativo actúan como parte del quórum estable que forma la elite política, siendo activos “productores de actos de gobierno”. De cara a las grupos e instituciones médicas y científicas concretas actúan como voceros y articuladoras de sus intereses y demandas. Se van afirmando poco a poco en este papel de intermediarios o articuladores; en tal sentido es importante aclarar que no se poseen (por el momento) estadísticas sobre la cantidad de médicos ocupando cargos en los dos grandes ámbitos legislativos, más es importante la aparición del propio concepto de “diputados médicos” y luego una subdivisión dentro de tal categoría, trazada a partir de diferencias partidarias e ideológicas. Serán conocidas las críticas dirigidas en la cámara de diputados entre 1912 y 1917 al “triumvirato médico socialista” integrado por tres prestigiosos galenos egresados de la escuela médica local. A los fines analíticos aquí planteados es más importante aún rescatar que los tres fueron referentes políticos e intelectuales de la sociedad, como se podrá apreciar en los capítulos siguientes.

3.3.3 Clínica y programa experimental en el parlamento: médicos conservadores versus médicos socialistas

En este punto se torna relevante hacer foco en uno de los múltiples debates existentes en la cámara de diputados de la nación, cual es la discusión de la ley 6.026 de creación del policlínico José de San Martín (Souza, 2008: 234). En él participaron dos veteranos galenos pertenecientes a la profesión médica local; ciertamente el Dr. Eliseo Cantón y el Dr. Enrique Dickman no son los únicos actores relevantes implicados en el ciclo de esta ley. Una cantidad importante de diputados —incluso, varios “diputados médicos”— acompañaron las presentaciones de ambos contendientes. El protagonismo de ambos médicos a lo largo del debate no debe omitir la existencia de una compleja trama de relaciones entre actores individuales y colectivos en la que se inscriben las biografías profesionales y políticas de los mismos (Souza, 2008: 235).

La focalización sobre ambos personajes es pertinente a los fines trabajados en este ítem, pues ambos eran referentes en sus respectivos espacios. El Dr. Eliseo Cantón era una figura de peso dentro de la Academia de Medicina y el Dr. Enrique Dickman había sido un referente del Centro de Estudiantes fundado en 1900 y ahijado intelectual de dos prestigiosos miembros del antiguo CMA, como fueron el Dr. Juan B. Justo y el Dr. Nicolás Repetto (Souza, 2008: 242). Así pues en términos empíricos la importancia de ambos personajes se puede apreciar a través de la lectura secuencial de las páginas que abarca el ciclo de la ley 6026 en los *Diarios de Sesiones de la Cámara de Diputados* entre 1906 y 1917. No sólo protagonizaron el debate en la Cámara de Diputados bajo la investidura del cargo de diputados nacionales, sino que también expresaron conflictos médicos e ideológicos que trascienden dicha escena institucional para alcanzar la esfera pública. En términos metodológicos, se ha privilegiado el momento de confrontación explícita entre ambos médicos, que se produce entre 1915 y 1917, dado que este recorte hace posible apreciar con nitidez los puntos de coincidencia y desencuentro entre las distintas miradas o cosmovisiones médicas.

¿Quién fue Eliseo Cantón? Fue el autor e impulsor del proyecto de ley en la Cámara de Diputados, entre 1906 y 1910 (Souza, 2008: 241). Luego de la acusación realizada por Enrique Dickman en 1915, fue su obsesivo defensor. Cantón inició sus estudios en la

Facultad de Medicina de Córdoba y terminó sus estudios en la Facultad de Ciencias Médicas de la UBA en 1886. En ella ocupó distintos cargos docentes entre los que cabe señalar la titularidad de la materia denominada Clínica Obstétrica; fue miembro de la Academia de Medicina y luego decano de la Facultad de Ciencias Médicas, entre 1906 y 1912. Es decir, Cantón fue un digno representante de la “corporación docente”. En términos políticos, se vinculó al roquismo y ocupó distintos puestos legislativos en representación de las filas conservadoras desde fines de la década de 1880; fue senador nacional por la provincia de Tucumán en dos períodos consecutivos, y luego fue diputado por la Capital Federal desde 1904 hasta 1911. Fue vicepresidente de la Cámara de Diputados durante 1907 y presidente de la misma en 1908. Es en este momento que logró sustanciar su proyecto de construcción de un hospital clínico central, episodio que más tarde su crítico señalará como parte de los manejos autoritarios y fraudulentos de Cantón. Escritor prolífico de una importante cantidad de libros, artículos y observaciones clínicas, pueden destacarse su *Historia de la Medicina en el Río de la Plata* y *La historia de la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires*. En ambas obras, compuestas de varios volúmenes, se propone historiar el desarrollo de la medicina desde la llegada de los españoles hasta *su* presente, describiendo los años en que la escuela médica de Buenos Aires estuvo bajo su conducción como los de mayor esplendor. En 1916 escribió una serie de textos tendientes a defender el proyecto de ley presentado y, al mismo tiempo, a “desenmascarar” la acusación del “triumvirato médico socialista” (Cantón, 1918: 172). En ellos, Cantón reconoce con orgullo que, durante los conflictos de 1904, impulsó la moción (triumfante por unanimidad) para que la Facultad, por vía del Poder Ejecutivo, expulsara a los catedráticos socialistas Juan B. Justo y Nicolás Repetto de la Facultad de Medicina. También reconoce que aquel mismo año estuvo detrás de la denegación del primer premio al estudiante del año al joven estudiante socialista Enrique Dickman, aduciendo que esta mención es para “médicos argentinos” (Cantón, 1918: 172; Souza, 2008: 242).

Por su parte, ¿quién fue el diputado que cuestionó en forma explícita en la Cámara de Diputados de la Nación a una figura tan poderosa y respetada dentro de la clerecía médica local como lo era Eliseo Cantón? Entre fines de la década de 1890 e inicios de la siguiente, Enrique Dickman fue estudiante de la Facultad de Ciencias Médicas de la UBA. Durante este período, fue un activo participante en la creación del Centro de

Estudiantes de dicha facultad en 1900 y representó al grupo de estudiantes y graduados opositores al cuerpo docentes que conducía su vida institucional, al que pertenecía Eliseo Cantón (Souza, 2008: 243). Fue premiado con el diploma de honor, vale decir, con el *segundo* puesto al estudiante destacado de 1904, luego de haber obtenido las calificaciones más altas de su grupo y merecer el primer premio que era la medalla de oro. Fue redactor de la revista médica y gremial del Centro de Estudiantes, editada desde 1900 y fusionada con la revista llamada *Anales del Círculo Médico Argentino* desde 1913. Fue miembro del centro socialista Ciencia y Trabajo desde mayo de 1897 (Iñigo Carrera, 1996: xviii; Souza, 2008: 235). Con posterioridad al primer lustro del siglo, fue miembro y director del periódico socialista *La Vanguardia*. El joven médico socialista escribe en este diario las primeras notas sobre la corrupción que rodea la elección del proyecto de hospital central en 1910, en momentos en que una comisión nombrada por el gobierno y dirigida por el propio Eliseo Cantón se proponía elegir uno de los ocho proyectos finalistas para dar forma al “Policlínico José de San Martín”. Dickman ingresó al cargo de diputado en las elecciones de fines de 1913 como representante del Partido Socialista, luego de una primer presentación fallida en 1910 (Souza y Hurtado, 2008: 235). En la Cámara de Diputados, junto con Nicolás Repetto, Juan B. Justo, Enrique Dickman fue parte del grupo que los diputados conservadores –y en especial los diputados-médicos cercanos a Eliseo Cantón– denominaron el “triumvirato médico socialista”.

3.3.4 El ciclo institucional de la ley 6026

El ciclo de la ley 6026 en la Cámara de Diputado de la Nación se inicia en 1906 y culmina en 1917. Entre estas fechas emerge en reiteradas ocasiones el tratamiento del tema “Policlínico José de San Martín”. Estas apariciones dejan entrever distintas sensibilidades respecto del tema del policlínico y, más en general, de la problemática hospitalaria en la ciudad hacia inicios del siglo XX. Entre la primera fecha y el año 1908, el diputado Eliseo Cantón presentó *tres* proyectos distintos sobre el mismo policlínico, obteniendo la sanción para su construcción en el año 1908, cuando ocupaba el cargo de presidente de la Cámara de Diputados (DSCD, 1908: 145). Entre junio y julio de ese año, en dos sesiones maratónicas, el último de sus proyectos se transforma en la ley 6026, que mandaba a construir uno de los “hospitales centrales” u “hospitales escuelas” más grandes de su tiempo (DSCD, 1908: 517). En el apartado siguiente nos

centraremos en las características tecnológicas y médicas del hospital soñado por Cantón.

Entre 1909 y fines de 1910 se aprecia una intensa actividad tendiente a sustanciar la construcción del nosocomio. Para el autor del proyecto, se debía al menos colocar la piedra fundamental de la obra como parte de la fastuosa conmemoración del centenario de la revolución de mayo de 1810 (DSCD, 1908: 210). Este objetivo no fue posible debido a la inminencia de esta celebración. A cambio, se concretaron algunos pasos fundamentales para la construcción. Se llevaron adelante las primeras expropiaciones de tierras sobre las que se asentaría el hospital y, al mismo tiempo, se comenzó a desviar un porcentaje de las recaudaciones de la lotería pública para financiar los gastos de la construcción (DSCD, 1915: 107-109). Se llamó a concurso de proyectos para la construcción del hospital y, en forma paralela, se designó la comisión que debió evaluar los ocho proyectos finalistas sobre un total de catorce proyectos presentados. Hubo oferentes internacionales. Por ejemplo, uno de los proyectos finalistas llamado, “Estrella de oro con Perlas”, provenía de la legación de París; otro que no arribó a la final provenía de Alemania y se titulaba “Gloria de San Martín” (Cantón, 1918, 85).

La importante magnitud de dinero necesaria para financiar la construcción del hospital, estimada en más de 15.000.000 de pesos, justificó la creación de una comisión con representantes del Poder Ejecutivo y miembros de la Facultad de Ciencias Médicas para realizar la selección (DSCD, 1915: 111). La elección del proyecto ganador a inicios de 1910 no fue unánime y se produjeron fuertes disidencias entre los representantes de la Facultad de Ciencias Médicas y el miembro que representaba al Poder Ejecutivo, el famoso arquitecto Norberto Buschiazzo.²⁸ Mientras que los primeros siguen la opinión de Eliseo Cantón y eligen el proyecto llamado “Aires y Luz”, el segundo presenta un escrito a los miembros del flamante gabinete nacional (entrante hacia fines de 1910) en donde detalla una importante cantidad de errores existentes en el proyecto ganador, entre ellos, el de prestar mayor atención a los aspectos artísticos del policlínico que a su disposición clínica. También afirma haber sido marginado de la decisión y no haber votado por el proyecto de policlínico ganador.

²⁸ El informe del prestigioso arquitecto porteño Norberto Buschiazzo citado por Dickman es una crítica contundente, tanto al proyecto de policlínico de Cantón como al funcionamiento de la comisión que lo eligió (DSCD, 1915: 124-125).

Es en ese mismo momento que se aprecia un fuerte viraje en la buena predisposición que había hacia el policlínico entre los propios partidarios de Cantón. Roque Sáenz Peña –nuevo presidente de la República– estudió personalmente el informe de Buschiazzo y ordenó “enterrar el asunto” del policlínico, bajo la sospecha de corrupción y el peligro de que se transformara en un escándalo político (Dickman, 1915: 126). También en la prensa porteña se publicaron comentarios críticos hacia el proyecto. En algunos casos se ironizaba sobre las “propiedades elásticas” del proyecto, dado que era mayor que la superficie designada para su construcción. Para los periódicos más mordaces, el hospital que surgiera del proyecto ganador debería ser expuesto en “las ferias al lado del hombre cañón o de la mujer foca” (*El País*, 1910a: 7).²⁹

Cinco años después –hacia mediados de 1915– reaparece el tema del policlínico en la Cámara de Diputados, esta vez rubricado por el escándalo. Enrique Dickman realiza un pedido de interpelación al Ministerio de Hacienda para que se dé cuenta ante la cámara del estado de avance del policlínico (DSCD, 1915: 15). Dicho pedido es respondido personalmente por el ministro Enrique Castillo, quien afirma que el proyecto quedó en la fase de expropiación de tierras, debido al desvío de los fondos necesarios para su construcción a otras necesidades presupuestarias en 1912. Castillo señaló que las modificaciones de la economía por el estallido de la guerra en Europa recomendaban la suspensión momentánea del proyecto o su realización bajo otras condiciones (Castillo, 1915: 105). Aprovechando esta afirmación, el diputado socialista hizo el pedido de derogación de la ley 6026, dando lugar a una acalorada exposición en la que se denunció al ex diputado Cantón –y por ese entonces decano de la Facultad de Ciencias Médicas de la UBA– por malversación de fondos y, en general, a todo el proyecto como

²⁹ La noticia publicada en el diario *El País* en febrero de 1910 (a los pocos días de la elección de los proyectos) es de gran interés y profundamente irónica: “El asunto del policlínico continúa agitando la opinión. Hasta ha encontrado quien se adhiera al fallo del jurado: mejor así, sin embargo, porque el debate, la polémica, que significa luz, son preferibles a la oscuridad, con cuya complicidad se han hecho y siguen haciéndose tantas cosas vedadas. Los entendidos ya han desahuciado el proyecto premiado ‘Aire y Luz’: el análisis severo, científico, ha señalado sus defectos enormes —y en esto merece un aplauso de colegas de ‘la patria degli italiani’—, y el humorismo porteño, caricaturizando esos defectos, ha sabido graciosamente poner la cosa en solfa olvidando por un instante que el asunto es grave, como que entraña la pérdida de varias decenas de millones para el contribuyente. Ese solo hecho de haber sido proyectado el plan del policlínico sobre un área superior en ocho mil a la asignada para su construcción, es curiosísimo: pero mucho más graciosa es la explicación que el doctor Cantón le ha descubierto al error, al sostener que llevando el policlínico del plano a la realidad de la construcción, ‘se achicara’. Como ‘truvaille’ este policlínico elástico es impagable. Se podría enseñarlo en las ferias al lado del hombre cañón o la mujer foca” (*El País*, 1910a: 7). Ver también *El País* (1910b: 5).

fraudulento, producto del orgullo “megalómano” de Eliseo Cantón, un verdadero “colazo del viejo régimen, que se ha caracterizado no solo por escrutinios falsos, sino por grandes escándalos financieros” (DSCD, 1915: 111).

La contundencia de la acusación y la minuciosidad de la investigación llevada a cabo por el diputado socialista, abrió una sucesión de excusaciones por parte de aquellos diputados que habían participado en las distintas comisiones que evaluaron el proyecto o, también, que habían avalado con su voto la transformación de proyecto a ley en 1908. No faltaron las ofensas e, incluso, las invitaciones a resolver la acusación en el “terreno de la caballerosidad”, promovidas por aquellos diputados unidos a Eliseo Cantón por un vínculo de camaradería (DSCD, 1915: 147).³⁰ Otros miembros de las filas conservadoras –no tan cercanos al ex diputado y menos apasionados– buscaron atenuar la magnitud del escándalo a través de la formación de una comisión encargada de estudiar la veracidad de la denuncia.

Esta comisión se efectivizó entre 1915 y 1917 y dio un veredicto absolutorio a la figura de Eliseo Cantón (DSCD, 1917: 104).³¹ Su funcionamiento fue denunciado por su parcialidad en el manejo de la información, y por elaborar un veredicto sin la participación del representante socialista en la misma. En efecto, el diputado Mario Bravo –compañero de bancada del Dr. Dickman– afirma que se le denegó la documentación para el estudio de la causa a través de excusas poco verosímiles (Bravo, 1917: 30). También afirmó que entre 1916 y 1917 esta comisión permitió a Cantón extraer información confidencial de la causa para poder publicar una serie de textos en donde se defiende en tono polémico y agresivo el proyecto de ley (Bravo, 1917: 31). El más relevante se denomina “*¡Abajo la Calumnia! El policlínico José de San Martín y la Difamación del Socialismo Ruso*”, publicado en 1916 como un texto suelto de unas

³⁰ En la sesión del 28 de mayo de 1915, es decir, en la sesión siguiente a la que Dickman pidiera la derogación de la ley 6026, el diputado Arce, al comentar las afirmaciones realizadas por el diputado socialista, juega con la idea de que los miembros del grupo que apoyan a Dickman están entre los diputados que no aceptan la «vía caballeresca» como camino para dirimir las ofensas personales realizadas en la cámara. Según Arce –activo miembro de la comisión que eligió el proyecto triunfante– el estaría entre los diputados que pedirían tal vía del honor. (DSCD, 1915: 147).

³¹ La comisión parlamentaria destinada a investigar las afirmaciones del diputado Dickman estuvo activa entre 1915 y 1917, momento de la emisión del informe cuestionado por los diputados de la bancada socialista. Su importancia queda reflejada en que es la única comisión ad hoc enunciada formalmente en el índice de los diarios de sesiones entre ambos años. A pesar de las pocas veces que esta comisión se reunió, produjo una cantidad importante de documentación, que según el diputado socialista llegaba a las 4 500 hojas (algo más de 80 expedientes). Dicha comisión estuvo integrada por varios miembros como consecuencia de la renovación de los cargos en la cámara producida en el año 1916. (DSCD, 1917: 104)

pocas carillas, que se transformó en 1917 en un libro de casi 250 páginas (Cantón, 1917). Como se señaló anteriormente, en estos escritos Eliseo Cantón afirmó que el motivo de la denuncia es la venganza por la expulsión de los médicos socialistas de la Facultad de Ciencias Médicas en 1904, a quienes apodaba ahora de “socialistas internacionalistas”, y acusaba de no respetar las autoridades académicas de la facultad. Al mismo tiempo, volvía defender la necesidad de llevar adelante el proyecto ley 6.026 (Cantón, 1917: 208).

3.3.5 En busca de un hospital clínico central para Buenos Aires

Ambos autores confrontaron explícitamente sobre la necesidad de hospitales y la cantidad de camas por habitante para la ciudad de Buenos Aires. Era un momento de acelerado crecimiento demográfico. Ninguno de los dos dudó de la importancia del hospital para el aprendizaje del “apostolado de la medicina”. Sí se pueden apreciar, en cambio, nociones diferentes sobre el compromiso que debería unir al médico clínico con el contexto social en que se inscribe. Cantón apeló en reiteradas ocasiones a una noción abstracta de la población porteña, que en su particular mirada recibiría con sumisión los beneficios de la tecnología hospitalaria, beneficios puestos fuera de duda por el mero hecho de encarnarse en un modelo de nosocomio exitoso para las escuelas médicas europeas. Dickman dejó entrever una noción *realista* de la población, respetuosa de su idiosincrasia, y de sus representaciones sobre la enfermedad y el hospital. Por esta razón, se volcó hacia un sistema hospitalario que no resultara invasivo, que no *atemorizase* a los sectores populares (Souza, 2008: 248).

Presentada esta tensión que atraviesa el debate, nos dedicaremos en lo que sigue a algunos puntos de confrontación existentes entre ambos proyectos de medicalización. En tal sentido, un indicio importante radica en la *existencia misma de un debate sobre modelos de hospitales clínicos* a adoptar. Así, el debate entre el médico socialista y el ex decano de la Facultad explicita dos miradas polares de una misma cosmovisión médica. Para comprender el contraste de forma contextualizada, se debe hacer referencias a la problemática hospitalaria puede encontrarse en la prensa de las últimas décadas de siglo diecinueve. Por una parte, en los años previos a la creación del Hospital de Clínicas de Buenos Aires en 1883, son frecuentes las menciones a la necesidad de modificar los hospitales de antigua data e, inclusive, de cambiar el antiguo Hospital General de

Hombres por un hospital clínico moderno (Souza, 2008: 248). Luego de 1883 se suman aquellas discusiones que aluden a distintos problemas del orden interno del hospital de clínica, como, por ejemplo, la ausencia de algunas clínicas especializadas, la necesidad de mayor número de camas para las salas disponibles. También existen varias referencias a la ausencia de instrumental específico, como estetoscopios, sondas, pinzas, piezas para el museo del hospital, microscopios para las salas que funcionaban de incipiente laboratorio, etc. Sin embargo, es difícil encontrar un debate sobre modelos alternativos de hospitales para la ciudad, y en el que se desarrollan críticas explícitas a distintas nociones de tecnología hospitalaria.

Por otra parte, las preguntas formuladas al material empírico no han recortado en forma caprichosa un tema especial, como podría haber sido, por ejemplo, el hospital y su modelo arquitectónico, sino que han respetado el encadenamiento de significados que los propios diputados dieron en sus argumentos a los temas relevantes de la vida hospitalaria. En otras palabras, al calor del conflicto entre ambos autores –y uno de ellos muy cercano al CMA y Centro de Estudiantes– se habló de un número de temas relacionados al hospital, como la cantidad de camas por población, la cantidad de camas en una sala clínica, la cantidad de salas dentro de un hospital, la cantidad de metros cuadrados que deben poseer los policlínicos modernos, el funcionamiento de las dependencias subsidiarias del hospital, etc. (Souza, 2008: 248). Este dato es por demás relevante a la hora de comprender la promoción de un programa experimental por parte del CMA, como se podrá apreciar en el capítulo siguiente.

¿Qué modelo de nosocomio contempla Eliseo Cantón en sus propuestas? ¿Qué problemas vendría a solucionar la creación de dicho nosocomio? El modelo de hospital anhelado por Eliseo Cantón es lo que él denomina en reiteradas ocasiones como “hospital central”, al que suele referirse familiarmente como “laboratorio de personas” (Cantón, 1908: 525). El concepto de hospital central remite a un edificio de dimensiones imponentes para la época, que ocuparía un espacio de cuatro manzanas centrales en la ciudad a inicios de siglo veinte, y por lo tanto, de alto valor económico. El hospital tendría un subsuelo y dos pisos de altura; en este espacio, se debería distribuir un “sistema” de “20 institutos” orientados al estudio y atención de clínicas específicas. Este sistema de institutos se identifica con el programa de estudios médico-clínicos vigente

luego de 1883 en la escuela médica local, al que se vendrían a sumar dos institutos dedicados a la clínica obstétrica, ya que dichos estudios carecieron durante un tiempo importante de salas donde desarrollarse hasta la creación de la clínica obstétrica en 1901. Finalmente, el número de camas por instituto sería de 60 y el total del hospital de 1200, dato que significaría un crecimiento importante respecto de las 350 camas existentes en el Hospital de Clínicas de 1883. Según afirmó Cantón en reiteradas ocasiones, las camas tendrían cerca de 81 metros cuadrados de espacio circundante, que era una medida aproximada a los estándares fijados para la construcción de policlínicos. El hospital en su totalidad tendría 97.000 metros cuadrados, cifra que se prestó a polémicas mientras se debatieron los proyectos y, una vez sustanciada la ley, fue criticada por la prensa porteña (Cantón, 1908: 145). En el texto del proyecto de ley se lee:

“Artículo 1, El poder ejecutivo hará construir para la Facultad de ciencias médicas un policlínico que se denominará “José de San Martín” Artículo 2, El establecimiento será construido en las cuatro manzanas y calles intermedias que limitan las calles: Córdoba y Charcas, Junín y Azcuénaga, las que al efecto se declaran de utilidad pública. Artículo 3, El poder ejecutivo hará efectiva la expropiación de tres de aquellas manzanas de tierra y licitará la obra de conformidad a las siguientes bases: a) Los proponentes presentarán los planos, presupuestos y especificaciones dentro del plazo de seis meses al Poder ejecutivo para su aprobación o rechazo, b) Los planes y presupuestos serán pasados a informe de una comisión compuesta de tres consejeros de la facultad de ciencias médicas, y de dos arquitectos de reconocida competencia, la misma que tendrá a su cargo la dirección e inspección de todas las obras, c) El plan general del policlínico responderá al sistema de institutos separados, cuyo número será de veinte: cuatro (4) para clínica médica; tres (3) para clínica quirúrgica; dos (2) para clínica obstétrica; uno (1) para patología externa; uno (1) para patología interna; uno (1) para clínica pediátrica; uno (1) para semiología; uno (1) para clínica dermatológica y sifilográfica; uno (1) para clínica ginecológica; uno (1) para clínica oftalmológica; uno (1) para clínica neurológica; uno (1) para clínica otorrino-laringológica; uno (1)

para clínica genito-urinaria; uno (1) para hidro electro terapia y laboratorio central. d) El promedio de capacidad de los institutos para clínica será de sesenta camas. e) Las construcciones se levantarán tres metros adentro de la línea de las calles, y no tendrán más de dos pisos y un subsuelo” (DSCD, 1908: 145).

Y siguiendo un estilo a esta altura clásico en los médicos porteños de mediados de siglo XIX, el policlínico “José de San Martín” fue comparado a un número importante de policlínico centrales europeos (Cantón, 1908: 536). Es evidente que el Dr. Eliseo Cantón quería reducir las distancias que —a su juicio— separaban a los hospitales locales, de las tecnologías hospitalarias de las capitales europeas.

El autor del proyecto dio por sentado, como un “hecho de peso científico”, que los policlínicos centrales han sido pensados y construidos como una verdadera superación de los hospitales existentes hasta mediados del siglo XIX. Cantón justificó el importante monto de dinero a invertir en el policlínico señalando que las naciones europeas que marchan a la “vanguardia de la ciencia” en materia médica han logrado sostener esa condición mediante grandes inversiones de dinero en hospitales clínicos centrales. Este modelo de policlínico traía consecuencias de importancia para los valores médicos de la época; la primera de ellas, es que había permitido articular —en los países mencionados por Cantón en su exposición— un sistema de hospitales urbanos, suburbanos, y extra urbanos, con los cuales cubrir las demandas de salud de un espectro importante de territorios, personas y patologías. La segunda consecuencia de relevancia, es que aumentaba el número total de camas para internación disponibles por cada país.

Eliseo Cantón tomó como dato de importancia de las distintas profesiones médicas europeas la correlación entre cantidad de camas por mil de habitantes que disponían en sus ciudades, buscando sostener cierto equilibrio entre ambos términos. Existía, según él, una verdadera *relación de fuerzas* en materia de camas hospitalarias a escala internacional a la que Buenos Aires debería sumarse (Cantón, 1908: 146). Esta ciudad poseía, según su propio cálculo, cerca de 2.2 camas cada mil habitantes para una población cercana a 1.150.000, mientras que Londres posee 5.68 y Dublín 6.39, París 9.83, Berlín 3.98, Ámsterdam 4.66, Madrid 4.00, entre otras. A su juicio, Buenos Aires

carecía de un verdadero hospital central y la construcción del policlínico “José de San Martín” vendría a solucionar ambos problemas:

“Yo sostengo que Buenos Aires no tiene, y necesita imperiosamente un hospital urbano, un hospital central. El único que hace las veces de tal es el muy pequeño Hospital de Clínicas con trescientas camas; y sacarlo de allí para llevarlo a la Chacarita, aunque se le agrande, es dejar desvestida a Buenos Aires de su traje más primordial, y es la única ciudad del mundo que nos ofrecería el extraordinario fenómeno de no tener ningún hospital central” (Cantón, 1908: 548).

En cuanto a la legitimidad de los argumentos, Cantón invocó en forma aleatoria la doble autoridad de su experiencia personal —diputado y catedrático—, además de los tratados internacionales especializados en materia de construcción hospitalaria. Entre estos últimos se destaca el libro *La construcción de hospitales*, de Vandervelde, Lepage y Chaval, tres médicos de Bruselas. Este libro posee todos los atributos de un clásico de la materia para su época, a juzgar por el número de sus reediciones (Cantón, 1908: 548).

El sólido eje narrativo de Cantón extraía una notable cantidad de datos empíricos de esta bibliografía. Por su parte, los diputados que escucharon a Cantón en 1908 reconocieron la importancia del policlínico, incluso aquellos que realizaron alguna temprana crítica al proyecto. El círculo de diputados al que pertenecía el entonces decano de la Facultad de Medicina, señalaron la deuda de gratitud que la ciudad poseía con su mentor. Cantón fue igualado a las grandes médicos constructores de hospitales de Europa —en especial, al médico italiano Beccheli, fundador del policlínico Humberto I en Roma— y, al mismo tiempo, fue comparado con una figura antaño poderosa de la medicina local, como fue el ministro de Instrucción Pública y Culto Eduardo Wilde durante el primer gobierno de Julio A. Roca en los ochenta. Cantón no oculta su aspiración a un reconocimiento simbólico similar y, para ello, nada mejor que un hospital de dimensiones gigantescas como el policlínico San Martín, que eclipsara a Wilde y al ya “vetusto y achacoso” Hospital de Clínicas que aquel había conseguido. En cuanto a su retórica, como profesional que seguía los pasos de estas eminencias científicas, Cantón afirmó estar interesado solamente en el progreso real de la ciencia médica local, en la

ardua tarea que la llevaría a equipararse con las potencias médicas internacionales. Así lo confesaba en respuesta a una moción de aplazamiento del proyecto formulada por un miembro de la comisión de hacienda de la Cámara de Diputados en 1908:

“¿Qué importa que se aplauda mi proyecto y que se elogie injustamente a su autor, si con la moción de aplazamiento formulada se pretende pegarle un golpe de gracia en el momento en que va a surgir? ¿Qué importa todo esto? ¿Qué importa, aún más, que se me califique de entusiasta y hasta de fanático si todo se olvida, incluso que ha habido en todas las épocas de la historia fanatismos que han sido excusables? Y cuando estos fanatismos se han fundado en razones científicas y en nobles ideales, no sólo han sido excusables, si no justificables y hasta dignos de aplauso. En tiempos de las cruzadas, cuando dominaba el mundo del fanatismo religioso, los caballeros esforzados se lanzaban a la lid bajo la evocación de “por mi Dios, por mi rey, y por mi dama”. En tiempos actuales, en que domina las naciones civilizadas el fanatismo por el saber, los hombres se incorporan a los debates parlamentarios reclamando para su fuero interno “por las ciencia, por la humanidad y por mis ideales”; por la ciencia, que persigue la verdad; por la humanidad, que aprovecha de sus conquistas; y por los ideales que dignifican la existencia y la especie humana” (Cantón, 1908: 577).

Como se podrá apreciar a continuación, tales intenciones no eran unánimemente aceptados entre la comunidad de médicos locales, en especial, en los médicos más jóvenes y pertenecientes a instituciones médicas distintas a la academia y al cuerpo docente de la Facultad de Medicina.

3.3.6 Las críticas de Enrique Dickman a la ley 6026. Hacia un modelo clínico alternativo para la ciudad de Buenos Aires

En términos médicos Dickman criticó el concepto de hospital central; en términos de programa experimental, criticó la ampulosidad y la megalomanía del proyecto de Cantón (DSCD, 1915: 115).

Según refirió Enrique Dickman en la cámara había una actitud de “rastacuerismo científico” en privilegiar la creación de un “hospital monstruo”, en un contexto en que hacían falta gazas (y otros insumos) en los hospitales porteños. Cantón pensaba la obra como un símbolo del adelanto de la profesión médica y, por elevación, de la Republica Argentina a los años del centenario. Dickman pensaba los hospitales en función de uno de los problemas centrales afrontados por el Círculo desde 1875, como era el problema del mal uso de los recursos públicos y la fragilidad de las instituciones. En pocas palabras, la presente controversia científica –sin ser la única– permite explorar a modo de “ventana histórica”, un anudamiento de significados que adquieren verdadero estatus de concepciones contrapuestas –disidencias– en materia de proyectos experimentales.

El modelo de “hospital monstruo” era poco eficaz por aquel motivo que Eliseo Cantón precisamente destacaba, esto es, el importante grado de centralización de sus actividades. Pero además era poco eficaz por los altos costos de mantenimiento y por su semejanza a otras instituciones de encierro, como las cárceles. Poco eficaz en sí mismo, también era poco eficaz en una ciudad como Buenos Aires hacia 1915, en la que sus sectores populares no asistían masivamente a los nosocomios, a pesar del sensible aumento de consultas e internaciones hospitalarias registradas desde fines de la década de 1880. Según Dickman, todo el proyecto era un “colazo del antiguo régimen que se acaba”, situación que no titubeó en homologar a la vida cotidiana de la Facultad de Medicina. Tal comparación no era forzada, si se piensa que Cantón era al mismo tiempo diputado por el Partido Autonomista Nacional y decano de la Facultad de Medicina. Dickman afirmó que se habían malversado fondos públicos a través del manejo de precios fraudulentos en las tierras a expropiar y, en general, trató al decano de la facultad de charlatán, autoritario y de “rastacuerismo científico”, al afirmar que las dimensiones del futuro policlínico no tendrían igual en el mundo.

En cuanto a las críticas referidas al modelo de nosocomio, Dickman complejizó la relación entre el hospital y el tejido urbano, dando lugar a una lectura algo distinta de las necesidades hospitalarias de la ciudad de Buenos Aires. En principio, cuestionó la idea de “hospital monstruo” como cumbre del saber médico. Se trataba de un concepto antiguo, afirmaba, que había fracasado en los países “centrales”, donde tienen “tendencia a lo descomunal”:

Por otra parte, debo decir a los señores diputados que los hospitales grandes han fracasado aún en el país mismo donde han sido concebidos, en Alemania, donde han tenido la tendencia a lo colosal. Allí se han hecho hospitales colosales, como el Virchow, de dos mil camas, como el Eppendorf, de Hamburgo, de 2150 camas; pero hoy los autores alemanes están contestes, y así se puede leer en este libro (muestra uno) especie de enciclopedia de muy reciente publicación sobre materia hospitalaria escrita por distinguidos profesores en la materia, que el hospital grande ha fracasado en la práctica. El hospital grande es más caro en su construcción; es más costoso de sostener, se administra peor, el enfermo está mal atendido. Al hospital grande el público le tiene mucha aversión, porque lo considera como una especie de cárcel o de cuartel en donde se entra para no salir más. En el hospital grande el público se pierde en sus visitas. En una palabra, el hospital grande es impopular, antihigiénico, antieconómico y anticientífico (DSCD, 1915: 118).

El diputado socialista está cercano a un servicio de salud diversificado en hospitales pequeños y focalizados. Y en base a esta idea propone una relectura del dispositivo clínico porteño cristalizado en la década de 1880 con la ley 1284. Se debería descongestionar los hospitales de los pacientes convalecientes y alojarlos en un hospital especial construido en las afueras de la ciudad, en tierras fiscales más baratas que las tierras elegidas por Cantón. Como complemento de este hospital ubicado a las afueras de la ciudad, se podrían construir hospitales pequeños dentro del tejido urbano con un mayor espacio para cada cama:

“Lo que hace falta ahora son hospitales pequeños, cuyas ventajas convienen en reconocer todos los hombres de ciencia: hospitales urbanos de 200 a 400 camas, y hospitales suburbanos de 500 a 700, como máximo, con una superficie mínima de 100 metros cuadrados por cama”. Esta disposición le permitiría afrontar un viejo problema de la medicina local, como es la mala fama que tiene la hospitalización: “Puedo afirmar que la población de la capital federal no tiene tendencia a

hospitalizarse; le tiene horror a los hospitales. Ese horror proviene de una mala tradición, porque antes en los hospitales se consideraba al enfermo como un caso lindo: cuanto más grave, cuanto más insalvable, cuanto más inoperable era el caso, más lindo parecía a la ciencia: considerabase a los enfermos como cosas, como carne de hospital. Hoy, felizmente, la juventud universitaria, siguiendo la evolución y el ritmo del progreso general, tiene otras ideas y otros conceptos sobre su misión científica y sobre el fin a que se destinan los hospitales; pero en general la población tiene aún aversión y horror a los hospitales, con cierta razón, con ciertos fundamentos, sobre todo teniendo en cuenta que en la capital federal, donde se han invertido millones en expropiaciones de avenidas, en los hospitales no hay remedios ni elementos de curación suficiente para los enfermos” (DSCD, 1915: 119).

Criticado el concepto mismo de hospital central, Dickman también discutió la progresión realizada entre camas y habitantes para una ciudad como Buenos Aires y, por otra parte, la cantidad de espacio necesaria para cada cama dentro de un hospital de las dimensiones pretendidas para el policlínico San Martín. La discusión de este punto es clave, dado que era uno de los motivos centrales pretextados por el autor del proyecto y, en tal sentido, el diputado socialista hizo una presentación contundente de los “errores de juicio” y de interpretación de Cantón.

Según Dickman, Buenos Aires no era una ciudad que careciera de camas y, por lo tanto, no estaba necesitando de un “hospital monstruo”. El dato sobre el número de camas expuesto por Eliseo Cantón era fraudulento, ya que no contemplaba la totalidad de camas existentes en la ciudad. En otras palabras, para Dickman no había un consenso tan unánime –como el que reclamaba Cantón– respecto del número de camas por mil habitantes. El cálculo de las mismas sin duda era un dato de gran importancia, que dependía de un número de circunstancias y no de un simple juego aritmético. Entre otras variables a considerar, influían “los hábitos de la población para hospitalizarse”, el “bienestar de la población”, si la “la época era de bonanza o de crisis”, si la “ciudad era industrial o no”. Bajo estos parámetros, la correlación entre camas y habitantes variaba en forma sensible, había ciudades que necesitan 12 camas por cada mil habitantes, y

había otras ciudades que les bastaba con 4 o 5 cama por mil habitantes. Frente a este panorama, no había que construir “hospitales monstruos”, sino *reordenar* las capacidades hospitalarias disponibles en la ciudad de Buenos Aires:

“Se ha dicho también en el seno de la honorable cámara que se necesitaba un gran hospital, y se lo necesitaba porque en Buenos Aires faltaban camas, porque la camas de los hospitales apenas alcanzaban a 2000, y no habiendo camas en los hospitales, era indispensable y urgente construir un gran nosocomio con propósitos de enseñanza y también con propósito de hospitalización. Yo me he ocupado señores diputados, de conocer con exactitud el número de camas que hay en la capital federal, y veo con dolor que este dato dado en el seno de la honorable cámara también ha sido falso” (Dickman, 1915: 117).

De acuerdo con Dickman, es falso que en la Capital sólo haya 2000 camas. Según la asistencia pública hay 11.900 camas: 4655 municipales, 6060 nacionales y 1275 en hospitales extranjeros. Si bien cree que estas cifras reflejan que faltan camas para los enfermos, las necesidades perentorias son otras:

“Yo he visto que en los hospitales falta alcohol o tintura de yodo, gasa y algodón para las curaciones; he visto médicos jóvenes y laborioso, como el hijo del señor diputado del Valle, sacar dinero de su bolsillo para comprar alcohol y tintura de yodo para curar en la sala. Y si no hay elementos para sostener los actuales hospitales, ¿cuál es el problema urgente? ¿Construir nuevos hospitales o dar dinero para sostener los existentes? Yo creo que el número de camas es casi suficiente para la población de la capital federal; lo que hay que hacer es una cosa muy distinta a construir hospitales monstruos, que han fracasado en todas partes del mundo, como van a ver lo señores diputados; lo que se necesita es retirar de los hospitales comunes la cantidad de tuberculosos que en ellos se asisten, porque constituye un peligro permanente para los enfermos que no lo son y para ellos mismos al estar hospitalizados en hospitales comunes” (Dickman, 1915: 117-118).

El hospital Tornú es por aquellos años el hospital municipal destinado especialmente a los enfermos de tuberculosis. Para Dickman es allí donde debe concentrarse la inversión en construcciones hospitalarias: “Hay un hospital municipal, el hospital Tornú, edificado en un terreno de 72.000 metros cuadrados, que tiene 360 por cama, destinado a tuberculosos; y lo que habría que hacer es construir allí otros pabellones para alojar a todos los tuberculosos; que se asisten en todos los hospitales, construir cerca de la capital, algún gran establecimiento para convalecientes”.

Finalmente, en cuanto al tipo de atención y al lugar en que deberían edificarse nuevos edificios:

“En los hospitales, los enfermos se asisten rápidamente por qué se necesita la cama y los enfermos salen apenas repuestos de sus dolencias en un estado en que muchos de ellos no pueden ir a sus casas ni dedicarse al trabajo; lo necesario es hacer un gran edificio sobre un terreno vecino a la capital para descongestionar los hospitales comunes de los convalecientes y al cual puedan ir durante veinte días, un mes o un mes y medio a restablecerse en pleno sol y aires, a fin de que puedan volver a sus hogares aptos para el trabajo” (DSCD, 1915: 114).

Dickman afirmó que no solo era erróneo el número de camas señalado en la presentación de Cantón, sino también el cálculo realizado sobre la cantidad de metros cuadrados por cama. La cantidad de metros cuadrados que el proyecto de 1908 contemplaba para cada cama del policlínico era de 81 metros cuadrados, pero según Dickman era este un dato que contrariaba a las autoridades internacionales en materia de construcción hospitalaria. En efecto, la cantidad de metros cuadrados por cama era sensiblemente mayor a la presentada por Cantón. Se necesitaban al menos 100 metros cuadrados por cama si se trataba de un “hospital chico”, y más de 100 si se trataba de un “hospital grande”:

Para la construcción de hospitales, señores diputados, hay leyes y reglas perfectamente establecidas, conocidas y estudiadas por autoridades científicas del mundo entero. Se sabe que no se puede construir un hospital

moderno sin infringir las reglas más elementales de higiene sanitaria, sin tener una superficie de cien metros para cada cama de hospitalización, cien metros para hospitales chicos y más de 100 metros –cada vez en progresión geométrica– para hospitales grandes, leyes y reglas establecidas por las mejores que autoridades científicas en la materia. (DSCD, 1915: 114-115).

Dickman explicaba que, si el hospital en cuestión poseía 500 camas, la cantidad de metros cuadrados necesaria era de 50.000. Si el hospital, en cambio, contaba con 1000 camas, el espacio mínimo disponible debería de ser de 230.000 metros cuadrados. Para avalar su argumento, sostuvo que su cálculo se basaba en “leyes establecidas por todos los autores científico y consignadas en los mejores libros de la materia”. En especial, se refirió al libro *La construcción de Hospitales*, de Vanderveelde y otros, en su segunda edición de 1912, “citado en la discusión del policlínico, pero mal citado”, pues allí se consignaba que “la superficie que necesita cada hospital, con cuadros y tabla que establecen que para un nosocomio de 1500 camas, como es el proyectado del policlínico, se necesita una superficie de 230.000 metros cuadrados”. Estas cifras chocaban con las ofrecidas por Cantón, dado que si el policlínico José de San Martín debía tener un mínimo de 1200 camas, ello era incompatible con los escasos 97.000 metros cuadrados estipulados para como su espacio ideal (DSCD, 1915: 114).

Es un indicio clave la cita realizada por Dickman de la misma obra mencionada por Eliseo Cantón en 1908; tal indicio permite entrever semejanzas y diferencias en los “estilos argumentales” de ambos autores. La lectura del diputado socialista destacaba el *fracaso* de los hospitales monstruo y, por ende, la necesidad de reinterpretar aquellas experiencias fracasadas en función de las decisiones a tomar para el sistema clínico porteño. Así, presentaba de manera distinta algunos de los datos que su rival había utilizado, y mencionaba en forma explícita la reedición del libro, acto que le permitía fundamentar en el terreno del saber médico clínico una lectura de mayor actualidad que la vertida por Cantón. Desde esta óptica, se debería rechazar el trasplante de una tecnología hospitalaria por el mero hecho de ser la última moda en Europa y dar forma a un sistema clínico que respetara las condiciones específicas de la ciudad. Para otorgar mayor legitimidad a esta interpretación, Dickman mencionaba la figura del Dr. Julio Méndez quien había dictado –en la sociedad de higiene pública e ingeniería sanitaria–

un ciclo de conferencias sobre los modelos hospitalarios vigentes por aquellos años y sus problemáticas, ciclo que criticaban los modelos de hospitales centrales.

En términos globales y a modo de síntesis, el proyecto impulsado por Cantón encarnaba para Dickman un conjunto de males éticos, políticos, económicos y científicos que hacían inconcebible su materialización:

Finalmente, se necesita en esta época de democracia real y efectiva demostrar al país que la nación se encamina por la vía de la modestia, de la sobriedad, de la economía positiva y útil; que la honestidad política debe traer la honestidad mental, porque es nuestra desgracia que las altas esferas docentes y científicas, que deben dar el ejemplo a la juventud, le han mostrado siempre con sus hechos los malos caminos, los rumbos desviados que conducen al éxito fácil y ruidoso, sin inculcarles la labor metódica, modesta y da que exige la honestidad mental como una condición indiscutible de éxito y de progreso. Charlatanismo científico, charlatanismo político, escándalo financiero, todos se liga y se combina, y todo nos viene como una mala herencia de una época detestable, que hay que borrar de la historia del país. En vísperas de una gran campaña nacional, el parlamento de la nación debe dar un alto ejemplo de honestidad administrativa, derogando esta ley, que es un colazo, como he dicho antes, de una mala época, de una época de escándalo y vergüenza; y todos nosotros debemos formular el propósito firme y consciente en este momento de encrucijada de la historia universal, de cambiar costumbres, de modificar prácticas, de encaminarnos hacia el progreso real y positivo, en que la economía, la técnica, el arte, la ciencia sean expresión honesta de un estado de conciencia colectivo, de un estado de labor fecunda y consciente (Dickman, 1915: 128).

3.4. A MODO DE CIERRE

Si se recapitulara en orden inverso al que se han presentado los temas en las páginas precedentes, se podría subrayar que el pequeño grupo asociativo fundado en junio de 1875 se transformó en una sociedad científica de peso en su medio social e institucional. Y para ello, cultivaron relaciones estrechas con poderes públicos que no siempre le

aseguraron apoyo material, más si la aseguraron resguardo jurídico y legal, al mismo tiempo que un importante reconocimiento científico, en tanto que la propia sociedad era reconocida por sus pares locales e internacionales.

Seguidamente, la posibilidad –empírica y conceptual– de apreciar una intensa vida asociativa, plasmada en sus fiestas, cenas, deportes, celebraciones y obituarios, permite vislumbrar con algo más de claridad las relaciones entre dicha cultura asociativa y la promoción de un programa experimental para las ciencias médicas de la ciudad finisecular, objetivo central en las páginas restantes del presente trabajo. Objetivo similar al perseguido a la hora de focalizar sobre el papel de la creación de instituciones gremiales y científicas desde sus primeros años de vida, acaso como intento –a veces de resultado más que dudoso– para distanciarse del legado atribuido por José María Ramos Mejía a su generación de docentes, a lo que sus consocios denominaron “*los dioses del Olimpo de la calle El Comercio*”; aquella generación identificada con la AMB que “heló la sangre” del visitante del anfiteatro anatómico español en 1874, aquella generación que poseyó serios problemas –al decir del editor de la *RMQ*, Pedro Roovers– para fomentar un “espíritu de grupo” entre los estudiantes y los médicos jóvenes de la ciudad.

Seguidamente, la sociedad científica apareció con una intensa vida doméstica, que sufre altibajos durante las cuatro décadas aquí estudiadas. Y entre los rasgos axiales de tal vida –aquellos que coadyuvan a subrayar su existencia como grupo social en tiempo y espacio– cuentan su preocupación por estructurar una vida material y económica de la sociedad. En términos aún más específicos, dicha preocupación queda retratada en forma nítida en la historia de su subcomisión de construcción, al igual que en el proyecto de establecer una “residencia” o “mansión”, que alojara física (y simbólicamente) al “ariete” con que la “juventud estudiosa” de la escuela médica había querido cuestionar a su cuerpo docente. En este sentido, la preocupación por la vida material de la sociedad está en estrecha relación con la cristalización de relaciones de conflicto y convivencia interna entre los socios, y entre grupos de socios, en especial entre los *Señores* y los *Doctores*, al menos durante los primeros 25 años de su existencia.

Por último, dicha vida asociativa cobró nitidez por sobre las experiencias grupales e institucionales del incipiente movimiento estudiantil de la universidad de la década de 1870 –señaladas en el capítulo 1– en tanto que pudo identificarse en el seno de la sociedad un espacio –las sucesivas Comisiones Directivas– que sostuvo aquellas actividades prácticas y simbólicas, al par que un calendario y una serie de ritos de disputa por la sucesión en la conducción de la sociedad. El itinerario de poco más de cinco años que va desde el patio de los Ramos Mejía al 29 de junio de 1875, fue testigo de los sucesivos intentos por cristalizar una comisión directiva sostenida en el tiempo que permitiera dar visibilidad social a una sociedad gremial y estudiantil. En los términos manejados por Mary Douglas –a la hora de pensar la cristalización de una institución– tal paso, aparece como un momento fundacional a las sucesivas generaciones de estudiantes afiliados a la nueva sociedad, pues es el momento en que se establece un grupo dentro de la institución, capaz de manipular la memoria colectiva del grupo de estudiantes de la escuela de su época, con alguna capacidad de moldear lenguajes e imaginarios, prácticas y ritos, en pocas palabras de establecer analogías, de señalar lo “igual” y lo “distinto” (Douglas, 1986: 81).

El CMA siendo una de las sociedades científicas más prestigiosas que albergaba la ciudad, aún estaba relacionada a otra escala en cuanto a su complejidad material. El peso adquirido en la “República de las Ciencias” finiseculares estaba relacionado a una institución frágil, digna representante de un estilo que a esta altura del siglo ya se puede señalar como “local” en tal materia, estilo caracterizado por lo que Miguel de Asúa y Cristina Mantegari han señalado como institucionalización débil o frágil (de Asúa, 2010: 217; Mantegari, 2005: 50). Así pues, no deberá extrañar que se encuentre una fuerte similitud entre la experiencia de esta institución y las sociedades existentes en los países anglosajones europeos y americanos, cuyas escuelas médicas presentaban modelos de sociedades e instituciones opulentas y fastuosas desde el punto de vista de los recursos otorgados; de alta complejidad desde el punto de vista de su división del trabajo; con escaso e intermitente apoyo económico del poder político. En definitiva, una escuela y una institución lanzada a sus propios recursos para cualquiera de las actividades que quisiera emprender. Ahora bien, tales recursos no siempre fueron escasos, como se ha podido apreciar en el capítulo 1, y permitieron afrontar las empresas científicas que se estudiarán en los dos capítulos siguientes.

SEGUNDA PARTE

EL CMA Y LA PROMOCIÓN DE UN PROGRAMA EXPERIMENTAL EN LAS CIENCIAS MÉDICAS LOCALES.

El *círculo asociativo* estudiado en la primera parte, también fue una institución productora y fuertemente promotora de un programa experimental en el campo de las ciencias médicas finiseculares. La aclaración no es ociosa. En efecto, si bien fue hartamente obvio para los socios y las comisiones directivas que el CMA era una sociedad gremial y científica, no lo es en términos analíticos, como se ha señalado en la introducción. No todas las sociedades o círculos existentes en la ciudad durante la segunda mitad del siglo XIX devinieron en promotores exclusivos de actividades científicas y médicas. Luego, no todas las instituciones científicas y médicas existentes en la ciudad por esos años pueden ser clasificadas como “círculos burgueses”, o “clubes” o “círculos asociativos”. Es precisamente tal especificidad la que permite inscribir esta institución en un campo particular de la historia de la ciencia, como es la historia de las instituciones científicas locales (López Ocón, 1998: 220; Leandri, 1998: 188; Leandri, 2011: 128; Fúnez Monsote, 2005: 75).

Así pues, una vez presentados los aspectos que hacen a la vida material del CMA toca en este capítulo y el siguiente focalizar en su faceta de sociedad promotora de las ciencias médicas locales. En efecto, podrán distinguirse una serie de actividades científicas que el CMA promocionó en forma explícita; a las que hizo una de sus razones de existencia, además de la agremiación estudiantil. Si en las páginas anteriores se lo pudo apreciar como un círculo de sociabilidad burguesa de la ciudad, en las páginas siguientes se podrá apreciar a la sociedad en su faceta de *partido de hombres de la cultura*, en especial como *partido de hombres de la cultura científica*. Si por tal concepto el pensador sardo refiere a una organización que busca dirigir “desde el punto de vista de la cultura” un “movimiento de partidos afines”, entonces no se deberá perder de vista que las actividades estudiadas en las siguientes páginas fueron otras tantas

herramientas utilizadas para alcanzar tal objetivo en el campo de la cultura científica de su época (Gramsci, 1974 (5): 327). Como ya se ha señalado en la introducción, será hipótesis de los siguientes capítulos que el CMA poseyó una vocación explícita por alcanzar un lugar hegemónico en el medio ideológico de su época, entendiendo por ello tanto el contexto inmediato dado en la Facultad de Medicina y la Universidad, como el escenario político y cultural de la ciudad de Buenos Aires a fines del siglo XIX.

Así pues, en las siguientes páginas se explorarán las tres modalidades de producción de tecnologías que según Steven Shapin dan vida a la práctica científica moderna, aplicadas a la producción científica médica que impulsó el CMA durante sus primeros cuarenta años de vida (Shapin, 2000: 93; Shapin y Schaffer, 2005 [1985]: 60). En el capítulo 4 se analizarán –bajo el concepto de *tecnologías materiales del CMA*– cinco actividades de importancia capital en la vida de la sociedad. Ellas son las cátedras libres, la práctica clínica, la biblioteca y hemeroteca, las actividades en el anfiteatro y el museo y, por último, las actividades de laboratorio. Ciertamente, estas actividades tuvieron destinos muy desparejos, como se podrá apreciar a continuación. Algunas fueron percibidas como pilares sólidos en la vida de la sociedad, como es el caso de la biblioteca y la hemeroteca (Leandri, 1999: 170; Souza, 2006: 144; Souza, 2008: 78). Otras solo tuvieron una presencia fragmentada e intermitente durante los primeros años, para luego comenzar a ocupar lentamente un espacio relevante en la vida de los asociados, como es el caso del museo anatómico y de las prácticas de laboratorio. Algunas –como es el caso de las cátedras libres– poseen una dinámica acorde a la intensidad de los choques que la institución tuvo con el cuerpo docente de la escuela; en momentos de alta conflictividad las cátedras y cursos libres florecen al punto de proyectarse la formación de un cuerpo docente paralelo. Por su parte, en momentos en que dicha conflictividad es encausada por el diálogo con el cuerpo docente, las cátedras libres de la institución languidecen, en especial luego de 1886 con la creación del cuerpo de docentes sustitutos de la escuela médica.

En el capítulo 5 se analizarán, bajo el concepto de *Tecnologías Literarias del CMA*, tres actividades capitales en la vida de la sociedad como son la edición de la revista conocida como *Anales del CMA* y, en muy estrecha relación, el armado de una red editorial o red de intercambio de publicaciones que dio vida a la existencia de la

biblioteca y hemeroteca de la sociedad (Shapin, 2000: 93; Shapin y Schaffer, 2005 [1985]: 60). Como se podrá apreciar en dicho apartado, la importancia de ambas actividades atraviesa sin fisuras ostensibles las cuatro décadas estudiadas. Incluso en los períodos de fuerte conflictividad interna, la edición de la revista y el crecimiento de la biblioteca y la hemeroteca, fueron actividad privilegiadas por parte de las comisiones directivas. El intercambio editorial no sufrió sangrados de consideración durante la fusión institucional de 1908 señalada en el capítulo 1, y fue un aspecto de especial cuidado para las nuevas dirigencias estudiantiles, quienes se preocuparon de rescatar el legado científico y médico del –a esa altura– “antiguo” círculo.

Por su parte, la segunda parte del capítulo 5, estará dedicada a analizar las *tecnologías sociales del CMA*, concepto que refiere a dos actividades como son las conferencias y las asambleas científicas (Shapin, 2000: 138; Shapin y Schaffer, 2005 [1985]: 121). Ambas actividades fueron intensamente promocionadas por las comisiones directivas de la sociedad como parte del bagaje que debería poseer el “buen médico” (Souza, 2007: 141; Souza 2008: 78). Al igual que sucediera con las tecnologías materiales, estas prácticas tuvieron un eco y una intensidad desparejas; fomentadas activamente a través de concursos y bajo la promesa de publicación en la revista de la sociedad desde sus primeros años, no lograron en la práctica echar raíces, sino en forma intermitente. Solo hacia fines de siglo XIX y luego durante la segunda etapa de la vida de la sociedad aparece un calendario de asambleas científicas sostenido en el tiempo y con una variedad de temas considerados por las propias comisiones directivas como de valor científico. Acaso uno de los puntos de mayor interés respecto a estas prácticas es que refractan la conflictividad que atraviesa a la sociedad; como se podrá apreciar las asambleas científicas se prestaban a un intenso clima de discusión entre los “Señores” y los “Doctores”, situación que no era tolerada con frecuencia por estos últimos y que era fomentada explícitamente por los primeros.

CAPÍTULO 4

EI CMA Y LA PRODUCCIÓN DE UN PROGRAMA EXPERIMENTAL EN LAS CIENCIAS MÉDICAS LOCALES

Durante mucho tiempo, ha parecido que los debates acerca de la corrección de un enfoque históricamente “contextual” y sociológico de la ciencia dividían a los historiadores en dos grupos: los que dirigían la atención a los llamados “factores intelectuales” – ideas, conceptos, métodos, evidencia– y los que acentuaban los “factores sociales” –formas de organización, influencias políticas y económicas sobre la ciencia y usos sociales o consecuencias de la ciencia-. Muchos historiadores, y yo me cuento entre ellos, consideran ahora que esta demarcación es más bien estúpida, y no haré perder el tiempo a los lectores con una discusión de las razones por las que esas disputas tuvieron un lugar relevante en los antiguos estudios históricos de la ciencia que se desarrollo a comienzos de la edad moderna. Si la ciencia se debe comprender en su situación histórica y en su aspecto colectivo (por ej. sociológicamente), esta comprensión debería abarcar todos los aspectos de la ciencia, tanto sus ideas y prácticas como sus formas institucionales y sus usos sociales. El que quiera estudiar la ciencia desde un punto de vista sociológico no puede ignorar el cuerpo de conocimiento que habían construido los que la practicaban y como obtuvieron ese conocimiento. La tarea del historiador con mentalidad sociológica es, más bien, poner de manifiesto que la construcción del conocimiento y su posesión tienen la estructura de los procesos sociales (Shapin, 1996: 26-27).

4.1. LA PRODUCCIÓN DE TECNOLOGÍAS MATERIALES.

En 1880, a pocas semanas de haber sido federalizada la Universidad de Buenos Aires, el *Doctor* Roberto Wernicke –editor en jefe de los *Anales del CMA* hasta junio de 1881– escribía una de sus editoriales más incendiarias contra el cuerpo médico local y la Academia de Medicina. En el describió el estado de los estudios científicos y médicos de la ciudad en términos ácidos e irónicos:

“Regresan a sus casas los estudiantes, y queda la Facultad elaborando sus proyectos. El regreso de los primeros, es el período de actividades de la segunda. Vuelven aquellos a sus puestos, en Marzo, y esta les sale al encuentro, no con una salutación de bienvenida sino para presentarles la obra de sus afanes, el cumplimiento de una aspiración académica;—tal vez algo como aquel proyecto de estudios confeccionado en las vacaciones anteriores, y que dio por resultado a sus autores el más grande fiasco que los anales universitarios cuentan y que humano alguno haya sufrido. ¿De qué se ocupará la Facultad en estos tres meses? El agosto Olimpo se preparará para fulminar sus rayos sobre los estudiantes, como si estos no tuvieran mucho con la pesada cruz de la ignorancia de muchos maestros, con que se les condena a marchar en la triste peregrinación de su vida. ¿Se ocuparán los académicos de tomar las medidas necesarias para establecer un laboratorio fisiológico, instituir la clínica de enfermedades de niños, la terapéutica clínica, proveer de los útiles necesarios al nuevo Hospital que pronto será librado al servicio público, echar abajo esa mojiganga de Biblioteca, constantemente cerrada, y que mas que Biblioteca, es un deposito de polvo y de basura” Es muy difícil. Las razones las saben ellos, y todos los que los conocen ¿Se ocuparán acaso de reglamentar la enseñanza libre?” (Wernicke, 1880: 215).

A ojos de las plumas referenciales de la sociedad, el estado de los estudios científicos y médicos de la ciudad seguía igual que la década precedente, momento en que la Sociedad 13 de Diciembre comenzó su arenga contra las autoridades de la casa de estudios. Instituciones de enseñanza y práctica científica de frágil presencia, saberes y materias de prestigio en las escuelas europeas que brillaban por su ausencia en la escuela local, docentes con poca experiencia, mal remunerados y con una importante clientela médica, que los distraía de sus actividades curriculares. Como lo señalaron varios socios corresponsales en viaje por las escuelas médicas europeas, el contraste ofrecido entre aquellas instituciones frágiles y, por su parte, el pujante escenario científico y médico internacional, no podía ser más nítido (Kleinman, 1993: 16; Gelfland, 1993: 1137; Fox, 1993: 1210; Pyenson, 1985: 40; Pyenson, 1990: 925). En

una época –la segunda mitad del siglo XIX– caracterizada como momento de fuertes cambios en las ciencias médicas europeas, en especial en las escuelas admiradas desde el Río de la Plata, el cuerpo médico local había hecho muy poco para consolidar una posición en dicho escenario (Wear: 1996; 5).

Acaso por ello mismo las comisiones directivas desearon fervorosamente tomar parte en tales cambios. Anhelaron con fervor que la institución fuera considerada una elite del conocimiento, una ciudadana de pleno derecho en la república de las ciencias médicas. La mayor parte de los discursos de los primeros años reservaron –con poca modestia– un lugar al CMA en la pequeña elite científica local. Samuel Gaché –presidente para el período 1883-1885– afirmó que “la corporación que desde este momento me honro en presidir, ha recibido de sus progenitores y sigue recibiendo de los que les hemos sucedido, el calor de las grandes aspiraciones que caben en almas generosas, que, sin desmayar ante la magnitud de las esperanzas, confían todo al noble poder de la juventud llamada siempre a la lucha, a la gloria, al porvenir o a la decepción” (Gaché, 1883: 455). Las comisiones directivas de la sociedad se convencieron –a sí mismas y a sus asociados– de estar poco menos que obligadas a emprender la producción de un programa experimental que buscara revertir en parte aquel cuadro situacional de las ciencias médicas de la ciudad que había sido pintado por Wernicke.

Ahora bien, ¿qué actividades científicas componen aquel programa? Y en estrecha relación, ¿qué motivos se pueden invocar para legitimar tal decisión? En este capítulo se tomarán como prácticas científicas fomentadas por la Sociedad, primero, al dictado de cátedras libres practicado con cierta asiduidad durante las cuatro décadas de documentación estudiada. Segundo, la práctica clínica fomentada explícitamente –tanto en términos prácticos como teóricos– durante el mismo período como el corazón de la medicina (Kleinman, 1993: 17; Booth, 1993: 210). Por último, se analizarán bajo el mismo concepto las relaciones de la sociedad con espacios tales como el anfiteatro, el museo anatómico y el laboratorio, este último acaso como herencia de su temprana fascinación por las universidades alemanas, y por el notable crecimiento de sus laboratorios de fisiología y de su “patología celular”, esta última impulsada por un médico prusiano y científico muy admirado en el CMA, como fue Rudolph Virchow

(Raiser, 1990: 167; Maulitz, 1993: 173; French, 1993: 82; Brock, 1993: 167; Wear, 1996: 10; Sánchez Ron, 2007: 230).

Ahora bien, la historiografía y la sociología contemporánea han sostenido con insistencia que decir no es igual que hacer, vale decir, que las representaciones de un fenómeno social bien pueden no coincidir con el mismo (Shapin, 2000: 93; Shapin y Schaffer, 2005 [1985]: 60). Las instituciones científicas no son actores ajenos a tal tensión. Más aún, como se ha podido apreciar con anterioridad, las instituciones científicas de la ciudad, desde fines del siglo XVIII a mediados de siglo XIX, han poseído un estilo de institucionalización frágil (o débil), donde la ausencia de recursos o espacios ha sido una limitación importante al desarrollo de prácticas científicas. El deseo explícito de la institución a la hora de poner en práctica un programa experimental, bien puede no coincidir con sus resultados. Frente a este panorama es que cobra relevancia el estudio de las tecnologías materiales puestas en práctica por el CMA. Ni como moda intelectual, ni como invocación forzada por un campo temático; tal estudio permite complejizar el abanico de prácticas puestas en juego por una institución médica y científica para sus asociados (Krige y Pestre, 2005: 15).

Así, el primer problema a abordar es el de la clasificación de las actividades científicas a indagar en la vida de la sociedad. ¿Qué herramientas disciplinares se utilizan de cara a una institución como el CMA? Luego, ¿qué tipo de actividades científicas se distinguen con nitidez a partir de tales herramientas? A esta segunda pregunta se puede responder – en pocas palabras– que el CMA deja entrever *formas históricas* o *modos específicos* de prácticas científicas, en un sentido amplio del concepto (Krige y Pestre, 2005: 10). Vale decir que pueden apreciarse en primer lugar, prácticas entendidas como relaciones sociales entre individuos y grupos dentro de la sociedad en espacios materiales concretos, prácticas y espacios que serán abordados en el ítem siguiente (Krige y Pestre, 2005: 14). En segundo término, se pueden apreciar prácticas de producción de representaciones, entendidas estas tanto como tópicos o imaginarios de la ciencia, o también como “cuadros de situación” científicos médicos o, por último, como disciplinas específicas. Al primer grupo se lo puede denominar, siguiendo a Steven Shapin, tecnologías materiales; al segundo grupo se lo puede denominar tecnologías literarias (Shapin, 2005: 70). Ciertamente no es el único modo de clasificación posible;

pueden detallarse otras formas clasificatorias, no menos acordes al material empírico y luego al material conceptual “socialmente aceptado por el estado del arte” en materia de historia social de la ciencia e historia social de la medicina.

Desde el punto de vista conceptual, las prácticas aquí estudiadas se ajustan al papel que Steven Shapin atribuye a la bomba de vacío en la producción experimental de los hechos, sostenida como ideología axial por parte de los caballeros de la Royal Society de Londres. En efecto, para el grupo fundacional de la sociedad científica inglesa, los instrumentos tales como la bomba de vacío (pero también los microscopios, higrómetros, termómetros, telescopios, etc.) poseían la capacidad de reforzar y ampliar la percepción individual y, por ello, de crear nuevos hechos no accesibles a las capacidades perceptivas cotidianas. A diferencia de la práctica del saber existente en las universidades medievales, tales tecnologías fueron un “medio de producción intelectual” de los hechos experimentales, en el marco de la naciente filosofía mecánica. Como sostiene Shapin, “los hechos que constituían el fundamento de la nueva ciencia se manifestaban a través de una máquina científica construida a propósito” (Shapin, 2005: 58). Estos instrumentos –y las prácticas que instauraban– fueron un momento de gran importancia en la disputa intelectual, que los nuevos filósofos naturales sostuvieron contra los representantes contemporáneos de los antiguos filósofos naturales y, en especial, contra las referencias de autoridad que estos invocaban, tales como Aristóteles, Ptolomeo y Galeno.

Las tecnologías materiales del CMA aquí seleccionadas poseen un punto de notable similitud con el papel de la bomba de vacío en el discurso y la práctica experimental desplegados por la Royal Society durante las primeras décadas de existencia. Esa similitud no es otra cosa que la apelación a la capacidad de ampliación del alcance de los sentidos en pos de la creación de hechos observables para la ciencia médica anhelada por la institución, en el marco de una tendencia a la adopción de un programa experimental en el medio científico y médico local finisecular (Shapin y Schaffer, 2005 [1985]: 59). En efecto, tanto la práctica clínica, como las actividades experimentales en el laboratorio y las lecciones anatómicas en el anfiteatro, así como la implementación de la cátedra libre no son prácticas abstractas, sino que son prácticas que hacen uso de espacios e instrumentos en pos de ampliar las capacidades perceptivas de sus

practicantes, en un modelo concreto de práctica médica, como era el existente en la escuela local. Modelo médico –será importante recordarlo– en transición entre una influencia fuertemente hispana durante la primera mitad del siglo XIX y la mirada a nuevas tradiciones científicas y médicas que tímidamente se abría hacia la cultura médica europea y norteamericana (Raiser, 1990: 167; Maulitz, 1993: 173; French, 1993: 82; Brock, 1993: 167; Wear, 1996: 10; Sánchez Ron, 2007: 230).

La comparación implicada en la utilización del mismo concepto no debe ignorar el efecto de desplazamiento que su uso genera. Una sala clínica, una lección en el anfiteatro, o la asistencia a una cátedra libre a fines del siglo XIX, son algo visiblemente distinto a una bomba de vacío a mediados del siglo XVII. Sin embargo, como se podrá apreciar a continuación, es bien claro que, a pesar de sus diferencias, aquellas actividades avanzaron sobre la construcción de un nuevo significado del concepto de *experiencia* al buscar ampliar el horizonte de la percepción científica, con el fin de crear nuevos hechos y de crear al mismo tiempo una cultura experimental en el grupo de socios de la institución. Y así como la bomba de vacío pusiera en juego un saber y una experiencia –por ende, una historia– de su construcción material, aquí tales tecnologías no son ajenas a una historia de los laboratorios, las salas clínicas y los anfiteatros durante la segunda mitad del siglo XIX en la ciudad de Buenos Aires. En tanto que hubo una preocupación por aprender la “clínica al pie de la cama”, hubo una preocupación simétrica por las camas, salas y hospitales. En pocas palabras, aquí importarán porque son espacios apreciados por la institución, porque trató de sostenerles y eventualmente buscó opinar sobre su construcción en la ciudad, como se ha podido apreciar en el debate Cantón/Dickman, citado en el capítulo anterior.

Por su parte entre los motivos empíricos de peso para tal recorte, cabe mencionar primero que el material estudiado permite resaltar estas prácticas como *actividades efectivamente existentes* durante el período trabajado. Las comisiones directivas (y asambleas) que las discutieron y luego las pusieron en práctica, no hacían otra cosa que batallar con un problema de época que las hermanaba al contexto científico (y médico) latinoamericano desatado desde las primeras décadas del siglo XIX, en especial en aquellas ciudades que antaño habían sido capitales virreinales: es el problema de dar forma a una sensibilidad social para la cristalización de prácticas científicas y técnicas

(López-Ocón, 1998: 215). Como se ha señalado en reiteradas ocasiones, tal sensibilidad fue un intento promovido por distintas elites profesionales y políticas latinoamericanas, en pos de establecer un diálogo tenso con dos movimientos intelectuales de signo contrario. Por un lado, dichas elites buscaron discutir en profundidad la herencia científica y técnica hispana y virreinal, aquello que Leoncio López-Ocón denominó la “ciencia metropolitana” o “ciencia ilustrada”, propia del mundo que rodeaba a la corte hispana desde el siglo XVI (López Ocón, 2003: 201). Por otro lado, las elites profesionales locales se hicieron eco de las transformaciones ocurridas en la vida experimental en las distintas capitales científicas europeas desde fines de las guerras napoleónicas. En efecto, como se podrá apreciar, las prácticas experimentales aquí trabajadas se debatían entre el reconocimiento de su herencia virreinal, y el anhelo de cristalizar en suelo local prácticas análogas a las inscritas en Europa.

Las prácticas mencionadas no solo fueron ideas discutidas en las reuniones o leídas en los periódicos científicos llegados al Río de la Plata. Antes bien, se las ha seleccionado porque son actividades realizadas por los socios –al menos por una parte de los mismos– en el marco de su membrecía a la institución. Así pues, pueden ser estudiadas porque existieron como actividad práctico-sensible concreta, susceptibles de ser ubicadas en un contexto. Tales prácticas permiten apreciar –a riesgo de caer en juegos de redundancia conceptual– un plano material (e histórico) de las prácticas científicas locales. En efecto, analizar los fenómenos agrupados bajo estos conceptos permite abordar un plano por demás abandonado en el estudio de los fenómenos de intelectualidad y de las comunidades de saberes locales, como es el plano de las relaciones sociales entre sus practicantes y, en estrecha relación, en qué contextos se desarrollan tales relaciones. La historia de las ciencias locales durante el siglo XIX aún sabe poco sobre las prácticas científicas concretas. Por su parte, el intento por comenzar a subsanar esa deuda historiográfica es solidario a los planteos de autores de las ciencias históricas y sociales, para quienes las relaciones de estructura y coyuntura son importantes, para quienes las “lógicas históricas” propias de los períodos y contextos cuentan como datos relevantes (Thompson, 1978: 78; Lahire, 2005: 37). En las disciplinas invocadas desde el inicio –la historia social de la ciencia y de la medicina– las prácticas no han sido menos (re) apreciadas que en otras áreas. En efecto, interrogantes de base tales como qué era ser médico durante la segunda mitad del siglo

XIX o, luego, cómo se producían los saberes dentro de la profesión médica, han sido consideradas con mayor atención durante las últimas décadas. (Wear, 1996: 15; Bynum y Porter, 1993: 4; Brieger, 1980: 136).

En segundo lugar, el estudio seriado del material empírico como fuente productora de indicios y huellas históricas también permite apreciar las asimetrías existentes entre estas prácticas y sus coetáneas de “allende los mares”, vale decir, la existencia de dichas tecnologías materiales, en el marco de sus relaciones con otras instituciones científicas y médicas, tanto americanas como europeas (Wear, 1996: 10; Porter y Teich, 1992: 6; López-Ocón, 1998: 210; Leandri, 1998: 190; Fúnez Monzote, 2005: 50; Souza y Hurtado, 2010: 886). Este tipo de análisis permite –a la vez que su reapreciación como práctica existente– ganar en una mirada comparada, en tanto que el fenómeno de comparación está presente ya en los propios actores. La mirada comparada con el desarrollo de otras instituciones Europeas –la escuela médica parisina, el cuartel latino y el anfiteatro de la calle Clamart– y americanas –la Fundación Rockefeller y la Universidad Johns Hopkins– permite dar perspectiva a modelos distintos de institucionalización de las ciencias. En el caso de la escuela médica de Buenos Aires, hacia 1870 se identificaban algunos procesos (o lógicas) de estructura cristalizadas al menos desde la fundación de los estudios médicos en 1801 (Souza y Hurtado, 2010: 900).

Por último y en estrecha relación a lo anterior, es importante subrayar la unidad existente entre los temas abordados en este capítulo y en el siguiente. Ambos permiten mostrar la formación de un programa experimental, entendido este como anudamiento de representaciones y prácticas científicas afincadas en tiempo y espacio. La práctica hospitalaria –realizada en hospitales, lazaretos, hospicios, y también en el “policlínico” de la sociedad–, presentada como tecnología material en este capítulo, posee estrecha relación con la “lectura del libro palpitante”, tópico propio de los estudios anatómicos y quirúrgicos de mediados de siglo XIX y en especial con la escuela médica parisina, abordado en el capítulo 5.

4.2. LA CÁTEDRA LIBRE

El estudio de la *cátedra libre*, como práctica colectiva desarrollada en el seno de una institución científica, impone una serie de justificaciones no menores. En efecto, ¿por qué incluirla en un espectro de preocupaciones orientado por la historia de la ciencia? Tal práctica no posee relaciones cordiales (o al menos obvias) con la agenda de problemas clásicos estudiados por la historia de la ciencia. Como se podrá apreciar a continuación, la cátedra libre es un gesto de cuestionamiento de las prácticas científicas existentes o consolidadas en determinado período, por ello es probable que los grupos cuestionados –el pequeño cuerpo docente de la escuela médica– tienda a desvalorizar con severidad tal práctica. Por su parte, el grupo que las pone en práctica –en este caso el personal alumno de la escuela– tiende a ubicarla en el lugar de los recuerdos de “estudiantina”, recuerdos que son preferibles matizar (o esconder) una vez llegada la edad madura, edad del desarrollo profesional, misma edad que la de ocupar los puestos oficiales, criticados con ahínco en los años estudiantiles. En otras palabras, aflora un primer problema metodológico importante como es el silencio de los actores sobre tales prácticas, relacionadas más al “estudiante bullicioso” que al médico adulto y de carácter circunspecto.

Un segundo problema (relacionado en forma estrecha) es poder apreciar tal práctica como práctica de producción de conocimiento, como tecnología material en la que se crean actividades experimentales, discursos, cosmovisiones y lenguajes médicos (Kriege y Pestre, 2005: xxii). En efecto, entre las imágenes mayormente invocadas a la hora de pensar en la ciencia, cuentan el científico en su laboratorio, rodeado de protocolos de investigación, microscopios, bibliotecas, ayudantes y, sobre todo, actitudes racionales: diálogos de tono amistoso llevados adelante entre científicos adultos y jóvenes aprendices. Nada de esta escena coincide con una cátedra libre, dictada principalmente por jóvenes socios –recién graduados– y cuyo público son los aún más jóvenes (y bulliciosos) socios de la institución.

Presentados estos problemas, conviene justificar en términos positivos tal elección y, en tal sentido, el principal argumento a invocar proviene de una mirada seriada del material empírico. En él se puede apreciar el fenómeno de la cátedra libre como uno de los primeros y más importantes proyectos de la sociedad, que cumple con los rasgos de una

tecnología literaria, vale decir, que fue implementado para ampliar tanto el horizonte científico de su época y de su contexto inmediato –la escuela médica– como para ampliar las percepciones y los conocimientos individuales de los jóvenes consocios de la institución. Desde ya, es rigor recordar que se trata de una idea fuerza de gran presencia en varios contextos de ciencia nacional durante el siglo XIX y no solo en Alemania. Por su parte, en suelo local el CMA no fue el dueño de la novedad –sí acaso un esforzado sostenedor–, a juzgar por las discusiones que pueden apreciarse en torno al “seminario alemán” en otras instituciones médicas y científicas, como es el caso de la Asociación Médica Bonaerense hacia fines de 1860 (Leandri, 1999: 114). Las autoridades que discutieron los problemas pedagógicos desatados con la fundación de la flamante universidad de la ciudad de La Plata a inicios de siglo XX volvieron a plantear la relación entre las universidades locales y el perfil de universidad alemana (o humboldtiana), en que era tema casi obligado la discusión del *privatdozent* como posibilidad a contemplar (García, 2010: 45).

Los orígenes de la cátedra libre se remontan a los años fundacionales de la sociedad y aparecen relacionados en forma estrecha al proyecto que los primeros presidentes de la sociedad denominaron “*Escuela de Estudios Libres*”, o también “*Escuela de Profesores Libres*”. En una escueta noticia institucional, publicada en 1878, se anuncia que se discutirá –en asamblea general– la posibilidad de crear en el seno de la institución una escuela de profesores libres con el fin de mejorar la calidad científica de la escuela médica local (ACMA, 1879: 316). De dicha asamblea general salió una comisión encargada de discutir el tema, comisión integrada por varios “miembros notables” de los primeros años de vida de la sociedad, entre otros el futuro pintor y naturalista Ladislao Holmberg. A las pocas semanas, salía publicado en el periódico de la sociedad el reglamento que debería seguir el funcionamiento de dicho espacio (Crespo, 1879: 408). Antonio Crespo era elegido nuevo presidente de la sociedad –para el período 1877-1879– y sostenía en su alocución inaugural, la serie de actividades emprendidas por la CD saliente; entre ellas incluía a los estudios libres:

“Llamasteis luego médicos distinguidos para que difundieran sus conocimientos, haciendo conocer sus experiencias; y habéis conseguido así hacer nacer el amor a la enseñanza. En estos mismos momentos, os ocupáis

en la realización de una idea de mayores magnitudes, cuya simple enunciación ha hecho dirigir hacia nosotros las miradas de nuestras primeras inteligencias, me refiero a la organización de un cuerpo de profesores libres” (Crespo, 1879: 397).

Así pues, no deberá extrañar encontrar durante las cuatro décadas siguientes la referencia a este acto inaugural; varios referentes de la sociedad sostuvieron que el CMA fue una de las primeras instituciones en levantar la bandera de los estudios libres.

Practicada con intensidad durante la década de 1880, la cátedra libre languideció durante la década siguiente, acaso coincidiendo con la apertura en 1884 –por parte de los “Dioses del Olimpo de la calle el Comercio”– de un régimen algo similar denominado “*Proyecto de Profesores Sustitutos*”. Ciertamente, muchos miembros del CMA participaron de él, como fue el caso de Roberto Wernicke, nombre al cual se podría adjuntar una larga lista de socios. La sociedad recibió con reparos dicho proyecto y no tardó en cuestionarlo, señalándolo como una deformación del proyecto de docentes libres. Así pues, durante los últimos años del siglo XIX las noticias que poseemos sobre los estudios libres en la institución son comentarios al proyecto sustituto creado por la escuela médica, o notas de opinión sobre la necesidad de implementarlos *realmente*, respetando las perspectivas señaladas por la sociedad desde sus inicios (Souza, 2008: 80). En especial durante los primeros quince años de vida de la sociedad, la cátedra libre funcionó en estrecha relación a los Policlínicos Gratuitos del CMA, espacio creado en el seno de la sociedad para promocionar la práctica clínica, como se podrá apreciar en el ítem siguiente. Una vez cerrados los policlínicos, las cátedras libres siguieron funcionando con alguna intermitencia entre 1890 y 1900, para luego reaparecer con vigor acentuado en la sociedad creada en 1908, siempre con marcado perfil político y experimental.

La nueva formación de la sociedad unificada en 1908 retomó con intensidad renovada la –a esa altura clásica– bandera de los “estudios libres”. En 1910, el Sr. Héctor Taborda –presidente saliente de la sociedad– decía en su discurso: “Los votos que acerca de una futura Escuela de Estudios Libres de Medicina formulara al comenzar la tarea que hoy

debo abandonar, se han realizado con éxito propiciado de un brillante porvenir”. Y luego sostenía:

“La docencia libre, es ya entre nosotros un hecho evidente y de una posibilidad incalculable en sus proyecciones futuras. Las tres cátedras instituidas en nuestra casa a fines del pasado año, demuestran la oportunidad del propósito y lo acertado de la elección recaída en los distinguidos socios graduados que desempeñan dichas cátedras” (Taborda, 1910c: 414).

Las tres cátedras referidas eran la de Terapéutica Clínica, la de Semiología y la de Ortopedia. Llegado el tercer lustro del siglo, las cátedras libres traerían nombres referenciales de las ciencias médicas argentinas de la primer mitad del siglo XX, tales como: el ex socio José Ingenieros que dará cátedras libres y cursos como la “Psicofísica de la Curiosidad”; Daniel Cranwell, quien dictó cursos de clínica quirúrgica; Salvador Mazza, quien dictó cursos de microscopía y enfermedades contagiosas; el *licenciado en farmacia* Bernardo Houssay, quien dictó cursos sobre fisiología y terapéutica; o Ángel Roffo, quien dictó cursos sobre anatomía patológica, entre otros (Taborda, 1910c: 414; Buschini, 2009: 270).

Ahora bien, si dejamos la mirada serial de esta práctica por un momento y focalizamos sobre una imagen concreta –una suerte de punto fijo en el itinerario cronológico de la misma– cabe preguntarse: ¿qué era una cátedra libre en el contexto presentado? En su versión estándar, la cátedra libre fue un curso de medicina con una duración variable que podía ser de uno a cuatro meses y cuya orientación podía ser teórica o práctica, prefiriéndose esta última versión si las condiciones materiales de la sociedad y el curso lo permitían. Es este un punto importante en su identificación como tecnología material; se anheló conocimiento práctico y en contexto, susceptible de formar criterio experimental en los asistentes, en oposición al estilo de enseñanza textual o expositiva dominante mayoritariamente en la escuela por esos años. Al respecto, Samuel Gaché decía en 1883 que:

“Los cursos especiales que se dictan en la Escuela de la Asociación han sido siempre muy concurridos, pues han versado sobre materias prácticas

completamente olvidadas en la enseñanza oficial. La Laringología, la Otología, Neuropatía, la Técnica Microscópica, la exploración Clínica minuciosamente ejercida, y ahora la medicina experimental, son estudios que permiten a los miembros de la Sociedad que los sigan, adquirir y acumular un caudal científico de gran valor para la apreciación de los fenómenos mórbidos. Como obreros del presente trabajamos sin deponer los útiles de la labor, y si alguna vez el cansancio nos sorprende, retemplemos nuestra fe y fijemos el pensamiento en los destinos que realiza la Sociedad. La Escuela Libre ha venido a completar la natural evolución del Círculo Médico Argentino. La Policlínica que es su fundamento ha dado ya sus frutos: varios de los estudiantes formados en ella, como que en ella han practicado son ya médicos, y han recibido su título Académico” (Gaché, 1884: 607).

El costado experimental de las cátedras libres queda fuera de toda duda, pudiendo reconstruir el ciclo incluso como afirmación explícita de los actores, como práctica cristalizada dentro de una institución promotora de las ciencias médicas. Se formaron socios en las cátedras libres que estaban ocupando espacios en salas hospitalarias de la ciudad.

Hacia fines del período aquí trabajado, suelen aparecer con alguna frecuencia noticias institucionales que dan cuenta del cronograma semanal de cátedras libres. Tales noticias dan cuenta de la rutina que adquiere el dictado de cursos libres, con actividades calculadas en *cronogramas* que ocupan toda la semana. Más interesante aún es el hecho de registrarse cierto cambio en la posición de cursos. En efecto, varios docentes de cursos libres dictan materias sustitutas en la facultad de medicina; más aún, en el caso de “cursos prácticos” se puede ver a los socios asistiendo a las salas del hospital de clínicas, hasta ese momento bajo dirección oficial del cuerpo médico:

“CLASES EN NUESTRA ASOCIACIÓN: Continúa con todo éxito el dictado de cátedras libres en nuestra asociación, siendo todas ellas sumamente concurridas. Cátedra de Semiología, a cargo del doctor Pablo M. Barláro: martes y sábado, de 5.30 a 6.30 p.m.; concurren la mayoría de los

alumnos del curso oficial. Terapéutica Clínica, a cargo del doctor Ignacio Ymaz: lunes de 6 a 7 p.m. Odontología, a cargo del Jefe de clínica de la facultad doctor Tomás S. Varela, quien ha estado dictando cursos teóricos los martes de 8.30 a 9.30 p.m.; continúa en la actualidad los domingos de 9 a 11 con cursos esencialmente prácticos en la sala del doctor Obejero, del Hospital de Clínicas. Este curso está especialmente dedicado a los alumnos de Medicina. Idioma Alemán. – El señor Víctor Renard que ya el año pasado prestó sus buenos servicios al Centro, dando gratuitamente un curso de enseñanza del alemán, continúa en la actualidad con el referido curso los días martes y sábado de 8 a 9 p.m. Francés: a cargo del señor Louis Syvet, los días jueves, de 8 a 9 p.m.” (RCMA, 1910: 779).

El curso era dictado mayormente –aunque no en forma excluyente– por socios graduados de la sociedad, y su anfitrión principal era el grupo de socios de la institución. Los temas de los cursos variaron ampliamente durante las cuatro décadas estudiadas, contando entre ellos fisiología, clínica quirúrgica, clínica médica, ciencias naturales, botánica, química, técnica microscópica, primeros auxilios, enfermedades mentales. Lo que no varió demasiado fue el motivo que ayudaba a definir los contenidos de la cátedra; generalmente se dictaron cursos sobre las materias (o especialidades) que a juicio de las comisiones directivas hacían falta en la escuela, ya sea tanto por mal dictado como por ausencia de la misma del currículo oficial.

Como se sostuvo anteriormente, la ciencia no es una actividad ajena a situaciones de poder. En tal sentido, el proyecto de los estudios libres no solo fue una apuesta por cristalizar en el seno de la sociedad un programa experimental. Al mismo tiempo fue una herramienta claramente política, y por ello su creación habilitó respuestas no menos políticas por parte del cuerpo docente y de la Academia de Medicina. En tal sentido, la creación del cuerpo de docentes sustitutos para la escuela en 1883 implicó una respuesta no menos política, como era ejercer lo que Leandri ha denominado la estrategia de la “inclusión por goteo”, estrategia clásica en diversos senos profesionales (Leandri, 1999: 50). Es por demás interesante seguir el conflicto al interior de dicho cuerpo de docentes sustitutos, porque el CMA será uno de los principales cuestionadores del proyecto en nombre de su paternidad intelectual. Como se dijo, varios de sus socios ocuparon

puestos de docentes sustitutos en la escuela. La convivencia entre ambos cuerpos docentes no fue ajena a tensiones y no tardaron en aflorar las quejas: acaso una de las más presentes, es que los docentes sustitutos eran marginados. No se los dejaba dar cursos completos, sino solo “especializaciones”; no se los contemplaba como recursos genuinos para remplazar a los catedráticos oficiales (De Madrid, 1900: 224).³²

El cambio en la modalidad de la planta se presenta como un momento interesante para estudiar las relaciones entre ambos actores (González Catán, 1889: 38). El cuerpo docente de la escuela adoptó un régimen denominado de “profesores sustitutos”, fuertemente criticado por el CMA, tanto en sus formas reglamentarias como en las prácticas que habilitaba. Desde la habilitación del proyecto de docentes sustitutos, el número de cátedras no dejó de crecer. En estrecha relación, el papel de los docentes sustitutos adquirió nuevas facetas, dado que prontamente comenzaron a sustituir a los docentes titulares en las cátedras oficiales. Este fenómeno no solo es reconocido por la prensa de la sociedad, sino que también fue ampliamente reconocido por la prensa médica orgánica. Así parece desprenderse de la *Memoria de la Facultad de Ciencias Médicas* elevada por M. González Catán al rector de la UBA –por ese año el doctor Leopoldo Basavilbaso– en junio de 1889. En ella se reconocía la apertura de los cursos sustitutos y la participación de los “jóvenes médicos de nuestra escuela”:

³² Las reiteradas arengas del Dr. Samuel de Madrid por la adopción del modelo de universidad Humboldtiana –vale decir, docencia libre y desarrollo intenso de la praxis experimental de las ciencias básicas, inspirado en las universidades prusianas– son de interés, porque superan en ardor y espíritu crítico al decano de la docencia libre local –y socio de la primera hora del Círculo– el Dr. Roberto Wernicke. Más aún, tales arengas científicas tienen a Wernicke como su contrapunto intelectual. Los textos del profesor de Histología, ocupan una parte no menor de la revista durante este año y son tres. En principio dos artículos de opinión donde se defienden la docencia libre y luego un tercer texto –bastante largo– donde se da un régimen universitario completo. Las ideas vertebrales de los tres textos son similares, en principio defender la institución del “docente libre” en contraposición a la perspectiva que ha defendido Roberto Wernicke, que es a ojos de De Madrid una aceptación de la “docencia libre” pero con restricciones que la modifican. Entre las fuentes, De Madrid utiliza relatos provenientes de la prensa médica chilena en especial algunas descripciones que esta última había realizado en pos estudiar la factibilidad de implantación de este tipo de universidades. Luego, cita a autores suizos y alemanes de llegada importante a varias universidades prusianas, entre ellos Comenio y Schiller. Según de Madrid la universidad “prusiana” no solo se ajusta al derecho universitario local, sino que es pensada como una de las maneras más idóneas de romper vínculos sociales de “antiguo régimen”, con el caudillismo profesional y científico que se teje en las cátedras oficiales de la Universidad de Buenos Aires a fines de siglo XIX (De Madrid, 1900: 212; Coleman y Holmes, 1988: 6).

“La facultad previendo las dificultades que esto podría traer a la buena marcha de la Escuela, procedió a sacar a concurso los puestos de catedráticos suplentes que estaban vacantes y que era más urgente llenar. Se tenía así la seguridad de que no se interrumpía las clases por la ausencia de profesor titular, pues era reemplazado inmediatamente por el respectivo suplente. De este modo, con ventaja para la enseñanza, la Facultad va formando paulatinamente un cuerpo docente bien preparado para abordar en adelante las difíciles tareas del magisterio. Del buen resultado de los concursos son, por otra parte prueba acabada, el éxito y aceptación que han tenido por los jóvenes médicos de nuestra escuela que a ellos se presentaron; obteniendo los puestos aquellos que dieron a juicio de los jurados, las pruebas más sobresalientes. Así fueron nombrados catedráticos suplentes, los Doctores Andrés Llobet, para Histología; Adalberto Ramaugé, para Medicina Operatoria; Juan B. Señorans para Medicina Legal; Enrique Revilla, para Higiene; los Doctores Abel Ayerza y Gregorio N. Chaves para la Clínica Médica. Casi todos estos jóvenes han dictado cursos; unos oficialmente en reemplazo del respectivo titular, y otros dando cursos complementarios o de ampliación” (González Catán, 1889: 38).

En este punto, la memoria elevada desde la facultad olvidaba mencionar un detalle importante a los fines aquí tratados, y es que todos los nombres invocados son socios del CMA, algunos con una sólida tradición dentro de la institución, como es el caso de Abel Ayerza y Adalberto Ramaugé. Con mayor claridad concluía que:

“En una palabra, señor Rector, se puede decir con verdad, que el año escolar de 1888, fue el año de los profesores suplentes, pues casi todas las cátedras, con excepción de la de Anatomía Topográfica a cargo del Doctor González Catán, de Patología Interna y de Farmacia, fueron dictadas ya por un mes, dos o todo el año por el suplente de la asignatura. A pesar de esto, me congratulo en poder asegurar al señor Rector, que la enseñanza no sufrió perjuicio por esta causa” (González Catán, 1889: 39).

La medida tuvo efectos paradójicos. En principio confirmaba –una vez– la capacidad de la pequeña institución científica para “incubar” proyectos científicos, como ya había sucedido con la creación del Hospital de Clínicas, como sucedería con la Asistencia Pública, con la Morgue, etc. Ellos habían tomado la idea, la habían discutido fervorosamente en asambleas y comisiones, y luego la habían implementado en su espacio. En 1886 era incorporado el espacio de la universidad, como cuerpo docente sustituto del cuerpo titular, que prestaría no pocos servicios académicos, en un momento –se recordará– de fuerte aumento de la población estudiantil dentro de la escuela. Paradójicamente, esta apertura tendría consecuencias no menores sobre la sociedad. Ciertamente, sería reconocida la participación de la institución en el espacio simbólico de la profesión. Pero al mismo tiempo la medida implicó la partida de docentes e investigadores de peso dentro de la sociedad, muchos de los cuales habían hecho sus primeras armas docentes tanto en el policlínico gratuito –del que se hablará más adelante– como en los cursos libres de la sociedad, como es el caso de Roberto Wernicke, o del doctor Luis Vila, entre otros.

Los conflictos sobre las cátedras y su funcionamiento no siempre quedarían en el orden de lo latente. En los momentos previos a la sanción del cuerpo de docentes sustitutos, se produjo un conflicto explícito entre las autoridades de la escuela y la CD del CMA. La facultad dio marcha atrás con la suspensión de los alumnos y el decano renunció. Entre las consecuencias del conflicto, cuentan la apertura del cuerpo docente a miembros de la institución y, en menor medida, a miembros del importante grupo de médicos que conformaron el grupo denominado por Leandri como “los otros médicos”, los “*outsiders*” de la escuela local:

“El CMA que como muy bien dijo en una ocasión solemne el Dr. Novaro, ‘ha nacido de una reunión entusiasta de médicos y de estudiantes de Medicina’ no podía permanecer callado en presencia de aquella resolución tan arbitraria como injusta tan irreflexiva como absurda. En sus salones se reunieron los Estudiantes, y fue de allí que salió la idea que salvó a todos, y que puso en evidencia la ligereza con que piensan los Dioses del Olimpo de la Calle Comercio. Sigán entre tanto los estudiantes en su marcha, sin que nada los detenga. Allí, donde esté la justicia, estará el CMA, destinado a

controlar con su potente acción, los actos de una Facultad retrograda y arbitraria que se da el trabajo de nombrar bedel para llevar las faltas a los estudiantes, porque comprende que sin bedel y sin faltas, la mitad de sus profesores no tendrían jamás auditorio. Tan importantes son sus conferencias. El CMA interpretando el verdadero espíritu de sus asociados, ha resuelto solicitar de quien corresponda la derogación de la disposición que manda que para rendir exámenes libre de Clínicas deberá cursar durante un año dichas clínicas. Así mismo ha acordado pedir a la facultad que publique las resoluciones que rigen los exámenes y todas aquellas que afectan al estudiante” (Veritas, 1884: 201).

Este conflicto tuvo como consecuencia el recambio del Decano, las nuevas autoridades reconocieron la importancia de la iniciativa del CMA y su papel en las ciencias médicas locales: “Debo así mismo mencionar como un timbre de honor para esta, a la joven Asociación del Círculo Médico Argentino, que con tanto éxito cultiva la ciencia y sirve a la humanidad” (ACMA, 1884: 428). Este conflicto puso de manifiesto una de las primeras veces que las voces cercanas al cuerpo docente de la escuela reconocieron la presencia de la pequeña sociedad científica y sus aportes a la vida científica y médica finisecular.

Como se ha podido apreciar en la cita precedente, el funcionamiento de los cursos libres estaba inspirado en la institución del “*privatdozent*” existente en las universidades alemanas de mediados del siglo XIX (Sánchez Ron, 2007: 86; Coleman y Holmes, 1988: 6). La referencia a las ciencias puras y a su desarrollo a través de los estudios libres, remitía a las universidades alemanas creadas con posterioridad a la reforma humboldtiana (Sánchez Ron, 2007: 86; Coleman y Holmes, 1988: 6). Ciertamente aquella práctica no era desconocida en los estudiantes locales desde inicios de la década de 1870, así como en general no era desconocida la poderosa transformación de las universidades prusianas, desatada con las reformas humboldtianas y la incorporación de actividades de claro perfil experimental en ellas. En tal sentido, el proyecto estuvo impulsado desde sus inicios por socios como Roberto Wernicke y Enrique Sudnik, quienes conocían de primera mano dichas universidades (ACMA, 1884: 431). En las frecuentes notas de arenga –escritas en principio por Wernicke y luego por De Madrid–

fueron señalados los puntos que interesaban de aquel proyecto. Primero, la competencia entre docentes como reaseguro de la calidad de la enseñanza; seguidamente, los docentes libres ofrecían una competencia difícil de despreciar por parte de los alumnos, quienes podían elegir las cátedras y espacios a los cuales asistir. Esta medida chocaba frontalmente con las rígidas disposiciones del cuerpo docente local –que reconocía desde mediados de la década de 1870– las dificultades tanto en materia edilicia, como en materia de formación de personal que afectaba a la escuela. Por otro lado, los promotores locales de las cátedras libres rescataban la importancia del “aprendizaje en el aprendizaje” que este tipo de cátedras fomentaba en los estudiantes alemanes, punto sobre el que volveremos en el capítulo siguiente (Coleman y Holmes, 1988: 7; Coleman, 1988: 35).

Tal inspiración no debe sugerir mimesis, copia o trasplante; paradójicamente los propios socios anhelaban una “copia” de tal sistema por las autoridades locales, como se desprende de las afirmaciones de los consocios Wernicke y De Madrid en sus textos programáticos. Sin embargo, la versión regular de la cátedra libre local tuvo sus diferencias importantes, entre ellas, el hecho de ser dictadas en forma gratuita por parte de los docentes sustitutos. Con el asentamiento de los cursos sustitutos implementados por la escuela médica, afloran efectos no deseados que dieron paso al cuestionamiento por parte de los editores de la sociedad. En suelo local, los cursos libres lejos de fomentar la competencia anhelada para el cuerpo docente, había contribuido a reafirmar el cuadro situacional previo, vale decir, la cristalización en los cargos oficiales de los docentes nombrados por el poder político y el relegamiento de los docentes libres o sustitutos a una actividad desgastante, gratuita y, sobre todo, de escaso reconocimiento a la hora de producirse vacantes en el cuerpo docente oficial. Estos argumentos vuelven a ver la luz en julio de 1895, en nota publicada en la revista de la sociedad. En ella se daban a conocer algunas modificaciones al reglamento de docentes sustitutos, junto al informe de la “comisión especial de enseñanza de la facultad”, cuya principal actividad había sido evaluar el estado de la enseñanza de la facultad de medicina, y cuyo objetivo real fue –en forma central– discutir las relaciones entre los cursos oficiales y los cursos dictados por los docentes sustitutos (ACMA, 1895: 511).

Dicha comisión volvió –a esa altura– sobre argumentos ya esgrimidos en otras ocasiones. Existía temor en el cuerpo de docentes oficiales –los “dioses del Olimpo de la calle el comercio”– a que aflorara una “rivalidad enojosa” entre los cursos oficiales y los cursos sustitutos. Y tras este argumento surgían otros tantos impedimentos prácticos que buscaban poner distancia en el estatus jurídico y cultural de ambos tipos de cursos. Los académicos vieron con peligro todo intento por equiparar los cursos de los docentes sustitutos a los cursos oficiales, pues ello traería una “verdadera anarquía de los estudios” (ACMA, 1895: 516). Se temía que los cursos sustitutos se proyectaran como clases teóricas, ámbito simbólico cuya titularidad (y autoridad) era defendida celosamente por el cuerpo docente oficial. Por su parte en términos más experimentales, se temía que los docentes sustitutos que quisieran dictar cursos clínicos destruyeran el material afectado a las salas hospitalarias. Casi en forma paralela al dictamen de la comisión especial, el periódico de la sociedad publicaba –críticamente– una noticia sobre la sanción por el congreso nacional de una ley de libertad de estudios:

“LIBERTAD DE ESTUDIOS: El congreso Nacional acaba de sancionar un proyecto llamado de libertad de estudios, que no es, en suma, sino de libertad de exámenes. Partidarios de la libertad de estudios, lamentamos que ella sea parcialmente obtenida, a costa de un nuevo avance contra la autonomía universitaria, y de un modo tal que no obedece a bases ni plan determinado. Pero ya que es este un hecho cumplido, toca a las Facultades reglamentar los exámenes, para que ellos sean prueba real de suficiencia, y no, con tanta frecuencia, juego de suerte. Y una vez más, cada Facultad debe hacerlo por separado. No nos importa en la de Medicina de como proceden en las de Derecho e Ingeniería; sus procedimientos no pueden sernos aplicables. En medicina, los exámenes de clínicas y de materias prácticas, especialmente, tienen que ser largos y fastidiosos para los examinadores, pero es preciso que todo se haga ante ellos, y durante un tiempo tan largo como sea necesario para acreditar completa suficiencia. Los teóricos deben también durar por lo menos, media hora por materia, y todos los profesores deben tener la obligación de preguntar. Los exámenes serán así para éstos tarea pesadísima, pero la facultad debe remunerarlos debidamente. Ya que los estudiantes quedan en condiciones de ser empleados y obtienen libertad

de exámenes, justo es que paguen mayores derechos, y que parte de estos se dedique a compensar a los examinadores, en parte siquiera, el sacrificio de su tiempo” (ACMA, 1895: 516).

4.3. LA PRÁCTICA CLÍNICA

Si la Escuela de Estudios Libres fue el primero de una serie de proyectos tendientes a cristalizar en el seno de la sociedad un programa experimental, el Policlínico Gratuito del CMA, implementado en 1881, fue el segundo. Desde un punto de vista afín a la identificación de las tecnologías materiales, este último proyecto es una suerte de ventana histórica al universo de las prácticas clínicas fomentadas por los jóvenes consocios, en especial, de la práctica clínica entendida como actividad de construcción de hechos experimentales tendientes a ampliar las capacidades perceptivas y experimentales individuales.

Sostener que la “experiencia del enfermar” de un sujeto en sociedad puede ser tratado como un hecho experimental por parte de otro –el médico al pie de la cama– o de un grupo de ellos –los socios de una institución– es algo controversial y polémico (Kleinman, 1993: 18; Shorter, 1993: 789). En especial en un tiempo en que la crítica al pensamiento clínico, al humanismo médico, y al modelo médico hegemónico gozan de un desarrollo importante en distintas lenguas y disciplinas. Paradójicamente, los valores a los que apela tal crítica –la mejora de calidad de vida del enfermo– son similares a los que apeló la comunidad médica local durante el período estudiado para objetivar los cuerpos, para leerlos desde una cultura científica y médica de neto corte experimental, cuya vocación central fue, como tendremos oportunidad de ver, mejorar la buena lectura de los “libros palpitanes”, al servicio de tópicos en similar proceso de configuración, tales como el de “civilización” o “progreso”, y también la salud de los pacientes (Raiser, 1990: 170; Shorter, 1993: 790). En pocas palabras, si hoy se pueden identificar fuertes movimientos tendientes a cuestionar la “tecnología hospitalaria” y la “medicina de hospital” e, inclusive, el intento de sacar el tratamiento de varias situaciones médicas del dominio de dicha tecnología, por el contrario en el siglo XIX se puede apreciar un poderoso movimiento intelectual y material de signo opuesto, vale decir tendiente a unificar y centralizar el tratamiento de un número importante de patologías en la sala hospitalaria, de volverlas material empírico palpable, pacientes, “casos ejemplares” o,

más cínicamente, “carne de hospital” (Shorter, 1993: 791; Raiser, 1990: 167). De tal movimiento participaron fervorosamente el grupo de jóvenes consocios del CMA, y es dicha participación lo que interesa en una mirada histórica de este fenómeno, como tecnología material desarrollada por la sociedad.

Así pues, el tratamiento de este tema en clave histórica impone el abordaje de algunas preguntas, entre las cuales la primera es: ¿qué se entenderá en las siguientes páginas por práctica clínica? Tal definición remite al grupo de prácticas médicas identificado con la cosmovisión médica floreciente en occidente en diversas ciudades europeas, en especial Padua, Florencia, Roma, Viena, Londres y París, entre mediados de siglos XVI y la Revolución Francesa. Dicha práctica médica ha sido descrita en *varias* ocasiones; entre ellas la más famosa acaso sea la aportada por Michel Foucault en su trabajo de 1962, *La Historia de la Clínica*: la medicina clínica es un anudamiento de distintas prácticas médicas superpuestas e implicadas al mismo tiempo, que van desde la observación, el registro, el control y el disciplinamiento del cuerpo enfermo, en un espacio como es el hospital central, cuyas numerosas reparticiones –la morgue, el anfiteatro, la sala clínica, el laboratorio– constituyen el espacio que aloja aquel anudamiento de prácticas. Punto de capital importancia en la obra de Foucault es la crítica al “humanismo médico” inherente a la relación social básica que contiene este anudamiento de prácticas, como es la relación entre médico y paciente (Foucault, 1963: 14; Brieger, 1993: 27). Preocupó al filósofo francés el creciente poder del médico en la gestión y control del cuerpo enfermo a partir del “coloquio de lo singular”, vale decir, la experiencia personal hecha por los galenos en la sala hospitalaria y, más específicamente, en torno a las camas incluidas en dichas salas. Ese “coloquio de lo singular” es nada menos que actividad de gestión de la vida ajena; tal relación de base es la que funda –en el pensamiento foucaultiano– el concepto de saberes anatómo-políticos (Foucault, 1963: 15; Brieger, 1993: 27).

Durante el último medio siglo la crítica a todo el conjunto de prácticas (y espacios) propios de la medicina clínica ha sido considerable. Acaso fuera el filósofo francés uno de los primeros en reclamar una nueva historia de la medicina, que rompiera una suerte de “hechizo de bondad” inherente al poder médico, demostrando el creciente poder disciplinatorio de la práctica médica y del moderno sistema de salud en general sobre el

cuerpo enfermo (Foucault, 1996: 13; Brieger, 1980: 136; Brieger, 1993: 28; Shorter, 1993: 794). Quizá también fuera uno de los primeros –luego de los trabajos pioneros de Ludwick Fleck en la década de 1930 y de los de Henry Sigerist de los años cuarenta– en reclamar como método de aquella nueva historia el cuestionamiento de las biografías laudatorias y de los héroes médicos en general, para adoptar la noción de procesos sociales e históricos tras el afloramiento de aquellas prácticas médicas (Fleck, 1986 [1935]: 43-44). No es menos cierto que dicha importancia no debe opacar el afloramiento de una tradición en historia social de la medicina que ha retomado – incluso críticamente– la obra del sabio francés, y que ha renovado la grilla de problemas a investigar, los interrogantes a responder y, por último pero no menos importante, el trabajo de fuentes a realizar. Acaso uno de los puntos de mayor interés respecto de este tema, sea el intenso cuestionamiento al “teleologismo” implicado en la noción de mirada clínica, y ello a partir de que Roy Porter señalara en 1984 la necesidad de recuperar una historia del paciente, independiente de la opinión médica, y por fuera de la documentación contemplada por Foucault, como por ejemplo las historias clínicas y otros textos de registros propios del ámbito hospitalario (Porter, 1984: 25; Porter, 2005: 125; Jones, 1996: 56).

Independientemente de estas aristas filosóficas y sociológicas, es importante recordar que dicha práctica médica de transformación del cuerpo enfermo en un dato experimental, se convirtió en dominante en las distintas profesiones médicas europeas desde inicios del siglo XIX, si bien no es la única y, acaso, nunca estuvo ajena a cuestionamientos provenientes de distintos grupos, incluidos el propio cuerpo médico. Denominarla “programa clínico parisino” (o “programa clínico francés”) es una convención en la literatura histórica, que no debe omitir el hecho de ser etiquetado por la ciudad en que dicha cosmovisión se universalizó, vale decir, se volvió dominante dentro de la profesión médica (Foucault, 1963: 15; Foucault, 1996: 56; Ackerknecht, 1966: 25; Gelfland, 1993: 1127). Sin embargo, la propia literatura histórica ha rescatado en las últimas décadas la presencia de estas prácticas en las distintas ciudades mencionadas, reconociendo una cadencia histórica mayor a la establecida por Foucault. En el caso de los médicos de la ciudad de Buenos Aires, una consigna aflora desde la década de 1870 para describir este tipo de experiencia profesional, como es la experiencia “al pie de la cama”. Tema capital en estas prácticas es la creciente presencia

del cuerpo médico en los hospitales y, en estrecha relación, la creciente preocupación de los distintos poderes políticos por tan particular tecnología, como es la tecnología hospitalaria. La relación entre cuerpo médico y sala hospitalaria, es una relación cada vez más simbiótica y presente, al punto de llegar a transformarse en relación explícita durante el siglo XIX. Lindsay Grenshawn ha sostenido un concepto de utilidad no solo para el caso estudiado por ella –Inglaterra–, sino también para otros contextos históricos: “el hospital llegó al centro de las preocupaciones profesionales y al centro del sistema de salud” (Grenshawn, 1992: 197; Grenshawn, 1993: 1180).

En tal sentido, cabe decir que los estudios médicos de la ciudad de Buenos Aires no son una excepción, y que el pensamiento clínico, anatómico y quirúrgico era conocido en los reglamentos dictados por el Protomedicato en 1818 y 1819 (Tribunal de Medicina, 1821). Un dato de interés es que tal pensamiento era conocido a través de cátedras virreinales, como lo demuestra el documento citado por Eliseo Cantón sobre la formación del primer catedrático de clínica quirúrgica de la ciudad, el doctor Don Juan Antonio Fernández. El mismo está firmado por el Bachiller General del Colegio de Medicina de San Marcos de Lima, José Antonio Galindo y afirma que Fernández “ha cursado por cuatro años en nuestro anfiteatro, colegio y sala clínica, la anatomía, fisiología, patología y medicina práctica, dando de todo repetida prueba pública y privada, acreditando buena conducta, bellos talentos y grande aplicación”. Tal documento permite leer un rasgo de estructura, como es la ascendencia de las tradiciones médicas de Buenos Aires, con fuertes influencias del colegio real de San Marcos de Lima y de la escuela de Cádiz.³³ En pocas palabras, el médico al pie de la cama fundando el “coloquio de lo singular” era conocido en Buenos Aires a pocos años –casi en forma contemporánea– de su adopción como ideología médica dominante por la Francia revolucionaria, a partir del decreto Fourcroy de noviembre de 1794. Mas el problema no era el conocimiento sino su implementación en términos prácticos, su cristalización en el registro de lo real.

³³ Por su parte, algunos documentos presentes en el archivo del Protomedicato permiten ver –entre otras cosas– la ascendencia de la cirugía de la ciudad de Buenos Aires hacia 1780. En efecto, entre los papeles del Protomedicato reclamados por Don Miguel O’Gorman a su llegada al Río de la Plata, figuran la lista de médicos y cirujanos designados para ocupar puestos en Buenos Aires y en Montevideo a Noviembre de 1782. El protomédico mayor de la ciudad -Miguel O’Gorman- menciona 16 personas, de ellas 5 médicos y 11 cirujanos. Entre los primeros, cuatro estaban asentados en la ciudad de Buenos Aires y uno en Montevideo; entre los segundos 8 y 3 respectivamente (O’Gorman, 1782).

En efecto, el problema no era el conocimiento de la medicina experimental en la sala hospitalaria, sino la persistente dificultad de cristalizarla en una práctica constante y sostenida en el tiempo. Tales dificultades ramifican en múltiples problemas, no difícil de ser visualizados en distintas fuentes durante la primera mitad del siglo XIX: (1) ausencia de un anfiteatro donde practicar disección; (2) ausencia de una provisión constante de cadáveres como material de disección; (3) ausencia de buenos cirujanos y de hábiles disectores, que pudieran transmitir los rudimentos del arte quirúrgico; (4) ausencia de hospitales y de buenas salas.

Con la reapertura de los estudios médicos a la caída de Rosas, aquellas dificultades volvieron a ser señaladas en reiteradas ocasiones, dado que no dejaban de ser problemas graves para montar una escuela a la “altura de los datos modernos”. Ya se señaló que en 1877, un visitante español describió en muy malos términos las instalaciones de la reciente Facultad de Medicina de Buenos Aires, en una nota que tocó la sensibilidad de varias plumas médicas locales, entre ellas la de Pedro Rooverts: “en su interior, se observa en las aulas, en los gabinetes, en los anfiteatros, en las salas de disección, y en una palabra, en todo, una falta de simetría, una escasez de objetos, una verdadera pobreza que hiela el corazón del que fríamente le observa”. Y concluía: “difícil es con estas bases que lleguen a tener una Facultad de Medicina que se encuentre a la altura de los adelantos modernos” (Rooverts, 1879: 55). En dicha nota el autor hablaba de una facultad “pobremente montada”, términos muy similares a los que utilizó en 1883 Bartolomé Novaro –presidente del CMA– para describir el estado de los estudios médicos en Buenos Aires, a la hora de inaugurar –nada menos– que la Escuela de Estudios Libres, descrita anteriormente. Según Novaro:

“No profundicemos mucho nuestras investigaciones sobre la enseñanza médica, porque las deficiencias aparecerán de todas partes como evocadas por nuestras observaciones. Del número reducido de materias que se enseñan habrá que sustraer las suprimidas por falta de tiempo, lo cual revela la deficiencia en el número de los profesores; habrá que sustraer después las suprimidas por la antipatía que nuestra facultad parece tener por los estudios técnicos. Si no se enseñan allí todas las materias consignadas en sus programas, no podremos extrañar que no se enseñen muchas materias

importantes que no figuran en ellos. No extrañaremos ya, que no haya cátedras para las enfermedades nerviosas, las enfermedades de la piel, la física médica o la química patológica, que no haya quien muestre a los alumnos la membrana del tímpano, o la laringe de un hombre vivo; que la palabra experimentación no haya resonado todavía en su recinto a pesar de su inmensa utilidad en fisiología, terapéutica, toxicología y patología” (Novaro: 1883, 405).

Como se puede apreciar, la experimentación al pie de la cama fue un tema altamente conflictivo, que dividió las opiniones del “personal docente” y del “personal alumno” aún a fines de la década de 1870. Y como se pudo apreciar en el capítulo anterior, el problema de la experimentación “al pie de la cama” siguió siendo un tema de resonancias contundentes, que llegó a la cámara de diputados de la nación, y que formó parte de un dura controversia médica, científica y política, entre dos “diputados médicos” prestigiosos, como fueron Enrique Dickman y Eliseo Cantón.

Es en este contexto donde cobra valor el estudio de las prácticas clínicas fomentadas por el CMA. Pues si la palabra “experimentación no había resonado aún”, sería la sociedad una importante promotora de la adopción –mejor aún de la materialización– de aquellas prácticas experimentales en la ciudad de Buenos Aires. Y ello se puede apreciar en una serie de hitos en su vida institucional, los más importantes de los cuales serán presentados a continuación. Dichos hitos pueden ser agrupados como: (1) actividades clínicas emprendidas por las comisiones directivas en el seno de la sociedad; y (2) actividades emprendidas por las comisiones directivas fuera del seno institucional, y por ende implicadas en la discusión del sistema de práctica clínica de la ciudad. Desde el primer punto de vista, es necesario focalizar sobre una experiencia clínica implementada por la sociedad, denominada Policlínicos Gratuitos del CMA; por su parte, desde el segundo punto de vista, se podrá apreciar que la sociedad intervino en una serie de actividades en torno a la práctica clínica local, entre las que cabe destacar el debate previo a la creación del Hospital de Clínicas (1883), el debate en torno a la abolición del “practicantado” estudiantil dentro de los hospitales de la ciudad administrados por la poderosa Sociedad de Beneficencia (1912-1913), y el debate por la creación de un nuevo policlínico central en la ciudad, vale decir, el Policlínico General San Martín

(1915-1917). No fueron las únicas; como se expondrá más adelante se editó en la revista de la sociedad una prolífica cantidad de material sobre teoría y práctica de la clínica, entre los que cabe destacar el cuadro clínico del joven doctor Cobos (1886), o las notas registrando las clínicas quirúrgicas del doctor Pirovano, tanto en el Hospital de Niños San Luis, como en el Hospital General de Hombre y el Hospital de Clínicas entre 1877 y 1895. Ahora bien, si estas actividades nos muestran al CMA comprometido en el debate sobre la implementación de la medicina al pie de la cama en la ciudad, el proyecto denominado “Policlínicos Gratuitos del CMA” nos permite apreciar a la sociedad en su compromiso directo con este tipo de práctica experimental.

4.4. LOS POLICLINICOS GRATUITOS

Si focalizamos sobre el primer punto señalado con anterioridad cabe preguntar: ¿que fue el proyecto de los Policlínicos Gratuitos en la vida de la Sociedad? Fue el intento por articular una experiencia clínica en el seno de la institución, experiencia que debía funcionar en estrecha relación a la Escuela de Estudios Libres (Leandri, 1999: 170; Souza 2008: 80).

Si esta última era concebida como el aula o cátedra donde se discutirían las materias no abordadas por la escuela médica, el policlínico sería el espacio de formación experimental de los jóvenes consocios, el lugar donde desarrollarían sus habilidades en el “coloquio de lo singular” al pie de la cama, lugar que –a juicio de las comisiones directivas– no estaba aún garantizado al momento de la fundación de la institución. En tal sentido, cabe afirmar de la práctica clínica lo mismo que se dijo de la cátedra libre, que fue en similar medida un proyecto político y científico. Las Comisiones Directivas vigentes entre 1881 y 1890 lo impulsaron y sostuvieron a pedido de sus socios, como respuesta a la fragilidad institucional que rondaba a la escuela médica, cuya responsabilidad era atribuida casi completamente al cuerpo docente y a los miembros de la Academia de Medicina.

En efecto, Antonio Crespo –presidente saliente– afirmó a mediados de 1881 que “Acabamos de resolver la creación de un Consultorio Médico, gratuito, en este mismo local, que quedará instalado bajo la competente dirección del Dr. Wernicke”. Y luego

sostenía que tal proyecto era la reducción de uno más ambicioso que consistía en instalar salas clínicas en buena parte de la ciudad al amparo de la Comisión Municipal:

“Y esto mismo no es sino una restricción forzosa puesta al proyecto presentado últimamente por nuestro distinguido colega el Dr. Torino, en que pedía la creación de consultorios gratuitos esparcidos en todo el municipio y cuya realización habría importado e importará más tarde el triunfo de nuestra idea primitiva: la creación de la escuela libre de Ciencias Médicas” (Crespo, 1881: 516).

Más interesante para identificar este proyecto como tecnología material es la forma en que se asoció tempranamente la experiencia clínica a un acto experimental. En efecto, tanto la Escuela de Estudios Libres como el proyecto de policlínico eran presentados como “dos ideas fundamentales que nos han preocupado en cuanto al movimiento científico de nuestra asociación; por un lado la observación, por otro lado, la experimentación” (Crespo, 1881: 516).

La dirección del Dr. Wernicke para el policlínico gratuito fue una elección clave. Era uno de los pocos socios graduados que habían realizado prácticas en hospitales distintos al viejo, “vetusto y pestífero” Hospital General de Hombres de la ciudad de Buenos Aires. Si bien durante los primeros años de la sociedad existían varios socios graduados que habían visitado instituciones europeas, Roberto Wernicke –y pocos años después su hermano Otto– cursaron sus carreras de medicina en la universidad de Bonn; esta última era de las universidades –y escuelas médicas– que se habían visto beneficiadas con la reforma impulsada por von Humboldt, y en donde se inscribió con fuerza el “credo de Purkyne”, vale decir un especial tipo de *ethos* en el que convergían docencia y práctica de investigación en dichas escuelas médicas. Los hermanos Wernicke y Enrique Sudnik habían desarrollado prácticas de primera mano en el hospital de medicina de dicha escuela, así como en su morgue y laboratorio (Sánchez Ron, 2007: 227; Coleman, 1988: 37).

Varios textos permiten armar una imagen del funcionamiento del policlínico, cuyos rasgos no distan de otros pequeños hospitales de la época, no solo en lo tocante a sus

aspectos materiales e institucionales, sino en la relación –al menos tensa– establecida con los pacientes (Pita, 2008: 60). Se estableció un incipiente orden jerárquico en las responsabilidades y luego hubo una división del trabajo básica dentro de la vida cotidiana, retratada en más de una ocasión en los reglamentos. Los doctores de la sociedad jugaron el papel de jefes de las distintas salas clínicas; por su parte, los socios aún no graduados podían postular como practicantes de dichas salas. Durante los primeros meses se pueden apreciar espacios de dimensiones muy modestas y una división de tareas simple, basada en aquella clasificación del personal. Según las afirmaciones de Wernicke en 1882 sobre las clínicas de 1881:

“Debo recordar al señor Presidente que el primero de Julio solo fue puesto a mi disposición el local –todo el instrumento que existe a la fecha no lo teníamos aún; mi practicante D. Norberto Pérez y yo llevábamos cómodamente en un bolsillo todos los instrumentos con que emprendíamos nuestra tarea. Hoy gracias a una serie de donaciones, de las cuales di cuenta en su debido tiempo, poseemos lo más necesario y aún algo mas para atender debidamente a las necesidades de la práctica del consultorio, ya sea médica ya quirúrgica” (Wernicke, 1882: 300).

Al poco tiempo tanto los espacios como la incipiente división del trabajo cobraron algo más de complejidad, ciertamente en el marco de la fragilidad propia de las instituciones científicas locales de la época. Al igual que sucediera con otras situaciones de la vida de la sociedad, el instrumental del policlínico creció en relación a una práctica ligada en forma estrecha al círculo de sociabilidad, como es la combinación de avituallamiento por compra y por donación. En efecto, en reiteradas ocasiones se convocan a campañas de compra de instrumentos y a donaciones para el policlínico.

Las dos salas originales dieron lugar a un servicio de siete salas, algunas de las cuales fueron presentadas como el paliativo a su ausencia en las salas del hospital de hombres y mujeres de la ciudad, suerte de intento de montar una policlínica de especialidades que –a juicio de las comisiones directivas– escaseaban en la ciudad³⁴. Por su parte, en

³⁴ Entre ellas, las salas dedicadas a enfermedades de mujeres, enfermedades de niños y vacunas y, el de enfermedades nerviosas. En 1886, la lista de consultorios efectivos era: (1) “Consultorios de enfermedades internas”; (2) “Consultorios de enfermedades de niños y vacunas”; (3) “Consultorios de

1885 –bajo la primer presidencia de Samuel Gaché–, se abrió una cede del policlínico en La Plata, como contrapartida del préstamo de 4000 pesos fuertes hecho por la Gobernación de la provincia al edificio de la Sociedad. Dos socios de la Plata, los doctores Ismael Bengoelea y Pedro J. Payro, se hicieron cargo de la nueva sede:

“CONSULTORIOS DEL CMA EN LA PLATA. La ley de la legislatura de Buenos Aires que acuerda cuatro mil pesos nacionales al CMA como ayuda para la adquisición de un local en esta Capital, obliga a la Sociedad a establecer en La Plata un consultorio. Aceptada la obligación, la Comisión Directiva propuso a la Asamblea con fecha 20 de Diciembre a los Doctores Ismael Bengoelea y Pedro C. Payró para desempeñar el cargo de Médicos del Consultorio en aquella ciudad. La Asamblea acepto la indicación de la Comisión Directiva, y en consecuencia han quedado nombrados aquellos señores en aquel carácter. De este modo el CMA extiende más la esfera de su acción Benéfica, y conquista nuevos títulos a la estimación y al aplauso público” (ACMA, 1885: 56).

Por su parte, la división del trabajo incorporó grupos de especialistas en relación a la sociedad, como los boticarios, las Hermanas de la Caridad de San Vicente de Paul, los ópticos, entre otros. La incorporación de tales grupos, que cumplían un papel central a los ojos de los administradores del policlínico, era una medida clave para ganar el favor (y la asistencia) de los “libros palpitantes”. En 1882 se afirmaba que:

“La provisión de medicamentos se ha hecho en casi todos los casos de la manera más desinteresada por algunos señores farmacéuticos de esta ciudad cuyos nombres creo un deber hacer figurar en este documento. Tengo fundadas esperanzas para creer que los propietarios de boticas que hasta hoy nos han favorecido, lo seguirán haciendo. Los señores farmacéuticos a que me refiero son por orden alfabético: Bozetti, E. Cranwell, G. Cranwell,

enfermedades de mujeres”; (4) “Enfermedades venéreas y de la piel”; (5) “Consultorios de enfermedades de los ojos”; (6) “Consultorio de cirugía”; (7) “Consultorio de enfermedades nerviosas”; y (8) “Consultorio de los oídos y garganta”. En agosto de 1890, el primero pasó a denominarse de “enfermedades del estómago”, el segundo se subdividió en dos (“Enfermedades de Niños” y “Consultorio de Vacunas”); también aparece un consultorio de “Enfermedades Quirúrgicas”, a cargo del ya prestigioso discípulo de Ignacio Pirovano, el joven consocio, Alejandro Castro.

Curuchet, Demarchi, Gensano, Di Marino, Malvigne, Moine, Morales, Pene, Recke, Retienne, Sicardi, Torres, Wolf” (Wernicke, 1882: 300).

En 1884 hacen su presencia entre los grupos asociados a la experiencia las Hermanas de la Caridad de San Vicente de Paul y el “señor Schnabl”, óptico amigo de la sociedad:

“Tengo que recordar con este motivo al señor Presidente, el agradecimiento profundo que debe el CMA a las Hermanas de la Caridad de San Vicente de Paul que tan generosamente se han portado con nosotros. Todas las recetas emanadas de este Consultorio han sido despachadas por ellas gratuitamente, y con la más completa escrupulosidad. Los enfermos todos, y yo principalmente, no tenemos más que palabras de encomio para esa benéfica institución. El óptico señor Schnabl nos ofreció también generosamente su cooperación, y ha surtido gratuitamente y con la mejor buena voluntad, de anteojos a todos los enfermos que le hemos enviado” (Ovejero, 1884: 425).

Los socios afectados como personal en los policlínicos crecieron con el número de salas; hasta donde permite inferir la documentación, sus actividades fueron gratuitas, situación que era mencionada con pesar por los directores en algunas de las rendiciones. Durante los primeros años, el número de horas de atención era bajo, a razón de dos horas de consultas por sala y por día. Con el aumento del número de pacientes los horarios se extendieron y esta ampliación del servicio fue acompañada por una alta rotación en la titularidad de los puestos, registrándose la partida de otros socios “históricos”, como fue el caso de Juan Bosch, Ramos Mejía y quien fuera su primer director, Roberto Wernicke, entre otros. Los practicantes del policlínico fueron rescatados por sus directores como parte capital de la experiencia, por su aporte desinteresado incluso en épocas de exámenes. En 1884 se afirmaba que:

“De los practicantes solo diré, Señor Presidente, que sin ellos, hubiera sido imposible la marcha del Consultorio. Inteligentes, activos e infatigables, cada uno en su esfera ha contribuido poderosamente a cimentar y acrecentar el buen nombre del Consultorio. Me han acompañado con toda puntualidad, tanto en los días de la consulta, como los Domingos que destinábamos a

operar, llevando su buena voluntad hasta no abandonarme ni aún en los momentos difíciles de la proximidad de los exámenes” (Ovejero, 1884: 425).

Más interesante aún es el crecimiento en la cantidad de pacientes tratados. En el marco de un temor generalizado de la población de la ciudad a los hospitales –señalado explícitamente por varios médicos de la época–, las cifras de personas atendidas aumentan en forma considerable. El primer año dichas cifras rondan las 300 personas; para el último año en que hay una rendición completa –1890– el presidente saliente Antonio Gandolfo refiere poco más de 6000 personas atendidas. Por demás interesante es el estatus jurídico y material de los pacientes que ingresaban al policlínico, quienes lo hacían bajo similar figura a la existente en los otros hospitales de la ciudad, vale decir, con el título de “pobres de solemnidad”. En tanto se pudiera probar la imposibilidad de pago, debían ser tratados gratuitamente, punto que generó situaciones de conflicto entre los médicos que participaban de la experiencia.

Las rendiciones de los policlínicos son puntillosas en datos no siempre rescatados en los hospitales de la época, datos por demás significativos a los ojos de una mirada interesada en reconstruir la vida cotidiana de los hospitales de siglo XIX, como pueden ser las profesiones de los pacientes y, en estrecha relación, su inscripción en la trama de la sociedad civil porteña de la época. “El número de enfermos habidos asciende a 228 – 108 varones y 120 mujeres, una cifra que no es baja si tenemos en cuenta que hay ya en Buenos Aires por lo menos 10 consultorios gratuitos y que no hemos puesto avisos en ningún periódico avisando la existencia de nuestro establecimiento”. Un dato importante es que son pacientes mayormente de profesiones no liberales y, por lo tanto, de profesiones que tienen que ver con los sectores subalternos de la ciudad:

“Creo sin embargo que un cuadro pequeño representando los números relativos en que acudieron las personas de las ocupaciones más comunes debe publicarse para facilitar trabajos compilatorios que más tarde se hagan. Acudieron al consultorio: Costureros 25, cocineros y cocineras 13, cigarreros y cigarreras 11, mucamos y mucamas 11, lavanderas 10,

planchadoras 6, labradores 5, tipógrafos 5, todas las demás profesiones solo mandaron menos de 5 representantes” (Wernicke, 1882: 298).

Por su parte, el número de consultorios funcionando es de 8, de los cuales 7 están en Capital Federal y uno en la ciudad de La Plata, que es el consultorio abierto como contraprestación por los 4000 pesos destinados al local del CMA. Algunos de estos consultorios, como es el caso del de enfermedades internas a cargo de Juan Bosch, reclama subdivisiones por la cantidad de consultas que posee. Ciertamente, entre los datos de gran interés, sobre todo para la delimitación del concepto de cosmovisiones, es la explícita ligazón entre nacionalidad, clase y patología que establecen las estadísticas presentadas por Pena:

“El total de enfermos asistidos en los Consultorios durante el año 1885, alcanza a la cifra de 4684 los cuales requieren 19.208 consultas, lo que da una media mensual de 390 de los primeros y 1600 de las segundas. Muchos hospitales de esta ciudad no han de haber asistido seguramente la mitad de esta suma de enfermos. Sin embargo, comparativamente al año anterior, los enfermos han disminuido. La afluencia mayor de enfermos a determinados consultorios, no solo depende del mayor número de días hábiles para consultas que cada uno tiene, de la existencia o no de Consultorios de la misma especialidad en Capital, sino también de que hay en realidad preponderancia de ciertas enfermedades sobre otras en la clase menesterosa. Respecto del sexo de los enfermos, tenemos una regular diferencia a favor del sexo masculino, pues para 2614 varones ha habido 2070 mujeres. La nacionalidad se traduce en los estados mórbidos que observamos en Buenos Aires, como he tenido varias ocasiones de demostrarlo, paralelamente relacionada a la cifra en que las diversas nacionalidades intervienen en la población. No hay, en efecto, en las individualidades que la constituyen una tendencia marcada a enfermarse preferentemente de cierto modo y no de otro, al menos en lo que concierne a las clasificaciones que establecen los consultorios, pero sin embargo, si echáis una mirada al cuadro 2 veréis que en el consultorio de cirugía, por ejemplo, ciertos extranjeros, los italianos y españoles, dominan lo que se explica bien por el género de ocupaciones a

que ordinariamente se dedica la clase pobre de estas naciones” (Pena, 1885: 357).

Una suerte de “institución en la institución” dentro de la breve historia del policlínico es su Farmacia, realizada por algunos de sus presidentes y criticada por otros. Su itinerario es por demás interesante tanto para contrastar con otros emprendimientos dentro de la sociedad, como para contrastar con las actividades emprendidas por otras instituciones. Durante sus primeros años –bajo la dirección técnica del Dr. Roberto Wernicke – la farmacia logró articular un servicio de extensión de recetas con distintos farmacéuticos de la ciudad. Acaso el carisma del vehemente Dr. Wernicke y su infatigable voluntarismo médico y experimental, fue un punto sobre el que descansó el buen funcionamiento de tal empresa. Dicha situación viró en forma drástica a su salida del puesto de director del Policlínico Gratuito; al respecto cabe señalar como dato relevante la aparición del “Derecho de Receta”. En efecto, el aumento en la cantidad de atenciones, y el costo de las recetas extendidas no deben descartarse como posibles causas de aparición de tal derecho. Además, cuentan las reiteradas quejas de los galenos sobre el “abuso” por parte de los pacientes que acuden a consulta gratuita pudiendo abonar una consulta privada, situación por demás enojosa en las representaciones profesionales en danza. Es el Dr. José Pena quien señala la presencia exitosa del derecho de receta, a pesar de haberse opuesto al mandato de la comisión directiva que ordenaba la instauración de aquel derecho:

“Bien sabéis el escaso capital con que contamos para sostenimiento y las medidas adoptadas para hacernos de algunos recursos. El derecho de receta creado por resolución del 20 de Abril de 1885, no ha encontrado dificultad alguna en su aplicación. El movimiento de esta repartición en el año traduce fielmente el de los consultorios y según podéis informaros por la memoria de su Director inserta en el anexo, las recetas despachadas suman en 1885 un total de 11.124. En 1884 fueron 15.710. No sé si la resolución a que me refiero anteriormente habrá contribuido a esta disminución, pero por mi parte os aseguro que he trabajado en el seno de la Comisión Directiva para que se derogase” (Pena, 1885: 365).

El policlínico se cerró –con el patrocinio de la comisión directiva– “hasta nueva disposición” en 1895; y tal disposición nunca llegaría. Este dato induce algunas preguntas claves para su apreciación como tecnología material. ¿Los policlínicos gratuitos tuvieron la utilidad esperada por sus mentores? ¿Qué experiencia sacó la sociedad de tan particular intento de incubación de una práctica hospitalaria? Varios motivos fueron invocados como causa de su cierre; el encarecimiento de la experiencia en un momento en que la endeble economía de la institución había apostado todos sus recursos a la construcción de la casa. En efecto, Martín Coronado –vicepresidente en ejercicio– afirmó que:

“[...] no encontrándose la Asociación en condiciones de sostener una farmacia para suministrar gratuitamente los medicamentos a los enfermos que acudían a los consultorios, no podían sostenerse a la altura en que se encontraban anteriormente, por cuya razón, y por la de que era necesario normalizar las entradas y hacer economía para poder llevar a cabo la edificación de la casa, pedí su suspensión por mientras existiesen esas causales; la CD considerando razonable mi pedido resolvió suspenderlos hasta nueva disposición” (Coronado, 1895: 319-320).

Afirmaciones como estas ofrecen nítidas conclusiones, tanto sobre la vocación clínica de la sociedad, como sobre la creación de proyectos científicos en contextos periféricos a fines del XIX. Además de oneroso, el policlínico no permitía obtener los resultados experimentales anhelados al inicio de la experiencia. Y ello estaba relacionado en buena medida a un problema de *escala* en algunas actividades anheladas, como las prácticas quirúrgicas. Fueron Eduardo Obejero y Roberto Wernicke quienes afirmaron tempranamente la existencia de problemas vinculados al tiempo y los espacios necesarios para realizar intervenciones quirúrgicas, viejo sueño de las comisiones directivas fundacionales:

“Las estadísticas de las operaciones practicadas en el consultorio, no ha sido llevada con regularidad, y por eso no la presento en este informa. El número de operados ha sido relativamente considerable, tanto en ojos, como en garganta, nariz y oídos, habiendo sido acompañado repetidas veces en esas

operaciones, por los Dres. Roberts, Lagleyze, Espeche, Torino y Bosch. Desgraciadamente, de algunos meses a esta parte ya no se hacen más operaciones en el consultorio, ni se podrán hacer más adelante, mientras no cambien las condiciones del local en que nos encontramos. Es materialmente imposible operar en las reducidísimas y oscuras habitaciones que tenemos agregándose a esto, que el número decreciente de enfermos nos absorbe generalmente dos horas y media, y a veces más de tres” (Ovejero, 1884: 424).

Por último, además de los costos y de las escalas, hay un dato señalado por varios socios, como es la proliferación en la ciudad de experiencias clínicas tanto públicas como privadas, al amparo de la Asistencia Pública y mediante la universalización del certificado de “pobres de solemnidad”. Como sostuvo Antonio Gandolfo en 1886, había “otros policlínicos gratuitos” y una mayor apertura de salas hospitalarias a los practicantes. Acaso por ello no valía la pena derrochar energías en el policlínico gratuito, cuando podría pedirse la dirección técnica del algún hospital a la Asistencia Pública.

Como se señaló anteriormente, la experiencia hecha con los pacientes que acudieron a las salas del CMA fue compleja y tensa. Fue compleja porque no debe ignorar el cierre de los policlínicos, más tampoco debe ignorar, primero, que la experiencia estuvo lejos de ser evaluada como insatisfactoria por las comisiones directivas y, segundo, que el CMA estuvo lejos de abandonar el modelo de “pequeños policlínicos” como vía institucional en el proceso de medicalización de la ciudad. Como se podrá apreciar al detenernos en el debate Cantón Dickman, este último aún sostenía el pánico que el Hospital General –o más gráficamente el “Hospital Monstruo”– generaba en importantes sectores de la ciudad. ¿Qué concepción de hospital jugó el ex socio del CMA y, por ese entonces, diputado nacional Enrique Dickman? Dickman criticó la idea de “Hospital Monstruo” tanto por sus características propias como por su intento de aplicarlo como herramienta médica en la ciudad de Buenos Aires, sosteniendo una concepción de hospital pequeño y focalizado, estrechamente relacionado con los otros hospitales. Con ello Enrique Dickman cuestionaba la idea de “hospital central” como cumbre del saber científico, idea más o menos explícita en las cosmovisiones

profesionales durante el período estudiado. Según el diputado socialista, la idea de hospital monstruo, como cumbre del saber médico, era poco fiable y cuestionaba su utilidad en la ciudad de Buenos Aires. Esta ciudad no necesitaba tanto nuevos hospitales que aumentaran la cantidad de camas como un reordenamiento de los existentes. Y en caso de crear nuevos hospitales, apostaba a hospitales pequeños.

Frente a este panorama, la alternativa fue volver a una suerte de proyecto de clínica tutelada con la Comisión Municipal, vale decir una experiencia en la que los alumnos de la escuela pudieran fogear su experiencia clínica en espacios dirigidos técnicamente por la sociedad –al modo como la escuela médica había pasado a dirigir técnicamente el hospital de clínicas– y cuyo costo material dependiera de las finanzas de la Comisión Municipal. Así pues no deberá extrañar que una vez clausurada la experiencia del policlínico gratuito, la sociedad se volcara decididamente a obtener espacios en los distintos nosocomios porteños, tomando parte activa en la discusión de un plan de hospitalización para la ciudad, así como en otras instancias propias de la vida hospitalaria.

4.5. EL CMA Y SU COMPROMISO CON LA LECTURA DEL “LIBRO NATURAL”

Como se afirmó en el capítulo 3 el CMA estuvo comprometido en la cristalización de una red hospitalaria en la ciudad de Buenos Aires en especial, en los años posteriores a su federalización (Souza y Hurtado, 2008: 235). La práctica clínica fue un fenómeno afectado por la fragilidad institucional.

En tal sentido, es muy frecuente ver a la institución comprometida con la ideología clínica y, en especial, con su costado experimental. De hecho, tal presencia genera la dificultad metodológica de sopesar qué evidencia abstraer del flujo de información aportado por las fuentes primarias. ¿Evidencia a nivel estructural, como por ejemplo su compromiso con instituciones como los hospitales? ¿Evidencia a nivel de las representaciones profesionales y de las cosmovisiones médicas? ¿Evidencia a nivel de las prácticas en la sala hospitalaria? ¿Evidencia a nivel de los documentos arrojados por praxis en tales espacios, vale decir, por la “lectura del libro palpitante” o “libro natural”,

tales como las historias clínicas? Por último, pero no menos importante, ¿Evidencia a nivel de las voces de los actores que transitaron por dichas instituciones? Cada pregunta apunta a un posible plano en el cual enfocar el compromiso de la sociedad con un programa experimental en las ciencias médicas finiseculares. Sea en la discusión y desarrollo de nuevas salas hospitalarias para la ciudad o también, en la publicación de cosmovisiones relacionadas a la mirada clínica, entre los que destacan varios tipos de relatos como los cuadros clínicos, historias clínicas, libros, etc. En no menor medida se puede ver a la sociedad comprometida con la clínica, en su papel de gremio estudiantil, en tanto que puede apreciársela defendiendo el derecho de los estudiantes en su aprendizaje del “coloquio de lo singular” (Foucault, 1963: 15).

En efecto, la complejidad que adquiere la experiencia clínica en los miembros de la sociedad no se agota en el policlínico gratuito, sino que ramifica en numerosas experiencias ligadas a la fuerte presencia de miembros de la sociedad en calidad de practicantes –menores, mayores y externos– de dichos hospitales. De allí su presencia en las páginas de la revista, o en transcripciones clínicas publicadas como parte de la documentación que rodea a la vida de dichos hospitales. Ciertamente, entre las primeras y más contundentes manifestaciones de su preocupación por la clínica de la ciudad, cuentan las publicaciones resultantes del segundo torneo científico organizado por la sociedad en 1878.

Como se podrá apreciar más adelante, los primeros torneos científicos buscaron promocionar en los estudiantes avanzados de la escuela el gusto por la práctica de la escritura científica; tales torneos se transformaron en un icono de la cultura científica médica de la época, otorgando a quienes lo ganaron la pertenencia a una pequeña e incipiente elite médica. Por el momento, es importante detenerse en los ganadores del primer concurso que se realizó en el año 1878, vale decir, dos años antes de que el Hospital Escuela estuviera terminado. El primer puesto lo ganó el joven Ángel Arce y Peñalva, socio del CMA, con un texto titulado “Memoria de una Epidemia de Gangrena observada en la casa de los niños expósitos de Buenos Aires” (Arce y Peñalva, 1879: 1). En su introducción afirmaba que:

“A pesar de ser único en su clase este establecimiento, se ve con tristeza que muy poco llama la atención no solamente del público en general, sino de los hombres de ciencia, quienes verían allí un centro digno de estudio, por la variedad infinita de enfermedad. Hemos sido testigos varias veces de estos espectáculos, pero ninguno nos ha dejado impresión mayor que la Gangrena epidémica que atacó a los niños expósitos a fines de septiembre de 1877. Es esta epidemia la que hemos seguido paso a paso, con el lápiz y el papel en las manos; hemos impreso todas sus caracteres, ella es el objeto de este trabajo, cuarenta y un observaciones es un número que jamás se ha presentado, en un Hospital de niños, tratándose de esta enfermedad” (Arce y Peñalva, 1879: 2).

El segundo puesto fue para otro integrante del Círculo, y futuro catedrático de la facultad, el joven Adalberto Ramaugé. Su trabajo es explícito respecto de las problemáticas que aquejan a los hospitales de la época, en particular al Hospital General de Hombres. Se titula *Proyectos de Hospitales Mixtos* y en él queda retratado el miedo al hospital que poseen los sectores populares de la ciudad. Acaso se pueda ver en las palabras del joven Aníbal Torino, un temprano eco de las concepciones presentadas en 1915 por Enrique Dickman en la Cámara de Diputados de la Nación:

“Estos son los motivos que justifican la infinidad de trabajos que se ha publicado desde principios de este siglo sobre hospitales, en los cuales se atestigua la solicitud que inspiran los desgraciados enfermos cuya pobreza, aislamiento u otras circunstancias, los obliga a buscar un asilo cuando se encuentran atacados por la enfermedad. Pero estos enfermos cuyo organismo debilitado por los sufrimientos, por la mala alimentación y abatida su moral por tanta miseria, se hallan muy frecuentemente privados de esa suma de energía necesaria para reaccionar contra las nuevas causas deletéreas con que tropiezan en el hospital, lo que hacen en último extremo. ¿Por qué esta aversión para entrar al Hospital? Es porque los hospitales actuales se parecen mucho mas a tumbas que a asilos de beneficencia; es porque en estos vastos monumentos adonde están reunidos los enfermos de toda especie, piso sobre piso, se respira aire tibio y pestilencial. Es porque el

pueblo sabe que son malsanos, que muchos entran allí indispuestos y ya no salen vivos. He ahí porque el pobre tiene horror al hospital, he ahí porque no entra sino cuando la necesidad y la falta absoluta de recursos lo obligan” (Torino, 1879: 214).

Como se puede apreciar, la preocupación de los jóvenes consocios por las instituciones clínicas de la ciudad fue explícita y contundente. Así pues, de tal preocupación se rescatarán tres experiencias por ser viva expresión de actos experimentales relacionados a la práctica clínica local, y por implicar en primera persona a los miembros de la sociedad. La primera de ellas es la discusión, creación y funcionamiento de aquellos hospitales ligados a la antigua Comisión Municipal –y posterior Municipalidad de Buenos Aires–, vale decir los hospitales escuela de la ciudad. Dos experiencias destacan en este contexto. Por un lado, la creación del “antiguo” Hospital de Clínicas cuya alta de funcionamiento fue en agosto de 1883. Por su parte, ya se pudo apreciar en el capítulo anterior a la sociedad comprometida en la discusión del policlínico José de San Martín, cuya construcción fue sancionada en la cámara de diputados de la nación, a través de la polémica ley 6036 de 1908 (Souza y Hurtado, 2008: 234).

La segunda experiencia invocada se enfocará en los primeros pasos dados por un referente cercano de la sociedad en la inscripción de la clínica quirúrgica, como fue el cirujano maestro de la escuela médica local, Ignacio Pirovano (Souza y Hurtado, 2010: 900). Sus operaciones presenciaron la llegada de la cirugía antiséptica al Río de la Plata y, por ende, el desarrollo de una faceta de la clínica, de gran interés en los jóvenes consocios del CMA, como era la clínica quirúrgica, tema sobre el que se explayaron en reiteradas ocasiones distintos autores en la revista de la institución. Estas prácticas en clínica quirúrgica se realizaron en distintos lugares: casas particulares, la antigua sala del “vetusto y pestífero” Hospital General de Hombres, la nueva sala quirúrgica del Hospital de Clínicas fundado en 1883 –la mítica sala 10 de clínica quirúrgica–, o las operaciones realizadas en el Hospital de Niños San Luis (Cranwell, 2007 [1939]: 33; 1944: 25; Souza y Hurtado, 2010: 898). En ellas, se pueden apreciar a los jóvenes consocios del CMA oficiando de ayudantes de clínica, colaborando en el clásico dispositivo de operaciones de fines de siglo XIX y, luego, publicando las experiencias en forma de historias clínicas en la revista. Como señalaron sus contemporáneos,

Ignacio Pirovano escribió pocos trabajos de cirugía, entre otras cosas, porque la mayor parte de su tiempo útil como cirujano lo pasaba en las salas de cirugía (Cranwell, 2007 [1939]: 33; 1944: 25; Souza y Hurtado, 2010: 890). Fueron sus discípulos –bajo su consentimiento y revisión– quienes publicaban sus historias clínicas, los mismos discípulos que siguieron los pasos quirúrgicos del cirujano maestro, como se podrá apreciar más adelante (Souza y Hurtado, 2010: 890).

El último indicio que se presentará como evidencia empírica de la presencia de un espíritu clínico y experimental en la sociedad es la publicación de un pequeño tratado de metodología clínica, escrito por el joven consocio Francisco Cobos, graduado de médico como practicante mayor del Hospital de Clínicas en el año 1885.

Se insistirá que estos hechos son relevantes porque permiten apreciar la relación entre la sociedad y la promoción de las actividades experimentales en materia clínica, donde tal promoción fue señalada a su vez como elementos que la identifican con una institución científica moderna y, en especial, con un partido de hombres de la cultura (Gramsci 1972 (5): 327). Sin ser una historia de la clínica o de un tramo de la medicalización de la ciudad, no es menos cierto que están implicados en dicha historia. Esta experiencia será asumida como tal en el seno de la sociedad. En efecto, son frecuentes las reflexiones en torno a la necesidad de la clínica en la ciudad; no menos frecuentes son los relatos que rescatan la *resistencia* de la población de la ciudad a tal programa experimental y al proceso medicalizador en su conjunto (Pita, 2008: 30).

3.5.1. El CMA y la creación de los hospitales centrales de la ciudad de Buenos Aires

Si el Policlínico Gratuito fue una manera directa de mostrar el vínculo del CMA con la práctica experimental –y con la práctica clínica como una de sus facetas particulares–, acaso su compromiso con la problemática hospitalaria en la ciudad (luego en el país) sea otra forma no menos contundente y no menos directa (Souza, 2008: 45; Souza, 2008: 75). En efecto, las limitaciones en las instituciones hospitalarias de su época fueron presentadas por los estudiantes críticos aglutinados en el CMA y *al mismo tiempo* por otros grupos médicos cercanos a la corporación docente, como por ejemplo por la Asociación Médica Bonaerense, como queda evidenciado en las páginas de la *RMQ*. En

esta última se señaló en reiteradas ocasiones que el cuadro de fragmentación del Hospital General de Hombres es uno de los motivos que originan el cuestionamiento de la elite médica realizado desde principios de la década de 1870 por los grupos críticos (Rooverts, 1879: 77).

Así pues la preocupación de la sociedad por los hospitales de la ciudad hacia fines de 1870 no era un compromiso ocasional, sino parte de un proyecto intelectual presente en todas las dimensiones de la vida institucional. Ciertamente para algunos actores exteriores a la escuela médica la cuestión hospitalaria también fue un tema candente en la ciudad de fines de siglo XIX, como aún lo es hoy día. Así parece desprenderse de distintas fuentes primarias, que van desde las declaraciones hechas por la Sociedad de Beneficencia sobre sus instituciones de atención, a las declaraciones del Poder Legislativo provincial y –ya con la caída de Rosas– a las propias declaraciones de las distintas comisiones municipales, o a las declaraciones de actores privados que registraron su funcionamiento (López, 1852: 151).

Es en este contexto donde se comprende mejor la creciente preocupación de las autoridades de la Facultad de Medicina por la creación de un nuevo hospital. Cabe recordar que a inicios de la década de 1880 la dirección del CMA ha hecho gestiones concretas para la fundación del “policlínico gratuito”, además de tramitar la cesión de diferentes salas en los nosocomios a cargo de la Municipalidad de Buenos Aires. Como se ha señalado en el capítulo 2, acaso uno de los indicios más claros de esta preocupación por la medicalización de la ciudad sea la creación de instituciones tales como el Consejo Nacional de Higiene –a cargo del Dr. Ramos Mejía durante sus primeros años– o la Asistencia Pública, institución inspirada en su análoga parisina y descrita como una suerte de “superintendencia de hospitales” (Armus, 2000: 516; Armus, 2007: 274; Souza, 2008: 74).

A ojos del cuerpo médico local, uno de los temas de esa suerte de agenda informal en materia hospitalaria era la necesidad de poseer un hospital central –también denominado hospital escuela, hospital insignia o taller de formación de la experiencia del médico– bajo su dominio técnico. Por su parte, varios motivos confluían en este parecer. En

principio motivos técnicos, tal como la necesidad de disponer de la mayor autoridad posible sobre su espacio interno; seguidamente motivos clínicos, como por ejemplo la necesidad de más camas para la creciente población de la ciudad en una época de ciclos epidémicos. Luego, motivos de poder, como la necesidad de mostrar pujanza o esplendor frente a las escuelas médicas del nascente espacio clínico americano, en donde la cantidad de camas era una suerte de relación de fuerzas que se computaba en estándares tales como la cantidad de camas por mil habitantes. Así pues, no es extraño encontrar al Círculo Médico implicado en la discusión y creación de dos proyectos de hospitales centrales para la ciudad de Buenos Aires, signos bien nítidos de la cosmovisión clínica en materia médica y, en especial, de un modelo de práctica médica a fomentar en el seno profesional: el médico generalista (Leandri 1999: 40; Armus, 2000: 516; Armus, 2007: 275; Souza, 2007: 85).

El primero de tales casos corresponde al “antiguo” Hospital de Clínicas, que sustituyó al no menos antiguo Hospital General de Hombres, este último presente en la ciudad desde mediados de siglo XVIII y apodado por algunos de los practicantes que asistieron en él como “Vetusto y Pestífero”. El pedido de construcción del nuevo hospital –también denominado Hospital de Buenos Aires– hecho a la gobernación de la provincia se registra hacia 1877. El Hospital estuvo listo en 1880 y la gobernación de la provincia sancionó su dirección conjunta entre la Facultad de Medicina y la Comisión Municipal de la ciudad (Pena y Madero, 1910: 129). El cuerpo docente de la facultad no tardó en protestar tal medida, ya que quedaba cuestionado su poder sobre el funcionamiento del nuevo nosocomio, pensado desde sus inicios como “Hospital Escuela”, es decir, como ámbito exclusivo de la Facultad. En los hechos, el Hospital de Buenos Aires fue inaugurado como centro de atención de las víctimas producidas entre los días 17 y 19 de agosto de 1880 en los enfrentamientos de Puente Alsina, Corrales y Barracas, en el marco del enfrentamiento de la provincia de Buenos Aires con el Poder Ejecutivo nacional (Pérgola, 2000: 45, Sabato, 2010: 180; Sabato, 2012: 250).

En agosto de 1883, comenzó a funcionar el hospital como dependencia de la facultad bajo la dirección del doctor Melitón García del Solar, quien fue autor del primer informe de funcionamiento del nuevo hospital publicado en 1884 (Pena y Madero, 1910: 510). El Hospital de Clínicas pasó a ocupar un lugar destacado en la medicina

profesional; de hecho son las propias fuentes oficiales del cuerpo médico local las que afirman con insistencia que la etapa experimental de la medicina local comenzó con la llegada del nosocomio y con la efectiva presencia del programa clínico (Pena y Madero, 1910: 510; Cantón, 1925: 120; Cranwell, 1945: 95; Burucua, 1989: 91). Las distintas historias que los médicos de la época escribieron sobre la escuela de medicina coinciden en instituir al Hospital de Clínicas como un parte aguas en la vida profesional. En efecto, la aparición del Hospital de Clínicas en la vida de la profesión es un hecho *explícitamente* comparado al papel que el año 1880 juega en las cosmovisiones de la elite oligárquica. Ambos hechos fueron ubicados como centros axiológicos de sus respectivas historias; esta analogía busca resaltar el esfuerzo realizado por la comunidad médica para insertarse en el “curso de la civilización”, es decir, en la producción de logros científicos y médicos existentes por ese entonces. Es el doctor Eliseo Cantón quien enuncia con mayor claridad esta comparación:

“Asegurada la paz y por lo tanto, el progreso general en la República, con la solución dada al tradicional problema de elegir una capital federal, los estudios superiores y las especulaciones científicas fueron de las mas inmediatamente favorecidas, puesto que a ella seguirán llegando las más adelantadas producciones del pensamiento humano para luego irradiarse a todos los ámbitos de nuestro ilimitado territorio mediante los recursos y prestigios de la autoridad nacional. La Facultad de Ciencias Médicas, cuyo decano continuaba siendo el Dr. Manuel Porcel de Peralta, no fue por cierto, la menos favorecida con la nacionalización de la UBA. El ministro Wilde, previo un oportuno discurso, pronunciado en representación del poder ejecutivo, puso el hospital de Buenos Aires a disposición de la Facultad de Ciencias Médicas. El decano, M. P. de Peralta, recibió para la Facultad aquel nosocomio que desde ese instante cambió el nombre para llamarse Hospital de Clínicas y entró a prestar servicios a la instrucción de varias generaciones médicas. El acontecimiento era verdaderamente digno de ser celebrado, dado que el nuevo establecimiento para la enseñanza clínica de las ciencias médicas había de marcar en la vida médica Argentina un período y rol tan útil como el del abandonado Hospital General de Hombres,

pero mucho más brillante por la época de gran adelanto inicial en que fue construido y habilitado” (Cantón, 1925: 32).

Como se ha señalado en otros trabajos, no es aventurado apreciarlo como parte del ciclo de instituciones y reformas emprendidas como respuesta al cuestionamiento que el cuerpo docente de la escuela sufriera por su adversa participación en los aciagos días de enero de 1871 (Leandri, 1999: 113; Souza, 2008: 75). De hecho, no es casual que en el relato de Eliseo Cantón se rescate la presencia del doctor Wilde, el poderoso ministro roquista y uno de los rivales del cuerpo médico durante la década de 1870, marginado en la casa de estudios y figura cercana en la vida del CMA (Leandri, 1999: 55). Tampoco es inverosímil apreciar conflictos y pujas entre distintos actores interesados en adjudicarse la novedad de su idea y creación, en especial desde el momento en que se sancionó su creación por decreto-ley 1284. En tal sentido, es un indicio de gran interés la celeridad con que fueron construidas las instalaciones, frente a otros casos como la construcción de la Casa de las Mercedes –posterior hospital Rivadavia–, donde la demora fue de varios años (Pena y Madero, 1910: 120). El clima de protesta estudiantil y la presencia del CMA desde mediados de la década de 1870 no son datos ajenos a la velocidad con que se gestionó todo el proyecto del hospital escuela. Así pues cabe preguntarse: ¿qué papel jugó esta organización en su aparición y qué evidencia se puede invocar al respecto?

A lo largo de la investigación se ha podido apreciar, en primer lugar, que ambos elementos poseen una relación positiva susceptible de ser mostrada a través de las fuentes existentes. Y en segundo lugar, que esta relación y sus consecuencias no son un dato menor en la historia de la medicina finisecular, implicando importantes cambios dentro de la vida profesional, especialmente en el campo de las visiones del mundo médicas. ¿Por qué atribuir al CMA un papel en la aparición del Hospital de Clínicas? Porque a pesar de no ser el actor que protagoniza las gestiones de construcción del mismo, todo el proyecto del hospital reclamado por el cuerpo docente está tocado por las sombras de la organización. Y luego, ¿qué tipo de evidencia se puede invocar de esta presencia? Hay una clara correlación entre la implementación de los policlínicos gratuitos del CMA, así como por el resto de los debates y proyectos discutidos en el seno de la organización y, por otro lado, la celeridad con que la corporación docente de

la Facultad buscó la creación de un nuevo hospital escuela que reemplazara al “vetusto y pestífero” Hospital General de Hombres. La aparición del CMA como organización gremial y científica dio lugar a una disputa no menor en materia de autoridad científica y médica. Así, no deberá extrañar que entre 1880 y 1883 se registren conflictos entre el cuerpo docente de la casa de estudios y los sectores aglutinados en el CMA, quienes presionaron para que el Hospital de Clínicas tuviera una conducción conjunta entre la Municipalidad de la Ciudad y la Facultad de Ciencias Médicas. También presionaron para que se efectivizara un sistema de practicantes que beneficiara a los alumnos de los últimos años de la carrera y, en general, para que el nuevo nosocomio fuera espacio de inscripción de cátedras y cursos libres, como se ha podido ver con anterioridad.

Además de la presión política en el seno de la escuela médica, ¿qué otras huellas del CMA quedan en esta historia? Varias. En primer lugar, el cambio del plan de estudios oficial de la carrera de medicina –tan denostado por la sociedad– que incorporó una serie de materias clínicas inexistentes hasta ese momento. En estrecha relación se puede apreciar el aumento del número de cátedras correspondientes a los últimos tres años de la carrera de medicina, que pasan a desarrollarse en las nuevas instalaciones hospitalarias (Cantón, 1918: 34). Producto del nuevo plan, pueden verse una serie de cambios en las instalaciones del hospital, tendientes a asegurar las condiciones mínimas para las salas clínicas. Las referencias a estos cambios edilicios aparecen dispersas en las versiones más minuciosas del traspaso del hospital (Pena y Madero, 1910: 510).

En segundo lugar –aunque no menos importante–, puede apreciarse la entrada de varios miembros del CMA a la planta del hospital y luego al cuerpo docente de la facultad. En efecto, la misma comisión que cambió el plan de estudio y que ordenó las modificaciones, sancionó el funcionamiento del régimen de cátedras libres, por el que tanto habían bregado los socios del CMA. Como se mencionó anteriormente, desde el punto de vista de la corporación docente, dichas cátedras son el primer escalón en una escuela del magisterio universitario destinada a cubrir los espacios de los catedráticos oficiales. Las cátedras libres fueron el espacio de inserción para varios de los miembros del CMA, como es el caso de Roberto Wernicke, ex redactor en jefe de los *ACMA*, docente en los cursos dictados en el marco de la Escuela de estudios libres, y jefe de

sala del policlínico gratuito del CMA, quizá uno de los médicos más jóvenes y experimentados de su generación (*Anales de la UBA*, 1890: 58). Estas transformaciones nos hablan de un movimiento de los imaginarios médicos producido a principios de la década de 1880, que reconoce como punto axial la fundación del Hospital de Clínicas. En otras palabras, la entrada en escena del Hospital de Clínicas fue un paso importante en la vida de la medicina clínica de la ciudad de Buenos Aires; varios médicos de la época refirieron con manifiesto orgullo que el Hospital de Clínicas fue el “primero en su género en Latinoamérica” (*Anales de la UBA*, 1890: 80).

A inicios del nuevo siglo puede verse a la sociedad implicada en la rediscusión de un nuevo hospital escuela y, más en general, de un plan de medicalización hospitalaria para la ciudad (Souza y Hurtado, 2010: 885). Así pues, el segundo ejemplo de intervención de la Sociedad en debates sobre hospitales escuelas fue su aparición como institución consultada en la polémica que rodeó a la ley 6096 promulgada en 1908. Si bien se exploró en detalle la controversia entre ambos diputados y médicos, vale la pena focalizar en el problema de sus implicancias en las representaciones profesionales. A grandes rasgos, ¿qué implicó la sanción de esta ley en la vida de la escuela médica? Y en estrecha relación, ¿qué forma adoptó la polémica en torno a su implementación?

La respuesta a ambas preguntas muestra a la sociedad comprometida aún en el debate sobre los hospitales de la ciudad y, en especial, en el debate de un programa experimental en materia clínica (Souza y Hurtado, 2010: 887). Desde una mirada histórica interesada por la historia social de la ciencia, la ley 6096 puso en el centro de la escena a un grupo de “diputados médicos” que utilizaron la tribuna política como espacio para la definición de representaciones médicas divergentes y, en especial, para disputar sobre el establecimiento de significados sobre aspectos centrales del dispositivo hospitalario. La ley y el debate que generó abren una ventana analítica a múltiples aspectos de la vida científica de este período –sobre todo, si se tiene en cuenta que esta polémica desbordó la Cámara de Diputados y alcanzó la esfera pública–, entre otros, la propia dinámica de la comunidad médica de la época o los significados médicos, políticos e ideológicos puestos en juego.

Ambas biografías profesionales se cruzan en un momento en que las relaciones entre el “personal alumno” y el “personal docente” no pasaban por su mejor momento. De hecho, la conflictividad entre ambos grupos en el seno de la escuela médica acompañó la escalada del conflicto social general de la ciudad que se preparaba para los festejos del centenario (Sabato, 2012). El nuevo centro de estudiantes creado entre 1900 y 1907, no fue ajeno a los conflictos de 1905, donde parte del personal docente –los médicos de orientación socialista como Juan B. Justo y Nicolás Repetto– y algunos alumnos –como el estudiante no menos socialista Enrique Dickman– fueron expulsados de la casa de estudios los primeros, y despojado de su medalla de honor el segundo (Souza y Hurtado, 2008: 242). ¿Quién había promovido las expulsiones y el amonestamiento? Nada menos que Cantón, en su calidad de máxima autoridad de la facultad y uno de los nombres de peso de la Academia de Medicina. Así pues, el escenario del debate desatado en 1915 tomó su forma al calor de los conflictos nítidos y clásicos en la escena médica porteña, tales como los que distanciaban a la academia de medicina y al CMA desde mediados de la década de 1870. Pero también, tomó forma al calor de conflictos no menos intensos, conflictos de índole científica y también personales. Dos cruzados de las ciencias experimentales locales, dos apasionados de la medicina, dos representantes conspicuos de instituciones y grupos intelectuales rivales durante las cuatro décadas precedentes, dos concepciones distintas de la política y de la sociedad; también dos concepciones distintas de la clínica y en especial del humanismo médico, es decir, de la relación entre médicos y pacientes. Y nada menos que un hospital a debatir.

Sin embargo, hay una diferencia clave con la configuración política que presentaba este escenario veinte años atrás (Souza y Hurtado, 2010: 900). Si a inicios de la década de 1880 los grupos descontentos con el cuerpo docente de la Facultad de Ciencias Médicas no poseían la influencia política suficiente para opacar sus propuestas en la Cámara de Diputados, a inicios de la década de 1910 tal situación ha variado sensiblemente (Souza y Hurtado, 2008: 235). Los sectores descontentos con la conducción de la Facultad de Ciencias Médicas hacen uso de esta capacidad para demostrar su posición de disidencia. Ciertamente, la similitud en las cosmovisiones debatidas en ambas leyes no debe opacar la existencia de contextos profesionales distintos.

4.5.2. La clínica quirúrgica y la “lectura del libro palpitante”: Ignacio Pirovano y “la pléyade” de cirujanos locales.

En las salas quirúrgicas de dichos hospitales –pero no exclusivamente en ellos– la sociedad tuvo una activa participación en la inscripción de una faceta de las cosmovisiones médicas clínicas, como es la clínica quirúrgica. (Souza, 2008: 75; Souza y Hurtado, 2010: 890)

Tal historia de la clínica quirúrgica en la ciudad durante la segunda mitad del siglo XIX es un proceso análogo a los ocurridos en algunas escuelas europeas y americanas (Souza y Hurtado: 2010: 900) Es un proceso del cual la sociedad tomó parte de múltiples maneras; acaso por ello mismo es de utilidad focalizar en algunos de sus aspectos para apreciar desde otro ángulo tal relación. Esta elección no implica escribir o pensar en la historia de la cirugía en la ciudad, terreno basto y acaso de una complejidad mayor al objetivo aquí seguido. Sí se rescatarán escenas de un proceso de inscripción –o cristalización– local de la cirugía listeriana, que vino a ocupar el espacio de aquella cirugía señalada por Daniel Cranwell como cirugía amputatoria (Cranwell, 2007 [1939]: 30; 1944: 45).

¿Qué huella del CMA puede apreciarse en esta historia? En principio, el CMA jugó su papel de crítica de la situación reinante –su papel de partido de hombres de la cultura– al señalar el mal estado de la cirugía, como lo hicieron las plumas referenciales de la sociedad durante sus primeros años de vida. En tal sentido contribuyó a instalar una sensibilidad para las iniciativas quirúrgicas de Pirovano, en un contexto no ajeno a conflictos de autoridad científica, como era la del cuerpo docente y académico local (Souza y Hurtado, 2008: 240; Souza y Hurtado, 2010: 900; Buschini, 2009: 269). Seguidamente, la sociedad abrió sus páginas a la publicación de numerosas experiencias de clínica quirúrgica. En tercer lugar, varios miembros de la sociedad se formaron como cirujanos en las clínicas e intervenciones quirúrgicas realizadas por el cirujano maestro Pirovano (Souza y Hurtado, 2010: 900). Y acaso en estrecha relación a todo ello, “sus salones” –al mejor estilo de las sociedades científicas parisinas– presenciaron la exposición de casos de clínica quirúrgica, atendidos por el cirujano maestro, asistido por miembros de la sociedad. Luego de su fallecimiento, se expusieron trabajos de distintos

miembros de la pléyade de cirujanos formados por Pirovano.

Dicho proceso fue referido por varios médicos de la época como la buena “lectura del libro natural” o, también, del “libro palpitante”, y ocupó en él un papel central Ignacio Pirovano, cirujano de peso en la ciudad de Buenos Aires de la segunda mitad de siglo, también saludado como el “cirujano maestro” de la misma. Los socios del CMA lo reverenciaron como maestro, precisamente por transmitir una cultura experimental respetada por la generación de estudiantes del movimiento “13 de Diciembre”. ¿Qué aprendieron? Dijeron aprender de él las técnicas de la cirugía que Cranwell refirió como “acuática”, por la cantidad de vaporizadores que diseminaban bicloruro de mercurio en las salas de operaciones (Cranwell, 2007 [1939]: 25; 1944: 20; Souza y Hurtado, 2010: 900). En tal sentido abundan las descripciones de Pirovano trabajando en medio de un dispositivo clásico en la cirugía europea –y en especial parisina– de la época, que aprendió al lado de un sujeto connotado de rasgos peculiares, como era el doctor Jules Pean (Souza y Hurtado, 2010: 901).

Como se ha señalado en anteriores trabajos, las transformaciones de la clínica quirúrgica son un aspecto de gran interés en la vida médica de la ciudad de Buenos Aires finisecular. Ciertamente, si bien una historia con nombre propio, ello no implica que tal historia no se corresponda también con un tramo de la cristalización de la clínica en la ciudad, dado que sus representantes no dejaron de pedir por mejores condiciones de intervención, en especial por salas hospitalarias limpias, donde pudieran desarrollarse los rudimentos de la cirugía acuática o, en términos más técnicos, de la cirugía listeriana o antiséptica. En este sentido, el compromiso del CMA con la renovación de la clínica quirúrgica de la ciudad queda expuesto en una mirada seriada de las cuatro décadas de la revista aquí estudiada. Son precisamente las cuatro décadas aquí estudiadas las que presencian el cuestionamiento de la cirugía pre-antiséptica –o cirugía amputatoria– a una cirugía antiséptica –o de raíz listeriana– basada, según los testimonios invocados, en el sugerente concepto de “restitución de la normalidad”, concepto de estrecha relación con la mirada clínica y en especial, con el coloquio de lo singular (Canguilhem, 2005: 59-60; Souza y Hurtado, 2010: 885).

Tal transformación se puede seguir de varias maneras. Desde el punto de los conceptos puestos en juego, la revista deja entrever el paso de una cirugía basada en prácticas amputatorias y atravesadas de una alta mortalidad en sus resultados, a una cirugía basada en procedimientos listerianos y con fuerte presencia del concepto de anestésicos generales, atravesada de una tasa de mortalidad menor a sus precedentes. Como se ha sostenido en anteriores trabajos, esta escena es compleja y no está dissociada de la presencia de “vaporizadores” y “ácidos fénicos” (Souza y Hurtado, 2010: 899).

Desde el punto de vista de las redes sociales que articulan este proceso de renovación clínica quirúrgica, la revista del CMA es una de las tribunas donde se pueden apreciar el cambio de nombres referenciales en la cirugía local, cambios que implican al menos tres generaciones de cirujanos. Hacia los días en que “El Licenciado Cabra” fustigaba con sus escritos, el cirujano maestro era Don Manuel Augusto Montes de Oca, formado en un concepto del trabajo quirúrgico aún relacionado a la cirugía de primera mitad de siglo XIX, cirugía de tizón (o cauterio), serrucho y amputación. Durante los primeros años de la revista y la sociedad, el lugar de cirujano maestro será ocupado por Ignacio Pirovano, uno de los primeros discípulos locales en formarse en escuelas europeas y americanas y encargado de enseñar los rudimentos de la moderna clínica quirúrgica. Con él aparecen la obligación de realizar buenos preparados anatómicos y la necesidad de disponer de buenos disectores para las cátedras de cirugía de la escuela (Cranwell, 1939: 20; Cranwell 1944: 40; Cranwell, 1945: 30). Con él aparecen también el cloroformo como anestésico general, y las soluciones fenicas espolvoreadas por toda la sala operatoria, soluciones basadas en el bicloruro de mercurio, entre otras soluciones sugeridas por John Lister; también aparecen la limpieza de los instrumentos quirúrgicos. A la muerte de Pirovano –ocurrida en 1895–, sus discípulos son los que amplían el horizonte quirúrgico, protagonizando un nuevo cambio, como es el abandono de la “cirugía acuática” y la adopción de la cirugía aséptica (Souza y Hurtado, 2008: 240). Estos discípulos fueron en la mayoría de los casos, socios del CMA, entre los que cabe destacar a Juan B. Justo, Alejandro Castro y Alejandro Posadas, así como también a quien fuera prolífico historiador de la medicina y la cirugía de principios de siglo XX, el doctor Daniel Cranwell, quien además dictó cursos de anatomía y clínica quirúrgica en la escuela de estudios libres de la sociedad, señalada en las páginas precedentes (Cranwell, 1945: 20).

Pirovano fue un médico dedicado a tiempo cuasi completo a la actividad experimental; en tal sentido fue un socio y colaborador de las sociedades científicas y médicas porteñas. Fue miembro de la sociedad médica bonaerense y editor de la *RMQ*, en donde publicó una serie de cartas desde su viaje de estudios quirúrgicos a Europa. En París y junto a Jules Pean, Pirovano aprendió el estilo y los códigos de una verdadera clerecía internacional, como lo fue la profesión de los cirujanos durante la segunda mitad del siglo XIX. De vuelta en la ciudad de Buenos Aires en 1875, comenzó una extensa colaboración con el CMA, a muchos de cuyos miembros formó como su docente de anatomía patológica y luego como docente de clínica quirúrgica a partir de 1884. A su vez, el CMA lo reconoció como el primer cirujano de la ciudad y en especial, como el maestro que formó a la “joven pléyade de socios” que operaba “limpio y firme” como el maestro. Los socios de las dos primeras décadas de vida de la sociedad –incluso socios de inscripción tardía en la vida de la institución, como el caso de Daniel Cranwell– lo conocieron trabajando en el antiguo y lúgubre anfiteatro, donde se lo vio manipular uno de los primeros microscopios traídos al Río de la Plata para la escuela médica.

Su maestro parisino es un sujeto muy especial: Jules Pean era famoso por su estilo quirúrgico fuertemente heterodoxo en la escena quirúrgica de la ciudad (Pirovano, 1873: 112; Pirovano, 1875: 135; Cranwell, 2007 [1939]: 20; 1944: 30). Según las descripciones hechas por Pirovano en 1873 y 1874, operaba en su “traje de calle” y se colocaba una gran servilleta blanca colgada de su cuello para proteger su plastrón de salpicaduras de sangre. Sólo accedía a colocarse el clásico blusón blanco sin mangas en caso de intervenciones sobre el vientre y, en especial, si hacía “cirugía ginecológica” (Pirovano, 1873: 110; Pirovano, 1875: 134). Esta “extravagancia” apuntaba a resaltar sus habilidades quirúrgicas; luego de una jornada de trabajo terminaba sin manchas de sangre en su ropa y apenas algunas pocas en sus manos. Pean tenía como espacio referencial el Hospital San Luis de París, donde dictaba varias clínicas quirúrgicas semanales. Pirovano destinó sus mañanas sabatinas a este espectáculo, como lo recuerda en su primera carta: “Opera todos los sábados, y su anfiteatro tiene la ventaja de no verse invadido por el gran número de estudiantes, como sucede con los otros, donde es materialmente imposible percibir lo que se hace” (Pirovano, 1873: 116).

¿Qué secretos quirúrgicos encerraba este particular anfiteatro? En principio, Pirovano dio cuenta en sus cartas de las diferencias y asimetrías de los escenarios quirúrgicos que describió, tanto los europeos entre sí, como entre estos y el de la ciudad de Buenos Aires, dejando un documento científico de primer orden para la cirugía de fines de siglo XIX (Pirovano, 1873: 110; Pirovano, 1875: 134; Cranwell, 2007 [1939]; 1944; Souza y Hurtado, 2010: 890).

Pero además de tales asimetrías, hubo experiencias que trabajó tanto en París como en Buenos Aires. Cuentan entre ellas saberes que tocan a las habilidades personales de los cirujanos y, luego, saberes que hacen a la división del trabajo dentro del anfiteatro (Pirovano, 1873: 110; Pirovano, 1875: 134). Entre las habilidades personales cabe mencionar, en primer lugar, el estilo quirúrgico de Pean. Sus observadores –entre ellos Pirovano– hablaron con admiración de la precisión y firmeza de sus manos “ejercitadas durante muchos años de práctica sobre el cadáver”. Misma precisión y firmeza que se le reconocerá a Pirovano en sus operaciones. En segundo lugar, los concurrentes al anfiteatro del Hospital San Luis aprecian el estilo heterodoxo del cirujano maestro a la hora de resolver problemas disciplinares clásicos de mediados de siglo XIX, como la hemostasia. En efecto, los procedimientos tradicionales para evitar la coagulación y diseminación de la sangre sobre el campo operatorio habían sido la ligadura arterial y el torniquete. Pean será reconocido por el despliegue de su instrumental quirúrgico, que incluía unas pinzas de su invención, “las pinzas hemostáticas de Pean”. En tercer lugar, Pean posee una concepción sobre “el libro natural”, que impregnaba sus prácticas públicas de la cirugía. Era partidario de una cirugía reitutiva en oposición a la más tradicional amputación. Pirovano describe en detalle las “resecciones de los huesos”, un tipo de intervención que se proponía evitar aquella situación traumática. Sostiene que “hoy la resección de los huesos se ha generalizado tanto en la práctica operatoria de los cirujanos franceses, que la amputación de los miembros es la excepción” (Pirovano, 1873: 112; Pirovano, 1875: 134).

Entre los saberes de orden colectivo, destaca en primer lugar la disposición del escenario de trabajo que monta Pean en su sala de operaciones: no hay libros de lectura sobre cirugía, la exposición erudita del cirujano maestro dura muy poco en cada caso, no más que una introducción previamente confeccionada por alguno de sus practicantes

internos. El “libro palpitante” es abierto frente a los alumnos y, para garantizar la efectividad de la intervención, existe un número de personas que trabajan bajo las órdenes de Pean, en su mayor parte practicantes internos. Ayerza describió este escenario:

“El primer sábado que abría nuevamente su curso, después de pasar una ligera visita a sus salas, se presentó en el anfiteatro, rodeado de gran número de practicantes que siguen paso a paso las sabias lecciones de su sabio maestro; todos ellos tienen de antemano señalada sus ocupaciones desde antes y durante las operaciones. Los unos cloroforman al enfermo, los otros se ocupan de preparar y tener pronto en cualquier momento el gran arsenal de instrumentos de que dispone el Dr. Pean, mientras los restantes son los que ayudan directamente al operador durante las operaciones” (Ayerza, 1887a: 99).

Los discípulos de Pirovano seguirán los pasos del maestro durante las tres décadas siguientes. En 1886, Abel Ayerza, miembro corresponsal del CMA en aquella ciudad, describió estas clínicas quirúrgicas con un título de reminiscencias teatrales y litúrgicas: “Los Sábados del Dr. Pean” (Ayerza, 1887a: 98; 1887b: 535). Hacia 1894, otro discípulo de Pirovano, el joven Daniel Cranwell, visitó el hospital San Luis de París y a su mítico cirujano; describió un escenario de trabajo quirúrgico similar al relatado por sus predecesores. Cranwell señaló la destreza quirúrgica de Pean, que operaba con la velocidad de los “cuadros del filmógrafo” (Cranwell, 2007: 196).

Los detalles de este viaje formativo de Pirovano son centrales en el proceso de cristalización de una experiencia quirúrgica en el Río de la Plata en la segunda mitad del siglo XIX. Pirovano fue descrito en su actividad docente tanto como en sus actividades quirúrgicas bajo una atmósfera de neto corte experimental, que contrasta con firmeza frente al estilo de sus maestros porteños. Siempre se reconoce su trabajo en clave empírica, el docente que desechó las clases de anatomía basadas en la lectura de textos por clases que incorporaron actividad experimental en un anfiteatro, incluso en ausencia de una morgue que regularizará la disposición de cadáveres para dichas clases. Cercano a terminar su estadía en Francia y a la luz de los progresos realizados, el joven cirujano

Pirovano es tentado con la titularidad de la cátedra de histología y anatomía patológica en Buenos Aires (Cranwell, 2007 [1939]: 45; 1944: 50; Souza y Hurtado, 2010: 901). Y acepta bajo la condición de que se monte un laboratorio con los elementos indispensables para equiparlo; sus cosmovisiones científicas y quirúrgicas –de marcado acento empírico y reconstitutivo– no admiten la enseñanza de ambas materias con el único recurso de la lectura de textos. Con la aprobación de la escuela a su propuesta, se le otorgó la suma de “2000 duros” para comprar algunos de los elementos, básicamente un microscopio que –según el comentario de sus alumnos– era colocado en el centro de una mesa en el salón destinado al nuevo laboratorio, ubicado desde 1876 en un aula de la antigua facultad, y que funcionó como espacio de clases y museo anatómico (Cranwell, 2007 [1939]: 41; 1944: 34; Souza y Hurtado, 2010: 902).

Además de ser una institución cercana al cirujano maestro, el CMA albergó las discusiones quirúrgicas en sus salones y dictó cursos libres de cirugía. Allí se cuenta una resección del cubito derecho de un chico de nueve años en el Hospital de Niños. La intervención fue realizada el 13 de abril de 1878 y festejada por su éxito. El paciente intervenido recuperó buena parte de la movilidad del brazo, siendo expuesto el primer sábado de junio en el salón del CMA (Jorge, 1878: 400). Este tipo de intervención se transformó en un componente importante del aporte quirúrgico fomentado por Pirovano a su llegada a la cátedra. Será común ver publicadas en los periódicos científicos historias clínicas sobre resecciones de distintos miembros, confeccionadas a partir de las intervenciones provenientes de su sala quirúrgica.

Por su parte, comienza a cobrar mayor visibilidad el adormecimiento del campo operatorio. El propio Pirovano reconoce la presencia del cloroformo en el Hospital General de Hombres antes de su llegada, aunque será él quien lo aplicará en forma sistemática, utilizándolo en distintas intervenciones, que fueron desde las curaciones simples en el Hospital de Niños, a intervenciones quirúrgicas mayores en el Hospital General de Hombres. En 1884, a raíz de un fallecimiento ocurrido en su sala de operaciones, reconoce la aplicación “desde hace quince años” en cerca de “tres mil casos”, siendo aquella poco feliz experiencia la primera vez que obtenía un resultado negativo (Pirovano, 1883: 160). Al igual que sus pares europeos, los cirujanos locales, con Pirovano a la cabeza, sostendrán la imposibilidad de renunciar al principio de

resolución muscular –o adormecimiento del dolor– en la intervención quirúrgica, incluso frente a la presencia de accidentes en el proceso de cloroformado.

En cuarto lugar, entre los temas quirúrgicos que llaman la atención, aparece con fuerza el estudio y práctica de las resecciones de los huesos, intervención que tanto admiró Pirovano en los cirujanos parisinos. Ciertamente, la presencia de este tipo de inquietud no debe sugerir la ausencia de las cirugías clásicas como las amputaciones de miembros. Acaso no se debería olvidar que las intervenciones con amputación tenían una fuerte presencia en los propios hospitales europeos visitados (Cranwell, 1945: 32). Las resecciones de miembros sin consecuencias inesperadas para el paciente –como la eripielación de los miembros o la pérdida de movilidad del mismo– en las salas hospitalarias locales era una inquietud central, como puede apreciarse en la presentación realizada por el propio Pirovano en el primer tomo de los *ACMA*.

4.5.3. El cuadro clínico del Dr. Cobos

Si el debate por los hospitales centrales y la promoción de la clínica quirúrgica son evidencias del compromiso de la sociedad con la práctica clínica, no lo es menos algunas publicaciones editadas en su revista, como por ejemplo el pequeño cuadro nosográfico escrito por el recientemente graduado doctor Cobos, “amigo” de la sociedad, publicado en 1886 (Cobos, 1886: 539).

El trabajo surgió como ensayo final de su experiencia como practicante interno mayor en el Hospital de Clínicas, período que el autor concluyó a fines de 1885. Así pues, el joven Cobos pertenece a las primeras generaciones de practicantes que ingresaron al Hospital de Clínicas luego de su traspaso a la Facultad de Medicina, en 1883. En efecto, el hecho de presentarse como interno mayor *egresante* permite inferir que ha ocupado el cargo inmediato inferior, es decir, el de practicante menor hacia el año 1884. Por tanto, este pequeño escrito de 10 páginas se convierte en testimonio clave a la hora de apreciar la relación entre la sociedad y su promoción de la experiencia clínica, en una institución como era el nuevo hospital escuela, en especial, su cuadro de situación interna durante sus primeros años de enseñanza oficial.

El flamante galeno afirmó presentar las “insuficiencias” detectadas durante su internado; acaso este sea uno de los primeros datos en llamar la atención. El segundo es que, a la hora de hablar de aquellas “insuficiencias”, el autor rescató un anudamiento de conceptos clínicos y experiencias prácticas realizadas, situadas en los “pasillos” y “salas” del flamante hospital. Entre tales conceptos figuraban algunos clásicos durante tales años como “el libro natural” –los pacientes en la sala– que debían ser “leídos” –o, mejor aún, “bien leídos”– por el grupo de practicantes. Cobos inscribió esa lectura en una experiencia individual y colectiva y, en términos más contundentes, inscribió esa experiencia en la construcción de la clínica *local* o *nacional*, es decir, sin esperar el “llamado de otros países”. El autor fue enfático a la hora de señalar el tipo de experiencia práctica de la que estaba hablando; eran los tópicos de los cuales se había hecho eco el grupo fundacional de la Sociedad 13 de Diciembre y del CMA, puestos en contexto de experiencia práctica de trabajo clínico:

“La experiencia ha demostrado a la generación presente, que la clínica es el objeto primordial de los estudios en las escuelas de medicina. Dedicado a la Clínica Médica durante mi internado en el Hospital de Clínicas, me he impuesto de sus necesidades e insuficiencias, y me ha parecido que podíamos dar un paso más en pro de la enseñanza sin esperar en esto, como en los demás casos, el llamado de otros países, por adelantados que sean, si la innovación es útil, el ensayo es fácil y su realización ni costosa ni difícil” (Cobos, 1886: 541).

El “Cuadro Clínico” es un pequeño tratado de metodología clínica cuyo problema capital es la necesidad de unificar la experiencia del médico a la hora de abordar el estudio de una patología inscrita en un paciente a su cargo. El ciclo de esta experiencia comienza con la llegada del paciente a la sección de internos, donde el médico lo espera al *pie de la cama*; y el final, al menos potencial, de la misma llega a la morgue, donde se realiza la necropsia. Tanto por su forma y por su contenido, así como por la relación que se puede establecer con las otras fuentes consultadas hasta el momento, la información que de él se desprende es sumamente valiosa. Primero, permite apreciar la existencia de una relación conflictiva entre los claustros al momento del ingreso al hospital; en tal sentido es un testimonio de la ideología pedagógica alternativa a la forma del saber

libresco y erudito que criticaban los miembros del CMA. En segundo lugar, es un testimonio explícito –otro más– de la necesidad que poseían los médicos locales de construir la clínica nacional como aporte al curso de la civilización. En tercer lugar, permite apreciar la constitución de un modelo abstracto del cuerpo de los pacientes “al pie de la cama” en forma paralela a la consolidación de una práctica disciplinaria sobre los cuerpos de los pacientes en la cama del hospital. En cuarto lugar, y quizá sea esta su característica más importante, permite evidenciar la existencia de una acumulación de saber realizada por la primera generación de practicantes que han pasado por el recientemente inaugurado Hospital de Clínicas. En otras palabras, estamos ante un testimonio más o menos directo de la experiencia médico clínica que se consolida a partir de lo que hemos denominado sujeto epistémico o producción colectiva de conocimiento. Es de interés revisar con algún detalle estos cuatro puntos.

El primer dato importante que se desprende del trabajo del joven Cobos, es la existencia de una relación conflictiva entre ambos claustros en el seno de las cátedras clínicas asentadas en el Hospital. Tal tensión aparece enunciada como desventaja que deben afrontar los alumnos a la hora de realizar sus prácticas al pie de la cama. Esta desventaja consiste en que los estudiantes solo poseen una formación teórica a la hora de asistir a las cátedras clínicas, debido a que la experiencia clínica práctica (responsabilidad del cuerpo docente) se ha incorporado solo recientemente y en términos parciales en el ámbito de la Escuela de Medicina. La solución que ha encontrado el joven Cobos en su trayectoria como practicante no es distinta a las opciones conocidas en las escuelas médicas alemanas desde mediados de siglo XIX bajo el nombre de “credo de Purkyne”; tampoco es distinta a las soluciones a que apelaron otros estudiantes universitarios argentinos, como por ejemplo los estudiados por la historiadora Susana García en la Universidad de la Plata a inicios de siglo XX. Tal solución no es otra que redoblar esfuerzos bajo su propia tutela y responsabilidad, aferrarse con más empeño a ese “maestro universal” que era el “libro de la naturaleza”:

“A la cabecera del enfermo, el médico experimentado lleva todo el contingente de sus conocimientos adquiridos en el silencio de su gabinete; pero lleva además condensado, el recuerdo permanente de todos los casos

sometidos a su tratamiento, las dificultades que se presentaron, el modo como los venció, los nuevos medios de investigación que la necesidad le ha sugerido en cada caso particular, y por último, el resultado alcanzado por sus esfuerzos. Es que domina el arte que ejercita, sin desdeñar la experiencia de los que le han precedido. Pero el estudiante, aún de los cursos superiores, no puede encontrarse en condiciones semejantes. Careciendo por completo de prácticas, solo puede disponer de sus estudios teóricos, incompletos la mayor parte de las veces, por razones que a nadie se ocultan, y de la experiencia de los demás pudiendo tan solo añadir por su propia cuenta el sano criterio, el juicio mensurado y el examen atento y prolijo de los enfermos confiados a su estudio. La observación es, pues, el requisito indispensable para los maestros como para los discípulos, pero sobre todo a estos que se impone con toda la fuerza de su energía. Ella es la que os brinda todo el provecho de nuestros afanes; noble satisfacción del espíritu por nuestro acierto; útil enseñanza por nuestros errores; ella es, en fin para valerme de una frase repetida hasta el cansancio, pero oportuna siempre el único, el verdadero libro que la naturaleza abre ante nuestros ojos, para que con el misterio de nuestras inteligencias descifremos el misterio de nuestras enfermedades” (Cobos, 1886: 534).

Como directa consecuencia de este problema pedagógico, surgía un segundo gran problema –ahora sí de corte metodológico–, como era la dispersión y heterogeneidad que el contexto dado en el hospital presentaba a los futuros galenos. Si, como señala George Canguilhem, la naturaleza de la práctica clínica es la de ser una “técnica de instauración o restitución de la normalidad”, la efectividad de su realización bien puede verse desbordada debido a la ausencia de coordinación y centralización en las etapas a través de las que se desarrolla el estudio clínico de una patología. En otras palabras, desde la cama a la morgue, la lectura del libro de la naturaleza en el cuerpo del paciente necesita de condiciones tales como unidad y centralización. Tales condiciones muestran un importante estado de fragmentación cuando la generación del joven Cobos desembarca dentro del Hospital de Clínicas:

“De aquí la necesidad de las Historias Clínicas. Más estas hasta hoy no han podido suministrar provecho ulterior para los que no han estado presentes durante su lectura. Obedeciendo todas a un plan distinto y resistiéndose muchas de las premuras con que han sido hechas, aunque entre ellas las hay de verdadero mérito, por la heterogeneidad e insuficiencia de los medios de que se dispone, ni aún las más notables pueden llegar a ese desiderátum. Y esto se explica fácilmente. Los elementos de que se hace uso, el boletín estadístico, los trazados térmicos de la respiración y el pulso por una parte; el examen químico y microscópico de la orina, el diario de observación y los trazados estimográficos por otro, háyanse comúnmente dispersos, reunidos y aglomerados con la historia levantada, forman un todo informe y heterogéneo. Pero si esto sucede respecto al diagnóstico y marcha de la enfermedad, mas todavía puede decirse respecto al resultado de la autopsia en los casos que la muerte ha vencido a la naturaleza. Por mas prolijo que se haga el estudio de los órganos, su resultado no aprovecha sino el reducido círculo de los que presencian la necropsia, solo de vez en cuando se expresa aquel por escrito; pero como hemos dicho ya, a pesar de la buena voluntad del estudiante, debido a la insuficiencia de los medios, casi siempre es un estudio incompleto” (Cobos, 1886: 533).

Es importante contraponer el problema metodológico señalado por el joven Cobos, con la situación material y espacial presentada por las fuentes que hablan del Hospital de Clínicas.

La mayor cantidad de estudiantes que de camas y casos a relevar, como ya enunciaba Wernicke en sus palabras a los alumnos, sin duda llevaría a la premura o rapidez con que son realizadas las historias clínicas según nos cuenta el joven Cobos. Misma situación se presenta a la hora de realizar las necropsias, en las cuales no solo reaparece la dificultad para escribir los testimonios como señalaban los redactores de los *Anales* años antes, sino que además se suma el problema de la ausencia de una verdadera morgue. En efecto, señalamos que recién a fines de la década de 1880 se instala una cámara frigorífica con capacidad para ocho cadáveres, según el testimonio de las autoridades de la facultad. En otras palabras, la fragilidad de las condiciones materiales en que se desarrolla la práctica clínica dentro del nosocomio durante los primeros años

repercute en forma directa sobre los problemas metodológicos que deben afrontar las primeras generaciones de estudiantes que comienzan a familiarizarse con el pensamiento clínico.

Aquello que el texto del joven Cobos pretende resaltar como su aporte positivo ante el cuadro de situación metodológico presentado con anterioridad es un tercer elemento de capital importancia en el documento para dar cuenta del proceso de materialización del género médico clínico. Dicho aporte nos confiesa explícitamente la necesidad de unificar los espacios sobre los que se despliega la mirada clínica en pos de la búsqueda continua de información sobre las patologías. En efecto, una decidida vocación por historiar el desarrollo de las patologías desde su llegada al dispositivo clínico hasta su fin en el estado mórbido visible en la necropsia. Esta vocación es similar a la presentación del curso o de las enfermedades existentes en las historias clínicas. La historización surge como la clave para atrapar en el reino de la mirada médica las posibles variaciones que presenta la patología en el libro de la naturaleza. En tal sentido, son por demás elocuentes los argumentos que emplea el autor para justificar la forma en que ha organizado y expuesto su Cuadro Clínico:

“A fin de ser completo, lo he dividido en dos secciones. En una presento lo que concierne a la enfermedad, al diagnóstico y marcha del tratamiento en cada caso particular, mientras que la otra, está dedicada exclusivamente al resultado de las necropsias. En la primera parte, he colocado en la parte superior un cuadro para inscribir el trazado térmico y anotar diariamente mañana y tarde las variaciones de la temperatura durante una enfermedad aguda, pueden recorrerse con solo una mirada. En la parte superior lleva dos trazados esfigmográficos del pulso radial a los 30 y 60 años, en un hombre de cabal salud, según Ozanon y Morey, para que sirvan de término de comparación con el que se obtenga en cada caso examinado los que serán colocados en el lugar correspondiente. Viene en seguida la historia clínica que contendrá el relato del enfermo o la persona que lo acompaña; el examen prolijo que haya hecho; los signos suministrados por las palpaciones, percusión y auscultación; el estado de todas las funciones del

diagnóstico y pronóstico que se haya formulado, la causa o causas probables de la dolencia, la marcha que sigue, las complicaciones o enfermedades intercurrentes, el tratamiento seguido y la terminación expresada en caso de muerte, en la causa de origen. Como complemento indispensable se halla agregado el diario de observación donde el estudiante anotará día por día, todas las novedades que se presentan en el curso de la dolencia” (Cobos, 1886: 534).

Hay un ordenamiento de los indicios que surgen del abordaje clínico de la patología a través de un criterio temporal y evolutivo, como queda manifestado en la secuencia en que el joven autor presenta el orden intelectual del cuadro y, al mismo tiempo, en los pasos que debe seguir el lector para interpretarlos. También hay una insistencia en la comodidad de la mirada ante ellos, que debe encontrarlos claros y comunicables. Ambos tópicos se funden para esclarecer el curso y evolución de la patología que debe quedar inscripta en el archivo clínico, lugar en donde descansa la experiencia colectiva de la profesión:

“No diré pues una sola palabra sobre su importancia, y me limitaré tan solo a señalar aquí la suma utilidad que reportaría a las Salas de Clínicas Médicas para la formación de sus archivos, pues destinándose una hoja para cada enfermo, al fin del año se podría formar un tomo, en el que estaría condensado todo el trabajo del servicio médico, y donde encontrarían los hombres estudiosos grandes provechos para la práctica y los periódicos de medicina, material abundante e interesantísimo” (Cobos, 1886: 535).

Las características propias de la metodología clínica que surgen del cuadro del joven Cobos llevan directamente a un último punto de gran importancia. En efecto, la presencia del concepto de patología como una pieza clave en la experiencia metodológica colectiva de la profesión nos remite a la consolidación de una tradición de pensamiento anátomo-patológico como eje intelectual de la misma con posterioridad a 1883. Un elemento en especial sugiere esa relación, como es la consolidación de una imagen abstracta del paciente similar a la existente en el programa científico del CMA.

El cuerpo paciente es el espacio en que se desarrollan todos los estados posibles de una patología, cuya evolución el médico debe seguir y estudiar. Pero esta abstracción mal puede ocultar su diálogo político e ideológico con fuertes principios de clase, de género y generacionales. Tampoco puede ocultarse la preocupación por el poder, en este caso, el poder de curar sobre la población, tornándose en un principio aceptado la distancia de la mirada profesional del resto de la población y, a partir de ello, la legitimidad en el intento de imponer un proyecto de medicalización a escala social. Dicha noción abstracta del individuo es el punto contra el que se despliega el concepto de normalidad y patología.

Antes de pasar a ello, creemos importante detenernos en una apreciación sobre la fuente. Ciertamente, puede pensarse que este documento no es relevante debido a que es el texto de un alumno y quizá no sea representativo del cuadro de situación interno de la Facultad. Ante tal afirmación, es importante recordar que el texto del joven Cobos no solo tuvo doble publicación y un importante reconocimiento local, dado que formó parte de la lectura de un grupo de futuros médicos en el año de su publicación, como ya hemos señalado. Además, dicho texto le ganó el favor de una presentación ante la Academia de Medicina de París, en 1890, como deja entrever una editorial publicada en los *ACMA*:

“El Dr. Francisco Cobos, antiguo agregado a la clínica médica de Buenos Aires, ha presentado a la academia de medicina de París, por intermedio del profesor Peter, el cuadro clínico del que es autor, este cuadro conocido ya y utilizado en la clínica ha sido considerablemente aumentado por el Doctor Cobos de tal manera que llena todas las exigencias de una buena anotación para el conocimiento gráfico de la marcha de la enfermedad. El profesor Peter, comunicó a la Academia la descripción del cuadro en cuestión, con las siguientes palabras. M. Peter tiene el honor de presentar a la Academia en nombre del autor Francisco Cobos de la República Argentina dos cuadros. Estos cuadros son, en resumen, en su conjunto más saltante la síntesis de la semiótica clínica” (*ACMA*, 1890: 280).

4.6. A MODO DE CIERRE

En las páginas precedentes se presentaron algunas de las actividades que compusieron el programa experimental del CMA, durante las cuatro décadas de documentación trabajadas. Ciertamente no son las únicas, aunque sí son un grupo relevante y, en especial, con continuidad en la vida de la pequeña sociedad científica y médica. Tales prácticas cumplieron el papel de “ampliar los sentidos” de observación de los socios, de cristalizar pasos en una cultura de la observación experimental en la institución. Teñidas de una atmósfera de conflicto –como la que invocaba el grupo de asociados– con las autoridades de la escuela y, en especial, con las propias prácticas y concepciones de la vida experimental que esta poseía, los policlínicos, la cátedra libre, y las prácticas quirúrgicas, fueron parte del esfuerzo que la sociedad se auto impuso, en pos de renovar la “ciencia nacional”.

Su presentación deja entrever la estrecha relación que la sociedad posee con otras sociedades científicas y en tal sentido –desde el punto de vista conceptual e historiográfico– con el concepto de *tecnología material* rescatado por la moderna historia social de la ciencia en el estudio de inscripción de un programa experimental, en especial a través del estudio de controversias (Shapin y Schaffer, 2005 [1985]: 64; Souza y Hurtado, 2008: 236; Souza y Hurtado: 900).

Tal concepto y el recorte de actividades que permite realizar en las fuentes otorgó visibilidad al universo de las prácticas científicas, en este caso puestas en contexto institucional al referenciarlas al grupo de sociabilidad estudiantil fundado en la ciudad y la escuela a mediados de 1875. El foco puesto en tales prácticas –a la luz de aquellos conceptos– permite a comenzar a dar cuerpo a las prácticas científicas implementadas en la sociedad, en un contexto en que los aspectos materiales (e históricos) de las prácticas propias de los procesos de formación de intelectualidad tienden a quedar desdibujados tras un tipo de historia que pone el acento en el estudio de representaciones, conceptos o cosmovisiones. No es difícil apreciar una vasta literatura que nos habla de las ideas y representaciones propias de los hombres de la generación del ‘80, sean estos políticos, intelectuales, militares, médicos, abogados. Más difícil es –al menos en la historia de la ciencia local– poder apreciar las prácticas de producción de

conocimiento. Y con base en esta percepción historiográfica es que se tomó la decisión metodológica de utilizar aquellas herramientas y conceptos a fin de aproximar cierta visibilidad a tales prácticas. A su vez, tal concepto de la “visibilidad de las prácticas”, lejos de ser un “prejuicio materialista” o una oscura torsión profesional de dudosa inspiración empirista, busca estar en sintonía (y diálogo) con el criterio expresado en la literatura metodológica reciente de la historia social de la ciencia. La pregunta por el lugar de las prácticas en la historia de la medicina local finisecular, además de re apreciar el “necesario lugar de lo empírico” en la historia social de la ciencia local, permite apreciar la relación –no menos histórica y material– con las estrategias implementadas, tanto en otras profesiones, como en otros círculos de sociabilidad de la época (Sabato, 1998: 54; 1999: 168; 2003: 19; González Bernaldo, 2008: 274-275). Permite inscribir aquellas prácticas en un “horizonte histórico” que ha sido caracterizado en términos nítidos por la moderna historia política y cultural como “burgués” y “liberal”, con las potentes resonancias que los mismos tienen. Más aún, tales prácticas cristalizaron bajo un tipo especial de sociabilidad, como es el que Maurice Agulhon describe como “burguesa”. Y dichos actores afirmaron estar interesados en hacer aportes a una ciencia médica “nacional”. La relación entre estos múltiples sentidos en juego y, por su parte, los procesos estudiados en los primeros capítulos permite hablar de la sociedad como un “partido de hombres de la cultura”, en la ciudad que había visto nacer el “partido de la libertad” a la caída de Rosas, como fenómeno de la repolitización de la vida colectiva. Acaso no sea casual el hecho de que los “jóvenes” que fundaron la sociedad –entre ellos “El Licenciado Cabra”– lanzaran blasfemias y mandobles –por partes iguales– a retratos e imágenes del otrora poderoso estanciero de la provincia de Buenos Aires.

Por su parte, desde el punto de vista empírico, la cátedra libre, los policlínicos gratuitos y las actividades de promoción de la clínica en suelo local muestran a la sociedad cercana a las preocupaciones y actividades de otras instituciones científicas, tanto locales, como latinoamericanas.

Acaso con un concepto de las actividades experimentales volcado sobre los cuerpos de los sujetos que conformaban la sociedad civil finisecular, compartieron preocupaciones con otras instituciones científicas locales, tales como los museos y observatorios

astronómicos, sociedades científicas y botánicas, laboratorios y farmacias, quienes pujaron por sostener instituciones en contextos de gran fragilidad institucional y política. El afloramiento del CMA como “club de las ciencias médicas” no fue ajeno a una dinámica que atravesó a las antiguas capitales virreinales, en especial durante la segunda mitad del siglo XIX; la misma puede ser presentada como la cristalización de una “sensibilidad social para las actividades científicas y técnicas” (López-Ocón, 1998: 215).

CAPÍTULO 5

“UN TERROR SAGRADO POR TODO LO QUE SEA PUBLICAR”: EL CMA Y LA CIRCULACIÓN DEL PROGRAMA EXPERIMENTAL EN LAS CIENCIAS MÉDICAS LOCALES FINISECULARES

5.1. LA PRODUCCIÓN DE TECNOLOGÍAS LITERARIAS Y SOCIALES

En forma paralela a la promoción de tecnologías materiales, la sociedad promocionó la cristalización de aquello que Steven Shapin y Simon Schaffer han denominado tecnologías literarias y sociales (Shapin, 2000: 170; Shapin y Schaffer, 2005 [1985]: 80).

En las siguientes páginas se insistirá en que dichas actividades formaron parte de la vida cotidiana del CMA y que, por lo tanto, no es ocioso el intento de rescatarlas. Para quien se acerca por primera vez a la vida de la institución durante estos años, acaso sea la presencia de tales actividades uno de sus datos más llamativos y curiosos al mismo tiempo. En un período y en un espacio motejado –tanto por sus contemporáneos como por extemporáneos– por su escasa vocación científica, la presencia nítida de aquellas actividades se convierte en un indicio importante a explorar desde las herramientas de la historia social de la ciencia. (Shapin, 2000: 10; Shapin y Schaffer, 2005 [1985]: 31).

En tal sentido dos preguntas son relevantes. Primero, ¿qué se entiende aquí por tecnologías literarias y sociales? Y segundo, ¿qué fenómenos empíricos permiten leer dichos conceptos en el material disponible para estudiar las cuatro décadas aquí abordadas? Interrogantes de gran utilidad dado que permitieron ordenar y abordar los temas seleccionados (Shapin, 2000: 120; Shapin y Schaffer, 2005 [1985]: 98).

Se entenderá por tecnologías literarias del CMA al grupo de actividades cuyo objetivo central fue poner en circulación representaciones y lenguajes científicos y médicos

(Shapin, 2000: 138; Shapin y Schaffer, 2005 [1985]: 57, 101). Con mayor especificidad aún, se hará referencia a las actividades que buscaron poner al alcance de los socios las representaciones médicas y científicas en boga en las distintas escuelas médicas conocidas en el Río de la Plata y, por ende, consideradas legítimas por las comisiones directivas de la sociedad. Dos actividades nodales en la vida de la sociedad quedan incluidas en esta definición. La primera es la edición de la revista conocida como *Anales del CMA* y la segunda, en muy estrecha relación, es el armado de una red editorial o red de intercambio de publicaciones que dio vida a la existencia de la biblioteca y hemeroteca de la sociedad. Como se podrá apreciar en el ítem siguiente, la importancia de ambas actividades atraviesa sin fisuras ostensibles las cuatro décadas estudiadas. Incluso en los periodos de fuerte conflictividad interna la salida de la revista es una actividad privilegiada por parte de las comisiones directivas.

Por su parte, se han denominado *tecnologías sociales* a las actividades por las que se fomentaba la participación de los socios en la exposición de conocimientos y saberes, producidos en el seno de la sociedad, como ya se pudo apreciar en el capítulo anterior (Shapin, 2000: 140; Shapin y Schaffer, 2005 [1985]: 57, 121).

Cuentan entre dichas actividades la realización de torneos y concursos científicos, así como también la realización de conferencias y asambleas científicas. Ambas actividades fueron intensamente promocionadas por las comisiones directivas de la sociedad como parte del bagaje que debería poseer el “buen médico”. Al igual que sucediera con las tecnologías materiales, estas prácticas tuvieron un eco y una intensidad desparejas; fomentadas activamente a través de concursos y bajo la promesa de publicación en la revista de la sociedad desde sus primeros años, no lograron en la práctica echar raíces sino en forma intermitente. Solo hacia fines de siglo XIX y luego durante la segunda etapa de la vida de la sociedad aparece un calendario de asambleas científicas sostenido en el tiempo y con una variedad de temas considerados por las propias comisiones directivas como de valor científico. Acaso uno de los puntos de mayor interés respecto a estas prácticas es que refractan la conflictividad que atraviesa a la sociedad; como se podrá apreciar, las asambleas científicas se prestaban a un intenso clima de discusión entre los “*Señores*” y los “*Doctores*”, situación que no era tolerada con frecuencia por

estos últimos y que era fomentada explícitamente por los primeros (Leandri, 1999: 78; Souza, 2008: 80).

Ambos conceptos son presentados –al igual que el de tecnología material– por Steven Shapin y Simon Schaffer en su *Leviathan and the Air Pump*, y remiten a dos tipos de prácticas puestas en juego tanto por el creador de la bomba de vacío –Robert Boyle– como por otros pares de la Royal Society, en pos de comprender y legitimar las actividades experimentales implicadas en la existencia del controvertido artefacto. Ambas tecnologías ponen en juego un plus de legitimidad sobre las actividades experimentales practicadas con la bomba de vacío, y permitieron afrontar los problemas de credibilidad que de ellas emanaban (Shapin, 2000: 140; Shapin y Schaffer, 2005 [1985]: 57, 121). En pocas palabras, si los caballeros de la Royal Society apadrinaron una nueva filosofía experimental, no es menos cierto que la misma requirió para ser comunicada de una tecnología social específica, como fue el lenguaje experimental y, en especial, en las convenciones morales en él incluidas, convenciones de capital importancia para generar una reproducción virtual de los hechos experimentales. Aquel lenguaje y estas convenciones eran las apropiadas a los ojos de los caballeros de la elite inglesa de fines de siglo XVII, con gusto por la descripción minuciosa y, al mismo tiempo, por la sobriedad en la transmisión (Shapin, 2000: 140; Shapin y Schaffer, 2005 [1985]: 57, 121). Acorde a aquella filosofía experimental y a este lenguaje, se invocó también una “tecnología literaria”, como fue el informe observacional, en sus primeros años firmado por todos los socios presentes en las reuniones de tan selecto club. A él se sumaría la edición de una revista periódica, como fue –y aún es– *Philosophical Transactions*. Punto de capital importancia en la particular mirada de ambos autores es que las tecnologías sociales y literarias no son un momento menor o secundario de las actividades experimentales, tomadas como el contexto de descubrimiento propiamente dicho, como una instancia de mayor veracidad al resto. Por el contrario, las formas culturales e históricas que adoptó el lenguaje y la comunicación de la mirada experimental, son constitutivas de dicho programa (Shapin, 2000: 120; Shapin y Schaffer, 2005 [1985]: 57).

Este particular anudamiento de las tres tecnologías (o actividades de producción, legitimación y promoción científica) se presentará en las sociedades o instituciones

científicas de los siglos XVIII y XIX, ciertamente en contextos sociales e históricos muy diferente. Nuevamente, es necesario hacer explícito el desplazamiento que implica la utilización de ambos conceptos para un contexto y un período distintos a los analizados por ambos autores (Shapin, 2000: 27; Shapin y Schaffer, 2005 [1985]: 35). En particular, el concepto de “tecnología literaria” aplicado al CMA implica abordar una actividad editorial bien distinta a la actividad editorial puesta en juego por los miembros de la Royal Society (Shapin, 2000: 140). La vida de la revista, tanto como de los torneos y conferencias, son actividades algo distintas al informe experimental estudiado por Shapin y Schaffer; por su parte, las tecnologías sociales no eran únicamente formas comunicativas, creadoras de posiciones morales legítimas respecto de la vida experimental, sino actividades tendientes a resaltar la importancia de transformarse en sujeto experimental dentro de las ciencias médicas, así como también en “autor” y expositor de las mismas.

No menos cierto es que la edición de una revista y la convocatoria a torneos y conferencias, se produjo en el marco de un tipo de conflicto (y de contexto) distinto tanto al de la Royal Society de fines de siglo XVII, como al de otras sociedades científicas del siglo XVIII y XIX (Shapin, 2000: 153; Shapin y Schaffer, 2005 [1985]: 57). Como se afirmó en el capítulo anterior, había plena conciencia de que no se estaba ante una revolución científica, sino ante una revuelta en el campo de las ciencias médicas, que exploraba en el “arcón de los recuerdos” de los estudios médicos locales y, más en general, de las ciencias experimentales de la ciudad. De hecho las palabras del joven Ramos Mejía en su alocución de junio de 1875 eran precisas. Invitaba a retomar el ejemplo de la *Abeja Argentina*; también sugirió a sus consocios menores que se convirtieran a la “posición de autor”, que no le tuvieran miedo a la palabra escrita, como –según su opinión– si le temía la generación médica de sus maestros, la generación médica de 1852 que –horror de horrores a ojos de un literato incisivo, como fue “El Licenciado Cabra”– no había producido –a 1870– una palabra de valor que engalanara la medicina local. La *Abeja Argentina* no es un nombre invocado al azar; es la revista científica editada por la Sociedad Literaria de Buenos Aires, entre mediados de 1822 y mediados de 1823. Era la voz de una de esas “sociedades que han dado tanto impulso a la civilización del mundo entero”, entre cuyos “nobles objetivos” figuraba “generalizar toda clase de conocimientos”, que debían guiar el proceso de salida del “estado de

abyección en que nos tenía nuestra ominosa dependencia de la España” (Gutiérrez, 1822: 22; Nicolau, 2005: 25). La *Abeja* fue una de las primeras revistas de orientación científica en el Río de la Plata post revolucionario y en cuya imagen se inspiraron algunas de las sociedades científicas y literarias de 1870 y 1880. Bibliotecas y hemerotecas, prensa científica, concursos y exposiciones son otras tantas herramientas presentes en el proceso de cristalización de una “sensibilidad social para la ciencia y la técnica”, desatado en las principales ciudades latinoamericanas, durante el proceso de independencia del mundo hispano y virreinal (Lafuente y López-Ocón, 1998: 220).

Así pues ambos conceptos permiten apreciar un aspecto por demás interesante de la vida de la sociedad, como es su capacidad de crear y hacer circular lenguajes científicos y médicos (Shapin y Schaffer, 2005 [1985]: 57, 101; Kriege y Pestre, 2005: xvi; Burke, 2000: 30). Si en el apartado anterior se pudo apreciar su capacidad de realizar actividades científicas concretas, en este se podrá apreciar un dato no menor en la vida de una institución científica, cual es su faceta de promotora en la república de las ciencias. Nuevamente, se insistirá que son estas actividades las que separan al grupo de socios de otros clubes florecientes en la ciudad finisecular, y lo acercan con claridad a una institución científica. En efecto, sostener un periódico especializado, poner en juego actividades de promoción científicas tales como torneos científicos, convocar asambleas científicas, armar una biblioteca y hemeroteca especializada, etc., dan a la sociedad un perfil similar a otras instituciones científicas (tanto latinoamericanas como europeas) de la época. A lo largo de las cuatro décadas de vida de la sociedad aquí estudiada, se puede apreciar la creación y puesta en circulación de lenguajes (y tecnologías) científicas y médicas. Por su parte, desde el punto de vista de las tecnologías sociales, se podrá apreciar la adscripción de clase de las cosmovisiones epistemológicas, científicas y médicas de los miembros de la Sociedad. Los miembros de la sociedad –y, por ende, la sociedad en sus formas estables– también “trasladaron convenciones, códigos y valores de la conversación caballeresca a los dominios de la filosofía natural”, en este caso estudiado a los dominios de la medicina (Shapin, 1994: 30). En efecto, la forma organizacional *Circle* descrita por Agulhon y adoptada por el CMA fue un ámbito fuertemente restrictivo y propio de sectores patricios de la ciudad o, en su defecto, de grupos que aspiraban a serlo, como el caso de las clases medias urbanas en creciente expansión durante fines de siglo XIX y principios del XX. Para el caso, las diferencias

entre ambos grupos parecieran borrarse tras la adopción de un lenguaje presentado como neutral y objetivo, de sólidos compromisos con el progreso y la verdad. Si el programa experimental de fines de siglo XVII depositó su credibilidad en técnicas perceptivas y morales más apropiadas –y creíbles– a los caballeros que a los campesinos de Oxfordshire, simétrica enseñanza cultivaron los socios del CMA sobre la nascente república de las ciencias y sobre la situación de la salud local (Shapin, 2000: 140; Shapin y Schaffer, 2005 [1985]: 58). No será difícil apreciar el clamor de los “apóstoles de la medicina” respecto de sus propias acciones, sobre la salud de los “pobres desheredados” de la ciudad, del “proletariado” aunque también de esa “vil canalla” que no respetaba su derecho de salario y que abusaba de las consultas gratuitas en el policlínico gratuito. Tal discurso apostólico dejaba bien claro el lugar –es decir, las jerarquías y distancias– existentes entre el médico y su paciente, en la versión local del humanismo médico (Leandri, 1999: 30; Di Liscia, 2004: 150; Souza, 2008: 75).

5.2. LA COLUMNA VERTEBRAL DE LA INSTITUCIÓN: LA BIBLIOTECA Y LA HEMEROTECA

La primera de las actividades incluidas bajo este apartado es el armado de una biblioteca y una hemeroteca especializada en ciencias médicas y, seguidamente, en ciencias en general, con una fuerte presencia de temas tales como química, biología, física, historia y, hacia fines del periodo trabajado, psicología (Leandri, 1999: 180; Souza, 2008: 80).

¿Por qué estudiar la biblioteca de una sociedad científica y médica como tecnología literaria? La pregunta es relevante porque la biblioteca jugó varios papeles, no menos importantes en la vida de la sociedad. Primero, tuvo rasgos de “tecnología material”, dado que ayudó a crear hechos experimentales junto a las experiencias mencionadas en el apartado anterior, tales como los policlínicos y la cátedra libre, pero no solamente en ellas. A modo de ejemplo, se recordará que la biblioteca fue el repositorio de lecturas de los estudiantes y profesores que participaron en ambas experiencias. En segundo lugar la biblioteca fue un espacio organizativo importante; como se ha podido apreciar en él se realizaron asambleas tanto científicas como políticas. Por lo tanto, comparte ese rasgo adjudicado por la moderna historia política a espacios y lugares informales de la ciudad, tales como celebraciones, fiestas, cafés, y bibliotecas (Sabato, 1998: 56; Sabato, 1999: 169; González Bernaldo, 2008: 332).

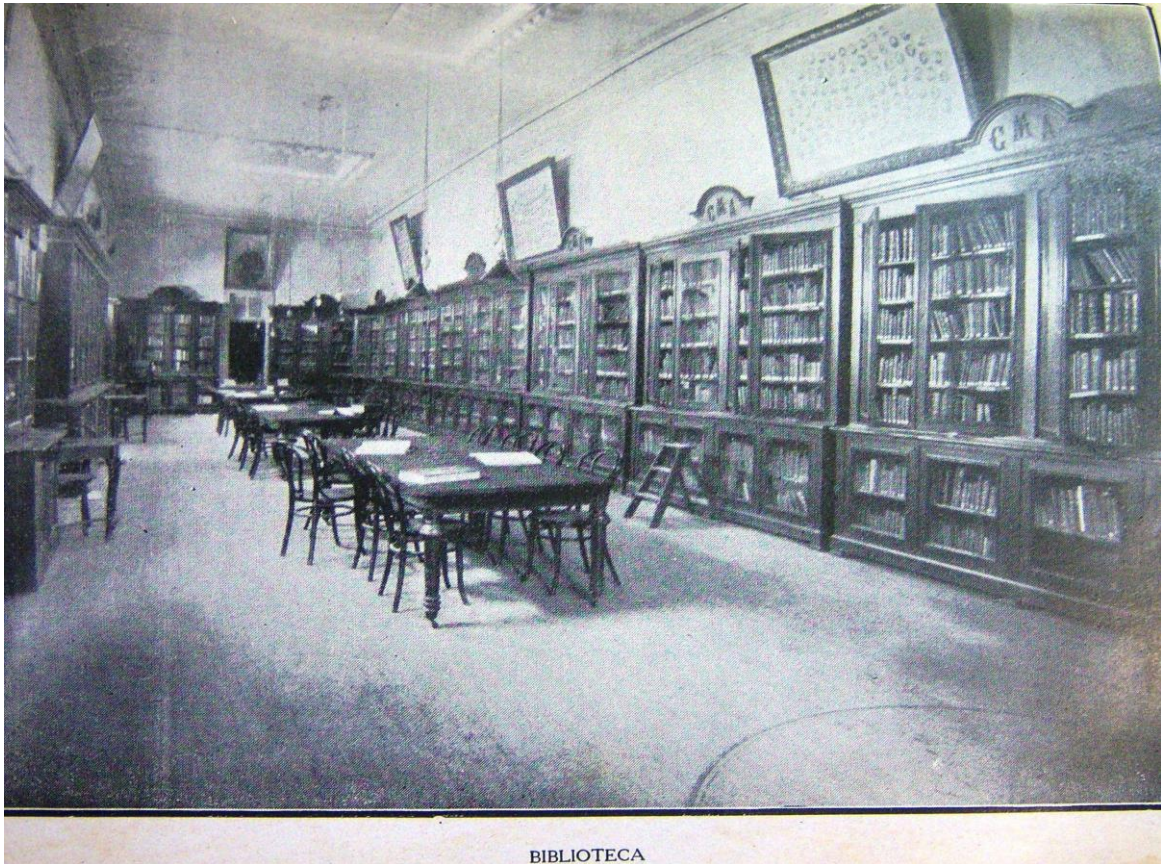


Foto de la Biblioteca del CMA y Centro de Estudiantes de la Facultad de Medicina tomada a mediados de 1912. Obsérvese las bibliotecas confeccionadas a pedido de la comisión directiva, rematadas con las iniciales de la sociedad.

Frente a este panorama se apelará a la figura de “tecnología literaria”, porque se puede distinguir con nitidez un tercer aspecto de importancia, como es su aporte a la puesta en circulación de lenguajes y representaciones científicas y médicas, en especial de convenciones morales no menos relacionadas a las prácticas científicas (Shapin, 1994: 30; Shapin, 2000: 130; Shapin y Schaffer, 2005 [1985]: 57, 121). Se podrá apreciar que tales convenciones y pautas morales dieron vida a una “representación virtual de los hechos experimentales”, suerte de amplificación de los mismos tendiente a afrontar el problema de su transmisión y, en especial, de su legitimidad y verosimilitud. Las “poderosas palancas de la observación y la experimentación” invocadas por Novaro en el discurso de apertura de los policlínicos gratuitos, quedaban truncadas sin una biblioteca de la cual nutrirse y con la cual confrontar al mismo tiempo, y sin una revista que transmitiera, amplificara y testificara la producción experimental de la sociedad (Novaro, 1883: 450).

En efecto, la decisión metodológica de estudiar la biblioteca y hemeroteca del CMA como tecnología literaria responde al hecho empírico de funcionar (y crecer) en estrecha relación a la edición de la revista del círculo. Ciertamente, seguía los pasos de una importante cantidad de instituciones científicas, locales, latinoamericanas y luego, europeas en tal materia (Shapin, 2000: 130; Shapin y Schaffer, 2005 [1985]: 57, 121; Porter, 1990: 36).

Funcionó como repositorio de convenciones morales científicas, dado que permitió circular saberes referenciales en la profesión de la época, dio modelos de prácticas médicas y mapeos de las escuelas de distintas regiones de la ciencia y la medicina occidental (Shapin, 2000: 130; Shapin y Schaffer, 2005 [1985]: 57, 121). Buena parte del material institucional y científico publicado en las páginas de la revista se inscribió bajo este concepto. Presencia de la biblioteca en la revista, pero a su vez, también presencia de la revista en la biblioteca; como se podrá apreciar a continuación, la hemeroteca de la sociedad tuvo un impulso importante a partir del canje del periódico. Si dicha hemeroteca contó con una entrada fija mayor a la centena de revistas especializadas durante las cuatro décadas estudiadas, ello se debió al canje sostenido con otras instituciones científicas a través del periódico de la sociedad. En pocas palabras, sobre dicho tándem –biblioteca y revista– afloraron y circularon representaciones morales y lenguajes científicos que pusieron en circulación un plus de legitimidad sobre los hechos experimentales promocionados por la sociedad y crearon las condiciones de posibilidad para su inscripción en redes científicas y médicas internacionales, como se podrá apreciar con mayor precisión a la hora de hablar de la revista.

El armado de una biblioteca y una hemeroteca especializada fue, en rigor de verdad, un proceso complejo que abarcó a un número importante de socios y comisiones directivas. En este sentido puede asumirse que es actividad colectiva y, como tal, sometida a división de tareas. Su existencia –al igual que el resto de la sociedad– tuvo aspectos estables y aspectos mutables al mismo tiempo. En tal sentido fue una repartición de gran importancia en la vida de las ciencias médicas de la ciudad de Buenos Aires; fue desde la década de 1880 una alternativa institucional de importancia a la fragmentada biblioteca de la escuela médica y de las colecciones particulares, dato señalado en

reiteradas ocasiones, en los actos institucionales en los que sus dirigentes no ahorran en modestia. Alejandro Amoretti –presidente entrante en 1893– señalaba la magnificencia de la biblioteca de la Asociación:

“Su biblioteca puede decirse con orgullo, sin temor de equivocarse, es la mejor biblioteca médica que existe en el país; para formarse una idea, somera aunque sea, sobre su magnitud, bastará dirigir una mirada escudriñadora por los hermosos estantes que adornan este espacioso salón, los que se hallan atestados de obras de medicina escritas en el país y en el extranjero, y que representan la labor constante de todas las comisiones directivas que se han ido sucediendo. El provecho que reporta a los asociados, tanto médicos como estudiantes, no es necesario que os insinúe siquiera, porque está en la conciencia de todos. Ella constituye a mi modo de ver la principal riqueza de la sociedad, y una de mis principales preocupaciones será fomentarla y acrecentarla, al mismo tiempo que procurar que ella sea bien conocida de los socios, para que pueda ser mejor utilizada” (Amoretti, 1893: 321).

Las primeras noticias de la biblioteca provienen de las rendiciones publicadas en 1877 y la presentan, en su momento inicial, como parte del proyecto político y gremial de los estudiantes reunidos a mediados de 1875. Dicho proyecto dio sus primeros pasos sobre la base de 145 libros heredados de la Sociedad Estímulo Médico; a ellos se sumaron poco más de 3200 pesos provenientes de 53 médicos de “la región sud de la ciudad”, entre quienes figuraron algunos nombres fuertes de la escuela y la academia de medicina, luego criticados con dureza por la sociedad, como el clan médico conformado por la familia Montes de Oca. Por último, se sumaron donaciones de libros y folletos hechas por simpatizantes de las ciencias, tales como Guillermo Rawson, el ex miembro del “club del esqueleto” (y futuro ministro del interior de Roca) Dr. Eduardo Wilde. El primer secretario de biblioteca –el Sr. Espeche– cerraba su informe diciendo: “La Biblioteca ha sido objeto de sus principales trabajos” y que la misma “cuenta ya con un buen plantel de libros, y dentro de poco podrá ponerse a vuestro servicio” (Espeche, 1877: 117). Mismo informe en que hizo constar que *una* sola biblioteca de pino –comprada en junio de 1876 al carpintero Ernesto Magro y cuyo valor fue de 2.350

pesos– alcanzó para alojar la primera existencia de libros rendida.

Si tomamos el año final de nuestro período –1914– aquellos primeros 244 libros dieron paso a una biblioteca de poco más de 5.700 volúmenes y a una hemeroteca de 165 revistas recibidas mensualmente en canje por los *Anales del CMA*. En agosto de 1913 la biblioteca ocupaba un salón de 21 metros de largo por 6 de ancho, reconocido como uno de los más amplios del edificio; las bibliotecas eran once y estaban coronadas por las siglas talladas de la sociedad. El secretario saliente afirmó que: “se han comprado cuatro bibliotecas iguales al tipo existente, pues eran de suma necesidad para dar cabida a los numerosos libros y revistas que estaban sin ubicación” (Taborda, 1910: 548). En 1910, el presidente saliente afirmó que se habían hecho reformas separando en salas distintas la biblioteca y la hemeroteca; el crecimiento de esta última exigía una sala aparte, ubicada en un salón contiguo de la antigua biblioteca. El valor material de la biblioteca para 1913 rondaba los 21.400 pesos (moneda nacional) siendo el segundo en un inventario de los valores totales de la sociedad, detrás del valor del edificio que alcanzaba los 169.129 pesos (moneda nacional). Capital a disputarse en momentos de crisis institucional, como parece confirmarlo las cantidades de libros declaradas en las listas de 1906 y 1910. En la primera –una de las últimas declaraciones completas existentes de la antigua sociedad– se afirma que la biblioteca ha superado los 12.058 volúmenes de libros, de los cuales cerca de 10.000 eran internacionales y el resto era la modesta producción local acumulada desde 1876. Por su parte, en 1910 el Sr. Trucco afirma explícitamente que los volúmenes efectivamente heredados de la antigua biblioteca fueron poco más de 5.700. Es evidente que la cantidad de libros desaparecidos de la antigua biblioteca de la sociedad es importante; no menos evidente parece su relación con las modificaciones reglamentarias de 1908, y con el subsecuente desplazamiento de los graduados de la vida política de la institución (Taborda, 1910: 423).

Las palabras del secretario imponen otra aclaración de importancia; en efecto, de la dupla de biblioteca y hemeroteca –cristalizada en la separación de salas mencionada– es la biblioteca la que aparece como el primero de ambos espacios, más precisamente como sala de lectura. En efecto, los dos primeros secretarios –el señor Espeche y el señor Valdés– sostuvieron que “el espacioso salón que ocupa la biblioteca se encuentra

regularmente provisto de muebles y adornado con mapas, retratos y bustos de médicos célebres” (Espeche, 1877: 117). A partir de ella tomará forma –con el correr de la década de 1880– la hemeroteca.

La distinción es por demás interesante, no solo en el CMA, sino más en general en el medio científico y médico del Río de la Plata, incluidas la propia escuela médica, así como también instituciones médicas más antiguas, como la Asociación Médica Bonaerense y la Academia de Medicina. En efecto, es poco frecuente en el Río de la Plata hacia mediados de la década de 1870 la presencia de un catálogo de material bibliográfico dividido en ambas especialidades. Quizá ello se deba más a la ausencia de una práctica de consulta asidua de revistas especializadas que a la ausencia de las mismas en las instituciones mencionadas. En el caso del CMA, quedaron tempranamente delimitadas las injerencias de ambos espacios. Los secretarios de las bibliotecas mencionaron por separado –en sus respectivos informes– el crecimiento tanto de los libros como de las revistas que ingresaban a la sociedad. Ya en 1876, las primeras comisiones directivas comprendían con claridad la importancia política y científica de una hemeroteca especializada en ciencias médicas, y buscaban en la edición de un periódico de la sociedad una “poderosa palanca” para fomentar el canje de revistas que engrosara dicha hemeroteca. Es el *señor* José M. Jorge quien sostuvo –al correr de su informe– palabras algo proféticas sobre este tema: “Creo que una vez establecido el canje con el periódico que próximamente aparecerá como el órgano de la Asociación, se ahorrará un gasto no menor de dos mil pesos moneda corriente que estas publicaciones cuestan al año” (Espeche, 1877: 117).

Tal itinerario invita a preguntar por las formas en que se armó este espacio. ¿A qué estrategias apelaron las comisiones directivas y los socios en general para darle vida? ¿Qué se sabe de sus direcciones y secretarías? ¿Bajo qué tipo de reglamentos funcionó la repartición? Confrontados al hecho de que tuvo un destino relativo algo más exitoso que otras experiencias –tales como los policlínicos gratuitos– caben preguntar: ¿qué relación existió entre los socios y el consumo de los recursos de la biblioteca? Por último, pero no menos importante, ¿cómo afectan las modalidades de consumo del material al intento de estudiarla como una tecnología literaria implementada por la sociedad?

Primero, los libros y revistas en cuestión llegaron al seno de la sociedad por vías diversas (Souza, 2008: 80). En orden cronológico las dos primeras formas en aflorar son las donaciones y colectas. Luego, con el correr de los años ochenta, se afirmaron las otras dos formas clásicas como son el canje y la compra. Estas modalidades de adquisición de libros son representativas del registro de prácticas de un círculo asociativo, y parecieran desarrollar cierta complementariedad en la vida de la Sociedad. En efecto, las colectas y las donaciones son las estrategias principales en momentos especiales de la sociedad, tales como los años iniciales –en los que el capital de libros comenzaba a tomar forma– o los momentos de crisis económica –en los que no sobraron recursos para encargar libros– o, también, en los momentos solemnes, tales como agasajos, festejos, inauguraciones, o defunciones de socios que donaban su material a la Sociedad. En pocas palabras, son las estrategias que afloran cuando aún no hay una tesorería aceptada, como es el caso del CMA durante sus dos primeros años, o en momentos en que otros proyectos demandaban recursos, como los policlínicos o la construcción del “local propio”. Es en esos momentos donde aflora el patrimonio personal cedido tanto por socios como por simpatizantes. A modo de ejemplo, se recordará la importante lista de socios que juntaron dinero para donar libros a la sociedad a mediados de 1895, al momento de inaugurar la casa de la calle Corrientes; también pueden invocarse las propias donaciones y colectas organizadas en 1877, año de finalización de la primer presidencia de “El Licenciado Cabra” (Espeche, 1877: 116).

Pero el grueso del caudal de los libros –y en especial de las revistas– provino de decisiones explícitas, adoptada por las comisiones directivas y por los distintos secretarios de las bibliotecas, decisiones que bien pueden llamarse política bibliográfica de la Sociedad. Las dos formas principales fueron la compra y el canje de material por la revista. Ciertamente tales decisiones se estabilizaron en momentos en que se estableció una entrada regular de socios y una tesorería activa, con un presupuesto fijo por año. A modo de contraejemplo, pueden apreciarse algunos secretarios de biblioteca declarando la imposibilidad de seguir planes trazados en la adquisición de material, por el encarecimiento del mismo acorde a los recursos manejados. Así lo señalaba el secretario saliente en 1910, el Sr. Trucco: “Con el deseo de acrecentar la existencia de libros, confeccionóse una lista de obras, gestionándose, al efecto, varios presupuestos.

Pero la suma considerable que la adquisición en gran escala exigía, impuso un criterio prudencial, limitándose la renovación paulatina a las obras de texto más solicitadas por los socios” (Taborda, 1910: 423).

Las compras son decisiones tomadas tanto por los secretarios como por asambleas en las que se pedían materiales específicos, según constaba en el reglamento de biblioteca publicado en 1878 (ACMA, 1878: 489). Los libros seguían circuitos que encarecían la compra, pero que eran privilegiados por su comodidad, sea en la ubicación de los libros, sea en materia del crédito sostenido para pagarlos. Las primeras menciones a compras hablan de encargos hechos a socios en viaje por Europa o, directamente, a socios corresponsales. A los pocos años, se pueden apreciar convenios y créditos con libreros parisinos; en 1893 se formó una comisión de compras bajo la dirección del *señor* Tati, que estableció relaciones bibliográficas en aquella ciudad con los libreros Masson y Berthier. El primero extendió un crédito de 500 francos a la Asociación, que terminaría gestionando en dicho año libros para sus socios en forma particular y libros para su propia biblioteca. Según Samuel Gaché, la comisión de compra había sido un paso importante,

“Pero, el sistema, muy cómodo y ventajoso para los asociados, no lo era para la comisión ni para el Presidente; y a fin de evitar trastornos que fácilmente podrían sobrevenir la C.D. estudia en este momento un nuevo proyecto y una propuesta del Sr Alejandro Etchepareborda, tendiente a facilitar a los miembros de la Asociación y a esta, todos los libros necesarios, en condiciones casi iguales a las de los libreros de París. Espero que este procedimiento se realizara en breve, y entonces, contando con las facilidades y la conocida generosidad del Sr. Etchepareborda, podremos obtener libros casi al precio de costo. Otro tanto sucederá con los instrumentos de cirugía” (Gaché, 1893: 312).

¿Es este episodio testimonio de un pequeño aprendizaje institucional? Independientemente de lo que se opine, no es menos cierto que los actores lo vivieron como tal al asumir que era un intento algo más ambicioso que la compra por encargo a corresponsales. El crédito con la librería e imprenta del Sr. Alejandro Etchepareborda

duró algunos años, según nos informan las descripciones de tesorería donde se detallan las cuotas pagadas y el total de dinero adeudado a la librería (ACMA, 1894: 93). Las menciones al crédito desaparecen durante los últimos años de vida de la antigua sociedad. Por su parte, el canje del periódico fue un punto de capital importancia en la cantidad de libros ingresados y, en especial, en el armado de la hemeroteca a base de las revistas ingresantes.

Las noticias sobre el intercambio con numerosas revistas científicas y médicas europeas son tempranas en la vida de la sociedad; en el segundo tomo de los *Anales* ya se presenta una nutrida lista de revistas que crecería durante los próximos 10 años. Acaso el gesto de ostentación estaba destinado a múltiples miradas; la de la academia y el cuerpo médico, también a la mirada de la Asociación Médica Bonaerense antecesora del CMA y temprana destinataria de un nutrido canje en el Río de la Plata. Durante las dos primeras décadas, las noticias del canje de la revista son por demás optimistas, incluso a veces corren el riesgo de caer en una falsa modestia por el número de contactos y relaciones sostenidas. En efecto, en 1881 el secretario de biblioteca afirmaba que:

“Por cada paquete que llega de Europa recibe nuestra asociación contestación aceptando el canje de los Anales por importantes revistas científicas. Esto es alentador y debe llenar de satisfacción a los señores socios. A continuación publicamos la lista de los que recibimos actualmente: Montevideo: Anales de la Sociedad Rural; España: El progreso Médico (Madrid), El siglo Médico (Id), El Genio Médico-Quirúrgico (Id), Revista de Medicina y Cirugía Práctica (Id), Anales de Ciencias Médicas (Id), Gaceta de Sanidad Militar (Id), Revista Médica Catalana (Barcelona), Gaceta Médica Catalana (Barcelona), Boletín del Ateneo Barcelonés (Id), Boletín de Medicina Naval (Cadis), Crónica Oftalmológica (id), Crónica Médica (Valencia), Gaceta Médica (Sevilla), Boletín de Higiene y dosimetría (Málaga); Francia: La tribune Médicale (Paris), Le Progres Médicale (id), Gazette des Hospitiaux (id), Juornaul d’Hygiene (id) Le Practicien (id) Revue Médicale Francais et Etrangere (id), Revue de Medecine et chirurgie des Maladies des Femme (id), Moniteur de Poli-Clinique (id), L’Union Médicale et Scientifique du Nord Est (Reims), Nice

Médicale (Niza), Presse Médicale (Paris), Revista de Medicina (id); Italia: Le Sperimentale (Florencia), Rivista Clinica (Bologna), La Medicina Comunale (Seregno), L'Idrología Médica (Bassano), Racoglitore Médico (Forli) Giornale delle malattie delle occhi (Nápoles), Archivio Clínico (Roma) Bélgica: La Lancette belge (Bruselas) Journal des Sciences Médicales (Louvaine) Le Scalpel (Liege); Estados Unidos del Norte: American Journal of Otologie (New York), New York Médical Journal (id) Virginia Médical Montly (richmond) Méjico: El Observador Médico (Méjico) La Independencia Médica (id), La Escuela de Medicina (id) La reforma Médica (id) Brasil: Uniao Médica (Río de Janeiro) Portugal: Jornal das Sociedaes Médicas (Lisboa) Canadá: The Canadian Journal of Médicale Sciencie (Toronto) Chile: Revista Médica (Santiago) Rusia: St. Petersburg Medicinische Wohenschrift (S. Petersburg) Cuba: Crónica Médico-Quirúrgica” (ACMA, 1881: 399-402).

Esta es una de las primeras noticias impactantes sobre las revistas ingresadas en la hemeroteca de la sociedad; ciertamente no sería la única y mucho menos la última. En 1885, el secretario de biblioteca informaba que los *Anales* habían alcanzado a establecer canje con poco más de una centena de revistas:

“El canje que mantiene con otras publicaciones se aumenta incesantemente. Hoy lo hace con 101 revistas y periódicos; y de Europa y de América se reciben con frecuencia pedidos para establecerlo, demostrando así la bondad de los trabajos que en él aparecen. Varias revistas de Medicina del viejo mundo han transcripto artículos de ‘los Anales’, y no debo pasar en silencio el hecho de que Dujaedin-Beaumetz en el último tomo de su ‘Clínica Terapéutica’ recoge ideas y el tratamiento de la viruela, por el Dr. Penna, de un estudio de éste inserto en nuestro periódico. ‘Los Anales’ del Círculo Médico son el reflejo del adelanto científico entre nosotros, y a cualquier parte a donde vaya esa hoja, vá una palpitación viva de nuestra existencia como agrupación, conjuntamente con el eco que enviamos a nuestros hermanos que en otras regiones del globo cultivan la ciencia y ennoblecen el espíritu, dando horizontes a la inteligencia” (Gaché, 1884: 602).

Volveremos sobre este tipo de noticias a la hora de hablar de la revista de la sociedad; aquí interesa señalar que, desde 1885 hasta 1914, el número de revistas llegadas al CMA por canje siempre superó la centena, estabilizándose en número cercano a las 120 durante los últimos años de vida de la antigua institución. El presidente en 1905 –el Dr. José Badía– señalaba en su informe que: “La biblioteca recibe 161 revistas entre argentinas y extranjeras; 142 tratan de medicina y 19 de ciencias diversas; 41 se reciben por suscripción y 120 por canje con los Anales”. Al año siguiente, el mismo presidente daba cuenta de similares números: “Se reciben hoy 158 revistas entre argentinas y extranjeras; de ellas 139 tratan de medicina y 19 de diversas ciencias; 41 se reciben por suscripción y 117 por canje con los Anales” (Badía, 1905: 366). Los augurios realizados por los presidentes respecto del papel de su biblioteca en la escuela médica local se sostenían sobre este dato de capital importancia, como era el ingreso de más de una centena de revistas durante dos décadas.

Sin embargo, no todas las noticias del canje fueron “alentadoras” ni llenaron de “satisfacción” a las comisiones directivas. Entre 1885 y 1886 existió un intercambio de opiniones con la escuela médica de París, conflicto de gran valor analítico que permite apreciar las relaciones existentes en el intercambio entre instituciones de distinto tamaño, región y prestigio. Los relatos del mismo son prolíficos en detalles a la hora de ilustrar los términos asimétricos de las relaciones de intercambios de saberes, entre la capital mundial de las ciencias y, por su parte, la pequeña y lejana provincia local de la república de las ciencias médicas finiseculares. En dicho año –y por iniciativa de su presidente, el *doctor* Samuel Gaché– se puso en marcha una campaña para ampliar las relaciones internacionales de la sociedad; como parte de dicha campaña se propuso intercambio de periódicos a varias instituciones europeas, entre ellas, con la escuela médica de París. A esta última institución el CMA le pidió una copia de todas las tesis producidas, a cambio de una colección completa del periódico de la sociedad que contaba a ese momento con 8 tomos. Frente a esta desigualdad en las condiciones de intercambio, la escuela médica de París contestó en un tono que disgustó a la comisión directiva del CMA rechazando la propuesta bajo el argumento que no puede responder a tal trato, dado que no poseía la cantidad de copias solicitadas y tampoco podía obligar a sus alumnos a que imprimieran otra copia. El editor cerró su nota afirmando que:

“Todos los centros a los cuales el ex-Presidente se dirigió, contestaron amigablemente, con excepción de la Facultad de París, que lo devolvió sin dignarse a abrir el paquete. Es bien sensible que tal hecho haya sucedido y lo lamentamos tanto más cuanto que siempre el Círculo Médico Argentino ha demostrado por los médicos que se educan y forman en esa Facultad, la más sincera estimación, teniendo entre su cuerpo de corresponsales a algunos como el Dr. Richelot, Charles Eloy, etc., cuyos escritos sobre nuestro estado de progreso científico, nos hacen un verdadero honor y que no nos hacía esperar de dicha Facultad, una respuesta tan deprimente” (ACMA, 1885: 585).

La respuesta a tal escrito no se hizo esperar y fue la prestigiosa *L'Union Médicale* de París, que se hizo eco del conflicto. A principios de 1886 dicha revista dedicaba una larga nota destinada a mediar en el mal entendido entre ambas sociedades. Ciertamente los editores no dejaron pasar la oportunidad de señalar su atención por la pequeña sociedad médica rioplatense, a la vez que subrayaba la desigualdad del pedido establecido. Quedaba claro que el tipo de material que el CMA pedía para su biblioteca era material priorizado para las instituciones médicas y científicas francesas. La nota fue traducida y publicada en los *Anales del CMA* en 1886, dado que no dejaba de implicar un gesto de reconocimiento importante para la sociedad y para la iniciativa de una CD no ajena a conflictos:

“Los Anales del Círculo Médico Argentino, sociedad científica de la cual *L'Union Médicale* varias veces se ha ocupado, y que merece todo el interés que deben inspirar las sociedades nuevas que tienen un fin útil ha insertado en uno de sus últimos números un artículo relativo a la facultades de medicina de París, que hemos leído con disgusto. El autor acusa en cierto modo a la Facultad de haber rehusado el envío de su periódico, y de habérselos devueltos sin haber abierto siquiera el paquete. Pareciónos que había en esto alguna mala inteligencia fácil de subsanar. Averiguado del asunto, hemos sabido que el CMA había propuesto a la Facultad el canje entre sus Anales y la colección de las tesis de la Facultad;- Que a pesar de la

desigualdad de los términos de dicho canje, la Facultad se hubiera complacido en enviar sus tesis a la Sociedad Argentina como lo hace con otras sociedades extranjeras, pero que se ha hallado en la imposibilidad de hacerlo porque el número de ejemplares exigido a cada alumno, apenas alcanza para la distribución que se hace entre los profesores, agregados en ejercicio, Facultades de Provincia, Escuelas Secundarias, Militares y Civiles, Universidades Extranjeras y Sociedades inscritas desde hace mucho tiempo;- Que por esta razón, el rechazo del cambio hecho al CMA ha sido hecho al mismo tiempo a otras sociedades análogas, particularmente a la Academia de Medicina de Bélgica;- Que la facultad de Medicina de París, no pudiendo enviar la colección de sus tesis al CMA, no había creído, por un sentimiento de delicadeza que no se puede vituperar, deber aceptar sus Anales, enviados en calidad de canje. No se puede ahora obligar a los jóvenes doctores a aumentar las cifras, ya elevada de los ejemplares de sus tesis destinadas a nuestras facultades; pero es probable que no se tardará en tomar medidas en este sentido, a causa del gran número de pedidos de este género que han sido hechos a la Facultad de París; y no dudamos que entonces esta se apresurará a atender el pedido del CMA. La estimación que esta sociedad ha manifestado en reiteradas ocasiones por nuestros médicos y nuestras publicaciones, son otros tantos títulos que el cuerpo médico francés debe tener en cuenta, independientemente de la simpatía que profesamos nosotros por nuestros colegas americanos. Esperando que el cambio oficial se establecerá, podemos asegurar a nuestros colegas de los Anales Argentinos que su periódico será bien recibido si el fuese regularmente enviado a las bibliotecas de nuestras facultades” (ACMA, 1886: 270).

Este conflicto con la Facultad de Medicina de París y con *L'Union Médicale* es de gran interés en el intento por justificar el armado de una biblioteca especializada en ciencias médicas como tecnología literaria y social. En pocas palabras, el conflicto permite subrayar otra faceta del valor que el material bibliográfico especializado –en este caso las tesis y revistas implicadas– poseían para los actores enfrentados. Si se ha señalado que dicho material tuvo valor monetario plasmado en el precio que se puso a la biblioteca en la vida de la sociedad, o también valor simbólico plasmado en la

restricción de su uso a los miembros de la sociedad, el episodio señalado con anterioridad muestra otra acepción del valor, como es el valor organizativo del material bibliográfico acumulado en una biblioteca. En efecto, el armado de una biblioteca y una hemeroteca especializada en el seno de una institución científica como el CMA, no era una actividad que pudiera hacerse sin prescindir de contactos y jerarquías que se debían respetar, para no dar pasos en falsos como ciudadanos de la república de las ciencias. La colección de tesis de la facultad parisina no era un material al alcance de cualquier institución científica joven; a esa altura del siglo la Facultad de Medicina de París poseía al menos noventa años –si contamos desde su refundación por el decreto Fourcroy de 4 de diciembre de 1794–, o poco más de *seiscientos treinta años*, si contamos desde su primera fundación en 1253. En cualquiera de las dos situaciones, la desigualdad implicada en el pedido de canje es muy importante. La asimetría era visible, incluso más allá de la ilusión ciega de los “vínculos de amistad” y de las alabanzas cruzadas entre ambos espacios. Y acaso sea esa omisión la que buscaba señalar la respuesta de la Facultad de Medicina de París ¿Sabrían los miembros de la CD del CMA que la Facultad de Medicina de París había donado algunas tesis a la Escuela y a la Academia de Medicina de Buenos Aires en 1880, y que dicho donación nunca había sido correspondido?

Ahora bien, ¿quién tomaba las decisiones sobre las formas de ingreso (y egreso) del material bibliográfico? En pocas palabras, ¿quién gobernaba la biblioteca y sobre qué reglamentos? Sobre la biblioteca tenían injerencia formal las comisiones directivas, las cuales fijaban el reglamento y sus modificaciones, el secretario de biblioteca nombrado por ella, y el bibliotecario en los años en que tal figura existe. En efecto, durante algunos años secretario de biblioteca y bibliotecario eran la misma figura; en otros años aparecen deslindadas con claridad, producto acaso del deterioro del material producido por la inexistencia de alguien que lo cuide diariamente. Tal situación queda explicitada en 1888; el presidente saliente –el Dr. Antonio Gandolfo– afirmó que había logrado que la CD votara un sueldo de bibliotecario debido al mal estado en que se encontraba la biblioteca y la sala de lectura al momento de su llegada a la presidencia:

“Al hacerme cargo de la dirección de esta repartición, en Julio de 1887, encontré su curso en un completo estado de abandono. Los estantes de la

Biblioteca abiertos, sin una persona competente que regularizase el movimiento de las obras, permitía a los señores socios llevarse libros a discreción, dejando o sin dejar constancia en el libro talonario. Y en fin, señor presidente, la marcha toda de esta repartición, una de las más importantes de nuestro centro, completamente paralizada, disminuyéndose poco a poco el número de obras que forman nuestra Biblioteca, que aunque carece un tanto de las últimas publicaciones relacionadas con ella, es la primera en su género en la Republica Argentina. Para evitar estos abusos, conseguí de la Comisión Directiva que se pusiese un bibliotecario que vigilase por su estabilidad, y regularizase su marcha, y el presupuesto de 1888 asignó un sueldo para remunerar ese empleo, y desde entonces puedo asegurar a Ud. señor Presidente, que ha sido otro, completamente distinto, el movimiento de esta repartición” (Quiroga, 1889: 217).

Con posterioridad a estas declaraciones, es frecuente ver discriminado en las rendiciones anuales el puesto de bibliotecario, incluso en los años de crisis económica de la sociedad.

Si el bibliotecario era el encargado de la organización del préstamo del material, así como del encuadernamiento de los libros, por su parte tocaba al secretario de biblioteca administrar el fondo de dinero destinado a la misma, presentar el informe anual, o también armar las listas de material a conseguir y reemplazar. Este último no era un puesto ajeno a conflictos, como bien lo señaló en 1879 Roberto Wernicke, uno de los primeros bibliotecarios y secretarios de biblioteca de la sociedad. En efecto, a posteriori de una modificación de reglamento que castigaba el retraso en la entrega de los libros prestados, se registraron protestas de los socios contra el secretario. Con referencia a un nuevo reglamento de biblioteca que había entrado en vigencia en 1879, sostenía Wernicke:

“Puedo comunicar al señor presidente que la mayoría de consocios acatan sus disposiciones. Hoy sólo pocas obras vuelven después del plazo fijado. La oposición que al principio ocasionaron las disposiciones un poco enérgicas, no se dirigían a mi modo de ver contra el reglamento, sino contra

el Director de la Biblioteca y la Comisión Directiva que querían cumplir y cumplen con el deber que su título les asigna, es decir: que **dirigen**” (Wernicke, 1879: 79; negritas en el original).

La oposición denunciada por el multifacético doctor Wernicke no solo estaba inspirada en el ajuste reglamentario, sino en que este último contemplaba distinciones a la hora de consumir el material bibliográfico entre los *señores* y los *doctores*. En efecto, punto de capital importancia en la administración de la biblioteca fue la existencia de un reglamento, tempranamente sancionado junto al reglamento general de la sociedad, en el que se establecían los derechos a la hora de consultar el material. Las “medidas enérgicas” planteadas por Wernicke eran el retiro de la membrecía en caso de no devolver el material prestado; con anterioridad se lo suspendía por un año de la biblioteca si no devolvía el material a los 20 días del préstamo (Wernicke, 1879: 77-78).

¿Qué relación existió entre los socios y el consumo de los recursos de la biblioteca y de la hemeroteca? Se puede abordar tal pregunta desde la posibilidad de reconocer ciertos períodos y *frecuencias* de consumo de material en forma empírica; al mismo tiempo es necesario distinguir dicho ejercicio de cualquier intento por estudiar la historia de la lectura universitaria en el periodo, ejercicio mucho más amplio que el contenido en aquella pregunta, y más específicamente en los términos de la noción de tecnología literaria aquí utilizada.

Se ha sugerido con anterioridad que el consumo del material no poseía una relación lineal con el material acumulado; de hecho tal dato fue rescatado con cruda sinceridad por algunos de los presidentes salientes. Gregorio Aráoz Alfaro sostuvo en 1897 que, “de las 137 revistas en todas las lenguas que aquí se reciben, muy pocas ven separadas sus páginas por la mano del lector” (Aráoz Alfaro, 1887: 345). Ahora bien, el grado de consumo del material torna exagerado hablar de una *biblioteca abandonada*, como sugería el comentario mordaz de Aráoz Alfaro. Mas atinado para los últimos años de la primera versión de la institución, el comentario no refleja con justeza el clima bullicioso de los primeros 15 años; tampoco lo hace con los últimos años, vale decir los posteriores a 1908, donde la cantidad de *señores* asociados al círculo aumenta considerablemente, años en que según el señor Héctor Taborda –presidente saliente en

1910– había vuelto el *calor juvenil* y la *rumorosa jovialidad* a la sociedad (Taborda, 1910: 415). En pocas palabras, el consumo del material tuvo momentos de altibajos a lo largo de la historia de la sociedad, así como los tenía en el período anual de funcionamiento de la biblioteca. Más interesante aún es que tales variaciones refractan con mayor claridad que otras experiencias los conflictos dentro de la vida de la sociedad, como la participación de los estudiantes en su vida asociativa. En efecto, la presencia de los estudiantes en la biblioteca –sea como lectores, como asistentes a mítines o asambleas, o como ámbito de sociabilidad en general– se encuentra relacionada en forma estrecha con la mayor presencia de estudiantes en la vida de la sociedad (Taborda, 1910: 428).

Como se sugirió con anterioridad, se pueden establecer períodos de mayor consumo, que están relacionadas –acaso no en forma directa ni lineal– con las etapas de la vida de la sociedad señaladas en el primer capítulo. A mayor cantidad de socios en la sociedad, mayor participación de la biblioteca. En efecto, las noticias institucionales permiten apreciar que durante los primeros quince años –entre 1875 y 1890– la presencia de los estudiantes en la biblioteca y el consumo del material son asiduos. En 1877, José María Espeche, se dirigía al Director de la sociedad, el “Lic. Cabra” diciendo de su repartición:

“Pasemos a ver en seguida el uso que los socios hacen de la Biblioteca: el número de obras llevadas a domicilio asciende a 258; el de las consultas en el recinto de la biblioteca a 1822. Desde el 9 de Julio de 1876 han asistido 1774 lectores. Antes de concluir este informe, quiero manifestar en él la decidida cooperación que siempre he encontrado en la CD para fomentar la Biblioteca; y espero que si ella no se enfría, la biblioteca del Círculo Médico Argentino ha de llegar a ser de las primeras Bibliotecas Científicas de nuestro país” (Espeche, 1877: 118).

El deseo de Espeche se cumpliría en parte, dado que la biblioteca se transformaría en una de las primeras del país, precisamente en momentos en que sería menos frecuentada por los estudiantes. Es durante este período que se pueden apreciar las denuncias de escasa utilización por parte de los estudiantes, como el comentario lapidario de Aráoz

Alfaro de 1897, reproducido con anterioridad. Precisamente en estos años prosperan los “rumores infundados” denunciados por el señor Trucco en 1910, sobre el mal uso del material por parte de los estudiantes y, por ende, la necesidad de no prestarlo, paradójicamente en forma paralela a la mayor influencia de los graduados en los espacios de poder internos de la sociedad. Con la crisis y la llegada de la segunda versión de la sociedad, la participación de los *señores* en la biblioteca vuelve a ser evidente, como es señalado en reiteradas ocasiones luego de 1908. En los últimos años, la antigua biblioteca era calificada de “vetusta”, “a pesar de haber sido ella el “principal objetivo” que se tuvo en vista al fundar la asociación en 1875” (Taborda, 1910: 422). Por su parte, para retomar la senda de aquellos febriles años de la sociedad era de interés modificar el “reglamento interno, y los términos por el cual se prestan las obras, debiendo ampliarse a 20 días, sobre todo cuando se trata de textos usuales. Así lo aconseja la experiencia obtenida en su ejercicio” (Taborda, 1910: 422). Y más adelante, el Sr. Trucco terminaba su informe diciendo:

“Quiero dejar constancia de la satisfacción con que he visto volver a sus estantes respectivos todas las obras prestadas durante este ejercicio y de lo infundado de los temores que siempre se tuvieron, al establecer la práctica del préstamo de libros. Por excepción he necesitado recordar a determinados socios las prescripciones reglamentarias” (Taborda, 1910: 423).

De hecho, estas variaciones en la sensibilidad de los secretarios suelen estar acompañadas de otros indicios, no menos interesantes, a la hora de explorar la escena del consumo del material. En los años en que la biblioteca es más frecuentada, aparecen complejos cuadros demostrativos, ilustrando el crecimiento de la misma, pero también su consulta por materias; acaso sean estas rendiciones un dato importante a tener en cuenta para estudiar la orientación intelectual de la sociedad. El doctor Marcelino Aravena –director entre 1883 y 1884– presentó gráficos de los libros y de las revistas ingresadas, así como también de los temas consultados y de las variaciones mensuales en el consumo del material. ¿Buscaría resaltar que la biblioteca tuvo bajo su mandato 518 consultas? Ciertamente, no es un dato menor en un año en que la sociedad tuvo 322 matriculados, el doctorado de medicina 315, la facultad de medicina 394, y la universidad 864; tampoco es un dato menor frente al hecho de que no existen registros

oficiales de las consultas de la biblioteca de la facultad. Aravena se podía ufanar de un cálculo virtual, que le daba poco más de una consulta por asociado durante su último año de mandato; en dicho contexto, también se torna un dato significativo la cantidad de consultas por materias, en tanto que estas permiten apreciar una consulta mayor en algunas materias –como anatomía, cirugía, higiene y fisiología– en el marco de una consulta generalizada, que cubría el espectro de materias a cursar por los alumnos del doctorado (y principal fuente de asociados a la institución). En efecto, tal distribución era:

“Anatomía 38, Fisiología 50, Higiene 64, Histología 2, Terapéutica y Materia Médica 23, Medicina Legal 13, Toxicología 1, Embriología 1, Medicina Operatoria 12, Obstetricia 16, Patología General 29, Patología Externa 37, Patología Interna 23, Clínica Quirúrgica 16, Clínica Médica 40, Enfermedades de los Ojos 35, Enfermedades de Niños 28, Enfermedades de Mujeres 13, Enfermedades de la Piel 8, Enfermedades de la Laringe 8, Enfermedades Sifilíticas 5, Farmacia, 4, Varias 34, Revistas 17” (Gaché, 1884: 340)

Aravena incluso detalló que las 518 consultas se realizaron entre junio de 1883 y mayo de 1884; y tal ejercicio quizá apuntaba a mostrar que, por efecto de las medidas tomadas bajo su secretariado, la consulta había mejorado, como escuetamente reconocía el informe de los secretarios:

“La CD aceptó la idea del Dr. Aravena, y resolvió abrir la Biblioteca al servicio de los socios todos los días durante diez horas, en vez de hacerlo solo por la noche, como era de práctica anteriormente. De esta manera los miembros de la Asociación tienen mayores facilidades para gozar de sus ventajas, y así lo demuestra su movimiento creciente y prospero” (Gaché, 1884: 597).

En pocas palabras, una biblioteca medianamente concurrida, con una consulta en aumento y con una distribución de materias que abarcaba buena parte del espectro de materias dictadas en el doctorado de medicina. Similar “sensibilidad de lector” que la

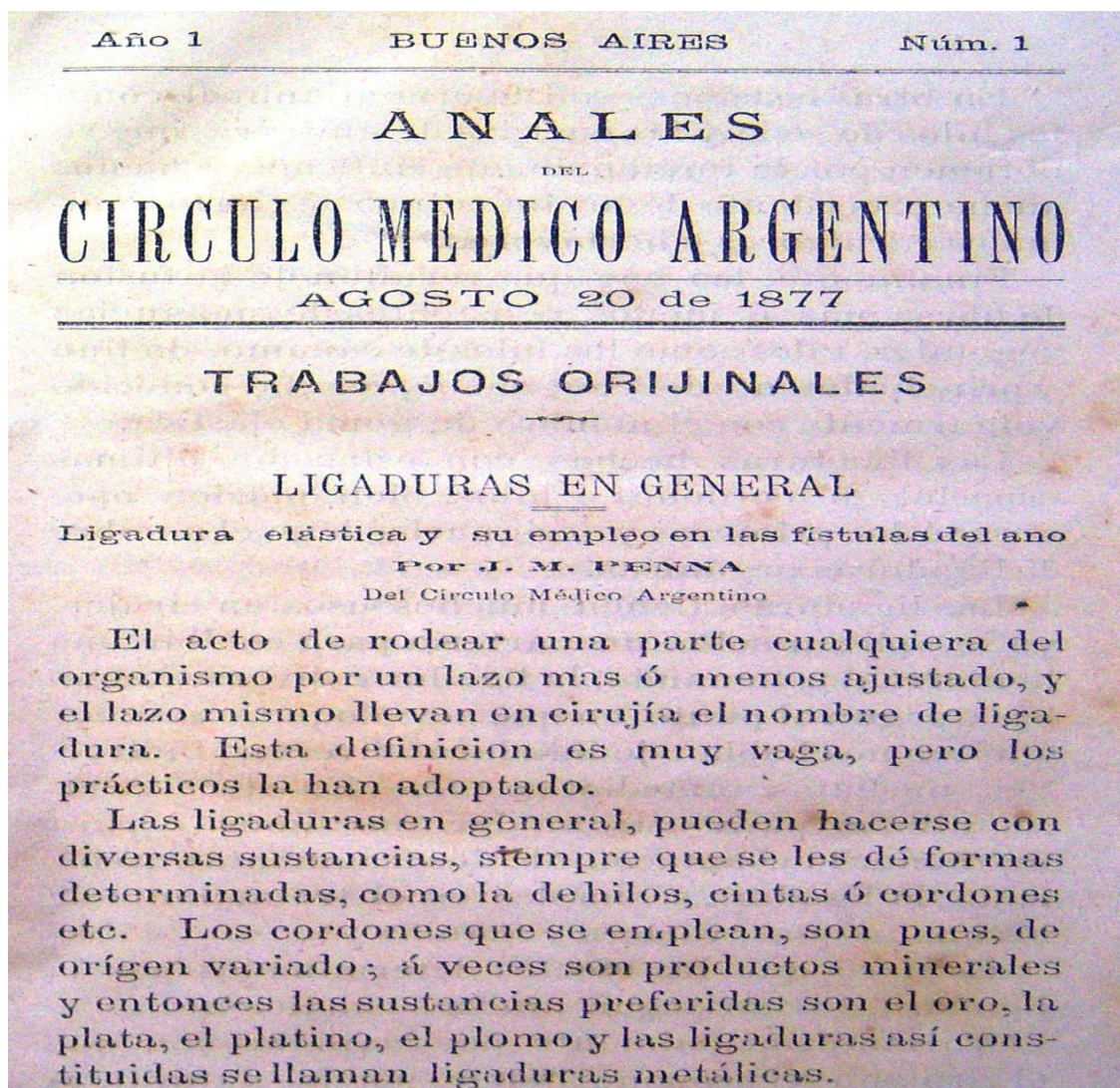
presentada por el doctor Rodríguez de la Torre –director de la biblioteca entre 1885 y 1886–, quien afirmaba que:

“Puedo presentaros también un nuevo dato y es aquel que se refiere al número de obras facilitadas a los socios en este período fuera de aquellas otras más numerosas sin duda, que han sido consultadas en el local de la Sociedad. Las obras llevadas por los socios, ascienden al número de 902 siendo de notar que aquellas que tratan de Clínica Médica, Patología Externa, Fisiología, Terapéutica, Oftalmología y Patología interna han sido notoriamente preferidas como lo demuestra el interesante informe del Sr. Director que en el anexo podéis consultar. Finalmente, el nos muestra el número de notas pasadas a los socios morosos, pidiéndoles de acuerdo con el reglamento, la devolución de las obras y estas suman un total de 325” (Penna, 1885: 347).

Por el contrario, durante los años en que el número de socios alumnos en la institución es bajo, solo figura una lacónica mención al número de revistas y libros ingresados, acaso echando un manto de piedad sobre la escasa consulta de una repartición que había sido explícitamente rescatada como una de las “razones de ser” de la sociedad. Ello parece más verosímil para los años que van entre 1900 y 1907; con la fusión institucional, serán los nuevos secretarios de bibliotecas los encargados de señalar el contraste en materia de consultas bibliográficas. En 1910, Héctor Taborda afirmaba que: “El movimiento de la Biblioteca ha superado en mucho al de los períodos anteriores. Fueron solicitados, en calidad de préstamos 636 libros, mientras en los últimos tres años se habían prestado 660 volúmenes, según consta en los libros respectivos” (Taborda, 1910: 422).

¿Cómo afecta el consumo del material al intento de estudiar la biblioteca como tecnología literaria? No es un dato menor, si bien no es un dato que se le pueda exigir un carácter conclusivo absoluto. Es evidente que el material bibliográfico fue consumido en diferentes períodos con diferentes intensidades; no menos evidente es que dicho material tuvo una orientación científica y médica nítida, de neto corte experimental, al igual que las otras actividades que la sociedad promocionó.

5.3. EL PROCESO DE EDICIÓN DE LOS ANALES Y SUS DERIVAS BIBLIOGRÁFICAS



Portada del primer número de los *Anales del CMA*, impreso con fecha 20/08/1877.

Si se ha considerado la biblioteca y hemeroteca como una de las actividades privilegiadas por la sociedad en materia de aquello que Steven Shapin a denominado *tecnología literaria*, no es menos cierto que la revista por ella editada desde 1877 es otra actividad practicada por la sociedad susceptible de ser enfocada desde el mismo ángulo conceptual. Los *Anales del Círculo Médico Argentino* –y más familiarmente *Los Anales*– es un proyecto en el que intervinieron varios grupos de socios en condiciones de afrontar la división del trabajo inherente al proceso de edición de la revista. Proyecto

que a diferencia de las actividades señaladas con anterioridad –tales como la biblioteca, la escuela de estudios libres o los policlínicos– mantuvo tradiciones y prácticas incluso en las coyunturas conflictivas de la sociedad, como la transición vivida en 1908.

Los *Anales del Círculo Médico Argentino*, editados entre 1877 y 1907, alcanzaron los 30 tomos. Por su parte, la revista editada luego de la reunificación de la sociedad asumía explícitamente la herencia de su antecesora, pero también se hacía eco de la nueva revista fundada por el grupo de estudiantes que se había desvinculado de la sociedad a mediados de 1900 y que fundó el CEFCM, conocida como *Revista del Centro de Estudiantes de la Facultad de Medicina*. El nuevo nombre era una unificación de ambos grupos asociativos –*Revista del Círculo Médico Argentino* y *Centro de Estudiantes de la Facultad de Medicina*– que reconocía y retomaba el pasado de la primera versión de la sociedad. Más aún, tal continuidad no quedaba solo en el papel simbólico; la nueva revista heredaba la oficina comercial, así como también el fichero –pieza de capital importancia en las actividades de edición– y la inscripción en una densa red de autoridad científica y médica. La deuda y la continuidad eran explícitas como quedó señalado en el informe escrito por su director en 1910 y elevado por el presidente saliente, Don Héctor Taborda. Por cierto, el director de la biblioteca del CMA en el año centenario era un nombre llamado a ser una figura de peso en la medicina Argentina de primera mitad de siglo XX, a saber el joven consocio Salvador Mazza:

“A este respecto debo adelantar al Sr. Presidente que está en prensa el índice general de las antiguas Revistas del ‘Círculo Médico Argentino’ y del ‘Centro de estudiantes de Medicina’ que comprende 35 años de la primera hasta su extinción y 9 de la segunda continuados en la publicación de las asociaciones fusionadas que ha entrado en su décimo año de existencia. Esta obra, por otra parte, indispensable sobre todo para la revista del Centro que carecía de muchas índices parciales, va a llenar una sentida necesidad de la bibliografía nacional, pues sabido es el importantísimo rol que la Revista del CMA desempeñó en la medicina argentina en épocas que era el único exponente de la cultura científica y se reflejaba en ella toda la labor de generaciones, a las que pertenecieron notabilidades médicas argentinas y de las que surgieron la mayor parte de nuestros actuales maestros. Es también

el mejor y más serio contingente que la asociación puede aportar a la conmemoración del primer centenario de nuestra independencia” (Taborda, 1910: 420-421).

Con estas palabras, Salvador Mazza trazaba un panorama explícito sobre el destino de ambas publicaciones y sus deudas comunes; en forma menos explícita –pero no menos contundente– unificaba con claridad el destino de la Escuela Médica de Buenos Aires con el destino de la Medicina Nacional, y en dicha asociación era el CMA quien debía aportar el “contingente de seriedad científica” para celebrar el centenario de mayo.

Así el CMA no quedaba ajeno al dilema planteado a otras sociedades científicas y a sus correspondientes programas experimentales desde mediados del siglo XVII (Porter, 1990: 36; Shapin, 2000: 130; Shapin y Schaffer, 2005 [1985]: 57, 121). En efecto, ¿para qué poner en marcha la práctica de producir hechos experimentales sino se los puede comunicar? ¿Para qué fomentarlos si no se los puede someter al juicio de pares frente a la asamblea de la pequeña provincia local de la república de las ciencias, y frente a la asamblea ampliada de la república de las ciencias médicas internacionales? Frente a tal dilema, las opciones seguidas no fueron ajenas a las seguidas por aquellas instituciones referenciales, figurando entre ellas la edición de un periódico de la sociedad; periódico que fue presentado en más de una ocasión como “la palpitación de nuestro movimiento científico” (Gaché, 1886: 4). “Palpitación” de “nuestra cultura científica”, son otras tantas representaciones poéticas que se dieron las comisiones directivas sobre el papel de su periódico; no es menos cierto que tales representaciones –más allá de los resultados concretos– nos hablan de las expectativas puestas por los asociados en dicha revista y que estas mismas expectativas se aproximan mucho a la definición de *tecnología literaria* trabajada por Steven Shapin a la hora de estudiar las prácticas desplegadas por los caballeros de la Royal Society. En pocas palabras, se esperó del periódico que movilizara imágenes y escenas propias de la vida experimental fomentada por la institución.

En forma semejante a otros aspectos de la vida de la sociedad, la edición de los *Anales del CMA* fue un proceso de alguna complejidad, afectado por una muy modesta división de tareas; dichas tareas fueron sostenidas por distintos grupos de socios durante las

cuatro décadas estudiadas. Así, puede ser de capital importancia para nuestros fines indagar cómo se construyó la experiencia colectiva de edición de una revista científica. La práctica de convocar en forma anual un cuerpo de redactores no es algo rutinario –no cae como “rayo de cielo sereno”– en la ciudad ni en la escuela médica. La misma tuvo sus modelos heredados de instituciones científicas locales e internacionales; en este sentido, algunos socios de los primeros años de la vida de la sociedad son claves para poder comprender su papel como organizadores y transmisores de una práctica acaso poco frecuentada en los círculos intelectuales locales. Ciertamente la actividad editorial era una práctica floreciente en la ciudad al menos desde 1852; sin embargo la práctica de editar material científico es distinta y tiene sus aspectos de complejidad que no posee la edición de periódicos civiles. Se puede confeccionar una breve lista de dichas diferencias –sin pretensión de exhaustividad– a fines de subrayar la pertinencia de explorar la conformación de dichos cuerpos. Editar una revista como los *Anales del CMA* implicaba: (1) escribir sobre temas relacionados a la vida científica y médica; (2) publicar la traducción de artículos extranjeros; (3) compilar material de observaciones y prácticas médicas hechas en instituciones no muy frecuentadas por el público en general, como eran los hospitales; y (4) leer en distintos idiomas, dado que buena parte de la hemeroteca pacientemente armada –y de la cual se nutrió el proceso de edición de la revista– estaba en lenguas extranjeras, en especial en las lenguas de las escuelas médicas respetadas, tales como inglés, francés y alemán.

En el caso del CMA, en sus primeros cuerpos de redactores coexistieron médicos y estudiantes provenientes de la Asociación Médica Bonaerense –como es el caso del ya citado José María Penna y Emilio Coni, entre otros– con algunos médicos graduados en universidades europeas, en especial alemanas, que habían tenido contacto con aquello que Ramos Mejía llamó “los obreros de la ciencia de fervor calvinista”, vale decir, con la práctica de investigación, pero también de edición y publicación, tales como Roberto Wernicke, Otto Wernicke, y Enrique Sudnick. Junto a ellos, hay que contar estudiantes interesados desde muy jóvenes por la producción literaria local, estudiantes que luego llegarían a ser referentes del mundo de las letras y de las ciencias locales durante los años del centenario, como es el caso del propio José María Ramos Mejía y, en especial, su amigo el médico, naturalista, y pintor Ladislao Holmberg (Leandri 1999: 50, Terán, 1998: 105). Como ya se pudo apreciar, en 1876, el *señor* J. M. Espeche sostuvo “que

una vez establecido el canje con el periódico que próximamente aparecerá como el órgano de la Asociación, se ahorrará un gasto no menor de dos mil pesos moneda corriente que estas publicaciones cuestan al año” (Espeche, 1877: 117). Formulada como una simple opinión institucional, la frase tuvo algo de profético: el periódico fue una “palanca poderosa” que ayudó enormemente con el canje de la biblioteca. Más aún, el periódico de la institución, por sus dimensiones físicas y su peso simbólico en la escuela médica local, pareciera adquirir vida propia por fuera de la institución. Este tipo de afirmaciones, permiten inferir –en un ejercicio legítimo de verosimilitud histórica– la existencia de cierto consenso en aquellos primeros grupos de socios, respecto de la necesidad de editar una revista con intereses gremiales y científicos claros, tanto de cara al grupo de socios de la institución, como a la inscripción de dicha institución en las redes bibliográficas propias de las instituciones científicas y médicas finiseculares. Como se ha señalado con anterioridad, los editores de los *Anales* inscribieron la revista en una tradición de periodismo científico que tenía como ancestros a *La Abeja Argentina* y su grupo editor la Sociedad Literaria de Buenos Aires de corta vida entre 1823 y 1824, así como también el *Plata Mercantil* editado a inicios de la década de 1860, mucho más cercana en el tiempo, la *RMQ* editada desde 1867 por la Asociación Médica Bonaerense (Nicolau, 2005: 153).

Desde el primer número de los *Anales* quedó clara la estrecha relación entre la existencia de un periódico de la sociedad y, por su parte, dos actividades centrales como eran fomentar el “espíritu de asamblea” y, luego, entrar en contacto con otras sociedades científicas tanto latinoamericanas como europeas. Así parece desprenderse del intercambio de notas realizados a mediados de 1877, entre el presidente del CMA Luis Maglioni y el presidente del Centro Universitario de Montevideo, Gonzalo Ramírez. Este último afirmaba:

“Tengo el agrado de dirigirme a Ud. con el objetivo de solicitar su valioso contingente para el progreso del ‘Club Universitario’ y al mismo tiempo para tratar de hermanar dos sociedades que, aunque siguen distintos caminos, tienen siempre en vista un mismo fin: el bien del pueblo. Sería por demás que tratase de probar las ventajas notables que resulten de la correspondencia y del canje de publicaciones entre dos o más sociedades;

los hechos son tan claros que está fuera de duda que la unión de los esfuerzos multiplica los medios de acción y por consiguiente sus resultados. El 'Club Universitario' tiene conocimiento de la importancia de la Sociedad que Ud. preside y algunos de sus socios me han manifestado las ventajas que existirían en conseguir las publicaciones de ella para nuestra biblioteca. El 'Club Universitario' no puede por ahora ofrecer a la Sociedad 'Círculo Médico Argentino' ninguna publicación periódica, pero, apenas funde una revista, cosa que se hará a la brevedad posible, se hará un honor en enviarla a Uds." (Ramírez, 1877: 114).

Por su parte, el Sr. Luis Maglioni orientó su respuesta por el mismo camino de buenas intenciones y solidaridad científica y universitaria pregonado por Ramírez, admitiendo a los socios del Club Universitario montevideano en las asambleas científicas del CMA y, luego, comprometiéndose a enviar ejemplares de la futura revista a editarse:

"Haciéndome el eco de las ideas y de los sentimientos que abrigan los miembros que tengo el honor de presidir, me es muy grato comunicar a Ud. y por su intermedio al 'Club Universitario', que el CMA acepta muy gustoso las proposiciones de Ud. contenidas en la nota que contesté, tendentes a la comunicación recíproca de estas dos sociedades. Tengo igualmente la satisfacción de hacer saber al señor presidente, que la CD del 'Círculo Médico Argentino' ha resuelto admitir en sus Asambleas científicas a todos los miembros que de alguna manera acrediten ser miembros del 'Club Universitario'. Nuestro periódico médico aún no ha visto la luz pública, por más que sean grandes los esfuerzos en el sentido de su pronta aparición. Tan luego como se haga el tiraje del primer número, me apresuraré a remitirlo al 'Club Universitario'" (Maglioni, 1877: 115).

La nota de Luis Maglioni está fechada el 4 de agosto de 1877 y faltaban apenas 16 días para que viera la luz pública el primer número de los *Anales del CMA*.



Portada del Nro. 14 de la revista editada por la Sociedad Literaria de Buenos Aires llamada la “Abeja Argentina”. El programa científico y médico circulado por dicha revista será rescatado por las primeras plumas referenciales del Círculo Médico.

Dicha revista fue saludada –no sin cierto tono irónico– por la “Hermana Mayor” en materia de periodismo médico porteño, como era la *RMQ*:

“Anales de la asociación y Círculo Médico Argentino: Hemos recibido el primer número de este importante periódico trimestral, órgano de la progresista sociedad de jóvenes, de la cual varias veces nos hemos ocupado en esta Revista. Su comisión redactora está formada por los siguientes señores: Dr. D. Juan J. Días; D. Luis C. Maglioni; Dr. D. Guillermo

Salveyra; D. José María Ramos Mejía, D. Eduardo L. Holmberg” (*RMQ*, 1877: 242).

Por su parte en 1879, se afirmaba en tono algo más irónico que:

“Con la más grata satisfacción venimos observando desde hace algún tiempo la marcha progresista de esta sociedad. Bien pronto va a discernir los premios de su tercer concurso y a establecer la enseñanza libre de la medicina. En su asamblea del 20 del mes pasado sancionó el proyecto de que nuestros lectores tienen conocimiento y que apareció en el núm. 6 de la Revista correspondiente al 23 de Junio. El último número de los Anales, órgano de esta Asociación, contiene una multitud de trabajos de suma importancia. Nos ha llamado especialmente la atención, la sección en que el Dr. Wernicke publica juicios críticos e imparciales sobre las tesis inaugurales, presentadas a nuestra Facultad en los últimos tiempos. Felicitamos cordialmente al CMA y a la redacción y dirección de sus Anales” (*RMQ*, 1879: 155).

Como sostuvieron los socios del CMA –pero también los de otras sociedades– desde aquel primer número de la revista, se reafirmó su perfil de prensa científica al servicio del programa experimental. Así parece desprenderse de las notas editoriales con que las nuevas redacciones anuales abrían su período de trabajo, notas en las que se trazaban balances de lo actuado, al mismo tiempo que proyectos a futuro. Los redactores en jefe no ahorraban en modestia, ni en compromiso con la vida experimental, subrayando la unión de tópicos llamados a dejar huella en la ciencia local, como eran la juventud y la ciencia al servicio del desarrollo del país. En 1879 se afirmaba que:

“Los ACMA constituyen una verdadera publicación científica, que, franqueando ya nuestras fronteras, va a conquistar gloria y honores en el extranjero. Los elementos que la sostienen son todos jóvenes, llenos de vigor, y con todas esas ilusiones que la ciencia crea en las inteligencias activas. Nuestros Anales reflejan hoy el movimiento intelectual de la juventud médica argentina. En ellos se ve el producto de las reflexiones

hechas en el silencio de los hospitales, a la cabecera del enfermo: en ellos se descubre el fruto de esas profunda meditaciones que tienen por únicos testigos, una pobre mesa, una miserable candela y una desmantelada cama, solos compañeros del estudiante pobre de recursos, pero inmensamente rico de inteligencia y conocimientos profundos. Actualmente podemos asegurar que nada falta en nuestra publicación. El número considerable de periódicos y revistas científicas que recibimos del extranjero en cambio de la nuestra, nos permite dar una noticia bibliográfica de las principales producciones de todo el mundo científico. El concurso decidido de los internos de los Hospitales, nos proporciona un abundante material clínico, que desgraciadamente no podemos hacerlo conocer sino incompletamente, por no permitírnoslo las proporciones considerables que tomaría nuestra publicación, incompatibles con los pocos recursos materiales con que cuenta aún nuestra Asociación” (ACMA, 1879: 3).

Y si bien no eran expertos en la materia, no tardaron en iniciar el camino del editor científico, como parece evidenciarlo un saludo institucional extendido desde los *Anales* en 1880. En abril de dicho año se saluda a la *RMQ* por su decimo octavo aniversario, y en dicho saludo el cuerpo editorial –dirigido en ese año por el combativo Dr. Roberto Wernicke– se declara “colega” y “hermana menor” de aquella prestigiosa revista; la inscripción de los *Anales* en el campo del periodismo científico y médico local no podía ser más clara:

“LA REVISTA MÉDICO QUIRUGICA: La *RMQ*, nuestra estimada hermana mayor, ha celebrado a pocos días su decimo octavo aniversario de aparición -La felicitamos por tan Fausto acontecimiento. Deseamos a la honorable colega que conserve el vigor y energía que desde su fundación ha mostrado -Que nunca le falten hombres que arrosten con valor el sin número de desengaños que la prédica en el desierto trae consigo y los disgustos y penosas luchas que producen la indiferencia, casi nos creemos con derecho de decir **pereza**, que muestran los miembros de nuestro gremio al tratarse de cuestiones científicas, sin resultados para los que trabajan. Estrechamos cordialmente la mano a nuestra activa compañera de trabajo”

(*ACMA*, 1881: 404; mayúsculas y negritas en el original).

Tal noticia es de gran utilidad para poder apreciar el carácter de tecnología literaria del CMA, y cómo el mismo se forjó en situaciones de conflictos institucionales. Porque no hay que perder de vista que tal noticia era algo más que un saludo a la hermana mayor; era también un comentario irónico no exento de un “tono carnavalesco”. Los tópicos que invoca el editor en jefe son los que se han criticado desde el CMA a la Asociación Médica Bonaerense –el grupo editor de la *RMQ*– de “cadáver o cuerpo galvanizado”, de “languidecer” científicamente por falta de ímpetu y de amor por las ciencias médicas locales (Ramos Mejía, 1880: 5). De hecho –como se ha podido apreciar en el capítulo 1– al grupo que editaba dicha revista se lo tildó de “generaciones ingratas”. En pocas palabras, además de inscribirse en el incipiente campo de la edición de revistas científicas, la redacción del CMA señalaba las fragilidades de dicho campo, puestas en el grupo que editaba la *RMQ*.

Sociológicamente, aquellos cuerpos de redactores estuvieron compuestos tanto por *señores* como *doctores*, situación que devino en tensiones latentes, tensiones que algunas veces llegaron a diferencias explícitas, como puede entreverse en los comentarios de signo opuesto realizados sobre el cuerpo de redactores y colaboradores en algunos años, en especial al momento de recambio de las comisiones directivas. La forma del trabajo adoptada osciló, en sus primeros años, entre armar un cuerpo de redactores, que se hiciera cargo de distintas secciones de la revista bajo la supervisión de un director o secretario de redacción y, por otro lado, la concentración de mayor “autoridad textual” en este último, a expensas de aquellos colaboradores. Tal oscilación no fue ajena a la composición de las comisiones directivas. Si dichas comisiones están compuestas por mayoría de graduados, los puestos relevantes en la comisión encargada de editar la revista estaban en mayor medida ejercidos por graduados. Opuesta situación se daba si la comisión directiva estaba compuesta por mayoría de señores; en 1877 el número de aquellas comisiones de redacción era elevado; en los años siguientes hay modificaciones reglamentarias volcando la autoridad al “Editor Principal” para tomar “decisiones textuales” de postergar y proponer artículos, y más aun de nominar las secciones pudiendo nombrar hasta 10 colaboradores que deben responder al trabajo, siendo excluibles del puesto ante faltas reiteradas. Algo de esta escena quedó retratado

en las palabras del Dr. Justiniano Ledesma jefe de redacción en 1886; en especial Ledesma hizo hincapié en la relación existente entre los *Anales* y el cuerpo de docentes sustitutos, así como también en la situación conflictiva que dividió al periódico y la sociedad de la corporación médica, durante sus primeros años de vida:

“NOVENO AÑO: Los “Anales” recorriendo su ininterrumpida marcha, entran en sus nueve años de vida. Su existencia ha sido sana y prospera, sus frutos sazonados y exquisitos. Es que esta publicación condensa las fuerzas acumuladas de una asociación respetable por su número, por su composición y por los altos fines que persigue. Sociedad estudiantil en su origen, cuenta hoy un gran número de médicos salidos de sus filas y otros que se le han incorporado reconociendo su importancia. Algo alejada de la Facultad en cierta época, ha vuelto la concordia, ha reunido en ambas partes sus medios de instrucción, a la vez que desempeña por nobles esfuerzos su misión caritativa, de propaganda y de investigación científica. De los diez y ocho profesores que componen la Facultad, diez pertenecen a los antiguos miembros de la Asociación Médica Bonaerense y ocho han formado en las filas de las sociedades “Estímulo Médico Argentino”, fundada en 1872 y de su sucesora el “Círculo Médico Argentino”. De los veintisiete profesores sustitutos veintidós pertenecen a esta última Asociación. Con esos antecedentes se comprende cuan seria y elevada es la tarea que incumbe a la Redacción de los “Anales” y cuán fácil de llenarla debidamente con una voluntad firme y perseverante. Tres periódicos médicos existen en Buenos Aires, y todos progresan flameando la antorcha del saber y del progreso científico, combatiendo la ignorancia que reinaría sin el estímulo de estas publicaciones. Obedeciendo a prescripciones reglamentarias y a la costumbre de renovar la Redacción de los “anales” este año se inicia con un nuevo cuerpo de redactores, sin embargo de que todos los socios y todo el que desee contribuir con sus producciones, tienen igual cabida y las mismas franquicias. La Redacción se complace en declarar que reconoce la buena dirección que han tenido los “Anales” en los períodos anteriores, y aprecia el valor y mérito científico de los trabajos que han llenado sus páginas. La marcha que imprimirá al periódico será la misma que ha seguido hasta

ahora; aceptará e introducirá toda innovación que crea útil para los intereses de la publicación y de la sociedad a la que le pertenece. Llama pues al concurso científico de todos los que se interesen por ella y saluda en este nuevo año a todos sus colegas, deseándoles la mayor prosperidad” (Ledesma, 1886: 3-4).

Como se ha podido apreciar en las líneas precedentes la labor de los cuerpos de redactores es casi siempre elogiada en los informes de las comisiones directivas. En pocas ocasiones se explicitaron conflictos por su mal funcionamiento, y cuando ello ocurre, queda expuesto el carácter político de dicho cuerpo, en tanto que era una apuesta de la CD que lo discutía y elegía anualmente. La revista era una parte importante de la sociedad y, por ende, una manera de cuestionar a la sociedad era cuestionando el funcionamiento de su revista. Así parece suceder en 1885; el presidente saliente –el doctor Samuel Gaché– comentó en tono ácido el mal funcionamiento del cuerpo de redactores o de “algunos de sus miembros”, salvando el papel del director de los *Anales*: “Os habló en nombre del cargo que desempeño; no puedo ocultaros nada de lo que considero mi deber, y siento que respecto de Los Anales mi palabra no os anuncie conquistas, ni progresos considerables”. Gaché señaló en forma contundente, lo que a su juicio era el tendón de Aquiles del grupo que editaba la revista: “Su personal de redacción, con muy pocas excepciones, no cumple sus obligaciones con la seriedad necesaria, y de ello se resiente nuestro periódico que desgraciadamente los últimos seis meses no ha llegado a ser lo que fue el año anterior”. ¿A qué causas atribuía incumplimiento de obligaciones con la revista? A varios motivos, entre los que subrayaba la escasa pericia de los redactores:

“¿Cuál es la causa de la inacción por parte de sus redactores y colaboradores? Puede ser que me equivoque, pero tal vez estoy en la verdad al suponer que en nuestro país, donde la producción literaria y científica es escasa, existen más revista de este último género de las que realmente podrían vivir y sostenerse con la suscripción del público que en estas condiciones siempre es limitado. De esto resulta que las publicaciones que se hacen en nuestro periódico médico están muchas veces desprovistas de intereses y como sucede a menudo, son escritas ligeramente, sin madurar lo

suficiente las ideas que se expresan. Creo pues haber demostrado el motivo de la poca circulación de nuestras publicaciones científicas, en Buenos Aires, y también del poco entusiasmo para producir en este género de estudios” (Gaché, 1885: 341-342).

“Escaso” entusiasmo y escritura “ligera” eran conceptos que no pasarían desapercibidos a un cuerpo de redactores conformado mayormente por *señores*, ni a una CD como la de ese año, afectada de simétrica proporción vale decir, 12 *señores* y 7 *doctores*.

Acaso por ello mismo, al año entrante –mediados de 1886– el nuevo presidente de la sociedad, el ya prestigioso doctor José María Penna, rescataba el papel del nuevo cuerpo de redactores y su valor en la producción de la revista. Y en un anuncio de tono bien distinto al año inmediato anterior, afirmaba que:

“[...] el periódico también avanza. Dirigido por un médico inteligente y contraído que posee un caudal de conocimientos selectamente adquiridos, ha sabido imprimir a esta publicación un interés especial que se desborda de sus páginas siempre llenas de novedad y engalanadas con un material científico nutrido. El periódico que es nuestro único órgano encargado de llevar al exterior el estado de nuestra cultura científica, requiere una atención preferente, de la cual puedo hablaros con conocimiento de causa y que me felicito de verla en parte cumplida por el cuerpo de redactores colaboradores que están a su frente” (Penna, 1886: 350).

Penna señaló –en forma algo elíptica– que él tenía “conocimiento de causa” a un público que hacía de ambos tópicos –conocimientos y causas– el eje de su programa experimental y de su cultura científica, matizando –en forma ya no tan elíptica– las afirmaciones del consocio doctor Gaché, respecto de la laboriosidad del cuerpo de redactores. El “médico inteligente y contraído” es Justiniano Ledesma, mientras que el vicedirector de los *Anales* es el propio Sanguinetti, que es “Farmacéutico”; y ese año el cuerpo de redactores y colaboradores estuvo integrado por ocho miembros, compuesto por cinco graduados y tres estudiantes. De este grupo de 8 editores, 6 eran médicos a tiempo completo, y 2 eran farmacéuticos y médicos. En efecto, acaso uno de los datos

llamativos de los cuerpos de redactores de la etapa “madura” de la sociedad es que incorporaron editores de otras profesiones, ciertamente en el marco de las estrechas relaciones que existían en la escuela médica local entre la profesión médica y la de profesional farmacéutico.

Aquel grupo editorial y el proyecto de la revista crecieron al punto de formar una oficina administrativa y comercial dentro de la sociedad, como ya se ha señalado a la hora de hablar de la “herencia” de la vieja sociedad al nuevo agrupamiento estudiantil fundado en 1908 (Taborda, 1910: 422). Ahora bien, tal crecimiento no fue solo cuantitativo y físico. Existe evidencia empírica que permite apreciar el afloramiento de una experiencia social –en el sentido otorgado por E. P. Thompson, vale decir, huella dejada por el ser social en la conciencia social–, en este caso de una actividad institucional como es la edición de la revista de la sociedad (Thompson, 1878: 34). En pocas palabras, hubo un aprendizaje grupal sobre la actividad de edición. Ciertamente aquella noción de una experiencia colectiva no está disociada de problemas coyunturales, así como de puntos irresueltos o escollos en el grupo de actividades que componen la edición de la revista. Precisamente, tales escollos son el punto de partida en el armado de dicha experiencia; varios aspectos relacionados a la edición permiten ilustrar estas afirmaciones. En tal sentido, es de interés focalizar sobre el problema de la impresión de la revista, pues permite ilustrar el armado de una experiencia que otorgó cierta respuesta a problemas que afectaron a todos los cuerpos de editores, durante las dos etapas de la revista.

Durante el período estudiado, la sociedad no tuvo imprenta propia, teniendo que recurrir para tales servicios a diversos lugares entre los que cuentan imprentas, librerías y litografías, como la del Sr. Etchepareborda, mencionada anteriormente. Tal situación era descrita por el presidente saliente en 1912, quien subrayó algo por demás evidente en las rendiciones de la tesorería existentes hasta el momento, como era el alto costo que ocasionaba la impresión de la revista. Tal costo a veces determinó la cantidad de páginas a imprimir e influyó en las elecciones de material a editar; en pocas palabras, los costos materiales del proceso de edición a veces afectaban las líneas temáticas y, más en general, el contenido de la revista. Al año entrante –1913– el director de los *Anales* comunica nuevamente el problema de los costos de impresión y, seguidamente,

un intento de solución al antiguo problema de la imprenta, emprendimiento que está en estrecha relación al tipo de prácticas asociativas manejadas por la sociedad, a saber, el acuerdo tendiente a bajar costos de impresión con un titular de imprenta. La noticia rezaba de la siguiente manera:

“IMPRESA Y OTROS BENEFICIOS: La creación de una imprenta de propiedad del centro, cuyos beneficios pecuniarios para todos serían enormes, es también proyecto que hemos estudiado. Hablé al respecto con el doctor Agote para solicitar en ese sentido el apoyo de los poderes públicos, y por medio de dicho diputado, la creación de una sociedad, en la cual el Centro intervendría con dos terceras partes de capital y cantidad igual de beneficios, siendo evaluada la imprenta alrededor de 50.000 pesos. Dicha sociedad está pendiente de la sanción del presupuesto, en el cual el doctor Agote prometía obtener el dinero necesario para el centro, aunque fuera en dos años. Mientras tanto, hice con el señor Pastor un arreglo que fue ya aprobado por la Comisión, por el cual dicho señor se compromete a imprimir la revista de la institución al precio de 11 pesos el pliego de 16 páginas, y las tesis de los socios al de 28 pesos el pliego de 16 páginas con ventajosas facilidades de pago, lo que significa una gran economía para el Centro y los egresados” (Rojas, 1913: 531; mayúsculas en el original).

Más aún –y como queda explicitado en las afirmaciones precedentes– no solo se buscó el menor costo en la impresión, sino un beneficio de carácter científico y gremial para los asociados, como era la impresión de las tesis de los asociados.

Más allá de las apreciaciones realizadas por los presidentes y las comisiones directivas, cierto es que aquellos cuerpos de redactores nombrados anualmente, afrontaron procesos de edición cada vez más complejos, con mayor tirada de revistas y en especial, con mayor frecuencia de edición. En tal sentido, son llamativas las transformaciones de dicha frecuencia en las cuatro décadas estudiadas. Primero, se registraron modificaciones en la frecuencia de su salida durante sus primeros cinco años, acaso relacionadas al aumento de socios que vivió la institución en ellos. La revista pasó de una tirada trimestral a una bimestral en sus dos primeros años de vida; seguidamente en

1880 adquirió formato mensual. En efecto, en 1877 se afirmaba que la edición de los *Anales* se había hecho acorde al reglamento para ello fijado y que, por lo tanto, “han aparecido cuatro veces en un año” (ACMA, 1877: 76). El aumento de tirada no tardaría en llegar; en 1879 se anuncia que “la tirada a partir de este momento debería ser bimensual (aumentando a seis revistas anuales) y a 100 páginas” (ACMA, 1878: 85). Por su parte, desde mayo de 1880, la revista comenzó a tener una tirada mensual, según lo anunciaba al público de la revista la noticia institucional:

“[...] penetrada la comisión directiva, de la importancia que tienen los Anales del Círculo Médico Argentino, y agradeciendo la favorable acogida que han tenido en el mundo científico desde su primer número, ha resuelto que desde la fecha, aparezcan mensualmente” (ACMA, 1879: 227).

La salida mensual no fue un cambio traumático en la vida de la revista y, salvo excepciones, la frecuencia editorial estuvo garantizada; cuentan entre aquellas situaciones de excepción los hechos de armas implicados en el conflicto entre el Poder Ejecutivo Nacional y la provincia de Buenos Aires por la sucesión presidencial, desarrollados en julio de 1880:

“La publicación de los ‘Anales del CMA’ fue suspendida el mes anterior a causa de la imposibilidad en que se encontraban entonces los encargados de sus diversas secciones, para llenar cumplidamente sus deberes. Desaparecidas las causas desgraciadas que motivaron esta suspensión, reaparecen hoy los Anales, y en el quinto aniversario de la fundación de la sociedad saluda a todos sus favorecedores y les desea felices días en medio de las delicias de la paz triunfante” (ACMA, 1881: 267).

Por su parte, en junio de 1895, la revista adquiere formato quincenal, a esta altura viejo anhelo de varios directores y secretarios de redacción. Según se desprende de las declaraciones, el pedido de edición quincenal realizado por el director de la sociedad –el *doctor* Gregorio Aráoz Alfaro– fue discutido intensamente, en especial el temor de ver decaer la calidad del material inserto en la revista. La nueva CD entrante en julio de 1895 –presidida por el *señor* Félix Amoretti– así lo reconocía:

“Los Anales, por su parte, no han quedado atrás en esa marcha progresiva, y los que recibieron con marcada desconfianza la aparición quincenal de la revista, se habrán convencido con placer de que la laboriosidad de los miembros del Círculo aumenta cada día, y de que los Anales pueden salir quincenalmente, tan bien provistos como las revistas extranjeras de su índole, que aparecen con la misma frecuencia” (Amoretti, 1895: 632).

Acaso este último cambio estuviera más motivado que los anteriores, por la gravitación que ejerció en la sociedad la inscripción en las redes de intercambio bibliográfico internacionales, como se desprende de las palabras del propio Amoretti. Como se recordará, dicho cambio se produce en un momento en que la cantidad de socios es estable y, por el contrario, la cantidad de alumnos de la escuela aumenta en forma considerable. Con la reunificación institucional de 1908, las nuevas comisiones directivas optaron por volver al formato mensual, al menos durante los años que incuben al período aquí estudiado.

Hay pocos datos sobre las formas de retribución del trabajo prestado por el cuerpo de editores, mas los datos existentes permiten sostener que era una tarea comprometida con principios morales ligados a la membrecía de la sociedad. Si la membrecía a la sociedad era promocionada como elemento de prestigio –el honor del apostolado de la medicina– por su parte, la pertenencia tanto a las comisiones directivas como a los grupos de trabajo por ésta fomentados aparecieron teñidos de un plus de prestigio frente a la asamblea de los socios. No es casualidad que aparezcan en reiteradas ocasiones las figuras de algunos socios fuertemente comprometidos con el programa experimental en el mundo médico local, como el caso del Dr. Roberto Wernicke, quien fue director de la publicación en 1880. Era prestigioso pertenecer al cuerpo que editaba la página en la que “palpitaba la sociedad”; acaso a este principio moral apuntan las amargas quejas realizadas por Samuel Gaché en 1885, señaladas con anterioridad (Gaché, 1885: 341). El escaso compromiso con la edición de la revista enunciado en aquellas declaraciones terminaba, según el autor, afectando la calidad de la revista, pero también terminaba afectando la credibilidad de los “apóstoles de la medicina” que estaban implicados en dichas actividades. Por su parte, nada se menciona sobre derechos a retribuciones

materiales por parte del cuerpo de editores en el reglamento sancionado en 1877 y modificado en reiteradas ocasiones. Se reconocen los poderes de los editores en jefe sobre las secciones de la revista y sobre el material editado. También se le reconoce su poder sobre el cuerpo de redactores colaboradores, incluida la decisión sobre la cantidad de miembros finales, pudiendo invocar un máximo de 10 socios, mas nada se afirma de derechos de rentas o alguna forma de pago por su trabajo. Acaso este fuera uno de los puntos sensibles respecto del cumplimiento de las actividades, dado que las mismas demandaban mucho tiempo en un contexto donde, tanto estudiantes como graduados de la escuela, fueron retratados como febriles buscadores de actividades rentadas, en pos de su manutención o, también en pos de armarse un “futuro promisorio” en el patriciado local: como señalaba Gregorio Aráoz Alfaro 1897, la vida del “trabajo metódico” –mal rentado– pero con un futuro promisorio en la práctica científica, quedaba opacada por el gusto de la vida de salón y por la necesidad de la búsqueda de rentas que la permitieran.

“No es menos cierto señores que nos falta en general, amor al estudio y que nos sobra, por el contrario amor a las comodidades de la vida. Es sin duda, cuestión de ambiente de medio. Crecemos en relativo desahogo y el estudiante de nuestra universidad está lejos de parecerse al de las viejas facultades europeas; allí el que estudia vive estrechamente, casi en la miseria, por regla general, resignándose a no contar con otro recurso que la modesta pensión que la familia puede pasarle; para él son las más pobres covachas, las ropas más raídas, los platos más modestos. Nuestro estudiante es, en cambio, rumboso y prodigo, a los 18 o veinte años trata de estar empleado, porque necesita dinero para vestir elegantemente, comer en los restaurantes de lujo, pasear y concurrir a los teatros donde la **haute** se reúne. Y hasta el más rico suele buscar un puesto rentado para que le permita tener una entrada propia de la cual dispondrá como dueño y señor. Tales jóvenes, llegados al doctorado, ¿cómo han de resignarse a la obscura posición de ayudantes, de asistentes, esa posición tan codiciada en Alemania, posición que priva de clientela, que obliga a trabajar todo el día, con mínimo provecho pecuniario, es cierto, pero con un brillante porvenir científico? ¿Cómo ha de resignarse el joven elegante a sacrificar sus tardes en los odiosos laboratorios y sus mañanas en el hospital y sus noches en el estudio

del gabinete? Es preciso convencerse, señores: no buscamos más que las satisfacciones que da el dinero; el resto es para nosotros cosa de poca monta. El éxito que nos ocupa es el que se obtiene en el salón y en la gacetilla; la consideración del mundo científico no cuenta para nosotros ni en mucho ni en poco” (Aráoz Alfaro, 1897: 350).

En pocas palabras, el trabajo de edición de una revista científica como los *Anales*, quedaba potencialmente afectado a similar situación, con señores que buscaban estar empleados y con doctores que buscaban abrir consultorio y comenzar a forjar una cartera de pacientes.

Si focalizamos sobre la revista y su público, surge un abanico de temas y problemas de gran interés para poder apreciar su consolidación como tecnología literaria, como ámbito de testimonio virtual de la vida gremial y experimental de la sociedad. En tal sentido, las primeras preguntas que surgen son aquellas que apuntan a visualizar las formas de consumo de la revista. Entre las funciones nítidas que cumple la revista se encuentra la de voz gremial de la sociedad y, por su parte, la de periódico científico. Ambas quedaron prolíficamente testimoniadas durante el período estudiado por los distintos editores en jefe y presidentes de la sociedad.

Si se focaliza sobre el primer aspecto, se puede apreciar que la revista se hizo eco en numerosas ocasiones de los conflictos que afectaron a los socios estudiantes de la institución en su vida académica. Una lista de tales intervenciones gremiales puede adquirir dimensiones exageradas a los fines de estas páginas. Ahora bien, desde sus orígenes —en sus primeros tomos— podemos apreciar una encendida defensa de los intereses del personal estudiantil, como lo dejaban en claro las palabras de los primeros presidentes de la sociedad, quienes identificaban a los “dioses del Olimpo” de la calle “el comercio” como el factor principal del retraso científico y del exceso de autoridad en el manejo de la vida cotidiana de la escuela médica. Con la reunificación de la sociedad en 1908, los intereses de los más “simpáticos de los estudiantes”, el estudiante de escasos recursos y, en especial, sus aspectos materiales, son el eje de la política y en no menor medida de la prensa, ahora señalada en forma explícita como *Revista del Centro de Estudiantes* y *Anales del Círculo Médico*. Habían vuelto los días de la

presencia explícita del claustro alumno a las páginas de la revista.

Acaso en forma más solapada –pero no menos presente– afloraron en la revista la defensa gremial de los intereses correspondientes a los doctores; en tal sentido son las palabras de Roberto Wernicke las que marcan la presencia de tales intereses. Este prolífico socio –al que tanto le debió la sociedad en sus primeros años– señaló en 1880:

“Nuestro periódico es –podemos decirlo bien alto– actualmente, entre las publicaciones argentinas, una de las más importantes, importancia que nace ante todo de la cantidad de trabajo originales que ahora ha ido publicando – estoy convencido que hasta seguiré ese camino. Cuenta con el apoyo moral y material de la mayor parte de los socios de la asociación que lo fundó –la marcha próspera de ésta, la asociación que muestra el mayor movimiento científico entre nosotros, garante de la existencia honrosa de los Anales del Círculo Médico Argentino. Un solo, y no muy notable defecto, mostró nuestro periódico hasta hoy, no era una publicación de estudiantes y médicos en el sentido más vasto de la palabra; –eran hasta hoy nuestros Anales una publicación científica solamente– de los intereses del gremio, de los intereses profesionales poco se han ocupado. Proponiéndonos tratar con frecuencia cuestiones que a nuestros intereses de estudio y profesionales atañen, salvaremos el vacío que he hecho notar” (Wernicke, 1881: 33-34).

Luego de explicitar –con la vehemencia que lo caracterizaba– el carácter juvenil del cuerpo de redactores, Wernicke se permitió indicar un programa de intereses gremiales que bien tocaba a los miembros de la institución:

“Sobre nuestra legislación médica, sobre nuestras relaciones inter-colegiales y con los poderes y el público hay mucho, mucho que decir; al ocuparnos de estas cuestiones, trataremos de ser siempre justos; puede ser que a veces se nos tache de demasiados severos, todo error que cometamos en este sentido, pedimos sea atribuido tan solo a un exceso de buena voluntad; exceso más que frecuente en las personas de los años como los que presentan aquellos que en mis trabajos redaccionales me ayudarán” (Wernicke, 1881: 33-34).

Y cerraba dicha nota introductoria a su período de dirección de los *Anales*, reafirmando tópicos fundantes de la sociedad –como el vínculo entre juventud y científicismo– y, por otro lado, acaso sin saberlo o anhelarlo, reafirmaba también el carácter de lo que estamos identificando como tecnología literaria de la revista:

“Somos jóvenes todos, colaboradores y redactor, y lo decimos con orgullo – aun no han podido apagar nuestro entusiasmo por llevar adelante la ciencia patria los años y las quizás, numerosas, numerosísimas, decepciones que nuestros colegas y compañeros mayores en edad y experiencia han podido sufrir, obligándoles a desistir por propia voluntad de la idea, de poner las sociedades y agrupaciones científicas argentinas algo más cerca de las alturas que ocupan los centros europeos. El CMA se ha propuesto lo que las frases anteriores expresan, la generación joven ha conseguido darse a sí misma un impulso que entre nosotros es digno de admiración y la publicación de cuya redacción hoy, poseído de justificable orgullo, me hago cargo, ha contribuido y no en poco a que se cumpla lo que en las bases fundamentales del reglamento de la asociación se expresa” (Wernicke, 1881: 35).

En forma similar a las otras actividades analizadas, la revista no estuvo dissociada de los ritmos genéricos de la institución, con lo cual es posible apreciar el desplazamiento de los intereses gremiales en sus páginas, en la medida en que la conducción política de la sociedad se desplazó de los estudiantes a los graduados (Souza, 2007: 145; Souza, 2008: 75). Durante los años 1890 los intereses estudiantiles se tornaron más opacos y, como se pudo apreciar cuando se habló de las cátedras libres, los intereses de los graduados pasaron a ocupar el eje de la vida asociativa. Acaso no es casualidad el hecho de que el nuevo grupo estudiantil que en 1900 se disoció del CMA fundó su propia revista como primer gesto institucional; se replicaba en la escuela un fenómeno de la prensa política local, como es la identificación de grupos antagónicos en distintos periódicos. La nueva revista estudiantil vio la luz hacia mediados de 1900 y, desde sus primeros números se propuso rescatar la tradición científica de “la vieja” institución, pero en abierta crítica a sus intereses gremiales. En 1899, la cantidad de socios del

CMA era de 338, de ellos 159 eran estudiantes y 179 graduados; ahora bien, la escuela médica tenía 1710 alumnos y el doctorado –acaso el espacio natural de reclutamiento de la sociedad– tenía 1368 matriculados. En ese contexto, las declaraciones gremiales de la nueva revista eran concluyentes, en especial, la acusación al viejo “centro gremial” que se había hecho demasiado eco de intereses de los sectores graduados de la vida estudiantil. Si la tradicional clasificación de los claustros –“personal alumno” y “personal docente”– quedaba desfasada en la vida de la escuela, simétrica verdad corría para el partido de las ciencias médicas fundado en julio de 1875.

En la vieja sociedad no pasó desapercibido aquel movimiento, y fue el ya prestigioso Aráoz Alfaro quien puso palabras a la necesidad de volver a contemplar los intereses gremiales del personal alumno en los *Anales*, recordando sus épocas de “estudiantina”. Como ya se ha señalado en el capítulo 2, el ex presidente de la institución confirmó que había un clima hostil en el Círculo hacia los estudiantes a quienes se acusaba de querer “demoler la obra de tantos años”. Mientras corrieron estos debates por la casa de Corrientes al 2038, se tornó evidente que los intereses estudiantiles pasaban por la nueva revista y el nuevo centro estudiantil, que se hizo eco de un número importante de reivindicaciones inexistentes en los *Anales* desde hacía al menos una década.

Este breve itinerario sobre los intereses gremiales que representaron ambas revistas poco dice sobre las formas en que el material era consumido. La refracción de intereses gremiales en las publicaciones circulantes nos habla más de los grupos expresados en la misma, que acaso eran los mismos que conducían políticamente la sociedad.

A grandes rasgos, se pueden señalar con nitidez dos formas de consumo del material editado por la sociedad, formas presentes e identificadas en términos explícitos durante la totalidad del período estudiado, como fueron la circulación interna en el grupo de socios, invocando la condición de membrecía al grupo y, en segundo lugar, la circulación externa, inscrita y producida en el ámbito de las redes de intercambio bibliográfico que las comisiones directivas armaron pacientemente desde los primeros tiempos de la revista. Esta última forma de consumo adquirió un peso simbólico de consideración en la vida de la sociedad, al igual que las redes científicas y médicas (locales y transoceánicas) hacia las cuales estaba proyectada, al punto de ser rescatadas

–junto a bienes más tangibles como la propiedad, la oficina comercial, la biblioteca y la personaría jurídica– por las comisiones directivas posteriores a 1908.

Respecto del consumo de la revista por los socios, parece aflorar una antigua práctica de los círculos burgueses descritos por Maurice Agulhon, como es el de la edición de una revista como parte del beneficio que obtenía el socio –sea estudiante o graduado– por su matrícula mensual. Samuel Gaché señaló tal condición en forma explícita cuando buscó criticar al cuerpo de redactores de 1885; según él:

“En Buenos Aires, el público médico, entendidos por tal los médicos y los alumnos de los seis años de estudios, no estará compuesto de más de seiscientas personas. De estas, doscientas por lo menos no reciben las producciones científicas nacionales, y entre las cuatrocientas restantes deben encontrarse los sostenedores de las tres revistas de medicina que se publican en la Capital. Y como es fácil suponer que el suscriptor de una no lo será de la otra, es evidente que periódicos de igual índole no podrán mantenerse sino muy precariamente contando sólo con 400 contribuyentes divididos por la suma de estos órganos de publicidad. Al hacer estas suposiciones no me refiero por cierto a los Anales del Círculo Médico Argentino, por la razón que ellos se distribuyen gratis a los miembros de la sociedad” (Gaché, 1885: 341-342).

Los antiguos *Anales* eran gratuitos para los socios de la institución, al igual que sucedió con la revista unificada en 1908. Mismo dato que queda ilustrado en otro aspecto de la vida de la revista, como fue su tirada y la cantidad de números reservados para personas, actividades e instituciones consideradas relevantes a ojos de las comisiones directivas.

En efecto, desde su primer año de edición se pensó una distribución del número total de revistas impresas en dos grandes grupos. Por un lado, el conjunto de revistas destinado a los socios y, por otro lado, el conjunto de revistas destinado al canje. Entre ambos grupos se llevaron el grueso de las revistas editadas durante las cuatro décadas. A ellas se agregaba un número menor de revistas destinado a socios corresponsales y a socios

protectores y, por último, un número de revistas –de efecto residual y acumulativo– destinadas a intercambios posteriores o también a completar colecciones. Dicho grupo de revistas es mencionado en reiteradas ocasiones, en especial en las rendiciones de los años finales, donde se las cuenta como capital en el haber de la sociedad, presentado por los tesoreros. Aquella división de las revistas impresas aparece en reiteradas ocasiones, en especial en los años en que las rendiciones de la biblioteca y las tesorerías son detalladas. Este tipo de datos permite inferir que los *Anales* tuvieron un espacio por demás claro en la Sociedad, como es la circulación entre los asociados y, por su parte, el intercambio científico.

La cantidad de ejemplares impresos en cada edición de la revista fue en aumento durante las cuatro décadas estudiadas, como puede apreciarse en las rendiciones de los directores de los *Anales* y de los directores de la biblioteca. ¿En qué medida se puede afirmar que el aumento de la tirada de la revista nos habla de un aumento de su consumo en los miembros de la sociedad? ¿Y qué significa en las rendiciones el número de revistas destinadas a los socios?

Tal incremento de la tirada de ejemplares pareciera estar relacionado a dos motivos que no siempre actuaron en forma mancomunada. El primero fue el aumento de socios activos de la institución y el segundo la creciente inscripción de la revista en las redes de autoridad científica y médica internacional. Este último proceso estaba compuesto, a su vez, tanto por el incremento del intercambio con otras revistas, como por el aumento de socios corresponsales, de cuyos escritos se nutrió buena parte de la edición de la revista. Ambos aspectos son citados con frecuencia como las causas del aumento de la tirada, por lo menos hasta el año 1890. En 1883, el redactor en jefe afirmaba que:

“Todos estos trabajos reunidos hacen de nuestro periódico una publicación interesantísima, bien nutrida en todas sus secciones, que permite a nuestros miembros corresponsales y a la prensa científica del mundo, seguirnos paso a paso en nuestros rápidos progresos. En estos últimos tiempos el tiraje ha debido aumentarse considerablemente, no sola a causa del aumento inusitado de los miembros activos de la asociación sino también para sostener el inmenso canje establecido con las más serias publicaciones

científicas” (Gaché, 1883: 449).

Por su parte, durante los años en que el número de socios se estabilizó en poco más de 300 socios –como los años que van desde 1895 a 1905– la tirada también aumenta, esta vez motivada por el aumento de intercambio de la revista.

Por su parte, en 1889 Antonio Gandolfo hizo una lectura crítica de la edición de la revista. En cuanto a los *Anales*, específicamente se afirma el punto de inflexión por el que atraviesa la revista, punto de inflexión que aparece como superado por las consignas adoptadas en la administración Gandolfo. Y una de estas consignas fue recuperar la calidad de la revista, que se presenta como cuestionada. En efecto, se habla del escaso compromiso por parte de quienes han tenido que llenar la función de colaboradores de redacción y, como consecuencia, del retraso de la revista. Todos estos señalamientos se tornan más críticos, dado que los *Anales* son una herramienta de construcción importante en múltiples direcciones. De todas maneras, a pesar de la crítica que se realiza, se termina reconociendo la existencia de cierto formato más o menos estandarizado –los artículos originales, las traducciones de los corresponsales, las cartas y las institucionales– y el aumento de la tirada en 180 números:

“Al hacerme cargo de la Dirección encontré que la publicación se encontraba atrasada de cinco meses. Esta irregularidad, de la cual han partido con razón numerosas quejas, solo hemos podido salvarla sacrificando los materiales que teníamos disponibles, es decir, repartiendo estos para diversos números, y aún obligados en un solo número a hacer aparecer los tres últimos meses del año anterior. El número de los *Anales* que se reparten mensualmente es el de 700, distribuidos del siguiente modo: 480 para los socios activos, 20 para socios protectores y honorarios, 40 para socios corresponsales, y 160 para canje con revistas extranjeras” (Dellepiane, 1889: 216).

Las palabras de Antonio Gandolfo arrojan pista sobre la producción de la revista y su relación con el programa experimental.

Si la revista quería ser una revista científica de calidad en la república de las ciencias, la sociedad debía redoblar esfuerzos experimentales. Hasta el momento las declaraciones de Gandolfo son la mayor evidencia de los conflictos internos del CMA. Reconoce bandos internos, y reconoce la existencia de distinciones basadas en el estatus profesional del socio. En efecto, reconoce –en mención solapada– la existencia de los intereses de los estudiantes y el problema de la admisión de catedráticos de la escuela como miembros de la organización. En general, el tono de su exposición tiende a subrayar en los mismos términos el escaso compromiso del elemento estudiantil y la posibilidad de abrir la institución a otros actores. Se habla de apatía en la participación de los torneos científicos –y por eso justifica su no realización–, así como también de la apatía en la participación con material en los *Anales*, cuestionando de esta manera el espíritu original de la publicación y de la asociación. Como se ha afirmado en reiteradas ocasiones, la parte más dura del comentario de Gandolfo es el reconocimiento del mal funcionamiento de los consultorios, los que a su juicio deben ser cerrados. Curiosamente, los consultorios eran el centro del proyecto intelectual en los momentos más “separatistas” del CMA:

“A pesar de la realización de los trabajos anteriormente enumerados, creo que el CMA tiene que poner en práctica muchas medidas, a fin de que tome la importancia que debe tener una asociación de índole esencialmente científica. Los únicos trabajos practicados en este sentido han sido hasta la fecha los concursos y las conferencias públicas. El resultado relativamente deficiente del último concurso, nos decidió a no hacer trabajos en este sentido. Las conferencias dadas fueron muy pocas, debiendo mencionar a los Dres. Susini, Ayarragaray y Tornú que hicieron brillantes conferencias. Con el objeto de estimular a los señores socios y habituarlos a los certámenes científicos, se instituyeron asambleas semanales, en las que se podrían presentar trabajos anatómicos, preparaciones histológicas, casos clínicos, etc., autorizándolos a hacer disertaciones verbales para contraer de esta manera un hábito de trabajo provechoso para ellos y para la institución que podría aprovechar de estos trabajos en la publicación de los anales. Pero, a pesar de estas facilidades, solo se han podido hacer efectivas dos asambleas, en las que se trataron casos prácticos importantes observados en

los Hospitales. Como consecuencia de esta apatía general, los ‘Anales del CMA’ publicación que refleja nuestro nivel intelectual, se encuentran escasos de materiales, haciendo inútiles los esfuerzos de sus distinguidos directores, el Dr. Chávez que se retiró cansado de la tareas y del actual Dr. Dellepiane, quien por mas buena voluntad que tenga no puede el solo llenar la tarea. El reglamento que fue modificado en el período de mi presidencia, necesita de nuevas reformas tanto en lo referente a las elecciones que se practican con mucha dificultad con las actuales prescripciones, así como también en lo referente a reuniones de Comisión Directiva, que se hacen difíciles por el número de miembros presentes que exige el reglamento. No hay razón ninguna para que subsista el artículo por el cual se impide sean socios los catedráticos o miembros de la Facultad que no hubiesen tenido este carácter antes de su incorporación a la Facultad. Han desaparecido completamente las causas que originaron esta cláusula y si fueran necesarias algunas pruebas bastaría que os anunciara que es un profesor sustituto de la facultad el que baja de la presidencia, para cederla a un distinguido profesor titular” (Gandolfo, 1889: 179-180).

Por su parte, las declaraciones de Samuel Gaché –en 1885– sobre el consumo de la revista, acaso sean tan interesantes como las anteriores de Gandolfo. En una larga y elíptica reprimenda a los redactores y colaboradores de los *Anales*, se permite analizar los límites estructurales con los que se topa una publicación científica y médica en la Buenos Aires finisecular. Tales límites no son otros que la amplitud de la comunidad de lectores existentes, repartida entre tres revistas de índole médica. Según su apreciación, tal situación no tocaría a los *Anales*, porque ellos se otorgan a los asociados como parte del pago de su matrícula. Las palabras de Gaché –al igual de las de Gandolfo en 1890– también dejan entrever los trazos de un conflicto interno, porque se denuncia el mal funcionamiento del cuerpo de redactores o de “algunos de sus miembros” y se salva el papel del director de los *Anales*. Puede que esta salvaguardia sea formal y que en rigor de verdad todo el comentario sea por elevación a él; puede también que sea una suerte de reprimenda interna al cuerpo de colaboradores. Ciertamente también tiene impacto en otras áreas, porque se señala el punto oscuro entre “el material de las clínicas”, que estarían manejando los corresponsales, y lo efectivo publicado. Apoya esta lectura el

hecho de que las memorias anteriores fueran tan elogiosas hacia los cuerpos de corresponsales, con lo que pareciera que es un diálogo dirigido hacia el cuerpo del último año:

“LOS ANALES: muchas circunstancias han actuado para aumentar el tiraje de la publicación hasta ochocientos ejemplares, con que se atienden las necesidades de su circulación entre los 368 socios, el canje con 137 periódicos científicos americanos y europeos, y las colecciones que se forman para los casos imprevistos. Os hablo en nombres del cargo que desempeño; no puedo ocultaros nada de lo que considero mi deber, y siento que respecto de Los Anales mi palabra no os anuncie conquistas, ni progresos considerables. Su personal de redacción, con muy pocas excepciones, no cumple sus obligaciones con la seriedad necesaria, y de ello se resiente nuestro periódico que desgraciadamente los últimos seis meses no ha llegado a ser lo que fue el año anterior. ¿Cuál es la causa de la inacción por parte de sus redactores y colaboradores? Puede ser que me equivoque, pero tal vez estoy en la verdad al suponer que en nuestro país, donde la producción literaria y científica es escasa, existen más revistas de este último género de las que realmente podrían vivir y sostenerse con la suscripción del público que en estas condiciones siempre es limitado. De esto resulta que las publicaciones que se hacen en nuestro periódico médico están muchas veces desprovistas de intereses y como sucede a menudo, son escritas ligeramente, sin madurar lo suficiente las ideas que se expresan. (Gaché, 1885: 341-342; mayúsculas en el original).

Ahora bien, el problema presentado por Gaché sufrió un giro no menor. En 1887, la “hermana mayor” –la *RMQ*– dejó de salir y la revista del CMA pasó a ocupar un lugar referencial en la sociabilidad del mundo médico. Ciertamente, no tardarían en aparecer otros periódicos, entre otros la *Revista del Centro de Estudiantes de la Facultad de Medicina*, entre 1900 y 1907 señalada al inicio. Sin embargo el lugar de los *Anales del CMA* durante las cuatro décadas aquí estudiadas –y aún luego– será largamente reconocido, incluso por los miembros del nuevo centro estudiantil y los editores de la

nueva revista. Las citas referenciales a tal situación en la documentación consultada podrían multiplicarse con amplitud. Por otra parte, muchos de los fragmentos ya presentados lo han anunciado explícitamente, en especial las declaraciones de Salvador Mazza de 1910. En los grupos que dirigieron la segunda versión de la sociedad, hubo clara conciencia sobre las implicancias de retomar el nombre de los “antiguos” *Anales* para la legitimidad tanto de la institución, como para la nueva revista gremial y estudiantil. Aquella aportaba una cuota de legitimidad científica difícil de soslayar, además de una larga tradición de defensa gremial no menos difícil de omitir para las “nuevas generaciones”. Si, como se señaló en el capítulo 1, el CMA había sido un “ariete” para remover los “espíritus reacios” de la casa de estudios, la revista había sido la “hoja” en que “palpitaba la vida de la sociedad”, y desde la cual se proyectaron sus actividades en la comunidad local. Así lo reconocía Félix Amoretti, presidente en 1893, quien señaló ante la asamblea reunida en el primer aniversario de su mandato:

“Los Anales del CMA, periódico fundado en 1877 para servir de órgano de la Sociedad, y que ha tomado gran incremento gracias a la buena dirección que ha sabido darle su actual redactor-director, difunde los últimos adelantos de la ciencia médica entre nosotros, por medio de sus columnas siempre nutridas de material interesante. No debemos olvidar las conferencias científicas y los consultorios gratuitos, entre los elementos de estudio que el ‘CMA’ posee, siendo estos últimos, aparte del beneficio que prestan a los enfermos pobres, una fuente inagotable de precioso material para los ‘Anales’; razones por las cuales deben conservarse y estimularse, tanto éstos, como aquellas” (Amoretti, 1893: 321).

Y dejaba para el final de su intervención la mención a una actividad relacionada en forma estrecha a la vida de la revista, cual eran los torneos y conferencias publicados en sus páginas. En este caso, los resultados de un evento sobre el que se volverá más adelante, como es el torneo científico celebrado por el homenaje al IV centenario del descubrimiento de América:

“Intencionalmente he dejado para el fin, el hablaros sobre los concursos que periódicamente celebra la Asociación y que tan eficazmente han contribuido

a enriquecer la bibliografía médica argentina. Fueron los primeros un ligero ensayo; habiendo ido sucesivamente mejorando, hasta llegar a obtener los últimos un éxito halagüeño. Y si no, tenemos aún fresco el recuerdo del grandioso acto público que se verificó en el teatro Onrubia con el objeto de hacer la distribución de premios a los laureados en el primer certamen Sud-Americano, con que el 'CMA' se propuso celebrar el cuarto centenario del descubrimiento de América. Su resultado fue espléndido; se presentaron a él obras de verdadero mérito y servirá esto de aliento para continuar la tarea iniciada, convocando otros nuevos, que indudablemente superarán a los anteriores" (Amoretti, 1893: 321).

A modo de cierre de este apartado, es importante señalar un dato capital para la vida de la revista editada desde el 20 de agosto de 1877, como es la composición y publicación de libros a partir de artículos escritos por algunos socios para la revista. En pocas palabras las derivas bibliográficas de la revista vale decir las consecuencias editoriales del inicio de algunas carreras experimentales a través de las páginas de los *Anales*.

Tal fenómeno es de gran interés por varios motivos; uno de no menor importancia es que permite apreciar el cierre de un ciclo, iniciado con los intentos por inscribir en suelo local un programa experimental para las ciencias médicas. Los libros armados a partir de material publicado en la revista confirmaban la presencia de aquel espíritu de la "ciencia nacional" pregonado en sus primeros días por los comprometidos señores consocios de la sociedad. En efecto, ellos testimoniaban una suerte de paso adelante en la cristalización de dicho programa experimental, en tanto eran textos que hablaban sobre actividades experimentales fomentadas por la sociedad en la vida de la escuela. Otro motivo de peso es que –como se podrá apreciar a continuación– la edición de tales libros respondió a una necesidad del grupo de alumnos asociados a la institución. De hecho, el autor de tales afirmaciones –el presidente saliente en 1911, el Sr. Héctor Taborda– rescata en forma explícita la utilidad que tales libros tenían para la vida asociativa de la institución:

“No quiero terminar este capítulo sin antes dedicar algunas palabras a varios proficuos colaboradores: el Doctor Leopoldo Bard y los Sres. Bernardo A.

Houssay, Joaquín L. Maqueda y Adolfo de la Vega. Por los apuntes de Fisiología del segundo, la Dirección de la Revista en el anterior ejercicio inició un tiraje aparte, que ha permitido publicar un libro útil, editado por la asociación. En cuanto al extenso trabajo de Medicina Operatoria del Doctor Bard, una vez publicado totalmente en la revista producirá análogo resultado, lo mismo que los apuntes de Química Analítica del Sr. A. de la Vega. El Sr. Maqueda donó sus Cuadros Sinópticos de Semiología que han sido editados también por la asociación. Es necesario fomentar colaboraciones de tal índole, no por interés económico, pues dichas obras se venden a precio de costo o con un beneficio mínimo, sino especialmente porque el hecho de tener que adquirirlas en nuestra casa, recuerda a los socios los mayores beneficios que poco a poco va prestándoles ella y los vincula más a su existencia” (Taborda, 1911: 422).

Sin duda, el motivo de mayor interés en esta cita es el “libro” de Bernardo A. Houssay editado por la sociedad, un libro de artículos de fisiología. A riesgo de caer en ejercicios de contrafactualidad cabe preguntar: ¿tendrían indicios los señores miembros de la CD de 1910 que estaban editando el primer libro en una carrera mítica para las ciencias médicas y experimentales locales? ¿Intuirían que estaban ayudando a dar los primeros pasos en la vida experimental del futuro premio Nobel de Fisiología en 1947? Lejos aún de las imágenes cuasi religiosas de seriedad experimental que acompañarían la vida del médico fundador de la Asociación Argentina para el progreso de la Ciencia y primer presidente del CONICET, el libro del –por aquellos años– *señor y licenciado en farmacia* Bernardo Houssay permite apreciar un momento clave en la cristalización de las actividades experimentales locales y, en especial, el papel tanto de las instituciones científicas como de la prensa médica y experimental en dicho proceso (Taborda, 1910: 430).

5.4. LAS TECNOLOGÍAS SOCIALES DEL CMA

5.4.1. Los torneos científicos.

Si el primer libro de Houssay sobre fisiología había sido editado a partir de sus artículos para la revista, no es menos cierto que otra fuente de materiales, tanto para la revista, como para libros, fueron una serie de actividades organizadas por la sociedad, entre las

que aquí se incluirán los torneos, las conferencias y las asambleas científicas (Souza, 2007: 145; Souza 2008: 75).

Así pues, en este ítem se analizarán las *tecnologías sociales* promovidas por la institución durante el período estudiado, concepto que –en el presente caso– referirá en forma central a aquellas prácticas. En efecto, si en las páginas precedentes se han invocado –tras los pasos de Shapin y Schaffer en *El Leviatán y la Bomba de vacío*– los conceptos de *tecnologías materiales* y *tecnologías literarias* para analizar distintas facetas del programa experimental promocionado por la sociedad, tales como la producción material de actividades experimentales y, luego, la reproducción ampliada de dicha producción a una comunidad de asociados mutable y cambiante, no extrañará la decisión –historiográfica y metodológica– de invocar a continuación el tercer concepto propuesto por ambos autores en aquella obra, a saber el de *tecnología sociales* (Shapin y Schaffer, 2005 [1985]: 57, 121). Tal decisión permite analizar una tercera faceta de actividades inherentes al programa experimental movilizado por la sociedad, como son aquellas actividades que buscaron promover (o sugerir) modelos, valores y convenciones culturales en torno a la comunicación con el otro, fundando reglas que hagan posible dirimir los conflictos –elaborando representaciones sobre el mismo– en la producción y validación de hechos experimentales.

Con mayor especificidad aún cabrá preguntar: ¿qué se entiende por tecnología social? Y en estrecha relación con este interrogante: ¿por qué tal concepto es pertinente para analizar estas actividades en el CMA? Al igual que sucediera con los otros conceptos invocados, es necesario justificar los desplazamientos implicados en su uso, en una experiencia análoga (más no idéntica) de los debates existentes entre los nuevos filósofos naturales aglutinados en la Royal Society. Si Robert Boyle echó mano al *informe experimental* como convención cultural en la cual narrar lo sucedido con las experiencias implicadas en la manipulación de la bomba de vacío, lo hizo para invocar la legitimidad de sus pares de escena experimental. Y a la hora de pensar el problema de la validez científica, dicho grupo –y Boyle con ellos– parecían estar de acuerdo en que “un caballero de Oxfordshire era más creíble que un campesino de Oxfordshire” (Shapin, 2005: 57). Simétrica convención aflorará en las prácticas aquí estudiadas. En otras palabras, invocar estas tecnologías hace posible apreciar cómo los miembros de un

círculo burgués –devenido en partido de las ciencias– tomaron recursos morales, textuales y expositivos de los lenguajes y culturas de los sectores medios y patricios de la Buenos Aires finisecular para cristalizar modelos y convenciones culturales que legitimaron aquel programa experimental. En última instancia, se podrá apreciar el profundo vínculo que posee la sociedad analizada con el medio ideológico oligárquico en que se inscribe; mas tal relación no ha sido un punto de partida del presente trabajo, antes bien ha sido una conclusión que afloró lentamente al tratar de abordar un problema mucho mas acotado, como es el de presentar aquellas tecnologías como *actividad práctica* desarrollada por distintas generaciones de socios durante las cuatro décadas aquí estudiadas.

Las conferencias, asambleas y torneos científicos poseen “regímenes de historicidad” dentro de la vida de la sociedad, poseen una estrecha relación con los tiempos de la vida institucional presentados en la primera parte de este trabajo. Estas prácticas tuvieron eco e intensidad dispares. Entre sus objetivos figuraban la circulación de actividades experimentales y, en estrecha relación, la circulación de un nutrido campo simbólico y representacional compuesto de lenguajes, teorías, cosmovisiones médicas, imaginarios médicos en torno a la salud local; esta lista no es excluyente. Desde ya, ambos planos quedaban fusionados en los textos circulantes y son separados aquí a título analítico como prácticas y representaciones. Aquella fusión se puede apreciar en las historias clínicas o artículos (o también conferencias) publicados en la revista. Y si bien la sala hospitalaria, las actividades clínicas y quirúrgicas suelen ser los temas más frecuentados en aquellos textos, tampoco están ausentes las reflexiones en torno a las actividades de laboratorio, o de anfiteatro o de morgue; ciertamente, también son frecuentes escritos sobre salubridad pública e instituciones médicas de la época. La vida experimental – incluso con la importante fragilidad que la caracterizaba– dio pie a aquellas actividades textuales fomentadas activamente a través de concursos y bajo la promesa de publicación en la revista de la sociedad desde sus primeros años.

En términos empíricos, la presencia de estas actividades científicas está enunciada en la alocución fundacional de Ramos Mejía sobre el programa científico y político presentado en el mítico 29 de junio de 1875 (Ramos Mejía, 1880: 3). Aquel día, “El Licenciado Cabra” habló frente a sus compañeros sobre el estado de la ciencias médicas

locales, sosteniendo que había una “especie de terror sagrado por todo lo que sea escribir, observar, publicar; una repulsión incomprensible a la reputación de autor, que muchos rechazan horrorizados” (Ramos Mejía, 1880: 7). Luego, puso a la naciente sociedad (y a sus consocios) el deber de rescatar el programa intelectual plasmado en la *Abeja Argentina*, atribuido al grupo de médicos fundadores de la “medicina y la ciencia nacional”, quienes a diferencia del cuerpo médico post-rosista, sí se habían preocupado –con los medios a su alcance– en “observar y publicar” (Ramos Mejía, 1880: 7). La necesidad de escribir –y luego transmitir– las producciones científicas locales debían ser parte constitutiva del programa experimental de la sociedad. Así, como parte del bagaje de recursos morales y lingüísticos de un círculo burgués, se promocionó la creación de aquella “reputación de autor” destinada a poner en circulación las prácticas científicas que daban vida al programa experimental de la sociedad; tal reputación estuvo relacionada en forma estrecha a otros tópicos invocados por la sociedad, como era la “juventud” y la “virilidad”, así como el amor incondicional a la ciencia y al progreso social que su práctica traería (Ramos Mejía, 1880: 7). Ciertamente tal programa de conferencias, torneos y asambleas científicas se volvería una actividad clásica, reconocida como tal por personajes referenciales de la sociedad durante las cuatro décadas estudiadas. La sociedad entraba en sintonía con las actividades de promoción de programas experimentales puestos en marcha desde fines del siglo XVII, y en especial, con el lema clásico impulsado por la Academia de Ciencias de París –y luego adoptado como canon de la ciencia experimental del siglo XIX– de “publica o perece” (Crosland, 1996: 29)

Uno de los puntos de mayor interés respecto a estas prácticas es que refractan la conflictividad interna y externa a la sociedad, como contexto en que cristalizaron las prácticas analizadas. Los torneos y concursos, así como las asambleas y conferencias se inscribieron en el marco del anudamiento de conflictos en que vivió la sociedad durante estos años, y acaso tal situación es indicio que permite subrayar el carácter de *tecnología social* de dichos eventos. Tales actividades permitieron a los sujetos –que se identificaron con su promoción y práctica– marcar posición frente a otros sujetos, con los que había que disputar el monopolio del saber dentro de la república de las ciencias; en especial, el monopolio de la verdad y la legitimidad de la práctica experimental (Shapin, 2000: 141; Shapin y Schaffer, 2005: 57, 121). En tal sentido, es conveniente

focalizar la atención en estos conflictos, sabiendo que tal apreciación surge –en primer término– de la mirada seriada del material empírico.

Conflictos endógenos a la sociedad, en primer lugar. Las conferencias y asambleas científicas permiten apreciar situaciones de conflictos –a veces explícitos– entre los miembros y grupos de la sociedad. Hay menciones a conflictos entre dos participantes; otras veces hay menciones a conflictos entre *Señores* y *Doctores*, como se podrá apreciar más adelante. Los *Señores* se tomaban muy en serio el “espíritu de asamblea” y, como consecuencia de tal actitud, solían cuestionar los trabajos presentados por los *Doctores* con mucha mayor frecuencia (y con más vehemencia) de lo que estos últimos consideraban adecuado.

Algunos de estos debates fueron enunciados en la revista; en 1893 se puede apreciar un conflicto científico en acto. El doctor Dávison debía pronunciar de una conferencia; el tema propuesto era caro a las líneas intelectuales y cosmovisiones médicas defendidas por la sociedad: “física *de los sonidos y soplos del corazón*”. En efecto, la física del sonido cardiaco refracta la práctica de la auscultación y, en estrecha relación, el planteo del problema de penetración de la caja torácica a través del sonido, tema de gran presencia en la medicina de la segunda mitad del siglo XIX. El ponente no pudo asistir a la conferencia, dando pie a críticas de referentes en la vida científica de la sociedad, entre otros Gregorio Aráoz Alfaro. Se cuestionaron los experimentos presentados por el doctor Dávison y se lo invitó a retomar la discusión el miércoles entrante, día fijado para la presentación de charlas y asambleas:

“Los señores que deseen dar lectura de alguna comunicación deben hacer conocer el tema al presidente, por lo menos tres días antes de los fijados para la asambleas. Estas tendrán lugar cada dos semanas en días miércoles. En la celebrada anoche, quedó pendiente la discusión sobre la física de los sonidos y soplos del corazón. Porque el doctor Dávison manifestó que le era imposible concurrir; los doctores Lucero y Aráoz Alfaro hicieron objeciones fundamentales a las ideas sostenidas por él y a sus experimentos, pero en atención a su ausencia, se resolvió dejar la indicada en el orden del día de la próxima asamblea” (ACMA, 1893: 388).

Por su parte, también hay noticias sobre conflictos entre *Señores* y *Doctores*. Algunas prácticas surgen como iniciativa dirigida a los estudiantes; luego de que tal grupo les prestara escasa atención durante sus primeros años, se transformaron en prácticas para los graduados, si bien no quedaba excluida la participación de los alumnos. Tal fue el caso de los torneos científicos, que desde 1877 a 1883 tomaron la forma de concursos realizados para estudiantes y que entre esta última fecha y 1891 dieron lugar a concursos “nacionales” y “latinoamericanos”. Pero acaso más interesante que este cambio de público en los torneos sean las declaraciones explícitas tendientes a limitar el derecho de intervención de los señores en las asambleas científicas, defendiendo el derecho a exposición de los doctores. Se volverá sobre este punto a la hora de focalizar en forma específica sobre las conferencias.

Pero si aquella “reputación de autor” promocionada por las comisiones directivas desde sus primeros años no quedaba librada de conflictos y discusiones internas, tampoco quedó librada de conflictos externos. En efecto, el conferencista o el médico participante en los concursos no era un autor en abstracto; antes bien fue un autor forjado al calor de contingencias históricas bien concretas, en torno al monopolio y legitimidad del saber, con especial consideración de los saberes científicos y médicos invocados por la sociedad como una de sus principales razones de existencia, además de los intereses gremiales. Dicho conflicto quedó planteado frente a múltiples actores, con temas distintos y, ciertamente, con distintas intensidades. Algunos actores fueron confrontados, otros, amonestados y, por último, otros fueron inculcados o enseñados.

Confrontados fueron los curanderos y empíricos, de un modo semejante a como lo fueron los alquimistas por el grupo de la Royal Society. Varias conferencias y torneos científicos –también reglamentos y leyes promocionadas desde la sociedad– los tuvieron como objeto de reflexión y confrontación. Así como el informe experimental (que comunicaba, por ejemplo, las actividades realizadas con la bomba de vacío) fuera un puntal de cristalización de morales científicas públicas basadas en las normas de sociabilidad caballeresca, frente a las secretas actividades de los alquimistas, los torneos científicos, así como las conferencias y asambleas científicas aquí estudiadas, fueron actividades de escritura, promoción y exposición que buscaron contraponer (y exaltar)

la seriedad del “apóstol de la ciencia” al “charlatanismo vertiginoso” de curanderos y empíricos (Ramos Mejía, 1880: 7-8).

Por su parte, amonestado fue el cuerpo docente de la escuela local. Como ya se ha podido apreciar en el capítulo 2 y 3 las conferencias, asambleas y torneos científicos cristalizaron el sentido del cuerpo médico post-rosista, como un cuerpo “anémico”, “galvanizado” y “lánguido” en materia de producción científica y médica. Aglutinado en los espacios institucionales de autoridad profesional, tales como la academia y la planta docente de la escuela, fueron regañados por su pereza intelectual, por no haber sostenido el programa científico y político de los intelectuales revolucionarios y post revolucionarios, de no producir una sola “página de valor” que enriqueciera la ciencia local (Ramos Mejía, 1880: 7). Por último, inculcados o amonestados fueron los “círculos políticos” que no apoyaban el desarrollo de las ciencias médicas ni de la educación pública local en general. En pocas palabras, la “puesta en texto” del programa experimental practicado por la sociedad, estuvo relacionado en forma estrecha a la moral de los futuros galenos que daban vida a la institución. Aquel primer discurso de la sociedad hablaba de los “obreros de ciencia de fervor calvinista”; por su parte, en las palabras de Spinetto se subrayó el papel de “la levita raída del maestro” (Ramos Mejía, 1880: 7). Escribir y transmitir el programa experimental, tanto para confrontar a otros grupos intelectuales (y revistas), como para transmitir a un público ampliado, entre quienes sin duda se incluía al patriciado de la ciudad, apareció como una de las actividades principales del grupo frente a los actores fundamentales del medio ideológico en que la misma se inscribió.

Ubicadas las prácticas en contexto e identificados sus públicos y algunos de sus interlocutores, cabe preguntar, con la mayor especificidad que el material empírico disponible permite hacerlo: ¿qué eran los torneos y concursos y qué las asambleas y conferencias? Y complementariamente: ¿qué actividades humanas concretas cristalizaban en esas definiciones y, en estrecha relación, qué rituales y festejos aparecen asociados a dichas prácticas?

En principio es de utilidad reconocer que son celebraciones científicas, cuyo eje central era una competencia entre distintos médicos que adoptaban la “posición de autor”,

invocada por “El Licenciado Cabra” en su discurso de junio de 1875. Dato de capital importancia es que las metáforas del campo del honor circulan en forma prolífica a la hora de referirse a los concursos. En efecto, los cronistas suelen referirse al evento como una “justa”, “lucha”, o “torneo”, a sus participantes, como “campeones” que “esgrimían sus armas” y que, luego de tal ejercicio simbólico, se posicionaban como “ganadores” o “perdedores” en los enfrentamientos del “intelecto”.

En 1878, aparece un aviso que se reiterará en los años venideros: “CONCURSO: Va en seguida el aviso por el cual se llama a concurso para el 29 de Junio próximo” (ACMA, 1878: 245; mayúsculas en el original). Los torneos y concursos fueron convocados como celebraciones de la fecha fundacional de la sociedad; en efecto, los 29 de junio, junto con la asamblea que unguía la renovación de las comisiones directivas y la presidencia de la sociedad, se daban a conocer las decisiones de los jurados sobre los trabajos, y los puestos y premios en caso que los hubiera (ACMA, 1878: 246). Cuando los torneos devinieron en concursos nacionales y latinoamericanos, los motivos a conmemorar fueron otros, más el evento no perdió su perfil de celebración científica. En julio de 1891 tuvo lugar la convocatoria para un Concurso Sudamericano, *festejando* el IV Centenario del Descubrimiento de América. A ojos de la sociedad era un momento propicio para “invitar a los pueblos vecinos a exhibir los progresos alcanzados en el terreno de las ciencias médicas, honrando así el esfuerzo y sacrificio del genio que permitiera incorporar las regiones del nuevo mundo al movimiento trascendental de la civilización” (ACMA, 1892: 456). Por su parte, en 1895 se convocó al “concurso internacional de bacteriología Pasteur”:

“El CMA, en homenaje a la memoria del ilustre sabio cuya muerte deplora la humanidad entera, y que fue su miembro honorario resuelve, art. 1, Celebrar un concurso internacional de bacteriología que llevará su nombre, en septiembre de 1897. Art. 2, Los trabajos que se presenten deberán ser investigaciones originales e inéditas de bacteriología, sea respecto de algún punto de técnica o de etiología, profilaxia, diagnóstico y tratamiento bacteriológico de las enfermedades infecciosas del hombre o de los animales, sea acerca de aplicaciones industriales de la microbiología” (ACMA, 1895: 519).

Este evento es una convocatoria con aspiraciones distintas a las anteriores; no tiene el carácter local de los primeros torneos científicos, tampoco el carácter americano de otros concursos, es un concurso internacional acaso influenciado por el tamaño de la figura, por la jerarquía del “apóstol”. El homenajeado era nada menos que “Mr. Pasteur”, figura relacionada en forma estrecha a los cambios dados en la cirugía de la segunda mitad del siglo XIX. La “bacteriología” relacionada al nombre de Pasteur había permitido el descubrimiento de un universo de los “bacterios” –como se señaló en reiteradas ocasiones en las páginas de la revista– y en especial de su influencia en las salas de operaciones, y en las prácticas quirúrgicas desarrolladas en ellas (Cranwel, 1939: 40; Cranwel, 1945: 40; Souza y Hurtado, 2010: 905). La medicina antiséptica o la “medicina acuática” reconocían entre sus apóstoles venerados tanto a Lister como a Pasteur, este por sus descubrimientos en materia de fermentación, aquel por mancomunar estos descubrimientos a la cirugía. Para una sociedad científica y médica que había criticado con contundencia el estado de la cirugía local, la muerte de Pasteur fue un evento propicio para invocar a un concurso internacional, en especial luego del resultado de los concursos invocados durante los años precedentes (ACMA, 1895: 519).

Tales celebraciones contaron con una serie de pasos entre los que destacan las llamadas a concursos, seguidamente la publicación de sus reglamentos y, luego, el nombramiento de los jurados (ACMA, 1878: 245; Gaché, 1893: 3).

En efecto, cada convocatoria estuvo acompañada de la publicación de un reglamento, que adoptó un formato clásico tanto para los torneos como posteriormente para los “concursos nacionales”. Esos reglamentos enunciaban el segundo término festejado con su realización, vale decir, la existencia de un programa experimental o, mejor aún, los “esfuerzos” de la sociedad en promocionar la existencia de tal programa en la vida médica local. Festejo de su fundación y festejo de su papel en la medicina experimental local, también fue festejo de la fundación de la “Medicina Nacional”, entendiendo por ella la producción de actividades experimentales en suelo local, que llevaran las ciencias médicas vernáculas mas allá de la “traducción” y “glosado” de autores europeos. Tales tópicos serán frecuentes en las declaraciones institucionales y en las declaraciones de otras instituciones médicas locales, tales como la Asociación Médica Bonaerense o la “hermana mayor”. En efecto, la *RMQ* publicó en 1877 una reseña altamente irónica de

los resultados del primer torneo científico organizado por el Círculo. Irónica sí, pero no menos ajustada a las relaciones esperadas entre actividades experimentales y, de otro lado, actividades de promoción del programa experimental. Y en honor a dicho anudamiento, es de utilidad citar el texto en extenso:

“Círculo Médico Argentino: Vemos con placer los progresos que hace esta joven asociación médica. Hace un año o dos nomás, ella hace conocer sus estatutos, sus propósitos y miras para el porvenir; sus, quizá demasiados vastos, pero nobles programas, y hoy asistimos en ella al primer torneo de la ciencia médica que se lleva a cabo entre nosotros. Debemos alegrarnos todos los médicos de esta Escuela del resultado obtenido por el CMA en el concurso que ha tenido lugar este año. Es el primer paso dado en un camino que nos conducirá a la emancipación gradual y lenta de nuestra medicina nacional. Todos los países hacen conocer sus adelantos, lanzándoles a la publicidad y estimulando así el deseo al trabajo en todos los ramos de los conocimientos. Nosotros no hemos quedado ajenos a ese movimiento natural de progreso de las sociedades: ya hemos tenido un resultado que no se esperaba, en las exposiciones agrícolas, científicas e industriales, ¿Por qué nuestra ciencia médica que forma uno de los ramos más importantes de los conocimientos humanos, había de quedar ajena a ese desenvolvimiento? No, el CMA ha abierto un concurso y dos campeones se han presentado a disputarse en el terreno pacífico y provechoso de la inteligencia, el premio dedicado a la consagración del estudio y al mérito del talento. Pero dos trabajos es muy poco en una sociedad que cuenta 150 miembros ¿Es temor lo que ha arredrado a los demás para no presentarse, o bien es el desaliento lo que les ha inducido a mantenerlos impasibles ante el llamado del CMA? Nos inclinamos a pensar lo primero. Perseveremos todos en hacer comprender que de todos modos es meritorio el joven que se presenta a un concurso cualquiera que sea el resultado que obtenga. El número de premios siempre tiene que ser limitado, mientras que candidatos pueden serlo todos los miembros de una sociedad numerosa. Fuerza es elegir entre muchos los pocos que deben llevar el premio. El jury es susceptible de equivocarse pero procede en conciencia como lo halla justo, de consiguiente no hay motivo

para temer un fracaso, que comprometa absolutamente la reputación del candidato. Sin entrar todavía en apreciaciones sobre el mérito intrínseco de cada uno de los trabajos presentados al CMA, su valor en tesis general es inmenso por el punto que tratan ambos y por el espíritu de emulación que ellos están llamados a despertar. Uno se refiere a los estudios médicos, del clima de una de nuestras más fértiles e ignoradas provincias. ¿Cuánto no ganaríamos con que trabajos en el mismo sentido hiciesen otros jóvenes. El segundo trabajo, es una memoria que refiere datos estadísticos sobre los casos observados en una de las clínicas más interesantes de nuestra Escuela Médica. ¿Cuánto no ganaría la misma Facultad con que trabajos de igual género se llevasen a cabo en las demás clínicas de los Hospitales de Buenos Aires? He aquí, por qué señores aplaudimos el hecho práctico que comentamos sin fijarnos de dónde viene; por ahora nos limitaremos a enunciarlos y a publicar las siguientes líneas que nos remite uno de los miembros del jury: La medicina como todas las ciencias de observación, puede progresar en todas las épocas y en todos los países a condición de despertar en los que a ella dediquen el amor al trabajo y de que estos posean los elementos necesarios para que sus observaciones tengan la garantía de la exactitud. Lo que observó bien Hipócrates hace dos mil años, es tan verdad hoy como lo fue entonces y como lo será en el porvenir. Seguramente ese hombre de genio no tenía los medios de investigación que están en manos de los miembros del 'Círculo Médico', que si adolecen de falta de experiencia, tienen ventajas de que pueden aprovecharse. El estímulo es la gran fuerza que impele a las inteligencias. Lo ha comprendido así el CMA al iniciar estos torneos del trabajo, que tan benéficos frutos han de producir, a juzgar por lo que se ha obtenido en esta primera prueba. Las dos memorias que el jury ha premiado tienen indisputable mérito; en primer lugar, están basadas sobre la observación, y en segundo lugar, se refieren a la ciencia nacional, condición indispensable para que despierten interés. No es copiando o comentando autores europeos, como haremos progresos en la ciencia; más haremos consignando lo que veamos; de esta manera dentro de algunos años nuestros países serán mejor conocidos por nosotros mismos, tanto en la ciencia médica como en las otras ciencias naturales, cuyo campo

es inconmensurable. Una educación bastante completa puede recibirse hoy en Buenos Aires, base indispensable para hacer fructíferos estos trabajos. Los laboratorios, los anfiteatros, los Hospitales, abren sus puertas para dar los elementos con que entrar al combate a los que quieren penetrar los secretos de la naturaleza. El trabajo de reunir esas armas es cansador algunas veces, pero ay de aquel que no las tenga para el día de la prueba; caerá vencido por los que se mostraron más paciente y fueron recogiénolas una a una. La juventud argentina tendrá dentro de poco los destinos de nuestra ciencia y seguramente ha de formar una Escuela digna de figurar entre las de los pueblos civilizados porque el método que ha iniciado nos garante ese resultado –la observación y la experiencia. Felicitamos con entusiasmo a los dignos discípulos de la Facultad de Buenos Aires en las personas de los Sres. Eulogio Fernández e Ismael Carrillo que son los héroes de la esplendida fiesta intelectual a que hacemos alusión en estas breves líneas. Sus esfuerzos han sido justamente coronados. El CMA debe estar satisfecho del resultado de su primer concurso; el porvenir está abierto a sus socios para recoger nuevos laureles. Todos a la obra” (*RMQ*, 1877: 223-224; negritas en el original).

Quedaba claro para los redactores de la Sociedad Médica Bonaerense que la “justa experimental” protagonizada por los “Sres. Eulogio Fernández e Ismael Carrillo” ponía en juego representaciones simbólicas sobre el espacio ocupado por la sociedad en la ciencia experimental local. Se había concretado el “primer paso dado en el camino de la emancipación gradual y lenta de nuestra medicina nacional”; en tal sentido la escuela médica local no quedaba ajena “al movimiento natural del progreso”. En estrecha relación, se señalaba a “la medicina” como una “ciencia de observación”. El panorama es algo distinto al señalado por otros redactores –Pedro Rooverts y Emilio Coni– de la “hermana mayor” 3 o 4 años antes; dos tímidos trabajos eran algo distinto a la ausencia de “espíritu de asamblea” y, en tal sentido, al menos se veía en la necesidad de señalar que se habían dado los “primeros pasos”. Ciertamente, tal reconocimiento también fue leído por las comisiones directivas de la sociedad, como permite inferir las institucionales del año entrante, en donde el presidente saliente –el ya *Doctor Maglioni*– afirmaba que:

“He dejado intencionalmente este tópico para el fin, por relacionarse tan íntimamente con el objeto de esta reunión; para que mi última palabra sea de felicitaciones y aliento a los distinguidos señores consocios que a la esclarecida opinión del jurado han merecido premios por sus trabajos. El año anterior (primer concurso de el Círculo Médico Argentino) tuve ocasión de felicitar a los hoy doctores Fernández y Carrillo. En este momento me es satisfactorio dirigir una sincera felicitación a los señores Ramaugé y Arce, los campeones que han esgrimido sus armas en este torneo de la ciencia médica argentina; haciendo a la vez votos para que en los años subsiguientes tengan muchos imitadores” (Maglioni, 1878: 79).

El triunfador en la “justa” ganaba una medalla de oro; tal hecho no debe pasar desapercibido como indicio del carácter celebratorio del evento. Acaso no fuera coincidencia que tal premio estuviera indicado en la arenga lanzada en 1875 por “El Licenciado Cabra” y, menos aún, que éste le atribuyera a su vez a los concursos organizados por la escuela en los “heroicos” años 1820. La entrega de la medalla de oro –práctica luego tantas veces vuelta a implementar en la vida de la escuela médica local durante el siglo XX– era el primer premio, dedicado al trabajo más original. Y entre otros jóvenes consocios, la ganaron varios futuros miembros de la academia, o catedráticos tales como Aníbal Torino, Adalberto Ramaugé, Otto Wernicke, Juan B. Justo, y un futuro rival de la sociedad, que hizo sus primeras “armas” científicas en las páginas de la sociedad, como es el ya mencionado Eliseo Cantón. Le seguían la medalla de cobre y luego el diploma como tercer puesto. Por su parte, con el cambio del torneo a “concurso argentino y sudamericano”, la magnificencia de la justa aumentó, fiel al espíritu orgulloso de la institución.

A modo de ejemplo, es de interés detenerse en la grilla de premios enunciada para el concurso por el cuarto centenario. En efecto, aparecen una ronda de premios antepuestos a los de la sociedad, ofrecidos en forma separada por distintos poderes políticos, entre los que cabe señalar el Poder Ejecutivo nacional, el ejecutivo de la provincia de Buenos Aires, y la Comisión Municipal de la Ciudad de Buenos Aires. La grilla de premios de ese año asoció el premio de algún poder político local o

sudamericano a una serie de disciplinas, verdaderas “áreas de vacancia” a ojos de la sociedad:

“[...] para facilitar la distribución y estudio de los trabajos del concurso se establece las siguientes divisiones, a cada una de las cuales corresponden los premios que se expresan: 1) Anatomía patológica, histología, piezas histológicas, sifilografía, dermatología: Premio del Gobierno de la república Oriental del Uruguay: Medalla de plata; medalla de cobre; diploma. 2) Patología interna, clínica médica, enfermedades de niños: Premios del gobierno de la República de Chile: Medalla de plata, medalla de cobre, diploma. 3) Ginecología y Obstetricia: Premio del gobierno de los Estados Unidos del Brasil. Medalla de plata; medalla de cobre; diploma. 4) Patología externa, clínica quirúrgica, medicina operatoria, instrumentos, aparatos: Premio del gobierno del Perú. Medalla de Plata, medalla de cobre, diploma. 4) Higiene, Demografía, epidemiología, Geografía Médica: Premio del Sr. Intendente Municipal de Buenos Aires. Medalla de Plata, Medalla de cobre 5) Medicina legal, Toxicología, Terapéutica y química aplicada a la medicina: Premio del Señor gobernador de la Provincia de Buenos Aires” (Gaché, 1892: 808).

Punto de capital importancia en la vida de estas celebraciones científicas son las ceremonias de entregas de premios. En algunas ocasiones –en especial en los torneos científicos– estas ceremonias son poco más que un lacónico enunciado de los resultados en alguna asamblea de la sociedad y luego su publicación en las páginas de la revista. Por su parte, con la aparición de los concursos nacionales y latinoamericanos, la entrega de premios dio paso a “brillantes fiestas”. En ellas se agasajaron a los ganadores de las justas, y además se daba promoción a las actividades de la institución entre “lo más distinguido de la ciudad”. Algunas han dado lugar a relatos de gran interés a la hora de mostrar la composición social (e histórica) de esa escena. Por ejemplo, la realizada en junio de 1893 conmemorando a los ganadores del concurso por el cuarto centenario.³⁵

³⁵ Ciertamente, estos festejos científicos no son ajenos –en términos historiográficos– al movimiento de popularización de actividades experimentales, existente en distintas ciudades europeas durante el renacimiento y acentuado en Gran Bretaña durante el siglo XVIII. Tal movimiento de popularización adoptó formas distintas según las clases sociales que prestaban su atención a dichas actividades, como han señalado investigaciones recientes. En tal sentido, se puede apreciar la existencia de actividades e

En las ceremonias teatrales organizadas por el CMA solían desplegarse discursos de socios y miembros de la CD, a veces acompañados por las palabras de personajes públicos afines a la sociedad. Algunas veces hubo bandas –incluidas, en ocasiones, bandas militares– que ejecutaron “alegres piezas” para el público; a fines del período trabajado suelen entonarse himnos a la juventud y a los estudiantes. La cantidad de asistentes a tales ceremonias suele variar, mas es llamativo que siempre se invoquen cifras numerosas, algunas incluso superando el millar de asistentes. A tales eventos se los clasifica de exitosos o de “triumfos” para la institución, en tanto que permiten apreciar un despliegue de la relevancia científica de la institución, transformando tales celebraciones en verdaderos fundamentos sociales (y epistemológicos) de las actividades experimentales presentadas en los concursos:

“El 12 de Junio tuvo lugar en el teatro Onrubia la distribución de premios del Congreso Sud-Americano de Medicina celebrado por el CMA para conmemorar el IV centenario del descubrimiento de América. Fue una fiesta brillante en que se dio cita lo más distinguido de Buenos Aires. Asistió el Sr. Presidente de la Republica Dr. Luis Sáenz Peña, acompañado de sus ministros Escalante, Alcorta, Cané, Avellaneda y Viejobueno. Los palcos estaban ocupados por las principales familias de la Capital, y todo el teatro desbordante de concurrencia. El jardín municipal y el Sr. Antonio Dordoni proveyeron galantemente de las plantas necesarias para los adornos. Dos bandas militares ejecutaban hermosas piezas, y en el interior una orquesta daba mayor lucimiento al acto. En el proscenio se encontraban los miembros del jurado, el Sr. Ministro del Perú, Dr. Alberto Ulloa, el intendente Municipal interino, Dr. J. J. Montes de Oca, los premiados, los delegados de las corporaciones científicas, numerosos médicos y los miembros de la Asociación que así festejaban el gran triunfo obtenido. Los ministros plenipotenciarios del Chile, Brasil, República Oriental, asistieron también; y se excusaron por impedimentos especiales de última hora, los del

instituciones dirigidas tanto a los sectores populares como a los sectores altos. Entre estas últimas, bien pueden citarse las ceremonias anatómicas en los anfiteatros, las experiencias promocionadas en las academias –como la Academia del Cimento–, o las ceremonias en donde se realizaban tempranas demostraciones con la botella de Leyden, donde se realizaban actividades experimentales con “efluvios eléctricos” (Ordóñez y Elena, 1990: 30).

Paraguay y Bolivia. Los premiados, como se sabe, han sido: Medalla de Oro: Dr. Adalberto Ramaugé, Dr. Samuel Gaché, Dr. Cesar Milone. Medalla de Plata: Dr. Cesar Milone, Dr. Diógenes Decoud, Dr. Alfonso Masi; Medalla de cobre: Sr. Silvio Tatti; Diplomas: Dr. Gregorio Aráoz Alfaro, Dr. Alberto Alberti, Dr. Sebastián Alfonso Leao, Sr. Francisco T. Llobet. Abrió el acto el Dr. Enrique E. del Arca, presidente del Jurado. Le siguió el Sr. Ministro del Perú Dr. Ulloa, entregando al Dr. A. Ramaugé la medalla de oro del gobierno de su nación. Le contestó este. Enseguida el Dr. Del Arca hizo entrega al Dr. Milone de la medalla de oro del gobierno de Tucumán. El Dr. J. J. Montes, presidente del Concejo Deliberante entregó al Dr. Gache en nombre de la municipalidad, la medalla de oro acordada por esta corporación. El Dr. Gache habló en representación de los premiados. Terminó el acto con el discurso del Dr. Juan B. Señorans presidente de la comisión especial. El éxito de esta gran asamblea realizada por el CMA se debe a la Comisión especial que la preparó, y que fue así constituida: Presidente; Dr. Juan B. Señorans; secretario, Dr. Manuel A. Zavaleta; vocales, Dr. J. M. Jorge, Dr. Nicasio Etchepareborda, Dr. Luís Güemes; J. M. Cullen, Domingo M. Cremona, Ricardo Lynch, Juan Ángel Farini y Federico Silva (hijo)” (ACMA, 1893: 254).

Félix Amoretti, presidente en ejercicio durante ese año, volvió a citar en extenso las memorias de las fiestas celebratorias del concurso sobre el cuarto centenario. Acaso uno de los datos más interesantes de esta segunda referencia al evento es que no solo lo pintan como un triunfo, sino que lo ponen en estrecha relación a otras actividades, como la edición del periódico:

“[...] la asociación está bien constituida, pero necesita algunas reformas que le permitan más amplio desenvolvimiento. En este punto conviene introducir algunas modificaciones al reglamento. Si para demostrar la importancia y el rol que el Círculo Médico Argentino desempeña en nuestra vida intelectual, fuera necesario decir dos palabras más, no haría sino recordar el concurso sud-americano de medicina por él celebrado en honor del 4º centenario del descubrimiento de América y que ha permitido

convocar a muchas de las naciones del nuevo mundo a demostrar sus adelantos y su capacidad científica. El resultado ha sido muy satisfactorio, y es de esperar que los nuevos certámenes sigan siendo cada vez más concurridos, contribuyendo así a la más estrecha vinculación de los hombres nacidos en estas regiones. La idea está lanzada y no debe detenernos. Al contrario, continuemos el camino empezado bajo tan halagadores auspicios” (Amoretti, 1893: 321).

Las ceremonias teatrales y científicas como la presentada eran descritas como parte del “triumfo” de la sociedad en la promoción de la incorporación de la medicina local a la república de las ciencias, en la inscripción de un programa experimental en suelo local, lo que también solía denominarse “ciencia nacional”. De esta manera, este tipo de prácticas y ceremonias permite inscribir a las sociedades como la que aquí se estudia en un campo específico de la moderna historia social de la ciencia, como es la historia de la ciencia y su relación con el público, que desde fines del siglo XVII ha comenzado a consumirla en forma ávida en las principales capitales europeas. (Ordóñez y Elena, 1990: 80; Schiebinger, 2004: 40). En las fiestas del CMA se puede apreciar un rasgo presente en los círculos burgueses estudiados por Agulhon, que también está presente en aquellos grupos de sociabilidad relacionados a instituciones científicas, como por ejemplo la Academia de Ciencias de París (Crosland, 1996: 70). Ese rasgo no es otro que una nítida división de actividades entre géneros. La “justa” científica era una actividad centralmente masculina, y las fiestas de celebración a las mismas estaban asistidas por un nutrido público, tanto masculino como femenino. Quienes producían las actividades experimentales, quienes las publicaban y evaluaban en el marco de la vida institucional son hombres. Por su parte, ambos géneros integraban “lo mejor de la sociedad” que acudía a las fiestas teatrales, donde no faltaban, además de las ya mencionadas bandas, arreglos florales que adornaban la ceremonia.

5.4.2. La “tribuna pública” del CMA. Conferencias y asambleas científicas

¿Qué se entiende por conferencias y asambleas? Ambas actividades se prestan a ser analizadas desde la definición de tecnología social invocada con anterioridad (Shapin y Schaffer, 2005 [1985]: 57, 121). En términos empíricos, ambas prácticas poseen una

fuerte presencia en la vida institucional durante las cuatro décadas, en especial a la hora de cristalizar un espíritu de asamblea científica y, también, un público atento a las ceremonias de divulgación del programa experimental en las ciencias médicas locales. ¿Qué diferencias pueden establecerse entre las conferencias y los torneos científicos estudiados con anterioridad? ¿Qué relación presentan con la edición de la revista? Y por último, pero no menos importante, ¿qué tipo de relación mantienen con los socios?

Las conferencias y las asambleas son exposiciones sobre temas científicos y médicos que pueden alcanzar la forma de textos escritos –y hasta quizá de artículos– para la revista de la sociedad. Si los torneos científicos estuvieron pensados originalmente como actividad de promoción de la praxis científica y médica en los estudiantes de los tres últimos años del doctorado, las conferencias y asambleas científicas estuvieron pensadas para socios graduados, para socios corresponsales y para los visitantes de la sociedad. Ciertamente tal perfil no es cerrado ni excluyente, pudiendo apreciarse la presencia de algunos “Señores” en la tribuna de la conferencia, en especial en los primeros años del período aquí trabajado. Por su parte, la relación entre conferencias y su edición como material en la revista de la sociedad quedó retratada de manera explícita en julio de 1883 por Bartolomé Novaro, presidente saliente:

“La tribuna de las conferencias públicas ha sido ocupada muchas veces por médicos distinguidos y por estudiantes que van subiendo con paso firme, al alto puesto que en breve ocuparán en las ciencias argentinas. Dejarme recordar las conferencias de Torino, Arca, Maglioni, Mallo, Spegazzini, Sudnik, Wernicke, Alcacer, Bengolea, Gache, Llobet y Tamini. Si yo no puedo hacer un estudio de sus trabajos, recordaré al menos que un público numeroso y selecto escuchaba atento sus palabras, manifestando con sus aplausos resonantes el entusiasmo de su fallo. Los temas de esas conferencias generalmente han sido elegidos en las partes de las ciencias médicas que se cultivan menos entre nosotros. Su mérito ha sido más grande: no solo se van llenando así, poco a poco, los vacíos de la enseñanza médica oficial, sino que contribuyen a despertar la necesidad de propagar en mayor escala la instrucción complementaria libre. Estas conferencias enriquecen las páginas de nuestros Anales. Allí pueden verse al lado de las

producciones de esa pléyade encabezada por Wernicke, Torino, Gandolfo, y Lagleyze, y que forma el cuerpo escogido de nuestros redactores y colaboradores. Todos estos trabajos reunidos hacen de nuestro periódico una publicación interesantísima, bien nutrida en todas sus secciones, que permite a nuestros miembros corresponsales y a la prensa científica del mundo, seguirnos pasó a paso en nuestros rápidos progresos. En estos últimos tiempos el tiraje ha debido aumentarse considerablemente, no sola a causa del aumento inusitado de los miembros activos de asociación sino también para sostener el inmenso canje establecido con las más serias publicaciones científicas. **Las conferencias del CMA y sus Anales, constituyen siempre las manifestaciones más brillantes de nuestra vida intelectual. Nos honran a todos y a la asociación que formamos. Bastarían para hacerle ocupar el primer puesto entre todas las sociedades que aquí se dedican al cultivo de las ciencias, si los grandes actos realizados últimamente no la hubiesen llevado a una altura prodigiosa**” (Novaro, 1883: 449; las negritas son nuestras).

Como puede apreciarse en las palabras de Novaro, los referentes de la sociedad seguían sin ahorrar en modestia a la hora de pensar su lugar como los representantes locales en la república de las ciencias. Los “grandes actos” referidos en sus últimas líneas eran la creación de los policlínicos gratuitos, analizados en el capítulo precedente. Además, inscribían en forma explícita sus actividades –en este caso las conferencias y asambleas– en una trama material e histórica de conflictos. Novaro subrayaba la existencia de un “vacío en la enseñanza oficial”, y volvía azucar la siempre presente escuela de estudios libres. En pocas palabras, las conferencias quedaron incluidas en el repertorio de actividades que causaron conflictos entre la sociedad –en representación del personal estudiantil– y la escuela médica, como representante del cuerpo docente y de la academia.

Las conferencias estuvieron dedicadas a la doble tarea de formar conciencia (y opinión) experimental, tanto para el público inmediato de la sociedad –sus socios– como también para un público ampliado –y ya no siempre directo–, como, por ejemplo, lo más “selecto de la sociedad” porteña finisecular invocada por Amoretti en su alocución de

1892. Público de rasgos complejos y de importancia epistemológica no menor, pues en él también estaban incluidos prestigiosos representantes de las “corporaciones políticas” –como se ha podido apreciar en el capítulo 3 y 4–, así como también representantes de las “corporaciones científicas”. Como se podrá apreciar a continuación, los cuerpos científicos ampliaron su esfera de influencia en la vida experimental de la sociedad, pudiendo apreciar expositores provenientes de otras provincias de la “república de las ciencias”. En efecto, se podrán apreciar conferencias de médicos, naturalistas, químicos y algunos incipientes científicos sociales finiseculares, tanto locales como extranjeros, en las “tribunas” de la sociedad.



Foto de la sala de sesiones y conferencias del CMA y Centro de Estudiantes de la Facultad de Medicina tomada a mediados de 1912. Sobre el techo puede observarse la moderna luz eléctrica que sustituyó al alumbrado a gas original del edificio, según declaró el presidente saliente en 1910, el señor Héctor Taborda.

Por supuesto que si el concepto de justa experimental era el universo simbólico y retórico preferido a la hora de presentar los torneos y concursos, simétrica importancia

tendrá el universo simbólico civil y político a la hora de hablar de las conferencias. No debe extrañar encontrar la constante referencia a “las tribunas” –o “polémicas”– promovidas o desarrolladas en el seno de la sociedad. Como ya quedaba señalado en el discurso de Alfredo Spinetto, la misión “iluminadora” de las sociedades científicas consistía en “inculcar”, y en tal sentido, uno de sus instrumentos eran las conferencias. Misma escena que se retratará en las palabras de uno de los últimos presidentes incluidos en la documentación trabajada.

Las primeras referencias a conferencias permiten apreciar la importancia que estas adquirirían a ojos de las comisiones directivas como actividad de cohesión y cristalización de una identidad grupal en la vida de la sociedad. De hecho, en 1879 aparece una imagen clásica –los “jóvenes consocios” planeando ciclos de conferencias– asociada a un indicio bien llamativo, como es el cobro de multas a favor del tesoro de la sociedad, en caso de ausencia del conferenciante:

“BUENA IDEA: varios consocios se han reunido con el objeto de obligarse cada uno a presentar temas para las conferencias científicas semanales que se van a establecer dentro de poco tiempo. En dicha reunión se resolvieron: 1) Sortearse por numeración, de modo que cada uno fuera presentando trabajos alternativamente. 2) Pagar 500 pesos moneda corriente de multa, a favor de la Caja de la Sociedad, todo aquel que no presentara su trabajo en la época que le correspondiese el turno” (*ACMA*, 1879: 161).

El concepto de obligación, sorteo y multas, son otros tantos indicios que permiten apreciar un panorama tenso respecto de tales actividades, panorama ya señalado en los comentarios irónicos de la *RMQ*. En efecto, si bien las conferencias eran actividades anheladas y promocionadas desde la comisión directiva, su implementación en la vida cotidiana de la sociedad era un tema mucho más problemático. Y si bien no hay datos que permitan inferir la continuidad del sistema de multas, en el mismo año 1879 se vuelven a reiterar los comentarios que subrayan la necesidad de dar vida a las conferencias implementadas. De hecho se implementó –al menos por aquel año– la distinción entre conferencias y conversaciones científicas, según se desprende de la presentación realizada por el presidente de la sociedad:

“Las conferencias médico quirúrgicas, iniciadas con tan buen éxito por el Dr. Roberts, sobre oftalmología, han sido suspendidas temporariamente en lo que respecta a este ramo tan importante de la Medicina. En cambio los Dres. Doncel y Novaro se alternan, explicando el uno las enfermedades del oído y el otro la técnica microscópica. Considero superfluo encarecer lo que estas conferencias hábilmente dirigidas importan como elemento de progreso para nuestra asociación. Me limitaré a interpretar el pensamiento de los distinguidos consocios, deseando que el número de conferenciantes aumente, para que el CMA adquiriera una gloria más: la de haber instalado entre nosotros los cursos libres de Medicina y Cirugía. CONVERSACIONES CIENTÍFICAS: Con el propósito de allanar los inconvenientes que para su realización ofrece el ceremonial de las asambleas científicas, se crearon oportunamente las conversaciones que habían de facilitar la comunicación de las ideas médicas entre los socios. Las importantes discusiones a que dieron lugar los trabajos de los Sres. Ramaugé, Figueroa y Jorge, han dejado, a no dudarlo, en el espíritu de los que las presenciaron, huellas imborrables de la trascendencia que ofrece este medio de progreso” (Maglioni: 1878: 77-78).

Por su parte, otros años las conferencias son presentadas como actividades exitosas, sin ningún tipo de matiz. En 1880 se pueden apreciar, primero las convocatorias a conferencias –sin mención a las multas– por parte de la comisión directiva, y luego, la evaluación de sus resultados: “CONFERENCIAS CIENTÍFICAS: podemos asegurar a nuestros lectores, que dentro de breves días serán invitados los miembros de la Asociación a oír la primera conferencia que se dará en el presente año, por resolución de la Comisión Directiva, que ya ha invitado a varios de nuestros más distinguidos médicos” (ACMA, 1880: 29; mayúsculas en el original). A los pocos meses otra noticia institucional anunciaba las conferencias dictadas hasta el momento, a las que no titubeó de calificar como “éxito completo”:

“Las Conferencias científicas a que el Círculo Médico ha invitado a los estudiantes de medicina, han alcanzado un éxito completo. El doctor Crespo

ha ocupado la tribuna tres veces, llamando especialmente la atención de su numeroso auditorio. La Fisiología de la visión, tema desarrollado inteligentemente por el joven oftalmólogo, es uno de los más hermosos, y hay deber de justicia en reconocer que el Dr. Crespo nada ha dejado que desear en las tres conferencias que ha celebrado hasta hoy. Es probable que cuando el presente número de los Anales circule, haya tenido lugar la que el Dr. Francisco A. Tamini ha prometido dar en nuestros salones, sobre la transfusión de la sangre y la influencia del sistema nervioso sobre el corazón. Conocidas son las aptitudes de este profesor, que se ha conquistado una reputación entre sus colegas. Después del Dr. Tamini (el sábado siguiente) disertará el Dr. Bartolomé Novaro, sobre un tema nuevo entre nosotros, y que él, con sus relevantes dotes, sabrá desarrollar de una manera que responda a la alta estima que merece de sus conciudadanos, que lo saludan como uno de los más distinguidos miembros de la actual generación médica” (ACMA, 1880: 72-73).

La asistencia fluctuante de los socios, será dato reiterado en las rendiciones y noticias institucionales, en especial, en los años que van desde la inauguración de la casa de la calle Corrientes al 2038 a la fusión de las dos sociedades en 1908. Al igual que sucediera con el consumo del material bibliográfico, las conferencias tuvieron una relación compleja con el público que participó de ellas, al cual se invocó como beneficiario explícito de las mismas. En efecto, a lo largo del período trabajado se puede apreciar fluctuaciones importantes en la asistencia de los socios a las conferencias propuestas por las comisiones directivas. En las citas anteriores se pueden apreciar años de asistencia importante y otros años de escasa presencia de socios. Por su parte, en la década de 1890 suele apreciarse un panorama en similar fluctuación; incluso con algunos años en que la asistencia a conferencias es destacada. A modo de ejemplo puede tomarse 1897. En un año de informes tan lapidarios, las conferencias dictadas en el nuevo local aparecen como uno de los pocos logros destacados por el presidente saliente. De hecho refiere a una normalización de la situación que espera siga por ese camino. Como se desprende de la documentación de los años posteriores, tal normalización languideció y no siempre estuvo a la altura de la situación deseada:

“Me he esforzado por conseguir que las sesiones científicas lo fueran realmente y porque los socios vinieran a ellas no solo con conferencias, sino a presentar y discutir sencillamente sus dudas o los resultados de su observación y su experiencias diarias. Puedo afirmar que en gran parte el resultado ha sido obtenido y que las asambleas científicas han quedado definitivamente incorporadas a la vida del Círculo. Es de esperar que el movimiento se generalice y que muchos que hasta ahora se han mantenido recelosos y desconfiados de su propio valer, se convenzan de que en todas las asociaciones médicas del mundo no solo se da comunicación de hechos excepcionales y extraordinarios sino que se discute y estudia las cuestiones más prácticas y corrientes, siempre que el número o la clase de observaciones permita conclusiones de aplicación general” (Aráoz Alfaro, 1897: 355).

El público de las conferencias es un dato de capital importancia en varios sentidos, no solo por su volumen general. También lo es por la presencia de un tipo particular de conflicto, como era el que distanció a *señores* y *doctores*. Acaso no es un dato menor, el hecho de que tal conflicto contara entre los motivos que devinieron en la ruptura de la sociedad, hacia 1900. Los estudiantes –desde el particular punto de vista de los intereses de los doctores– amenazaban con romper el orden en las conferencias científicas, como ya lo habían hecho notar varias voces referenciales del CMA, incluso en un tono mucho menos urgido que el utilizado por Repetto en 1900, año de la separación de la sociedad. Según Repetto, el clima respetuoso de las conferencias científicas –al modo de las prolijas y ordenadas conferencias semanales de la Academia de Ciencias de París– no era el que prosperaba en las asambleas del CMA. Tal situación fue presentada como un aprendizaje realizado durante los años en que se habían puesto en práctica. La palabra expuesta por parte de los oradores designados por la sociedad, solía ser cuestionada con mayor frecuencia de la deseada. En efecto,

“[...] la experiencia de varios años nos está demostrando que las asambleas científicas del CMA desaparecerán irremediamente, si no se cambia la forma de su celebración. Sin desconocer en absoluto los progresos que hemos realizado en materia de discusión científica, creo que todavía no ha

llegado el momento oportuno, y quizá no llegue nunca, de hacer discusiones fructuosas entre médicos y estudiantes sobre cuestiones de medicina práctica. A mi juicio, la forma de dichas asambleas debe ser modificada en el sentido de quitárseles todo carácter de controversia, reduciéndolas a una o dos conferencias dadas por personas competentes. De esta manera, conseguiremos afianzar la existencia de tales reuniones sobre una nueva base y atraeremos hacia ellas el concurso valioso de muchas inteligencias que hoy nos lo niegan” (Repetto, 1900: 259).

Ahora bien, si el público que asiste a las conferencias es de capital importancia para apreciar el carácter de tecnología social que las mismas poseen en la vida de la institución, no es menos cierto que sus autores son otro dato importante, en especial, en la historia de la ciencia y la medicina local finisecular. Los nombres y temas presentados son datos importantes; en efecto, muchas de las conferencias dictadas –y luego publicadas bajo la forma de artículos en los *Anales*– trascendieron a sus autores y, luego, al reducido ámbito de la institución, para ganar un lugar en la república de las ciencias médicas locales finiseculares. Sus nombres han sido tanto alabados como criticados con profundidad –en reiteradas ocasiones– en la vida médica e intelectual local. “El Licenciado Cabra” y la locura de los hombres célebres; Roberto Wernicke y sus conferencias sobre los principios listerianos y patología general; Juan B. Justo y sus conferencias quirúrgicas sobre la apertura de la bóveda craneana; José Ingenieros y la simulación de la locura; Salvador Mazza y sus trabajos sobre enfermedades epidémicas; Bernardo Houssay y sus primeros trabajos sobre fisiología. Y si bien estos son nombres (y temas) referenciales en la medicina de inicios de siglo XX, acaso sean las conferencias del médico, pintor y naturalista Ladislao Holmberg, las que poseen un valor analítico central en la vida de la sociedad y que, al mismo tiempo, trascienden su contexto inmediato.

En efecto, se puede apreciar a Holmberg comprometido en distintos momentos de la vida de la institución, en tal sentido cabrá recordar que su nombre figura en las listas de socios que integraron la sociedad en 1876, durante el primer mandato de su amigo José María Ramos Mejía (Ramos Mejía, 1880: 27). Su nombre aparece relacionado a las primeras comisiones encargadas de armar listas de conferencias y reglamentos

destinados a dar vida a los torneos científicos. Pero acaso uno de los rasgos más llamativos provenga de su propia participación como expositor en conferencias, una de las cuales trascendió el estrecho círculo de la sociedad y dejó una huella en las actividades científicas de la ciudad finisecular.

En 1882 fue expositor –en representación de la sociedad– en la célebre conferencia sobre Darwin y el darwinismo, realizada en el teatro *El Nacional* en mayo de 1882 junto al ex presidente Domingo F. Sarmiento. La noticia de la conferencia fue publicada en los *Anales*, y es por demás interesante para apreciar el sólido compromiso que la dirigencia de la sociedad estableció entre actividades experimentales, conferencias científicas y el público al que se esperaba llegar en tales eventos. Nuevamente, aparecen las referencias a “la selecta concurrencia” y, aún más explícito, al papel anhelado para las “clases superiores” de la ciudad, festejadas por el liberalismo que sus damas representantes pusieron en juego al aplaudir las conferencias dictadas en honor a Darwin:

“Como estaba anunciado, el 19 de Mayo tuvo lugar la conferencia publica que el Círculo Médico preparó en honor a Carlos R. Darwin. Los disertantes, señores don Domingo F. Sarmiento y don Eduardo L. Holmberg, consiguieron esa noche un triunfo pocas veces obtenido en Buenos Aires en esta clase de reuniones. Ambos discursos fueron repetidas veces saludados por los aplausos de la numerosa y selecta concurrencia de ambos sexos que asistió al Teatro Nacional. Pero lo que debe llamar más que nada la atención, es el alto ejemplo de liberalismo y despreocupación religiosa proporcionado por nuestras damas, que siendo en su mayoría católicas, no han trepidado un momento en ir a aplaudir a los que sin estar con sus ideas y hasta chocando en algo sus sentimientos, han rendido con maestría el homenaje intelectual a que se hizo acreedor el sabio autor del Origen de las especies. El triunfo de los señores Sarmiento y Holmberg, tiene grandes alcances. Muestra una victoria más de Darwin y sus grandes teorías. Señala una etapa nueva en la evolución intelectual de nuestras clases superiores, liberales siempre, pero más liberales que nunca cuando aplaudían el transformismo” (ACMA, 1882: 450).

Era una “victoria”, porque hubo una concurrencia importante, y porque dicha concurrencia dio un argumento epistemológico –de contundencia inapelable– en dicho contexto de sociabilidad, acorde a las pautas morales de las *clases superiores*: el *aplauso*. Pocos números más adelante, en las páginas de los *Anales* se recordaba nuevamente dicha fiesta científica, y se daba mayor precisión sobre el número aproximado de la concurrencia que asistió el 19 de mayo:

“HOMENAGE A DARWIN: Cuando se tuvo conocimiento de la muerte de Darwin, se organizó por la CD la fiesta en homenaje a su memoria que tuvo lugar el 19 de Mayo en el teatro Nacional, espontáneamente cedido por sus propietarios señores Olmos y Cía. Todos asististeis a la gran conferencia celebrada por el “Círculo Médico Argentino”, y aplaudisteis a los oradores designados, General don Domingo F. Sarmiento y Doctor don Eduardo L. Holmberg. El resultado obtenido probó que la elección no pudo ser más acertada. Cuatro mil personas han dado testimonio de ello. Tanto a los disertantes como a los señores Olmos, se agradeció cumplidamente su importante y generoso concurso” (Novaro, 1882: 546-547).

Por su parte, hacia el centenario la figura de Holmberg aparece con alguna frecuencia en los ciclos de conferencias impulsados por las comisiones directivas de la nueva versión de la Sociedad. En 1910 es invitado a la “tribuna” del CMA el Dr. Porter, prestigioso naturalista chileno, quien dictó una conferencia sobre el “carácter físico y morfológico de la célula animal”, y fue el propio Holmberg quien hizo los honores de la presentación, no sin antes ser honrado a su vez por el vicepresidente de la sociedad para ese año, el señor Bonifacio:

“En presencia de una gran concurrencia de médicos y estudiantes, notándose, entre aquellos distinguidos delegados chilenos al congreso científico y varios miembros que honran al profesorado universitario de nuestro país, abrió el acto el Vicepresidente señor B. Bonifacio, quien, en breves palabras, anunció la conferencia que se iba a realizar poniendo de manifiesto la satisfacción con que el CMA y Centro de Estudiantes de

Medicina habían recibido desde Chile la grata nueva de que el profesor Porter a su arribo a esta daría una conferencia en nuestro Centro, diciendo que esto demostraba la importancia que había ya alcanzado la institución, siendo, como es, ventajosamente conocida en toda América. Continuó recordando que 28 años hacía que el Dr. Holmberg llevara a cabo, bajo el auspicio del CMA, su conferencia sobre C. R. Darwin, que consiguió congregar, con el solo prestigio de su saber, 4000 personas en el antiguo Teatro Nacional de Buenos Aires y que dos años más tarde dio en este mismo local su otra conferencia sobre el libro de Ameghino: Filogenia. Terminó dando el saludo de bienvenida y cediendo la palabra al doctor Holmberg, quien, con su espíritu habitual, puso de manifiesto la personalidad científica del profesor Porter, abundando en elevados conceptos sobre el distinguido naturalista chileno, que por su laboriosidad, por sus méritos como publicista y por sus esfuerzos realizados para el adelanto del estudio de las ciencias naturales, es ya notoriamente conocido” (Taborda, 1910: 780).

La mención al antiguo “joven consocio” y entonces ya prestigioso doctor, naturalista y pintor Ladislao Holmberg tiene sabor a *déjà vu*. Fue Holmberg junto a sus compañeros de estudiantina quien impulsara desde muy temprano la cristalización del proyecto de estudios libres, así como también “la tribuna” de las conferencias dictadas en el CMA.

Las conferencias y asambleas científicas nunca fueron abandonadas como parte de las actividades centrales de la sociedad, durante el período trabajado. En 1911, Alfredo Spinetto las mencionaba aún entre las herramientas que la sociedad invocaba a la ahora de confrontar a quienes tomaban decisiones políticas en materia de educación universitaria y de promoción científica. Es por demás interesante el hecho de que se encuadre a las conferencias entre las actividades con las que se buscaba influir en el medio ideológico de su época, que por cierto se mostraba reacio frente a los bienes de la sabiduría, frente a las mieles de la república de las ciencias. Según el informe de Spinetto:

“Mientras no se qué razones puedan aducir los que empuñan las riendas del gobierno para solidarizarse con tales desaciertos, razones que habría que buscar posiblemente en la composición histológica de sus sublancias cerebrales, mientras esas cifras subsistan, diciendo con lacónica expresión los resultados de los errores funestos; mientras se ahorre en escuelas para gastar en ceremonias protocolarias; mientras haya, en una palabra, tendencias iniciadas por fortuna en países colocados opuestamente al maestro en las cartas geográficas donde en pleno parlamento se osa decir que los países serán mejores cuando desaparezcan las universidades, diré, parafraseando a Hugo, que las asociaciones de la naturaleza de la que me ha tocado presidir tienen que ser muy útiles a la sociedad. Basado en esas ideas he presentado a la CD que he presidido en estos cinco meses, proyectos que tiendan a educar por medio de clases y conferencias, y a combatir por sistema la ignorancia, inculcando y predicando por doquier la necesidad de instruirse e instruir, como único y absoluto medio para llegar al engrandecimiento de la patria y de las agrupaciones humanas, usando con resultados más proficuos la levita raída del maestro que cobra más sus sueldos muy exiguos que no los materiales bélicos proporcionados por agentes que embolsan sus suculentas comisiones. Hay, señores, que ‘plasmear cerebros’, no olvidando la aseveración de Leibniz, en que el gran maestro afirma que un pueblo puede cambiar en 100 años por la educación, y recordando que las universidades deben marchar en el puesto de honor cobijando en su manto los pueblos del porvenir” (Rojas, 1911: 425).

5. 5 A MODO DE CIERRE

En el presente capítulo se focalizó sobre un grupo de actividades centrales en el programa experimental puesto en juego por el CMA. Ellas son la creación de una biblioteca y hemeroteca especializada en ciencias médicas y naturales, la edición de un periódico científico y médico de amplia repercusión en el medio ideológico de su época y, seguidamente, la promoción de torneos, concursos, conferencias y asambleas científicas.

La relación con las prácticas experimentales estudiadas en el capítulo anterior era obvia para los actores implicados en el estudio; también lo es para el analista actual, muñado de las herramientas y preguntas que provienen de ámbitos intelectuales diversos, entre ellos la moderna historia social de la ciencia y la historia social de la medicina. Desde ellas se ha podido apreciar la notable semejanza que aquellas actividades tienen con lo que Shapin y Schaffer han denominado *tecnologías literarias y sociales* a la hora de estudiar una nueva noción de experiencia que nace en el siglo XVII vinculada a las prácticas experimentales implicadas en la manipulación de la bomba de vacío por los caballeros de la Royal Society (Shapin y Schaffer, 2005 [1985]: 57, 121; Souza y Hurtado, 2010: 900). Por su parte, la utilización de lo que ambos autores denominaron “estudio de controversia” ha permitido apreciar el parecido que el tipo de conflictos propios de las comunidades científicas posee, con aquello que Antonio Gramsci denominó –en sus “Cuadernos de la Cárcel– “conflicto entre grupos intelectuales”, como parte de los procesos históricos susceptibles de ser abordados en una historia de los procesos de formación de grupos intelectuales (Gramsci, 1975 (4): 353). Con mayor precisión, el paralelo entre ambas miradas historiográficas radica en el análisis del conflicto como elemento nodal de la vida social de los grupos intelectuales.

Dichas actividades y espacios fueron promotores de sentido social y político dentro del pequeño círculo de sociabilidad. En la vida de la sociedad implicaron la puesta en lenguaje y posterior circulación del programa experimental del cual la sociedad se hacía eco, transformándose así en un actor clave a la hora de cristalizar una sensibilidad social para la ciencia experimental (López-Ocón, 1998; 215). Y tal “puesta en representación” de un programa experimental pareciera adoptar una doble dirección, forjada al calor de los conflictos trabados por los actores. Fueron espacio de formación de sentido de sociabilidad, destinado al grupo de socios, como lo declaró Taborda en 1910 (Taborda, 1910: 424). Al mismo tiempo fueron bandera y espacio de conflicto político, en este caso contra la elite médica –o los dioses del Olimpo de la calle El Comercio–, como lo señalaron buena parte de los presidentes de la sociedad durante sus primeros 20 años de vida. En pocas palabras –y en términos similares a procesos ocurridos en otras latitudes– la cristalización de actividades experimentales y, luego, de actividades de edición y promoción de la ciencias experimentales, no fue un proceso exento de conflictos.

En tal sentido, los conflictos parecieran presentar a la sociedad como partido de “hombres de la cultura”, encargado de ocupar un lugar dirigente, en un horizonte científico y cultural específico, en un medio ideológico dado. Es importante subrayar el papel de legitimación de los aplausos provenientes de los auditorios “decentes” de las “clases superiores” que asistían a las ceremonias del CMA –las conferencias, los obituarios, las palabras sentidas frente a los bustos de los sabios que habían dedicado su vida al actividad experimental–, en donde no faltaban las huellas de la sociabilidad burguesa, tales como los “arreglos florales”, las bandas que daban “hermosas piezas”. Esos sabios eran incluidos en la cultura de clase, al ser reconocidos como nobles patricios (Souza y Hurtado, 2010: 905).

Pero al mismo tiempo, prácticas y espacios no menos afectados por las propias tensiones presentes en la sociedad desde sus primeros días. Señores y doctores tensaron el juego de su relación al punto de quebrar la unidad de la sociedad, que luego fue renegociada en 1907. Y tal tensión afecta a los espacios y prácticas estudiados: la biblioteca se resintió de la presencia estudiantil; los cuerpos de editores de la revista perdían calidad en su trabajo; las conferencias tenían una presencia estudiantil alternada o eran lugares de abierta disputa; los torneos científicos ganaron en visibilidad pública, pero acaso también estuvieron afectadas por la escasa presencia de alumnos.

Al igual que se señalara para las actividades experimentales estudiadas en el capítulo anterior, cabrá recordar que este tipo de actividades dio forma a las prácticas científicas implementadas por la sociedad, en un contexto en que los aspectos materiales (e históricos) de las prácticas propias de los procesos de formación de intelectualidad tienden a quedar desdibujados tras un tipo de historia que pone el acento en el estudio de representaciones, conceptos o cosmovisiones. No es difícil apreciar una vasta literatura que habla de las ideas y representaciones propias de los hombres de la generación del ‘80, sean estos políticos, intelectuales, militares, médicos, abogados. Más difícil es –al menos en la historia de la ciencia local– poder apreciar las prácticas de producción de conocimiento y los escenarios materiales en donde se desplegaron. Y con base en esta percepción historiográfica es que se tomó la decisión metodológica de utilizar aquellas herramientas y conceptos que hicieran posible aproximar cierta

visibilidad a tales prácticas. A su vez, tal concepto de la “visibilidad de las prácticas”, lejos de ser un “prejuicio materialista”, o una oscura torsión profesional de dudosa inspiración empirista, busca estar en sintonía (y diálogo) con el criterio expresado en la literatura metodológica reciente de la historia social de la ciencia (Pestre y Kragh, 2005: xxii).

La pregunta por el lugar de las prácticas en la historia de la medicina local finisecular, además de recuperar el “necesario lugar de lo empírico” en la historia social de la ciencia local, permite apreciar la relación –no menos histórica y material– con las estrategias implementadas en otras profesiones y en otros círculos de sociabilidad de la época (Sabato, 1998: 54; 1999: 168; 2003: 19; González Bernaldo, 2008: 274 - 275). Permite inscribir aquellas prácticas en un “horizonte histórico” que ha sido caracterizado en términos nítidos por la moderna historia política y cultural como “burgués” y “liberal”, con las potentes resonancias que los mismos tienen. Más aún, tales prácticas cristalizaron bajo un tipo especial de sociabilidad, aquella que Maurice Agulhon describe como “burguesa”. Y dichos actores afirmaron estar interesados en hacer aportes a una ciencia médica “nacional”.

CAPÍTULO 6

A MODO DE CIERRE: INSTITUCIONES CIENTÍFICAS Y MÉDICAS EN UN MOMENTO DE CRISTALIZACIÓN DE UNA SOCIEDAD CIVIL BURGUESA

En las páginas precedentes se ha focalizado sobre un tramo de la historia de una pequeña sociedad científica y gremial de alguna relevancia en la vida de las ciencias médicas locales finiseculares. También se señaló que tal influencia puede ser apreciada en las ciencias médicas locales de primera mitad del siglo XX en términos directos e indirectos y que dicha influencia puede ser ilustrada en términos empíricos; tanto los procesos que se conocen popularmente como la reforma universitaria de 1918 como la recepción del primer premio Nobel en biomedicina por parte del ex socio del Círculo, el Dr. Bernardo Houssay, remiten a la existencia de la pequeña sociedad científica. Los temas –y las maneras de trabajarlos– seguidos en los distintos capítulos han estado bajo la luz de aquellas afirmaciones.

Por su parte, las elecciones metodológicas y empíricas tomadas se han enriquecido de los trabajos de una importante cantidad de autores. Acaso una de las citas más representativas del trabajo que se ha buscado realizar con ellas es lo que Dominique Pestre denominó como “la movilización de puntos de vista múltiples”, en donde tal movilización implica la “alternancia de múltiples ángulos de observación” de una determinada trama del pasado, en este caso, la historia de las ciencias médicas occidentales en la ciudad de Buenos Aires de la segunda mitad del siglo XIX y principios de siglo XX (Pestre, 2005: 18). Ciertamente, la movilización de ángulos de mira del pasado de las ciencias médicas locales coincide –y en no poca medida– con los objetivos políticos y morales señalados por el afamado escritor de *Ciencia, Dinero y Política*, a saber, a la necesidad de visitar dicho pasado para comprender las transformaciones que sufre esa particular actividad social que es la tecnociencia en nuestros días. Y no menos cierto es que tal movilización de ángulos de mira se hizo buscando sostener a su tiempo un equilibrio entre dos problemas metodológicos simétricos –señalados por Wright Mills en su *Imaginación Sociológica*–, tales como el empirismo abstracto y el problema de la gran teoría en una investigación. En pocas

palabras, no se ha anhelado un relato escasamente hilvanado de una seguidilla aleatoria de hechos; tampoco se ha cedido a la fácil tentación de refugiarse en las escarpadas abstracciones de las miradas teóricas (Mills, 2007: 45, 73).

Es por ello que en los cinco capítulos se exploraron –por grados o capas– distintos aspectos de una institución científica de fines de siglo XIX, como fue el CMA. El grueso del trabajo de análisis y clasificación se hizo de acuerdo a unos conceptos caros al oficio del historiador tal como los cuestionarios, en este caso cuestionarios tantos teóricos y empíricos (Bloch, 1998: 171; Mills, 2010: 207).

En el *capítulo 1* se buscó presentar un contexto histórico considerado material indispensable para abordar el análisis de una institución científica como el Círculo Médico Argentino.

En tal sentido, se ha podido apreciar que, al igual que sucediera en otras latitudes, la sociedad civil burguesa que cobró vida en la Buenos Aires de mediados del XIX fue testigo del florecimiento de grupos asociativos –no menos comprometidos con el orden burgués– aglutinados en torno a la producción y defensa de saberes científicos defendidos como expertos, profesionales, racionales, y notablemente superiores –al decir de sus propias representaciones– en materia de ciencias médicas (Leandri, 1998: 188; Sabato, 1998: 54; Sabato, 1999: 168; Sabato, 2012: 95 Fúnez Monzote, 2004: 44). Para explorar la cristalización de tal contexto han sido de notable importancia conceptos tales como *grupos sociales*, *instituciones* y *formas de conflictos sociales*, y se los eligió porque permitieron jerarquizar problemas de investigación y, al mismo tiempo, realizar preguntas al material empírico.

En efecto, primero se focalizó sobre tres grupos dentro de la escuela médica de Buenos Aires entre 1870 y 1915, el cuerpo docente, los alumnos y los graduados relacionados a la institución. Tales grupos fueron recortados prestando atención a aspectos de sus prácticas dentro de espacios bien concretos, como son la profesión, la escuela médica y luego la universidad. Dichos aspectos han sido su vida jurídica, su vida material y, en la medida de las posibilidades abiertas por las fuentes, su universo de representaciones políticas, científicas y médicas. Luego se focalizó la atención en los espacios e

instituciones que aquellos grupos crearon, en forma central en la escuela y universidad de la época. Es bien claro que estas instituciones fueron creadas por la actividad de aquellos grupos y que, al mismo tiempo, tales instituciones afectaron a los propios grupos que las crearon con el correr de las décadas. El crecimiento demográfico, tanto de la escuela médica como de la universidad y, en especial, el crecimiento desigual de los personales alumnos y docentes fue un poderoso motivo de conflictos en tales espacios. Por último, se han subrayado los conflictos pertinentes mínimos para comprender la vida de la sociedad. Estos actores, instituciones y tipos de conflictos se transformaron en el “grupo de relaciones sociales históricamente cristalizadas” que permitieron abordar el surgimiento de una institución científica en un contexto periférico, como es el caso del CMA y, en especial, abordar un punto no menor de la vida de la sociedad, como es su decidida vocación por realizar actividades que contribuyan a cristalizar un sentido social para la ciencia y la técnica en suelo local, según la feliz expresión de Leoncio López-Ocón (López-Ocón: 215).

Si aquellos fueron considerados los elementos de estructura de la escuela médica y la universidad, lo fueron a los fines de abordar en el *capítulo 2* el surgimiento y consolidación del Círculo Médico Argentino en sus aspectos materiales.

En este trayecto, se realizó especial hincapié en las distintas etapas en que podía ser dividida la vida de la sociedad, con especial énfasis en la relación entre dos subgrupos de socios, como fueron los *Señores* y los *Doctores*. Y ello es así porque la sociedad se definió –durante las cuatro décadas que van desde 1875 a 1914– como un grupo de agremiación y promoción de un programa experimental en las ciencias médicas locales, con base en los estudiantes y graduados de la Escuela Médica y posterior Facultad de Medicina de la ciudad de Buenos Aires. Esta vía llevó a subrayar el carácter de Círculo o Club de agremiación, experiencias que ya se puede apreciar en varias sociedades científicas, de varias ciudades occidentales desde mediados del siglo XVII (Ornstein: 1928: 30; Hall: 1954: 155; Graham: 1978: 30; Porter y Teich: 2000: 9).

En tal experiencia asociativa jugó un papel clave la representación igualitaria entre los socios, que luego fue quebrada en la práctica con el correr de los años y la complejización de los distintos grupos que la integran. Así pues, este capítulo concentró

su atención en el perfil de los dos grupos de socios mencionados, en especial considerando sus relaciones de conflicto y de consenso, a partir de las cuales cobró vida la sociedad. Tal tipo de relaciones permitieron apreciar los intereses materiales y políticos que los unieron durante los primeros 25 años de su vida, para luego distanciarlos, al punto de formalizar su pertenencia a instituciones distintas, para luego volver a reunirse en una nueva sociedad en 1908. De especial importancia fue apreciar la situación que los unió mas allá de sus intereses explícitamente contrapuestos durante su primera etapa: el conflicto con el cuerpo docente –o, lo que es lo mismo, la Academia de Medicina– de la escuela médica local. En efecto, el conflicto con “los dioses del Olimpo de la calle El Comercio” jugó el papel de aglutinante de ambos grupos durante las primeras décadas de vida de la sociedad. Luego, se pudo apreciar que el crecimiento asimétrico de ambos grupos, tanto en la escuela como en la Sociedad, así como las disputas por el control formal de la institución abrió un espacio de conflicto mayor al existente con la Academia de Medicina desde la década de 1870. En este contexto de conflictos y consensos es que el pequeño grupo asociativo fundado en junio de 1875 se transformó en una sociedad científica de peso en su medio social e institucional. Sobre la base de esta evidencia empírica durante las cuatro décadas, cupo el turno de preguntarse qué mecanismos permitieron la promoción de un programa experimental por parte de la sociedad y, luego, la promoción de la sociedad a un lugar de relevancia en “la pléyade” de las instituciones médicas locales de inicios de siglo XX, que la transformaron, en pocas palabras, en aquello que Gramsci denominó un *partido de hombres de la cultura* (Gramsci, 1972 (5): 375).

Así pues en el *capítulo 3* se analizaron con algún detalle prácticas y espacios de la vida del CMA, que estuvieron relacionadas en forma estrecha a la cristalización de un programa experimental, y que aquí se ha relacionado a una vocación y a estrategias de poder, por parte de la sociedad, vocación y estrategias apreciadas en varias instituciones científicas occidentales, desde mediados del siglo XVII.

Entre aquellas prácticas y espacios se recortaron y focalizaron temas tales como el armado de las comisiones directivas por parte de grupos de “amigos” o “bandos” que aspiraban a la conducción de la sociedad; su preocupación por sostener relaciones de conflicto y consenso entre los socios; la insistencia en el sostenimiento de una vida

material para la sociedad, en especial la construcción de una casa, o “mansión”; en estrecha relación, el sostenimiento de una intensa vida asociativa tendiente a cristalizar una identidad juvenil, estudiantil y de neto corte masculino, además de “selecta” y “patricia”. Entre tales actividades asociativas figuraron la celebración de cenas y fiestas conmemorativas, marcadas por la intención explícita de señalar el progreso de las ciencias y la vida experimental. Otras, acaso no menos comprometidas con el espíritu de cuerpo descrito por Pedro Roovers en 1874, son la práctica de deportes y las celebraciones fúnebres y obituarios de los socios. Por su parte, dos espacios y prácticas de gran importancia son las *relaciones exteriores* de la sociedad, cuyo eje de interés fue el vínculo con los poderes públicos con asiento en la ciudad. Tanto los poderes ejecutivos —el Poder Ejecutivo de la provincia hasta 1880 y luego de esta fecha el Poder Ejecutivo nacional— como los poderes legislativos, fueron activos interlocutores de la sociedad, en especial en el diálogo por cristalizar una vida experimental para las ciencias médicas locales, si bien es cierto que esta presencia y aval fueron más jurídicos y morales que materiales.

El círculo asociativo estudiado en aquellos tres capítulos fue una institución productora y fuertemente promotora de un programa experimental en el campo de las ciencias médicas finiseculares. La aclaración no es ociosa, ya que si bien fue harto obvio para los socios y las comisiones directivas que el CMA era una sociedad gremial y científica, no lo es en términos analíticos. No todas las sociedades o círculos existentes en la ciudad durante la segunda mitad del siglo XIX devinieron en promotores exclusivos de actividades científicas y médicas. Así pues, sobre los temas y problemas abordados en aquellas páginas, luego se focalizaron en los capítulos 4 y 5 las actividades de promoción de un programa experimental que la sociedad realizó en forma intensa durante las cuatro décadas analizadas.

En el *capítulo 4* se presentó el estudio de las tecnologías materiales promocionadas por la sociedad, en las cuatro décadas estudiadas. El CMA desarrolló un tipo de medicina ya presente en la escuela de su época y relacionado en forma estrecha a la promoción de lo que se ha denominado como medicina occidental (Kleinman, 1993: 17). El mismo estuvo asociado a un concepto de las actividades experimentales volcado sobre los cuerpos de los sujetos que conformaban la sociedad civil finisecular, otro nombre de lo

que Foucault popularizó como miradas bio-políticas y anátomo-políticas. En este esfuerzo compartió preocupaciones con otras instituciones científicas locales, tales como museos y observatorios astronómicos, sociedades científicas y botánicas, laboratorios y farmacias, quienes pujaron por sostener instituciones en contextos de gran fragilidad institucional y política. El afloramiento del CMA como “club de las ciencias médicas” no fue ajeno a una dinámica que atravesó a las antiguas capitales virreinales, en especial durante la segunda mitad del siglo XIX; la misma puede ser presentada como la cristalización de una “sensibilidad social para las actividades científicas y técnicas” (López-Ocón, 1998: 215).

En especial se focalizó sobre diversos tipos de actividades comprometidas con distintas miradas propias de las biomedicinas occidentales (Kleinamn 1993: 19), entre las que aquí se privilegió la presencia de un espectro de actividades clínicas: la creación de policlínicos gratuitos, luego la promoción de la “buena lectura de los libros palpitantes” a través del desarrollo de temas e intervenciones quirúrgicas propias de la época. Tales prácticas cumplieron el papel de “ampliar los sentidos” de observación de los socios, de cristalizar pasos en una cultura de la observación experimental en la institución. Teñidas de una atmósfera de conflicto –como la que invocaba el grupo de asociados– con las autoridades de la escuela y, en especial, con las propias prácticas y concepciones de la vida experimental que esta poseía, los policlínicos, la cátedra libre, y las prácticas quirúrgicas, fueron parte del esfuerzo que la sociedad se auto impuso en pos de renovar la “ciencia nacional”. Su presentación deja entrever la estrecha relación que la sociedad posee con otras sociedades científicas y en tal sentido –desde el punto de vista conceptual e historiográfico– con el concepto de tecnología material rescatado por la moderna historia social de la ciencia en el estudio de inscripción de un programa experimental, en especial a través de lo que se ha denominado estudio de controversias (Shapin y Schaffer, 2005 [1985]: 34; Souza y Hurtado, 2010: 900).

Por último, en el *capítulo 5* se focalizó sobre otro grupo de actividades de promoción de un programa experimental, a saber, las prácticas de edición de una revista y armado de una hemeroteca especializada, actividades que se han estudiado en relación al concepto de *tecnologías literarias*, presentado por Steven Shapin y Simon Schaffer (Shapin, 2000: 140; Shapin y Schaffer, 2005 [1985]: 57, 121). Se invocó a estos mismos autores

para estudiar las *tecnologías sociales* desplegadas por el CMA. Entre ellas, se indagó la promoción de torneos, concursos, conferencias y asambleas científicas que fueron promocionadas por las comisiones directivas como parte del modelo de medicina experimental anhelado para sus asociados.

El primer grupo de actividades mostró a las comisiones directivas interesadas en establecer una nutrida biblioteca y hemeroteca que permitiera el manejo de un amplio espectro de temas relacionados en forma estrecha a las ciencias médicas y luego a las ciencias naturales de la época. Tales espacios mostraron un crecimiento notable, transformándose en espacio de prestigio y poder dentro de los actores e instituciones presentados en el capítulo 1, pues fue durante mucho tiempo la principal biblioteca especializada en la ciudad. Las revistas científicas que armaron el corpus de la hemeroteca fueron intercambiadas durante buena parte del período por los *Anales del Círculo Médico Argentino*, revista gremial y científica editada por la sociedad desde 1877 y continuada por la nueva versión de la sociedad desde 1908. Dicha revista adquirió amplio reconocimiento en el medio científico local, y fue durante todo el período una de las revistas científicas nacidas en la ciudad que logró circular por los estrechos y exigentes canales literarios de la república de las ciencias, en especial en las escuelas médicas europeas y americanas. En estrecha relación a la revista, se pudo apreciar la proliferación de sus derivas bibliográficas; varios frecuentes articulistas de los *Anales* vieron editados sus primeros libros –los que marcaron parte de una trayectoria científica– como resultado de una propuesta editorial que compilaba sus trabajos. Figura no menor entre tales derivas bibliográficas es uno de los primeros libros de Bernardo Houssay, ya claramente orientado hacia el estudio de las propiedades de las hormonas hipofisarias.

Por su parte, el segundo grupo de actividades fue un dato no menos constante en las rendiciones de las comisiones directivas, y estuvo –al igual que la biblioteca y la revista– en estrecha relación con las prácticas experimentales estudiadas en el capítulo 4, relación obvia para los actores implicados en el estudio. Se focalizó sobre la realización de torneos científicos y la celebración de conferencias; ambas actividades promocionadas como parte de los modelos a seguir por los jóvenes consocios. Tanto las conferencias como las asambleas eran espacios de debate y, por ende, de posibles

conflictos abiertos, similares a las “asambleas borrascosas” señaladas por Antonio Crespo en el capítulo 2. Señores y doctores litigaban sobre un abanico de temas médicos y científicos, generando una práctica de debates y modalidades tanto de lenguajes como de formas de producción y resolución de litigios en medio de las asambleas.

En los cinco capítulos se han repartido las preocupaciones –paralelas y simétricas– por la comprensión tanto del programa experimental discutido y promocionado en el seno de la sociedad, como la comprensión de las “formas sociológicas” implicadas en la propia vida de la institución. Y si bien el tema es un clásico en la historia social de la ciencia y la medicina –no hay producción de saberes experimentales que no sea posicionada en tiempo, espacios y relaciones sociales–, no por ello el recorrido analítico es menos simple, en especial si no se quiere dar por supuesta tal relación. La promoción de actividades tales como las *cátedras libres*, los *policlínicos gratuitos*, o la buena *lectura del libro palpitante*, en un intento por recrear la *ciencia nacional*, no es algo que pueda divorciarse rápidamente de la particular historia de la sociedad civil porteña, inscrita a su vez en un arduo proceso de construcción de una vida política nacional (Sabato, 2012: 205). Tampoco es casualidad que jugara un papel relevante en la producción de tales conocimientos una forma social e histórica que Agulhon denominó *Círculo burgués*. Acaso ello permite subrayar la presencia de actividades relacionadas a una cultura burguesa, tales como la prolija fiscalidad interna de la vida de la sociedad y, por su parte, la defensa de un modelo asociado comprometido con los ideales de la juventud, el apostolado de las ciencias médicas, el progreso de las ciencias como condición civilizatoria de una sociedad y una época, y más en general, la defensa de valores políticos y cívicos propios a la “República de las Ciencias” de la época.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Introducción

- Agar, Jon. 2012. *Science in the Twentieth Century and Beyond*. Londres: Polity Press.
- Agulhon, Maurice. 2009 [1977]. *El Círculo Burgués. La sociabilidad en Francia, 1810-1848*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Bajtín, Mijaíl. 2008 [1979]. *La estética de la creación verbal*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Belmartino, Susana. 2005. *La atención médica argentina en el siglo XX. Instituciones y procesos*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Belmartino, Susana. 2011. *Historia comparadas de la profesión médica. Argentina y EEUU*. Buenos Aires: Miño y Davila editores.
- Bloch, Marc. 1998. *Apología para la historia o el oficio de historiador*. México: INAH.
- Bloch, Marc. 2008. *Los Reyes Taumaturgos*. México: FCE.
- Brieger, Gert H. 1980. "History of Medicine", pp. 121-194. En: Paul Durbin (ed.), *A Guide to the Culture of Science, Technology and Medicine*. New York: The free Press.
- Brieger, Gert H. 1993. "The historiography of medicine", pp. 24-45. En: W. F. Bynum, R. Porter (eds.), *Companion Encyclopedia of the History of Medicine*. Vol. 1. London: Routledge.
- Bynum, W. F. y Porter, Roy. 1993. "The art and science of medicine", pp. 3-11. En: W. F. Bynum y R. Porter (eds.), *Companion encyclopedia of the history of medicine*. Vol. 1. London: Routledge.
- Cook, Harold J. 2007. *Matters of Exchange. Commerce, Medicine, and Science in the Dutch Golden Age*. New York: Yale University Press.
- Corsi, Pietro y Weindling, Paul. 1983. *Information Sources in the History of Science and Medicine*. London: Cambridge University Press.
- Crosland, Maurice. 1996. *Science under control. The French Academy of Sciences, 1795-1914*. London: Cambridge University Press.
- De Asúa, Miguel. 2010a. *La ciencia de Mayo. La cultura científica en el Río de la Plata 1800-1820*. Buenos Aires: FCE.
- De Asúa, Miguel. 2010b. *Una gloria Silenciosa. Dos siglos de ciencia en Argentina*. Buenos Aires: Libros del Zorzal.

De Certeau, Michel. 1985. *La escritura de la historia*. México: Universidad Iberoamericana.

Dewey, John. 1950. *Lógica. Teoría de la investigación*. México D. F.: FCE.

Douglas, Mary. 1986. *Como piensan las instituciones*. Madrid: Alianza Editorial.

Foucault, Michel. 2008. *El Nacimiento de la Clínica. Una arqueología de la mirada médica*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Frederic, S., Graciano, O. y Soprano, G. 2010. *El estado argentino y las profesiones liberales, académicas y armadas*. Buenos Aires: Prohistoria Ediciones.

Freidson, Eliot. 1986. *Professional Powers. A Study of the Institutionalization of Formal Knowledge*. Chicago: Chicago University Press.

French, Roger y Wear, Andrew. 1989. *The Medical revolution of the seventeenth century*. Cambridge: Cambridge University Press.

García, Susana. 2010. *Enseñanza científica y cultura académica. La universidad de La Plata y las ciencias Naturales (1900 - 1930)*. Rosario: Prohistoria Ediciones.

Gelfand, Toby. 1993. "The history of medical profession", pp. 1119-1151. En: W. F. Bynum y R. Porter (eds.), *Companion encyclopedia of the history of medicine*. Vol. 2. London: Routledge.

Ginzburg, Carlo. 2010. *El Hilo y las Huellas: lo verdadero, lo falso y lo ficticio*. Madrid: FCE.

González Leandri, Ricardo. 1999. *Curar, persuadir, gobernar. La construcción histórica de la profesión médica en Buenos Aires, 1852-1886*. Madrid: CSIC.

González Leandri, Ricardo. 2011. "Itinerarios de la profesión médica y sus saberes de Estado. Buenos Aires, 1850-1910", pp. 125-152. En: Mariano Ben Plotkin y Eduardo Zimerann (comps.), *Los saberes de Estado*. Buenos Aires: Edhasa.

Graham, Loren. 1976. *Ciencia y filosofía en la URSS*. Barcelona: Siglo XXI.

Graham, Loren. 1993a. *El fantasma del ingeniero ejecutado. ¿Por qué fracasó la industrialización soviética?* Barcelona: Memoria Crítica

Graham, Loren. 1993b. *Science in Russia and the Soviet Union. A short history*. New York: Cambridge University Press.

Gramsci, Antonio. 1975. *Cuadernos de la cárcel*, Tomo IV. México: Ediciones ERA.

Hahn, Roger. 1971. *The anatomy of scientific institution. The Paris Academy of Science. 1666-1803*. California: University of California Press.

Hall, Rupert. 1954. *The Scientific Revolution. 1500-1800 The Formation of the Modern scientific Attitude*. Boston: Bacon Press.

Hintikka, Jakko y Hintikka, Meryll B. 1989. "Sherlock Holmes y la lógica moderna: hacia una teoría de la búsqueda de información a través de la formulación de preguntas", pp. 210-230. En: U. Eco y T. Sebeok (eds.), *El signo de los tres. Dupin, Holmes, Pierce*. Barcelona: Lumen.

Hurtado, Diego. 2010. *La Ciencia Argentina. Un proyecto inconcluso: 1930-2000*. Buenos Aires: Edhasa.

Hurtado, Diego y Fernández, María José. 2013. "Los laberintos de la periferia: institutos privados de investigación 'pura' versus políticas públicas de ciencia y tecnología en la Argentina (1943-1955)", *Asclepio*, Vol. 65, No 1 (en prensa).

Jackson Mark (Ed.) 2011. *The Oxford handbook of The History of Medicine*. Oxford, Oxford University Press.

Kleinman Arthur. 1993. "What is a specific to Western Medicine", pp. 3-11. En: W. F. Bynum y R. Porter (eds.), *Companion Encyclopedia of the History of Medicine*. Vol. 1. London: Routledge.

Kragh, Helge. 2007. *Introducción a la Historia de la ciencia*. Barcelona: Crítica.

Ladrier, Jean. 1978. *El reto de la racionalidad*. Buenos Aires: UNESCO.

Levi, Giovanni y Schmitt, Jean Claude. 1996. "Introducción". En: G. Levi, J. C. Schmitt (eds.), *Historia de los jóvenes*. Madrid: Taurus.

Lindberg, David C. 2002. *Los inicios de la ciencia occidental. La tradición científica europea en el contexto filosófico, religioso e institucional (desde el 600 a. c. hasta 1450)*. Madrid: Paidós Orígenes.

López-Ocón Cabrera, Leoncio. 1998. "La formación de un espacio público para la ciencia en la América Latina durante el siglo XX", *Asclepio*, Vol. 50, No 2, pp. 205-226.

Mantegari, Cristina. 2003. *Germán Burmeister. La institucionalización científica en la Argentina del siglo XIX*. Buenos Aires: Jorge Baudino Ediciones.

Martí-Ibáñez, Félix. 1959. *Henry E. Sigerist. On the History of Medicine*. New York: MD Publications.

North, Douglass C. 1990. *Instituciones, cambio institucional y desempeño económico*. México: FCE.

Olby, R. C., Cantor, G. N., Christie, J. R. R. y Hodge, M. J. S. 1990. "Introduction", pp. 13-16. En: R. C. Olby, G. N. Cantor, J. R. R. Christie, M. J. S. Hodge. (eds.), *Companion to the History of Modern Science*. Londres-Nueva York: Routledge.

- Pestre, Dominique. 2005. *Ciencia, política y dinero*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Porter, Roy. 1998. *The Greatest Benefit to Mankind. A Medical History of Humanity*. London: W. W. Norton and Company.
- Porter, Roy. 2002. *Blood and Guts. A short History of Medicine*. London: W. W. Norton and Company.
- Pyenson, Lewis. 1985. *Cultural Imperialism and Exact Sciences: German Expansion Overseas, 1900-1930*. New York: Peter Lang.
- Pyenson, Lewis. 1990. "Science and Imperialism", pp. 920-934. En: R. C. Olby, G. N. Cantor, J. R. R. Christie y M. J. S. Hodge (eds.), *Companion to the History of Modern Science*. Londres-Nueva York: Routledge.
- Pyenson, Lewis y Sheets-Pyenson, Susan. 1999. *Servants of Nature. A History of Scientific Institutions, Enterprises, and Sensibilities*. Nueva York-Londres: W.W. Norton & Company.
- Reiser, Stanley J. 2009. *Technological Medicine. The changing world of doctors and patients*. New York: Cambridge University Press.
- Rieznik, Marina. 2011. *Los cielos al sur. Los observatorios astronómicos de Córdoba y de La Plata, 1870-1920*. Buenos Aires: Prohistoria Ediciones.
- Samaja, Juan. 1996. *Epistemología y Metodología. Elementos para una teoría de la investigación científica*. Buenos Aires: Eudeba.
- Sánchez Ron, José M. 2000. *Marie Curie y su tiempo*. Barcelona: Crítica.
- Sánchez Ron, José M. 2007. *El poder de la ciencia. Historia social, política y económica de la ciencia (siglos XIX y XX)*. Barcelona: Crítica.
- Schiebinger, Londa. 2004. *¿Tiene sexo la mente? Las mujeres en los orígenes de la ciencia moderna*. Valencia: Ediciones Cátedra.
- Shapin, Steven. 2008. *The Scientific Life. A Moral History of a Late Modern Vocation*. Chicago: Chicago University Press.
- Shapin, Steven. 2010. *Never Pure. Historical Studies of science as if It Was Produced by People with Bodies, Situated in Time, Space, Culture, and Society, and Struggling for Credibility and Authority*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- Shapin, Steven y Schaffer, Simon. 2005 [1985]. *El Leviathan y la bomba de vacío. Hobbes, Boyle y la vida experimental*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.
- Souza, Pablo. 2007. "El Círculo Médico Argentino (CMA) y su papel en la configuración del pensamiento médico clínico (Buenos Aires, 1874 - 1883)", *Entrepasados*, Vol. 31, pp. 141-159.

Souza, Pablo. 2005. *Formación histórica de un partido de la ciencia en la medicina argentina. El Círculo Médico Argentino y la configuración de una experiencia científica de base clínica en la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires. 1875-1890*. Tesis de Maestría, Universidad de Buenos Aires, Facultad de Farmacia y Bioquímica, CEA. Buenos Aires, Argentina.

Souza, Pablo. 2008. “El Círculo Médico Argentino (CMA) y el surgimiento del Hospital de Clínicas de Buenos Aires (1875-1883)”, pp. 73-95. En: Adrian Carbonetti y Ricardo González Leandri (eds.), *Historias de salud y enfermedad en América Latina. Siglo XIX y XX*. Córdoba: UNC-CEA.

Souza, Pablo y Hurtado, Diego. 2010. “La lectura del ‘libro natural’. Apuntes para una historia de los estudios anatómicos y quirúrgicos en Buenos Aires (1870-1895)”, *Manguinhos. História, Ciências, Saúde*, Vol.17, No 4, pp. 885-908.

Terán, Oscar. 1998. *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo. Derivas de la “cultura científica”*. Buenos Aires: FCE.

Thompson, Edward P. 1981. *Miseria de la teoría*. Barcelona: Crítica.

Wear, Andrew. 1996. *Medicine in Society. Historical Essays*. Cambridge: Cambridge University Press.

Webster, Charles. 1984. “The historiography of medicine”, pp. 29-43. En: Pietro Corsi y Paul Weindling (eds.), *Information Sources in the History of Science and Medicine*. Cambridge: Cambridge University Press.

Weindling, Paul. 1983. *Health, Race and German politics between national Unification and Nazism 1870-1945*. Cambridge: Cambridge University Press.

Wright Mills, Charles. 1959. *La imaginación sociológica*. Buenos Aires: FCE.

Capítulo 1

Albarellos, N. 1876. “Discurso del Dr. Nicanor Albarellos”, *RMQ*, T. XII, pp. 439-440.

Alsina, Valentín. 1852. “Departamento de Gobierno”, *Registro Oficial de la Provincia de Buenos Aires*, 27 de febrero, p. 2025.

Anónimo. 1876. “El Dr. Juan José Montes de Oca: a la comunidad médica”, *RMQ*, T. XII, pp. 433-437.

Aráoz Alfaro, Gregorio. 1899. “Proyecto de ordenanza sobre docentes suplentes y enseñanza libre”, *ACMA*, Vol. XXII, pp. 296-300.

Aráoz Alfaro, Gregorio. 1925. “El Círculo Médico Argentino y los estudiantes”. (Mimeo). Manuscrito no publicado. Universidad de Buenos Aires, Academia de Medicina.

- Basavilbaso, Leopoldo. 1901. "Memoria del Rectorado", *Anales de la Universidad de Buenos Aires*, T. XIV, pp. 3-23.
- Belloni, Luigi. 1970. "Italian medical education after 1600", pp. 105-119. En: C. D. O'Malley (ed.), *The history of medical education*. California: University of California Press.
- Belmartino, Susana. 2011. *Historias comparadas de la profesión médica. Argentina y EEUU*. Buenos Aires: Miño y Dávila Editores.
- Bernabeu-Mestre, Joseph. 2010. "Medicina e ideología: reflexiones desde la historiografía médica española", pp. 17-50. En: R. Campos, L. Montiel y R. Huertas (eds.), *Medicina, ideología e historia en España (siglos XVI - XXI)*. Madrid: CSIC.
- Buchbinder, Pablo. 2005. *Historia de las universidades argentinas*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- Burucua, José, Buzzi, A. P., Califano, J. E., Pérgola, F. M. y Burucua, J. E. (h). 1989. *El pabellón de Practicantes del Hospital*. Buenos Aires: Editorial de la Asociación de ex-Practicantes del Hospital de Clínicas.
- Bustamante, Norberto R. (ed.). 1985. *Debate parlamentario sobre la ley Avellaneda*. Buenos Aires: Ediciones Solar.
- Canguilhem, Georges. 2005. "Primera parte: ideología científica y médica en el siglo XIX", pp. 41-100. En: G. Canguilhem, *Ideología y racionalidad en la historia de las ciencias de la vida*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Cantón, Eliseo. 1921. *La Facultad de Medicina y sus escuelas*. Buenos Aires: Imprenta y Casa Editora Coni.
- Cantón, Eliseo. 1925. *Historia de la Medicina en el Río de la Plata. Desde su descubrimiento hasta nuestros días (5 Vols.)*. Madrid: Biblioteca de Historia Hispanoamericana.
- Christie, J. R. R. 1990. "Feminist and the history of science", pp. 920-934. En: R. C. Olby, G. N. Cantor, J. R. R. Christie, M. J. S. Hodge. (eds.), *Companion to the History of Modern Science*. Londres-Nueva York: Routledge.
- Coni, Emilio. 1879. "Sobre estado de estudios médicos y su supuesta gratuidad", *RMQ*, T. XVI, p. 72.
- Coury, Charles. 1970. "The teaching of medicine in France from the beginning of the seventeenth century", pp. 121-172. En: C. D. O'Malley (ed.), *The history of medical education*. California: University of California Press.
- Cranwell, Daniel. 2007. *Nuestros grandes cirujanos*. Buenos Aires: El elefante blanco.

- De Marco, Miguel Ángel. 1995. *La guerra del Paraguay*. Buenos Aires: Grupo editorial planeta.
- Dickman, Enrique. 1949. *Recuerdos de un militante socialista*. Buenos Aires: Editorial La Vanguardia.
- Di Liscia, María Silvia. 2002. *Saberes, terapias y prácticas médicas en la Argentina (1750 - 1910)*. Madrid: CSCI.
- Dorrego, Manuel. 1827. "Trasladando la Cátedra de Clínica Médica del Hospital de Mujeres al Hospital de Hombres", *Registro Oficial de la Provincia de Buenos Aires*, 25 de octubre, pp. 67
- Durbin, Paul T. 1980. "Introduction", pp. xii-xv. En: P. T. Durbin (ed.), *A Guide to the Culture of Science, Technology, and Medicine*. New York: Free Press.
- Fox, Daniel. 1993. "The medical institutions and the state", pp. 1204-1231. En: W. F. Bynum, R. Porter (eds.), *Companion encyclopedia of the history of medicine*. Vol. 2. London: Routledge.
- Garavaglia, Juan Carlos. 2007. *Construir el estado, inventar la nación. El Río de la Plata, siglos XVIII-XIX*. Buenos Aires: Prometeo Libros.
- Gelfand, Toby. 1993. "The history of medical profession", pp. 1119-1151. En: W. F. Bynum, R. Porter (eds.), *Companion encyclopedia of the history of medicine*. Vol. 2. London: Routledge.
- Germani, Gino. 1961. "Prólogo", pp. 9-20. En: C. Wright Mills, *La imaginación sociológica*. México, D.F.: FCE.
- Geyer-Kordesch, Johanna. 1993. "Women and medicine", pp. 888-915. En: W. F. Bynum y R. Porter (eds.), *Companion encyclopedia of the history of medicine*. Vol. 2. London: Routledge.
- González Bernaldo de Quirós, Pilar. 2008. *Civilidad y política en los orígenes de la nación Argentina. La sociabilidad de Buenos Aires, 1829-1962*. Buenos Aires: FCE.
- González Leandri, Ricardo. 1999. *Curar, persuadir, gobernar. La construcción histórica de la profesión médica en Buenos Aires, 1852-1886*. Madrid: CSIC.
- Graham, Loren. 1998. *What have we learned about science and technology from the Russian experienced?* California: Stanford University Press.
- Gramsci, Antonio. 1975. *Cuadernos de la cárcel*. Vol. 2. México: Nueva Era.
- Guerra, Francisco. 1970. "Medical Education in iberoamerica", pp. 419-462. En: C. D. O'Malley (ed.), *The history of medical education*. California: University of California Press.

Halperin Donghi, Tulio. 1962. *Historia de la Universidad de Buenos Aires*. Buenos Aires: EUDEBA.

Halperin Donghi, Tulio. 2005. *Guerra y finanzas en los orígenes del estado argentino (1791 - 1850)*. Buenos Aires: Prometeo Libros.

Holmes, Frederick L. 1988. "The Formation of Munich School of Metabolism", pp. 179-210. En: W. Coleman y F. Holmes (eds.), *The Investigative Enterprise. Experimental Physiology in Nineteenth-Century Medicine*. California: California University Press.

Hudson, William H. 2006 [1888]. *Ralph Herne*. Buenos Aires: Letemendía.

La Prensa. 1875. "La Facultad de Medicina y su sostenedor claudican", 1 de enero.

Las Heras. 1824. "Reglamento de la Universidad", *Registro Oficial de la Provincia de Buenos Aires*, 27 de octubre, p. 693.

Lopez, Vicente F. 1852. "Departamento de Hacienda", *Registro Oficial de la Provincia de Buenos Aires*, 14 de abril, p. 2105.

Nicolau, Juan Carlos. 2005. *Ciencia y técnica en buenos aires, 1800-1860*. Buenos Aires: Eudeba.

Piñeiro, Norberto y Bideau, Lorenzo. 1884. "Historia de la Facultad de Medicina de la UBA", *Anales de la UBA*, T. III, pp. 180-190.

Pita, Valeria. 2008. "De las certezas científicas a la negociación en la clínica. Encuentros y desencuentros entre médicos y mujeres trabajadoras. Buenos Aires (1880-1900)", pp. 51-73. En: A. Carbonetti y R. G. Leandri (eds.), *Historias de salud y enfermedades en América Latina. Siglo XIX y XX*. Córdoba: UNC-CEA.

Podestá, Manuel. 1889. *Irresponsables*. Buenos Aires: Fondo Nacional de las Artes.

Porter, Roy y Teich, Mikulas. 1992. "Introduction", pp. 1-11. En: R. Porter y M. Teich (eds.), *The scientific revolution in national context*. Cambridge: Cambridge University Press.

Porter, Roy. 1985. "The patients view. Doing Medical History from Below", *Theory and Society*, Vol. 14, pp. 175-198.

Porter, Roy. 1990. "The history of science and the history of Society", pp. 920-934. En: R. C. Olby, G. N. Cantor, J. R. R. Christie, M. J. S. Hodge (eds.), *Companion to the History of Modern Science*. Londres-Nueva York: Routledge.

Puelma Tupper, Francisco. 1874. "Comunicación a la Sociedad Médica de Chile. Sobre la organización de los estudios de medicina de Alemania", *RMQ*, T. X, pp. 13-16.

Puelma Tupper, Francisco. 1875. "Comunicación a la Sociedad Médica de Chile. Sobre la organización de los estudios de medicina de Alemania", *RMQ*, T. XI, pp. 385-388.

Rosas, Juan Manuel. 1829. “Catedrático de Materia Médica”, *Registro Oficial de la Provincia de Buenos Aires*, 19 de diciembre, p. 12.

Rooverts, Pedro. 1874. “Sobre la Sociedad Médica Bonaerense y sobre el espíritu de asociación entre los médicos de la capital”, *RMQ*, T. X, pp. 54-55.

Sabato, Hilda. 1998. *La política en las calles. Entre el voto y la movilización. Buenos Aires, 1862-1880*. Buenos Aires: UNQ.

Sabato, Hilda. 1999. “Capítulo III. La vida pública en Buenos Aires”, pp. 161-217. En: M. Bonaudo (dir.), *Nueva Historia Argentina. Liberalismo, estado y orden burgués (1852 - 1880)*. Vol. IV. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.

Sabato, Hilda. 2003. “Introducción. La vida política argentina: miradas históricas sobre el siglo XIX”, pp. 9-22. En: H. Sabato y A. Lettieri (comps.), *La vida política en la Argentina del siglo XIX. Armas, votos y voces*. Buenos Aires: FCE.

Sabato, Hilda. 2012. *Historia de la Argentina. 1852-1890*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Simmer, H. H. 1970. “Principles and problems of medical undergraduate education in German during the nineteenth and early twentieth centuries”, pp. 173-200. En: C. D. O'Malley (ed.), *The history of medical education*. California: University of California Press.

Souza, Pablo. 2010. “Pirovano”, *Nómada*, No 20, Suplemento *El intérprete*, Buenos Aires, UNSAM.

Taborda, Héctor. 1910a. “Notas”, *Anales del Círculo Médico y Revista del Centro de Estudiantes de la Facultad Medicina*, T. X, pp. 111-121.

Uballes, Eufemio. 1908. “Memorias del Señor Rector al Ministro de Instrucción Pública correspondiente a 1906-1907”, *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, No 7, pp. 327-340.

Uballes, Eufemio. 1910. “Memorias del Señor Rector al Ministro de Instrucción Pública correspondiente a 1909”, *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, No 14, pp. 201-219.

Viamonte, J. J. 1829. “Médicos del Hospital General”, *Registro Oficial de la Provincia de Buenos Aires*, 24 de octubre, p. 1224.

Capítulo 2

Ackerknecht, Erwin. 1966. *Medicine at the Paris hospital. 1794-1848*. Baltimore: The Johns Hopkins Press.

ACMA. 1877. “Nómina de los socios del CMA”, Vol. I, pp. 521-522.

- ACMA. 1882. “Movimiento de la Asociación”, Vol. V, pp. 447-448.
- ACMA. 1890. “Nueva comisión directiva del CMA”. Vol. XIII, p. 219.
- Aráoz Alfaro, Gregorio. 1897. “Discurso y memoria del Sr. presidente saliente, Gregorio Aráoz Alfaro”, *ACMA*, Vol. XX, pp. 345-362.
- Aráoz Alfaro, Gregorio. 1901. “En el CMA”, *ACMA*, Vol. XXIV, pp. 277-284.
- Aravena, Marcelín. 1884. “El Círculo Médico Argentino en el extranjero”, *ACMA*, Vol. VII, pp. 695-699.
- Averaztuy, Maximiliano. 1899. “Círculo Médico Argentino. Memoria leída por el ex-presidente en la Asamblea celebrada el 29 de Junio”, *ACMA*, Vol. XXII, pp. 418-424.
- Biagioli, Mario. 2008 [1993]. *Galileo Cortesano. La práctica de la ciencia en la cultura del absolutismo*. Buenos Aires: Katz Editores.
- Buch, Alfonso. 2006. *Forma y función de un sujeto moderno. Bernardo Houssay*. Bernal: UNQ.
- Castro y Sundbland, Carlos. 1880 [1876]. “Movimiento de Tesorería desde el 1 de Setiembre de 1875, al 15 de Junio de 1876”, *ACMA*, Vol. III, pp. 20-24.
- D’Alessandro, Roberto. 1912. “Corda Frates. Federación Internacional de Estudiantes”, *Revista del Círculo Médico Argentino y Centro de Estudiantes de la Facultad de Medicina*, T. XII, pp. 1165-1167.
- Daroque, Carlos. 1910. “Círculo Médico Argentino y Centro de Estudiantes de Medicina. Bases y estatutos”, *Revista del Círculo Médico Argentino y Centro de Estudiantes de la Facultad de Medicina*, T. X, pp. 67-90.
- Fernández Prieto, Leida. 2008. *Espacio de poder, ciencia y agricultura en Cuba: el círculo de Hacendados, 1878-1917*. Sevilla: CSIC.
- Fúnez Monzote, Reinaldo. 2005. *El despertar del asociacionismo científico en Cuba (1876-1920)*. Madrid: CSIC.
- Gaché, Samuel. 1880. “Nómina de los socios del CMA”, *ACMA*, Vol. III, pp. 293-295.
- Gaché, Samuel. 1884. “Memoria del presidente del CMA, Samuel Gaché, presentada a la Asamblea de Socios, el 29 de Junio de 1884”, *ACMA*, Vol. VII, pp. 597-618.
- Gaché, Samuel. 1892. “15 años”, *ACMA*, Vol. XV, pp. 3-4.
- Gaché, Samuel. 1895. “Apéndice. Informe de la comisión de construcción, sobre la edificación de la casa del Círculo Médico Argentino”, *ACMA*, Vol. XVIII, pp. 240-243.

García, Susana. 2010. *Enseñanza científica y cultura académica. La Universidad de La Plata y las ciencias Naturales (1900 - 1930)*. Buenos Aires: Prohistoria Ediciones.

González Leandri, Ricardo. 1998. "Asociacionismo y representación de intereses médicos en Buenos Aires, 1852-1880", *Asclepio*, Vol. L, pp. 187-205.

Gramsci, Antonio. 1975. *Cuadernos de la Cárcel*. T. 4. México: Ediciones Era.

Krige, John y Pestre, Dominique. 2003. "Introduction", pp. xxi-xxxv. En: John Kriege y Dominique Pestre (eds.), *Companion to Science in the Twentieth Century*. New York: Routledge.

La Prensa. 1875. "Círculo Médico Argentino", 4 de noviembre, p. 1.

Ramos Mejía, Enrique. 1988. *Los Ramos Mejía. Apuntes históricos*. Buenos Aires: Emecé.

Ramos Mejias, José María. 1880. "Memoria anual leída por su presidente a la asamblea general en sesión de 23 de Junio de 1876", *ACMA*, Vol. III, pp. 1-25.

Repetto, Nicolás. 1900. "Círculo Médico Argentino. Asambleas de 15 y 27 de Junio", *ACMA*, Vol. XXIII, pp. 256-260.

Restrepo Forero, Olga. 1998. "En busca del orden: ciencia y poder en Colombia", *Asclepios*, Vol. L, No 2, pp. 33-76.

RCEM. 1901a. "Nuestros propósitos", Año I, No 1 (UBA, Facultad de Ciencias Médicas), p. 3.

RCEM. 1901b. "Centro de estudiantes de Medicina", Año I, No 1 (UBA, Facultad de Ciencias Médicas), pp. 18-19.

Revista del Centro de Estudiantes y Círculo Médico Argentino. 1912. "Himno de los estudiantes", Año XII, pp. 279-284.

Shapin, Steven. 2000. *La revolución científica. Una interpretación alternativa*. Barcelona: Paidós Studio.

Souza, Pablo. 2006. "El CMA y su papel como partido científico en la historia de la medicina Argentina. Buenos Aires, 1875-1883", *Saber y Tiempo*, No 22, pp. 107-140.

Taborda, Héctor. 1910b. "Al señor inspector general de Justicia", *Anales del Círculo Médico y Revista del Centro de Estudiantes de la Facultad de Medicina*, T. X, pp. 276-278.

Taborda, Héctor. 1910c. "Memoria del período 1909-1910 leída por el presidente saliente, don Héctor Taborda", *Anales del Círculo Médico y Revista del Centro de Estudiantes de la Facultad de Medicina*, T. X, pp. 412-434.

ACMA. 1890. "Variedades", Vol. XIV, p. 411.

Weiner, Dora. 2002. *Comprender y Curar. Philippe Pinel (1745-1826). La medicina de la mente*. Buenos Aires: FCE.

Capítulo 3

Acosta, Amancio. 1874. “Decreto orgánico de la universidad y de las facultades”, *RMQ*, T. X, pp. 4-8.

ACMA. 1886. “Fundación del ‘Instituto Pasteur’ en Buenos Aires”, Vol. IX, pp. 320-322.

ACMA. 1886. “Pasteur en el Círculo Médico Argentino”, Vol. IX, pp. 509-510.

ACMA. 1890. “Rawson. Su elogio en el teatro Onrubia. Los discursos”, Vol. XIII, pp. 157-158.

ACMA. 1890. “Nueva Comisión Directiva del Círculo Médico Argentino”, Vol. XIII, pp. 217-218.

ACMA. 1890. “Reformas del Reglamento”, Vol. XIII, p. 411.

ACMA. 1895. “Sociedad de socorros entre médicos”, Vol. XVIII, pp. 250-251.

ACMA. 1905. “Círculo Médico Argentino, memoria anual 1904-1905”, Vol. XXVIII, pp. 365-368.

Bonaudo, Marta y Sonzogni, Élidea. 1999. “A modo de prólogo”, pp. 11-26. En: Marta Bonaudo (dir.), *Nueva Historia Argentina. Liberalismo, estado y orden burgués (1852 - 1880)*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.

Botana, Natalio. 1977. *El orden conservador*. Buenos Aires: Hyspamerica.

Brieger, Gert H. 1980. “History of Medicine”, pp. 121-194. En: Paul Durbin (ed.), *A guide to the Culture of Science, Technology and Medicine*. New York: The free Press.

Cantón, Eliseo. 1918. *¡Abajo la calumnia! El policlínico José de San Martín y el informe de la comisión parlamentaria. Falsedad de los cargos*. Buenos Aires: Talleres Gráficos de L.J. Rosso y Cía.

Coleman, William. 1978. “Prussian Pedagogy: Pürkyne at Breslau, 1823-1839”. En: William Coleman y Frederic L. Holmes (eds.), *The Investigative Enterprise. Experimental Physiology in Nineteenth-Century Medicine*. California: University California Press.

Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados de la Nación Argentina. 1908. Buenos Aires, s/e.

- Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados de la Nación Argentina*. 1915. Buenos Aires, Imprenta Mariano Moreno.
- Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados de la Nación Argentina*. 1917. Buenos Aires, Imprenta Mariano Moreno.
- El País*. 1910a. “El Policlínico. En lo mismo”, 21 de febrero, p. 7.
- El País*. 1910b. “El Policlínico. Intervención poco grata”, 22 de febrero, p. 5.
- Escalante, Wenceslao. 1890. “Discurso del Dr. W. Escalante”, *ACMA*, Vol. XIII, pp. 173-194.
- Federación Universitaria de Buenos Aires*. 1920. “Sr. Rector de la Universidad de Buenos Aires, Dr. Ufemio Uballes”. Manuscrito no publicado.
- Finzsch, Norbert. 1998. “Elias, Foucault, Oestreich. On a Historical Theory of Confinement”, pp. 1-16. En: Norbert Finzsch and Robert Jütte (eds.), *Institutions of Confinement. Hospital, Asylums, and Prisons in Western Europe and North América. 1500-1950*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Foucault, Michel. 2010. *Defender la sociedad*. Buenos Aires: FCE.
- Gaché, Samuel. 1883. “La Asistencia Pública”, *ACMA*, Vol. VI, pp. 319-322.
- Gaché, Samuel. 1885. “Discurso del señor Samuel Gaché presidente del CMA sobre la marcha de la Asociación en el período de 1883 a 1885”, *ACMA*, Vol. VIII, pp. 331-350.
- Gaché, Samuel. 1890. “Discurso leído por el Dr. Samuel Gaché”, *ACMA*, Vol. XIII, pp. 159-172.
- Garrigón, Agustín. 1838. “Departamento de Gobierno. Al Sr. Rector de la Universidad” *Registro Oficial de la Provincia de Buenos Aires*, 27 de Abril, pp. 36 – 37.
- González Leandri, Ricardo. 2011. “Itinerarios de la profesión médica y sus saberes de Estado. Buenos Aires, 1850-1910”, pp. 125-152. En: Mariano Ben Plotkin y Eduardo Zimerann (comps.), *Los saberes de Estado*. Buenos Aires: Edhasa.
- Iñigo Carrera, Nicolás. 1996. *Documentos para la Historia del Partido Socialista*. Tandil: IEHS.
- Lettieri, Alberto. 2005. *La construcción de la República de la opinión. Buenos Aires frente al interior en la década de 1850*. Buenos Aires: Prometeo Libros.
- Méndez Calzada, Luis. 1910. “La huelga como medio para resolver los conflictos estudiantiles. Presentada al II congreso de Estudiantes Americanos”, *Revista del Círculo Médico Argentino y Centro de Estudiantes de la Facultad de Medicina*, T. X, pp. 625-642.

Novaro, Bartolomé. 1883. “Discurso del Dr. Bartolomé Novaro al transferir la presidencia del Círculo Médico Argentino”, *ACMA*, Vol. VI, pp. 445-452.

Obligado, Pastor. 1852. “Ministerio de Gobierno”, *Registro Oficial de la Provincia de Buenos Aires*, 29 de octubre, pp. 111 – 135.

Pestre, Dominique. 2003. “Science, Political Power and the State”, pp. 61-77. En: John Kriege y Dominique Pestre (eds.), *Companion to Science in the Twentieth Century*. New York: Routledge.

Podestá, Manuel. 1884. “Edificio para el CMA. Discurso del Dr. Podestá en la cámara de diputados de Buenos Aires”, *ACMA*, Vol. VIII, pp. 881-887.

Porter, Roy. 2002. *Breve historia de la locura*. México, D.F.: Turner - FCE.

Quiroga, Marcial. 1890. “Discurso del Dr. Marcial Quiroga”, *ACMA*, Vol. XIII, pp. 158-159.

Revista del Círculo Médico Argentino y Centro de Estudiantes de la Facultad de Medicina. 1912. “Corda Fratres. Federación Internacional de Estudiantes”, T. XII, pp. 1164-1167.

Revista del Círculo Médico Argentino y Centro de Estudiantes de la Facultad de Medicina. 1913. “Varia”, T. XIII, pp. 174-175.

Rojas, Nerio. 1912. “Discurso del Sr. Nerio Rojas”, *Revista del Círculo Médico Argentino y Centro de Estudiantes de la Facultad de Medicina*, T. XII, pp. 406-414.

Rojas, Nerio. 1913. “Memoria del período 1911-1912 leída por el presidente saliente Sr. Nerio A. Rojas. Asamblea General Ordinaria del 12 de Mayo de 1913”, *Revista del Círculo Médico Argentino y Centro de Estudiantes de la Facultad de Medicina*, T. XIII, pp. 522-549.

Rosas, Juan Manuel de. 1835. “Decreto. Reorganizando la Facultad de Medicina”, *Registro Oficial de la Provincia de Buenos Aires*, 20 de abril, p. 835.

Sabato, Hilda. 2008. *Buenos Aires en armas. La revolución de 1880*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Sabato, Hilda. 2012. *Historia de la Argentina. 1852-1890*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Shapin, Steven. 1994. *A Social History of Truth. Civility and Science in Seventeenth-Century England*. Chicago: The university of Chicago Press.

Souza, Pablo y Hurtado, Diego. 2008. “Los ‘Diputados Médicos’: Clínica y política en la disputa por los recursos públicos en Buenos Aires. 1906-1917”, *Asclepio*, Vol. LX, No 2, pp. 233-260.

Spinetto, Alfredo. 1911. “Memoria del período 1910-1911. Leída por el presidente saliente Sr. Alfredo Spinetto”, *Revista del Círculo Médico Argentino y Centro de Estudiantes de la Facultad de Medicina*, T. XI, pp. 425-453.

Spinetto, Alfredo. 1912. “Memoria del período 1911-1912 leída por el presidente saliente Sr. Alfredo Spinetto frente a la Asamblea general del 14 de Mayo”, *Revista del Círculo Médico Argentino y Centro de Estudiantes de la Facultad de Medicina*, T. XII, pp. 366-405.

Taborda, Héctor. 1910. “Discurso leído por el Dr. Héctor A. Taborda”, *Revista del Círculo Médico Argentino y Centro de Estudiantes de la Facultad de Medicina*, T. X, pp. 771-776.

Weber, Max. 2008 [1964]. *Economía y Sociedad*. Buenos Aires: FCE.

Wernicke, Roberto. 1880. “Consecuencias de la federalización del municipio de la ciudad de Buenos Aires”, *ACMA*, Vol. IV, pp. 205-213.

Wernicke, Roberto. 1881. “Estadística del cuerpo médico alemán”, *ACMA*, Vol. VI, pp. 437-439.

Wernicke, Roberto. 1895. “Actinomicosis. Conferencia del Dr. Roberto Wernicke”, *ACMA*, Vol. XVIII, pp. 223-232.

Wernicke, Roberto. 1910. “Discurso del Dr. Roberto Wernicke en nombre de la Academia de Medicina”, *Revista del Círculo Médico Argentino y Centro de Estudiantes de la Facultad de Medicina*, T. X, pp. 1015-1019.

Capítulo 4

Ackerknecht, Erwin. 1967. *Medicine at the Paris Hospital, 1794-1848*. Baltimore: The Johns Hopkins Press.

Ackerknecht, Erwin. 1982. *A Short History of Medicine*. Baltimore: The Johns Hopkins Press.

ACMA. 1879. “Escuela de profesores libres”, No 2, pp. 316-317.

ACMA. 1879. “Noticias”, No 2, pp. 405-408.

ACMA. 1884. “Noticias”, Vol. VII, 426-432.

ACMA. 1884. “Facultad de ciencias médicas”, Vol. VII, pp. 428-429.

ACMA. 1885. “Consultorios del CMA en La Plata”, Vol. VIII, pp. 55-58.

ACMA. 1895. “Los cursos libres en la Facultad de Medicina. Obligaciones y derechos de los profesores suplentes. Dictamen y proyecto de la comisión de estudiantes”, Vol. XVIII, pp. 511-519.

Arce y Pañalva, Angel. 1879. “Memoria de una epidemia de gangrena observada en la casa de niños expositos de Buenos Aires, premiada en el concurso del CMA”, ACMA, No 2, pp. 1-17.

Armus, Diego. 2000. “El descubrimiento de la enfermedad como problema social”, pp. 507-533. En: Mirta Zaida Lobato (ed.), *Nueva Historia Argentina. El progreso la modernización y sus límites (1880-1916)*. T. V. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.

Armus, Diego. 2007. *La ciudad impura. Salud, tuberculosis y cultura en Buenos Aires, 1870-1950*. Buenos Aires: Edhasa.

Ayerza, Abel. 1887a. “Los sábados del Dr. Pean”, ACMA, Vol. X, pp. 98-105.

Ayerza, Abel. 1887b. “Los sábados de Pean”, ACMA, Vol. X, pp. 535-555.

Booth, Christopher C. 1993. “Clinical research”, pp. 205-232. En: W. F. Bynum y R. Porter (eds.), *Companion encyclopedia of the history of medicine*. Vol. 1. London: Routledge.

Brieger, Gert. 1993. “The historiography of medicine”, pp. 24-45. En: W. F. Bynum, R. Porter (eds.), *Companion encyclopedia of the history of medicine*. Vol. 1. London: Routledge.

Brock, W. H. 1993. “The Biomedical Tradition”, pp. 153-169. En: W. F. Bynum, R. Porter (eds.), *Companion encyclopedia of the history of medicine*. Vol. 1. London: Routledge.

Buschini, Jose D. 2009. “Una Carrera profesional con espacio para la primera mitad del siglo XX. Angel Roffo y la cancerología experimental”, *Quiipu*, Vol. XIV, pp. 267-293.

Canguilhem, Georges. 2004. *Escritos sobre la medicina*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

Coleman, William y Holmes, Frederic L. 1988. “Introduction”, pp. 1-15. En: W. Coleman y F. Holmes (eds.), *The investigative enterprise. Experimental physiology in Nineteenth-Century Medicine*. California: California University Press.

Coronado, Martín. 1895. “El Profesor Pirovano”, ACMA, Vol. XVIII, pp. 301-304.

Cranwell, Daniel. 2007 [1939]. *Nuestros grandes cirujanos*. Buenos Aires: El Elefante Blanco.

Cranwell, Daniel. 1944. *Ignacio Pirovano*. Buenos Aires: Imprenta y Casa Editora “Coni”.

Cranwell, Daniel. 1945. *Once lustros en la vida de un cirujano*. Buenos Aires: Imprenta y Casa Editora "Coni".

Crespo, Antonio. 1979. "Movimiento de la Asociación", *ACMA*, No 2, pp. 396-405.

Crespo, Antonio. 1881. "Movimiento de la Sociedad. Discurso del Dr. Crespo al transferir la dirección a la nueva sociedad", *ACMA*, Vol. IV, pp. 514-524.

de Madrid, Samuel. 1900. "La organización de nuestro profesorado universitario y la libertad de enseñanza", *ACMA*, Vol. XXIII, pp. 213-252.

Fleck, Ludwik. 1986 [1935]. *La génesis y el desarrollo de un hecho científico. Introducción a la teoría del estilo de pensamiento y del colectivo de pensamiento*. Madrid: Alianza Universidad.

Foucault, Michel. 1996. *La vida de los hombres infames*. Buenos Aires: Editorial Altamira.

French, Roger. 1993. "The Anatomical Tradition", pp. 81-102. En: W. F. Bynum, R. Porter (eds.), *Companion encyclopedia of the history of medicine*. Vol. 1. London: Routledge.

Gaché, Samuel. 1883. "Discurso de recepción del presidente don Samuel Gaché", *ACMA*, Vol. VII, pp. 453-462.

Gaché, Samuel. 1884. "Memoria del Presidente del CMA, Samuel Gaché presentada a la Asamblea de Socios el 29 de Junio de 1884", *ACMA*, Vol. IX, pp. 597-611.

González Catan, M. 1889. "Memoria de la Facultad de Ciencias Médicas", *Anales de la Universidad de Buenos Aires*, T. III, pp. 35- 48.

Granshaw, Lindsay. 1992. "The rise of the modern hospital in Britain", pp. 197-219. En: Andrew Wear (ed.), *Medicine in Society. Historical Essays*. Cambridge: Cambridge University Press.

Granshaw, Lindsay. 1993. "The hospital", pp. 1180-1204. En: W. F. Bynum y R. Porter (eds.), *Companion Encyclopedia of the History of Medicine*. Vol. 2. London: Routledge.

Jones, Colin. 1996. "The Construction of the Hospital Patient in Early Modern France", pp. 55-74. En: N. Finzsch y R. Jütte (eds.), *Institutions of Confinement. Hospital, Asylums, and Prisons in Western Europe and North América. 1500-1950*. Cambridge: Cambridge University Press.

Jorge, José M. 1878. "Ablación del cúbito", *ACMA*, No 1, pp. 393-409.

Lahire, Bernard. 2005. *El espíritu sociológico*. Buenos Aires: Manantial.

López, V. F. 1852. "Departamento de Hacienda", *Registro Oficial de la Provincia de Buenos Aires*, 28 de junio, p. 2170.

Maulitz, Russell C. 1993. "The pathological tradition", pp. 169-192. En: W. F. Bynum, R. Porter (eds.), *Companion encyclopedia of the history of medicine*. Vol. 1. London: Routledge.

Novaro, Bartolomé. 1883. "Discurso Leído en la Inauguración de los Cursos Libres de Medicina, por el Presidente de la Asociación, Dr. Don Bartolomé Novaro", *ACMA*, Vol. VI, pp. 391-407.

O'Gorman, Miguel. 1781. *Estado Que manifiestan los médicos y cirujanos más capaces que existen en las ciudades de Buenos Aires y Montevideo*, 21 de noviembre. AGN, Sala IX, 11-7-7.

Ovejero, Eduardo. 1884. "Policlínica del Círculo Médico Argentino. Informes y estadísticas de los consultorios correspondientes al año 1883", *ACMA*, Vol. VII, pp. 392-426.

Pena, José y Madero, Horacio. 1910. *La Administración Sanitaria y Asistencia Pública de la ciudad de Buenos Aires*. Buenos Aires: Imprenta de Pablo Coni.

Pirovano, Ignacio. 1873. "Correspondencia del doctor Pirovano", *RMQ*, Vol. X, pp. 107-118.

Pirovano, Ignacio. 1875. "Correspondencia del doctor Pirovano", *RMQ*, Vol. XII, pp. 131-136, 144-147.

Pirovano, Ignacio. 1883. "Historia de un caso mortal producido por el cloroformo", *ACMA*, Vol. VII, pp. 159-164.

Podestá, Manuel. 1898. *Irresponsables*. Buenos Aires: Fondo Nacional de las Artes.

Revista del Círculo Médico Argentino y Centro de Estudiantes de la Facultad de Medicina. 1912. "Clases en nuestra Asociación", Vol. X, p. 779.

Roovers, Pedro. 1879a. "Estado de la Medicina en las Republicas del Plata", *RMQ*, Vol. XVI, pp. 55-57.

Shorter, Edward. 1993. "The history of the doctor-patient relationship", pp. 783-801. London, Routledge. En: W. F. Bynum, R. Porter (eds.), *Companion encyclopedia of the history of medicine*. Vol. 1. London: Routledge.

Souza, Pablo y Hurtado, Diego. 2010. "La lectura del 'libro natural'. Apuntes para una historia de los estudios anatómicos y quirúrgicos en Buenos Aires (1870-1895)", *Manguinhos. História, Ciências, Saúde*, Vol.17, No 4, pp. 885-908.

Torino, Aníbal. 1879. "Higiene. Proyecto de Hospitales Mixtos", *ACMA*, No 2, pp. 224-236.

Tornú, Enrique. 1893. "En los hospitales de Paris. Cirujanos y Cirugías", *ACMA*, Vol. XVI, pp. 232-254.

Tribunal de Medicina. 1819. Reglamento de la Academia de Medicina de Buenos Aires. AGN, Sala X, 6-2-2.

Veritas. 1884. “La Facultad, El decano, Los estudiantes y el CMA”, *ACMA*, Vol. VII, pp. 201-203.

Wernicke, Roberto. 1882. “Primer semestre del consultorio médico gratuito del Círculo Médico Argentino”, *ACMA*, Vol. V, pp. 296-301.

Capítulo 5

Amoretti, Alejandro. 1893. “Discurso del Dr. Alejandro Amoretti al recibirse de la presidente del CMA (29 de Junio de 1893)”, *ACMA*, Vol. XVI, pp. 320-322.

Amoretti, Alejandro. 1895. “El Círculo Médico Argentino en el año 1895”, *ACMA*, Vol. XVIII, p. 632.

ACMA. 1878. “Nueva resolución”, No 2, p. 85.

ACMA. 1878. “Movimiento de la Asociación”, No 2, pp. 489-491.

ACMA. 1879. “Buena idea”, No 2, p. 161.

ACMA. 1879. “Aniversario”, No 3, pp. 1-4.

ACMA. 1879. “A nuestros lectores”, No 3, pp. 227-229.

ACMA. 1880. “Conferencias Científicas”, No 2, pp. 72-73.

ACMA. 1881. “Noticias”, No 4, pp. 399-401.

ACMA. 1881. “La Revista Médico-Quirúrgica”, No 4, p. 404.

ACMA. 1884. “Noticias”, Vol. V, pp. 450-452.

ACMA. 1885. “Rechazo de nuestros periódicos por la Facultad de Medicina de París”, Vol. VIII, p. 585.

ACMA. 1886. “Los anales del Círculo Médico Argentino en París”, Vol. IX, pp. 270-271.

ACMA. 1893. “Distribución de premios del concurso Sudamericano de medicina. XVI, 254 – 277.

ACMA. 1894. “Compra de libros en Europa”, Vol. XVII, p. 93.

- ACMA. 1895. "Concurso Internacional de Bacteriología 'Pasteur'", Vol. XVIII, pp. 519-520.
- Aráoz Alfaro, Gregorio. 1925. "El Círculo Médico Argentino y los estudiantes". (Mimeo) Manuscrito no publicado. Universidad de Buenos Aires, Academia de Medicina.
- Badía, José. 1904. "Círculo Médico Argentino. Memoria Anual", ACMA, Vol. XXVIII, pp. 365-369.
- Burke, Peter. 2000. *Hablar y callar. Las funciones sociales del lenguaje a través de la historia*. Madrid: Gedisa.
- Dellepiane, Manuel. 1889. "Informe de los anales del Círculo Médico Argentino", ACMA, Vol. XII, pp. 214-216.
- Espeche, J. M. 1877. "Biblioteca. Al Señor presidente del CMA, Don José María Ramos Mejía", ACMA, No 1, pp. 115-119.
- Fernández, Julian M. 1878. "Noticias. Concurso", ACMA, No 2, pp. 245-247.
- Gaché, Samuel. 1893. "Concurso Sudamericano de Medicina", ACMA, Vol. XVI, pp. 3-6.
- Gaché, Samuel. 1893. "Memoria del Presidente del CMA, Dr. Samuel Gaché (Asamblea Anual del 29 de Junio)", ACMA, Vol. XVI, pp. 310-314.
- Gandolfo, Antonio. 1889. "Memoria correspondiente al período 1887-1889, presentada por el Dr. Don Antonio Gandolfo a la Asamblea del 29 de Junio", ACMA, Vol. XII, pp. 172-180.
- Ledesma, Justiniano. 1886. "Noveno Año. Anales del CMA", ACMA, Vol. IX, pp. 3-4.
- Maglioni, Luis. 1877. "Al Sr. Presidente del club universitario de Montevideo", ACMA, No 1, pp. 114-115.
- Maglioni, Luis. 1878. "Movimiento de la Asociación", ACMA, No 2, pp. 75-84.
- Novaro, Bartolomé. 1882. "Informe sobre la marcha del "Círculo Médico" leída por su presidente, en la Asamblea del 29 de Junio", ACMA, Vol. V, pp. 541-547.
- Novaro, Bartolomé. 1882. "Informe sobre la marcha del Círculo Médico Argentino, leída por su presidente en la sesión del 29 de Junio", ACMA, Vol. V, pp. 543-547.
- Ordoñez, Javier y Elena, Alberto. 1990. *La ciencia y su público: perspectivas históricas*. Madrid, CSIC.
- Penna, José. 1886. "Memoria anual presentada por su presidente, Dr. José Penna a la Asamblea general en sesión del 29 de Junio de 1886", ACMA, Vol. IX, pp. 337-366.

Quiroga, Marcial. 1889. "Memoria por la biblioteca del CMA 1887-1889", *ACMA*, Vol. XII, pp. 217-219.

Ramírez, Gonzalo. 1877. "Club universitario de Montevideo", *ACMA*, No 1, pp. 113-114.

Repetto, Nicolás. 1900. "Círculo Médico Argentino. Asambleas de 15 y 28 de Junio de 1900", *ACMA*, Vol. XXIII, pp. 256-260.

Revista del Círculo Médico Argentino y Centro de Estudiantes de la Facultad de Medicina. 1910. "Conferencia del Profesor Don Carlos E. Porter", T. X, pp. 779-781.

RMQ. 1877. "Anales de la asociación y Círculo Médico Argentino", T. XIV, p. 272.

RMQ. 1879. "Círculo Médico Argentino", T. XVI, p. 155.

Wernicke, Roberto. 1879. "Movimiento de la Asociación", *ACMA*, No. 2, 77 – 79.

Wernicke, Roberto. 1880. "A nuestros lectores", *ACMA*, No 4, pp. 33-36.